

A painting of a woman with long brown hair, wearing a blue dress and a crown of leaves, sitting in a garden and reading a book. She is looking down at the book with a thoughtful expression, her hand resting on her forehead. The background shows a lush garden with trees and a body of water in the distance.

A.S. BYATT

Magníficamente escrito...
deslumbrante...
una proeza literaria"
The New York Times
Book Review

Posesión

ROMANCE

Lectulandia

Roland Michell malvive en Londres investigando la obra del eminente poeta victoriano Randolph Henry Ash. Su existencia gris y anodina cambia radicalmente al descubrir por azar unas cartas inconclusas que el poeta escribió y nunca llegó a enviar a una mujer desconocida. En su afán por desvelar la identidad de la misteriosa corresponsal, Roland entrará en contacto con Maud Bailey, una especialista en la obra de Christabel LaMotte, autora controvertida y reivindicada por las feministas inglesas, y que resultará la destinataria de las misivas. Un hallazgo de incuestionable valor para el estudio de la poesía victoriana, amén del sorprendente descubrimiento de unas vidas sometidas a pasiones desbordadas.

A partir de estos datos, *Posesión* es a la vez una novela de intriga y una acerada crítica al mundo académico británico, una historia de amor y un estudio de la relación entre autor y lectores. En sus páginas, todo es invención, y todos los textos, las cartas, los poemas supuestamente hallados en esta investigación literaria forman parte del ingente trabajo de creación de A. S. Byatt. La multiplicidad de registros, el manejo de la erudición literaria como base para un argumento de intriga, la estrecha relación entre pasado y presente, el humor y el magistral dominio del lenguaje planean sobre esta obra, que tiene como fondo la reflexión sobre quién posee a quién en una investigación, si el investigador a lo investigado o viceversa.

Lectulandia

A. S. Byatt

Posesión

Romance

ePUB r1.3

Artifex 16.08.13

Título original: *Possession. A Romance*

A. S. Byatt, 1990

Traducción: María Luisa Balseiro

Imágen de portada: «The Reader Wreathed with Flowers». Jean-Baptiste-Camille Corot (1796-1875)

Retoque de portada: Artifex

Editor digital: Artifex

Digitalización: Gingiol (10 de agosto de 2007)

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Isobel Armstrong

Si un escritor llama *Romance* a su obra, no será menester que declare su intención de permitirse, en cuanto a la manera y el material, una latitud a la que no se habría sentido autorizado si pretendiese escribir una Novela. Esta segunda forma de composición se propone una fidelidad muy estricta al curso, no ya posible, sino probable y ordinario de la experiencia humana. A la primera, aunque como obra de arte deba someterse a leyes rígidas, y aunque cometería un pecado imperdonable si se apartase de la verdad del corazón humano, empero se le permite presentar esa verdad bajo circunstancias que en gran medida pueden ser del capricho o la invención del escritor. ... El punto de vista desde el cual la presente narración entra en la definición de romántica consiste en el intento de enlazar un tiempo pretérito con el presente mismo que vemos alejarse presuroso.

NATHANIEL HAWTHORNE,
Prólogo a *La casa de los siete gabletes*

And if at whiles the bubble, blown too thin,
Seem nigh on bursting, — if you nearly see
The real world through the false,— what do you see?
Is the old so ruined? You find you're in a flock
O' the youthful, earnest, passionate — genius, beauty,
Rank and wealth also, if you care for these:
And all depose their natural rights, hail you,
(That's me, sir) as their mate and yoke — fellow,
Participate in Sludgehood-nay, grow mine,
I veritably possess them—...

And all this might be, may be, and with good help
Of a little lying shall be: so, Sludge lies!
Why, he's at worst your poet who sings how Greeks
That never were, in Troy which never was,
Did this or the other impossible great thing!...

But why do I mount to poets? Take plain prose—
Dealers in common sense, set these at work,
What can they do without their helpful lies?
Each states the law and fact and face o' the thing
Just as he'd have them, finds what he thinks fit,
Is blind to what missuits him, just records
What makes his case out, quite ignores the rest.
It's a History of the World, the Lizard Age,
The Early Indians, the Old Country War,
Jerome Napoleon, whatsoever you please,
All as the author wants it. Such a scribe
You pay and praise for putting life in stones,
Fire into fog, making the past your world.
There's plenty of 'How did you contrive to grasp
The thread which led you through this labyrinth?
How build such solid fabric out of air?

How on so slight foundation found this tale?
Biography, narrative?' or, in other words,
'How many lies did it require to make
The portly truth you here present us with'?

ROBERT BROWNING,
Mr. Sludge, «the Medium»

(Y si a ratos la burbuja, por demasiado hinchada, / parece a punto de estallar; si casi se ve / el mundo real a través del falso, ¿qué es lo que se ve? / ¿Está lo viejo tan ruinoso? Te encuentras en un rebaño / de juventud, de empeño, de pasión; genio, belleza, / rango, riquezas también, si te interesan: / y todos deponen sus derechos naturales y te aclaman / [es decir, me aclaman a mí] como colega y compañero, / ingresan en la cofradía de Sludge, y se hacen míos, / verdaderamente los poseo... / Y todo esto podría ser, puede ser, y con ayuda / de alguna mentirilla será: ¡conque Sludge miente! / ¡En el peor de los casos, como el poeta que canta cómo unos griegos / que nunca existieron, en una Troya que nunca existió, / hicieron tal o cual proeza imposible!... / Pero ¿por qué me elevo a los poetas? Tomad la prosa llana: / los que manejan el sentido común, puestos a trabajar, / ¿qué pueden hacer sin sus útiles mentiras? / Cada cual declara la ley, el hecho y la apariencia / como querría que fuesen, encuentra lo que le conviene, / no ve lo que le estorba, se limita a registrar / lo que abona su su caso, omite el resto. / Y es una Historia del Mundo, la Era del Dinosaurio, los Indios Primitivos, la Guerra Colonial, / Jerónimo Napoleón, lo que se quiera. / Todo como al autor le plazca. Y a ese escriba / le pagáis y alabáis por dar vida a las piedras, / poner fuego en la bruma, hacer del pasado vuestro mundo. / Y mucho: «¿Cómo fue usted capaz de asir / el hilo que le guió por ese laberinto? / ¿Cómo alzó del aire un edificio tan sólido? / ¿Cómo en tan leve fundamento pudo fundar este relato, / esta biografía, esta narración?» O, dicho en otras palabras, / «¿Cuántas mentiras le costó hacer / la majestuosa verdad con que aquí nos obsequia?».)

CAPÍTULO I

Allí están estas cosas: el vergel,
el árbol, la serpiente, la áurea fruta,
la mujer en la sombra de las ramas,
el curso de agua y el espacio herboso.
Allí están y allí estaban. En el huerto
hespérico, confín del viejo mundo,
pendía dorado el fruto en las eternas
frondosidades, y el dragón Ladón,
erizando la enjoyelada cresta,
a áurea garra afilando, descubriendo
el argentado diente, dormitaba
a la espera —toda una eternidad—
de que Heracles, el héroe trapacero,
llegase a desposeerle y expoliarle.

RANDOLPH HENRY ASH,
El jardín de Proserpina, 1861

El libro, grueso y negro, estaba cubierto de polvo. Tenía las tapas combadas y quebradizas; en sus tiempos había sido maltratado. Le faltaba el lomo, o mejor dicho sobresalía entre las hojas como abultado marcador. Estaba sujeto con vueltas y vueltas de una cinta blanca sucia, cuidadosamente atada con un lazo. El bibliotecario se lo entregó a Roland Michell, que lo esperaba sentado en la sala de lectura de la Biblioteca Londinense. Había sido exhumado de la caja de seguridad número 5, donde solían flanquearlo *Las travesuras de Príapo* y *El amor griego*. Eran las diez de la mañana de un día de septiembre de 1986. Roland ocupaba la mesita individual que más le gustaba, detrás de un pilar cuadrado, pero con el reloj de la chimenea bien a la vista. A su derecha había un ventanal soleado, que dejaba ver el ramaje verde de St James's Square.

La Londinense era el lugar preferido de Roland. Mugrienta pero civilizada, no sólo estaba repleta de historia sino habitada también por poetas y pensadores vivos,

que uno se tropezaba puestos en cuclillas sobre el piso de metal calado del depósito o discutiendo amigablemente en el rellano de la escalera. Allí había ido Carlyle, allí George Eliot había deambulado entre las estanterías. Roland veía arrastrarse sus faldas de seda negra, sus colas de terciopelo, estrujadas entre los Padres de la Iglesia, y oía el eco metálico de su pisada firme entre los poetas alemanes. Allí había ido Randolph Henry Ash, a atiborrar su elástica mente y su memoria de menudencias encontradas en Historia y Topografía, o en las fecundas conjunciones alfabéticas de Ciencia y Miscelánea: Danza, Decoración, Delfines, Demencia, Dietética, Distribución. En su época los libros sobre Evolución se clasificaban en la sección Hombre Preadamita. Roland había descubierto recientemente que la Londinense poseía el ejemplar que perteneció a Ash de los *Principios de una ciencia nueva* de Vico. Era muy de lamentar que los libros de Ash estuvieran repartidos entre Europa y los Estados Unidos. El lote más nutrido, con mucho, se encontraba, cómo no, en la Colección Stant de la Universidad Robert Dale Owen de Nuevo México, donde Mortimer Cropper trabajaba en su edición monumental de la *Correspondencia completa de Randolph Henry Ash*. Eso hoy día no era problema, los libros viajaban por el éter como la luz y el sonido. Pero no era imposible que el Vico de Ash tuviera notas marginales que se le hubieran escapado incluso al infatigable Cropper. Y Roland estaba buscando fuentes del *Jardín de Proserpina*. Y era siempre un placer leer las frases que Ash había leído, que habían tocado sus dedos, que habían recorrido sus ojos.

Se veía inmediatamente que el libro llevaba mucho tiempo sin abrir, quizá desde el día en que lo ficharon. El bibliotecario fue en busca de una bayeta de cuadros y le quitó el polvo, un polvo de la época victoriana, negro, espeso y tenaz, un polvo compuesto de partículas de humo y niebla acumuladas antes de las leyes sobre contaminación atmosférica. Roland deshizo las ataduras. El libro se abrió de golpe como una caja, vomitando hoja tras hoja de papel descolorido, azul, marfil, gris, cubiertas de letras oxidadas, trazos marrones de una plumilla de acero. Roland reconoció la escritura con un vuelco de emoción. Parecían ser notas sobre Vico, escritas en el reverso de facturas de libros y cartas. El bibliotecario comentó que daba la impresión de que nadie las hubiera tocado hasta entonces. Tenían los bordes que sobresalían de las páginas teñidos de negro de carbonilla, lo que les daba un aspecto de esquelas de defunción. El borde de la página y el de la mancha coincidían exactamente con sus posiciones actuales.

Roland preguntó si podía estudiar aquellas anotaciones, dando sus credenciales: era ayudante de investigación a tiempo parcial del profesor Blackadder, que desde 1951 preparaba la edición de las *Obras completas* de Ash. El bibliotecario se fue de puntillas al teléfono; durante su ausencia las hojas muertas siguieron crujiendo y moviéndose, animadas por su liberación. Ash las había metido allí. El bibliotecario

volvió diciendo que sí, que no había inconveniente, siempre que pusiera mucho cuidado en no alterar la colocación de los papeles sueltos hasta que estuvieran registrados y catalogados. El Director agradecería que se le informara de cualesquiera hallazgos de importancia que pudiera hacer el señor Michell.

Todo esto había quedado resuelto a las diez y media. Durante la media hora siguiente Roland trabajó sin orden alguno, hojeando el Vico de atrás adelante y de delante atrás, buscando a Proserpina y a la vez leyendo las notas de Ash, lo cual no era fácil porque estaban escritas en distintos idiomas y con la letra que empleaba Ash en sus anotaciones, una letra casi de imprenta y diminuta, que a primera vista no parecía de la misma mano que la letra más generosa con que escribía la poesía o las cartas.

A las once encontró un pasaje de Vico que parecía ser el pertinente. Vico había buscado el hecho histórico en las metáforas poéticas de mitos y leyendas; esa recomposición era su «ciencia nueva». Su Proserpina era el cereal, origen del comercio y de la comunidad. En la Proserpina de Randolph Henry Ash se había querido ver un reflejo victoriano de la duda religiosa, una meditación sobre los mitos de resurrección. Lord Leighton la había pintado trastornada y flotante, como una figura de oro en un túnel de tinieblas. Blackadder estaba persuadido de que para Randolph Ash representaba una personificación de la propia Historia en sus comienzos míticos. (Ash había escrito también un poema sobre Gibbon y otro sobre Beda el Venerable, historiadores de corte muy dispar. Blackadder había escrito un artículo sobre R. H. Ash y la historiografía relativa.)

Roland comparó el texto de Ash con la traducción y copió algunas frases en una ficha. Llevaba dos cajas de fichas, una roja como un tomate y otra de un verde hierba intenso; en el silencio de la biblioteca, sus bisagras de plástico a presión daban un chasquido al abrirse.

«Las espigas de grano llamáronse manzanas de oro, que debió de ser el primer oro del mundo mientras no se conoció el oro metálico... De suerte que la manzana de oro que Hércules fue el primero en traer de Hesperia o coleccionar allí, trigo tuvo que ser; y el Hércules gálico, con eslabones de este oro que le salen de la boca, encadena a los hombres por las orejas: cosa que más tarde se descubrirá como mito relacionado con los campos. De ahí que Hércules quedara como deidad que había que propiciar para encontrar tesoros, cuyo dios era Dis (igual a Plutón), que rapta a Proserpina (que es otro nombre de Ceres o el cereal) al mundo subterráneo descrito por los poetas, según los cuales su primer nombre fue Éstige, su segundo país de los muertos, su tercero profundidad de los surcos... De esta manzana de oro, Virgilio, sumamente docto en antigüedades heroicas, hizo la rama

de oro que Eneas lleva al Infierno o Mundo Subterráneo.»

La Proserpina de Randolph Henry Ash, «de tez dorada en las tinieblas», era también «trigueña». Y estaba también «atada con eslabones de oro», que podrían haber sido joyas o cadenas. Roland escribió cuidadosamente referencias cruzadas bajo los epígrafes correspondientes: trigo, manzanas, cadena, tesoro. En la página de Vico donde aparecía el pasaje había metida una factura de velas, doblada, en cuyo reverso Ash había escrito: «El individuo aparece por un instante, engrosa la comunidad del pensamiento, lo modifica y muere; pero la especie, que no muere, cosecha el fruto de su existencia efímera.» Roland copió esto e hizo otra ficha, en la que se interrogaba a sí mismo.

«Pregunta. ¿Esto es una cita o es del propio Ash? ¿Proserpina es la Especie? Idea muy del s. XIX. ¿O es el individuo? ¿Cuándo puso Ash estos papeles aquí? ¿Son anteriores o posteriores al *Origen de las especies*? De todos modos, no sería concluyente: pudo estar interesado en el Desarrollo en general...»

Eran las once y cuarto. El reloj tictaqueaba; en el sol bailaban motas de polvo; Roland meditaba sobre el carácter fatigoso y sugestivamente interminable de la búsqueda del saber. Allí estaba él sentado a rescatar las lecturas de un muerto, contando las horas de su exploración por el reloj de la biblioteca y la débil constricción de su estómago. (En la Londinense no se puede tomar nada.) Tendría que enseñarle todo este nuevo tesoro a Blackadder, cuya reacción sería a la vez de regocijo y contrariedad; que en cualquier caso se alegraría de que estuviera bien guardado en la caja 5 y nadie se lo hubiera llevado a la Universidad Robert Dale Owen de Harmony City, como tantas otras cosas. No tenía ganas de decírselo a Blackadder. Le gustaba guardarse sus conocimientos para sí. Proserpina estaba entre las páginas 288 y 289. Bajo la página 300 había dobladas dos hojas enteras de papel de cartas. Roland las abrió con delicadeza. Las dos eran cartas escritas con la letra amplia de Ash; las dos llevaban en el encabezamiento su dirección de Great Russell Street, y la misma fecha, 21 de junio. Faltaba el año. Las dos empezaban por «Apreciada señora», y las dos estaban sin firmar. Una era mucho más corta que la otra.

Apreciada señora:

Desde nuestra extraordinaria conversación no he pensado en nada más. Pocas veces se me ha concedido como poeta, pocas veces se concede quizá al ser humano, hallar reunidos tal receptividad, tanto ingenio y tan recto juicio. Escribo con un fuerte sentimiento de la necesidad de que continuemos nuestra charla entera, y sin premeditación, ~~bajo la impresión de que usted realmente se vio tan sorprendida como yo por nuestra manera verdaderamente~~

extraordinaria para preguntarle si me permite usted que vaya a visitarla, tal vez algún día de la semana que viene. Siento, sé con una certidumbre que no puede ser fruto del capricho ni de la ilusión, que usted y yo tenemos que volver a hablar. Sé que hace usted muy poca vida de relación, y por ello fue tanto mayor mi fortuna de que nuestro querido Crabb lograra atraerla a uno de sus desayunos. ¡Pensar que entre las naderías del humor estudiantil y a lo largo de todas las amenas anécdotas de Crabb, incluida la del Busto, pudiéramos decirnos usted y yo tantas cosas, y tan significativas! ~~No puedo ser yo el único que~~

La segunda decía así:

Apreciada señora:

Desde nuestra agradable e inesperada conversación apenas he pensado en otra cosa. ¿Habría alguna manera de reanudarla, más privadamente y con más tiempo? Sé que hace usted muy poca vida de relación, y por ello fue tanto mayor mi fortuna de que nuestro querido Crabb lograra atraerla a uno de sus desayunos. Es mucho lo que debo a su constante salud, a que se sienta capaz y deseoso, a sus ochenta y dos años, de recibir a poetas, estudiantes, profesores de matemáticas y pensadores políticos a tan temprana hora, y relatar la anécdota del Busto con su habitual fervor sin retrasar en exceso la aparición de las tostadas con mantequilla.

¿No le pareció a usted tan extraño como a mí que, de una forma tan inmediata, nos comprendiéramos tan bien? Porque nos comprendimos extraordinariamente bien, ¿no es cierto? ¿O será esto tal vez un producto del cerebro sobreexcitado de un poeta ya maduro y algo menospreciado, al encontrarse con que sus desoídos, arcanos, tortuosamente perspicuos contenidos, que él tenía por inexistentes, puesto que nadie parecía capaz de entenderlos, tenían, a pesar de todo, una lectora y juez lúcida y complacida? Lo que dijo usted del monólogo de Alexander Selkirk, el buen sentido con que interpretó las divagaciones de mi John Bunyan, su comprensión de la pasión de Inés de Castro... macabramente resurrecta... pero basta de cháchara egotista, mía y de mis personae, que no son, como usted comentó con tanto acierto, mis máscaras. No quiero que piense que no advierto la superioridad de su fino oído y su gusto aún más fino. Estoy convencido de que debe usted acometer el grandioso Tema del Hada: hará usted algo altamente extraño y original con él. A propósito de

eso, me pregunto si habrá pensado usted en Vico y su historia de las razas primitivas: su idea de que los dioses antiguos y los héroes posteriores eran personificaciones de los destinos y aspiraciones del pueblo, que la mente común encarnaba en figuras. Algo de eso se podría pensar de la raíz legendaria de su Hada en castillos verídicos y reformas agrarias genuinas; uno de los aspectos más sorprendentes de su historia, para una mente moderna. Pero otra vez me excedo; qué duda cabe de que ya habrá resuelto usted la mejor manera de presentar el tema, siendo como es tan sabia y docta en su retiro.

No puedo por menos de sentir, aunque acaso sea ilusión inducida por la deleitable droga de la comprensión, ~~que debe usted compartir de algún modo mi empeño en que una conversación más dilatada podría ser provechosa para los dos que tenemos que vernos. No puede~~ No creo estar que pueda estar equivocado en mi persuasión de que nuestro encuentro fue también interesante para usted, y que por mucho que usted valore su aislamiento

Sé que había ido usted únicamente por honrar a nuestro querido Crabb, en una pequeña reunión informal, porque él había prestado apoyo a su ilustre Padre, y valorado su trabajo en una época en que eso significaba mucho para él. Pero el hecho es que salió usted, y eso me da una esperanza de que sea posible inducirla a variar sus sosegados días con

Estoy seguro de que comprende

En un primer momento estos escritos sorprendieron profundamente a Roland; después, en su condición de estudioso, le emocionaron. Su mente se aplicó automáticamente a fechar y situar este diálogo abortado con una mujer anónima. Las cartas no llevaban año, pero por fuerza tenían que ser posteriores a la publicación de los poemas dramáticos de Ash, *Dioses, hombres y héroes*, que habían salido en 1856 y, a despecho de las esperanzas del poeta, y quizá de sus presunciones, no habían hallado favor entre los críticos, que tildaron sus versos de oscuros, sus gustos de retorcidos y sus personajes de extravagantes e inverosímiles. Uno de esos poemas era «Los pensamientos solitarios de Alexander Selkirk», las meditaciones del marino naufragado en su isla. Otro era «La gracia del latonero», supuesta relación de las meditaciones de Bunyan en presidio acerca de la Gracia Divina, y otro era la arrebatada y peregrina declaración de amor de Pedro de Portugal, en 1356, al cadáver embalsamado de su esposa asesinada, Inés de Castro, que se balanceaba junto a él en sus viajes, reducida a coriáceo esqueleto renegrado, coronada con encajes y diadema de oro, enjoyada con cadenas de perlas y brillantes, fantásticamente cargados de sortijas los huesos de sus dedos. A Ash le gustaba trabajar sobre personajes locos o en

la raya de la locura, que a partir de sus retazos de experiencia construían sistemas de creencias y modos de sobrevivir. Sería posible, pensó Roland, localizar el desayuno, que tuvo que ser parte de los tardíos esfuerzos de Crabb Robinson por brindar conversación estimulante a los alumnos de la nueva Universidad de Londres.

Los papeles de Crabb Robinson se conservaban en la Biblioteca del Doctor Williams de Gordon Square, en sus orígenes destinada a Paraninfo y sostenida por Robinson como lugar donde los estudiantes laicos pudieran conocer directamente la vida universitaria colegiada. Sería fácil, tenía que serlo, encontrar en el diario de Robinson una ocasión en que Ash hubiera desayunado en el 30 de Russell Square con un profesor de matemáticas, un pensador político (¿Bagehot?) y una señora de vida retirada que entendía de poesía y la escribía, o pensaba escribirla.

No tenía ni idea de quién pudiera ser. ¿Christina Rossetti? Pensó que no. No creía que la Rossetti hubiera visto con aprobación la teología de Ash, ni su psicología sexual. Tampoco acertaba a identificar el Tema del Hada, y eso le produjo una sensación no desacostumbrada de su enorme ignorancia, una neblina gris en la que flotaban o se vislumbraban atisbos sueltos de objetos sólidos, destellos sueltos de cúpulas o sombras de tejados en la oscuridad.

¿Habría proseguido la correspondencia? En ese caso, ¿dónde estaba, qué joyas de información acerca de los «desoídos, arcanos, tortuosamente perspicuos contenidos» de Ash podría revelar? Los especialistas tendrían quizá que revisar toda clase de certezas. Por otra parte, ¿se habría iniciado realmente la correspondencia, o Ash habría acabado naufragando en su incapacidad de expresar su deseo apremiante? Era ese apremio, sobre todo, lo que conmovía y sorprendía a Roland. Creía conocer a Ash bastante bien, todo lo bien que se podía conocer a un hombre cuya vida entera parecía haber sido la vida mental, que durante cuarenta años había llevado una existencia de casado tranquila y ejemplar, cuya correspondencia era voluminosa, sí, pero reservada, comedida y no excesivamente amena. En eso a Roland le gustaba Randolph Henry Ash. Le impresionaba la feroz vitalidad, la fulgurante amplitud de alusiones de su obra, y para sí, personalmente, no dejaba de agradecerle que todo eso hubiera salido de una existencia privada tan apacible, tan imperturbada.

Volvió a leer las cartas. ¿Se habría enviado una última versión, o habría muerto el impulso o habría sido acallado? Roland sintió que le embargaba un impulso propio, extraño y desusado en él. De repente, era imposible volver a meter aquellas palabras vivas en la página 300 de Vico y devolverlas a la caja 5. Miró en derredor: nadie le miraba; metió las cartas entre las páginas del ejemplar de Obras Escogidas de Ash, edición de Oxford, que llevaba siempre consigo. Luego volvió a las anotaciones del Vico, trasladando metódicamente al fichero las más interesantes, hasta que el repique de campana bajó por el hueco de la escalera, señalando el final del tiempo de consulta. Se le había olvidado comer.

Cuando salió, con las cajas verde y tomate apiladas sobre las Obras Escogidas de Ash, los empleados del mostrador de peticiones le saludaron con gesto afable. Estaban acostumbrados a verle. Había carteles sobre mutilación de volúmenes, sobre su hurto, que no tenían nada que ver con él. Salió del edificio como siempre, con la cartera baqueteada y abultada debajo del brazo. En Piccadilly tomó el autobús de la línea 14, y subió al piso de arriba, aferrado a su botín. Entre Piccadilly y Putney, donde vivía en el sótano de una decrepita casa victoriana, fue pasando por sus estados habituales de somnolencia, mareo zarandeado y preocupación creciente por Val.

CAPÍTULO II

Un hombre es la historia de sus alientos y pensamientos, actos, átomos y heridas, amor, indiferencia y repugnancia; y también de su raza y nación, la tierra que le nutrió y nutrió a sus ancestros, las piedras y las arenas de sus lugares familiares, batallas y luchas de conciencia largo tiempo silenciadas, las sonrisas de muchachas y sentencias solemnes de mujeres viejas, accidentes y la acción gradual de la ley inexorable; de todo esto y también de algo más, una llama única que obedece en todo a las leyes propias del Fuego, y que sin embargo se enciende y se apaga de un momento al siguiente, y que jamás, en toda la extensión de los tiempos futuros, podrá ser reencendida.

Palabras de Randolph Henry Ash, hacia 1840, cuando escribía el *Ragnarök*, poema en doce libros, en el que algunos vieron una cristianización del mito escandinavo y que otros vapulearon como declaración de ateísmo y desesperación diabólica. Le importaba a Randolph Ash lo que era un hombre, aunque habría podido, sin excesiva molestia, escribir aquella frase de camión de mudanzas utilizando otros términos, otras expresiones y otros ritmos, y haber llegado al final a la misma metáfora evasiva y satisfactoria. O eso al menos pensaba Roland, adiestrado en la desconstrucción postestructuralista del tema. Si se le hubiera preguntado qué era Roland Michell, habría tenido que dar una respuesta muy distinta.

En 1986 tenía veintinueve años; era licenciado por el Prince Albert College de Londres (1978) y doctor en letras por la misma universidad (1985). Su tesis doctoral llevaba por título «¿Historia, historiadores y poesía? Un estudio de la presentación de “evidencias” históricas en los poemas de Randolph Henry Ash». La había escrito bajo la dirección de James Blackadder, y la experiencia había sido desalentadora, Blackadder estaba desalentado, y gozaba desalentando a los demás. (Era también un erudito exigente.) Ahora Roland estaba empleado, a tiempo parcial, en lo que se llamaba la «Factoría Ash» de Blackadder (¿por qué no *el ashram?*, había dicho Val),

[1] con sede en el Museo Británico, al cual la esposa de Ash, Ellen, había legado muchos manuscritos de los poemas cuando murió su marido. La Factoría se financiaba con una pequeña asignación de la Universidad de Londres y otra mucho mayor de la Fundación Newsome de Albuquerque, entidad benéfica de la que Mortimer Cropper era administrador. De esto podría deducirse que Blackadder y Cropper trabajaban por Ash en unión y armonía. Nada más lejos de la realidad. Blackadder sospechaba que Cropper pretendía apropiarse de los manuscritos que la Biblioteca Británica tenía en depósito pero no en propiedad, y que sibilinamente iba ganándose la confianza y la buena voluntad de los propietarios con despliegues de munificencia y cooperación. Blackadder, que era escocés, pensaba que los escritos británicos debían conservarse en Gran Bretaña y ser estudiados por británicos. Podrá parecer extraño que la descripción de Roland Michell empiece con un excursus sobre las complicadas relaciones de Blackadder, Cropper y Ash, pero era según esas coordenadas como Roland pensaba en sí mismo la mayoría de las veces. Cuando no pensaba en sí mismo según las coordenadas de Val.

Pensaba en sí mismo como un rezagado. Había llegado tarde para cosas que seguían estando en el aire pero desvanecidas; todo el fermento, la luminosidad, las peripecias y la juventud de los años sesenta, el gozoso amanecer de lo que para él y sus contemporáneos era un día bastante insulso. A lo largo de los años psicodélicos fue un colegial de un pueblo algodónero deprimido del Lancashire, donde no llegaban ni el ruido de Liverpool ni el tumulto de Londres. Su padre era un funcionario modesto de la administración local. Su madre era una licenciada en Filología Inglesa, desilusionada. Roland pensaba en sí mismo como en un impreso de solicitud, de un puesto de trabajo, de un título académico, de una vida; pero al pensar en su madre no podía eliminar el adjetivo. Su madre estaba desilusionada. De sí misma, de su padre, de él. La ira de aquella desilusión había sido el instrumento de la educación de Roland, que se había desenvuelto en la perpetua carrera, de sede en sede, de una escuela integral precipitadamente compuesta, la escuela Aneurin Bevan, formada por la escuela primaria de Glasdale, la escuela secundaria Santo Tomás Becket y la Escuela Técnica del Gremio de Pañeros. Su madre, que bebía demasiada cerveza, la había tomado con la escuela, y había hecho que le pasaran de la metalistería al latín, y de la formación cívica al francés; le había puesto a repartir periódicos, para pagar clases particulares de matemáticas. Y de ese modo Roland había adquirido una formación clásica al viejo estilo, con lagunas allí donde había habido despido de profesores o caos en clase. Siempre hizo lo que se esperaba de él, y su historial académico era brillante. Ahora estaba esencialmente desempleado, arañando lo justo para vivir con una tutoría a tiempo parcial, ayudando a Blackadder en sus pesquisas y

de vez en cuando fregando platos en un restaurante. En los expansivos años sesenta habría hecho carrera rápidamente y sin proponérselo, pero ahora se veía como un fracasado y se sentía vagamente responsable de serlo.

Era un hombre menudo, con un pelo negro muy suave que llamaba la atención, facciones pequeñas y regulares. Val le llamaba Topo, cosa que a él no le gustaba. Pero nunca se lo había dicho.

Vivía con Val. La había conocido a los dieciocho años, en primero, en un té del Sindicato de Estudiantes. Ahora creía, aunque esa idea podía ser una simplificación mítica de su recuerdo, que Val era la primera persona con la que había hablado como estudiante universitario, socialmente, no oficialmente. Recordaba que le había gustado su aspecto, un aspecto suave, marrón, incierto. Estaba sola, con una taza de té en la mano, no mirando a su alrededor sino por la ventana y con bastante fijeza, como quien ni espera ni pretende que nadie se le acerque. Proyectaba una especie de calma, una ausencia de lucha, y por eso él se le acercó. Y desde ese día fueron juntos a todas partes. Se matriculaban en los mismos cursos y se apuntaban a las mismas asociaciones; asistían a los mismos seminarios, iban juntos a la Filmoteca; se acostaban juntos, y en segundo alquilaron un apartamento de una habitación. Comían frugalmente, a base de *porridge*, lentejas, judías y yogur; bebían cerveza en pequeñas cantidades, estirándola mucho; compraban libros a medias; los dos dependían totalmente de sus becas, que en Londres no daban para gran cosa, y que no era posible complementar trabajando en los días libres, porque esa clase de trabajos se habían evaporado con la crisis del petróleo. Roland estaba seguro de que el sobresaliente en la licenciatura se lo debía, en parte, a Val. (Y a su madre y a Randolph Henry Ash.) Ella lo esperaba de él, siempre le hacía decir lo que pensaba, discutía cuestiones con él, estaba siempre preocupada por trabajar al máximo, por que los dos trabajaran al máximo. Regañaban muy poco, y casi siempre era porque a Roland no le parecía bien la reserva de Val hacia el mundo en general, su negativa a manifestar sus opiniones en clase, y más tarde incluso ante él. Roland recordaba que en los primeros tiempos Val tenía muchas opiniones calladas, que le ofrecía envueltas en timidez y astucia, como una especie de invitación o de señuelo. Le gustaban algunos poemas. Una noche que pasó con él en su cuarto a oscuras, desnuda, le había recitado a Robert Graves:

Dice su amor medio rendida al sueño
en las horas oscuras, con razones
medio formadas en susurro leve:
como la Tierra en su dormido invierno
rebulle y echa hierbas y echa flores

aunque caiga la nieve.

Tenía una voz áspera suavizada, entre Londres y Liverpool, como era la voz del grupo. Cuando Roland, después de eso, quiso hablar, ella le tapó la boca con la mano, cosa que le vino bien, porque no tenía nada que decir. Más tarde Roland se dio cuenta de que, a medida que él iba cosechando éxitos, Val hablaba cada vez menos, y al discutir era cada vez más frecuente que le ofreciera las propias ideas de él, a veces vueltas del revés, pero en esencia suyas. Hizo incluso su tesina sobre «Ventriloquia masculina: las mujeres de Randolph Henry Ash». Roland no quería. La animó a buscar algo original, a hacerse notar, a señalarse, pero ella le acusó de «atormentarla». Cuando él preguntó qué quería decir con eso de «atormentarla», ella se refugió, como hacía siempre que discutían, en el silencio. Como el silencio era también la única forma de agresión de Roland, podían pasarse así días y días; en una terrible ocasión en que Roland criticó directamente «Ventriloquia masculina», fueron semanas. Después el silencio tenso se iba modulando en monosílabos, y volvían a su coexistencia pacífica. Cuando llegaron los exámenes finales, Roland los fue sacando bien, conforme a lo previsto. Los trabajos de Val eran correctos y mínimos, bien presentados, con una letra grande y segura. El tribunal juzgó que «Ventriloquia masculina» estaba bien hecho y lo desechó por pensar que en buena parte debía ser obra de Roland, lo cual fue doblemente injusto, porque Roland se había negado a leerlo y no estaba de acuerdo con la idea central, que era que a Randolph Henry Ash ni le gustaban las mujeres ni las entendía, que sus personajes femeninos eran constructos de su miedo y su agresividad personales, que incluso el ciclo poético *Ask a Embla* no era una obra de amor sino de narcisismo, en la que el poeta se dirigía a su *Ánima*. (Ningún crítico biográfico había identificado satisfactoriamente a *Embla*.) Val sacó una nota muy baja. Roland había supuesto que era lo que esperaba, pero resultó, lamentabilísimamente, que no. Hubo lloros, noches enteras de llantina sofocada, y la primera rabieta.

Val le dejó por primera vez desde que vivían juntos, y se fue por poco tiempo «a casa». A casa quería decir a Croydon, donde su madre divorciada vivía en un piso del ayuntamiento, sostenida por la seguridad social y la pensión que de vez en cuando le pasaba su ex marido, un marino mercante que no se había dejado ver desde que Val tenía cinco años. Nunca, durante todo el tiempo que llevaban juntos, había propuesto Val que fueran a ver a su madre, a pesar de que Roland la había llevado dos veces a Glasdale, donde Val había ayudado al padre de Roland a fregar los platos y se había tomado con mucha calma las bromitas de la madre sobre el modo de vida de los dos, diciéndole: «No te preocupes, Topo; ya me sé yo todo esto. Con la diferencia de que la mía bebe. Si se encendiera una cerilla en nuestra cocina, saldría por los aires de un estampido.»

Cuando Val se marchó, Roland se dio cuenta, con un sobresalto como de conversión religiosa, de que no quería que siguieran llevando aquella vida. Rodaba en la cama y extendía sus miembros relajados, abría las ventanas, fue a la Tate Gallery solo y contempló el aire delicuescente, azul y oro, del «Castillo de Norham» de Turner. Guisó un faisán para su competidor en el departamento, Fergus Wolff, y la comida resultó muy interesante y civilizada, aunque el faisán estaba duro y lleno de perdigones. Hizo planes, que no eran planes, sino visiones de actividad solitaria y libertad despierta, cosas que nunca había tenido. Val volvió al cabo de una semana, llorosa y temblorosa, y declaró que por lo menos quería ganarse la vida, y que iba a hacer un curso de taquigrafía y mecanografía. «Tú por lo menos me quieres», le dijo a Roland, con la cara húmeda y brillante. «No sé por qué me quieres, no sirvo para nada, pero me quieres.» «Claro que te quiero», había dicho Roland. «Claro que te quiero.»

Cuando a Roland se le acabó la beca del ministerio de Educación, Val pasó a ser la que ganaba por los dos, mientras él terminaba el doctorado. Adquirió una máquina IBM de bola, y por las noches pasaba a máquina trabajos en casa; por el día tuvo una serie de temporeras de secretariado bien pagadas. Trabajó en la City y en hospitales clínicos, en empresas navieras y en galerías de arte. Se resistía a especializarse. No le gustaba hablar de su trabajo, al que casi nunca aludía sin el adjetivo «servil». «Me quedan aún unas cuantas cosas serviles que hacer antes de irme a la cama»; o, más extraño: «Esta mañana hacía yo mi servil recorrido cuando casi me atropellan.» Su voz adquirió un ribete de sarcasmo no del todo desconocido para Roland, que por primera vez se preguntó cómo habría sido su madre *antes* de su desilusión, en ese caso por su padre y también por él hasta cierto punto. El golpeteo de la máquina de escribir, nunca lo bastante rítmico para dejar de oírlo, le ponía nervioso por las noches.

Ahora había dos Vals. Una era la que estaba en casa, en vaqueros viejos y camisas de algodón con largos faldones desiguales y dibujos empastados de flores negras y moradas. Ésta tenía el pelo castaño y mate, muy liso y suelto alrededor de una cara pálida, de sótano. Muy de vez en cuando tenía también las uñas pintadas, herencia de la otra, que llevaba una falda negra estrecha y una chaqueta negra con hombreras sobre camisa de seda rosa y se maquillaba cuidadosamente: sombra de ojos rosa y marrón, colorete de brocha a lo largo del pómulos y labios color ciruela. Esta Val servil, de luto luminoso, usaba zapatos de tacón y una boina negra. Tenía bonitos tobillos, invisibles bajo los vaqueros de casa. Se ondulaba el pelo en una melenita de paje pasable, y a veces se lo ataba con una cinta negra. Lo único que no hacía era perfumarse. No era atractiva por naturaleza. A Roland casi le apetecía que lo fuera,

que un banquero la invitase a cenar, o que un abogado dudoso la llevase al Playboy Club. Se aborrecía por permitirse aquellas fantasías degradantes, y temía razonablemente que ella pudiera pensar que las alimentaba.

Si él encontrara trabajo podría ser más fácil poner en marcha algún cambio. Presentaba instancias y siempre le rechazaban. Cuando salió una plaza en su propio departamento, se presentaron seiscientas solicitudes. Roland fue entrevistado, pensó que por cortesía, pero la plaza se la dieron a Fergus, que tenía un expediente menos homogéneo, que podía ser brillante o lamentable pero nunca soso y correcto; sus maestros, a quienes exasperaba y embelesaba, le amaban, mientras que Roland no suscitaba emociones más apasionadas que la sólida aprobación. Fergus, además, estaba en la especialidad del momento, que era la teoría literaria. Val se indignó más que Roland por aquello, con una indignación que a él le disgustó tanto como su propio fracaso, porque apreciaba a Fergus y quería seguir apreciándole. También para Fergus encontró ella una de sus etiquetas insistentes, oblicuas e inexactas. «Ese rubio explosivo pretencioso», decía; «ese macizo pretencioso.» Le gustaba emplear piropos sexistas como una especie de bumerán. Eso a Roland le azaraba, porque Fergus trascendía esa clase de terminologías; era rubio, en efecto, y sexualmente tenía mucho éxito, pero nada más. No volvió a ir a comer, y Roland temía que pensara que era por resentimiento de él, de Roland.

Al volver a casa aquella tarde olió que Val estaba con uno de sus humores. El sótano rebosaba un calor punzante de cebolla frita, que quería decir que Val estaba haciendo un guiso complicado. Cuando no estaba de humor, cuando estaba apática, abría latas o cocía huevos, o todo lo más aliñaba un aguacate. Cuando estaba o muy contenta o muy enfadada, guisaba. Al entrar la encontró junto al fregadero picando berenjenas y calabacines; no alzó la vista, por lo que él dedujo que el humor era malo. Dejó la cartera sin hacer ruido. El sótano que ocupaban era una habitación cavernosa que habían pintado de color melocotón y blanco para animarla; los muebles eran un diván biplaza, dos sillones muy viejos con brazos y apoyacabezas semicilíndricos, de terciopelo oscuro y polvoriento; una mesa de oficina de segunda mano, de roble teñido, donde trabajaba Roland, y otra más nueva de haya barnizada, que era donde estaba la máquina de escribir. Las dos mesas se daban la espalda, arrimadas a las paredes largas, cada una con su lámpara extensible Habitat, la de Roland negra, la de Val rosa. En la pared del fondo había unas estanterías de tablas y ladrillos, combadas bajo el peso de libros de texto, casi todos de propiedad conjunta, algunos duplicados. Habían clavado varios carteles; uno del Museo Británico con una ilustración del Corán intrincada y geométrica, otro de anuncio de una exposición de Turner en la Tate.

Roland poseía tres efigies de Randolph Henry Ash. Una la tenía puesta encima de

la mesa, y era una fotografía de la mascarilla mortuoria que constituía una de las piezas centrales de la Colección Stant de Harmony City. Había un misterio sobre cómo había llegado a existir aquella escultórica cabeza pelada de ancha frente, puesto que existía también una fotografía del poeta en su último sueño, todavía con barba patriarcal. ¿Quién le había afeitado, cuándo?, se había preguntado Roland, y la misma pregunta había hecho Mortimer Cropper en su biografía *El gran ventrílocuo*, sin hallar respuesta. Las otras dos eran copias fotográficas, hechas por encargo, de los dos retratos de Ash que había en la Galería Nacional de Retratos. Val las había desterrado a la oscuridad del recibidor. Decía que no quería sentirse mirada, que quería reservar algo de su vida para sí, sin tener que compartirlo con Randolph Ash.

En el oscuro recibidor costaba trabajo ver los cuadros. Uno era de Manet y el otro de G. F. Watts. El Manet databa de la estancia del pintor en Inglaterra en 1867, y tenía algunas cosas en común con su retrato de Zola. Ash, a quien el artista había conocido antes en París, aparecía de tres cuartos de perfil, sentado a su mesa en una silla de caoba tallada. Tras él había una especie de tríptico con follaje de helechos, a derecha e izquierda, en torno a un espacio acuoso en el que relucían, entre plantas lacustres, unos peces de color rosado y plata. El efecto era en parte enmarcar al poeta entre las raíces de un bosque o arboleda, hasta que, como había señalado Mortimer Cropper, se advertía que el fondo era una de aquellas vitrinas Ward que en la época victoriana se usaban para cultivar plantas de ambiente controlado, o crear charcas autosostenidas, para estudiar la fisiología de plantas y peces. El Ash de Manet era un hombre atezado, poderoso, de ojos profundamente insertos bajo fuertes cejas, barba vigorosa y gesto de seguridad y regocijo interior. Parecía despierto e inteligente, parsimonioso. Ante él se alineaban sobre la mesa diversos objetos, elegante y señorial complemento inanimado de la enérgica cabeza y las ambivalentes formas naturales. Había una pila de muestras geológicas en estado bruto, entre ellas dos piedras casi esféricas, un poco como balas de cañón, una negra y otra sulfurosa; algunos ammonites y trilobites, una bola de cristal de buen tamaño, un tintero de vidrio verde, el esqueleto articulado de un gato, una pila de libros, de los cuales dos se veía que eran la *Divina comedia* y *Fausto*, y un reloj de arena con marco de madera. De esas cosas, el tintero, la bola de cristal, el reloj de arena, los dos libros rotulados y dos más, que habían sido laboriosamente identificados como el *Quijote* y la *Geología* de Lyell, estaban ahora en la Colección Stant, donde se había montado una habitación, con vitrinas Ward y todo, a semejanza de la del Manet. También se conservaba la silla, y hasta la mesa original.

El retrato de Watts era más brumoso y menos enérgico. Había sido pintado en 1876, y mostraba a un poeta más viejo y más etéreo, cuya cabeza, según lo acostumbrado en los retratos de Watts, se alzaba sobre la vaga y oscura columna del cuerpo hacia una luz espiritual. El fondo se había oscurecido. En el retrato original se

discernía vagamente un paraje agreste y escarpado; en esta reproducción fotográfica no era más que abultamientos y destellos en la negrura. Los rasgos relevantes de esta imagen eran los ojos, grandes y brillantes, y la barba, una riada de trazos cremosos y plateados, blancos y gris-azulados, confluencias y acanaladuras que recordaban las turbulencias de Leonardo da Vinci, fuente aparente de la luz. Incluso en la fotografía, centelleaba. Estos cuadros, se decía Roland, parecían como más reales y a la vez más austeros por ser fotografías. Menos llenos de vida, la vida de la pintura, pero más realistas en el sentido moderno, con arreglo a las expectativas modernas. Estaban ya un poco deteriorados; el apartamento no estaba limpio y tenía humedades. Pero Roland no tenía dinero para renovarlos.

Al fondo de la habitación había una ventana que daba a un patinillo con peldaños al jardín, visible entre rejas en el tercio superior de la ventana. El apartamento se anunciaba como apartamento ajardinado cuando fueron a verlo; ésa fue la única ocasión en que se les invitó a salir al jardín, al cual se les dijo después que no tenían derecho de paso. Ni siquiera se les permitía tratar de cultivar nada en macetas en su negra entrada, por razones vagas pero irrefutables de la casera, una señora Irving octogenaria, que habitaba los tres pisos que había sobre el suyo, en una atmósfera de algalia rancia y entre gatos innumerables, y que tenía el jardín tan vistoso, saludable y bien cuidado como pelado y putrefacto el cuarto de estar. Decía Val que les había engolosinado como una vieja bruja, hablándoles por los codos en el jardín sobre lo tranquilo que era el lugar, dándole a cada uno un albaricoque pequeño, dorado y peludo, de los árboles de espaldera que había a lo largo del muro curvo de ladrillo. El jardín era largo, estrecho, como una pérgola, con manchas soleadas de hierba entre pequeños setos de boj, con el aire lleno de rosas, unas rojas oscuras, otras gruesas y marfileñas, otras rosadas y ligeras; en los costados había fantásticas azucenas estriadas y manchadas, volutas de bronce y oro audaces, cálidas, opulentas. Y prohibidas. Pero eso no lo supieron al principio, mientras la señora Irving se explayaba con su voz cascada y afable sobre el alto muro de ladrillo que databa de la guerra civil, y de antes todavía, que era límite de las tierras del general Fairfax cuando Putney era un pueblo, cuando las milicias de Cromwell se reunían allí, cuando en la iglesia de Santa María, en el puente, se hacían los debates de Putney sobre la libertad de conciencia. Randolph Henry Ash había escrito un poema puesto en boca de un *digger* en Putney. Y hasta había venido a ver el río en marea baja; eso estaba en el Diario de Ellen Ash: habían llevado para comer una empanada de pollo y perejil. Ese hecho, y la conjunción de Fairfax, el protector de Marvell, con la existencia de un jardín amurallado de frutas y flores, bastaron para tentar a Roland y Val a meterse en el apartamento ajardinado, con su visión prohibida.

En primavera la ventana se iluminaba desde lo alto con el fulgor amarillo de una

fila apretada de brillantes narcisos. Zarcillos de viña virgen bajaban hasta el marco y avanzaban sobre el cristal con sus ventositas circulares, a gran velocidad vegetal. A veces, los jazmines de una mata que florecía con profusión junto a la casa se despeñaban en oleadas por encima de la verja con su dulce aroma, hasta que la señora Irving, enfundada en sus avíos de jardinera, botas y mandil por encima del mismo traje de tweed desfondado y raído que llevaba cuando primero los engolosinó, los volvía a sujetar en su sitio. Roland le había preguntado si podía echar una mano en el jardín, a cambio del derecho a sentarse en él alguna vez. Se le había respondido que él de eso no sabía nada, que los jóvenes eran todos iguales, destructivos y descuidados, que la señora Irving tenía en mucho su intimidad. «Como si los gatos no estropearan nada», había dicho Val. Eso fue antes de que descubrieran manchas de humedad en el techo de la cocina y del cuarto de baño, manchas que al tocarlas con el dedo olían inequívocamente a pis de gato. De modo que también los gatos estaban presos, confinados bajo techado. Roland pensaba que debían buscar otro sitio, pero se abstenía de proponerlo porque no era él el que llevaba el dinero a casa, y porque no quería hacer nada así de decisorio en cuanto a Val y él.

Val le puso delante el cordero en adobo al horno con pisto y pan griego caliente. Roland dijo: «¿Voy por una botella de vino?», y Val dijo, lógica y desagradable: «Se te debería haber ocurrido hace un rato; se enfriaría todo.» Comían en una mesita auxiliar, que desplegaban y volvían a plegar después.

—Hoy he hecho un descubrimiento asombroso —dijo Roland.

—¿Sí?

—En la Londinense. Tienen el Vico que perteneció a Ash. Su ejemplar. Lo guardan en la caja fuerte. Lo he pedido, y por dentro estaba absolutamente repleto de notas, escritas en el reverso de facturas y demás. Y tengo la certeza casi absoluta de que nadie las ha mirado jamás desde que las metió ahí, porque todos los bordes estaban ennegrecidos y las líneas coincidían.

—Qué interesante. —Sin énfasis.

—Puede ser una bomba para la especialidad. *Una bomba*. Me dejaron leerlas, no se lo llevaron. Estoy seguro de que nadie sabía que todo eso estaba ahí.

—Seguramente.

—Tendré que decírselo a Blackadder. Querrá ver qué importancia tiene, comprobar que Cropper no lo ha visto...

—Es de suponer.

El humor era de los malos.

—Lo siento, Val, siento aburrirte. Es que parece fascinante.

—Eso depende de lo que le dé marcha a cada cual. Cada uno tiene sus pequeños placeres.

—Puedo escribir sobre ello. Hacer un artículo. Es un verdadero hallazgo. Me daría más posibilidades de encontrar trabajo.

—No hay trabajo. —Y añadió—: Y si lo hay se lo dan a Fergus Wolff.

De sobra conocía a Val: había notado sus meritorios esfuerzos por privarse de añadir aquella última observación.

—Si realmente piensas que lo que hago es tan insignificante...

—Haces lo que te da marcha —dijo Val—. Lo que hace todo el mundo, si tiene la suerte de que algo se la dé. Tú tienes a ese difunto, que a su vez tenía a otros difuntos. Y está muy bien, pero no es algo que le interese mucho al resto del mundo. Yo, desde mi punto de observación servil, veo algunas cosas. La semana pasada, cuando estaba en ese sitio de exportación de cerámicas, encontré unas fotografías debajo de una carpeta que tenía mi jefe sobre la mesa. Cosas que les hacían a niños pequeños, con cadenas y mordazas y... porquerías. Esta semana, estaba yo toda eficiente archivando historiales del cirujano, y casualmente me encuentro con el de un chico de dieciséis años al que le amputaron una pierna el año pasado; ahora le están poniendo una artificial, se tarda meses, van increíblemente despacio... y ahora está claro que le ha empezado en la otra pierna; él no lo sabe pero yo sí, yo sé montañas de cosas. Cosas que no pegan nada las unas con las otras, que no tienen sentido ninguna. Como lo de aquel que se iba a Amsterdam a comprar diamantes; yo ayudé a su secretaria a reservarle el billete, en primera, y el coche, todo perfecto, y según estaba dando un paseo por los canales, contemplando las fachadas de las casas, llega uno y le pega una puñalada por la espalda, le hace polvo un riñón, se le presenta la gangrena y se muere. Así de simple. Tipos así utilizan mis servicios, hoy aquí y mañana ni se sabe. Randolph Henry Ash escribió hace mucho tiempo. Perdona que me dé igual lo que escribiera en su ejemplar de Vico.

—Todo eso es horrible, Val. Nunca me cuentas...

—Ah, no, si es todo muy *interesante*, mis serviles observaciones por el ojo de la cerradura, no te quepa la menor duda. Sólo que no tienen sentido y no me llevan a ninguna parte. Será que me das envidia, tú ahí recomponiendo la imagen del mundo de Ash. Pero ¿y tú, Topo? ¿Cuál es *tu* imagen del mundo? ¿Y qué piensas hacer para que algún día podamos salir de las goteras de pis de gato y no tener que estar *el uno encima del otro*?

Se habría llevado algún berrinche, dedujo Roland razonablemente. Algo que la había hecho emplear la expresión «dar marcha» varias veces, cosa atípica. Quizá alguien le había metido mano; o no se la había metido. No, eso era indigno. La ira y la petulancia sí que le daban marcha a ella, y Roland lo sabía. Sabía quizá más de lo que le convenía saber sobre Val. Se acercó a ella y le acarició la nuca, y ella sorbió y se puso tiesa y luego se relajó. Al poco rato se pasaron a la cama.

No le había contado, ni le podía contar, su hurto secreto. Aquella noche volvió a mirar las cartas, en el cuarto de baño. «Apreciada señora: Desde nuestra extraordinaria conversación no he pensado en nada más.» «Apreciada señora: Desde nuestra agradable e inesperada conversación apenas he pensado en otra cosa.» Apremiantes, inconclusas. Sorprendentes. A Roland nunca le había interesado mucho el cuerpo desaparecido de Randolph Henry Ash; no gastaba tiempo en visitar su casa de Russell Street, ni en sentarse donde él se había sentado, en los bancos de piedra de los jardines; ése era el estilo de Cropper. Lo que le gustaba a Roland era conocer los movimientos de la mente de Ash, perseguidos en las vueltas y revueltas de su sintaxis, de repente nítidos y claros en un epíteto inesperado. Pero aquellas cartas muertas le desasosegaban, físicamente incluso, porque eran sólo comienzos. No se imaginó a Randolph Henry Ash moviendo rápidamente la pluma sobre el papel, pero sí pensó en las yemas de los dedos, muertos hacía tanto tiempo, que habían sostenido y doblado aquellas hojas a medio llenar, antes de guardarlas en el libro en vez de tirarlas. ¿Quién? Había que intentar averiguarlo.

CAPÍTULO III

Aquí en la penumbra
Nidhogg la que se arrastra con sus negras escamas
va royendo las raíces del gran Árbol,
y en medio del nudoso laberinto
hace su nido, y enroscada come.

R. H. ASH,
Ragnarök, III

A la mañana siguiente Roland fue a Bloomsbury en la bici; salió muy temprano, cuando Val estaba todavía poniéndose la cara de los días laborables. Roland fue colándose peligrosamente por entre la fétida serpiente de tráfico, de cinco millas de largo: el puente de Putney, el Embankment, Parliament Square. No tenía despacho en su antiguo *college*; para sus pocas horas de clase habitaba un despacho en precario. Allí, en un silencio vacío, descargó las alforjas de la bici y se dirigió a la despensa, donde la mole de la fotocopidora se alzaba entre desagradables paños de cocina y al lado de un fregadero con churretes de té. Mientras la máquina se calentaba, con el ruido y el zumbido del extractor, sacó las dos cartas y las volvió a leer. Después las extendió boca abajo sobre el vidrio negro, bajo el cual pasaron flotantes las barras de luz verde. Y la máquina escupió los espectrogramas de aquellos escritos, calientes y oliendo a química, ribeteados de negro por la imagen de un espacio vacío, lo mismo que lo estaban los originales por el polvo de un siglo. Roland no hacía trampa: apuntó su deuda en el bloc del departamento, sobre el escurridor. Roland Michell, 2 copias, 10 peniques. Sí hacía trampa. Ahora tenía copias y podía volver a meter las cartas en el Vico de la Biblioteca Londinense sin que nadie lo notara. Pero no quería. Sentía que eran suyas. Siempre había sentido un ligero desprecio hacia los que se embelesaban ante las cosas que habían tocado los grandes hombres: el ornamentado bastón de Balzac, la flauta de Robert Louis Stevenson, la mantilla negra de encaje que usó George Eliot. Mortimer Cropper tenía la costumbre de sacar el gran reloj de oro de Randolph Henry Ash de un bolsillito interior, y poner en hora el suyo por el de Ash. La escritura estaba más limpia y clara en las fotocopias de Roland que en la letra desvaída, gris-cobrizo de los originales; realmente la tinta de la copiadora tenía una

frescura negra y brillante, señal de que los rodillos de la máquina debían estar recién entintados. Pero Roland quería los originales.

Cuando abrieron la biblioteca del doctor Williams, se presentó y solicitó ver el manuscrito del monumental Diario de Crabb Robinson. Había estado allí antes, pero tuvo que mencionar el nombre de Blackadder para recordárselo a los empleados, aunque no tenía la menor intención de enseñarle a Blackadder lo que había encontrado; al menos de momento, mientras no hubiera satisfecho su propia curiosidad y devuelto los papeles.

Empezó a leer en 1856, el año de publicación de *Dioses, hombres y héroes*, que Crabb Robinson, infatigable, había leído y glosado.

4 DE JUNIO Leí varios poemas dramáticos del nuevo libro de Randolph Ash. Me llamaron particularmente la atención los que pone en boca de Agustín de Hipona, del monje sajón del siglo IX Godescalco, y del «Vecino Voluble» del *Viaje del peregrino*. También una singular evocación de Franz Mesmer y el joven Mozart tocando su armónica de copas ante la corte vienesa del archiduque, llena de sonos y aires extraños, excelentemente concebida y plasmada. Este Godescalco, precursor de Lutero, hasta el punto de repudiar sus votos, se podría tomar, por su visión intransigente de la predestinación, como figura de algunos evangélicos rezagados de nuestros días, y el Vecino Voluble tal vez sea una sátira de los que como yo creen que el cristianismo no consiste en la presencia idólatra de la Deidad en un pedazo de pan, ni tampoco en los cinco puntos de fe metafísica. Como es costumbre en él, Ash trata a Voluble, con quien cabría esperar que simpatizase, con más bilis aparente de la que dirige hacia su monje monstruoso, cuyos desvarios tienen una cierta sublimidad real. Sería difícil saber dónde hay que *colocar* a Randolph Ash. Me temo que nunca llegue a ser un poeta popular. Su evocación de la Selva Negra en «Godescalco» es muy buena, pero ¿qué proporción del público está dispuesta a soportar sus diatribas teológicas para llegar hasta ella? Retuerce y entrelaza sus melodías con tal forzamiento de la rima y tal maraña de analogías peculiares y mal fundadas, que cuesta trabajo distinguir el sentido. Cuando leo a Ash pienso en el joven Coleridge, recitando con brío su epigrama sobre Donne:

Como Donne, cuya musa galopa en dromedario,
y forjando badilas compone un relicario.

Este pasaje era ya muy conocido por los estudiosos de Ash y había sido citado con

frecuencia. A Roland le gustaba Crabb Robinson, un hombre de buena voluntad infatigable y gran curiosidad intelectual, amante de la literatura y la erudición, y aun así lleno de humildad.

«Pronto descubrí que no tenía capacidad literaria para ocupar el puesto que hubiera deseado entre los autores ingleses; pero pensé que tenía la oportunidad de llegar a conocer a muchos de los hombres distinguidos de la época, y que algún bien haría llevando un registro de mis conversaciones con ellos.» Los había conocido a todos, a dos generaciones enteras, Wordsworth, Coleridge, De Quincey, Lamb; madame de Staël, Goethe, Schiller; Carlyle, G. H. Lewes, Tennyson, Clough, Bagehot. Roland se leyó todo 1857 y pasó a 1858. En febrero de este año, Robinson escribía:

Si fuera ésta mi última hora (y la de un octogenario no puede estar lejos), daría gracias a Dios por haberme permitido contemplar tanta de la excelencia concedida a personas. De la mujer, he visto el tipo de su grandeza heroica en la señora Siddons; de sus fascinaciones, en la señora Jordán y mademoiselle Mars; he escuchado con embeleso los soñadores monólogos de Coleridge, «el anciano elocuente»; he viajado con Wordsworth, el mayor de nuestros poetas lírico-filosóficos; he paladeado el ingenio y el dramatismo de Charles Lamb; he conversado libremente con Goethe en su propia mesa, sin comparación el genio supremo de su época y país. Goethe sólo se reconoce en deuda con Shakespeare, Spinoza y Linneo, así como Wordsworth, cuando resolvió ser poeta, sólo temió la competencia de Chaucer, Spenser, Shakespeare y Milton.

En junio Roland encontró lo que iba buscando.

Mi desayuno se desarrolló francamente bien, en lo tocante a conversación. Tuve conmigo a Bagehot, Ash, la señora Jameson, el profesor Spear, la señorita LaMotte y su amiga la señorita Glover, esta última algo taciturna. Ash no conocía a la señorita LaMotte, quien en realidad salió quebrantando sus costumbres, por darme gusto y hablar de su amado Padre, cuyas *Mitologías* tuvo yo alguna influencia en dar a luz para el público inglés. El debate sobre poesía estuvo animado, sobre todo a propósito del genio incomparable de Dante, pero también se habló del genio de Shakespeare en sus poemas, en especial sobre el desenfado de sus obras de juventud, por las que Ash siente particular admiración. La señorita LaMotte habló con una energía que

yo no esperaba en ella: cuando se anima es sorprendentemente hermosa. También se discutió sobre las llamadas «manifestaciones espirituales», acerca de las cuales me escribió lady Byron con gran sentimiento. Se habló de la afirmación de la señora Stowe de haber conversado con el espíritu de Charlotte Brontë. La señorita Glover, en una de sus escasas intervenciones, declaró con calor que ella creía que esas cosas podían suceder y sucedían. Ash dijo que él exigiría una demostración experimental incontrovertible, y que no suponía que estuviera próxima. Bagehot dijo que la presentación que había hecho Ash de la creencia de Mesmer en las influencias espirituales demostraba que no estaba tan rigurosamente atado a la ciencia positiva como ahora quería aparentar. Ash repuso que la imaginación histórica requería una especie de creencia poética en el universo mental de sus personajes, y que esto en él era tan fuerte que corría peligro de no tener creencias propias de ninguna clase. Todos apelaron a la señorita LaMotte sobre la cuestión de los toques de los espíritus; ella rehusó pronunciarse, y sólo contestó con una sonrisa de Gioconda.

Roland copió este pasaje y siguió leyendo, pero no pudo encontrar ninguna otra alusión a la señorita LaMotte, aunque Ash aparecía como anfitrión e invitado bastante frecuente. Robinson rendía homenaje a las excelentes cualidades de ama de casa de la señora Ash, y lamentaba que no hubiera sido la Madre que idealmente estaba dotada para ser. Robinson no parecía haber advertido un conocimiento extraordinario de la poesía de Ash ni en la señorita LaMotte ni en la señorita Glover. Tal vez la conversación «agradable e inesperada» o «extraordinaria» se hubiera producido en otro lugar o en otra ocasión. Los registros de Crabb Robinson quedaban raros transcritos en la letra más bien comprimida de Roland, menos confiados, menos homogéneamente parte de una vida. Roland sabía que estadísticamente estaba casi condenado a corromper este texto de alguna manera, aunque sólo fuera por descuido en la transcripción. Mortimer Cropper obligaba a sus alumnos de doctorado a transcribir pasajes —generalmente de Randolph Henry Ash—, volver a transcribir sus transcripciones, pasarlas a máquina, y luego buscarles errores con severo ojo editorial. No había jamás un texto sin errores, según Cropper. Él mantenía aquel ejercicio de humildad, incluso en los tiempos de la fotocopia sin esfuerzo. Nada de semejante método profesional había en Blackadder, quien, no obstante, advertía y corregía multitud de errores, acompañando sus correcciones con una retahíla ininterrumpida de comentarios despectivos sobre el deterioro de la educación en Inglaterra. En sus tiempos, decía, los estudiantes sabían ortografía y aprendían

poesías y la Biblia de corazón. Curiosa expresión, añadía, «de corazón»: como si los poemas se almacenaran en el torrente sanguíneo. «“Con el corazón sentido”, que diría Wordsworth», decía Blackadder. Pero, fiel a la mejor tradición inglesa, no se consideraba obligado a equipar a sus deficientes alumnos con las herramientas que les faltaban. Tenían que apañárselas como pudieran bajo una niebla de gruñidos y desprecios.

Roland fue al Museo Británico en busca de Blackadder. No tenía decidido qué decirle, así que hizo tiempo estableciendo su posición en la Sala de Lectura, bajo la alta cúpula que, por alta que fuera, parecía no contener oxígeno suficiente para todos los diligentes lectores, de modo que éstos, consumido su sustento, yacían soñolientos como llamas moribundas en la campana de Humphry Davy. Era por la tarde —la mañana se le había ido en Crabb Robinson—, y eso quería decir que estaban tomados todos los pupitres amplios y altos de cuero azul claro, alineados en los radios de la gran rueda que tenía por centro la mesa del Vigilante y por perímetro el Catálogo, y Roland hubo de contentarse con uno de los extremos mínimos, planos y triangulares, de los segmentos últimamente insertos entre los radios. Estas inserciones eran pupitres fantasma, subordinados, tartamudeantes, DD GG OO. Roland encontró sitio al final de AA (por Ash), cerca de la puerta. Cuando por primera vez sintió el placer de verse admitido en aquel primer círculo del saber, lo había comparado con el Paraíso de Dante, en el que los santos, los patriarcas y las vírgenes tenían asiento en hileras ordenadas en formación circular, una enorme rosa, y también las páginas de un volumen enorme, antes dispersas por el universo y ya reunidas. Las letras doradas sobre el cuero azul claro coadyuvaban a esas imaginaciones medievales.

En ese caso la Factoría Ash, embutida en las entrañas del edificio, era el Infierno. Había un camino de bajada, por una escalera de hierro, desde la Sala de Lectura, y un camino de salida, por un portón con cerrojo, que desembocaba en la sombría necrópolis egipcia, entre faraones de mirada fija y ciega, escribas en cuclillas, esfinges de poca monta y sarcófagos vacíos de momia. La Factoría Ash era un sitio caluroso de armarios metálicos y cubículos entre tabiques de vidrio que encerraban el tableteo de las máquinas de escribir, bajo una triste media luz de neón. Las pantallas de microfilm ponían un fulgor verde en la penumbra. A veces olía a azufre, cuando en las fotocopadoras se producía un cortocircuito. Y hasta gemidos y alaridos extraños lo atravesaban. Todas las regiones inferiores del Museo Británico apestan a gato. Los animales se cuelan por rejillas y respiraderos, merodean y son perseguidos, y a veces alimentados subrepticamente.

Blackadder, instalado en medio del caos aparente y orden real de su magna edición, cribaba un aluvión de papeletas en un valle flanqueado por riscos de fichas

sobadas y archivadores abultados. Tras él iba y venía su secretaria, la pálida Paola, de larga melena incolora recogida con un elástico, enormes gafas que le daban aspecto de polilla y las puntas de los dedos convertidas en almohadillas grises y polvorientas. En un cuarto interior, más allá del cubículo de las máquinas de escribir, había una covachuela construida con armarios archivadores, y en ella habitaba la doctora Beatrice Nest, casi emparedada detrás de las cajas que encerraban el diario y la correspondencia de Ellen Ash.

Blackadder tenía cincuenta y cuatro años, y había venido a dar en la edición de Ash por un pique. Era hijo y nieto de maestros escoceses. Su abuelo recitaba poesía a la nocturna luz de la chimenea: *Marmion*, el *Childe Harold*, el *Ragnarök*. Su padre le envió al Downing College de Cambridge a estudiar con F. R. Leavis. Leavis hizo con Blackadder lo que hacía con los alumnos serios: mostrarle la terrible, la majestuosa importancia y trascendencia de la literatura inglesa, y al mismo tiempo desposeerle de cualquier posible presunción de capacidad para acrecentarla o alterarla. El joven Blackadder escribía poemas, imaginaba los comentarios que sobre ellos haría Leavis y los quemaba. Acuñó un estilo ensayístico de brevedad, ambivalencia e impenetrabilidad espartanas. Su suerte quedó echada por un seminario sobre datación. El aula estaba atestada, con gente de pie y gente encaramada en los brazos de los asientos. El profesor, delgado y ágil, con el cuello de la camisa abierto, se subió al alféizar de la ventana y tiró del batiente para dejar entrar el aire fresco y la fría luz de Cambridge. La prueba de datación contenía una poesía trovadoresca, un fragmento de teatro jacobeo en verso, unos pareados satíricos, una meditación en verso blanco sobre el lodo volcánico y un soneto amoroso. Blackadder, enseñado en la escuela de su abuelo, vio inmediatamente que todos aquellos poemas eran de Randolph Henry Ash, muestras de su ventriloquia, de su inabarcable versatilidad. Vio ante sí dos posibilidades: declarar su conocimiento o dejar que el seminario siguiera adelante, que Leavis empujara a los pobres estudiantes a equivocarse y procediera después a demostrar su propio talento analítico para distinguir lo falso de lo auténtico, la alienación victoriana de la voz del sentimiento sincero. Blackadder optó por el silencio, y Ash fue convenientemente descubierto y censurado. Blackadder tuvo la sensación de haber hecho traición a Randolph Henry Ash, aunque con mayor justicia se le podía haber acusado de hacérsela a sí mismo, a su abuelo o acaso al doctor Leavis. Indemnizó. Escribió su tesis sobre el tema *Argumento consciente y sesgo inconsciente: Una fuente de tensión en los poemas dramáticos de Randolph Henry Ash*. Se hizo experto en Ash durante la época en que Ash estuvo más olvidado. Ya en 1959 se le convenció para acometer la edición de la *Poesía y teatro completo*, con el beneplácito del presente lord Ash, un anciano aristócrata metodista que descendía de un primo remoto de Ash y había heredado la propiedad de los manuscritos no vendidos. En aquellos tiempos de inocencia, Blackadder había visto

la Edición como una tarea finita que llevaría a otras cosas.

Tenía ayudantes de investigación en número variable, y los despachaba cual palomas y cuervos de Noé a las bibliotecas del mundo, aferrados a papeletas numeradas, como contraseñas de guardarropa o cheques de almuerzo, cada una con una duda, media línea de posible cita, un nombre propio que localizar. El cubo de un carro romano, rastreado en las notas a pie de página de Gibbon. «El peligroso melón soñado del sabio», que resultó estar tomado del sueño de Descartes. Ash se había interesado por todo. La astronomía árabe y los sistemas de transporte africanos, los ángeles y las agallas del roble, la hidráulica y la guillotina, los druidas y la *grande armée*, los cataros y los aprendices de impresor, el ectoplasma y la mitología solar, las últimas comidas de mastodontes congelados y la verdadera naturaleza del maná. Las notas a pie de página ahogaban el texto y se lo comían. Eran feas y molestas, pero necesarias, pensaba Blackadder viéndolas brotar como las cabezas de la Hidra, dos que resolver por cada una que se resolvía.

En su lugar oscuro, pensaba con frecuencia que un hombre se convierte en su trabajo. ¿Qué sería él ahora si hubiera sido, pongamos, funcionario dedicado a asignar ayudas financieras a la vivienda, o policía puesto a escudriñar trocitos de pelo y piel y huellas dactilares? (Especulación muy propia de Ash.) ¿Qué sería el conocimiento recogido por su propio interés, es decir, por el interés de James Blackadder, sin referencia alguna a lo comisqueado, digerido y dejado por Randolph Henry Ash?

Había veces en que Blackadder se permitía ver claramente que iba a agotar su vida activa, es decir, su vida consciente pensante, en aquella tarea; que todos sus pensamientos iban a ser los pensamientos de otro hombre, todo su trabajo el trabajo de otro hombre. Y entonces pensaba que quizá eso no importara tanto. En el fondo Ash le parecía fascinante, aun al cabo de todos aquellos años. Era una subordinación grata, caso de ser subordinado. Blackadder creía que Mortimer Cropper se tenía por dueño y señor de Ash, pero él sabía mejor cuál era su puesto.

Una vez había visto por televisión a un naturalista que le pareció algo semejante a él. Aquel hombre salía con una bolsa y recogía bolitas de las que vomitan los buhos; las etiquetaba, y después las partía con unas pinzas, las bañaba en vasos de distintos líquidos limpiadores, y ordenaba y recomponía las sobras y fragmentos del paquete comprimido de huesos, dientes y pellejos, para así reconstruir la musaraña o el lución que habían corrido, fallecido y pasado por las tripas del buho. Le agradó esa imagen, y momentáneamente pensó hacer un poema con ella. Pero descubrió que Ash se le había adelantado. Era en la descripción de un arqueólogo:

Encuentra antiguas guerras en los restos
de hojas partidas, o astillados huesos,
o cráneos destrozados, como el cura

lee muertes de ratón y musaraña
en las pulcras grageas que echa el buho,
blanca muerte flotante en velas suaves,
curvo el sangriento garfio en blanda pluma.

Entonces Blackadder no supo si se había fijado en el naturalista de la pantalla porque en su mente estaba impresa la imagen de Ash, o si había sido por propio impulso.

Roland salió de túneles de estanterías y entró en el reino gélidamente alumbrado de Blackadder. Paola le dirigió una sonrisa y Blackadder le miró con el ceño fruncido. Blackadder era un hombre gris, de piel gris y pelo gris acero, que llevaba bastante largo, porque le enorgullecía seguir teniéndolo tan espeso. Su indumentaria, chaqueta de tweed y pantalón de pana, era respetable, usada y polvorienta, como todo lo demás de allá abajo. Tenía una buena sonrisa irónica cuando sonreía, que era muy de tarde en tarde.

Roland dijo: «Creo que he hecho un descubrimiento.»

—Seguramente estará ya hecho veinte veces. ¿De qué se trata?

—Fui a leer su ejemplar de Vico y todavía está lleno de papeles manuscritos, repleto, guardados entre las hojas. En la Londinense.

—Cropper lo habrá mirado con lupa.

—No lo creo. *Realmente* no lo creo. Todo el polvo está *posado* en franjas negras hasta el borde de los papeles. Hace muchísimo tiempo que no lo ha tocado nadie. Yo diría que nunca. Leí algunos.

—¿Son útiles?

—Mucho. Enormemente.

Blackadder, remiso a mostrar gran interés, se puso a juntar papelitos con clips.

—Le echaré una ojeada —dijo—. Iré yo a verlo. Me pasaré por ahí. ¿No habrá usted cambiado nada de sitio?

—No, qué va. Es decir, al abrir el libro salieron disparados muchos papeles, pero los volvimos a poner donde estaban, creo.

—Me extraña. Yo creía que Cropper era ubicuo. Conviene que de esto no diga usted ni pío, ¿entendido?, porque si no todo se irá volando al otro lado del Atlántico, mientras en la Londinense renuevan las alfombras y ponen una máquina de café, y Cropper nos manda otro de esos faxes tan simpáticos y obsequiosos ofreciéndonos acceso a la Colección Stant y todas las ayudas posibles en microfilm. ¿No se lo habrá usted dicho a nadie?

—Sólo al bibliotecario.

—Yo me pasaré. Habrá que suplir la financiación con patriotismo. Hay que frenar

el expolio.

—No dejarían...

—Yo no me fío de nadie con el talonario de Cropper delante.

Blackadder estaba poniéndose trabajosamente el abrigo, una trenca gastada. Roland había renunciado a toda idea, en cualquier caso no muy realista, de hablarle de las cartas robadas. Pero sí preguntó: «¿Puede usted decirme algo sobre alguien llamado LaMotte, que escribía?»

—Isidore LaMotte. *Mythologies*, 1832. *Mythologies indigènes de la Bretagne et de la Grande Bretagne*. También *Mythologies françaises*. Un gran compendio erudito de folclore y leyendas. Empapado de la manía de entonces de encontrar la clave de todas las mitologías, pero también de la identidad y la cultura nacional bretona. Es casi seguro que Ash los leyera, pero no recuerdo que los utilizara concretamente para nada.

—Hubo una señorita LaMotte...

—Ah, sí, la hija. Escribió poesía religiosa, ¿no? Un librito muy lúgubre titulado *Postrimerías*. Y cuentos para niños. *Cuentos del mes de noviembre*. Historias truculentas. Y una epopeya que, según dicen, no hay quien la lea.

—Creo que es una autora que interesa a las feministas —dijo Paola.

—Muy propio —dijo Blackadder—. Para Randolph Ash no tienen tiempo. Lo único que quieren leer es el diario interminable de Ellen en cuanto que nuestra amiga de ahí dentro consiga sacarlo a la luz del día. Dicen que Randolph Ash la reprimía como escritora y se nutría de su imaginación. Trabajo les costaría probarlo, creo yo, si pretendieran probar algo, de lo cual no estoy seguro. Las feministas *saben* lo que hay antes de verlo. Lo único en lo que pueden apoyarse es que Ellen se pasaba mucho tiempo tendida en un sofá, y eso no es nada insólito en una señora de su época y circunstancias. El verdadero problema que tienen —y el de Beatrice— es que Ellen Ash es *aburrida*. No era una Jane Carlyle, desdichadamente. La pobrecita Beatrice empezó queriendo demostrar lo abnegada y colaboradora que había sido Ellen Ash y de ahí pasó a comprobar hasta la última receta de confitura de grosella y la última excursión a Broadstairs, y así *veinticinco años*, increíble, y cuando quiso recordar resultó que ya nadie quería abnegación y dedicación, lo que querían eran pruebas de que Ellen era un volcán de rebeldía, dolor y talento desaprovechado. Pobre Beatrice. Una única publicación con su nombre, y un libro flaco titulado *Ayuda para el hombre* sin ironía, no es como para congraciarse con las feministas de hoy. Una pequeña antología, en 1950, de dichos profundos, ingeniosos y tiernos de las compañeras de los grandes hombres. Dorothy Wordsworth, Jane Carlyle, Emily Tennyson, Ellen Ash. Pero las de Estudios sobre la Mujer no pueden ponerle la mano encima a todo ese material inédito mientras la pobrecita Bea siga siendo la responsable oficial. No sabe en la que se ha metido.

Roland no quería oír otro largo discurso de Blackadder sobre Beatrice Nest y su retrasadísima edición de Ellen Ash. Cuando Blackadder llegaba al tema de Beatrice, se le ponía una nota en la voz, una nota feroz, desagradable, que a Roland le recordaba el ladrido de los galgos. (Únicamente había oído el ladrido de los galgos por televisión.) La idea de Cropper producía en el erudito una manera de mirar furtiva, de conspirador.

Roland no se ofreció a acompañar a Blackadder a la Londinense. Se fue a tomar café. Después podía seguirle la pista a la señorita LaMotte, que ya tenía una cierta identidad gracias al Catálogo, como cualquier otra alma muerta.

Salió entre los pesos pesados egipcios, y entre dos piernas de piedra enormes vio pasar algo rápido, blanco y rubio, que resultó ser Fergus Wolff, también en pos de un café. Fergus era muy alto, y llevaba el pelo amarillo largo por arriba y corto por detrás, en la versión 1980 de la moda 1930. Llevaba un suéter grueso blanco deslumbrante y un pantalón negro muy ancho, como los japoneses de las artes marciales. Sonrió a Roland con sonrisa complacida y voraz, con sus ojos de vivo color azul y su ancha boca, terriblemente poblada de dientes fuertes y blancos. Era mayor que Roland; era un hijo de los Sesenta que durante un tiempo dejó los estudios, eligió la libertad y las revoluciones parisienses y se sentó a los pies de Barthes y Foucault, para luego volver y deslumbrar al Prince Albert College. En general era un hombre agradable, aunque casi todos los que le conocían sacaban una idea nebulosa de que pudiera ser peligroso de alguna manera inconcreta. Roland apreciaba a Fergus porque Fergus parecía apreciarle a él.

Fergus estaba escribiendo un estudio destructivo de la *Obra maestra desconocida* de Balzac. Roland ya no se sorprendía de que un departamento de Filología Inglesa patrocinara el estudio de obras francesas. En los últimos tiempos no parecía haber otra cosa, y en todo caso Roland no quería pasar por insular. También él, gracias a las apasionadas injerencias maternas en su educación, tenía un buen dominio del francés. Fergus se explayó sobre la banqueta de la cafetería y dijo que el reto era desconstruir algo que aparentemente ya se había desconstruido solo, puesto que el libro trataba de un cuadro que resultaba no ser más que una masa caótica de pinceladas. Roland escuchó cortésmente y dijo:

—¿Tú sabes algo de una tal LaMotte que escribió cuentos para niños y poesía religiosa allá por 1850?

Fergus soltó una carcajada bastante larga, y dijo escuetamente:

—Debería.

—¿Quién era?

—Christabel LaMotte. Hija del mitógrafo Isidore LaMotte. *Postrimerías. Cuentos del mes de noviembre*. Una epopeya titulada *El hada Melusina*. Muy estafalaria. ¿Conoces la historia de Melusina? Era un hada que se casó con un mortal para tener alma, y estableció un pacto de que no intentase verla nunca los sábados, y él lo cumplió durante muchos años, y tuvieron seis hijos varones, todos con anormalidades: orejas deformes, colmillos gigantescos, una cabeza de gato saliendo de una mejilla, tres ojos, cosas así. Uno se llamaba Jofré el del Gran Diente, y otro Horrible. Melusina hizo construir castillos, castillos de verdad que existen todavía, en el Poitou. Y al final, como tenía que suceder, él miró por el ojo de la cerradura —o, según una versión, abrió un agujero en la puerta de acero de ella con la punta de su espada—, y vio que se estaba solazando en una gran bañera de mármol. Y de la cintura para abajo era un pez o una serpiente, Rabelais dice que una «andouille», una especie de salchicha enorme, el simbolismo es obvio, y batía el agua con su cola musculosa. Y él no dijo nada y ella no hizo nada hasta que Jofré, el hijo feroz, se enfadó con su hermano Fromonte que se había refugiado en un monasterio, y como no quería salir, apiló leña y lo quemó entero, con los monjes y Fromonte dentro. Cuando se supo la noticia, Remondín (el caballero del principio, el marido) dijo: «La culpa la tienes tú; quién me mandaría a mí casarme con una horrible serpiente.» Entonces ella le llenó de reproches y se convirtió en dragón, y echó a volar alrededor de las almenas haciendo gran estrépito y golpeando las piedras. Ah, y antes de eso le dio órdenes terminantes de que matara a Horrible porque si no los aniquilaría a todos, y así se hizo. Y Melusina vuelve a los condes de Lusignan para anunciar muertes: es una especie de Dame Blanche, o Fata Bianca. Como ya te imaginarás, hay toda clase de interpretaciones simbólicas, mitológicas y psicoanalíticas. Christabel LaMotte escribió ese poema largo y muy retorcido sobre la historia de Melusina en la década de 1860, y se publicó a principios de la de 1870. Es una cosa rara, tragedia y romance y simbolismo a todo pasto, una especie de mundo onírico lleno de bestias extrañas y significados ocultos, y una sexualidad o sensualidad realmente chocante. A las feministas las chifla. Dicen que expresa el deseo impotente de la mujer. No fue muy leído hasta que ellas lo redescubrieron; Virginia Woolf lo conocía y lo señaló como imagen de la androginia esencial de la mente creadora, pero las nuevas feministas ven a Melusina en su baño como un símbolo de la sexualidad femenina autosuficiente, que no necesita al pobre varón. A mí me gusta, es inquietante. Está continuamente cambiando de foco, de la descripción minuciosa de la cola con escamas a las batallas cósmicas.

—Eso me viene muy bien. Lo miraré.

—¿Por qué lo querías saber?

—Encontré una alusión en Randolph Ash. En Randolph Ash se encuentran alusiones a todo, antes o después. ¿Por qué te reías?

—Porque yo me hice experto involuntario en Christabel LaMotte. Hay dos personas en el mundo que saben todo lo que se puede saber de Christabel LaMotte. Una es la profesora Leonora Stern, de Tallahassee. La otra es la doctora Maud Bailey de la Universidad de Lincoln. A las dos las conocí en aquel congreso de París sobre sexualidad y textualidad en donde estuve, no sé si te acordarás. Me da la impresión de que no les gustan los hombres. De todos modos yo tuve una breve aventura con la temible Maud. En París y luego aquí.

Se detuvo y frunció el ceño. Abrió la boca para seguir y la volvió a cerrar. Pasados unos instantes dijo:

—Dirige, Maud, un Centro de Documentación sobre la Mujer en Lincoln. Allí tienen muchos papeles inéditos de Christabel. Si buscas algo difícil de encontrar, es donde tienes que ir.

—Podría. Gracias. ¿Y ella qué tal es? ¿Me comerá?

—Híela la sangre de los hombres —dijo Fergus con mucho sentimiento indescifrable.^[2]

CAPÍTULO IV

De abrojos es el foso,
la torre es de cristal.
En su cerco espinoso
no hay jamba ni portal.

El cierzo a la espesura
fuertes ramas arranca.
En la ventana oscura
se ve una mano blanca.

Tiembla la voz marchita
gimiendo plañidera:
Aquí estoy, princesita;
suelta tu cabellera.

Mil bucles de oro fino
caen en veloz torrente.
Suave sube el camino
hasta la tersa frente.

Por la escala sin nudo
trepan dos garras negras.
Es un dolor agudo
cada una de las hebras.

Allá entre los abrojos
viendo el atroz encanto,
un par de claros ojos
se han anegado en llanto.

CHRISTABEL LAMOTTE

Cuando Roland llegó a Lincoln iba ya fastidiado por haber tenido que tomar el tren.

Habría sido más barato el viaje en autobús, aunque más largo, pero la doctora Bailey había enviado una seca tarjeta postal diciendo que a ella le venía mejor salir a recibirle al tren de mediodía; el campus estaba un poco lejos de la ciudad, y eso era lo mejor. En el tren, sin embargo, Roland pudo hacer algo por ponerse en antecedentes acerca de Christabel LaMotte. La biblioteca del *college* le proporcionó dos libros. Uno, muy flaco y femenino, estaba escrito en 1947 y se titulaba *Ropa blanca*, como una poesía de Christabel. El otro era una gruesa compilación de ensayos feministas, americanos en su mayoría, publicada en 1977: *A sí misma por ella: Estrategias de evasión en LaMotte*.

Veronica Honiton daba algunos datos biográficos. Los abuelos de Christabel, Jean-Baptiste y Emilie LaMotte, habían huido a Inglaterra durante el Terror de 1793 y se habían asentado allí, prefiriendo no volver después de la caída de Bonaparte. Isidore, nacido en 1801, estudió en Cambridge, y había acariciado la idea de ser poeta antes de convertirse en un serio historiador y mitógrafo muy influido por las investigaciones alemanas sobre el cuento popular y los orígenes de la narración bíblica, aunque firme en su personal variante mística bretona del cristianismo. Su madre, Emilie, era hermana mayor del historiador republicano y anticlerical Raoul de Kercoz, también entusiasta del folclore, que aún mantenía la hacienda familiar de Kernemet. En 1823 Isidore contrajo matrimonio con Arabel Gumpert, hija del canónigo Rupert Gumpert de San Pablo, cuya robusta fe religiosa sería una poderosa influencia estabilizadora en la infancia de Christabel. El matrimonio tuvo dos hijas: Sophie, nacida en 1830, que se uniría en matrimonio a sir George Bailey de Seal Close, en los Linconshire Wolds, y Christabel, nacida en 1825, que vivió con sus padres hasta que, en 1853, una pequeña herencia que le legó una tía soltera, Antoinette de Kercoz, le permitió poner casa propia en Richmond, Surrey, con una joven amiga que había conocido en una conferencia de Ruskin.

Al igual que Christabel, la señorita Blanche Glover tenía ambiciones artísticas, y pintaba grandes lienzos al óleo, ninguno de los cuales se conserva, siendo también la autora de las hábiles y misteriosas xilografías que ilustran los deliciosos, aunque ligeramente inquietantes, *Cuentos para inocentes* de Christabel, así como las de los *Cuentos del mes de noviembre* y las de sus poemas religiosos, *Plegarias*. Se cree que fue la señorita Glover quien primero alentó a Christabel a acometer la grandiosa y oscura epopeya *El hada Melusina*, que refiere la vieja historia de la maga mitad mujer y mitad serpiente. Los resquicios de *El hada Melusina* están muy cargados de contenido; durante el período prerrafaelista despertó la admiración de algunos críticos, entre ellos Swinburne, que lo calificó de «relato que es una serpiente musculosa y tranquila, dotada de más vigor y veneno de los habituales en los esfuerzos de la pluma femenina, pero sin empuje narrativo; más bien, como era la Serpiente de Coleridge que figuraba la Imaginación, con la cola metida en la boca».

Ahora yace merecidamente en el olvido. La fama de Christabel, modesta pero segura, descansa en su lírica comedida y delicada, producto de una fina sensibilidad, un temperamento tendente al pesimismo y una fe cristiana desasosegada pero constante.

Blanche Glover desdichadamente se ahogó en el Támesis en 1861. Su muerte parece haber dejado profundamente desolada a Christabel, que al cabo regresó junto a su familia, viviendo con su hermana Sophie durante el resto de su vida tranquila y carente de acontecimientos. Después de la *Melusina* no parece haber escrito más poesía, y fue encerrándose progresivamente en un silencio voluntario. Murió en 1890, a la edad de sesenta y cinco años.

Los comentarios de Veronica Honiton sobre la poesía de Christabel se centraban dulcemente en su «misticismo doméstico», que la autora comparaba con la celebración de George Herbert de la sirvienta que «barre un cuarto por cumplir Tu ley».

Me agrada la limpieza de las cosas;
fruncir, almidonar.
En lo que se hace primorosamente
no hay sitio para el mal.

Aviemos la casa. Cuando llegue,
que lo vea todo limpio y arreglado.
Que esté la ropa blanca refulgente:
Él la doblará entonces y nos dará el descanso.

Treinta años más tarde las feministas veían a Christabel LaMotte como una mujer alborotada y violenta. Escribían sobre «La trama rota de Aracne: El arte como hilandería desechada en los poemas de LaMotte»; o «Melusina y el doble demónico: Buena madre, mala serpiente»; «Una ira dócil: La domesticidad ambivalente de Christabel LaMotte»; «Guantes blancos: Blanche Glover y la sexualidad lesbiana ocluida en LaMotte». Había un artículo de la propia Maud Bailey sobre «Melusina, constructora de ciudades: Una cosmogonía femenina subversiva». Roland sabía que debía empezar por aquel texto, pero su formidable extensión y su densidad le echaron atrás. Empezó «La trama rota de Aracne», que disecaba elegantemente uno de los poemas de Christabel sobre insectos, que al parecer eran muchos.

Telar destartalado en movimiento,
la hirsuta bestezuela
con interior peinado filamento
va labrando su tela:
tumba del vuelo, aérea geometría,
cedazo de la lluvia, red del día.

Era difícil concentrarse. Las Midlands desfilaban monótonas: una fábrica de galletas, una empresa de envases metálicos, campos, setos, acequias, paisaje agradable y sin nada de particular. El libro de Veronica Honiton llevaba como frontispicio la primera imagen que Roland veía de Christabel, una fotografía parduzca, muy primitiva, velada bajo una hoja de protección transparente y quebradiza. Christabel vestía un gran manteo triangular y un sombrerito con volantes sobre el ala, atado a la barbilla con un gran lazo. Llamaba más la atención su vestimenta que ella; ella se refugiaba detrás, con la cabeza, quizá enigmáticamente, quizá por un instinto «aviar», inclinada a un lado. Sobre las sienes caían unos cabellos pálidos y crespos, y los labios entreabiertos dejaban ver dientes grandes y regulares. La imagen no daba una impresión clara de nadie en particular; era la dama victoriana en general, poetisa tímida en concreto.

Al principio Roland no identificó a Maud Bailey, y él no tenía nada que llamara la atención, así que fueron casi los últimos en salir del andén. Ella, aunque no se la conociera, no podía pasar inadvertida. Era alta, lo bastante para mirar a Fergus Wolff directamente a los ojos, mucho más alta que Roland. Vestía con una coherencia inusitada en una profesora universitaria, pensó Roland, desechando otras varias maneras de calificar su altura verde y blanca: una larga túnica verde pino sobre falda del mismo color, debajo una camisa de seda blanca, medias finas blancas y zapatos verdes, largos y brillantes. A través de las medias, la carne velada emanaba un rosa casi dorado. Roland no podía verle el pelo, oculto bajo un turbante de seda pintada con un dibujo de plumas de pavo real, que le bajaba casi hasta las cejas. Observó que cejas y pestañas eran rubias. Maud Bailey tenía un cutis limpio y lechoso, los labios sin pintar, las facciones bien marcadas y en conjunto serenas. No sonrió. Le saludó y trató de cargar con el maletín, cosa que él no permitió. El coche era un Escarabajo verde, lustroso e inmaculado.

—Me llamó la atención tu pregunta —dijo ella según arrancaban—. Me alegro de que te hayas tomado el trabajo de venir. Espero que valga la pena. —La voz de Maud Bailey era deliberadamente borrosa, de buen tono; como la de una niña bien de Londres, pero más plana. Su persona olía a algo penetrante, tipo helecho. A Roland no le gustó la voz.

—Puede ser un espejismo. La verdad es que no es casi nada.

—Veremos.

La Universidad de Lincoln era toda torres de losetas blancas, entreveradas de losetas violáceas y anaranjadas, y de tanto en tanto verdes. Cuando soplaban viento fuerte, dijo Maud Bailey, se desprendían y eran un verdadero peligro para los viandantes. Soplaban viento fuerte con frecuencia. El campus era un terreno encharcado, como una

especie de tablero de ajedrez en la traza, redimido por un diseñador imaginativo que había hecho un laberinto de canales y estanques tendido al azar por dentro y por fuera de la cuadrícula. Ahora estaban llenos de hojas caídas, entre las cuales las carpas asomaban el morro chato y perlado. La Universidad, que databa de los días opulentos de la expansión, ahora estaba un tanto sucia y abandonada; entre los blancos rectángulos y bajo su costra urbana se abrían grietas rellenas de mortero.

El viento movía los flecos de seda del tocado demasiado lujoso de la doctora Bailey y revolvía el pelo negro de Roland. Roland seguía las zancadas de ella un poco rezagado, con las manos metidas en los bolsillos. No parecía haber nadie más en el lugar, a pesar de ser día lectivo. Roland preguntó dónde estaban los estudiantes, y ella le dijo que por ser miércoles no había clases, porque los miércoles se reservaban para los deportes y el estudio.

—Desaparecen todos. No sabemos dónde se meten. Como por ensalmo. Algunos están en la biblioteca, pero la mayoría no. Yo no sé dónde van.

El viento agitaba el agua oscura; las hojas anaranjadas daban a la superficie un aspecto cenagoso y picoteado.—

Maud Bailey tenía su despacho en lo alto de la Torre Tennyson:

—Tenía que llamarse o Tennyson o Maid Marian —comentó, con voz lejanamente desdeñosa, según empujaban la puerta de vidrio—. El concejal que financió esto quiso que todo llevase nombres de personajes de Sherwood.^[3] Aquí están el departamento de Filología Inglesa, la secretaría de la Facultad de Letras, la Historia del Arte y los Estudios sobre la Mujer. Nuestro Centro de Documentación no; eso está en la Biblioteca. Te llevaré. ¿Te apetece un café?

Subieron en un ascensor continuo que traqueteaba acompasadamente al pasar por los vestíbulos vacíos. A Roland aquellos ascensores sin puertas le ponían nervioso; ella entró con paso seguro y ya estaba más alta antes de que él se atreviera a seguirla, de modo que cuando se decidió, ya casi demasiado tarde, fue poco menos que trepando al pedestal que ella ocupaba. Ella no hizo comentario alguno. Las paredes del ascensor estaban forradas de espejos, con una iluminación bronceada; ella le deslumbraba de pared a pared, sofocantemente. Volvió a salir con paso seguro; él también tropezó en ese umbral, mientras el suelo se alzaba bajo sus pies.

El despacho de Maud Bailey tenía una pared acristalada, y las demás forradas de libros desde el suelo hasta el techo. Los libros estaban ordenados de manera racional, temática, alfabética, y libres de polvo; esto último era el único indicio de cuidados domésticos que se advertía en aquel austero lugar. Lo hermoso de la habitación era la propia Maud Bailey, que hincó graciosamente una rodilla en tierra para enchufar una pava y sacó de un armario dos jarritos japoneses de dibujo blanco y azul.

—Siéntate —dijo enérgicamente, indicándole un sillón bajo, tapizado en azul brillante, donde sin duda se sentaban sus alumnos cuando iban a recoger sus trabajos. Le pasó un nescafé marrón. No se había quitado el turbante—. Bueno, ¿en qué te puedo ayudar? —preguntó mientras ocupaba su asiento tras la barrera de la mesa. Roland meditaba estrategias de evasión. Antes de conocer a Maud Bailey había imaginado vagamente que podría enseñarle las fotocopias de las cartas robadas. Ahora sabía que no. Faltaba cordialidad en aquella voz. Dijo:

—Estoy trabajando en Randolph Henry Ash, como te decía en la carta. Acabo de enterarme de la posibilidad de que se escribiera con Christabel LaMotte. No sé si tú tendrás noticia de si hubo tal correspondencia. Desde luego se conocieron.

—¿Cuándo?

Él le entregó una copia de su transcripción del diario de Crabb Robinson.

—Podría haber mención de esto en el diario de Blanche Glover. Tenemos uno de sus diarios en el Centro de Documentación. Cubre esa época: lo empezó cuando se fueron a vivir a Richmond. Los papeles que tenemos en nuestro archivo son básicamente los que había en el escritorio de Christabel cuando murió: había expresado su voluntad de que se enviaran a una de sus sobrinas, May Bailey, «con la esperanza de que llegue a interesarse por la poesía».

—¿Y se interesó?

—No, que yo sepa. Se casó con un primo y se fue a Norfolk, donde tuvo diez hijos y gobernó una casa de mucha gente. Yo desciendo de ella: era mi tatarabuela, lo cual quiere decir que soy sobrina-nieta lejana de Christabel. Al venirme yo aquí convencí a mi padre para que nos dejara conservar esos papeles en el Archivo. No es que haya mucho material, pero es importante. Manuscritos de los cuentos, muchos poemas sin fecha en papelitos sueltos, y por supuesto todas las revisiones de la *Melusina*, que reescribió por lo menos ocho veces, siempre variándola. Y un álbum de citas, unas cuantas cartas de amigas y ese único diario de Blanche Glover, que abarca sólo tres años. No sé si en tiempos tendríamos más, desdichadamente nadie hizo caso de los papeles; no ha aparecido ninguno.

—¿Y LaMotte, llevaba un diario?

—No, que sepamos. Casi seguro que no. Escribió a una de sus sobrinas desaconsejándolo. Es una carta bastante buena. «Si puedes ordenar tus pensamientos y darles forma artística, bien. Si puedes vivir dedicada a las obligaciones y los afectos de la vida cotidiana, bien. Pero no caigas en el hábito de un autoexamen morboso. No hay nada que tanto estorbe a una mujer para hacer obras de valor y para llevar una vida útil. El Señor proveerá a lo segundo: ocasiones no te faltarán. Lo primero es cuestión de voluntad.»

—No estaría yo tan seguro.

—Es una visión interesante. Eso es de fecha tardía: 1886. El arte como voluntad.

No es una visión corriente en una mujer. Ni en nadie quizá.

—¿Tenéis sus cartas?

—No muchas. Unas cuantas a personas de la familia: exhortaciones como ésa, recetas para hacer pan y vino, quejas. Existen otras, no muchas de la época de Richmond, una o dos de visitas que hizo a Bretaña; tenía familia allí, como quizá sepas. No parece que tuviera otras amigas íntimas que Blanche Glover, y no les hacía falta escribirse porque compartían la casa. No se ha hecho ninguna edición de las cartas; Leonora Stern está intentando hacer algo, pero hay poca base. Yo sospecho que sir George Bailey tenga algo en Seal Court, pero no está dispuesto a dejar que vaya nadie a mirar. A Leonora la amenazó con una escopeta. Yo pensé que era mejor que fuera ella —está en Tallahassee, como seguramente sabrás— y no yo, porque hay una historia desdichada de pleitos y hostilidades entre la familia de Seal Court y la de Norfolk. Pero los intentos de Leonora tuvieron un efecto muy desafortunado. Muy desafortunado, sí. En fin. ¿Y tú cómo llegaste a pensar que Randolph Henry Ash se hubiera interesado por LaMotte?

—Encontré un borrador inacabado de una carta a una mujer desconocida dentro de un libro que había sido suyo. Pensé que podía ser LaMotte. En la carta se hablaba de Crabb Robinson. Decía que LaMotte comprendía los poemas de Ash.

—No parece muy probable. No creo que pudiera gustarle la poesía de Ash. Toda esa masculinidad cósmica. Ese desagradable poema antifeminista de la médium, ¿cómo se llama, *Momia poseída*? Pesado, tenebroso. Todo lo que ella no era.

Roland estudió aquella boca pálida e incisiva con una especie de desesperanza. Se arrepintió de haber ido. La hostilidad hacia Ash de algún modo le alcanzaba a él, por lo menos a sus propios ojos. Maud Bailey continuó:

—He mirado en mis fichas —estoy trabajando en un estudio completo de la *Melusina*—, y no he encontrado más que una referencia a Ash. Está en una nota dirigida a William Rossetti —el manuscrito está en Tallahassee— sobre un poema de Christabel que él publicó. «En estos sombríos días de noviembre, a nada me asemejo más que a esa pobre hechura de la fantasía de RHA, emparedada en su terrible *In-Pace*, aquietada a la fuerza y anhelante de la última quietud. Hace falta un coraje masculino para complacerse construyendo mazmorras para inocentes en la imaginación, y una paciencia femenina para soportarlas en la dura realidad.»

—¿Eso es una alusión a la *Hechicera encarcelada* de Ash?

—Naturalmente. —Con impaciencia.

—¿Cuándo fue escrita?

—En 1869. Creo. Sí. Es gráfica pero no ilumina mucho.

—Más bien hostil.

—Exactamente.

Roland sorbió el café. Maud Bailey devolvió la ficha a su sitio del fichero. Dijo,

mirando a la caja:

—Tú debes conocer a Fergus Wolff; creo que está en tu facultad.

—Sí, efectivamente. Fue Fergus quien me sugirió consultarte a ti sobre LaMotte. Silencio. Los dedos estaban muy atareados, ordenando.

—Yo conozco a Fergus. Le conocí en un congreso en París.

Un poco menos enérgica, la voz, un poco menos mayor-autoritaria, pensó Roland cruelmente.

—Me lo dijo —dijo Roland en tono neutro, atento a cualquier signo de consciencia en ella de lo que Fergus pudiera haber dicho, de cómo pudiera haber hablado. Ella apretó los labios y se puso de pie.

—Voy a llevarte al Centro de Documentación.

La Biblioteca de Lincoln no podía ser menos parecida a la Factoría Ash. Era una estructura esquelética metida en una caja de cristal, con puertas brillantes abiertas en muros de vidrio y tubulares, como una caja de juguetes o un juego de construcciones gigante. Había estanterías metálicas resonantes y moquetas que absorbían las pisadas, mitad y mitad rojas y amarillas, como la pintura de los ascensores y las barandillas de la escalera. En verano debía ser un sitio luminoso y calurosísimo, pero en aquel húmedo otoño el cielo color pizarra aparecía como otra caja puesta sobre sus cristales repetidos, en los que se reflejaban hileras de luces redonditas, como las luces mágicas de Campanilla en el País de Nunca-Jamás. El Archivo de la Mujer estaba alojado en una pecera de altas paredes. Maud Bailey instaló a Roland en una silla de tubo junto a una mesa de roble claro, como quien sienta a un niño recalcitrante en una guardería, y le puso delante varias cajas. *Melusina I. Melusina II. Melusina III y IV. Melusina sueltos. Poemas bretones. Poemas de devoción. Poemas varios. Blanche.* En esta caja le enseñó un cuaderno verde largo y grueso, algo semejante a un libro de cuentas, con sombrías guardas marbreadas:

DIARIO DE NUESTRA VIDA DOMÉSTICA.
EN NUESTRA CASA DE RICHMOND

Blanche Glover

Comenzado en el día en que empezamos a habitarla.

1 de mayo de 1858

Roland lo tomó con respeto. No tenía para él la cualidad magnética de las dos cartas que llevaba dobladas en el bolsillo, pero representaba el aguijón de la curiosidad.

Le preocupaba su billete de vuelta en el día. Le preocupaba la paciencia limitada de Maud. El diario estaba escrito con una letra nerviosa y bonita, a pequeñas oleadas. Lo hojeó por encima. Alfombras, cortinas, los placeres de la vida retirada, «Hoy hemos tomado una criada para todo», otra manera de cocer el ruibarbo, un cuadro de Hermes niño con su madre, y efectivamente, el desayuno de Crabb Robinson.

—Aquí está.

—Bueno, te dejo. Vendré a buscarte cuando se cierre la Biblioteca. Tienes un par de horas.

—Gracias.

Fuimos a desayunar a casa del señor Robinson, un anciano afable pero prosaico, que nos contó una historia complicada de un busto de Wieland que él había rescatado de un indigno abandono, para gran deleite de Goethe y otras eminencias literarias. Hubo poco de interés en lo que se dijo, y desde luego no lo dije yo, que permanecí en la sombra, aunque prefiero que así sea. Estaban presentes la señora Jameson, el señor Bagehot, el poeta Ash, sin su esposa, que estaba indispuesta, y algunos miembros jóvenes de la Universidad de Londres. La Princesa fue muy admirada, y con razón. Habló con muy buen sentido al señor Ash, cuya poesía yo no consigo que me guste, aunque ella declaró apreciarla mucho, lo cual lógicamente le halagó. En mi opinión le faltan el lirismo y la intensidad de Alfred Tennyson, y dudo de su seriedad. Su poema sobre Mesmer es un gran enigma para mí, pues no acabo de ver *cuál* es su actitud hacia el magnetismo animal, si de irrisión o de asentimiento, y lo mismo sucede en otras de sus obras, de suerte que muchas veces te quedas pensando si no será mucha palabrería a cuento de nada. Yo, por mi parte, soporté una larga disquisición sobre los Tractarios, a cargo de un joven y porfiado liberal de la Universidad. Mucho le hubiera sorprendido conocer mi verdadera opinión sobre esas cuestiones, pero no quise darle pie a familiaridades, no abrí la boca, y sonreí y asentí como podía, guardándome mis ideas. Pero casi me alegré cuando el señor Robinson decidió relatar a todos los reunidos sus andanzas por Italia con Wordsworth, que a cada paso que daban quería volver a casa, y a quien sólo a costa de los mayores esfuerzos era posible convencer de que mirase a su alrededor.

Yo también quería estar en casa, y me alegré cuando pudimos cerrar nuestra querida puerta detrás de nosotras, y recogernos en el silencio de nuestro saloncito.

Un hogar es una gran cosa, como no tuve el valor de decirle al señor Robinson, si realmente es *el hogar propio*, como es nuestra casita. Cuando pienso en mi existencia anterior; en todo lo que razonablemente podía esperar del resto de mi vida, un hueco concedido en la última esquina de la alfombra del salón de otra persona, una buhardilla o cosa por el estilo, doy gracias por cada pequeña cosa, que para mí tiene un valor inestimable. Almorzamos tarde, gallina fría y una ensalada preparada por Liza, por la tarde dimos un paseo por el Parque, trabajamos, y a la noche tomamos un plato de leche caliente con pan blanco azucarado, talmente como lo podría haber tomado el mismísimo Wordsworth. Hicimos música juntas, y leímos en voz alta un poco de *La reina de las hadas*. En nuestros días se entretajan los placeres sencillos de la vida cotidiana, que nunca deberíamos dejar de apreciar, y los placeres superiores del Arte y el Pensamiento, que ahora podemos paladear como queramos, sin nadie que lo prohíba ni lo critique. Richmond sí que es Beula,^[4] le dije a la Princesa, y ella dijo que ojalá ningún Hada mala nos envidiara nuestra agradable suerte.

Nada más, en tres semanas y media, salvo comidas sencillas, paseos y lecturas, música y proyectos de cuadros de Blanche. Al cabo Roland encontró una frase que podía decir algo o nada. Nada para el que no fuera buscando atentamente.

He estado pensando si intentar, al óleo, un tema de Malory, el aprisionamiento de Merlín, quizá, por la doncella Nimue, o la solitaria Doncella de Astolat. Tengo la cabeza repleta de imágenes vagas, pero no una visión clara de una sola cosa inevitable. He estado toda la semana dibujando robles en el parque de Richmond; todas mis líneas son demasiado ligeras para la gruesa solidez de su tronco. ¿Qué será lo que nos impulsa a *embellecer* aquello que debería expresar Fuerza Bruta? Para Nimue o la Azucena^[5] haría falta un modelo, y a la Princesa no se le puede robar tanto tiempo, aunque confío en que el que gastó en «Christabel ante sír Leoline» no le parezca gastado enteramente en balde. Pinto con tan poca materia, como si mi obra fuera una vidriera apagada que necesitara un chorro de luz de más allá y más atrás para iluminarla y animarla, y no hay ni más allá ni más atrás. Me falta *Fuerza*. Ha colgado la «Christabel» en su cuarto, donde le da el sol de la mañana y saca a la luz mis imperfecciones. Está muy ocupada con una larga carta que llegó hoy, que no me enseñó,

únicamente sonrió y la guardó doblada.

No había nada en absoluto, aparte de la necesidad y el interés de Roland, que insinuara que la larga carta pudiera ser la suya. Podía haber sido una carta cualquiera. ¿Habría habido más? Tres semanas más tarde encontró otra frase con/sin relación.

Liza y yo hemos estado muy atareadas con la carne de membrillo; la cocina está engalanada con velos de muselina puesta a secar, tendida ingeniosamente entre patas de sillas vueltas del revés, como si fueran telarañas. Liza se quemó la lengua al probar si espesaba o no, demasiado ávida de probarlo o deseosa de agradar. (Es verdad que Liza es comilona. Estoy segura de que consume pan y fruta a media noche. Al bajar a desayunar me encuentro en la hogaza del lebrillo unos cortes bastos, oblicuos, que yo no hice.) La Princesa no nos ha ayudado este año. Estaba acabando su Carta Literaria para echarla al correo, aunque lo negó, y dijo que tenía muchas prisas por terminar *El féretro de cristal* para el libro de cuentos. Creo que ahora escribe menos poemas. Lo cierto es que no me los enseña por las noches, como antes. Toda esta correspondencia es perjudicial para sus verdaderas dotes. La verdad es que no le hace falta ninguna adulación epistolar. Ella sabe lo mucho que vale. Ojalá estuviera yo tan segura de lo que valgo.

Dos semanas más tarde:

Cartas y más cartas. No para mí. Yo no debo ver nada ni saber nada. Pues no soy un topillo ciego, Señora mía, ni una criada tan tosca que asome la cabeza y no vea que lo que se dice no me concierne. No hace falta que te apresures a meterlas en el costurero ni que corras arriba a guardarlas debajo de tus pañuelos. Yo no soy una espía, ni una carabina, ni una institutriz. Una institutriz desde luego que no. De ese destino me rescataste, y jamás, ni por un momento, ni por un instante, me has de ver desagradecida ni impertinente.

Dos semanas más tarde

Conque ahora tenemos un Merodeador. Hay algo que anda rondando y olfateando en torno a nuestro pequeño retiro, probando los postigos, resoplando a la puerta. Antiguamente se ponían bayas de serbal y una

herradura vieja sobre el dintel para ahuyentar a los Duendes. Eso voy a clavar yo ahora, para que se vea, para cerrar el paso, si puedo. Dog Tray se pone nervioso con los merodeadores.^[6] Se le eriza el pelo del lomo, como a los lobos, cuando oye al Cazador. Tira dentelladas al aire. Qué pequeña, qué segura, es una morada amenazada. Qué grandes parecen los cerrojos, qué espantoso sería verlos forzados y hechos pedazos.

Dos semanas más tarde

¿Dónde está la franqueza de nuestro trato? ¿Dónde las pequeñas cosas inexpresables que compartíamos en serena armonía? Este Mirón ha puesto el ojo en la grieta o rendija de nuestras paredes, y fisga descaradamente. Ella se ríe y dice que no lo hace con mala intención, y que es incapaz de ver lo esencial que nosotras sabemos y guardamos, y así es, así ha de ser, así ha de ser siempre. Pero a ella le divierte oírle trotar jadeando alrededor de nuestros sólidos muros, piensa que siempre será manso como es ahora. Yo no puedo presumir de saber más, yo no sé nada, nunca he sabido mucho, pero temo por ella. Le pregunté cuánto había escrito últimamente, y se echó a reír, y dijo que estaba aprendiendo mucho, muchísimo, y una vez que lo hubiera aprendido todo tendría nuevo material para escribir y muchas cosas nuevas que decir. Y me besó, y me llamó su querida Blanche, y dijo que sabía que yo era buena chica, y muy fuerte, y nada necia. Yo dije que todos, todos éramos necios, y todos necesitábamos el auxilio de la fortaleza divina en nuestra debilidad. Ella dijo que nunca había sentido tanto su presencia, su inmediatez, como en estos últimos tiempos. Yo subí a mi dormitorio y recé, como no había rezado —de desolación— desde cuando rezaba por salir de casa de la señora Teape y pensaba que nunca me llegaría respuesta. La llama de la vela, movida por la corriente, hacía correr sombras enormes sobre el techo, como dedos codiciosos. Podría poner unas líneas de luz y sombra así, como revueltas y codiciosas, alrededor de Nimue y Merlín. Allí me encontró de rodillas cuando vino y me levantó, y dijo que *no debíamos pelearnos nunca* y que ella jamás, jamás me daría motivo para dudar de ella, y que ni se me ocurriera pensarlo. Estoy segura de que lo decía sinceramente. Estaba agitada; hubo algunas lágrimas. Estuvimos tranquilas juntas, a la manera nuestra, largo rato.

Al día siguiente:

El Lobo se ha ido de la puerta. Dog Tray está en posesión de su hogar. He empezado la Azucena de Astolat; de pronto me pareció lo mejor.

Este escrito terminaba, terminaba de hecho el cuaderno, abruptamente, ni siquiera a final de año. Roland se preguntó si habría otros diarios. Insertó tirillas de papel en las entradas que componían su frágil narración o no narración. Nada probaba que el Merodeador tuviera que ver con el corresponsal, ni el corresponsal con Randolph Henry Ash, pero Roland sentía una convicción poderosa de que los tres eran el mismo. Si lo eran, ¿no lo habría dicho Blanche? Tenía que preguntarle a Maud Bailey por el Merodeador, pero ¿cómo hacerlo sin cantar, de alguna manera, sobre su interés personal en el asunto? ¿Y exponerse a aquella mirada censoria y engréida?

Maud Bailey asomó la cabeza por la puerta.

—Se va a cerrar la Biblioteca. ¿Encontraste algo?

—Creo que sí. Quizá sean sólo imaginaciones mías. Hay cosas que tengo que preguntarle a alguien, a ti. ¿Se pueden sacar fotocopias del manuscrito? No me ha dado tiempo de copiar lo que he encontrado. He...

—Pareces haber tenido una tarde fructífera. —Secamente. Luego, como una concesión—: Interesante, incluso.

—No lo sé. Esto es como ir detrás de un espejismo.

—Si yo te puedo ayudar... —dijo Maud, que ya había guardado en su caja las páginas de Blanche—. De mil amores. Vamos a tomar un café. Hay una cafetería del Centro en el pabellón de Estudios sobre la Mujer.

—¿Me dejarán entrar?

—Naturalmente —dijo la frígida voz.

Se sentaron en una mesa baja de un rincón, bajo un cartel de anuncio de la guardería del campus y frente a otros del Servicio de Orientación sobre el Embarazo. —«La mujer tiene derecho a disponer de su cuerpo. Para nosotros, la mujer es lo primero»— y de su espectáculo feminista: Ven a ver a las Hechiceras, las Vampiresas, las hijas de Kali y las Fatas Morganas. Te helaremos la sangre y te haremos reír (con el lado Siniestro de la cara) ante el Ingenio y la Maldad Femeninas. El recinto estaba bastante deshabitado: en el rincón de enfrente había un grupo de mujeres en vaqueros, muy risueñas, y al lado de la ventana dos chicas enfrascadas en una conversación seria, juntas las cabezas rosáceas y afiladas. La elegancia excesiva de Maud Bailey chocaba todavía más en aquel contexto. Era una mujer sumamente

intocable: Roland, que había decidido a la desesperada enseñarle las copias de las cartas, que quería disimulo y reserva, tuvo que inclinarse hacia ella en una especie de pseudointimidad y hablar bajo.

—¿Tú sabes quién era ese merodeador que tanto le preocupaba a Blanche Glover? ¿Se sabe algo de él, del lobo a la puerta?

—Nada seguro. Creo que Leonora Stern le ha identificado provisionalmente con un joven Thomas Hearst de Richmond que solía ir a visitarlas y tocar el oboe con ellas. Las dos tocaban muy bien el piano. Sí hay dos o tres cartas de Christabel a Hearst; en una le mandó incluso unos poemas, que él conservó, afortunadamente para nosotros. Hearst se casó con otra en 1860 y a partir de ahí desaparece. Lo del merodeo puede ser invención de Blanche. Tenía una imaginación desbordante.

—Y era celosa.

—Por supuesto.

—¿Y esas cartas literarias a las que hace referencia? ¿Se sabe de quién eran, o si tenían relación con el «merodeador»?

—No, que yo sepa. Christabel recibía muchas cartas de personas como Coventry Patmore, que admiraba su «dulce simplicidad» y su «noble resignación». Le escribía mucha gente. Pudo ser cualquiera. ¿Tú crees que era R. H. Ash?

—No. Quizá. Voy a enseñarte lo que tengo.

Sacó las fotocopias de sus dos cartas. Mientras ella las desdoblaba, dijo:

—Te explico. Las encontré yo. No se las he enseñado a nadie más. Nadie conoce su existencia.

Ella leía. «¿Por qué?»

—No sé. Me lo callé. No sé por qué.

Ella acabó de leer.

—Bueno —dijo—, las fechas concuerdan. Podrías construir toda una historia. Sin verdaderas pruebas. Sería un terremoto para toda clase de cosas. Los estudios sobre LaMotte. Hasta las ideas sobre la *Melusina*. Lo del tema del hada. Es *fascinante*.

—¿Verdad? Sería un terremoto también para los estudios sobre Randolph Henry Ash. La realidad es que sus cartas son bastante aburridas, correctas y frías, realmente; esto es totalmente distinto.

—¿Dónde están los originales?

Roland vaciló. Necesitaba ayuda. Necesitaba hablar.

—Me los he llevado yo —dijo—. Los encontré dentro de un libro y me los llevé. No fue premeditado, me los llevé sin más.

—¿Por qué? —Severa, pero mucho más animada—. ¿Por qué hiciste eso?

—Porque estaban vivas. Me parecieron *apremiantes*; sentí que tenía que hacer algo. Fue un impulso, un relámpago. Pensaba devolverlas. Las devolveré. La semana que viene. Pero no lo he hecho aún. No es que piense que son *mías* ni nada de eso.

Pero tampoco son de Cropper ni de Blackadder ni de lord Ash. Me parecieron algo privado. No me explico muy bien.

—No. Podrían ser una exclusiva académica considerable, me figuro. Para ti.

—Hombre, quería ser yo el que hiciera el trabajo —empezó Roland inocentemente, pero en seguida vio el insulto—. No, un momento; no era *eso* en absoluto, no era eso. Era algo *personal*. No lo entenderías. Yo soy un crítico textual de los de antes, no un biógrafo; no me interesan esa clase de..., no era el *provecho*..., la semana que viene las devolveré; quería que fueran un secreto. Algo privado. Y hacer el trabajo.

Ella se ruborizó; el marfil se tiñó de sangre roja.

—Perdona. No sé por qué te pido perdón; era una deducción muy razonable, y lo que no soy capaz de imaginar es que alguien pueda *atreverse* a birlar un par de manuscritos así; yo no tendría valor. Pero entiendo que no pensabas en esos términos. Lo entiendo, realmente.

—Sólo quería saber qué pasó después.

—Yo no te puedo dejar fotocopiar el diario de Blanche porque el lomo no lo resistiría, pero puedes transcribirlo. Y seguir rebuscando en esas cajas. Vete tú a saber lo que puedes encontrar. La verdad es que nadie ha ido buscando a Randolph Henry Ash. ¿Te reservo habitación en la residencia hasta mañana?

Roland pensó. Una habitación en la residencia parecía infinitamente atractiva; un sitio tranquilo donde podría dormir sin Val, pensar en Ash y darse un respiro. Una habitación en la residencia costaría un dinero que no tenía. Y a eso había que sumar lo del regreso en el día.

—Tengo billete de vuelta en el día.

—Se puede cambiar.

—Mejor no. Soy un titulado en paro. No tengo dinero.

Esta vez ella se puso muy colorada.

—No había caído. Ven a mi casa. Tengo una cama libre. De todos modos sería mejor que tener que sacar otro billete, ya que estás aquí... Hago algo de cena..., y mañana puedes mirar el resto del archivo. No sería molestia.

Él miró la huella negra y brillante de la escritura parda y desvanecida. «De acuerdo», dijo.

Maud vivía en las afueras de Lincoln, en el piso bajo de una casa georgiana de ladrillo rojo. Tenía dos habitaciones grandes, y una cocina y un cuarto de baño instalados en lo que antaño había sido un dédalo de pequeñas dependencias; su propia puerta de entrada había sido la entrada de servicio en otro tiempo. El edificio pertenecía a la universidad, y los pisos altos eran casas de profesores. La cocina, de baldosines, daba a un patio pavimentado de ladrillo rojo con diversos arbustos de

hoja perenne en jardineras.

El cuarto de estar de Maud no era el que habría sido de esperar en un erudito victoriano. La pintura de las paredes, las lámparas y la mesa de comedor eran de un blanco brillante; la alfombra, beréber, era casi blanca. Las cosas que había en la habitación eran todas de colores vivos: azul pavo, bermellón, amarillo girasol, rosa fuerte, nada pálido ni pastel. Las hornacinas de la chimenea mostraban bajo focos una colección de vidrios, botellas, frascos, pisapapeles. Roland se sintió despierto y desplazado, como si estuviera en una galería de arte o en la sala de espera de un cirujano. Maud se fue a hacer la cena, rechazando ofrecimientos de ayuda, y Roland telefoneó al apartamento de Putney sin hallar respuesta. Maud vino con algo de beber y dijo: «¿Por qué no lees los *Cuentos para inocentes*? Tengo una primera edición.»

Era un libro encuadernado en piel verde muy estropeada, con rótulos en un tipo de letra lejanamente gótico. Roland tomó asiento en el enorme sofá blanco de Maud, junto al fuego de leña, y pasó las hojas.

Había una vez una Reina, que hubiérase dicho que tenía todo lo que pudiera desear en el mundo; pero la Reina se había encaprichado con un ave extraña y silenciosa, descrita por un viajero, que vivía en las montañas nevadas, anidaba sólo una vez, criaba una cría de oro y plata, cantaba una vez tan sólo, y luego se desvanecía como la nieve en el valle.

Había una vez un pobre zapatero que tenía tres hijos, buenos mozos y robustos, y dos hijas hermosas, y otra hija que no sabía hacer nada a derechas: rompía los platos, enredaba el hilo en la rueca, dejaba cuajar la leche y no era capaz ni de sacar la manteca ni de encender el fuego sin llenar de humo la habitación; una hija inútil, incorregible, soñadora, a quien su madre andaba siempre diciendo que ojalá un día tuviera que habérselas sola en el bosque, y entonces sabría lo que vale atender a los consejos y hacer las cosas como es debido. Y así fue como la hija perversa concibió un gran deseo de adentrarse aunque sólo fuera un poco en el bosque, donde no había que fregar platos ni remendar, pero quizá hicieran falta otras cosas que ella se sabía capaz de hacer.

Roland contempló las xilografías, que en la portada aparecían como «Ilustraciones de B. G.». Una figura femenina con la cabeza envuelta en un chal, delantal al viento y grandes zuecos, en un claro rodeado de oscuros pinos llenos de ojos blancos entre sus brazos de agujas entrecruzados. Otra figura envuelta en lo que parecía ser una red con campanitas colgantes, llamando con el puño envuelto a la puerta de una casita, mientras unas caras hambrientas y aplastadas miraban desde las

ventanas de arriba. Una casita, rodeada de los mismos árboles negros, al pie de la cual, con sus fauces en los escalones blanqueados, su forma sinuosa curvada alrededor de la esquina como un dragón, yacía el largo lobo, sus pelos tallados en armonía con el plumado incisivo de los árboles.

Maud Bailey le dio gambas en conserva, tortilla y ensalada de lechuga, queso Bleu de Bresse y un frutero de manzanas ácidas. Hablaron de los *Cuentos para inocentes*, que según Maud eran en su mayoría cuentos de miedo sacados de Grimm y Tieck, con énfasis en los animales y la insubordinación. Miraron juntos uno de una mujer que había dicho que daría cualquier cosa por tener un hijo, como fuera, aunque fuera un erizo, y a su tiempo había dado a luz un monstruo, mitad erizo y mitad niño. Blanche había dibujado al erizo-niño sentado en una silla alta de estilo victoriano, ante una mesa del mismo estilo; detrás se veían los cristales oscuros de una alacena, delante una mano enorme señalándole el plato. La cara del niño era chata y peluda, y estaba fruncida como si de un momento a otro fuera a echarse a llorar. Las púas circundaban su cabeza fea como una aureola de rayos picudos, y descendían por sus hombros sin cuello, entrecruzándose, hasta la incongruencia de un vestidito encañonado y almidonado. El niño tenía uñitas romas en sus manos regordetas. Roland preguntó a Maud qué decían de esto los críticos. Maud dijo que según Leonora Stern representaba el miedo de las mujeres de la época victoriana, o de toda mujer, a parir un ser monstruoso. Tenía relación con Frankenstein, producto de los dolores de parto de Mary Shelley y de su horror a dar a luz.

—¿Tú crees eso?

—Es una vieja historia, está en Grimm; el erizo se monta en un gallo negro en lo alto de un árbol, toca la gaita y engaña a la gente. Yo creo que hay cosas de Christabel que se revelan en su manera de escribir su versión. Creo que sencillamente le desagradaban los niños; como seguramente a muchas tías solteras, en aquella época.

—Blanche siente lástima por el erizo.

—¿Ah, sí? —Maud examinó la laminita—. Sí, tienes razón. Pues Christabel no. Llega a ser un porquero muy listo, multiplica sus cerdos alimentándolos con bellotas del bosque, y acaba con una matanza triunfal y mucho cochinillo asado. Demasiado fuerte para los niños de ahora, que se afligen por los puercos gadarenos. Christabel le convierte en una fuerza de la naturaleza. Le gusta ganar contra todo pronóstico. Al final se gana a la hija de un rey, que se supone que debe quemarle la piel de erizo por la noche, y así lo hace, y se encuentra con que lo que tiene abrazado es un apuesto príncipe, todo chamuscado y cubierto de hollín. Y dice Christabel: «Y si echó de menos su armadura de púas y sus agudas ocurrencias, la historia no lo cuenta, pues, ya que hemos llegado al final feliz, no hay para qué seguir.»

—Eso me gusta.

—A mí también.

—¿Tú empezaste a trabajar sobre ella por la relación familiar?

—Posiblemente. Yo pienso que no. Me sabía un poemita suyo, cuando era muy pequeña, y vino a ser como una especie de piedra de toque. Te diré que los Bailey no están muy orgullosos de Christabel. No son gente aficionada a las letras. Yo soy un caso aislado. Mi abuela de Norfolk me decía que una chica demasiado instruida no valía para casada. Y aparte de eso los Bailey de Norfolk no se hablan con los Bailey del Lincolnshire. Los del Lincolnshire perdieron a todos sus hijos varones en la Primera Guerra Mundial, menos uno inválido, y quedaron bastante empobrecidos, y los Bailey de Norfolk conservaron gran parte del dinero. Sophie LaMotte se casó con un Bailey *del Lincolnshire*. Así que yo no me crié con la idea de tener un poeta en la familia, por vía política, claro. Dos ganadores del Derby y un tío que había batido un récord en la ascensión del Eiger: ese tipo de cosas era lo *importante*.

—¿Qué poemita era?

—El de la Sibila de Cumas. Estaba en un librito que me regalaron una vez por Navidad, que se llamaba *Fantasma y otros seres extraños*. Te lo voy a enseñar.

Roland leyó:

¿Quién eres?

En lo alto de un estante retirado
dentro de un vidrio hueco
mi ser se pliega y cuelga arrebuñado
cual murciélago seco.

¿Quién fuiste?

El dios de oro era el que me urgía
él cantaba y gritaba
mi voz era su voz, no era la mía
su calor me abrasaba.

¿Qué ves?

He visto el firmamento cuando ataron
sus esferas al cielo
he visto a César cuando le cerraron
los ojos con un velo.

¿Qué esperas?

El deseo es un fuego agonizante
el amor es sufrir
la paz está en el polvo de un estante
sólo ansío morir.

—Es un poema triste.

—Las niñas son tristes. Les gusta; les hace sentirse fuertes. La sibila estaba a salvo en su tarro, nadie la podía tocar, quería morir. Yo no sabía qué era una sibila. Pero me gustaba el ritmo. El caso es que cuando empecé a trabajar sobre los umbrales me acordé del poema, y me acordé de ella.

»Escribí un artículo sobre la imaginación del espacio en la mujer de la época victoriana: “Seres marginales y poesía liminal.” Sobre la agorafobia y la claustrofobia y el deseo paradójico de verse libre en el espacio sin límites, el páramo desierto, el campo abierto, y al mismo tiempo encerrada en espacios pequeños, impenetrables, cada vez más estrechos: como la reclusión voluntaria de Emily Dickinson, como el tarro de la sibila.

—Como la hechicera de Ash en su *In-Pace*.

—Eso es distinto. Ash la castiga por su belleza y por lo que él consideraba su perversidad.

—No, en absoluto. Ash escribe sobre las personas, ella misma incluida, que pensaban que *debía* ser castigada por su belleza y su perversidad. Ella suscribía el juicio de los otros. Él no. Él lo deja a nuestra inteligencia.

Por la cara de Maud pasó un gesto de disconformidad, pero lo único que dijo fue:

—¿Y tú? ¿Por qué trabajas sobre Ash?

—A mi madre le gustaba. Había hecho Filología Inglesa. Yo me crié con su idea de sir Walter Raleigh, su poema sobre Agincourt y Offa en el Dique. Y el *Ragnarök*. —Titubeó—. Eran las cosas que seguían estando vivas, después de estudiar y examinarme de todo lo demás.

A eso Maud sonrió. «Exactamente. De eso se trata. De lo que pudo sobrevivir a nuestra educación.»

Le hizo la cama sobre el alto diván blanco del cuarto de estar: no un montón de sacos de dormir y mantas, sino una cama de verdad, con sábanas que habían pasado por la lavandería y almohadas enfundadas en algodón verde esmeralda. Y un edredón blanco de pluma, sacado de un cajón oculto de debajo. Encontró para él un cepillo de dientes nuevo con la envoltura sin abrir, y dijo:

—Es una pena que sir George sea así de ruin. Quién sabe lo que tendrá. ¿Tú conoces Seal Court? Es un gótico victoriano con todo lujo de tracerías, pináculos y ojivas, en el fondo de un valle. Podríamos ir con el coche. Si tienes tiempo. Yo es muy raro que sienta curiosidad por la vida de Christabel. Es extraño..., me dan hasta un poco de grima las cosas que pudo tocar, o los sitios donde pudo estar. Lo que importa es el *lenguaje*, ¿no es cierto?, lo que le pasaba por la cabeza.

—Exactamente.

—Yo nunca me he molestado mucho en pensar en el merodeador de Blanche ni nada de eso; no me parecía importante quién fuera, únicamente que ella pensara que existía algo. Pero tú has echado algo a rodar...

—Mira —dijo él, y sacó el sobre de la cartera—. Me las he traído. ¿Qué otra cosa podía hacer con ellas? Están descoloridas, pero...

Desde nuestra extraordinaria conversación no he pensado en nada más... Siento, sé con una certidumbre que no puede ser fruto del capricho ni de la ilusión, que usted y yo tenemos que volver a hablar.

—Ya veo —dijo ella—. Están vivas.

—No terminan.

—No. Son principios. ¿Te gustaría ver dónde vivió Christabel? ¿Y dónde terminó, por cierto?

A Roland le vino el recuerdo de un techo con pises de gato, de una habitación sin vistas.

—¿Por qué no? Ya que estoy aquí.

—Pasa tú primero al cuarto de baño. Por favor.

—Gracias. Por todo. Buenas noches.

Roland se movió cuidadosamente por el cuarto de baño, que no era un sitio para sentarse a leer o ponerse a remojo, sino un sitio verde, vidrioso y frío, refulgente de limpio, con unos tarros enormes de cristal verde oscuro sobre estantes de vidrio grueso verde mar, un suelo pavimentado de baldosas de vidrio a cuyas breves e ilusorias profundidades se podía uno asomar, una cortina de ducha brillante como una vítrea catarata y persiana a juego sobre la ventana, todo lleno de luces acuosas. Las grandes toallas de Maud, con dibujo de rombos verdes, yacían dobladas sistemáticamente sobre un toallero eléctrico. Ni una mota de polvos de talco, ni un churrete de jabón en ninguna superficie. Roland se vio la cara en el glauco lavabo según se limpiaba los dientes. Pensó en el cuarto de baño de su casa, lleno de ropa interior vieja, tarros abiertos de pintura de ojos, camisas y medias tiradas, frascos pringosos de moldeador y tubos de crema de afeitar.

Después estuvo allí Maud, girando su largo cuerpo bajo el siseo caliente de la ducha. En la mente tenía la imagen de una cama enorme, deshecha, manchada y revuelta, con las sábanas alzadas en picos aquí y allí, como la superficie de una clara a punto de nieve. Cada vez que pensaba en Fergus Wolff era aquel campo de batalla

vacío lo que veía. Mas allá, si hubiera querido evocarlas, tazas de café sin lavar, unos pantalones tirados donde cayeron, periódicos polvorientos y amontonados con cercos de copas de vino, una alfombra llena de polvo y ceniza, olor a calcetines y otros olores. Freud tenía razón, pensó mientras se frotaba vigorosamente las blancas piernas, el deseo está al otro lado de la repugnancia. El congreso de París donde había conocido a Fergus era sobre El Sexo y el Texto Autónomo. Ella había hablado de umbrales y él había leído una sólida ponencia sobre «El Castrato Potente: La estructuración falocéntrica de los héroes/heroínas hermafroditas de Balzac». La argumentación parecía orientada en un sentido feminista; el modo de presentación tenía algo de irónico y subversivo. Jugaba con la autoparodia. Fergus contaba con llevarse a Maud a la cama. «Somos las dos personas más inteligentes que hay aquí, eso está claro. Tú eres lo más bello que jamás he visto o soñado. Te quiero, te necesito, no te das cuenta, es irresistible.» De por qué había sido irresistible no estaba Maud racionalmente segura. Pero Fergus había acertado. Luego habían empezado las discusiones. Maud se estremeció.

Se metió en el camisón, largo de manga y práctico, y quitándose el gorro de ducha se soltó la rubia cabellera. Se cepilló con fiereza, sujetándose la caída, y examinó sus facciones de perfecto trazo en el espejo. Una mujer hermosa, decía Simone Weil, cuando se ve en el espejo, sabe: «Eso soy yo.» Una mujer fea sabe, con la misma certeza: «Eso no soy yo.» Maud sabía que esa neta división era demasiado simplista. La máscara de muñeca que veía no tenía nada que ver con ella, nada. Lo habían adivinado las feministas, que una vez, cuando se levantó para tomar la palabra en una asamblea, silbaron y abuchearon, suponiendo que aquel remate glorioso fuera el producto seductor y vendible de algún preparado ensayado por métodos crueles. En sus primeros tiempos de docencia lo había llevado casi al rape, como un rastrojo vulnerable sobre el cráneo blanco y friolero. Fergus había adivinado cuánto miedo le daba la máscara de muñeca, y lo había tratado a su estilo, retándola a dejárselo suelto, citándole a Yeats con su voz irlandesa.

Nunca el que desespere
viendo el melado muro de tus sienas
te ha de querer pensando sólo en ti
y no en tu rubio pelo.

—Debería darte vergüenza creer eso —había dicho Fergus—, siendo tan sabia y tan lista para todo lo demás, cariño.

—Ni lo creo ni me importa —había dicho Maud. Y él la había retado a dejárselo largo, y ella se lo había dejado, de las cejas a la oreja y a la nuca y toda la altura del cuello hasta los hombros. Había tardado en crecer lo que duró la relación, casi

exactamente; cuando se separaron, la larga coleta le caía por la espalda. Ahora, por orgullo, no se lo quería rapar, no quería señalar tanto la ocasión, y lo llevaba siempre recogido en alguna envoltura, escondido.

Roland se sintió flotar en las alturas del gran diván de Maud. La habitación olía a la estela del vino y un toque de canela. Roland yacía en su nido blanco y verde esmeralda bajo la luz matizada de una pesada lámpara de latón, verde por arriba, crema por dentro. En alguna parte de su cerebro había un durmiente incapaz, un durmiente magullado e incómodo sobre una pila de colchones de pluma, la Princesa de Verdad, molesta por el guisante sepultado. Blanche Glover llamaba a Christabel la Princesa. Maud Bailey era una Princesa de piel delicada. Él era un intruso en sus femeninas fortificaciones. Como Randolph Henry Ash. Abrió *Cuentos para inocentes* y leyó:

EL FÉRETRO DE CRISTAL

Había una vez un sastrecillo que era un hombre bueno y modesto, que casualmente iba de camino por un bosque; quizá en busca de trabajo, porque en aquellos tiempos se recorrían grandes distancias para ganar un pobre sustento, y los servicios de un artesano esmerado, como era nuestro personaje, estaban menos solicitados que el trabajo barato y chapucero de tente mientras cobro, mal ajustado y poco duradero. Pensaba el sastrecillo que había de toparse con alguien que tuviera en qué ocupar su habilidad: era un optimista incurable, y se imaginaba un encuentro afortunado a la vuelta de cada esquina, aunque difícil habría sido decir cómo podía producirse, según iba adentrándose cada vez más en la oscura y espesa arboleda, donde hasta la luz de la luna se fragmentaba en agujitas despuntadas de claridad azulencas sobre el musgo, que no alcanzaban a alumbrar el paso. Pero al cabo llegó a la casita que le estaba esperando, en un claro de lo hondo del bosque, y las líneas de luz amarilla que vio entre las contraventanas y por debajo le dieron ánimo. Llamó con decisión a la puerta de aquella casa, y se oyeron crujidos y chirridos, y abrióse la puerta una rendijita, y por ella se asomó un hombrecito que tenía la cara gris como las cenizas por la mañana, y una barba larga y lanosa del mismo color.

—Soy un caminante que se ha perdido en el bosque —dijo el

sastrecillo—, y maestro artesano que busca trabajo, allí donde lo haya.

—Yo no necesito un maestro artesano —dijo el hombrecito gris—. Y temo a los ladrones. No puedes entrar aquí.

—Si fuera un ladrón habría entrado con violencia o con disimulo —dijo el sastrecillo—. Soy un sastre honrado que necesita ayuda.

Detrás del hombrecito estaba un gran perro gris, tan alto como él, de ojos rojos y aliento tibio. Al principio aquel animal había emitido un gruñido sordo y fiero, pero entonces cesó en su amenaza y movió el rabo lentamente, y el hombrecito gris dijo:

—Otto opina que eres honrado. Puedes tener cama esta noche a cambio de tu trabajo, que será ayudar a guisar y a limpiar y a lo que hay que hacer en mi sencillo hogar.

Conque entró el sastrecillo, y vio una extraña compañía. Sobre una mecedora estaban un gallo de vivos colores y su esposa blanquísima. En el rincón de la chimenea había una cabra blanca y negra, que tenía unos cuernecillos abultados y los ojos como de vidrio amarillo, y delante del hogar estaba tendido un gato muy grande, un gato multicolor de pelo jaspeado que le hacía un dibujo como de laberinto, y que miró al sastrecillo con unos ojos que eran como frías joyas verdes, con rajitas negras por pupilas. Y al otro lado de la mesa de comer había una vaca de color pardo delicado, de lechoso aliento y morro cálido y húmedo, y enormes ojos castaños de suave mirar.

—Buenos días —dijo el sastrecillo a los presentes, pues era hombre de buenos modales; y los animales le contemplaron con expresión juiciosa e inteligente.

—Encontrarás comida y bebida en la cocina —dijo el hombrecito gris—. Haz una buena cena y la comeremos juntos.

Conque el sastrecillo puso manos a la obra, y con la harina y la carne y las cebollas que encontró preparó una magnífica empanada, y la adornó por encima con hojas y flores de pasta muy bien hechas, porque era un artesano, aunque no pudiera ejercer su oficio. Y según estaba cocinando buscó a su alrededor, y les llevó heno a la vaca y la cabra, maíz dorado al gallo y la gallina, leche al gato, y huesos y carne que le había sobrado al perrazo gris. Y mientras el sastrecillo y el hombrecito gris se comían la empanada, cuyo cálido aroma se esparció por toda la casita, el hombrecito gris dijo:

—Otto tenía razón, eres un hombre bueno y honrado, y te has ocupado de todos los animales que hay aquí, sin dejar a ninguno sin

atender ni nada sin hacer. Te voy a hacer un regalo por tu bondad. ¿Cuál de estas cosas quieres?

Y puso delante del sastre tres cosas. La primera era una bolsita de piel suave, que tintineaba un poco al moverla. La segunda era una olla, negra por fuera y bruñida y brillante por dentro, sólida y espaciosa. Y la tercera era una llavecita de cristal, de forma frágil y fantástica, que relucía con todos los colores del arco iris. Y el sastre miró a los animales pidiéndoles consejo, y todos le miraron con benignidad. Y él se dijo para sí: «Ya sé yo algo de estos regalos de la gente del bosque. Puede ser que lo primero sea una bolsa que nunca se vacíe, y lo segundo una olla que dé buena comida cada vez que se le pida como es debido. He oído hablar de cosas así, y he conocido personas que habían pagado con bolsas de esa clase y comido de ollas de esa clase. Pero una llave de cristal nunca la vi ni oí hablar de ella, y no me imagino para qué puede servir; se haría añicos en cualquier cerradura.» Pero deseaba la llavecita de cristal, porque era un artesano, y veía que había hecho falta una habilidad muy grande para soplar aquellas guardas y aquella tija tan delicadas, y porque no tenía idea de lo que era ni para qué serviría, y la curiosidad es un móvil poderoso en la vida de los hombres. Así que le dijo al hombrecito: «Quiero la bonita llave de cristal.» Y el hombrecito respondió: «No has escogido con prudencia, sino con osadía. La llave es la llave de una aventura, si quieres ir a buscarla.»

—¿Por qué no? —repuso el sastre—. Ya que en este lugar agreste no puedo emplear mi oficio, y ya que no he escogido con prudencia.

Entonces los animales se acercaron con sus alientos cálidos y lechosos que olían suavemente a heno y verano, y con su mirada dulce y apaciguante que no era humana; y el perro se tendió y apoyó la cabeza sobre el pie del sastre, y el gato jaspeado se sentó en el brazo de su sillón.

—Has de salir de esta casa —dijo el hombrecito gris—, y llamar al Viento del Oeste, y enseñarle la llave cuando venga, y dejarle que te lleve a donde quiera, sin resistirte ni asustarte. Si te resistes o haces preguntas, te arrojará a las zarzas, y mal te verás para salir de ahí. Si el Viento te lleva, te dejará en un páramo yermo, encima de una gran piedra que es de granito y es la puerta de tu aventura, aunque te parecerá que ha estado fija e inmóvil desde el comienzo del mundo. Sobre esa piedra debes poner una pluma de la cola de este gallo, que él te dará de muy buena gana, y la puerta se te abrirá. Debes

descender sin miedo y sin vacilación, y seguir descendiendo más y más; verás que la llave de cristal te alumbrará el camino si la sostienes delante de ti. Por fin llegarás a un zaguán de piedra donde habrá dos puertas de dos corredores que se bifurcan y que no debes seguir, y una puerta baja con una cortina que lleva más abajo. Esa cortina no la debes tocar con la mano, sino poner sobre ella la pluma blanquísima que la gallina te dará, y la cortina se abrirá sin ruido por obra de manos invisibles, y las puertas que tiene detrás se abrirán de par en par, y podrás entrar en la sala donde hallarás lo que has de hallar.

—Muy bien, me aventuraré —dijo el sastrecillo—, aunque me dan mucho miedo los sitios oscuros bajo tierra, donde no llega la luz del día. Y lo de arriba es denso y pesado—. Y el gallo y la gallina le dejaron coger una pluma negra y verde esmeralda, bruñida y reluciente, y una pluma blanca y suave, y él se despidió de todos y salió al claro, y llamó al Viento del Oeste, sosteniendo en alto la llave.

Y experimentó una sensación deliciosa y de mucho susto cuando los largos y aéreos brazos del Viento del Oeste bajaron entre los árboles y le levantaron, y todas las hojas se estremecieron y temblaron y entrechocaron a su paso, y las pajas bailaron delante de la casa y el polvo se alzó en pequeños remolinos. Los árboles le tendieron sus ramosos dedos según se elevaba entre ellos, sacudido de acá para allá por las corrientes, y en seguida se sintió sujeto contra el pecho invisible del largo y raudo Viento, que corría plañendo por el cielo. El sastrecillo apoyó la mejilla en aquella aérea almohada, y no gritó ni se resistió, y el canto suspirante del Viento del Oeste, lleno de lluvia fina y destellos de sol, de nubes desaladas y luz de estrellas, le envolvió por todas partes.

Y el Viento le depositó, como el hombrecito gris había anunciado, sobre un peñasco de granito gris, mondo y picado de agujeros y cicatrices. El sastrecillo oyó cómo el Viento seguía su camino silbando y gimiendo, y agachándose puso la pluma del gallo sobre la piedra, y he aquí que el peñasco, rechinando pesadamente, se dio vuelta en el aire y cayó al suelo como sobre un gozne, levantando al caer oleadas de tierra y brezo como gruesa agua de mar, y bajo las raíces del brezo y las nudosidades del tojo dejó al descubierto un túnel oscuro y húmedo. Y el sastrecillo, haciendo acopio de valor, echó a andar por el túnel, pensando todo el tiempo en el espesor de piedras y turba y tierra que había sobre su cabeza; y en aquel lugar el aire era frío y

húmedo, y el suelo húmedo y resbaladizo. El sastrecillo se acordó de su llavecita y la sostuvo valientemente delante de él, y la llave dio una lucecilla chispeante que iluminaba un paso de cada vez, plateada y débil. Así descendió hasta el zaguán, y allí estaban las tres puertas; y por los umbrales de las dos puertas grandes salía una luz cálida y tentadora, y la tercera tenía delante una cortina de cuero mohoso. El sastrecillo tocó el cuero rozándolo apenas con la punta de su pluma suave de gallina, y la cortina se recogió en pliegues angulares como alas de murciélago, y al otro lado una puertecita oscura daba paso a un agujero estrecho, donde le pareció que a duras penas podría meter los hombros. Y entonces sí que tuvo miedo, porque su pequeño amigo gris no había dicho nada de aquella estrechura, y pensó que si metía allí la cabeza quizá no volviera a salir vivo.

Conque miró atrás y vio que el túnel por donde había venido era uno entre muchos, todos escarpados y tortuosos, húmedos y llenos de raíces enredadas, y pensó que jamás sería capaz de encontrar el camino de vuelta, así que a la fuerza tenía que seguir adelante y ver qué era lo que le aguardaba. Tuvo que echar mano de todo su valor para meter la cabeza y los hombros por aquel hueco, pero cerró los ojos y se retorció como pudo, y por fin cayó en una gran cámara de piedra, iluminada con una suave luz propia que empañó el brillo de su llave reluciente. Era un milagro, pensó, que el cristal no se hubiera hecho añicos en aquel forcejeo; pero seguía tan claro y quebradizo como antes. Así que el sastrecillo miró en derredor, y vio tres cosas. La primera fue un montón de botellas y frascos de cristal, todos cubiertos de polvo y telarañas. La segunda fue una urna de cristal, del tamaño de un hombre y un poco más alta que nuestro héroe. Y la tercera fue un brillante féretro de cristal, colocado sobre un paño de rico terciopelo y un caballete dorado. Y de todas esas cosas emanaba la suave luz, como lustre de perlas en lo profundo del agua, como la luz fosforescente que se mueve sola de noche sobre la superficie de los mares del sur, o en torno a los bancos palpitantes de peces, lechosa sobre sus dardos de plata, en nuestro Canal oscuro.

Bueno, pensó, una de estas cosas o todas son mi aventura. Miró los frascos, que eran de muchos colores, rojos y verdes y azules y de topacio ahumado, y contenían pequeños vestigios y residuos, un suspiro de humo en uno, un poco de líquido espirituoso en otro. Todos estaban taponados y sellados, y él era demasiado circunspecto para romper los sellos mientras no viera mejor dónde estaba y qué tenía

que hacer.

Se acercó entonces a la urna, que debéis imaginar como esos fanales mágicos que habéis visto en el salón, bajo los que habitan toda clase de brillantes pajarillos, posados en las ramas tan naturales como los de verdad, o bandadas de mariposas misteriosas. ¿O habréis visto tal vez una bola de cristal que tenía dentro una casita, y que al sacudirla caía una brillante nevada? Esta urna tenía dentro un castillo entero en medio de un hermoso parque, con árboles y explanadas y jardines, estanques con peces y rosales trepadores, y estandartes de vivos colores que pendían lasos de sus muchos torreones. Era un lugar espléndido, con innumerables ventanas, y escaleras de caracol, y una pradera, y un columpio en un árbol, y todo lo que se podría desear en una morada espaciosa y deseable, sólo que todo estaba quieto y era tan pequeño que hacía falta una lente de aumento para ver los pormenores de sus adornos y aditamentos. El sastrecillo, como os he dicho, era antes que nada un artesano, y contempló admirado aquella hermosa maqueta, y no era capaz de imaginar con qué finas herramientas o instrumentos había sido tallada y labrada. Le quitó un poco el polvo, para maravillarse mejor, y luego pasó al féretro de cristal.

¿Os habéis fijado alguna vez, donde un arroyo corre de prisa y llega a un pequeño desnivel, cómo el agua revuelta se hace tersa y cristalina, y debajo se ven las hierbas acuáticas con hilos largos y finos arrastrados por ese empuje que parece detenido, temblando un poco, pero extendidas en la corriente? Pues así, bajo la superficie de grueso cristal, había tendida una masa de largos hilos dorados, llenando toda la cavidad con sus vueltas y revueltas, de manera que en un primer momento el sastrecillo pensó que lo que tenía delante era una caja llena de hilo de oro para hacer tela de brocado. Pero después vio entre las frondas un rostro, el rostro más hermoso que pudiera haber soñado o imaginado, un rostro blanco inmóvil, con largas pestañas doradas sobre unas mejillas pálidas, y una boca pálida y perfecta. La cabellera de oro lo envolvía como un manto, pero allí donde las hebras cruzaban el rostro se movían un poco con la respiración, y por eso supo el sastrecillo que estaba viva. Y supo — porque, al fin y al cabo, siempre es así— que la verdadera aventura era liberar a aquella durmiente, que entonces sería su agradecida esposa. Pero su aspecto era tan bello y apacible que casi le daba pena despertarla. Se preguntó cómo habría llegado hasta allí, y

cuánto tiempo llevaría allí, y cómo sería su voz, y otras mil cosas absurdas, mientras ella seguía aspirando y espirando, moviendo apenas las hebras doradas de sus cabellos.

Entonces el sastrecillo vio, en un costado de la lisa caja, que no tenía hendidura ni rendija visible, sino que era toda de una pieza, como un huevo de hielo verde, un ojo de cerradura diminuto. Y supo que era la cerradura para su llave delicadísima, y exhalando un pequeño suspiro la metió y esperó a ver qué sucedía. Y la llavecita entró en la cerradura, y pareció como si se deshiciera en el cristal de la caja, de modo que por un instante la superficie entera quedó perfectamente cerrada y lisa. Y a continuación, de una manera muy ordenada, y con un extraño tintineo como de campana, el féretro se rompió en multitud de astillas largas como carámbanos, que resonaban y desaparecían al llegar al suelo. Y la durmiente abrió los ojos, que eran azules como la vincapervinca o como el cielo en verano, y el sastrecillo, sabiendo que era eso lo que tenía que hacer, se inclinó y besó la mejilla perfecta.

—Tú debes ser —dijo la joven—. Tú debes ser el que he estado esperando, el que me tiene que liberar del encantamiento. Tú debes ser el Príncipe.

—No, no —dijo nuestro héroe—, en eso te equivocas. Yo no soy más (ni menos) que un buen artesano, un sastre, que va buscando trabajo para sus manos, trabajo honrado para vivir.

Entonces la joven se echó a reír alegremente, y su voz fue cobrando fuerza después de lo que debían haber sido años de silencio, y su risa resonó en toda la extraña cripta, y los fragmentos de cristal tintinearón como campanas rotas.

—Tendrás todo lo necesario y más para vivir eternamente, si me ayudas a salir de este lugar oscuro —dijo—. ¿Ves ese hermoso castillo encerrado bajo cristal?

—Sí lo veo, y me admira la habilidad con que está hecho.

—No es habilidad de escultor ni de miniaturista, sino magia negra. Pues ése es el castillo donde yo vivía, y míos eran esos bosques y esos prados, donde yo corría libre con mi amado hermano, hasta que el negro artista llegó una noche buscando asilo del mal tiempo. Has de saber que yo tenía un hermano gemelo, bello como el día, y dulce como un cervatillo, y sano como el pan reciente, cuya compañía me hacía tan feliz, y a él la mía, que hicimos juramento de no casarnos nunca, sino vivir siempre apaciblemente en el castillo, y pasar los días

cazando y jugando juntos. Pero cuando aquel forastero llamó a la puerta, bajo una terrible tempestad, con el sombrero y la capa chorreando agua de lluvia y una sonrisa en la boca, mi hermano al punto le invitó a entrar, y le dio carne y vino, y un lecho para pasar la noche, y estuvo cantando con él y jugando a las cartas, y charlando al lado del fuego sobre el ancho mundo y sus aventuras. Como a mí eso no me divertía, y aun me entristecía un poco que mi hermano se holgase en la compañía de otra persona, me acosté pronto, y estuve oyendo cómo el Viento del Oeste bramaba en torno a los torreones, y al cabo de un rato caí en un sueño intranquilo. De él me despertó una música extraña, vibrante y muy hermosa, que me llamaba de todas partes. Me incorporé por ver qué podía ser eso o qué quería decir, y vi que la puerta de mi cámara se abría lentamente, y que por ella entraba resuelto el forastero, ya seco, con negro pelo rizado y en la cara una sonrisa peligrosa. Quise moverme y no pude, era como si una banda me sujetase el cuerpo y otra la cara. El forastero me dijo que no quería hacerme daño, pero que era un mago, que había hecho sonar aquella música a mi alrededor, y quería tener mi mano en matrimonio y vivir en mi castillo, conmigo y con mi hermano, tranquilo y de allí para siempre. Y yo le dije (pues me estaba permitido responder) que yo no quería casarme, sino vivir soltera y feliz con mi querido hermano y nadie más. Y él replicó que eso no podía ser, que yo sería suya lo quisiera o no, y que mi hermano era de su opinión en esa materia. Eso lo veremos, dije yo, y él repuso insolente, mientras los instrumentos invisibles seguían vibrando y resonando por toda la habitación: «Tú lo verás, pero no vas a hablar ni de eso ni de nada de lo que aquí ha ocurrido, porque te he dejado muda lo mismo que si te hubiera cortado la lengua.»

»Al día siguiente quise alertar a mi hermano, y pasó como había dicho el negro artista. Cuando abrí la boca para hablar de la cuestión, fue como si me hubieran cosido la carne de los labios con grandes puntadas, y la lengua no la podía mover. Y sin embargo podía pedir que me pasaran la sal, o hablar del mal tiempo que hacía; de modo que mi hermano, con gran dolor por mi parte, no se dio cuenta de nada, y se fue alegre de caza con su nuevo amigo, y yo me quedé en casa sentada junto al hogar, sintiendo una angustia silenciosa por lo que pudiera pasar. Todo el día estuve allí sentada, y al atardecer, cuando sobre las praderas del castillo caían largas sombras y el sol daba sus últimos rayos cobrizos y fríos, tuve la certeza de que había

sucedido algo terrible, y salí corriendo del castillo hacia el bosque oscuro. Y del bosque oscuro salió el hombre negro, que traía su caballo de una mano, y de la otra un galgo alto y gris con la cara más triste que he visto nunca en ningún animal. Y el hombre me dijo que mi hermano se había ido de repente, y que no volvería hasta pasado mucho tiempo, no se sabía cuánto, y nos había dejado a mí y el castillo bajo su tutela, la del mago oscuro. Esto me lo dijo despreocupadamente, como si diera igual que lo creyera o no. Yo dije que de ninguna manera me sometería a semejante injusticia, y me confortó oír mi voz firme y segura, porque había temido que mis labios volvieran a estar cosidos. Según hablaba yo, de los ojos del galgo caían gruesas lágrimas, más y más y cada vez mayores. Y de algún modo supe, creo, que aquel animal era mi hermano, que había tomado aquella forma sumisa y desvalida. Entonces me enfurecí, y le dije al hombre que nunca jamás entraría él en mi casa ni se acercaría a mí con mi consentimiento. Y él dijo que estaba en lo cierto, que él no podía hacer nada sin mi buena voluntad, y procuraría ganársela, si yo lo permitía. Y yo dije que eso no sería jamás, y que no lo esperase. Entonces se enfureció, y me amenazó con dejarme muda para siempre si no accedía a sus planes. Yo dije que sin mi querido hermano poco me importaba lo que fuera de mí, y con nadie querría hablar. Él dijo entonces que ya se vería si eso era así cuando me hubiera pasado cien años en un féretro de cristal. Hizo unos pases y el castillo se encogió y empequeñeció hasta quedar como ahora lo ves, e hizo un par de pases más y quedó encerrado bajo cristal como ves. Y a mi gente, los criados y criadas que acudieron corriendo, los encerró como ves, cada uno en un frasco de cristal, y al final me encerró a mí en el féretro de cristal donde me encontraste. Y ahora, si quieres que sea tuya, salgamos en seguida de este lugar, antes de que regrese el mago, como hace de vez en cuando, para ver si me he ablandado.

—Claro que quiero que seas mía —dijo el sastrecillo—, porque eres la maravilla que me estaba prometida, liberada con mi llave de cristal que ha desaparecido, y ya te amo tiernamente. Aunque lo que no tengo tan claro es por qué me has de querer tú a mí, solamente porque haya abierto la caja de cristal; y cuando te veas otra vez en el lugar que te corresponde, y tu hogar y tus tierras y tu gente vuelvan a ser tuyos, confío en que te sientas en libertad de reconsiderar la cuestión, y permanezcas, si ésa es tu voluntad, libre y soltera. A mí

me basta con haber visto la trama de oro extraordinario de tus cabellos, y haber tocado la más blanca y delicada de las mejillas con mis labios.

Y quizá os preguntéis, mis queridos y candorosos lectores, si el hablar así era más gentileza o astucia, comoquiera que la doncella daba tanta importancia a entregarse por su libre arbitrio, y comoquiera también que el castillo con sus jardines, aunque en ese momento mensurable con alfileres, puntadas finas, dedales y uña del pulgar, eran tan hermosos y señoriales como para que cualquier hombre quisiera pasar allí todos sus días. Entonces la bella dama se ruborizó, un color cálido y rosado se extendió por sus blancas mejillas, y se la oyó murmurar que el hechizo era el hechizo, que un beso recibido tras la cumplida desintegración de la caja de cristal era una promesa, como son los besos, ya se reciban voluntaria o involuntariamente. Y mientras así estaban debatiendo amigablemente las sutilezas morales de su interesante situación, se oyó un rumor huracanado y una vibración melodiosa, y la doncella se sobresaltó, y dijo que el negro mago se acercaba. Y nuestro héroe, a su vez, se sintió abatido y temeroso, porque su pequeño consejero gris no le había instruido para esa eventualidad. En cualquier caso, pensó, debo hacer lo que pueda por proteger a la dama, a la que tanto debo, y a la que ciertamente, para bien o para mal, he liberado del sueño y del silencio. No llevaba otra arma que sus agujas y tijeras afiladas, pero se le ocurrió que algo podría hacer con los cristales del sarcófago roto; conque tomó el más largo y agudo, envolvió la empuñadura en su mandil de cuero, y esperó.

En el umbral apareció el artista negro, enfundado en una revuelta capa negra, sonriendo con suma ferocidad; y el sastrecillo tembló y alzó en el aire la astilla, pensando que seguro que su enemigo la pararía por arte de magia, o le paralizaría la mano cuando fuera a asestar el golpe. Pero el otro no hizo sino adelantarse, y al llegar junto a ellos tendió una mano para tocar a la doncella, y entonces nuestro héroe le apuñaló con todas sus fuerzas en el corazón, y el cristal entró hasta dentro, y el mago cayó al suelo. Y, oh prodigio, se encogió y arrugó ante su vista, y quedó reducido a un puñadito de motas grises y polvo de cristal. Entonces la dama lloró un poco, y dijo que el sastre la había salvado ya dos veces, y era en todo digno de su mano. Y dio una palmada, y de repente se alzaron todos por los aires, hombre y mujer, frascos de cristal y montoncito de polvo, y se encontraron en

una fría ladera, y allí estaba el hombrecito gris del principio con el perro Otto. Ya os habréis dado cuenta, mis sagaces lectores, de que Otto era aquel mismo perro en que fuera transformado el joven hermano de la dama del féretro. Y ella se abrazó a su cuello gris y peludo, derramando claras lágrimas. Y cuando sus lágrimas se mezclaron con las lágrimas saladas que corrían por la mejilla del gran animal, el hechizo se rompió, y ante ella quedó un joven de cabellos de oro y vestido con traje de cazador. Y largo rato estuvieron abrazados, embargados por la emoción. Entretanto el sastrecillo, ayudado por el hombrecito gris, había tocado la urna de cristal que encerraba el castillo con las dos plumas del gallo y la gallina, y en medio de un extraño fragor apareció el castillo como debía haber sido siempre, con nobles escaleras y puertas innumerables. Entonces el sastrecillo y el hombrecito gris descorcharon las botellas y frascos, y sus líquidos y sus humos escaparon suspirantes por sus bocas, y se transformaron en hombres y mujeres, mayordomo y guardabosques, cocinera y doncella, todos asombrados a más no poder de encontrarse donde estaban. Entonces la dama le refirió a su hermano que el sastrecillo la había rescatado de su sueño y había dado muerte al artista negro y ganado su mano en matrimonio. Y el joven dijo que el sastre le había tratado con bondad, y debía vivir con ellos en el castillo y ser feliz para siempre. Y así fue; y vivieron felices para siempre. El joven y su hermana salían de cacería por los bosques, y el sastrecillo, que no tenía esas inclinaciones, se quedaba junto al fuego y se solazaba con ellos por las noches. Sólo faltaba una cosa. Un artesano no es nada si no ejercita su oficio. Así que ordenó que le llevasen el mejor paño de seda e hilos de brillantes colores, e hizo por placer lo que en otro tiempo había tenido que hacer por dura necesidad.

CAPÍTULO V

El labrador, volteando los huraños terrones
mientras en la cabeza siente silbar un aire
levantado en suspiros de su estómago hambriento,
ve acaso que la tierra se afana día tras día
en parir un demonio de sarmentosas cejas
y sulfúrea mirada, que con su boca parda
le promete de fijo, no el sueño de un avaro,
sino las ollas de oro que paguen las lentejas
que son su único sueño. Así ella quizá sienta,
rozándole la saya, pasar los pies peludos
de un viejo diosecillo que va dejando huellas
en la ceniza tibia, o que con voz cascada
ríe incluso en la cuna, diciendo: «Mujer, ámame,
mécame y hallarás tu tesoro, no temas.
Los dioses de otros tiempos premian bien a los suyos.»
De demonios tan chicos, ¿qué mal se ha de temer?

R. H. ASH,
La hechicera encarcelada

Los Wolds del Lincolnshire son una pequeña sorpresa. Tennyson se crió en uno de sus valles cerrados y sinuosos, y de ellos tomó los campos de cereales del inmortal Camelot.

A ambos lados del río,
de cebada y centeno largas mieses
que vistiendo la tierra el cielo tocan.

Roland vio en seguida que la palabra «tocan» era exacta y sorprendente, no vaga. Cruzaron el llano por la carretera ondulada y salieron del valle. Los valles son estrechos y profundos, unos boscosos, otros herbosos, otros arados. Las lomas se perfilan sobre el cielo, siempre desnudas. El resto de ese condado extenso y soñoliento es marjal, ciénaga o llano cultivado. Las lomas levemente onduladas

parecen pliegues de la superficie, pero no lo son: son restos de una meseta fragmentada. Los pueblos se refugian en los valles, al fondo de gargantas sin salida. El verde automóvil corría por la cresta, cruzada por las carreteras y caminos como una espina de pescado. Roland, como hombre urbano, se iba fijando en los colores: el labrantío oscuro, con creta en los surcos; un cielo color peltre, con nubes cretáceas. Maud se fijaba en los buenos caminos de herradura, en los portillos desvencijados, en los setos rotos o aplastados por los dientes de las máquinas.

—Abajo a la izquierda —dijo—. Seal Court. En la hondonada.

Una alfombra de copas de árbol, no homogénea, y un atisbo de almenas, una torrecilla circular, otra curva, y una especie de torreón central, quizá.

—La finca es propiedad privada, naturalmente. Podemos bajar al pueblo. Christabel está enterrada allí. En el camposanto de Santa Edeltrida. El pueblo se llama Croysant le Wold; es una aldea perdida, más o menos... Hay muchas aldeas perdidas al pie de estas colinas, donde lo único que se conserva es una alquería y la iglesia. La iglesia de Croysant no creo que esté ahora en uso. Christabel creía que Croysant viene de Croyance, que quiere decir Fe, y Santa... Pero era una de esas etimologías falsas que se hacían en el siglo diecinueve al buen tuntún. Se dice que viene realmente de Croissant, media luna, porque el valle y el río hacen aquí un recodo. A Christabel le gustaba Santa Edeltrida, que fue una reina virgen, a pesar de que se casó dos veces: fue abadesa de Ely y fundó un gran monasterio, y la enterraron en olor de santidad...

A Roland no le interesaba gran cosa Santa Edeltrida. Aquella mañana Maud parecía otra vez distante y tutelar. Bajaron por la carretera en zigzag y al llegar al valle torcieron hacia la iglesia, que se alzaba, con aspecto sólido y campanario cuadrangular, dentro de un cementerio tapiado. Fuera de la verja de entrada estaba aparcada una ranchera vetusta; Maud paró a distancia y entraron a pie. La tierra estaba mojada. En el pequeño camposanto crecía un heno pardo y húmedo; el sendero que lo atravesaba estaba tapizado de hojas ennegrecidas, caídas de un haya que había junto a la entrada. Dos grandes tejos de espesa sombra flanqueaban el pesado pórtico de piedra. Maud, sensatamente protegida con gabardina y botas, con la cabeza siempre cubierta, se acercó hasta la verja de hierro forjado del pórtico, que estaba cerrada con candado. De un canalón caían sobre la piedra gotas de agua con un sedimento verde brillante, dejando un rastro sinuoso.

—Los Bailey están *dentro* de la iglesia —dijo Maud—, pero Christabel está en un extremo de fuera, bajo el viento y la lluvia, donde quiso estar. Es por ahí.

Avanzaron sobre matojos y montículos, metiendo los pies en las sendas de conejo

entre los muertos. Había un muro de piedra hasta la altura de los hombros, salpicado de cimbalaria. La lápida sepulcral de Christabel estaba un poco desviada de la vertical. Era de piedra caliza del lugar, no de mármol, y la intemperie la había erosionado. Alguien, no muy recientemente, había limpiado la inscripción.

Aquí yacen los restos mortales de
Christabel Madeleine LaMotte
Hija mayor de Isidore LaMotte
Historiador
Y de su amada esposa
Arabel LaMotte
Única hermana de Sophie lady Bailey
Esposa de sir George Bailey de Seal Court
Croysant le Wold

Nació el 3 de enero de 1825
Descansó en el Señor el 8 de mayo de 1890

De angustias mortales
dejad que descanse
donde sople el viento y arrastre las nubes
camino del valle
donde haya mil bocas de hierba sedientas
que alegres se sacien
del rocío lento, la lluvia serena
y el manto de nieve disuelto en cristales
que el Cielo derrame.

Alguien, tampoco recientemente, había segado el heno de la sepultura, que estaba rodeada de un cerco de piedra bajo, agrietado por la grama y los rastros espinosos de las zarzas. Sobre el túmulo cubierto de hierba se veía el espectro de un ramo de flores grande, opulento más bien, cuyos alambres de sujeción yacían ahora herrumbrosos entre las cabezuelas de crisantemos y claveles muertos, las hojas esqueléticas de rosas tiempo atrás descoloridas. Una cinta de satén verde, manchada por el agua y por la tierra, ceñía esos despojos; llevaba atada una tarjeta en donde se distinguía débilmente, escrito a máquina:

Para Christabel
de las mujeres de Tallahassee

que te rinden sincero homenaje
mantienen viva tu memoria
y continúan tu trabajo
«Las piedras que tallé perduran.»

Melusina, XII, 325

—Aquí estuvo Leonora —dijo Maud—. En el verano. Cuando sir George la amenazó con una escopeta.

—Quizá arrancara ella las hierbas —dijo Roland, que se sentía amenazado por la humedad y la melancolía.

—A Leonora le escandalizaría el estado de este cementerio —dijo Maud—. No lo encontraría nada romántico. A mí me parece bien. Un lento regreso a la naturaleza y el olvido.

—¿Ese poema lo escribió Christabel?

—Es uno de sus ejercicios más comedidos. Ya ves que no se dice el autor. En la lápida se cita la profesión de su padre, y no se dice ni palabra de la suya.

Roland se sintió vagamente culpable de las opresiones de la humanidad. Dijo suavemente:

—Es el poema lo que se graba en la memoria. Un poco siniestro.

—Como si la hierba se estuviera comiendo a Christabel.

—Así debió ser, supongo.

Miraron a la hierba. Estaba húmeda y lacia, en manojos podridos.

—Subamos al alto —dijo Maud—. Podemos ver Seal Court de lejos. Seguro que Christabel venía por aquí a menudo, era muy aficionada a ir a la iglesia.

A espaldas de la iglesia un campo arado subía en cuesta hacia el severo horizonte. Arriba, recortada sobre el cielo gris, había una figura que Roland tomó a primera vista por un monarca sentado de Henry Moore, con su trono y su corona. Luego inclinó la cabeza y manoteó enérgicamente hacia el suelo, y Roland, viendo unos destellos plateados, la reconstruyó como una persona en una silla de ruedas, posiblemente en apuros.

—¡Mira! —dijo a Maud.

Ella alzó la mirada.

—Quizá tenga algún problema.

—Habrá alguien más, si no no habría subido hasta allí —dijo Maud razonablemente.

—Quizá —dijo Roland, poniéndose en marcha de todos modos. En la subida se le revolvió el pelo, y los zapatos de ciudad se le cargaron de barro. Estaba en buena forma, tal vez gracias a la bici, a pesar del monóxido de carbono y el plomo de las

calles londinenses.

El ocupante de la silla de ruedas era una señora. Llevaba un sombrero de fieltro verde, profundo de copa y ancho de ala, que le oscurecía la cara; un abrigo loden con esclavina y un pañuelo de cachemira de seda al cuello. La silla se había salido del camino que corría por la cresta y estaba ladeada al borde del declive, a punto de rodar por la pedregosa y empinada cuesta. Unas manos enguantadas en piel forcejeaban con los enormes aros. Unas botas finas de piel, blandas y lustradas, descansaban plácidamente sobre el estribo desplazable. Roland vio que bajo una de las ruedas había un pedazo grande de pedernal incrustado en el barro, que imposibilitaba toda tentativa de maniobra o giro.

—¿Puedo ayudarla?

—Aaah —suspiro largo y acentuado—. Ah, gracias. Al pa-parecer me he quedado a-atascada. —La voz era vacilante, añosa y patricia—. Qué la-lata. No si-sirve una *para nada*. Si hace usted el favor...

—Hay una piedra. Debajo de la rueda. Espere. No se mueva.

Tuvo que arrodillarse en el barro del camino, con perjuicio de sus pantalones, y recordó angustias infantiles en el parque; agarró, tiró, basculó.

—¿La silla está firme? —preguntó—. Temo desequilibrarla.

—Está pe-pensada para no vo-volcar. Tengo echado el freno.

Poco a poco Roland sintió la real y plena zozobra de la posición. Un mal movimiento y se habría despeñado. Metió las manos en el barro y escarbó. Encontró una ramita no demasiado práctica y rascó. Utilizó otro pedernal a modo de palanca rudimentaria, y al fin cayó sentado con el objeto ofensor entre las manos, con perjuicio también de los fondillos.

—Ya está —dijo—. Como en el dentista. Salió.

—Le estoy muy agradecida.

—Estaba usted un poquito apurada. Debe ser que la pisó, basculó y salió hacia arriba esta especie de diente. Mire. —Se dio cuenta de que la señora temblaba—. No, espere un segundo, vamos a volver la silla al camino. Me temo que tengo las manos llenas de barro.

Cuando acabó de ladear la silla, girarla y volverla a situar sobre la pista de tierra, estaba sin aliento. Las ruedas goteaban barro. Entonces la señora volvió hacia él su rostro, que era grande y redondo, teñido de mechaz oscuras de la edad, engrosado con cordones y bolsas blandas de carne bajo la barbilla. Los ojos, enormes y de un tono castaño claro, estaban empañados. Bajo el cabello gris, liso y peinado hacia atrás, que asomaba a los lados del sombrero, corrían gruesas gotas de sudor.

—Muchas gracias —dijo—. Me había puesto en un trance muy absurdo. He podido despeñarme. Una te-temeridad, que diría mi marido. No de-debería salir de te-terreno llano. Mi dependencia me fastidia.

—Claro —dijo Roland—. Es lógico. Realmente no corría usted peligro. Habría venido alguien.

—Suerte que vino usted. ¿Iba de paseo?

—Estoy de visita. Con una amiga. —¿Dónde estaba Maud?—. Hay un aire maravilloso. Se ve hasta muy lejos.

—Por eso subo yo aquí. Se supone que el perro debería quedarse conmigo, pero no se queda nunca. A mi marido le gusta curiosear por el bosque. ¿Hacia dónde iban ustedes?

—No lo sé. Mi amiga es la que lo sabe. ¿La acompaño un trecho?

—No me encuentro muy bien. Me ti-tiemblan las manos. Si tuviera usted la bondad de venir hasta... el final de la pista, bajando el repecho, mi marido...

—No faltaba más.

Llegó Maud, pulcro y limpio su aspecto con la Burberry y las botas.

—Hemos desatascado la silla —le dijo Roland—. Se había trabado con una piedra. Voy a acompañar a la señora hasta abajo...; su marido está allí. Se ha llevado un pequeño susto...

—Claro —dijo Maud.

Bajaron por el sendero los tres, Roland detrás de la silla. El terreno que se extendía más allá de la loma estaba densamente arbolado. Entre los árboles Roland volvió a ver, ahora ya con más calma, una torrecilla, unas almenas, blancas en la oscuridad.

—Seal Court —dijo a Maud.

—Sí.

—Romántico —sugirió él.

—Oscuro y húmedo —dijo la señora de la silla.

—Debió costar una fortuna hacerlo —dijo Maud.

—Y mantenerlo —dijo la señora de la silla. Sus manos curtidas le bailaban un poco en el regazo, pero la voz se le iba serenando.

—Es de suponer —dijo Roland.

—¿Les interesan a ustedes las casa antiguas?

—No exactamente —dijo Roland—. Queríamos ver ésa.

—¿Por qué?

Maud le clavó una bota en el tobillo y él reprimió una exclamación de dolor. Del bosque salió un perro del Labrador muy sucio.

—Ah, Much —dijo la señora—, ya llegaste. Eres un pedazo de carne inútil. Inútil. ¿Dónde está tu amo? ¿Rastreado tejones?

El perro midió su rubia panza con el lodo, meneando la popa.

—Díganme sus nombres —dijo la señora de la silla. Maud dijo rápidamente:

—Éste es el doctor Michell, de la Universidad de Londres. Yo doy clase en la

Universidad de Lincoln, y me llamo Bailey: Maud Bailey.

—Yo también me llamo Bailey. Joan Bailey. Vivo en Seal Court. ¿Es usted de la familia?

—Soy de los Bailey de Norfolk. Familia de muy atrás. No muy cercana. Las familias no han seguido...

La voz de Maud sonaba represiva y fría.

—Qué interesante. Ah, aquí está George. George, querido, acabo de tener una aventura y me ha rescatado un caballero andante. Estaba atrapada en el Alto del Águila, con una piedra enorme debajo de una rueda, y la única salida parecía ser tirarse por el precipicio, *sumamente* humillante. Hasta que llegó el señor Michell, y esta señorita, que se apellida Bailey.

—Te dije que no te salieras del camino.

Sir George era bajito, y venía mojado y encrespado. Llevaba botas de cuero con cordones y la pantorrilla redondeada y lustrada, como grebas; y una chaqueta de cazador con muchos bolsillos, marrón, con una gorra marrón de tweed. Ladraba. Roland le tomó por una caricatura y sintió un vestigio de irritación clasista. Esas gentes, en el mundo suyo y de Val, no eran del todo reales, pero todavía poblaban la tierra. También Maud le vio como un tipo; en su caso representaba la restricción y el aburrimiento de incontables fines de semana de la infancia pasados en el campo, hablando de caza y paseos a campo traviesa y deportes. Cosas rechazadas y rehuidas. Sir George no iba armado. El agua le manchaba los hombros, le brillaba en los zapatos, hacía gotas en las peludas nervaduras de los calcetines, entre los briches y las botas. Contempló a su mujer.

—Tú nunca estás a gusto, ¿eh? —dijo—. Te subo al monte y no te parece bien quedarte tranquilamente en el camino, quiá. ¿Te has hecho daño?

—Me encuentro un poquito alterada. El señor Michell llegó a tiempo.

—Pero con eso no podías contar. —Avanzó hacia Roland con la mano tendida—. Le estoy muy agradecido. Me llamo Bailey. Este perro idiota debería quedarse con Joan, pero no le da la gana, tiene que irse de expedición por ahí por el tojo. Usted estará pensando que debería haberme quedado allá arriba, ¿verdad?

Roland, vacilante, tocó la franca mano y dio un paso atrás.

—Eso debería haber hecho. Eso debería haber hecho. Soy un viejo egoísta. Pues sí que hay tejones, Joanie. Aunque no lo debería decir, no sea que se nos llene esto de furtivos y amantes de la Naturaleza que los aterricen y los vuelvan locos. Y para tu tranquilidad te diré que el enebro japonés está bien. Plenamente recuperado.

Avanzó hacia Maud.

—Buenas tardes. Me llamo Bailey.

—Ya lo sabe —dijo su mujer—. Así se llama ella también, te lo he dicho, es de los Bailey de Norfolk.

—¿Ah, sí? No se los ve por aquí muy a menudo. Menos que a los tejones, me atrevería a decir. ¿Qué la trae por aquí?

—Trabajo en Lincoln.

—¿Ah, sí? —No preguntó en qué. Escudriñó a su mujer con cierta intensidad.

—Pareces destemplada, Joan. No tienes buen color. Deberíamos llevarte a casa.

—Quisiera pedirles al señor Michell y la señorita Bailey que vengan a tomar el té si quieren. El señor Michell tendrá que lavarse. Les interesa Seal Court.

—Seal Court no es interesante —dijo sir George—. Ya sabrán ustedes que no está abierto al público. Está en malas condiciones. Yo tengo la culpa, indirectamente. Falta de dinero. Se nos está cayendo encima.

—Eso no les importará. Son jóvenes. —La ancha cara de lady Bailey tomó una expresión forzada—. Yo quiero invitarlos. Por cortesía.

La cara de Maud llameó. Roland vio lo que pasaba. Maud deseaba negar con orgullo el menor interés en poner los pies en Seal Court; quería ir por Christabel, porque, supuso él, a Leonora Stern le habían dado con la puerta en las narices; se sentía insincera, imaginó Roland, por no decir directamente por qué tenía interés en ir.

—Yo agradecería poder lavarme un poco —dijo—. Si no es demasiada molestia.

Metieron los coches uno tras otro por un camino de grava infestado de malas hierbas empapadas que corría por detrás de la casa, y aparcaron en el patio de caballerizas. Roland ayudó a sir George a desembarcar a lady Bailey con su silla. El día declinaba ya. La puerta de atrás giró pesadamente bajo un pórtico gótico sobre el cual se había tendido un rosal, ahora sin hojas. Arriba había hileras de ventanas de marco gótico esculpido, oscuras y vacías. El umbral había sido rebajado para eliminar escalones y que la silla de ruedas pudiera pasar. Avanzaron por corredores de piedra oscuros, dejando atrás diversas despensas y arranques de escalera, y al cabo llegaron a lo que, según sabrían después, había sido en tiempos el tinelo, ahora remodelado superficialmente, y en parte, como cuarto de estar moderno.

En un extremo de aquella estancia sombría había una chimenea abierta, donde unos pocos troncos de gran tamaño humeaban aún sobre un lecho de ceniza blanca; a uno y otro lado de la chimenea, un par de sillones voluminosos, de perfiles curvos y mullidos, tapizados de terciopelo gris marengo con flores en morado oscuro, una especie de correhuelas *fin-de-siècle* embellecidas. El suelo era de losas de plástico rojas y blancas, con salientes que por el roce delataban la existencia de baldosas de piedra debajo. Al pie de la ventana había una mesa voluminosa, de patas gruesas, cubierta en parte con un hule a cuadros escoceses desvaídos. En el otro extremo de la habitación, que según se vio después llevaba a la cocina y otras dependencias, había una estufa eléctrica pequeña, de dos resistencias. Había otros asientos, un poco

raídos, y una colección de plantas muy alegres y lustrosas, en macetas de loza vidriada. A Maud le preocupó la luz, que sir George encendió: una lámpara vulgar y débil junto al fuego, y otra ligeramente más animada, hecha de un jarrón chino, sobre la mesa. Las paredes, encaladas, mostraban cuadros diversos de caballos, perros y tejones, óleos y acuarelas, fotos coloreadas, estampas brillantes enmarcadas. Al lado del fuego se veía un gran cesto, obviamente la cama de Much, forrado con una manta basta, tiesa y sembrada de pelos. Grandes zonas de la estancia estaban simplemente vacías. Sir George echó las cortinas e invitó a Roland y Maud a sentarse junto a la chimenea, en los sillones de terciopelo. Luego se llevó a su mujer en la silla de ruedas. Roland no se atrevió a preguntar si podía ayudarle. Había esperado encontrar un mayordomo o un criado obsequioso, por lo menos una muchacha o alguna persona de compañía, que les hiciese pasar a una sala resplandeciente de plata y alfombras de seda. Maud, hecha a la falta de calefacción y a lo raído, aun así se turbó un poco ante el grado de estrechez que revelaba la triste iluminación. Bajó la mano y llamó a Much, que vino y se apretó, tembloroso y mugriento, contra sus piernas, entre ella y el fuego agonizante.

Sir George regresó y avivó el fuego con nuevos troncos, que empezaron a silbar y crepitar.

—Joan está haciendo el té. Siento no poder ofrecerles grandes lujos ni comodidades. Habitamos sólo el piso de abajo, por supuesto. Yo hice reformar toda la cocina para Joan, con todas las ayudas posibles, puertas y rampas. Todo lo que se pudo hacer. Sé que no es mucho. Esta casa está pensada para tener un ejército de criados. Y a un par de viejos... nos viene grande. Pero yo cuido el bosque. Y el jardín de Joan. Hay también un jardín acuático de estilo victoriano, que a ella le gusta.

—He leído algo sobre eso —dijo Maud cautelosamente.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es, que estudia usted las cosas de la familia?

—En cierto modo. Hay algunas cosas de la familia que me interesan particularmente.

—Entonces, ¿qué parentesco tiene usted con Tommy Bailey? Qué gran caballo tuvo, Hans Andersen; ése sí que era un animal con genio y carácter.

—Tío abuelo mío. Yo monté en tiempos a uno de los descendientes menos logrados de Hans Andersen. Una bestia con cara de cerdo que era capaz de salir de un salto de donde fuera, como un gato, pero no siempre quería, y no siempre me llevaba a mí con él. Se llamaba Copenhague.

Hablaron de caballos, y un poco sobre los Bailey de Norfolk. Roland observó que Maud usaba ciertas expresiones que intuyó que le salían naturalmente, como intuyó también que no las usaría nunca en el edificio de Estudios sobre la Mujer. En la cocina sonó un timbre.

—Eso es el té. Voy por él. Y por Joan.

El té llegó en un exquisito juego de Spode, con un azucarero de plata y una fuente de tostadas calientes con mantequilla y pasta de untar o miel, sobre una gran bandeja de melamina diseñada, según vio Roland, para encajar en los brazos de la silla de ruedas. Lady Bailey lo sirvió. Sir George interrogaba a Maud sobre primos muertos, caballos más que muertos y el estado de los árboles en las tierras de Norfolk. Joan Bailey dijo, dirigiéndose a Roland:

—Fue el tatarabuelo de George quien plantó todo este bosque, ¿sabe usted? En parte para explotar la madera y en parte porque era muy amante de los árboles. Todo lo que podía lo plantaba: cuanto más raro fuera el árbol, más ilusión le hacía. George sigue con ello, los cuida. No son coníferas de las que crecen deprisa, es bosque mixto, y entre esos árboles raros los hay muy antiguos. El bosque va desapareciendo por estas tierras; y los setos también. Hemos perdido muchísimo bosque para cultivo de cereales rápidos. George anda siempre arriba y abajo protegiendo sus árboles, como un trasgo. Tiene que haber alguien que sea sensible a la historia de las cosas.

—¿Saben ustedes —dijo sir George— que hasta el siglo dieciocho la industria principal de estas tierras era la cría de conejos? La tierra no daba para mucho más, era arenosa, llena de tojos. Eran unos conejos de piel gris muy fina, que se mandaba para hacer sombreros a Londres y al norte. En invierno se les daba de comer, en verano campaban por sus respetos; los vecinos se quejaban, pero era negocio. En algunos sitios alternaban con las ovejas. Desaparecieron, como tantas otras cosas. Se descubrieron maneras de criar las ovejas más baratas, y el cereal, y los conejos se extinguieron. Que es lo que ahora está pasando con los árboles.

A Roland no se le ocurrió ningún comentario inteligente sobre los conejos, pero Maud replicó con estadísticas sobre los cotos del Fenland y una descripción de una torre de vigilancia del coto de los Bailey de Norfolk. Sir George sirvió más té. Lady Bailey dijo:

—¿Y usted qué hace en Londres, señor Michell?

—Tengo una plaza de investigador en la universidad. Doy algunas clases. Estoy trabajando en una edición de Randolph Henry Ash.

—Ash escribió un buen poema que aprendíamos en la escuela —dijo sir George—. A mí nunca me ha interesado la poesía, pero ésa sí me gustaba. «El cazador.» ¿La conoce usted? Es sobre un tipo de la Edad de Piedra que va poniendo trampas y afilando pedernales y hablando con su perro y husmeando el aire para saber el tiempo que va a hacer. Daba una impresión real de *peligro* aquel poema. Pero es curioso eso de pasarse la vida estudiando cómo versificaba un fulano. Aquí en esta casa hubo en tiempos una especie de poetisa. Para ustedes no tendría ningún valor, supongo. Escribía unas cosas tremendamente sensibleras sobre Dios y la Muerte y el rocío y las hadas. Nauseabundas.

—Christabel LaMotte —dijo Maud.

—Exactamente. Una buena pájara. Últimamente viene gente por aquí preguntando si tenemos cosas de ella. Yo los echo con cajas destempladas. No estamos para músicas Joan y yo. Este verano se nos presentó de repente una espantosa fisgona americana, diciendo que debíamos estar muy orgullosos de tener allá arriba los restos de la vieja chiflada. Venía toda pintarrajeada y llena de chatarra, un horror de mujer. Yo le pedí educadamente que se fuera y no le dio la gana, tuve que sacar la escopeta. Quería sentarse en el jardín de invierno de Joan: para recordar a Christabel. Memeces. Otra cosa sería tratándose de un poeta *de verdad*, como Randolph Henry Ash; haber tenido alguien así en la familia sí sería un motivo de satisfacción. El mismo lord Tennyson también era bastante cursi, en general, aunque escribió algunas cosas que no estaban mal sobre el dialecto del Lincolnshire. Pero ni comparación con Mabel Peacock; ésa sí que llevaba en la cabeza el habla del Lincolnshire, palabras que son historia auténtica y que se están perdiendo con cada día que pasa, porque cada vez hay menos gente que las aprenda, ahora lo único que saben es *Dallas* y *Dinastía* y las cantinelas de los Beatles.

—Estos señores van a creer que eres un zopenco, George. A ellos sí les *gusta* la buena poesía.

—Pero no la de Christabel LaMotte.

—A mí sí —dijo Maud—. Fue quien escribió la descripción que yo he leído del jardín de invierno de Seal Court. En una carta. La lees y lo estás viendo, los arbustos de hoja perenne, el aladierno, el cornejo, el banco resguardado y los peces plateados del estanque... A través del hielo los veía suspendidos...

—Nosotros tuvimos un gato ya viejo que los cogía.

—Los volvíamos a poner y...

—Me encantaría ver el jardín de invierno. Estoy escribiendo sobre Christabel LaMotte.

—Ah, una biografía —dijo lady Bailey—. Qué interesante.

—No creo yo que haya mucho que contar en una biografía —dijo sir George—. No *hizo* nada. Nada más que vivir ahí arriba en el ala este y escribir todas esas historias de hadas. Eso no es una *vida*.

—En realidad no es una biografía, es un estudio crítico. Pero por supuesto, me interesa su persona. Fuimos a ver la tumba.

Era lo último que debía haber dicho. La cara de sir George se ensombreció; sus rubias cejas se fruncieron sobre su roja nariz.

—Esa mujer abominable que estuvo aquí... tuvo el descaro de reñirme..., de echarme un sermón... sobre el estado de esa tumba. Que era un escándalo que estuviera así, un monumento nacional. No sería de *su* nación, fue lo que yo le dije, y la mandé a meter las narices en otra parte. Me pidió unas tijeras de podar. Entonces fue cuando saqué la escopeta. Se fue a Lincoln, se compró unas tijeras de podar y al

día siguiente volvió, se tiró al suelo y lo estuvo limpiando todo. El vicario la vio. El vicario viene una vez al mes a decir vísperas en la iglesia. Ella entró y estuvo oyéndolas en el último banco. Trajo un gran ramo de flores. Todo cuento.

—Vimos...

—No tienes por qué darle voces a la señorita Bailey, George —dijo su mujer—. Ella no tiene la culpa de nada. Si le interesa Christabel, bien está. Deberías enseñarles a estos jóvenes la habitación de Christabel. Si la quieren ver. Sabe usted, señor Michell, es que está todo bajo llave desde hace varias generaciones. Yo no sé en qué estado, pero creo que algunas cosas de ella están todavía ahí. La familia fue ocupando una parte cada vez más pequeña de la casa desde las guerras mundiales, un poco menos en cada generación: la habitación de Christabel estaba en el ala este, que no se usa desde 1918, salvo para guardar cachivaches. Y nosotros ni que decir tiene que habitamos una parte muy reducida del edificio, y sólo en el piso de abajo, por mi invalidez. Intentamos, eso sí, hacer reparaciones generales. El tejado está bien, y hay un carpintero que se ocupa de los suelos. Pero esa habitación no la ha tocado nadie, que yo sepa, desde que yo vine aquí de casada en 1929. Entonces vivíamos en toda esta parte del centro. El ala este no es que estuviera exactamente condenada, pero no se usaba.

—No verían ustedes mucho —dijo sir George—. Habría que ir con linterna. En esa parte de la casa no hay luz eléctrica. Sólo en los corredores del piso bajo.

Roland sintió unos extraños pinchazos en la base del cuello. Por la ventana moldurada veía las ramas húmedas de los arbustos, más negras en la oscuridad. Y la luz débil en el camino de grava.

—Sería maravilloso aunque sólo fuera echar una ojeada.

—Se lo agradeceríamos mucho.

—Bueno, ¿por qué no? —dijo sir George—. Ya que todo queda en la familia. Síganme.

Sacó una lámpara de camping y se volvió hacia su mujer.

—Te traeremos todos los tesoros que encontremos, querida. Si nos esperas.

Caminaron largo trecho, primero por corredores enlosados y apenas iluminados con luz eléctrica, luego por sitios oscuros, con alfombras polvorientas y las ventanas cerradas; subieron por una escalera de piedra y después por otra espiral de madera, levantando nubes de polvo oscuro. Maud y Roland iban sin mirarse ni hablar entre sí. La puertecita era de gruesos cuarterones y tenía también un grueso cerrojo. Entraron detrás de sir George, que paseó el gran cono de luz por la estancia oscura y circular, iluminando un mirador de saliente curvo y un techo de madera con arcos veteados y hojas de hiedra de falsa talla medieval, todo bajo un dedo de polvo. La habitación

estaba atestada de cosas: una cama de dosel que conservaba todavía sus cortinas de color rojo apagado bajo su manto de partículas; un escritorio de madera negra fantásticamente recargado de volutas y astrágalos, racimos de uvas, granadas y lirios; algo que podía haber sido un asiento bajo o un reclinatorio; montones de telas, un baúl viejo, dos sombrereras y una súbita hilera de caritas blancas pasmadas, una dos y tres, apoyadas en una almohada. Roland contuvo el aliento con ligero sobresalto; Maud dijo: «¡Las muñecas!», y sir George apartó la luz de un espejo vacío entre ramaje de rosas doradas y la enfocó sobre las tres rígidas figuras, recostadas bajo una colcha polvorienta, dentro de una cama de dosel en miniatura pero de buen tamaño.

Las cabezas eran de porcelana y los bracitos eran de piel de cabritilla. Una tenía pelo rubio, fino y sedoso, pero descolorido y gris de polvo. Otra tenía una especie de gorro de dormir blanco recogido en lo alto, de tela de algodón con ribetes de encaje. Otra tenía pelo negro, peinado hacia atrás y recogido en un moño. Las tres miraban fijamente con ojos de vidrio azul, llenos de polvo pero todavía brillantes.

—Escribió una serie de poemas sobre las muñecas —dijo Maud, en una especie de susurrotenebroso—. Se suponía que eran para niños, como los *Cuentos para inocentes*. Pero realmente no lo eran.

Roland volvió la vista al sombrío escritorio. No sentía la presencia de la poeta muerta en aquel cuarto, pero sí una vaga excitación de pensar que cualquiera de aquellas cosas, el escritorio, los baúles, las sombrereras, podía contener algún tesoro como las cartas descoloridas que él llevaba en el bolsillo del pecho. Una pista, una nota garrapateada, unas palabras de respuesta. Pero era una tontería, no estarían allí, estarían donde las hubiera puesto Randolph Henry Ash, si es que alguna vez se habían escrito.

—¿Sabe usted si había papeles? —preguntó volviéndose a sir George—. ¿Queda alguna cosa en ese escritorio? ¿Algo suyo?

—Me figuro que lo vaciarían cuando murió —dijo sir George.

—¿Podemos mirar de todos modos? —dijo Roland, imaginando un cajón oculto quizá, y al mismo tiempo con el recuerdo incómodo de las listas de lavandería de *La abadía de Northanger*. Sir George, complaciente, llevó la luz al escritorio, dejando las caritas en su anterior oscuridad. Roland alzó la tapa: el hueco de debajo estaba vacío. En el fondo había un casillero de arquería calada y moldurada, vacío; y dos cajoncillos, vacíos. No tuvo ánimos para golpear y probar la armazón. No tuvo ánimos para pedir la apertura del baúl. Tenía la sensación de estar husmeando, empujado inútilmente por una curiosidad violenta: no codicia, curiosidad, más fundamental incluso que el sexo, el deseo de saber. De pronto le enfureció la actitud de Maud, que permanecía inmóvil en las tinieblas, sin mover un dedo para ayudarle, sin proponer, como con su ventaja sentimental habría podido, otras exploraciones de tesoros ocultos o de patéticos huecos muertos. Sir George dijo: «¿Y qué esperarías

usted encontrar en particular?» Roland no supo qué responder. Pero detrás de él Maud, con voz fría y clara, entonó una especie de conjuro.

Mi muñeca sabe
guardar un secreto;
si se le pregunta
sonríe en silencio.

El amor se apaga,
la amistad se vende,
pero mi muñeca
me será fiel siempre.

Nunca ha de nombrarnos
su boquita muda.
Todo lo medita
y todo lo oculta.

Mi muñeca vela
cuidando de un nido:
las briznas que quedan
de un amor perdido.

Ella es inocente
de nuestra maldad.
A nadie hace daño:
¿quién la ha de dañar?

Sir George volvió a dirigir la luz a la cuna de las muñecas.

—Muy bien —dijo—. Tiene usted una memoria fantástica. Yo jamás pude aprender nada de carrerilla. Salvo Kipling y las cosillas del Lincolnshire que me divierten, claro está. ¿Y eso qué tiene que ver?

—Aquí dentro parece la pista de un tesoro —dijo Maud, todavía con una claridad forzada—. Como si la muñeca ocultara algo.

—¿Qué podría ocultar? —dijo sir George.

—Cualquier cosa —dijo Roland, queriendo de pronto despistarle—. Recuerdos. —Sentía que Maud estaba calculando.

—Algún niño habrá sacado esas muñecas desde 1890 —dijo su dueño verosímilmente.

Maud se arrodilló en el polvo: «¿Puedo?» Sir George inclinó la luz hacia ella: un rostro curvado en la sombra, como pintado por Latour su color de cera. Alargando la

mano a la cuna, asió por la cintura la muñeca rubia y la sacó; el vestido era de seda rosa, con una orla de capullitos de rosa alrededor del cuello y botoncitos de nácar. Se la dio a Roland, y él la recibió como si fuera un gatito, acomodándola en el ángulo del codo; y allí se le unieron seguidamente la del gorro de dormir, con sus jaretas blancas y su *broderie anglaise*, y la morena, toda severa de azul oscuro. Sobre su brazo se alinearon las tres: con aquellas cabecitas pesadas, aquellos bracitos caídos, más bien espeluznantes, un poco necrofílicas. Maud sacó la almohada, tiró de la colcha, apartó después de doblarlas tres mantas finas de lana y un chal de ganchillo, y luego levantó un colchón de plumas, otro más y una colchoneta de paja. Debajo de ésta había una caja de madera; Maud alzó una tapa que giraba sobre bisagras, metió la mano y sacó un paquete envuelto en paño fino de hilo blanco, atado con vueltas y más vueltas de cinta, como una momia.

Se hizo un silencio. Maud sostenía el paquete en la mano. Roland dio un paso adelante. Sabía, sabía, lo que había allí dentro.

—Probablemente ropa de las muñecas —dijo Maud.

—Mire a ver —dijo sir George—. Parece que va usted muy bien encaminada. Seguro que ya adivina lo que es. Ábralo.

Maud, pálidos y pulcros sus dedos a la luz del farol, tiró de los viejos nudos y descubrió que estaban débilmente sellados con lacre.

—¿Quiere una navaja? —dijo sir George.

—No deberíamos... cortar —dijo Maud. Roland habría dado cualquier cosa por ayudarla. Maud se puso a la tarea; apartó las cintas y abrió el paño, doblado en varias capas. Dentro había dos paquetes envueltos en seda encerada y atados con cinta negra. Maud tiró también de esa cinta: la seda sonó y se abrió. Eran cartas abiertas, muy colocadas en dos montones, como pañuelos doblados. Entonces sí se adelantó Roland. Maud alzó la carta de arriba de cada montón. Señorita Christabel LaMotte, Betania, Mount Ararat Road, Richmond, Surrey. Letra marrón, picuda y decidida, conocida. Y en otra mucho más pequeña, más violácea, Señor Randolph Henry Ash, 29 Russell Square, Londres. Roland dijo:

—De modo que sí la envió.

—Están las dos partes —dijo Maud—. Está todo. Siempre ha estado aquí...

—¿Y qué es exactamente lo que ha encontrado usted? —dijo sir George—. ¿Y cómo sabía que había que mirar en la cama de las muñecas?

—No lo sabía —dijo Maud, clara la voz y con ribetes agudos—. Me acordé del poema aquí mismo, y de pronto estaba claro. Ha sido pura casualidad.

—Pensábamos que podía haber existido una correspondencia —dijo Roland—. Yo encontré... un fragmento de carta... en Londres. Por eso vine a ver a la doctora Bailey. No había más que eso. Esto podría ser... —estuvo a punto de decir «terriblemente», pero se contuvo— muy importante. —Algo que podía revolucionar

los estudios literarios, casi se le escapó, pero de nuevo se contuvo, guiado por un instinto de disimulo astuto—. Tiene un gran valor para nuestras investigaciones, para los trabajos de los dos. No se sabía que se conocieran.

—Hum —dijo sir George—. Déme esos paquetes. Gracias. Creo que debemos bajar y enseñárselos a Joan. Y ver si significan algo o nada. ¿A menos que quieran ustedes quedarse y abrir todo lo demás? —Y paseó el foco por todo el círculo de las paredes, revelando a la vista un grabado torcido de la Proserpina de lord Leighton y un dechado de punto de cruz, ilegible bajo el polvo.

—Ahora no —dijo Maud.

—No inmediatamente —dijo Roland.

—A lo mejor no vuelven —dijo sir George, aparentemente más en son de amenaza que de broma, volviéndose, ya en la puerta, desde detrás de su lanza de luz. Y nuevamente en fila emprendieron el regreso, sir George con las cartas, Maud con la crisálida abierta de hilo y seda, y Roland con las tres muñecas, porque vagamente le pareció una crueldad dejarlas a oscuras.

Lady Bailey se emocionó mucho. Se sentaron todos alrededor de la chimenea. Sir George depositó las cartas en el regazo de su mujer, y ella empezó a pasarlas una tras otra, bajo la mirada codiciosa de los dos expertos. Roland contó su media verdad sobre el fragmento de carta, sin decir cuándo ni dónde lo había encontrado.

—Entonces, ¿era una carta de amor? —preguntó lady Bailey, inocente y directa; y Roland dijo:

—No, qué va. —Y añadió—: Pero sí emotiva, como si se tratara de algo importante. Era un borrador de una primera carta. Lo bastante importante para hacerme venir hasta acá para consultar a la doctora Bailey sobre Christabel LaMotte. —Quería hacer preguntas, muchas preguntas. La fecha, por Dios, de la primera de las cartas de Ash, si era *la misma*, por qué estaban reunidas, cuánto tiempo abarcaban; cómo había contestado ella, qué pasaba con Blanche y el merodeador...

—Bueno, ¿y qué plan de acción sería el más conveniente? —dijo sir George, con lenta y deliberada pomposidad—. ¿A su juicio, joven? ¿Y al suyo, señorita Bailey?

—Alguien debería leerlas... —dijo Maud.

—Y usted pensará, lógicamente, que deberían ser *ustedes* —dijo sir George.

—Nos... agradaría, sí, mucho. Naturalmente.

—Como también a esa americana, sin duda alguna.

—Por supuesto. Si supiera que existen.

—¿Se lo dirán?

Vio vacilar a Maud bajo la mirada de sus feroces ojos azules, agudos a la luz de la chimenea.

—No es probable. Al menos de momento.

—¿Se trataría de apuntarse la primicia?

El rostro de Maud llameó.

—Por supuesto. Como lo haría cualquiera. En mi, en nuestra posición...

—¿Por qué no habrían de leerlas, George? —inquirió Joan Bailey, a la vez que sacaba la primera carta de su sobre y le echaba una ojeada con cierta curiosidad pero sin avidez.

—Entre otras cosas, porque yo creo que hay que dejar en paz a los muertos. ¿A qué levantar ahora un escándalo sobre la poetisa tonta de las hadas? Dejémosla reposar decentemente a la pobrecita.

—No vamos *buscando* escándalos —dijo Roland—. Yo no pienso que haya ningún escándalo. Únicamente tengo la esperanza de que él le dijera lo que pensaba sobre la poesía, la historia..., cosas así. Fue una de sus épocas más fecundas... Ash no fue un gran escritor de cartas, era demasiado formal. Decía que ella le comprendía en la carta que yo... he visto..., decía que...

—Y *además*, Joanie, ¿qué sabemos en realidad de estos señores? ¿Qué sabemos de que sean las personas más adecuadas para ver estos... documentos? En ese montón hay para estarse dos días leyendo, fácil. No querrás que lo deje salir de mis manos.

—Podrían venir aquí —dijo lady Bailey.

—Sería algo más de dos días —dijo Maud.

—Ya ves —dijo sir George.

—Lady Bailey —dijo Roland—, lo que yo vi era el primer borrador de una carta. ¿Es esa misma? ¿Qué dice?

Ella rodeó con las gafas de leer su cara ancha y agradable, y leyó en voz alta:

Apreciada señorita LaMotte:

Tuve un gran placer en conversar con usted en el desayuno de nuestro buen amigo Crabb. Con su agudeza y su sabiduría destacó usted sobre la cháchara del ingenio estudiantil, y aun aventajó a nuestro anfitrión y su relato del hallazgo del busto de Wieland. ¿Puedo pensar que también usted disfrutó con nuestra plática, y puedo tener el placer de ir a visitarla? Ya sé que lleva usted una vida muy tranquila, pero yo no la turbaría: sólo querría hablar de Dante y de Shakespeare, de Wordsworth y de Coleridge, de Goethe y de Schiller, de Webster y de Ford y de sir Thomas Browne et hoc genus omne, sin olvidar, claro está, a Christabel LaMotte y el ambicioso Proyecto del Hada. Le ruego me responda. Sabe usted, creo, cuánto placer daría con una respuesta positiva a

Su sincero servidor

Randolph Henry Ash

—¿Y la respuesta? —dijo Roland—. ¿La respuesta? Perdóneme, es que tengo *tanta* curiosidad... He estado haciendo cabalas sobre si ella le contestó, y qué le diría.

Lady Bailey tomó la carta de arriba del otro fajo, casi remoloneando, como una actriz que anunciara en la televisión el premio a la Mejor Actriz del Año.

Estimado señor Ash:

No, ciertamente; no me hago de rogar; cómo iba a despreciarle ni a despreciarme tanto, cómo puede usted rebajarse a pensar tal cosa. Vivo circunscrita y en comunión conmigo misma, es mejor así: no como una Princesa entre zarzas, de ningún modo; más bien como una Araña muy gorda y satisfecha de sí misma en el centro de su brillante tela, si me perdona usted la analogía levemente desagradable. Aracne es una dama que me inspira gran simpatía, una artesana honesta que hace dibujos perfectos, pero un poco inclinada a tirar mordiscos impertinentes a los forasteros de visita o intrusos, acaso muy a menudo sin percatarse de la diferencia hasta que es demasiado tarde. Realmente soy una compañía tartamudeante, carezco de encantos, y en cuanto al ingenio que haya usted podido percibir en mí cuando nos vimos, no era otra cosa, no podía ser, que los reflejos y destellos del propio brillo de usted, refractado en la pesada superficie de una Luna muerta. Yo soy hechura de mi pluma, señor Ash, mi pluma es lo mejor de mí, y le envió adjunto un Poema, en prenda de la gran estimación que siento por usted. ¿No prefiere usted un Poema, aunque sea imperfecto, mejor que un plato de emparedados de pepino, aunque fueran todos iguales, delicadamente salados, exquisitamente finos? Claro que lo prefiere, y yo también lo preferiría. La Araña del poema, sin embargo, no es mi Yo Sedoso, sino una hermana en todo más salvaje y práctica. ¿Verdad que son admirables, su diligencia y su facilidad? Ojalá salieran los poemas con la misma naturalidad que el hilo de seda. Escribo tonterías, pero si se toma usted el trabajo de volver a escribir, tendrá usted un sobrio ensayo sobre la Negación Eterna, o el Velo de Ilusión de Schleiermacher, o la Leche del Paraíso, o Lo Que Quiera.

Su servidora para algunas cosas

Christabel LaMotte

Lady Bailey leía despacio y a trompicones; acentuaba mal algunas palabras; se atascó en *hoc genus omne* y en *Aracne*. Era como un vidrio escarchado interpuesto entre ellos, Roland y Maud, y los rasgos verdaderos de la prosa y los sentimientos de Ash y LaMotte. Sir George, aparentemente, halló la lectura más que satisfactoria. Miró su reloj.

—Tenemos el tiempo justo de hacer lo que yo hago siempre con Dick Francis: estropear el suspense leyendo el final. Luego creo que lo que haremos será guardarlas hasta que yo haya tenido tiempo de estudiar la situación. Sí. Asesorarme un poco. Además, ustedes ya tendrían que estar de vuelta, ¿verdad?

No lo preguntaba. Miró indulgentemente a su mujer.

—Anda, Joanie, dinos qué pasa al final.

Ella hojeó los textos, y dijo: «Parece como si ella hubiera pedido que se le devolvieran sus cartas. La de él es una respuesta a eso.»

Tomó la carta de arriba del otro fajo, casi remoloneando, como una actriz que anunciara en la televisión el premio a la Mejor Actriz del Año.

Querido Randolph:

Efectivamente, todo ha terminado. Y yo me alegro; sí, me alegro con toda el alma. Y tú también estás muy seguro, ¿no es verdad? Sólo una última cosa: quisiera que me fueran devueltas mis cartas: todas mis cartas, de la primera a la última; no porque no confíe en tu honor, sino porque ahora son mías, porque ya no son tuyas. Sé que me comprenderás, en esto al menos.

Christabel

Querida:

Aquí tienes tus cartas, como me has pedido. Están todas. Dos las he quemado, y quizá haya otras —las hay— que debieran correr inmediatamente la misma suerte. Pero mientras estén en mis manos no tengo valor para destruir ninguna más, ni nada que tú hayas escrito. Son las cartas de una poeta maravillosa, y esa verdad luce invariable a través de los sentimientos fluctuantes y alternativos con que las miro en tanto en cuanto me conciernen, es decir, en tanto en cuanto son mías. Cosa que dentro de media hora no serán, pues las tengo ya envueltas y dispuestas para volver a tus manos y que tú

hagas con ellas lo que estimes oportuno. Pienso que deberías quemarlas; pero, por otra parte, si Abelardo hubiera destruido las palabras de prodigiosa constancia de Eloísa, si la Monja Portuguesa hubiera callado, ¿no seríamos mucho más pobres, mucho menos sabios? Pienso que las destruirás; eres una mujer implacable; implacable aún no sé hasta qué punto, apenas empiezo a vislumbrarlo. De todos modos, si hay algo que yo pueda hacer por ti en el terreno de la amistad, ahora o en el futuro, espero que no vaciles en acudir a mí.

No olvidaré nada de cuanto ha sucedido. No soy olvidadizo. (Porque entre nosotros ya no se trata de perdonar, ¿no es cierto?) Ten la seguridad de que conservaré hasta la palabra más nimia, escrita o hablada, junto con todo lo demás, en la cera endurecida de mi obstinada memoria. Hasta lo más nimio, fíjate bien, todo. Si quemas esas cartas, tendrán una segunda vida en mi memoria, mientras yo viva, como el trazo que deja en la retina el cohete consumido. No puedo creer que las quemes. No puedo creer que no las quemes. Sé que no me dirás lo que hayas decidido, y que debo dejar de garrapatear, vaticinando, a mi pesar, tu respuesta imposible de vaticinar, que en el pasado era siempre un sobresalto, un cambio, las más de las veces una delicia.

Tenía la esperanza de que pudiéramos ser amigos. Mi buen sentido sabe que tu dura decisión es acertada, pero aun así echo de menos a mi buena amiga. Si alguna vez te vieras en apuros... Pero eso ya lo he dicho, y tú lo sabes. Ve en paz. Escribe bien.

Tu servidor para algunas cosas,
R.H.A.

—Se equivocó usted en lo del escándalo —dijo sir George a Roland, con una mezcla complicada de satisfacción y acusación. Roland, aunque se sabía persona apacible, sintió crecer en su interior una irritabilidad inmensa, en parte por el dolor de oír la prosa de Randolph Henry Ash a través de la voz ajada de lady Bailey y su tartamudeo, una prosa que cantaba, reconstruida, en su mente; y en parte por la frustración de no poder lanzarse a explorar aquellos papeles doblados que eran bombas de relojería.

—No lo *sabemos* mientras no lo hayamos leído todo, ¿no le parece? —replicó, conteniéndose con esfuerzo.

—Pero sería una campanada.

—No *exactamente*. La importancia es literaria...

Por la mente de Maud corrían analogías, rechazadas por demasiado inflamatorias. Era como encontrar... ¿las cartas de amor de Jane Austen?

—Es que leyendo las cartas publicadas de una escritora, leyendo su biografía, queda siempre una sensación de que falta algo, algo en lo que los biógrafos no entran, lo auténtico, lo vital, lo que realmente tenía importancia para la propia poeta. Siempre hay cartas que se destruyen. Y suelen ser las importantes. Es posible que éstas sean esas cartas, en la vida de Christabel. Él, Ash, evidentemente pensaba que lo eran. Lo dice.

—Es emocionante —dijo Joan Bailey—. Es muy emocionante.

—Debo tomar consejo —dijo sir George, suspicaz y testarudo.

—Desde luego, querido —dijo su mujer—. Pero no se te olvide que ha sido la señorita Bailey, con su inteligencia, quien ha *encontrado* tu tesoro. Y el señor Michell.

—Señor Bailey, si en algún momento considerase usted oportuno dejarme ver, dejarnos ver, la correspondencia, nosotros le podríamos decir qué es lo que hay ahí, qué importancia tiene para la investigación, si sería posible editarlas. Yo ya he visto lo suficiente para saber que mi trabajo sobre Christabel requeriría una revisión sustancial a la luz de lo que contengan esas cartas; no me agradaría seguir adelante sin tenerlas en cuenta; y lo mismo pasará con el trabajo del señor Michell sobre Ash, exactamente igual.

—Sin duda —dijo Roland—. Podría alterar toda mi argumentación.

Sir George miró del uno al otro.

—Puede ser. Puede ser. Pero ¿son ustedes *las personas más indicadas...* para confiarles esa lectura?

—Cuando sea de dominio público que existen esas cartas —dijo Roland—, todo el mundo llamará a su puerta. Todo el mundo.

Maud, que temía exactamente esa posibilidad, le lanzó una mirada inmisericorde. Pero Roland no había errado el cálculo: a sir George le alarmó la idea de una peregrinación de Leonoras Sterns, mientras que de las posibilidades de Cropper y Blackadder no era consciente.

—Ah, no, eso ni hablar.

—Nosotros las podríamos catalogar por usted. Con una descripción. Transcribir, con su permiso, algunas...

—No tan deprisa. Me asesoraré. No les puedo decir más. Es de justicia.

—Por favor —dijo Maud—, díganos, por lo menos, qué decide.

—Por supuesto que se lo diremos —dijo Joan Bailey—. Por supuesto.

Sus capaces manos amontonaron aquellas hojas secas en su regazo, ordenando,

escuadrando.

Durante el camino de vuelta, en la oscuridad, Roland y Maud se comunicaron telegráficamente: sus imaginaciones estaban enormemente ocupadas en otros parajes.

—Los dos hemos tenido el mismo instinto. Quitarle importancia. —Maud.

—Deben valer una fortuna. —Roland.

—Si Mortimer Cropper supiera que están ahí...

—Mañana estarían en Harmony City.

—Sir George tendría mucho más dinero. Podría arreglar esa casa.

—Yo no tengo ni idea de *cuánto más*. No sé nada de asuntos de dinero. Quizá deberíamos decírselo a Blackadder. Quizá deberían estar en la Biblioteca Británica. En cierto modo son patrimonio nacional.

—Son cartas de amor.

—Así parece, sí.

—Quizá a sir George le aconsejen que vea a Blackadder. O a Cropper.

—Recemos por que no sea a Cropper. Todavía no.

—Si le aconsejan que venga a la Universidad, lo mismo me lo envían a mí.

—Si le aconsejan ir a Sotheby's las cartas desaparecerán, acabarán en América o donde sea, o las conseguirá Blackadder si tenemos suerte. No sé por qué siento que eso sería un desastre. No sé por qué me siento tan *posesivo* con esos malditos papeles, si no son míos.

—Porque los hemos encontrado nosotros. Y porque... son privados.

—¡Pero tampoco queríamos que los metiera en un cajón!

—¿Cómo íbamos a quererlo, sabiendo que existen?

—¿Qué te parecería que hiciéramos... una especie de pacto? ¿Que si uno de nosotros descubre algo más, se lo diga al otro y a nadie más? Porque las cartas se refieren a los dos poetas por igual...; y habiendo posiblemente tantos otros intereses...

—Leonora...

—Si se lo dices, al día siguiente lo sabrán Cropper y Blackadder... Y me imagino que los dos tienen mucha más fuerza que ella.

—Eso es verdad. Esperemos que consulte a la Universidad de Lincoln y que me lo manden a mí.

—Me muero de curiosidad.

—Esperemos que sir George se decida pronto.

Pero hubo de pasar bastante tiempo antes de que volvieran a saber nada de las cartas ni de sir George.

CAPÍTULO VI

Su gusto, que era a un tiempo su pasión, le llevaba a salitas burguesas, cuartos oscuros, tristes, que guardaban olores de cenas ancestrales, tras un judío pulcro, pulido y sonriente, muy atento a las formas, esclavo del decoro; y allí veía acaso, entre caobas macizas, la cómoda *meublé*, la mesa indestructible —de azul añil vestida su calma sabatina, marrón descolorido las listas de algodón—, sacar una por una de cajones cerrados con tres vueltas de llave, vulgares y panzudos, varias bolsitas suaves de sedas orientales, y extender en hilera por su orden concertado, descubrir con ternura, mostrar con reverencia, una veintena larga de azulejos antiguos de Damasco, amatista su azul inmemorial: brillantes como cielos, sutiles como viva collera iridiscente de las aves de Juno. Aquietábase entonces su alma satisfecha, y saboreaba mieles, y en esas luces muertas revivía, sentía *su* vida, y daba su oro por poder verlas siempre.

R. H. ASH,

El gran coleccionista

El cuarto de baño era un rectángulo largo y estrecho de espacio bien aprovechado, coloreado en tonos de peladilla. Los accesorios eran de un rosa fuerte con toques de gris humo. El suelo era de baldosas en un violeta grisáceo, con ramitos de azucenas espectrales —el diseño era italiano— en algunas, no todas. Las mismas baldosas recubrían las paredes hasta media altura, y allí empezaba un papel de vinilo con dibujo de cachemira, un prolijo hormiguelo de formas globulares con ventosas,

octópodos, holoturias, en morado muy vivo y rosa. Había accesorios de cerámica a juego en un rosa polvoriento, un portarrollos de papel higiénico, un portaclínex, un vaso de lavar los dientes sobre una repisa que era como las enormes decoraciones labiales africanas, una venera con prístinos óvalos de jabón morado y rosa. La persiana de vinilo, de lamas fáciles de limpiar, representaba un amanecer rosáceo, con rosáceos cúmulos bulbosos. La alfombra de baño, de peluche sobre fondo de goma coriácea, era color lavándula, lo mismo que la cubierta en forma de media luna que ceñía el pie del retrete y la cubierta acolchada que revestía su tapa. Encima de eso, atento a los ruidos de la casa y en un estado intenso de concentración, estaba posado el profesor Mortimer P. Cropper. Eran las tres de la madrugada. Estaba maniobrando con un paquete grueso de papel, una linterna de goma negra y una especie de caja negra rígida y mate, del tamaño justo para apoyarla en las rodillas sin que tocara en las paredes.

No estaba en su medio ambiente. En parte estaba saboreando el picante de lo incongruente y lo prohibido. Vestía un batín largo de seda negra, con solapas rojas, sobre pijama de seda negra con vivos rojos y un monograma sobre el bolsillo del pecho. Calzaba zapatillas de terciopelo negro, bordadas en hilo de oro con una cabeza femenina rodeada de una aureola de rayos o cabellos agitados. Se las habían hecho en Londres, de encargo. La figura estaba esculpida en el pórtico de la parte más antigua de la Universidad Robert Dale Owen, el Museo Harmonia, llamado así en recuerdo de la antigua academia de Alejandría, «pajarera de las musas». Representaba a Mnemósine, Madre de las Musas, aunque ahora pocos la reconocían sin ayuda, y lo más frecuente era que la tomasen, quienes tenían un barniz de educación, por la Medusa. Aparecía también, no demasiado llamativa, en el membrete de las cartas del profesor Cropper. No aparecía en su anillo de sello, un ónice imponente con un caballo alado grabado en hueco, que en tiempos había pertenecido a Randolph Henry Ash y ahora reposaba en el lavabo rosa donde Cropper acababa de lavarse las manos.

Su cara, vista en el espejo, era fina y bien dibujada: pelo canoso exquisita y severamente recortado, medias gafas con montura de oro, boca fruncida pero fruncida a la manera americana, más generosa que la inglesa, apta para vocales más abiertas y sonidos menos ñoños. Su cuerpo era largo, delgado y atlético: caderas americanas, propias para un buen cinturón y el fantasma lejano de una pistolera.

Tiró de un cordón, y la estufa del cuarto de baño entró en acción lentamente con un chisporroteo. Presionó un interruptor de su caja negra, que también chisporroteó un poco y se iluminó por un instante. Encendió la linterna y la colocó en equilibrio sobre el lavabo, iluminando sus manipulaciones. Apagó la luz, manejando papeles e interruptores como quien tiene mucha práctica de cuarto oscuro. Del sobre, con dos dedos, sacó delicadamente una carta. Una carta vetusta, cuyos dobleces alisó hábilmente antes de introducirla en la caja, bajar la tapa, echar el cierre y pulsar el

interruptor.

Le tenía mucho cariño a su caja negra, un artilugio que había inventado y perfeccionado en los años cincuenta, y que ahora, al cabo de varios decenios de buen servicio, se resistía a abandonar por otras máquinas más nuevas o ingeniosas. Cropper era experto en hacerse invitar a las casas más insospechadas, donde pudiera haber alguna reliquia de mano de Ash; una vez allí, había llegado a la conclusión de que era imprescindible tomar algún registro de lo encontrado, en privado y para sí, por si acaso después el propietario se negaba a vender, o incluso a dejar copiar, como ya alguna vez había sucedido, con efectos muy perjudiciales para la causa de los estudios literarios. En algunos casos, sus fotografías clandestinas eran el único registro que quedaba en todo el mundo de documentos desaparecidos sin dejar huella. No creía que en esta ocasión sucediera tal cosa; esperaba, con razonable optimismo, que Daisy Wapshott accediera a desprenderse del tesoro heredado por su difunto esposo apenas supiera el monto del cheque que podía recibir a cambio: una cifra modesta, opinaba, sería más que suficiente. Pero en otros casos había habido sorpresas, y, si Daisy Wapshott se cerraba a la banda, no habría otra oportunidad. Al día siguiente Cropper estaría de regreso en su confortable hotel de Piccadilly.

Las cartas no eran gran cosa. Estaban escritas a la madre del marido de Daisy Wapshott, que al parecer se llamaba Sophia y al parecer había sido la única ahijada de Randolph Henry. Más adelante averiguaría quién era. De la señora Wapshott le había hablado un librero chismoso que él conocía, que organizaba subastas locales y le informaba de todo lo que hubiera de interés. La señora Wapshott no había llevado las cartas a subastar; había estado ayudando a servir el té; pero le había hablado al señor Biggs de lo que siempre se habían conocido como «las cartas de árboles del poeta a la abuela».

Y el señor Biggs se las había mencionado a Cropper en una posdata. Y Cropper se había pasado seis meses tentando a la señora Wapshott, con preguntas de tanteo y por último la información de que «casualmente tenía que pasar por allí». Eso no era del todo exacto. Había pasado de Piccadilly a las afueras de Preston, específica y especialmente. Y allí estaba, entre las cubiertas de peluche, con los cuatro pequeños mensajes.

Querida Sophia:

Gracias por tu carta y por tus excelentes dibujos de patos y patas. Como soy viejo y no tengo hijos ni nietos, tienes que perdonarme que te escriba como escribiría a una querida amiga que me hubiera enviado algo bonito que atesoraré. Qué bien observado está el patito cabeza abajo, tan atareado con las raíces y los gusarapos del fondo

del estanque.

Yo no sé dibujar tan bien como tú, pero creo que se debe corresponder a los regalos, así que aquí tienes una versión torcida de mi tocayo, el poderoso Fresno. Es un árbol común y mágico: no mágico como el serbal, sino porque antiguamente nuestros antepasados escandinavos creían que el fresno mantenía unido al mundo, porque sus raíces llegaban al mundo subterráneo y su copa tocaba el Cielo. Es bueno para hacer palos de lanza y posible para trepar. Sus yemas, como observó lord Tennyson, son negras.

Espero que no te moleste que te llame Sophia en vez de Sophy. Sophia quiere decir sabiduría, la Sabiduría celestial que mantenía en orden las cosas antes de que Adán y Eva hicieran la tontería de pecar en el jardín. Tú sin duda llegarás a ser muy sabia; pero ahora estás en la edad de jugar, y de deleitar con patos a tu anciano admirador,

Randolph Henry Ash

Esta efusión tenía el valor de la rareza. No había más cartas escritas a niños de cuya existencia tuviera noticia Mortimer Cropper. Ash, en general, había tenido fama de ser poco paciente con los niños. (No se sabía que hubiera aguantado a los sobrinos de su mujer, contra los cuales vivió fuertemente protegido.) Esto requeriría un pequeño ajuste. Cropper fotografió las otras cartas, que iban acompañadas de dibujos de un plátano de sombra, un cedro y un nogal, y pegó la oreja a la puerta del cuarto de baño para oír si la señora Wapshott, o su terrier gordito, andaban por la casa. En unos momentos se cercioró de que los dos roncaban, en registros diferentes. De puntillas volvió a cruzar el descansillo, produciendo una sola vez un chasquido en el linóleo, y se introdujo en el cuarto de invitados, una bombonera donde, sobre un tocador arriñonado y cubierto con cristal, con dobles faldas de satén marrón y ganchillo blanco, había depositado el reloj de faltriquera de Randolph Ash en un platillo en forma de corazón y decorado con gardenias.

Por la mañana desayunó con Daisy Wapshott, señora afable y pechugona que lucía un vestido de *crêpe-de-chine* y una rebeca rosa de angora, y que a pesar de sus protestas le sirvió una fuente enorme de huevos con jamón, champiñón y tomate, salchichas y alubias. Cropper comió tostadas triangulares, y mermelada de naranja sacada de un tarro de cristal tallado con tapa basculante y una cucharita en forma de venera. Bebió té cargado, servido de una tetera de plata bajo una cubretetera bordada en figura de gallina en su nidal. Cropper aborrecía el té. Lo que le gustaba era el café solo. Felicitó a la señora Wapshott por su té. Por las ventanas de su propia y elegante casa habría estado viendo un jardín geométrico, y más allá las salvias y los enebros

de la mesa, y los cerros que se afeaban sobre el desierto sobre un cielo despejado. Aquí lo que veía era una franja de césped, entre vallas de plástico que la separaban de franjas idénticas a uno y otro lado.

—He pasado la noche muy a gusto —dijo—. Le estoy sumamente agradecido.

—Yo me alegro de que las cartas de mi Rodney le hayan interesado, profesor. Él las heredó de su mamá. Que había venido a menos, según él. Yo no conocí a su familia. Me casé con él en la guerra. Nos conocimos en la brigada contra incendios. Yo entonces estaba sirviendo, y él era un señor, saltaba a la vista. Pero nunca tuvo inclinación al trabajo de ninguna clase, realmente. Tuvimos la tienda, de confecciones, pero a decir verdad era yo la que lo hacía todo, él no hacía más que sonreír a los clientes, como si le diera vergüenza. Nunca supe exactamente de dónde habían salido las cartas. Su mamá se las dio: dijo que él podía ser el que heredara la afición a las letras y eran cartas de un poeta famoso. Él se las enseñó una vez al párroco, que dijo que no le parecía que tuvieran mucho interés. Yo le prometí no desprenderme nunca de ellas, profesor. La verdad es que no son gran cosa, cartas a una niña sobre árboles.

—En Harmony City —dijo Mortimer Cropper—, en la Colección Stant de la Universidad, tengo la colección mayor y mejor que existe en el mundo de la correspondencia de Randolph Henry Ash. Es mi pretensión saber hasta donde sea posible todo lo que hizo, quiénes fueron importantes para él, qué pequeñas preocupaciones tenía. Estas cartitas de usted, señora Wapshott, quizá no sean gran cosa aisladamente. Pero dentro de la perspectiva total añaden lustre, añaden detalle, ponen ese toque más de vida en el hombre entero. Yo espero que usted las confíe a la Colección Stant, señora Wapshott. Allí se conservarán para siempre en las mejores condiciones: aire filtrado, temperatura controlada y acceso reservado exclusivamente a investigadores acreditados de la especialidad.

—Mi marido quería que fueran para Katy, nuestra hija. Por si ella heredaba la afición a las letras. Donde ha dormido usted es su cuarto, profesor. Ahora hace mucho tiempo que se marchó de casa, tiene un niño y una niña; pero yo le tengo su cuarto tal cual, para el día que quiera volver, si le fueran mal las cosas. Ella eso lo aprecia. Era maestra antes de tener los niños; daba clases de lengua. Y muchas veces se interesó por las cartas de árboles de la abuela. Así las hemos llamado siempre, las cartas de árboles de la abuela. Yo no puedo ni pensar en dárselas a usted sin preguntarle. Son suyas, en cierta manera..., están como en depósito, a ver si me entiende.

—Claro que debe usted consultárselo. Dígale que, por supuesto, le pagaríamos un precio muy ventajoso por esos documentos. Cuando hable con ella no deje de decírselo. Tenemos fondos muy abundantes, señora Wapshott.

—Fondos muy abundantes —repitió ella vagamente. Cropper vio que le parecía de mala educación preguntarle qué precio podía ofrecer, y eso a él le venía muy bien,

eso le daba un margen de maniobra, porque seguramente los sueños más opulentos de su modesta avaricia no llegarían a la suma que él habría pagado muy gustoso en el mercado. Pocas veces se equivocaba en estos casos. Lo más frecuente era que acertara hasta el último dólar lo que un cura de pueblo o un bibliotecario de escuela suponía que podía pedir, antes y después de pedir consejo a un profesional.

—Tengo que pensarlo —dijo la señora Wapshott, preocupada pero enganchada—. Tengo que pensar qué sería lo mejor.

—No hay prisa —la tranquilizó él, acabando la tostada y limpiándose los dedos en la servilleta de damasco—. Eso sí, si alguna otra persona se dirigiera a usted a propósito de esos documentos, le agradecería que recordase que yo me interesé primero. Entre investigadores tenemos nuestro pequeño código, pero hay quien está dispuesto a atacar por la espalda. Yo quisiera llevarme su promesa de que no hará nada con esas cartitas sin consultarme primero. Si no le parece mal. También le puedo asegurar que si me consulta no lo lamentaré.

—Ni se me ocurriría. Quiero decir, dejar de decírselo. Si apareciera alguien. Que seguro que no, porque hasta ahora, en todos estos años, no había venido nadie hasta que llegó usted, profesor.

Había vecinos asomados a las ventanas cuando puso en marcha el coche delante de la casita. Era un Mercedes largo y negro, como los que suelen llevar a los dignatarios en los países del Telón de Acero, un coche fúnebre y veloz. Cropper sabía que en Inglaterra resultaba exagerado, a diferencia de su americana de tweed. Pero le daba igual. Era bonito y potente, y Cropper tenía un lado ostentoso.

Mientras se deslizaba por la autopista pensó en las escalas siguientes. Había una venta en Sotheby's, con un álbum de autógrafos que contenía una cuarteta de Ash y su firma. También tenía que dedicar unos días al Museo Británico. Contrajo la cara con desagrado al pensar en James Blackadder. También —otra cosa que le producía más fastidio que placer— tenía que invitar a almorzar a Beatrice. Si había algo en el mundo que lamentaba especialmente era el embargo de Beatrice, sus derechos semiexclusivos sobre el Diario de Ellen Ash. Si él y su equipo de ayudantes de investigación hubieran tenido el acceso debido a ese texto, en buena parte estaría ya impreso, anotado, indiciado, listo para proporcionar referencias cruzadas e iluminar sus propios hallazgos. Pero Beatrice, con lo que para Cropper era un estreñimiento y un diletantismo genuinamente ingleses, seguía allí sentada barajando y *rumiando* hechos y significados, sin llegar a nada y al parecer tan a gusto, como la oveja obstructiva de *Alicia al otro lado del espejo*. Cropper tenía un cuaderno entero de dudas para aclarar, cuando pudiera, cuando Beatrice le diera acceso. Cada vez que cruzaba el Atlántico llevaba un cuaderno así. Estaba firmemente convencido —con una convicción que ni cuestionaba intelectualmente ni experimentaba de otro modo que como una carencia sensual, una conciencia de faltarle algo para su bienestar

esencial— de que los papeles de Ellen Ash deberían estar en la Colección Stant.

De vez en cuando acariciaba la idea de escribir una autobiografía. También había pensado escribir una historia familiar. La historia, la escritura, al cabo de un tiempo infectan la idea que un hombre tiene de sí mismo; y era natural que Mortimer Cropper, documentando fluidamente hasta el último componente de la vida de Randolph Henry Ash, sus entradas y sus salidas, sus invitaciones a cenar, sus excursiones, su excesivo afecto a los criados, su antipatía a figurar como personaje social, hubiera quizá sentido en ocasiones, en las mejores ocasiones, que su propia identidad era algo desustanciado, diluido en tanto escribir y anotar. Era un hombre importante. Ejercía poder: poder de contratar, poder de despedir, poder del talonario, poder de Tot y acceso mercurial a los Arcanos de la Colección Stant. Cuidaba su cuerpo, su hombre exterior, con una escrupulosidad que habría dedicado igualmente al hombre interior de haber sabido quién era, de no haber tenido la sensación de que todo estaba oculto por un tupido velo. Sólo pensaba en esto intermitentemente, cuando, como ahora, iba encerrado en una soledad negra y lisa en movimiento.

MIS PRIMEROS AÑOS

Supe lo que iba a ser desde una fase de mi desarrollo muy temprana, en el Gabinete de los Tesoros de la bella casa de mis padres en Chixauga, Nuevo México: no lejos del hermoso emplazamiento actual de la Universidad Robert Dale Owen.

Everblest House está llena de cosas hermosas y extrañas reunidas por mi abuelo y mi bisabuelo, todas ellas piezas de museo de primerísima calidad, a pesar de haber sido cosechadas sin otro principio rector que el de la rareza, o el interés de una relación particular con un gran personaje del pasado. Teníamos un excelente atril de música de madera de caoba, que había sido hecho para Jefferson siguiendo sus ingeniosas instrucciones mecánicas en cuanto a bisagras y ejes de inclinación. Teníamos un busto (de Wieland) que había pertenecido al jovial diarista y amigo de muchos grandes hombres Crabb Robinson, quien lo había rescatado personalmente, con ojo entendido, del abandono de un desván. Teníamos un teodolito usado por Swedenborg y un libro de himnos de Charles Wesley, así como un azadón de nuevo e ingenioso diseño que había utilizado Robert Owen en sus primeros tiempos de New Harmony. Teníamos un reloj de sonería, regalo de Lafayette a Benjamín Franklin, y un bastón

de Honorato de Balzac, engastado de piedras preciosas con suntuosidad pero escaso gusto. Mi abuelo solía aquella ostentación de nuevo rico con la sincera dignidad y sencillez del azadón de Owen. Por hallarse el azadón en prístino estado, no es seguro que fuera un objeto de tanta utilidad como imaginaba mi abuelo, pero el sentimiento le honra de todos modos. Teníamos también muchos *objets de vertu*, entre ellos buenas colecciones de porcelana de Sèvres, *pâte tendre*, cristal veneciano y azulejos orientales. La mayoría de estas piezas — los objetos europeos— las reunió mi abuelo, paciente buscador de minucias y peregrino por cuatro continentes, que siempre volvía con nuevos tesoros a la casa blanca que refulgía frente a la mesa. Las altas vitrinas del Gabinete de los Tesoros las había diseñado él, combinando armoniosamente la sencillez de los primitivos muebles utilitarios de aquellos colonos idealistas de los que descendía y el estilo hispánico, tosco pero poderoso, de las gentes entre las cuales habían intentado construir.

Mi padre, que sufría de lo que ahora llamaríamos períodos de depresión clínica —que de hecho le impidieron ejercer una profesión, a pesar de haberse graduado *summa cum laude* en Teología por Harvard—, se distraía de vez en cuando dejándome examinar aquellos tesoros, a cuya catalogación consagraba sus días de mayor lucidez, no muy eficazmente, pues nunca llegó a establecer un principio rector para su ordenación. (La mera cronología, de fabricación o adquisición, habría sido lo más sencillo, pero su modo de pensar no tendía a la sencillez.) «Mira, Morty, hijo mío», me decía, «esto es tener la Historia en la mano.» A mí me atraía especialmente la colección de retratos, dibujos o fotografías firmadas, de figuras eminentes del siglo XIX —dibujos de Richmond y Watts, fotografías de Julia Margaret Cameron—, en su mayoría recibidos como obsequio o solicitados por mi bisabuela, Priscilla Penn Cropper. Esos magníficos retratos —que componen una colección que, a mi juicio, no tiene rival en todo el mundo— forman ahora el núcleo de la sección de retratos de la Colección Stant de la Universidad Robert Dale Owen, cuyo patronato tengo el honor de presidir. En aquellos tiempos eran los compañeros de mi infancia, y mi imaginación vivificaba sus facciones solemnes y las hacía sonreír bondadosamente. Me subyugaban los ásperos rasgos de Carlyle, me hechizaba la dulzura de Elizabeth Gaskell; me sobrecogía la solemne fuerza de pensamiento de George Eliot, y la beatitud ultramundana de Emerson aligeraba mi espíritu. Yo

era un niño delicado, educado básicamente en casa por mi querida niñera, mi institutriz y más tarde un preceptor, formado en Harvard, que le fue recomendado a mi padre como poeta que con esa ocupación gozaría de respaldo seguro para escribir una gran obra. Se llamaba Hollingdale, Arthur Hollingdale; muy pronto afirmó discernir un talento literario considerable en mis composiciones adolescentes, y por ello me alentó a orientar mi mente en esa dirección. Trató de interesarme en la literatura moderna —recuerdo que era entusiasta de Ezra Pound—, pero mis gustos y aptitudes estaban ya formados, era el pasado lo que me apasionaba. No creo que el señor Hollingdale llegara a escribir su gran obra. La soledad de nuestro desierto no era de su gusto; se aficionó poéticamente al tequila, y al cabo se marchó, sin gran pesar por ninguna de las partes.

Entre las posesiones de la familia había una carta —una carta muy significativa— dirigida por Randolph Henry Ash a mi bisabuela, Priscilla Penn Cropper, de soltera Priscilla Penn. Esta antepasada era una mujer de personalidad muy acusada, y por así decirlo *excéntrica*; oriunda de Maine, hija de abolicionistas fervientes, que habían acogido a esclavos fugitivos y participado en aquella fermentación de Nuevas ideas y modos de vida que había por entonces en los Estados de Nueva Inglaterra. Mi bisabuela fue una oradora elocuente en favor de la Emancipación de la Mujer, y colaboró también, como era corriente en aquellas valientes luchadoras por los derechos humanos, en otros movimientos. Creía firmemente en la terapia mesmérica, de la cual afirmaba haber obtenido grandes beneficios, y estuvo también muy inmersa en los experimentos espiritistas de entonces, que tanto florecieron en los Estados Unidos después de que las hermanas Fox oyeran sus primeros «toques»; recibió al visionario Andrew Wilson, autor del *Univercoelum* o Clave del Universo, que estando en su casa (entonces en Nueva York) conversó con los espíritus de Swedenborg, Descartes y Bacon. Debo quizá añadir que, aunque ella no negaba un parentesco con los Penn de Pennsylvania, los cuáqueros, mis propias indagaciones no revelan que hubiera un nexo cierto. Mi bisabuela pasó a la historia, acaso injustamente si se piensa en su versatilidad y su inventiva, como la creadora de los Polvos Regeneradores de Priscilla Penn, una composición registrada que yo creo honradamente que no mató a nadie, y que puede haber salvado al menos algunas vidas de entre los miles que mi antepasada contaba, aunque sólo fuera en virtud de un efecto de *placebo*. Los Polvos, inteligentemente

comercializados, hicieron la fortuna de Priscilla, y con la fortuna de Priscilla se levantó Everblest House. Everblest House constituye una sorpresa no pequeña para los forasteros que la visitan, por ser una réplica exacta de una mansión paladiana de Mississippi, perdida durante la Guerra entre los Estados por mi tatarabuelo paterno, Mortimer D. Cropper. Fue su hijo, Sharman M. Cropper, el que en aquellos tiempos revueltos marchó al norte a ganarse la vida, y, según reza la leyenda familiar, quedó transido por la vista de mi bisabuela dirigiendo la palabra a una asamblea al aire libre sobre los principios fourieristas de Harmony y el deber de luchar por la libertad de la pasión y del placer. Si a impulsos de la pasión o del oportunismo no lo sé, pero el caso es que él se incorporó al número de sus seguidores, y así fue como en 1868 llegó a Nuevo México, con un grupo que pretendía fundar un falansterio. Algunos habían pertenecido anteriormente a lo que ahora llamaríamos grupos escindidos de las comunidades modelo y poblados rectangulares fundados sin éxito por Robert Owen y su hijo, Robert Dale Owen, autor de *La tierra discutible entre este mundo y el siguiente*.

El proyecto de falansterio, menos austero que los poblados de Owen, fracasó porque nunca se alcanzó el número mágico de 1.620 habitantes que habían de presentar todas las variantes posibles de todas las pasiones posibles de uno y otro sexo, y también porque entre los entusiastas no había ninguno práctico en agricultura ni conocedor de las condiciones del desierto. Mi bisabuelo, un caballero sureño, también empresario a su manera, cuando vio la ocasión propicia le propuso a mi bisabuela una reconstrucción del Paraíso de su juventud perdida de conformidad con los principios racionales y armónicos del modo de vida de ella: basar la felicidad de ambos en los placeres alcanzables de la vida de familia (con criados, aunque por supuesto sin esclavos), sin añoranzas de aquel entusiasta amor de grupo que se había demostrado tan divisivo y tan inmanejable. Así pues, los rendimientos de los Polvos Regeneradores se aplicaron a erigir la bella casa que todavía habitamos mi madre y yo, y mi bisabuelo se dedicó a sus colecciones.

Son muchos los retratos que se conservan de Priscilla Penn Cropper; fue, evidentemente, una persona de notable belleza y amplios encantos. Durante las décadas de 1860 y 1870 su casa fue un centro de estudios espiritistas, en los cuales, con su habitual entusiasmo, trató

de involucrar a los hombres pensantes de todo el orbe civilizado. Una de esas tentativas debió ser lo que motivó la carta de Randolph Henry Ash que por alguna razón misteriosa tanto me impresionó y suscitó el interés absorbente de mi vida. Pese a las más diligentes indagaciones, no he podido nunca dar con la carta que ella debió escribirle, y tengo el constante temor de que ella misma la destruyera. No sé por qué, de los muchos tesoros que había en nuestra posesión, fue aquél el que más me emocionó. Los caminos de Dios son misteriosos: puede ser, incluso, que el desaire de Randolph Henry al interés de mi antepasada engendrara en mí el deseo de demostrar que, en el fondo, éramos dignos de entenderle, y, por decirlo así, de agasajarle. Lo que es cierto es que, la primera vez que mi padre puso en mis manos aquellas hojas manuscritas, conservadas en papel de seda, por ver si yo era capaz de descifrarlas, sentí algo semejante a la emoción del recio Cortés de Keats, silencioso en su cumbre de Darién^[7]. Y una vez que toqué la carta, sentí, dicho en palabras de Tennyson, que el muerto me había tocado desde el pasado: he hecho mi vida entre «Esas hojas caídas que guardan su verdor, las nobles cartas de los muertos».

Nuestro Gabinete de los Tesoros tiene un ingenioso lucernario con una cúpula diáfana de vidrio liso, no multicolor, que puede ser sombreada con medias persianas o cerrarse totalmente mediante el giro de una manivela. Aquel día, cosa desacostumbrada, mi padre había abierto no sólo los postigos sino también las persianas verdes que dejan pasar lentamente una luz tamizada e inofensiva, de modo que la sala estaba llena de sol. En aquella soleada quietud se concibió el germen de la idea que daría origen a la Colección Stant que adorna el Museo Harmonia de la Universidad Robert Dale Owen, de la cual mi antepasado Sharman Cropper fue ilustre cofundador, y a la cual los Polvos Regeneradores aportaron su óbolo fertilizante.

Doy el texto íntegro de la carta enviada a mi bisabuela. Ahora se encuentra en el lugar que le corresponde dentro del Volumen IX de mi edición de las Cartas Completas (núm. 1.207, pág. 883), y un extracto aparece en las notas a *Momia poseída*, el poema espiritista de RHA, en la edición de las Obras Completas, que va avanzando con pasos seguros, aunque lamentablemente lentos para los entusiastas, bajo la dirección editorial general de James Blackadder, de la Universidad de Londres. Yo no acepto la identificación que hace el profesor Blackadder de mi antepasada con la

señora Eckleburg, el personaje burdamente crédulo de ese poema. Hay demasiadas disparidades notorias, que yo he detallado en mi artículo sobre el tema «Un caso de identificación errónea» (*PMLA*, LXXI, invierno de 1959, págs. 174-180), al cual remito al lector interesado.

Estimada señora Cropper:

Le agradezco que me haya comunicado su experiencia con la *planchette*. Hizo usted bien en suponer que cualquier cosa emanada de la pluma de Samuel Taylor Coleridge podía suscitar mi interés. Pero también suscita en mí, se lo digo sin ambages, una considerable repugnancia imaginar a ese lúcido espíritu, cumplido ya su doloroso tránsito por esta vida terrenal fatigosa y opresiva, viéndose forzado a levantar mesas de caoba, o a flotar parcialmente materializado por salones alumbrados por el fuego de la chimenea, o a aplicar su Inteligencia liberada a garrapatear tonterías tan penosas e inanes cómo las que usted me envía. ¿No debería estar ahora en paz, nutriéndose de ambrosía y gustando la leche del Paraíso?

No bromeo, señora mía. He asistido a intentos de exhibición de esa clase de manifestaciones que usted cita —*nihil humanum a me alienum puto*, puedo decir, como deberían decir todos los de mi profesión—, y creo que la explicación más probable es una combinación de pura superchería y una especie de histeria colectiva, un miasma o una neblina de ansiedad espiritual y agitación febril, que invade a nuestra buena sociedad y cosquillea en nuestras conversaciones a la hora del té. Un temperamento especulativo podría encontrar la causa de ese miasma en el creciente materialismo de nuestra sociedad, y en el riguroso examen crítico —que es a la vez natural e inevitable, en el presente estado de nuestro Desarrollo intelectual— de nuestras narraciones histórico-religiosas. En efecto, todo es incertidumbre en esa esfera, y el historiador y el científico por igual abren brecha en nuestra fe sencilla. Aun suponiendo que el resultado final de nuestras arduas inquisiciones sea el fortalecimiento de esa fe, a ese resultado no se llegará sin trabajo, como es lógico, ni acaso se llegue en nuestra generación. Decir esto no es afirmar que las panaceas que se ofrecen para satisfacer una molesta hambre pública de certidumbre o solidez sean ni terapéuticas ni bien fundadas.

Podría decirse que el historiador y el científico por igual se comunican con los muertos. Cuvier ha infundido carne, movimiento y apetitos al difunto megaterio, y los oídos vivos de los señores Michelet

y Renán, del señor Carlyle y los hermanos Grimm, han escuchado los clamores exangües de los desaparecidos y les han dado voz. Yo mismo, ayudado por la imaginación, he trabajado un poco en esa línea, he hecho de ventrílocuo, he prestado mi voz a esas voces pretéritas, y mezclado mi vida con esas vidas pretéritas, cuya resurrección en nuestras propias vidas como advertencia, como ejemplo, como la vida del pasado *persistente en nosotros*, incumbe a todo hombre y toda mujer que piense. Pero hay maneras y maneras, como usted no ignora, y unas están probadas y verificadas, y otras están cargadas de peligro y desengaño. Lo que se lee y se comprende, se contempla y se capta intelectualmente, pasa a ser nuestro, señora, para con ello vivir y trabajar. Toda una vida de estudio no alcanza a procurarnos más allá de un fragmento de nuestro pasado ancestral, cuanto menos de los eones que precedieron a la formación de nuestra especie. Pero ese fragmento hemos de *apropiárnoslo* plenamente y transmitirlo. *Hoc opus, hic labor est*. No existe, me veo tentado a afirmar, camino fácil ni atajo corto: pretender encontrarlos es hacer como la ignorancia de Bunyan, que encontró un sendero al Infierno junto a las mismas puertas de la Ciudad del Cielo.

Piense usted en lo que hace, señora, al intentar abordarlos, a los estimados y terribles muertos, *directamente*. En todo este tiempo, ¿qué sabiduría han impartido? Que la abuelita se ha dejado el broche nuevo en el reloj de pared, o que una tía vetusta anda molesta, más allá de la vida, por la imposición de un ataúd de recién nacido sobre el suyo en el panteón familiar. O, como su S.T.C. le asegura solemnemente, que hay en el Más Allá «dicha eterna para cualesquiera la merece y un tiempo de corrección para cualesquiera no». (Él, que jamás equivocó un pronombre en siete idiomas.) No hace falta, señora, que salga de la tumba ningún fantasma para decirnos eso.

Que pueda haber espíritus errantes, se lo concedo: pompas de la tierra, exhalaciones, criaturas del aire, que ocasionalmente, camino de sus ocupaciones invisibles, se crucen en nuestras corrientes habituales de percepción. De que en algunos lugares terribles habita una reminiscencia torturada en alguna forma mental, hay ciertas evidencias. Existen, qué duda cabe, más cosas en el cielo y en la tierra que las que sueña nuestra filosofía. Pero yo creo que si se descubren no será a través de toques ni golpecillos ni manejos palpables ni el señor Home flotando alrededor de la lámpara con los

brazos tiesos, ni a través de los garabatos de su *planchette*, sino a través de la larga y paciente contemplación de las intrincadas operaciones de mentes muertas y organismos vivos, a través de la sabiduría que mira al antes y al después, a través del microscopio y el espectroscopio y no a través de la interrogación de aparecidos y espectros obsesionados por lo terrenal. Yo he conocido a un alma buena y mente clara a quien esos manejos trastornaron totalmente, y no para buen fin, antes para malo.

Le he escrito tan largamente porque no quiero que piense que respondo a su amabilidad a la ligera o con ánimo de irreflexiva denigración belicosa, como algunos podrían decir. Es verdad que tengo convicciones profundas, y una cierta dosis de experiencia personal al respecto, que me impiden recibir su comunicación —su comunicación *espiritual*— con gran interés o placer. Debo pedirle que no me envíe más escritos de esa índole. Pero por *usted*, y por su búsqueda desinteresada de la verdad, claro es que siento un gran respeto y admiración. Su combate en favor de su sexo es noble, y antes o después ha de verse coronado por el éxito. Espero más noticias sobre eso en el futuro, y le ruego que me considere

Su sincero servidor

R. H. Ash

La transcripción de esta carta marcaba siempre, en los apuntes autobiográficos de Mortimer Cropper, una cima a partir de la cual se despeñaban rápidamente en recuerdos banales de la infancia o mera catalogación escolástica de sus subsiguientes relaciones con Randolph Henry Ash: casi, pensaba a veces, como si no hubiera tenido existencia propia, separada, desde aquel primer contacto con el crujido eléctrico del papel y las enérgicas lazadas negras de la tinta. Era como si sus manuscritos inacabados estuvieran impulsados por el deseo de llegar a la inclusión de la carta, la lectura de la carta, el punto de reconocimiento, y pasado eso perdieran el impulso y la tensión, y con un temblor se parasen. Había una frase que a menudo añadía, sin saber muy bien por qué, sobre el engarce de este recuerdo temprano con el olor ancestral del excelente pout-pourrí que su abuela había importado a aquel desierto, de pétalos de rosa y aceites esenciales refrescantes, sándalo y almizcle. Era consciente también, sin querer de ningún modo examinar esa conciencia, de que su desgana o incapacidad para seguir escribiendo en la misma tónica tenía que ver con algo que le prohibía escribir sobre su madre, con quien compartía su vida doméstica en los Estados Unidos, y a quien desde el extranjero dirigía cartas largas y cariñosas todos los días.

Todos tenemos cosas en la vida que conocemos de ese modo alusivo, breve y conveniente, y en las que deliberadamente no queremos ahondar. La señora Cropper vivía en el desierto y lo hacía verdear y florecer a fuerza de voluntad y de dinero. Cuando soñaba con ella, el profesor Cropper perdía siempre el sentido de la proporción: su madre llenaba el espacioso vestíbulo de entrada, o se alzaba, enorme y severa, en medio de la pradera. Esperaba mucho de él, y él no la había decepcionado, pero temía decepcionarla.

Razonablemente satisfecho llegó al Barrett's Hotel, que había elegido en parte por sus comodidades, pero sobre todo porque en él se habían alojado antiguamente algunos escritores norteamericanos cuando iban a visitar a Ash. Allí le estaban esperando una pila de cartas, entre ellas una de su madre, y una nota de Blackadder diciendo que no veía razón para enmendar su nota a *Ask a Embla III* a la luz de los descubrimientos de Cropper sobre el paisaje islandés. Había también un catálogo de Christie's, que en una subasta de objetos de la época victoriana incluía un alfiletero que según la tradición había pertenecido a Ellen Ash, y una sortija, propiedad en otro tiempo de una viuda norteamericana residente en Venecia, de la que se afirmaba que contenía en su cavidad de cristal unos cuantos pelos de Ash. La Colección Stant tenía varias muestras consecutivas de aquella gran melena, en su oscuridad desvaída, su canosa mezcla posterior y su plata final *post-mortem*, ahora la más brillante, la más permanente. El Museo Ash de la casa de Ash en Bloomsbury pujaría, quizá; Cropper pujaría sin duda, y el alfiletero y el mechón irían a ocupar un lugar de honor en la sala de cristales hexagonal que formaba el centro de la Colección Stant, donde se iban acumulando las reliquias de Ash y de su esposa, familia y conocidos, envueltas en un aire quieto y regulado. Cropper se sentó a leer sus cartas en el bar, en un sillón alto de cuero junto a un fuego muy vivo, y durante breves instantes tuvo una visión de su templo blanco brillante bajo el sol del desierto, un recinto de patios frescos, altas escaleras y una especie de panal cristalino de celdas silenciosas, cubículos radiales y salas de depósito y de estudio enlazadas en sentido vertical, dorados marcos refulgentes que encerraban pilares y pozos de luz, y dentro de éstos, encapsulados en doradas lanzaderas, eruditos que subían y bajaban, resueltos y callados.

Cuando hubiera hecho sus compras, pensó, llevaría a almorzar a Beatrice Nest. Vería también, suponía, a Blackadder. Había contado con que Blackadder dijera algo despectivo sobre sus observaciones en Islandia. Blackadder, según sus noticias, llevaba muchos años sin salir de las Islas Británicas, salvo para asistir a encuentros internacionales sobre poesía victoriana, todos los cuales se celebraban en seminarios idénticos, a los que se llegaba en coche desde hoteles idénticos. Él, en cambio, había

empezado muy pronto a seguir las andanzas de Randolph Ash: no por su orden, sino según fue surgiendo la ocasión, de suerte que su primera expedición había sido a los páramos y la costa del North Yorkshire, por donde Ash había hecho un recorrido solitario a pie, combinado con la recolección de muestras de biología marina, en 1859. Cropper había repetido el mismo recorrido en 1949, buscando las tabernas y las formaciones rocosas, las calzadas romanas y los perlados arroyos, alojándose en la bahía de Robin Hood y bebiendo una desagradable cerveza caliente, comiendo guisos indescriptibles de pescuezo de cordero y menudillos salteados que le daban náuseas. Después había seguido los pasos de Ash en Amsterdam y La Haya, y recorrido los mismos caminos que él en Islandia, en contemplación de géiseres, de círculos de lodo humeante y de aquellos dos poemas inspirados en la literatura islandesa, el *Ragnarök*, la epopeya de la duda y la desesperación victoriana, y la secuencia de poemas *Ask a Embla*, las misteriosas poesías de amor publicadas en 1872 pero sin duda escritas mucho antes, posiblemente incluso cuando Ash cortejaba a Ellen Best, hija del deán de Calverley, a la que había amado durante quince años antes de que ella, o su familia, accedieran al matrimonio, que había tenido lugar en 1848. Ciertamente era típico del paso de tortuga de Blackadder con la Edición que hasta ahora no se hubiera planteado las observaciones que Mortimer Cropper hiciera en Islandia en los años sesenta. Cropper había publicado su biografía —*El gran ventrílocuo*— en 1969, tomando el título de uno de los monólogos irónicos de autorrevelación o autoparodia del propio Ash. Antes había hecho todos los viajes importantes del poeta: había visitado Venecia, Nápoles, los Alpes, la Selva Negra y la costa de Bretaña. Una de sus últimas expediciones había sido la reconstrucción del viaje de novios de Randolph y Ellen Ash en el verano de 1848. Habían cruzado el Canal con temporal en un paquebote, y continuado hasta París en coche de caballos (Cropper había hecho la misma ruta en automóvil), tomando después el tren de París a Lyon, y bajando en barco por el Ródano hasta Aix-en-Provence. Durante todo el viaje les había llovido a cántaros. Cropper, siempre inventivo, negoció un pasaje en un mercante que transportaba maderas y olía a resina y aceite, y tuvo suerte con el tiempo: un sol brillante sobre el agua amarilla, que le tostó la piel de los largos y nervudos antebrazos. En Aix se había instalado en el mismo hotel que los Ash y había hecho las mismas excursiones que ellos, que culminaron en una visita a la Fuente de Vaucluse, donde el poeta Petrarca pasara dieciséis años en soledad, contemplando su amor ideal por Laura de Sade. Los rendimientos de aquel viaje podían verse en la descripción que hacía Cropper de la Fuente en *El gran ventrílocuo*.

Así pues, un claro día del mes de junio de 1848, el poeta recién casado y su esposa marcharon por la umbrosa orilla del río hasta la caverna que cobija el manantial de la Sorgue: vista terrible y sublime que haría

las delicias del viajero más romántico, y tanto más impresionante cuando unida al recuerdo del gran amor cortesano Petrarca, que allí pasó los días de su devoción y el horror de saber que su señora había perecido víctima de la peste.

Ahora las orillas del río son un lodo resbaladizo por el mucho trasiego, y el viajero del norte avanza despacio hacia su meta entre multitudes de turistas, ruidosos perros franceses, niños con piraguas y vendedores de algodón dulce, solicitado por *souvenirs* espantosos y objetos «de artesanía» hechos en serie. El río ha sido domeñado con esclusas y colectores, aunque la guía nos dice que puede subir de nivel inundando toda la caverna y la comarca circundante. El peregrino literario no debe desanimarse: su recompensa será una visión de aguas verdes y ceñudas peñas, que por su propia naturaleza ha podido cambiar muy poco desde que nuestros viajeros fueron a verla.

El agua sube muy deprisa en el interior de la caverna, alimentada por un río subterráneo de bastante fuerza y por la confluencia de las aguas de lluvia recogidas en la meseta de Vaucluse y en las laderas pedregosas del Mont Ventoux, el Monte Ventoso de Petrarca, como escribió Randolph en una carta. A la vista de esta corriente majestuosa debió pensar en el río sagrado de Coleridge, y acaso en la Fuente de las Musas, dada la asociación con Petrarca, un poeta por el que sentía gran admiración y cuyos sonetos a Laura se cree que influyeron en los poemas a Embla. Ante la caverna, circundada de higueras y raíces fantásticas, varias peñas blancas se alzan sobre la superficie de la veloz corriente, que va a perderse en una alfombra flotante de algas verdes que podría haber sido pintada por un Millais o un Holman Hunt. Ellen comentó la belleza de aquellas «chiare, fresche e dolci acque». Randolph, con gesto encantador, tomó en brazos a su nueva esposa y la llevó por el agua para depositarla, cual sirena presidente o diosa acuática, sobre una peña blanca a manera de trono que dividía la corriente. La imaginamos allí sentada, sonriendo tímidamente bajo su sombrero y recogiendo las faldas para no mojarlas, mientras Randolph contemplaba su posesión, tan diferente de la de Petrarca, de la dama a la que había adorado de lejos, a despecho de tantos obstáculos y dificultades, durante un tiempo casi tan largo como aquellos dieciséis años de devoción sin esperanza que el poeta anterior viviera en aquel mismo lugar.

Ash sostuvo siempre, a diferencia de muchos de sus contemporáneos, señaladamente el profesor Gabriele Rossetti, padre del poeta, que la Laura de Petrarca y la Beatriz de Dante, lo mismo que Fiammetta, Selvaggia y otros objetos del amor platónico cortesano, fueron mujeres de carne y hueso, castas pero realmente amadas mientras vivieron, y no alegorías de la política italiana ni del gobierno de la Iglesia, ni siquiera de las almas de sus creadores. Petrarca vio a Laura de Sade en Aviñón en 1327 y al punto se enamoró de ella, y la amó con constancia, aunque ella era fiel a Hugo de Sade. Ash escribió a Ruskin, indignado, que era no comprender la imaginación poética y la naturaleza del amor suponer que pudiera ser así abstraído en alegorías, que pudiera brotar de otra cosa que «el calor humano de un alma concreta encarnada, con toda su pureza y su vitalidad mortal». Su propia poesía, añadía, empezaba y acababa en «esas verdades encarnadas, esas vidas únicas e irrepetidas».

Dada esa simpatía por la adoración petrarquiana, no es sorprendente que Ash se plegara con tanta abnegación a lo que podríamos llamar los escrúpulos cristianos o los caprichos de Ellen Best y de su padre. En los primeros tiempos de su relación, Ellen era una muchacha devota y de altas miras, dotada de una belleza frágil y delicada, si hemos de creer a su familia y al propio Ash. Como yo he demostrado, las reservas del deán en cuanto a la capacidad de Ash para mantener a una esposa no carecían de fundamento, y se veían corroboradas por las reservas religiosas y muy reales de la propia Ellen sobre las tendencias dudosas del *Ragnarök*. Las cartas del noviazgo que han llegado hasta nosotros —lamentablemente muy pocas, sin duda como consecuencia de las officiosas intervenciones de la hermana de Ellen, Patience, tras la muerte de aquélla— indican que Ellen ni coqueteaba con él ni estaba tampoco profundamente enamorada. Pero cuando aceptó a Randolph por esposo se encontraba ya en la difícil posición de ver que sus hermanas más jóvenes, Patience y Faith, habían hecho bodas ventajosas y felices, mientras que ella permanecía soltera.

Todo esto plantea la cuestión de cuáles podían ser los sentimientos del ardiente poeta-amador, ya con treinta y cuatro años, hacia su inocente prometida, que ya no era ninguna niña, sino una mujer madura de treinta y seis años, muy encariñada con sus sobrinos. ¿Era la inocencia de él tan grande como la de ella? ¿Cómo había

soportado, se pregunta con suspicacia la mentalidad del siglo xx, las privaciones de su larga espera? Es bien sabida la duplicidad con que muchos victorianos eminentes acudían en busca de desahogo a las llamativas criaturas del submundo victoriano, las tentadoras pintadas y procaces que tanto alborotaban en Piccadilly Circus, las costureras extraviadas, las floristas y las Mujeres Caídas que morían bajo los soportales, que pedían limosna a Mayhew o, si tenían suerte, eran rescatadas por Angela Burdett-Coutts y Charles Dickens. La poesía de Ash, para lo que suele ser la poesía victoriana, manifiesta un cumplido conocimiento de las costumbres sexuales, como de la sensualidad en general. Sus nobles renacentistas son convincentemente carnales, su Rubens es un *connaisseur* de la forma humana sólida, la voz de los poemas de *Embla* es un amante real además de ideal. ¿Podía un hombre así contentarse con un deseo puramente platónico? La recatada delicadeza de Ellen Best, un poco pasada su flor, ¿escondía un ardor de respuesta insospechado? Tal vez. No hay constancia de que Randolph tuviera aventuras juveniles, y menos aún tardías: fue siempre, que sepamos, el *preux chevalier*. ¿Qué veían el uno en el otro, solos y absortos, cuando él tomó en sus manos el talle bien formado de Ellen y la elevó a su trono de piedra? ¿Venían de una noche de dicha? Ellen escribió a su familia que su marido era «exquisitamente considerado en todo», palabras que se prestan a cualquier interpretación.

Hay otra explicación, a la cual yo personalmente me inclino. Depende de dos fuerzas poderosas y hoy día por igual pasadas de moda, la idealización de los poetas cortesanos, a la que ya hemos aludido, y la teoría de la sublimación desarrollada por Sigmund Freud. Dicho llanamente, Randolph Henry Ash escribió, durante sus años de noviazgo: 28.369 versos, que incluyen una epopeya en doce libros, treinta y cinco monólogos dramáticos que abarcan la Historia desde sus orígenes más oscuros hasta las modernas controversias teológicas y geológicas, ciento veinticinco poesías líricas y tres dramas en verso, *Cromwell*, *La noche de San Bartolomé* y *Casandra*, estrenados sin éxito en Drury Lane. Trabajaba con ahínco, hasta altas horas de la noche. Era feliz porque veía a su Ellen como un manantial de pureza, una visión de gracia virginal, que respiraba un aire infinitamente más refinado que los escenarios ensangrentados y apestados de su imaginación, los lechos revueltos de los Borgias o el «lodo sulfuroso de la tierra extinta» en *Ragnarök*. No le turbaba la

impresión de ser menos hombre por aquella casta espera, aquella activa soledad. Trabajaría, la ganaría: y así fue. Si poemas posteriores, como «La fuente sellada» o «Una dama en pintura», con su imagen de la belleza fijada para siempre sobre el lienzo y desvanecida en el rostro, si esos poemas posteriores sugieren que Randolph llegó más tarde a valorar el coste de su largo aprendizaje del amor, ello no invalida mi tesis. Tampoco pueden ayudarnos esos poemas a adivinar lo que sentían los recién casados aquel día de sol, ante la cueva oscura de la Fuente de Vaocluse.

Mortimer Cropper subió a su agradable suite y releyó sus cartas fotografiadas. Telefoneó a Beatrice Nest. La voz de Beatrice tenía una grosura lanosa; vaciló, como hacía siempre, aduciendo una nube de lentas semiobjeciones, y al fin accedió, como hacía siempre. Cropper había aprendido que con ella la adulación no daba buenos resultados, pero la culpabilización sí.

«Tengo un par de consultas muy concretas que sólo usted me podría aclarar... Lo he reservado especialmente para usted... cualquier otro momento me vendría muy mal, pero claro está que lo cambiaría en atención a usted... Querida Beatrice, si no le es posible, yo *haría* otros planes, no quiero en absoluto entorpecer sus quehaceres...» La cosa llevó largo rato. Gratuitamente, puesto que la conclusión estaba cantada.

Mortimer Cropper abrió su maletín; guardó las cartas de Randolph Ash a su ahijada, o mejor dicho sus imágenes robadas, y sacó aquellas otras fotografías de las que tenía una colección extensa y variada: en la medida en que podía darse variación, en carnaciones, tonos, ángulos o pormenores vistos de cerca, de una actividad, de una obsesión, tan esencialmente simple. También él tenía sus maneras de sublimar.

CAPÍTULO VII

Para un martirio de hombre
vale cualquier lugar:
el camino del monte,
las gradas del altar.

Lo nuestro no es violento,
lo nuestro no es airado:
es una vida larga
en un cuarto cerrado.

CHRISTABEL LAMOTTE

Si alguien pensaba en Beatrice Nest —lo que no les sucedía a muchos, ni muy a menudo—, era su presencia externa, no su vida interior, lo que retenía la imaginación. Era indisputablemente sólida, y a pesar de ello amorfa: una mujer de carnes anchas y abundantes, caderas sedentarias y ampulosas, una masa de pecho y más arriba una cara de formas alegres, coronada por una especie de gorro de angora, o madeja espesa de cabello blanco y crespo, tejido y remetido en una rosca de la cual salían hebras perdidas en todas direcciones. Si los pocos que la conocían —Cropper, Blackadder, Roland, lord Ash— pensaban en ella con más intensidad, podían quizá añadir una identidad metafórica. Cropper, según ya señalamos, pensaba en ella como la obstructiva oveja blanca de Carroll. Blackadder, cuando estaba de mal talante, pensaba en ella como una de esas arañas blancas globosas, decoloradas por la oscuridad, que palpan los hilos de su trampa desde su guarida central. Las feministas que de vez en cuando pretendían acceder al Diario la veían como una especie de pulpo guardián, un Fafnir oceánico, pesadamente enroscado sobre su tesoro, echando telones opacos de tinta o de humo acuoso para oscurecer su paradero. Hubo, en tiempos, quien conoció a Beatrice: sobre todo, quizá solamente, el profesor Bengt Bengtsson. Beatrice había sido discípula del profesor Bengtsson en Londres de 1938 a 1941, años revueltos en que los estudiantes varones marchaban al ejército, caían bombas y escaseaba la comida. Durante esa época algunas mujeres habían experimentado una frivolidad y libertad inesperadas. Beatrice había experimentado al

profesor Bengtsson. Bengtsson dirigía el departamento de Filología Inglesa del Prince Albert College. Su principal amor eran los Eddas y la antigua mitología escandinava. Beatrice estudió esas cosas. Estudió filología, anglosajón, las runas, el latín medieval. Leyó a Masefield, a Christina Rossetti y a De la Mare. Bengtsson le dijo que leyera el *Ragnarök*: R. H. Ash había sido un erudito nada despreciable para su época, y se le tenía por precursor de la poesía moderna. Bengtsson era alto, deslavazado y barbudo; tenía una mirada feroz, y más energía de la que podía emplear en instruir a señoritas sobre las sutilezas de las raíces escandinavas. Sin embargo, no dirigía esa energía hacia las almas, y menos hacia los cuerpos, de las señoritas, antes bien la malgastaba a diario en la barra del Arundel Arms, en compañía de sus iguales. Por las mañanas estaba lívido y reluciente bajo su rubia pelambreira. Por las tardes estaba colorado, gangueaba y olía a cerveza en su despacho ahogado. Beatrice leyó el *Ragnarök* y *Ask a Embla*. Se graduó con sobresaliente y se enamoró de Randolph Henry Ash. Esos amores no eran infrecuentes en otro tiempo. «Hay poetas», escribió Beatrice en su trabajo final, «cuyos poemas de amor parecen dirigidos, no a la alabanza o la acusación de una dama distante, sino a una auténtica conversación entre hombres y mujeres. De ellos es John Donne, aunque en ciertos estados de ánimo vituperase también al sexo entero. De ellos podría haber sido Meredith, en circunstancias más felices. Un breve repaso en busca de otros poetas “amorosos” que esperan una reciprocidad inteligente nos persuadirá de la preeminencia de Randolph Henry Ash, cuyos poemas de “Ask a Embla” presentan todas las fases de la intimidad, la oposición y la comunicación frustada, pero siempre convenciendo al lector de la presencia real, pensante y sentiente, de aquella a quien van dedicados.»

Beatrice detestaba escribir. La única palabra de la que estaba ufana en esa disquisición correcta y sosa era la palabra «conversación», que había preferido frente a «diálogo», más obvia. Por una *conversación* de esa índole lo hubiera dado todo, en aquellos tiempos. Se daba cuenta, oscuramente, de que la lectura de aquellos poemas le brindaba un atisbo doloroso, y diríase ilícito, de una combinación de charla cultivada y pasión cruda que sin duda todo el mundo debía desear, pero que nadie, de cuantos la rodeaban en su pequeño mundo —sus padres, serios y metodistas; la señora Bengtsson, con su Club de Mujeres Universitarias; sus condiscípulas, que vivían pendientes de invitaciones al baile o a partidas de whist—, que nadie parecía tener.

Los dos, nombrando el mundo,
lo rehacemos juntos, a sabiendas
de lo que las palabras significan
para nosotros, aunque los demás
las oigan sin calor. Pero decimos
tú y yo el árbol, la charca, y vemos fuego

en el aire, y el sol es nuestro sol:
sol de todos, del mundo, pero ahora
y aquí, en particular, este sol nuestro.

Ash se lo dijo y ella le oyó. No esperaba oír tales cosas de nadie más, ni las oyó. Comunicó al profesor Bengtsson su deseo de escribir la tesis doctoral sobre *Ask a Embla*. Él manifestó graves dudas. Era terreno incierto, una especie de jungla, como los sonetos de Shakespeare. ¿Qué contribución al Conocimiento esperaba hacer, podía estar segura de hacer? La única tesis segura, a juicio del profesor Bengtsson, era una Edición, y para eso realmente no podía recomendar R. H. Ash. Pero un amigo suyo conocía a lord Ash, que había depositado los papeles de Ash en el Museo Británico. Se sabía que Ellen Ash había llevado un diario. Preparar su edición podía ser una empresa apropiada: algo ciertamente nuevo, modestamente útil, manejable y relacionado con Ash. Cuando hubiera terminado esa tarea, la señorita Nest estaría magníficamente situada para emprender otras cosas...

Y así fue como ocurrió. La señorita Nest se instaló, nerviosa, frente a las cajas de papeles: cartas, listas de lavandería, dietarios, los volúmenes del diario y otros más flacos de escritos ocasionales más privados. ¿Qué esperaba encontrar? Alguna intimidad con el autor de los poemas, con aquel gran espíritu y aquel carácter apasionado.

Esta noche Randolph me ha leído sonetos de Dante en su *Vida nueva*. Son verdaderamente hermosos. Randolph señaló la energía y el vigor verdaderamente masculino del italiano de Dante, y la fuerza espiritual de su concepto del amor. No creo que nos cansemos nunca de esos poemas geniales.

Randolph leía en voz alta para su esposa todos los días, cuando estaban juntos. La joven Beatrice Nest trataba de imaginarse el efecto dramático de aquellas lecturas, pero el vago entusiasmo adjetival de Ellen Ash no facilitaba ese empeño. Había en sus reacciones una dulzura, un disfrute obediente y homogéneo que al principio no le gustó a Beatrice, y al que después, ya inmersa en el tema, se acostumbró. Para entonces había descubierto además otros tonos menos suaves.

Todo lo que diga es poco para alabar la invariable bondad y paciencia de Randolph con mi flaqueza y mis deficiencias.

Eso, o algo parecido, recurría como el tañido regular de una campana a lo largo de aquellas páginas. Como suele suceder en el contacto prolongado con cualquier tarea,

tema o ser humano, Beatrice tuvo un período inicial de observación despejada y juicio personal independiente, durante el cual pensó que Ellen Ash era incoherente y aburrida. Pero después se dejó prender, y empezó a compartir los largos días de postración de Ellen en cuartos oscurecidos, a preocuparse por el efecto del oídio en rosas rojas tanto tiempo atrás marchitas, y sobre las dudas de clérigos angustiados. Esta vida cobró importancia para ella; una especie de instinto de defensa se alzó en su interior cuando Blackadder insinuó que Ellen no había sido la compañera más indicada para un hombre que tenía una curiosidad tan intensa hacia todas las formas posibles de vida. Tomó conciencia de un misterio de privacidad que Ellen, a despecho de toda su vulgar elocuencia expansiva, podía decirse que protegía.

En todo aquello no había materia para una tesis. La podría haber encontrado el movimiento feminista, o un lingüista que estudiase el eufemismo y la expresión indirecta. Pero a la señorita Nest la habían formado en la búsqueda de Influencias e Ironía, y allí había poco de ambas cosas.

El profesor Bengtsson le sugirió comparar las cualidades conyugales de Ellen Ash con las de Jane Carlyle, lady Tennyson y la señora de Humphry Ward. Tiene usted que publicar, señorita Nest, dijo el profesor Bengtsson, reluciente en su matutina y gélida resolución. Yo no le puedo dar trabajo, señorita Nest, sin pruebas de su competencia, dijo el profesor Bengtsson, y la señorita Nest escribió, en dos años, un librito, *Ayuda para el hombre*, sobre la vida cotidiana de las esposas de los genios. El profesor Bengtsson le ofreció una ayudantía. Eso fue para ella un gran placer y un gran terror; en conjunto, más placer que terror. Tuvo alumnos, alumnas en su mayoría, que en los años cincuenta llevaban faldas de vuelo y se pintaban los labios, en los sesenta minifaldas y camisas sueltas de algodón indio, en los setenta labios negros bajo peinados prerrafaelistas y olor a loción infantil, a marihuana, a hachís, a almizcle, a sudor feminista no adulterado, y discutió con ellas la forma del soneto a través de los siglos, la naturaleza de la poesía lírica, la imagen cambiante de la mujer. Ésos fueron los buenos tiempos. De los malos, que vinieron después, antes de pedir la jubilación anticipada, no quería acordarse. Ahora no cruzaba nunca el umbral de su antigua facultad. (El profesor Bengtsson se había retirado en 1970 y murió en 1978.)

Beatrice tenía una vida privada mínima. Vivía, en 1986, y llevaba muchos años viviendo, en una casa muy pequeña de Mortlake. Allí había recibido de tanto en tanto a grupos de alumnos, cada vez más raramente conforme fue sintiéndose más insignificante en las deliberaciones del departamento, después de que a Bengtsson le sucediera Blackadder. Desde 1972 no había ido nadie. Antes había reuniones con café, bizcochos, una botella de vino blanco dulce y debates. Aquellas chicas de los años cincuenta y sesenta la veían maternal. Generaciones posteriores habían supuesto que

era lesbiana; incluso, ideológicamente, que era una lesbiana reprimida y recalcitrante. Lo cierto era que sus ideas sobre su propia sexualidad estaban enteramente dominadas por la sensación del volumen descomunal, inaceptable, de sus pechos. Cuando era joven se los dejó sin sostén bajo túnicas y prendas sueltas, para que desarrollaran sus músculos libremente, como entonces sugerían los mejores médicos, con el resultado inevitable de que se le cayeron y se le dilataron. Otra mujer habría quizá presumido de ellos, los habría lucido con orgullo, grandiosamente moldeados en torno a un tajo. Beatrice Nest los enfundaba en una informe faja-sostén de abuelita, y estiraba sobre ellos jerseys hechos a mano, decorados con hileras de pequeños calados en forma de lágrima, que se abrían un poco, como boquitas haciendo pucheros, sobre sus contornos. De noche, en la cama, los sentía ladearse pesadamente sobre su ancha caja torácica. En la guarida que compartía con Ellen Ash sentía su peso vivo, con toda su lanosa calidez, rozando con el borde de la mesa. Se imaginaba grotescamente inflada; miraba modestamente hacia abajo, y no sostenía la mirada de nadie. Era a aquellas pesadas redondeces a lo que debía su reputación de mujer maternal, una lectura rápida estereotípica que también interpretaba su cara redonda y sus mejillas sonrosadas como signos de un carácter benigno. Cuando pasó de cierta edad, lo que antes se interpretara como benigno se interpretó, de manera igualmente arbitraria, como amenazante y represivo. Beatrice se sorprendió al observar ciertos cambios en sus colegas y alumnos. Y al final acabó por aceptarlos.

El día de la invitación de Mortimer Cropper a almorzar la visitó Roland Michell.

—¿La interrumpo, Beatrice?

Beatrice sonrió automáticamente.

—No, no especialmente. Estaba pensando.

—Es que me he tropezado con una cosa, y he pensado que quizá usted pudiera ayudarme. ¿Sabría usted, por casualidad, si Ellen Ash dice algo, en alguna parte, sobre Christabel LaMotte?

—No *recuerdo* nada. —Beatrice siguió sonriendo, como si su falta de memoria zanjara el asunto—. No creo, no.

—¿Hay alguna manera de comprobarlo?

—Puedo mirar en el fichero.

—Se lo agradecería mucho.

—¿Qué es exactamente lo que buscamos?

Roland experimentó un deseo no infrecuente de pinchar, empujar o zarandear a Beatrice, que seguía monumentalmente inmóvil, con la misma sonrisilla forzada.

—Cualquier cosa, en realidad. Me he tropezado con algunas indicaciones de que Ash se interesó por LaMotte. Pura curiosidad.

—Puedo mirar en el fichero. Viene el profesor Cropper a la hora de comer.

—¿Cuánto tiempo va estar aquí esta vez?

—No lo sé. No me lo dijo. Me dijo que vendría desde Christie's.

—¿Podría mirar yo en su fichero, Beatrice?

—Pues no sé, es bastante complicado, yo tengo mi propio *sistema* para anotar las cosas, comprende. Creo que es mejor que lo mire yo, yo entiendo mejor mis jeroglíficos.

Se puso las gafas de leer, que pendían de una cadenilla de cuentas doradas sobre su agobio. Con ellas ya no veía a Roland, cosa que de paso prefería, porque veía a todos los miembros varones de lo que fue su departamento como perseguidores, y no se daba cuenta de que la posición del propio Roland en él era precaria, que él apenas contaba como macho departamental. Empezó a cambiar cosas de sitio en la mesa: una pesada bolsa de tejer con asas de madera, varios paquetes de libros sin abrir que iban poniéndose grises. Había toda una barbacana de cajas de fichas, con un dedo de polvo y reventadas de viejas; Beatrice se puso a revolverlas interminablemente, hablando sola.

—No, ésta es cronológica. No, esto son los hábitos de lectura. No, ésta es sobre la administración de la casa. ¿Pero dónde está la caja central? Tenga en cuenta que no está completo para todos los cuadernos. He fichado algunos pero no todos, porque es muchísimo. He tenido que dividirlo cronológicamente y por epígrafes. Aquí está la familia Calverley, nada. Aquí sí podría estar...

»Bajo LaMotte, nada. Bueno, un momento. Sí. Hay un envío. Necesitamos la caja de lecturas. Es muy teológica, la caja de lecturas. Parece ser... —sacó una tarjeta amarillenta y sobada, en cuya superficie algodonosa se iba corriendo la tinta—, parece ser que leyó *El hada Melusina* en 1872.

Reintegró la tarjeta a su caja y volvió a arrellanarse en su asiento, mirando a Roland con la misma sonrisa ofuscante y satisfecha. Roland pensó que los cuadernos podían estar repletos de observaciones inéditas sobre Christabel LaMotte que se hubieran colado por la malla de categorías de Beatrice, y dijo tercamente:

—¿No podría yo *ver* lo que dice? Podría ser... —desechó «importante»—, podría ser de interés para mí. Yo no he leído la *Melusina*. Ahora parece que vuelve a interesar.

—Yo lo intenté un par de veces en mis tiempos. Es terriblemente prolija y enrevesada. Es un poema gótico, gótico victoriano, un poco *macabro* a veces, para estar escrito por una señora.

—Beatrice..., ¿podría yo echar una ojeada a lo que dice Ellen Ash?

—Voy a ver. —Beatrice se levantó, y apartándose de la mesa fue a meter la cabeza en las metálicas tinieblas del armario archivador verdoso que guardaba los volúmenes anuales del Diario. Roland contempló sus caderas, enormes bajo un tweed de espiguilla. «¿He dicho 1872?», preguntó Beatrice desde su caja de resonancia. Sacó de mala gana el tomo, encuadernado en cuero con las guardas marbreadas en rojo y

violeta, y sosteniéndolo en vertical entre Roland y ella empezó a pasar las hojas.

—Aquí está —declaró al fin—. Noviembre de 1872. Aquí es cuando lo empieza. —Leyó en alto—. «Hoy me he embarcado en *El hada Melusina*, que compré en Hatchard el lunes. ¿Qué será lo que encuentre? Hasta ahora he leído el preámbulo, bastante largo, que me ha parecido un poco pedante. Después llegué a lo del caballero Remondín y su encuentro con la dama refulgente en la Fontaine de Soif, y me gustó más. No cabe duda de que la señorita LaMotte tiene el don de poner los pelos de punta.»

—Beatrice...

—¿Es esto lo que...?

—Beatrice, ¿sería posible que lo leyera yo solo, para tomar notas?

—No se puede sacar del despacho.

—Podría instalarme en una esquina de la mesa. ¿Sería muchísima molestia?

—No, no faltaba más —dijo Beatrice—. Puede usted sentarse en esa silla si le quito de encima esos libros.

—Deje, ya lo hago yo.

—Y podría ponerse aquí enfrente, si despejamos esta esquina de la mesa.

—Sería perfecto. Gracias.

Estaban ocupados en hacer sitio cuando apareció en la puerta Mortimer Cropper, con una pulida elegancia que hizo que todo, por contraste, pareciera mucho más mugriento.

—Señorita Nest, qué alegría volverla a ver. Espero no haber llegado demasiado pronto. Puedo volver más tarde.

Beatrice se hizo un lío. Un montón de papeles se ladeó dando un suspiro y fue a desparramarse por el suelo.

—Ay, señor. *Estaba* esperándole, profesor, estaba ya dispuesta, pero es que el señor Michell quería hacer una consulta..., quería saber...

Cropper había tomado de su percha la gabardina informe de la señorita Nest y se la tenía preparada.

—Me alegro de verle, Michell. ¿Avanza usted? ¿Qué es lo que quería saber?

Sus claras facciones eran la imagen viva de la curiosidad.

—Nada, comprobar si Ash había leído unos poemas.

—Ah, sí. ¿Qué poemas?

—Roland me preguntaba por Christabel LaMotte. Yo no *recordaba* nada..., pero ha aparecido una pequeña mención... Roland, usted puede quedarse aquí mientras yo salgo a almorzar con el profesor Cropper, con tal que no me desordene las cosas de la mesa, y si me *promete* no sacar nada.

—Necesita usted un ayudante, señorita Nest. Tiene usted una tarea demasiado inmensa.

—No, qué va. Me manejo *mucho* mejor sola. No sabría qué hacer con un ayudante.

—Christabel LaMotte —dijo Cropper, haciendo memoria—. Hay una fotografía en la Colección Stant. Está muy pálida, no sé si por un efecto de cuasi-albinismo o por defecto del positivo. Probablemente lo segundo. ¿Piensa usted que a Ash le interesaba?

—Sólo muy de pasada. Estoy meramente comprobando. Cuestión de rutina.

Una vez que Cropper se llevó a su invitada, Roland se acomodó en su esquina de la mesa y pasó las hojas del diario de la esposa de Randolph Ash.

Sigo con la lectura de *Melusina*. Es un esfuerzo impresionante.

He llegado al Libro VI de *Melusina*. Sus pretensiones de reflexión cósmica quizá no encajen del todo bien con su carácter de cuento de hadas.

Sigo leyendo *Melusina*. Con qué diligencia, con qué seguridad está hecha. La señorita LaMotte, a pesar de llevar toda la vida residiendo en este país, sigue siendo esencialmente *francesa* en su manera de ver el mundo. Aunque no hay nada que se pueda censurar en este poema hermoso y atrevido, en su contenido moral por lo menos.

Y luego, varias páginas después, una efusión sorprendente y atípica.

Hoy he cerrado la *Melusina* tras llegar temblando al final de esa obra maravillosa. ¿Qué voy a decir de ella? Es verdaderamente original, aunque al público en general quizá le cueste trabajo darse cuenta de su genialidad, porque no hace concesiones a las flaquezas vulgares de la imaginación, y porque sus virtudes están muy lejos, al menos en algunos aspectos, de lo que se espera del sexo débil. Aquí no hay sentimiento desmayado, no hay pureza pacata, no hay *halagos* suaves y femeninos para la sensibilidad del lector; no hay más que imaginación enérgica, fuerza y vigor. ¿Cómo describirlo? Es como un tapiz enorme e intrincado en una estancia de piedra sombría, en el que toda clase de extrañas aves, bestias, elfos y demonios pululan por espesuras de árboles espinosos, y alguna que otra arboleda en flor. Bellas manchas de oro se destacan en la oscuridad, luz de sol y luz de estrellas, centelleo de joyas, de cabellos humanos o de escamas de serpiente. El fuego parpadea, las fuentes apresan la luz. Todos los elementos están en un movimiento perpetuo, el fuego consumiendo, el agua corriendo, el aire animado y la tierra girando... Me ha hecho pensar en esos tapices de cacerías de *El cuento del terrateniente* o *La*

reina de las hadas, donde el contemplador ve que la visión tejida cobra vida ante sus ojos asombrados, de suerte que las espadas pintadas hacen correr sangre de verdad, y en los árboles pintados suspira el viento.

Y ¿qué decir de la escena en que el marido, hombre de fe insuficiente, taladra una mirilla y ve a su *sirena-esposa* solazándose en las aguas de su tina? Yo habría dicho, si me lo hubieran preguntado, que esa escena era mejor dejarla a la imaginación, como deja Coleridge a Geraldine: «visión para soñada, no para referida.» Pero la señorita LaMotte te la refiere detenidamente, aunque su descripción tal vez sea un poco *fuerte* para algunos estómagos, especialmente para los de las señoritas inglesas, que irán buscando lindezas de hada.

Es hermosa, terrible y trágica, el Hada Melusina, inhumana a fin de cuentas.

Su sinuoso músculo batiendo
el líquido elemento en mil diamantes,
alzando espumas, agitando velos
de agua pesante en el aire estancado.

La esposa de piel blanca, tracería
de venas azuladas sobre nieve...
Y él la mira, y es ciego a la hermosura
de escama argéntea, aleta pavonada.

Quizá el toque más sorprendente sea que la serpiente, o pez, sea hermosa.

Roland renunció a toda pretensión de almorzar para copiar este pasaje, sobre todo porque quería dárselo a Maud Bailey, que de fijo se emocionaría ante ese entusiasmo femenino contemporáneo por su admirado texto; pero también porque pensó que una admiración tan desmedida, de parte de la mujer de Ash hacia una mujer a la que ya consideraba amante de Ash, era quizá inesperada. Cuando acabó de copiarlo siguió hojeando por curiosidad.

No sé por qué mi reciente lectura me ha hecho acordarme de mí cuando era jovencita, y leyendo romances exaltados me veía a la vez como el objeto de la devoción de todos los caballeros, una Ginebra sin mancha, y como el autor de la historia. Quería ser Poeta y Poema, y ahora no soy ni lo uno ni lo otro, sino señora de una casa muy

pequeña, compuesta por un poeta de edad avanzada (asentado en sus costumbres, que son amables y mesuradas y no dan *ningún* motivo de preocupación), yo misma y los criados, que no son ingobernables. Día tras día veo a Patience y Faith rendidas y agotadas por el cuidado diario de su prole, y sin embargo resplandecientes por el amor y la atención sin límites que derraman sobre sus hijos. Ahora son abuelas además de madres, adoradas y adoradoras. Yo misma me noto últimamente como si me hubiera entrado un vigor insidioso, al cabo de los años atroces de jaquecas y postración nerviosa. El caso es que me levanto con una sensación de energía, y en seguida busco cosas en que ocuparme. Recuerdo, a mis sesenta años, las vivaces ambiciones de la jovencita de la casa del deán, y me parece otra persona cuando la veo en mi fantasía bailando con su muselina vaporosa, o en una barca, dando a besar la mano a un caballero.

Me parece que he hecho un descubrimiento al escribir que yo pretendía ser Poeta y Poema. Quizá sea el deseo de todas las mujeres que leen, a diferencia de los hombres que leen, que desearían ser poetas y héroes, pero quizá vean en la composición de poesía, en esta época apacible, un acto suficientemente heroico. Nadie quiere que un hombre sea un Poema. Aquella jovencita vestida de muselina era un poema; el primo Ned escribió un soneto execrable sobre la casta dulzura de su rostro y la bondad intuitiva que resplandecía en su andar. Pero yo ahora pienso: ¿no habría sido acaso mejor perseverar en el deseo de ser Poeta? *Yo jamás* habría podido escribir tan bien como Randolph, pero eso ni yo ni nadie, así que tal vez no valiera como razón para no hacer nada.

Quizá, si yo le hubiera hecho la vida más difícil, él habría escrito menos, o con menos libertad. No puedo presumir de haber sido comadrona del genio, pero si no *he facilitado* al menos tampoco he *impedido*, como podrían haber hecho muchas mujeres. Es una virtud muy pequeña que esgrimir, un logro muy negativo para cifrar en él toda mi vida. Randolph, si leyera esto, me sacaría riendo de estas interrogaciones enfermizas, me diría que nunca es tarde, metería su enorme imaginación en la pequeña concha de mis diminutas energías nuevas y me diría qué hay que hacer. Pero esto no lo verá, y yo encontraré la manera —de ser un poquitín más— bueno, estoy llorando, como podría haber llorado aquella niña. Basta.

Roland salió de la factoría Ash sin llamar la atención y se fue a casa antes de que Cropper o Blackadder volvieran de almorzar y le hicieran preguntas incómodas. Se reprochaba haber creado una situación que podía llevar a Cropper a fijarse en el nombre de Christabel. A aquel lince no se le pasaba nada.

El sótano de Putney estaba en silencio, sensualmente emparentado con el sótano del Museo Británico por su hedor felino. El invierno se acercaba oscuramente, y en las paredes habían aparecido manchas oscuras y alguna forma lenta de vida disimulada. Era difícil calentar la casa. No había calefacción central; Roland y Val habían suplementado la única estufa de gas con otras de petróleo, y el olor a petróleo se mezclaba con los olores a gato y a moho. Era un olor a combustible frío, no quemado, y aquel día no había olor a guiso, ni a cebolla quemada ni a curry caliente. Val debía estar fuera. Estando ella fuera no podían dejar encendida la estufa del recibidor, porque gastaba demasiado. Roland, sin quitarse el abrigo, fue a buscar una cerilla. La mecha estaba detrás de una desvencijada puertecilla del quemador, hecha de una sustancia córnea transparente, tiznada por el humo y cuarteada. Roland abrió la llave, sacó un poco de mecha y la prendió; mientras se apresuraba a cerrar la abertura, un estampido sordo hizo aparecer una llama invertida y quieta, azul. Había algo de antiguo y mágico en el color, un azul claro, con toques de verde y una zona morada más densa.

En el recibidor había un montoncito de cartas. Dos para Val, una de ellas con la dirección escrita por ella misma. Tres para él: una petición de un libro de biblioteca, una tarjeta acusando recibo de un artículo enviado a una revista académica, y una carta manuscrita de origen desconocido.

Estimado señor Michell:

Espero que no haya interpretado nuestro silencio como descortesía o cosa peor. Mi marido ha estado haciendo las averiguaciones que anunció. Ha consultado a su abogado, al vicario y a nuestra querida amiga Jane Anstey, que es bibliotecaria provincial jubilada. Ninguno de ellos dio consejos muy claros. La señorita Anstey habló muy elogiosamente de la actividad de la doctora Bailey y del archivo que dirige. Opina que estaría totalmente en razón que permitiéramos a la doctora Bailey leer nuestro tesoro y dar una primera opinión acerca de él, tanto más cuanto que fue ella quien lo encontró. Yo le escribo a usted también, porque estuvo presente en el hallazgo y dijo estar interesado en Randolph Henry Ash. ¿Querría venir a examinar los papeles con la doctora Bailey, o, si eso le robara

demasiado tiempo, enviar a alguien en su lugar? Me hago cargo de que sería más difícil para usted, que tiene que venir desde Londres, que para la doctora Bailey, que vive a una distancia relativamente corta de Croysant le Wold. Yo le podría dar alojamiento por algunos días; aunque con ciertas incomodidades, ya que, como usted recordará, estamos limitados al piso de abajo, y en invierno este caserón es terriblemente frío. ¿Qué le parece? ¿Cuánto tiempo calcula usted que necesitarían para examinar nuestro hallazgo? ¿Bastaría una semana? Tenemos invitados en Navidad, pero no en Año Nuevo, y quizá le apeteciera hacer una escapada a los Lincolnshire Wolds en esas fechas.

Sigo agradeciendo su caballerosa y práctica asistencia en aquel terraplén. Dígame qué le parece mejor que hagamos.

Suya afectísima,
Joan Bailey

Roland sintió varias cosas a la vez. Gozo primario: una especie de visión del paquete de cartas muertas cobrando vida impetuosa, como el desperezarse de un águila enorme y cálida. Irritación por la primacía que Maud Bailey parecía haber asumido en el asunto nacido del descubrimiento de su carta robada. Inquietud práctica y calculadora: cómo aceptar la semiinvitación a pasar unos días sin revelar su extrema pobreza, que podría hacerle parecer persona de escasa entidad para confiarle la lectura de los documentos. Miedo de Val. Miedo de Maud Bailey. Inquietud por Cropper y Blackadder y hasta por Beatrice Nest. Se preguntó por qué lady Bailey había pensado o sugería que él podría querer enviar a otra persona a leer las cartas: ¿capricho, despiste o un ribete de desconfianza hacia él? ¿Hasta qué punto era amistosa su gratitud? ¿Quería Maud que él fuera a leerlas?

Por encima de su cabeza, a la altura de la calle, vio el alerón picudo de un Porsche rojo, una aleta ostentosa que llegaba más o menos al borde superior de la ventana. Aparecieron un par de zapatos negros muy flexibles, limpios y relucientes, seguidos de unas perneras de milrayas negro de estambre, con una raya impecable, seguidas éstas del bajo de una chaqueta de excelente corte, cuya abertura negra dejaba ver un forro rojo y cuyo frente abierto revelaba un estómago plano y musculoso bajo una camisa a rayas finas rojas y blancas. Detrás aparecieron las piernas de Val, con medias en azul pálido y zapatos en azul de Sajonia, bajo la caída lacia de un vestido de crepé color mostaza, estampado con flores redondas en azul. Los cuatro pies

avanzaron y retrocedieron, retrocedieron y avanzaron, los masculinos insistiendo hacia los escalones del sótano, los femeninos resistiéndose, remoloneando. Roland abrió la puerta y salió a la entrada, empujado sobre todo por lo que siempre le picaba, la pura curiosidad por el aspecto de la mitad superior.

Los hombros y el pecho eran según lo esperado; la corbata, de seda roja y negra tejida. La cara ovalada. Gafas de concha bajo un corte de pelo tipo años veinte modificado, lados y nuca muy cortos, moderadamente largo sobre la frente, negro.

—Hola —dijo Roland.

—Ah —dijo Val—. Creí que estabas en el Museo. Te presento a Euan MacIntyre.

Euan MacIntyre se inclinó desde lo alto y extendió una mano con gesto grave. Tenía algo de poderoso, como de Plutón entregando a Perséfone a las puertas del mundo subterráneo.

—He traído a Val a casa. No se encontraba bien. Creo que debería acostarse.

La voz era clara y sonora, no escocesa, llena de acentos que Roland quizá habría descrito inexactamente como engreídos, acentos pastosos, acentos que se había pasado la infancia tratando de imitar en son de burla, acentos de bocina, contenidos, arrastrados, cortados, que despertaban en él una erizada hostilidad de clase. Era obvio que esperaba ser invitado a entrar, con un empaque que en novelas más antiguas podría haber proclamado al caballero nato, pero que Roland, y probablemente Val, relacionaban con la idea de intromisión y con su propia vergüenza. Val bajó despacio y desmayadamente hacia Roland.

—Estoy bien. Gracias por traerme.

—No faltaba más. —Se volvió a Roland—. Hasta otro rato.

—Sí —dijo Roland vagamente, volviendo a bajar delante de Val.

El Porsche se fue a toda velocidad.

—Le gusto —dijo Val.

—¿De dónde ha salido?

—He estado pasándole cosas a máquina. Testamentos y últimas voluntades, escrituras, dictámenes sobre esto y lo otro. Es abogado: Bloss, Bloom, Trompett y MacIntyre. Respetable, no tramposo, muy cotizado. Tiene el despacho lleno de fotos de caballos. Dice ser propietario de una pata de uno. Me pidió que fuera con él a Newmarket.

—¿Y tú qué le dijiste?

—¿Te importa lo que le haya dicho?

—Te vendría bien salir algún día —dijo Roland, y se arrepintió.

—Pero qué cosas dices. Te vendría muy bien. Eres de un paternalismo *repelente*.

—Qué quieres, no tengo derecho a impedírtelo.

—Le dije que no te parecería bien.

—Pero Val...

—Le debería haber dicho que te traería al fresco. Debería haber ido.

—Pues no sé por qué no has ido.

—Ah, si tú no lo *sabes*...

—¿Qué nos pasa?

—Demasiado encierro, demasiado poco dinero, demasiados agobios y demasiado jóvenes. Quieres librarte de mí.

—*Sabes* que eso no es verdad. *Lo sabes*. Yo te quiero, Val. Lo que pasa es que no te doy muy buena vida.

—Yo también te quiero. Lamento tener tan mal genio y ser tan desconfiada.

Ella esperó. Él la agarró. Era voluntad y cálculo, no deseo. Había dos salidas, una gresca o hacer el amor, y la segunda era más conducente a cenar algo, tener un rato de trabajo apacible y poder plantear el proyecto del Lincolnshire.

—Es hora de cenar —dijo Val débilmente.

Roland miró su reloj.

—No. Además, no nos espera nadie. Antes hacíamos las cosas espontáneamente, ¿te acuerdas? Sin preocuparnos por la hora. Deberíamos pensar en nosotros de vez en cuando.

Se desnudaron y se abrazaron para ahuyentar el frío. Al principio Roland pensó que no podía salir bien. Hay cosas que no se hacen sólo a base de voluntad. La idea de las plumas cálidas de su carta-águila le produjo cierta incitación. Val dijo: «No quiero a nadie más que a ti, es la verdad», y casi se le volvió a pasar. Roland encendió una imagen, una mujer en una biblioteca, una mujer no desnuda sino voluminosamente vestida, oculta en sedas y enaguas crujientes, con los dedos doblados sobre el lugar donde el corpiño ceñido de seda negra se unía con la falda vueluda, una mujer de expresión dulce y triste, con un sombrero tieso que enmarcaba ondas de cabellos espesos. Ellen Ash, construida a partir del dibujo de Richmond reproducido en el *Gran ventrílocuo* de Cropper. Todas las mujeres retratadas por Richmond tienen una boca genérica, firme, fina, generosa y seria, variable pero emparentada con un tipo ideal. La visión mental de aquella mujer, mitad fantasía mitad fotograbado, fue eficaz. Se consolaron mutuamente. Más tarde ya se le ocurriría la manera de preguntar lo de Lincoln sin decir exactamente adonde iba ni por qué.

CAPÍTULO VIII

Día y noche nevando:
¡nieva tanto!
Mi puerta es un silencio
todo blanco.
Dentro una compañía
luminosa
con blancas plumas dice:
Vamos..., ¡goza!

C. LAMOTTE

Estaban uno frente al otro en la biblioteca, con los paquetes entre los dos. Hacía muchísimo frío; Roland tenía la sensación de que ya nunca volvería a estar caliente, y pensaba con añoranza en prendas de abrigo que nunca había tenido ocasión de usar: mitones de punto, calzoncillos largos, pasamontañas. Maud se había puesto en camino muy temprano, y había llegado, ansiosa y tensa, cuando aún estaban desayunando; iba bien envuelta en una chaqueta de tweed y un suéter de lana de Aran, con la luminosa cabellera, visible la noche anterior durante la cena en el gélido salón de los Bailey, ahora nuevamente cubierta por un pañuelo anudado de seda verde. La biblioteca, pétreo e imponente, tenía un artesonado con tallas de follaje espeso y una enorme chimenea de piedra, vacía y barrida, que en el manto mostraba esculpidas las armas de los Bailey: un torreón y una pequeña arboleda. Los ventanales góticos miraban a una pradera escarchada. En parte eran de vidrio translúcido emplomado y en parte de vidrieras Kelmscott^[8] de opulento colorido, que en sus medallones centrales representaban la construcción de una fortaleza dorada sobre un montículo verde, fortificado y engalanado con pendones, y un cortejo de caballeros y damas a caballo. Por la parte alta del ventanal corría un lujurante rosal con flores blancas y rojas y frutos rojo sangre. Por los costados trepaban viñas cargadas de enormes racimos de uvas moradas sobre tallos dorados, entre zarcillos ensortijados y hojas abiertas y nervadas. Los libros lucían sus lomos de piel en estanterías acristaladas, ordenados, aparentemente inamovibles e intactos.

En el centro había una pesada mesa forrada de cuero con manchas de tinta y

arañazos, y dos sillas de brazos con asiento de cuero. El cuero había sido rojo y ahora era marrón y deleznable, de esa clase que deja huellas herrumbrosas en la ropa del que se sienta. En el centro de la mesa había una escribanía, con una salvilla de plata empañada y tinteros de vidrio verdoso que contenían un polvo seco y negro.

Joan Bailey, circulando alrededor de la mesa en su silla de ruedas, había depositado sobre ella los paquetes.

—Espero que estén ustedes cómodos. Si necesitan alguna cosa más no dejen de decírmelo. Yo les encendería la chimenea, pero es que el tiro está sin limpiar desde hace varias generaciones, y temo que se asfixien o que incendiemos la casa. ¿Están ustedes bastante abrigados?

Maud, animada, le aseguró que sí. Había un débil toque de color en sus mejillas de marfil, como si el frío la vitalizara, como si estuviera a sus anchas en él.

—Entonces los dejo. Tengo mucha curiosidad por saber cómo les va. A las once haré café y se lo traeré.

Había cierta gelidez entre los dos cuando Maud expuso sus propuestas sobre el procedimiento a seguir. Había pensado que cada uno leyera las cartas del poeta de su interés, y que convinieran la forma de anotar sus observaciones en fichas, según un sistema que ella estaba ya utilizando en el Centro de Estudios sobre la Mujer. Roland se opuso, en parte porque se sintió mangoneado y en parte porque llevaba una visión, que ahora le parecía ridícula y romántica, de sus dos cabezas inclinadas juntas sobre los manuscritos, siguiendo la historia, compartiendo, había supuesto, la emoción. Señaló que con el sistema de Maud no podrían seguir el hilo de la historia, y Maud replicó con fuerza que vivían en una época que valoraba la incertidumbre narrativa, que más adelante podían cotejar, y que en cualquier caso tenían muy poco *tiempo*, y que para ella lo primordial era Christabel LaMotte. Roland asintió, porque efectivamente la limitación de tiempo era decisiva. Así que trabajaron un rato en silencio, sin otras interrupciones que la llegada de lady Bailey con un termo de café y de vez en cuando la petición de un dato.

—Oye —dijo Roland—. ¿Blanche usaba gafas?

—No lo sé.

—Aquí hay una alusión a las superficies brillantes de su mirada. Estoy seguro de que dice superficies, en plural.

—Es posible que usara gafas, o que él la estuviera comparando con una libélula u otro insecto. Parece que leyó los poemas sobre insectos de Christabel. En aquella época había obsesión por los insectos.

—¿Cómo era Blanche físicamente?

—Nadie lo sabe con seguridad. Yo me la imagino muy pálida, pero eso es por el nombre.

Al principio Roland trabajó con la curiosidad concentrada con que leía todo lo de Randolph Ash. Esa curiosidad era una especie de familiaridad predictiva: conocía los mecanismos mentales de Ash, había leído las mismas cosas que él, tenía asimilados sus hábitos característicos de sintaxis y énfasis. Podía ir por delante y oír el ritmo de lo no leído como si fuera él el escritor, oyendo en el cerebro los ritmos fantasmales de lo que aún no estaba escrito.

Pero en esta lectura los placeres acostumbrados del reconocimiento y la previsión dieron paso al cabo de un rato —de muy poco rato— a una sensación de tensión creciente. Básicamente era porque el propio autor de las cartas estaba en tensión, azarado por el objeto y destinatario de sus atenciones. Le era difícil fijar a aquella persona dentro de su esquema de las cosas. Pedía esclarecimiento y se le respondía, al parecer, con acertijos. Roland, sin el otro lado de la correspondencia, no sabía siquiera qué acertijos, y cada vez alzaba la vista más a menudo hacia la enigmática mujer que al otro lado de la mesa, con silenciosa industriosa parsimonia, tomaba notitas pulcras en sus pequeños abanicos de fichas y las prendía, ceñuda, con ganchos y alfileres plateados.

Las cartas, descubrió Roland, son una forma de narración que no prevé ni cierre ni desenlace. Su época era una época de hegemonía de las teorías narrativas. Las cartas no cuentan ninguna historia, porque no saben, de una línea a la siguiente, adonde van. Si Maud hubiera sido menos fría y hostil, se lo habría comentado, como cuestión de interés general; pero ella no levantaba la mirada ni respondía a la suya.

Las cartas, en fin, no sólo excluyen al lector como coautor, o previsor o adivinador, sino que también le excluyen como lector; están escritas, si son cartas de verdad, para *un* lector. Roland tuvo otra idea: nada de la restante correspondencia de Randolph Henry Ash poseía el mismo carácter. Todo era cortés, considerado, a menudo ingenioso, profundo a veces: pero escrito con una total ausencia de *apremio* sobre los destinatarios, ya fueran su editor, sus aliados y rivales literarios, o incluso —en las notas conservadas— su mujer. Que había destruido mucho. Que había escrito:

No soportamos la idea de que unas manos ávidas revuelvan el escritorio de Dickens en busca de sus papeles privados, porque esos registros de sentimientos personales eran suyos y nada más: no estaban destinados al consumo público; aunque ahora quienes no releen con atención sus libros maravillosos *devorarán* eso que llaman Su Vida en Sus Cartas.

La realidad, pensó Roland con inquietud, era que estas cartas, estas cartas

agitadas y apasionadas, no habían sido escritas para que él las leyera; como el *Ragnarök*, como *Momia poseída*, como el poema de Lázaro. Habían sido escritas para Christabel LaMotte.

(...) su inteligencia, su maravillosa agilidad mental: de suerte que a usted le puedo escribir como escribo cuando estoy solo, cuando escribo mi obra de verdad, que es para todos y para nadie; de suerte que esa parte de mí que nunca ha hablado a nadie en particular se siente con usted como en su casa. ¿He dicho «en su casa»? Qué locura, si a usted lo que le place es hacer que me sienta del todo *unheimlich*, como dirían los alemanes, todo lo contrario que *en casa*, antes bien siempre a la intemperie, siempre temiendo un fracaso, siempre convencido de que no sabré apreciar su siguiente pensamiento *sorprendente* o lanzada de ingenio *oblicua*. Pero los poetas no quieren casa, ¿verdad? Lo suyo no es el hogar y el morillo, sino el páramo y el sabueso andariego. Dígame, ¿le parece que esto que acabo de escribir es verdad o mentira? Usted sabe que toda poesía puede ser un grito de amor generalizado, amor a esto o aquello o al universo: que ha de ser amado en su particularidad, no en su generalidad, sino por la vida universal que hay en cada partícula diminuta. Yo he supuesto siempre que es un grito de *amor insatisfecho*, querida amiga, y es muy posible que así sea: porque la satisfacción podría saciarlo y moriría. Sé de muchos poetas que sólo escriben en un estado de exaltación mental que ellos comparan con el *estar enamorado*, cuando no declaran sin rodeos estar enamorados, ir detrás del amor —por tal dama lozana, por tal muchacha alegre— en busca de una metáfora distinta, o de una nueva visión luminosa de las cosas en sí. Y si he de decirle la verdad, siempre he creído poder diagnosticar ese estado de *enamoramiento*, que ellos tienen por cosa *muy concreta*, como inspirada por, *item*, unos ojos negros o de vulgar azul, *item*, una actitud graciosa del cuerpo o del espíritu, *item*, una historia femenina de unos veintidós años a partir de, pongamos, 1821-1844; siempre he creído que ese *enamoramiento* fuera algo *de lo más abstracto*, enmascarado tras las formas concretas de amante y amada. Y de Poeta, que asume e informa ambas. Yo le habría dicho a usted —no, se lo digo— que la amistad es más rara, más idiosincrásica, más singular y a todas luces más duradera que ese Amor.

Sin esa excitación no es posible su Lírca, y de ahí que la procuren por todos los medios a su alcance —y con absoluta sinceridad—; pero

no son los Poemas para la señorita, sino la señorita para los Poemas.

Ya ve en qué horca me he ido a colgar; y aun así me ratifico; porque a usted no le molestarán mis censuras, ya de la devoción varonil a un ideal femenino, ya de la duplicidad de los poetas, antes las mirará con sus propios ojos de poeta, de soslayo y con gran sabiduría; le escribo a usted como escribo cuando estoy solo, con esa *parte* de mí —¿qué otro nombre darle? Usted comprende, *confío* en que comprende—, con esa *parte* que hace, que es la Hacedora.

Debería añadir que mis poemas no brotan, yo así lo creo, del Impulso Lírico; sino de algo inquieto, abierto a mil ideas, parcial, observante, analítico y *curioso*, querida amiga, que es más parecido a la mente de ese maestro de la prosa que es Balzac, al que usted, siendo francesa, y venturosamente menos reprimida por prohibiciones virtuosas que las damas inglesas, conoce y comprende. Lo que me hace ser Poeta, y no novelista, tiene que ver con el canto de la propia Lengua. Pues la diferencia entre poetas y novelistas está en esto: que los primeros escriben para la vida de la lengua, y los segundos escriben para la mejora del mundo.

Y usted para la revelación a los simples humanos de *otro* mundo, extraño e insospechado, ¿no es así? La Ciudad de Is, el reverso de París, las torres en el agua y no en el aire, las rosas ahogadas, los peces volantes y otros elementales paradójicos: ya ve, voy conociéndola, voy a ir adentrándome en su pensamiento como la mano en el guante, por robarle la metáfora y torturarla cruelmente. Si usted quiere, puede conservar sus guantes limpios, perfumados y guardados; pero escríbame, escríbame, me encanta ver los brincos y los saltos y los súbitos arranques de su tinta...

Roland miró a su socia o contrincante. Maud parecía estar avanzando con seguridad y velocidad envidiables. Finas líneas fruncían su frente.

La vidriera le prestaba un aire insólito. La dividía en fuegos fríos de brillantes colores. Una de las mejillas entraba y salía, a impulsos del trabajo, de una laguna de uvas moradas. La frente florecía en verde y oro. El rojo de las rosas y el de los escaramujos teñían la palidez del cuello, el mentón y la boca. Los párpados tenían una sombra violácea. La seda verde del pañuelo se encendía en purpúreas aristas almenadas. El polvo bailaba en aureola sombría alrededor de su cabeza en movimiento, motas negras en oro pajizo, materia sólida invisible como agujeros de alfiler en una lámina de color plano. Roland habló y ella se volvió a través de un arco iris, deslizando su cutis pálido por las diversas luces.

—Perdona que te interrumpa... Es que no sé si... ¿Tú sabes algo de la ciudad de Is? I, ese, Is.

Ella se sacudió la concentración como se sacude el agua un perro.

—Es una leyenda bretona. Se la tragó el mar por sus maldades. La gobernaba la reina Dahud, una hechicera, hija del rey Gradlond. Las mujeres de allí eran transparentes, según algunas versiones. Christabel escribió un poema.

—¿Puedo verlo?

—Una ojeada rápida. Estoy usando el libro.

Se lo pasó sobre la mesa.

Tallahassee, Poesía Escrita por Mujeres. Christabel LaMotte: Poesía Narrativa y Lírica. Selección y edición a cargo de Leonora Stern. The Sapphic Press, Boston. En la cubierta, color malva, había una imagen en líneas blancas de dos mujeres medievales, inclinadas para abrazarse sobre una fuente de pilón cuadrado. Las dos llevaban velos, cinturones gruesos y largas trenzas.

Roland miró por encima *La ciudad anegada*. Llevaba una nota introductoria de Leonora Stern.

En este poema, al igual que en «Las piedras puestas de pie», LaMotte hizo uso de la mitología de su Bretaña natal, que conocía desde la infancia. El tema tenía un interés particular para una escritora, ya que podría decirse que refleja un conflicto cultural entre dos tipos de civilización, el patriarcado indoeuropeo de Gradlond y el paganismo más primitivo, instintivo y terrenal de su hija la hechicera Dahud, que permanece sumergida cuando él se libera saltando a tierra firme en Quimper. El mundo femenino de la ciudad subacuática es la inversa del mundo de dominación masculina, tecnológico e industrial, de París o Par-is, como la nombran los bretones, quienes afirman que Is saldrá a la superficie cuando París sea anegada por sus pecados.

La actitud de LaMotte hacia los presuntos crímenes de Dahud es interesante. Su padre, Isidore LaMotte, en sus *Mitos y leyendas de Bretaña*, no vacila en aludir a las «perversiones» de Dahud, aunque sin especificar. Tampoco LaMotte especifica...

Roland hojeó rápidamente el texto.

Nadie tiene rubores en la tierra
como tienen las damas de Is hundida.
Debajo de la piel corre su sangre
por las bermejas y purpúreas vías,
y es la piel un cristal que el laberinto

de arteria y vena a las miradas brinda:
una urdimbre sutil de plata y agua
que con la roja trama se ilumina.
Y aunque esa transparencia sea castigo
de su antigua y fanática perfidia,
ni han depuesto su orgullo, ni ha alcanzado
la vergüenza a humillar su frente altiva. [...]

Yace en la cima la ciudad silente
sin trato con el reino de los aires.
La torre de la iglesia entre verdores
apunta hacia la altura tremulante,
y otra torre como ella le hace burla
descolgada en el líquido celaje.
Entre las dos navegan los arenques
como vuela el vencejo por el valle,
y ellos también divisan su reflejo
entre las frondas de árboles colgantes:
porque aquí todo es doble y en sí mismo
el anegado mundo se complace. [...]

Es una piel el agua en movimiento
que Is sumergida en su cristal encierra,
como el vítreo envoltorio de las damas
sus pasiones contiene y manifiesta:
sus pasiones que crecen y decrecen
con flujos y reflujos de marea,
entre los blancos huesos cual corriente
del mar entre las algas y las peñas.

Y así siguieron trabajando, contra reloj, ateridos y excitados, hasta que entró lady Bailey para llamarlos a cenar.

Cuando Maud tomó el camino de regreso, aquella primera noche, el tiempo estaba ya empeorando. Se cernía un oscuro nublado; entre los árboles se veía la luna llena, que por algún efecto del aire cargado parecía a la vez lejana y como condensada, un objeto redondo, pequeño y mate. Maud atravesó el parque que en gran parte había sido plantado por aquel sir George anterior que estuvo casado con la hermana de Christabel, Sophie, y que era un apasionado de los árboles, árboles de todos los confines de la tierra, el ciruelo de Persia, el roble de Turquía, el cedro del Himalaya, el nogal del Cáucaso y el árbol de Judea. Había tenido el sentido

expansivo del tiempo que tenían los de su generación: había heredado hayas y robles centenarios y había plantado trechos de monte, veredas y matorral que no vería nunca. Por la oscuridad que iba envolviendo el cochecito verde pasaban en silencio gruesos y rugosos troncos, súbitamente monstruosos al cambiar la luz blanca de los faros. En todo el monte circundante había como un crujir de frío, una constricción de texturas, una compresión que Maud había experimentado en sus propios miembros calientes cuando salió al patio y el frío se le coló por la garganta encogida y le apretó algo que ella se imaginó poéticamente como las fibras del corazón.

Por estos caminos había venido Christabel, con un impulso voluntarioso y quizá espiritual, arreando su calesín hacia la eucaristía ritualista del reverendo Mossman. En todo el día Christabel no había sido compañía fácil para Maud, que respondió a las amenazas reforzando su organización: unir, clasificar, aprender. Aquí fuera era distinto. El calesín mental rodaba con su velada pasajera. Los árboles se erguían sólidos; una especie de resonancia elemental acompañaba la desaparición de cada uno en la oscuridad. Eran viejos, eran grises, verdes, duros. Realmente, la verdadera preocupación pastoral de Maud no eran los árboles sino las mujeres. Su idea de estos seres primigenios incluía la sensación generacional de su inminente marchitamiento y muerte, bajo el goteo de la lluvia ácida o las ráfagas invisibles y polutas del viento. Una visión repentina se los representó bailando verdidorados cien años atrás, pimpollos flexibles en una primavera radiante, movidos y elásticos. Este bosque espeso, el automóvil de metal con su ronquido, su curiosidad indiscreta sobre lo que hubiera sido la vida de Christabel, de pronto parecían lo espectral, y su alimento y su vida la vitalidad joven del pasado. Entre los árboles, los redondeles empapados, lacios y brillantes de las hojas muertas ennegrecían la tierra; delante de ella, las mismas hojas negras se extendían como manchas sobre el asfalto giboso. Un animal se cruzó en el camino; sus ojos eran semiesferas de un fuego rojo empañado, que se refractaron, centellearon y desaparecieron. Maud dio un volantazo y estuvo a punto de chocar con un grueso tocón de roble. Ambiguas gotas o copos —¿qué?— se materializaron por un instante en el parabrisas. Maud estaba dentro, y lo de fuera estaba vivo y separado.

Su piso, con su clara e inequívoca limpieza, le pareció más acogedor que nunca, aparte de la presencia de dos cartas cogidas entre los labios del buzón. Tiró de ellas y dio una vuelta por la casa, corriendo cortinas y encendiendo muchas luces. También las cartas eran amenazadoras. Una era azul, y la otra era de ese color pardo comercial con que todas las universidades han reemplazado sus misivas de cartulina blanca timbrada, como parte de la nueva austeridad. La azul era de Leonora Stern. La otra decía ser del Prince Albert College; en otras circunstancias habría supuesto que fuera de Roland, pero Roland estaba aquí. No había estado muy amable con él. Había

estado hasta mandona. Todo el asunto la había tenido con los nervios en tensión. ¿Por qué lo único que era capaz de hacer con soltura y elegancia era trabajar sola, dentro de aquellos muros y cortinas, su caja de seguridad luminosa? Christabel, defendiendo a Christabel, redefinía y alarmaba a Maud.

He aquí una adivinanza, señor, una vieja adivinanza, una adivinanza fácil, que apenas merece que usted piense en ella, una adivinanza frágil, de blanco y oro con vida en medio. Hay un almohadón blando, dorado, cuyo lustre paradójicamente sólo se puede imaginar con los ojos bien cerrados: verlo *palpablemente*, dejar que se deslice entre los dedos de la mente. Y ese almohadón dorado está encerrado en un estuche cristalino, un estuche translúcido e inacabable en su circularidad, porque no tiene ángulos agudos, no tiene salientes, sólo una claridad lechosa, de piedra de luna, que engaña. Y todo ello está envuelto en seda, fina como un vilano, resistente como el acero, y la seda está envuelta en alabastro, que puede usted figurarse como una urna funeraria: pero sin inscripción, porque aún no hay cenizas, y sin frontón, y sin cabizbajas adormideras grabadas, y todavía sin tapa que pueda usted alzar para asomarse, porque todo está sellado y liso. Podrá llegar el día en que pueda usted alzar la tapa impunemente; o más bien, en que pueda ser alzada desde dentro; porque de ese lado puede venir la vida: mientras que de su lado, ya lo verá, sólo la congelación y la mortalidad.

Un Huevo, señor, es la respuesta, como usted perspicuamente leyó desde el principio, un Huevo, una O perfecta, una piedra viva, sin puertas ni ventanas, cuya vida puede dormitar hasta que sea despierta, o descubra que tiene alas que extender; cosa que no sucede aquí, no...

Un Huevo es mi respuesta. ¿Cuál es la adivinanza?

Yo soy mi adivinanza. Señor, no pretenda usted bondadosamente aliviar ni secuestrar mi soledad. Es una cosa que a las mujeres se nos enseña a temer: oh la torre terrible, oh las zarzas que la circundan; no un nido sociable, sino un calabozo.

Pero nos han mentido, sabe usted, en esto como en tantas otras cosas. El calabozo podrá ser severo y amenazador, pero dentro de él estamos muy seguras, dentro de sus confines somos libres de una manera que ustedes, que tienen libertad para correr el mundo, no necesitan imaginar. Ni yo recomiendo imaginarla; pero hágame la justicia de creer —de no tomarlo como protesta mendaz— que mi soledad es mi tesoro, lo mejor que poseo. No me decido a salir. Si

abriera usted la puertecilla, no escaparía; pero, ay, cómo canto en mi jaula de oro...

Romper un Huevo es indigno de usted, no es pasatiempo de hombres. Piense lo que tendría en la mano si empleara su fuerza de gigante y aplastara la sólida piedra. Una cosa resbalosa, fría y desagradable sobre toda ponderación.

Maud se sentía remisa a abrir la carta de Leonora, que tenía un aire imperioso y acusador. Así que en su lugar abrió el sobre pardo, y vio que era peor: era de Fergus Wolff, con quien no había tenido comunicación en más de un año. Una determinada letra puede levantar el estómago al cabo de uno, al cabo de cinco, al cabo de veinticinco años. La letra de Fergus era apretada, como la de muchos hombres, pero con unos pequeños ringorrangos característicos. A Maud se le levantó el estómago: la visión de la cama atormentada se dibujó una vez más en su mente. Se llevó una mano al pelo.

Querida Maud, nunca olvidada, como yo tampoco espero estarlo, del todo. ¿Cómo van las cosas por el húmedo Lincolnshire? ¿Te entristecen los pantanos? ¿Cómo está Christabel? ¿Te agradaría saber que he decidido leer una ponencia sobre Christabel en el congreso de York sobre la metáfora? He pensado hablar sobre La Reina del Castillo: ¿Qué se guarda en el Torreón?

¿Cómo lo ves? ¿Me das tu imprimátur? ¿Podría incluso aspirar a consultar tu archivo?

Trataría de metáforas contrastantes y contrapuestas de las actividades del hada Melusina como constructora de castillos. Hay un texto muy bueno de Jacques Le Goff sobre «Melusine Défricheuse»; según los nuevos historiadores, es una especie de espíritu de la tierra o diosa local de la *foison*, una Ceres en pequeño. Pero también se podría adoptar un modelo lacaniano de la imagen del torreón: Lacan dice «la formación del ego se simboliza en los sueños por una fortaleza o estadio [¿hay estadios en Christabel?...] rodeado de ciénagas y estercoleros... que lo dividen en dos campos de combate enfrentados donde el sujeto vaga en busca del castillo interior, elevado y remoto, cuya forma simboliza el id de forma muy llamativa». Yo podría complicar esto con unos cuantos castillos más, reales e imaginarios; y una alusión cariñosa y respetuosa a tu trabajo seminal sobre el limen y lo liminal. ¿Qué te parece? ¿Colará? ¿Me despedazarán las ménades?

Me he animado a escribirte en parte porque estoy entusiasmado con este proyecto y en parte porque mis espías me dicen que tú y Roland Michell (un contemporáneo mío soso pero honorable) habéis descubierto no sé qué cosa juntos. Mi espía principal, que es una joven que no está demasiado complacida por el giro de los acontecimientos, me dice que estáis pasando el Año Nuevo juntos, investigando conexiones. Como es natural, la curiosidad me corroe. A lo mejor sí me acerco a consultar tu archivo. Me gustaría saber qué piensas del joven Michell. No te lo *comas*, querida Maud. No es de tu clase. Académicamente, quiero decir, como quizá ya habrás descubierto.

Tú y yo, en cambio, podríamos tener una charla delectable acerca de torres sobre y bajo el agua, colas de serpiente y peces voladores. ¿Has leído lo que dice Lacan de los peces voladores y la persecución vesicular? Te echo de menos de vez en cuando. No fuiste del todo buena ni justa conmigo. Ni yo contigo, dirás tú; pero ¿quién lo es? Eres muy *dura* con las deficiencias masculinas.

Por favor, dame luz verde para mi ponencia-asedio.

Con mucho cariño como siempre,
Fergus

Querida Maud:

Estoy extrañada de no saber de ti desde hace quizá un par de meses. Espero que todo vaya bien, y que tu silencio indique únicamente que el trabajo va viento en popa y absorbe toda tu atención. Me preocupo por ti cuando no dices nada; sé que no has sido feliz; pienso con gran cariño en ti y en tus avances.

La última vez que te escribí te decía que quizá escribiese algo sobre el agua y la leche y el líquido amniótico en la *Melusina*: ¿por qué el agua se interpreta siempre como lo *femenino*? Ya hemos hablado de esto. Quiero escribir un estudio largo sobre las ondinas, las náyades y las melusinas, las mujeres vistas como peligrosas, ¿qué te parece? Podría extenderlo a *La ciudad anegada*, con especial hincapié en la imaginería no genital de la sexualidad femenina; tenemos que salir del coño lo mismo que del falo; las mujeres ahogadas de la ciudad podrían representar la totalidad del cuerpo femenino como zona erógena si el líquido circumbiente se viera

como un erotismo indiferenciado, y esto quizá se podría poner en relación con la totalidad erótica de la mujer/dragón que mueve las aguas de la gran bañera de mármol, o que *sumerge su persona* en ella, según la reveladora descripción de LaM. ¿Qué piensas tú, Maud?

¿Estarías dispuesta a leer una ponencia en la reunión australiana de la Sociedad Sáfica en 1988? Yo pensaba que dedicáramos enteramente esa sesión al estudio de lo erótico femenino en la poesía del siglo XIX, y las estrategias y subterfugios que tuvo que emplear para presentarse o descubrirse. Tú podrías extender tus ideas sobre la liminalidad y la disolución de los límites; o quizá te interesaría llevar adelante con más rigor tu exploración de la sexualidad lesbiana de LaMotte como fuerza impulsora de su obra. (Acepto que sus inhibiciones la hacían típicamente tortuosa y reticente; pero tú no aprecias suficientemente la fuerza con que de todos modos, aunque sea de manera oblicua, *se manifiesta*.)

Me acuerdo muy a menudo del breve tiempo que pasamos juntas en el verano. Pienso en nuestras largas caminatas por los Wolds y las veladas en la biblioteca, y en las bolas de auténtico helado americano junto a tu chimenea. Eres tan atenta y tan dulce; me hacías sentirme como si entrara a saco en tu frágil entorno, derribando los biombos y tabiques de tu intimidad inglesa. Pero no eres feliz, ¿verdad, Maud? Hay un vacío en tu vida.

Te sentaría bien venir por aquí y experimentar los febriles furores de los Estudios sobre la Mujer Americana. Yo te encontraría un puesto cuando quisieras, no habría ningún problema. Piénsatelo.

Mientras tanto, ve a llevar un recuerdo mío a Su tumba; usa las tijeras de podar si tienes tiempo o ganas; me indignó ver aquel abandono. Pon más flores en mi nombre, para que la hierba las beba; su lugar de reposo me resultó insoportablemente conmovedor. Ojalá, pensé, pudiera haber previsto que iba a ser amada como debía serlo.

Y para ti, todo mi amor; y esta vez esperando respuesta,

Tu
Leonora

Esta carta planteaba y aplazaba un problema moral: ¿cuándo y en qué medida era prudente o decente contarle a Leonora el descubrimiento? No le gustaría demasiado. No le gustaba R. H. Ash. Le gustaría aún menos verse en la posición de no haber sido informada, si confiadamente seguía escribiendo artículos sobre la sexualidad de

Christabel. Se sentiría traicionada; sería una traición a las hermanas.

En cuanto a Fergus. En cuanto a Fergus. Tenía una costumbre que Maud no era lo suficientemente experta para reconocer como común en ex amantes, de dar tironcitos de los hilos cuidadosamente seccionados, de araña o de marioneta, que en otro tiempo la ataron a él. La molestaba aquella propuesta de ponencia-asedio, sin saber hasta qué punto estaba fabricada *ad hoc* para molestarla. La molestaba también su alusión arcana a Lacan, peces voladores y persecución vesicular. Decidió tratar de localizarla —el método era su defensa contra la ansiedad—, y efectivamente la encontró.

Recuerdo el sueño de uno de mis pacientes, cuyas pulsiones agresivas adoptaban la forma de fantasías obsesivas; en el sueño se veía conduciendo un automóvil, acompañado por una mujer con la que estaba teniendo una relación bastante difícil, perseguido por un pez volador, cuya piel era tan transparente que a lo largo del cuerpo se le veía el nivel horizontal del líquido: una imagen de persecución vesicular de gran claridad anatómica.

En la visión interior volvió a dibujarse la cama atormentada, como huevos batidos, como nieve sucia.

Fergus Wolff parecía estar levemente celoso de Roland Michell. Era ingenioso, aunque obvio, describirse como «no de su clase». Aunque Maud se diera cuenta de la transparencia del recurso, el marchamo quedaría puesto. Y Maud *sabía* que Roland no era de su clase. Debería haber sido menos hosca. Era un ser amable e inofensivo. Sumiso, pensó soñolienta mientras apagaba la luz. Sumiso.

Al día siguiente, cuando iba hacia Seal Court, vio que los *wolds* estaban nevados. No nevaba entonces, aunque el cielo sí estaba cargado de nieve, como un peltre homogéneo pesante sobre las aéreas colinas blancas que se empinaban hasta él, de modo que también aquí el mundo parecía estar del revés, aguas negras sobre un cerco de nubes. Todos los árboles de sir George tenían colgaduras fantásticas de hielo. Tuvo el capricho de aparcar fuera del patio y asomarse al jardín de invierno, hecho para Sophie Bailey y muy querido por Christabel LaMotte. Lo vería como había que verlo, y atesoraría el recuerdo para compartirlo con Leonora. La tierra crujía bajo sus pies según fue contorneando la tapia del huerto y siguiendo después una avenida de tejos, festoneados de nieve, hasta donde los apretados arbustos de hoja perenne —acebo, rododendro, laurel— cerraban un espacio en forma de trébol, en cuyo centro estaba el estanque donde Christabel había visto los peces de oro y plata congelados, puestos allí como destellos de color en la oscuridad: *genios raudos del lugar*, había escrito. Había un asiento de piedra, con un redondeado almohadón de nieve que Maud no tocó. La quietud era absoluta. Estaba empezando a nevar otra vez. Maud agachó la

cabeza con la voluntariedad consciente del gesto, y pensó en Christabel, allí, mirando aquella superficie helada, oscuramente fulgurante bajo grumos de nieve que el viento había empujado.

Dos peces juegan en el estanque,
argento y gules.
En el verano son sus reflejos
cielos azules.

De ojos abiertos, la oscura noche
del lento invierno
son dos cristales de sangre y plata,
sueño suspenso.

¡Oh, muda imagen del fuego frío,
del yerto anhelo:
vida en la muerte, que no respira
hasta el deshielo!

¿Habría peces? Maud se asomó al borde del estanque, dejando al lado la cartera sobre la nieve, y con mano enguantada y elegante apartó los copos que cubrían el hielo. El hielo era rugoso, tenía burbujas e impurezas. Lo que hubiera debajo no se veía. Maud movió la mano en pequeños círculos, puliéndolo, y en el metal oscuro de la superficie vio un rostro de mujer pálido y fantasmal, el suyo, barrado como la luna bajo nubes aborregadas, que la miraba fluctuante. ¿Habría peces? Se inclinó. Una figura se dibujó negra sobre la blancura, una mano tocó su brazo con un golpe terrible, una descarga eléctrica inesperada. Era el sumiso Roland. Maud dio un grito. Y dio un segundo grito, y se enderezó furiosa.

Se miraron echando chispas.

—Lo siento.

—Lo siento.

—Creí que te caías.

—No sabía que hubiera nadie.

—Te he asustado.

—Y yo te he desconcertado.

—No importa.

—No importa.

—Venía siguiendo tus huellas.

—Yo vine a ver el jardín de invierno.

—Lady Bailey estaba preocupada pensando que hubieras tenido un accidente.

- No había tanta nieve.
- ¿Entramos?
- No pretendía molestarte.
- No importa.
- ¿Hay peces?
- Lo único que se ven son imperfecciones y reflejos.

Las horas de trabajo que siguieron fueron horas taciturnas. Agachaban las cabezas diligentemente —lo que leyeron se verá después— y las alzaban para mirarse casi ceñudos. Nevaba y nevaba. El blanco césped subía hasta el ventanal de la biblioteca. Lady Bailey entró con el café rodando silenciosa, en un aposento paralizado por el frío y lleno de una especie de claridad gris.

Salchichas, puré de patata y nabos machacados con mantequilla y pimienta, tomados en torno al fuego vivo de la chimenea, de rodillas, dando la espalda a la ventana, que tenía un color gris pizarra moteado de blanco. Sir George dijo:

—¿No debería usted salir ya para Lincoln, señorita Bailey? Seguro que no lleva cadenas. Los ingleses no las llevan nunca. Cualquiera diría que no han visto nevar en su vida, por cómo se ponen cuando caen cuatro copos.

—Yo creo que la doctora Bailey debe quedarse aquí, George —dijo su mujer—. No me parece prudente que *intente* siquiera abrirse camino por los *wolds* con lo que está cayendo. Podemos hacerle la cama en la antigua *nursery* de Mildred. Yo le puedo prestar alguna cosa. Ahora mismo deberíamos hacer la cama y meterle unas bolsas de agua caliente. ¿No le parece, doctora Bailey?

Maud dijo que tenía que irse y lady Bailey dijo que de ninguna manera, y Maud dijo que no debería haber venido y lady Bailey dijo que qué tontería, y Maud dijo que era una imposición y sir George dijo que disquisiciones aparte Joanie tenía razón y que él iba a subir a ocuparse de la cama de Mildred. Roland se ofreció a ayudar y Maud dijo que estaría bueno, y sir George y Maud subieron a buscar sábanas mientras lady Bailey llenaba una pava. Había tomado gran simpatía a Roland y le llamaba por su nombre, mientras que a Maud seguía llamándola «doctora Bailey». Camino de la cocina alzó la cara para mirarle; el calor del fuego le había marcado más las manchas marrones del cutis.

—Espero que a usted le parezca bien, que no le moleste que se quede. Espero que no se hayan peleado ni cosa por el estilo.

—¿Cómo?

—Usted y su amiga, o su novia, o lo que sea.

—Ah, no. No, no nos hemos peleado. Ni tampoco es...

—¿Qué?

—Mi... novia. La conozco muy poco. Ha sido..., es una cosa... puramente profesional. Debido a Ash y LaMotte. Yo tengo novia en Londres. Se llama Val.

Lady Bailey no mostró ningún interés por Val.

—Es una mujer guapa, la doctora Bailey. Reservada o tímida, o quizá las dos cosas. Es lo que mi madre llamaba persona de poco calor. Mi madre era del Yorkshire. No hacendada. No de la clase alta.

Roland sonrió.

—Yo compartía la institutriz con unas primas de George, para hacerles compañía. Sacaba a hacer ejercicio a sus ponies mientras ellas estaban en el colegio. Rosemary y Marigold Bailey. Se parecían algo a su Maud. Así fue como conocí a George, y se empeñó en casarse conmigo. George consigue todo lo que se propone, como usted ve. Así fue también como empecé a cazar. Y acabé debajo de un caballo al pie de un seto cuando tenía treinta y cinco años, y por eso estoy así.

—Ya veo. Romántico. Y terrible. Lo lamento.

—No me apaño demasiado mal. George es un santo. Acérqueme esas bolsas. Gracias.

Las llenó con pulso firme. Todo estaba diseñado para su comodidad: la pava, el apoyo para la pava, el sitio donde aparcar y asegurar la silla.

—Quiero que estén ustedes cómodos. George se avergüenza de que vivamos así, siempre ahorrando y escatimando, porque la casa y la finca literalmente se comen el dinero, sólo en conservación y prevención de averías. No le gusta que venga nadie y vea cómo está todo. Pero a mí me encanta tener alguien con quien hablar. Me gusta verlos a ustedes ahí trabajando. Confío en que les esté siendo útil. No dicen gran cosa. Espero que no se *congelen* en esa habitación tan grande y llena de corrientes.

—Un poco. Pero a mí me encanta, es muy bonita... Y aunque hiciera el doble de frío valdría la pena. Aún es pronto para decir nada del trabajo. Más adelante. Yo nunca olvidaré la lectura de esas cartas en un sitio tan bonito.

El dormitorio de Maud —la antigua *nursery* de Mildred— estaba al otro extremo del corredor a donde daban el cuartito de invitados de Roland y un majestuoso cuarto de baño gótico. Nadie explicó quién era o había sido Mildred; su *nursery* tenía una chimenea de piedra de fina talla, y ventanas de profundo derrame en el mismo estilo. Había una cama grande de madera, con un colchón bastante alto de crin y cutí: Roland, al entrar con un brazado de bolsas de agua caliente, se acordó por segunda vez de la Princesa de Verdad y el guisante. Sir George apareció con uno de esos platos de cobre que llevan dentro un grueso estamen de fuego eléctrico, y lo orientó hacia la cama. Los armarios cerrados con llave revelaron en su interior mantas y un montón de juguetes y vajilla infantil de los años treinta, mantelitos de hule con

dibujos del Old King Cole, una lamparilla de noche con una mariposa, un plato grande con la Torre de Londres y un *beefeater* descolorido. Otro armario reveló una colección de libros de Charlotte M. Yonge y Angela Brazil. Sir George reapareció, azarado, con un camisón de franela color de rosa y un quimono bastante espléndido, azul pavo real, bordado con un dragón chino y una bandada de mariposas en plata y oro.

—Mi mujer espera que estas cosas le resulten cómodas. Tengo también un cepillo de dientes sin estrenar.

—Son ustedes muy amables. He sido una tonta —dijo Maud.

—Quizá habría que haber pensado que sería mejor otra época —dijo sir George. Y los llamó, complacido, a la ventana.

—Pero miren, miren. Miren cómo están los árboles, y cómo cae sobre el *wold*.

La nieve caía con gran regularidad por el aire en calma, silenciosa y devoradora; ya en las colinas se borraban las distinciones de salientes y contornos, y los árboles sostenían el peso de capas y mantas de suave brillo y curvas simples. Todo era un cerco sobre la casa de la hondonada, que parecía estar relleniéndose. Los jarrones del jardín, coronados de blanco, se hundían lentamente, o así parecía, en el manto cada vez más alto.

—Mañana tampoco podrá usted salir —dijo sir George—. Como no sea que venga el quitanieves, y el concejo no se decidirá a sacarlo mientras no escampe y merezca la pena. Yo confío en no quedarme sin comida para el perro.

Por la tarde leyeron sin interrupción y con más sorpresa. Cenaron con los Bailey junto al fogón de la cocina, bacalao congelado con patatas fritas y un budín de vainilla bastante bueno. Habían acordado, sin discutirlo realmente, esquivar de momento las posibles preguntas sobre las cartas. «¿Qué, valen algo en su opinión o más bien nada?», preguntó sir George. Roland dijo que no sabía nada de su valor, pero que ciertamente tenían interés. Lady Bailey pasó al tema de la caza, que debatió con Maud y su marido, y Roland quedó absorto en un oído interior lleno de fantasmas verbales y el tintineo de su cuchara.

Subieron a acostarse pronto, dejando a sus anfitriones en sus dominios del piso bajo, ya calentado por zonas, a diferencia de la gran escalera y el largo corredor donde iban a dormir. Por los peldaños de piedra parecía derramarse un aire frío como nieve de seda. El corredor estaba pavimentado con baldosas de color bronce y azul pavo, con un dibujo esquemático de lirios y granadas, ahora suavizado por una capa de polvo blanquecino. Sobre ellas se habían tendido unas esteras largas y arrugadas, de un material semejante a lona —«¿droguete?», se dijo la mente obsesionada por las

palabras de Roland, que había encontrado aquélla en los poemas de R. H. Ash, cuando un personaje, un sacerdote fugitivo, «pisaba de puntillas el droguete, y la piedra con paso acelerado», antes de ser sorprendido por la señora de la casa. El camino era claro, amarillento; aquí y allá, un resbalón reciente había quitado el velo de polvo, dejando al descubierto el brillo de las baldosas.

En lo alto de la escalera Maud se volvió hacia él decidida e inclinó la cabeza con gesto ceremonioso.

—Buenas noches, pues —dijo. Su fina boca tenía una expresión severa. Roland había supuesto vagamente que ahora que estaban juntos podrían, o deberían, comentar sus progresos, comparar notas y descubrimientos. Era casi un deber académico, aunque de hecho él se sentía cansado, por la emoción y por el frío. Maud llevaba entre los brazos una pila de carpetas, apretada contra su pecho como una coraza. Había en su mirada una desconfianza automática que a él le resultó ofensiva. Dijo «Buenas noches», y giró hacia su lado del corredor. La oyó taconear a sus espaldas por la oscuridad. El corredor estaba mal iluminado; había unos manguitos de incandescencia seguramente inoperantes, y dos miserables bombillas de sesenta vatios con vulgares viseras metálicas de taberna. Entonces Roland cayó en la cuenta de que habría estado bien acordar con Maud el uso del cuarto de baño. Supuso que lo cortés sería esperar a que pasase ella primero. El corredor estaba tan frío que no le daban ningunas ganas de pasearse por él ni esperar a pie firme en pijama. Decidió dar a Maud sus buenos tres cuartos de hora, tiempo de sobra para cuantas abluciones femeninas pudieran llevarse a cabo con agua casi helada. Mientras tanto leería a Randolph Henry Ash. Leería, no sus notas sobre las cartas, sino la Batalla de Thor y los Gigantes del Hielo en *Ragnarök*. En su habitación hacía un frío mortal. Roland se hizo un nido de edredones y colchas viejas, todas sembradas de floripondios azules, y se sentó a esperar.

Cuando salió por el corredor en silencio, pensó que había hecho lo inteligente. Entre la pesada puerta y su arco de piedra no se veía luz. No se oían chapoteos ni correr de agua. Entonces le asaltó la duda de si el cuarto de baño estaría, efectivamente, vacío: ¿cómo iba a traspasar ningún sonido aquel roble macizo? No quería llamar a la puerta y encontrársela cerrada: sería molesto para ella y para él. Así que hincó una rodilla en el hipotético droguete y pegó un ojo al enorme agujero de la cerradura, que le hizo un guiño y se desvaneció desconcertantemente en el mismo momento en que la puerta se abría y un vapor húmedo y fresco llenaba el aire frío. Maud casi se derrumbó sobre él; le echó una mano a un hombro para sujetarse, y él alzó una mano y asió una cadera estrecha bajo la seda del quimono.

Y lo sintió: lo que Randolph Henry Ash había llamado *el espasmo galvánico*, conmocionante como la descarga que asesta la morena, desde debajo de su roca, al confiado explorador marino. Roland se puso en pie como pudo, agarrándose un

instante a la seda y soltándola como si le picara. Maud tenía las manos rojas y un poco húmedas; las puntas del pálido pelo estaban húmedas también. Roland vio que se lo había soltado, que le caía sobre los hombros y el cuello, oscilando sobre su cara, que sumisamente imaginó enfurecida, y que al mirar vio simplemente asustada. ¿Era sólo que *emitía* la descarga eléctrica, pensó, o la sentiría ella también? Su cuerpo sabía perfectamente que ella la había sentido. Pero Roland no se fió de su cuerpo.

—Estaba mirando a ver si había luz. Para no molestarte si estabas dentro.

—Comprendo.

También el cuello de seda azul estaba húmedo. En aquella media luz, la prenda entera parecía empapada, con todos los arroyos de seda enroscados al cuerpo de Maud por el nudo ferozmente eficiente con que se había atado el cinturón. Más abajo de la seda se veían el bajo mundano y arrugado de la franela rosa y unos pies finos en zapatillas.

—Estuve un rato esperando a que *tú* usaras el cuarto de baño —dijo ella, conciliadora.

—Yo también.

—No pasa nada —dijo ella.

—No.

Ella le tendió la mano mojada. Él la tomó y sintió su frío, y algo que cedía.

—Buenas noches, pues —dijo ella.

—Buenas noches.

Pasó al cuarto de baño. El largo dragón chino se alejó oscilando pálidamente, en su fondo de aguamarina, sobre las movedizas esteras, bajo la pálida cabellera y su fulgor frío.

Dentro del cuarto de baño, pequeñas ráfagas de vapor tachonaban el lavabo, pequeños restos de agua, y una huella de pie larga y mojada en la alfombrilla daba prueba de que ella había estado allí. El cuarto era cavernoso, hecho no se sabía cómo entre las vigas del tejado, que bajo su inclinación dejaban una especie de búnquer en el que se amontonaban quizá treinta o cuarenta jarros y jofainas de otros tiempos, moteados de capullos de rosa rojos, festoneados de madreselva, salpicados de grandes ramilletes de albarraz y flox. La bañera, alta y monumental, se alzaba en el mismísimo centro sobre garras leoninas, como un sarcófago de mármol coronado por enormes grifos de latón. Con aquel frío no había ni que pensar en usarla; en cualquier caso habría tardado una eternidad en llenarse. Roland estaba seguro de que ni la escrupulosa Maud lo habría intentado; a juzgar por sus huellas húmedas en la alfombrilla de corcho, se había lavado a fondo en el lavabo. El lavabo y el retrete, que aparecía entronizado sobre su pedestal particular en un rincón de la estancia, eran ingleses y florales, y extasiaban a Roland, que jamás había conocido nada semejante. Ambos eran de cerámica vidriada sobre una abundancia desmedida de flores inglesas

cuya disposición, en ramitos enredados y laberínticos o pequeños grupos, parecía totalmente fortuita y natural, sin repetición discernible. Roland llenó el lavabo: bajo la superficie turbia del agua había agavanzos, ranúnculos, amapolas y campanillas, una ribera a la inversa, semejante a la de Titania, si no a la caótica de Charles Darwin. La decoración del retrete era un poco más ordenada que la del lavabo: guirnaldas en disminución y ramilletes dispersos en cascada sobre líneas de culantrillo. El asiento era majestuoso, de madera de caoba escuadrada. Parecía sacrílego emplear una cosa tan bella para su objeto propio. Roland supuso que Maud conocería de antes esa clase de instalaciones y no se habría dejado impresionar por su esplendor. Se lavó, de prisa y tiritando, sobre guiños de amapola y aciano azul, y en la ventana de vidrios de colores el hielo se resquebrajó y se volvió a soldar. Había sobre el lavabo un espejo dorado en el que imaginó a Maud examinando su perfección; su propia oscuridad peluda era sólo una sombra de él. Lo sintió un poco por Maud; tenía muy claro que ella no habría podido captar igual el romanticismo de aquel cuarto de baño.

De vuelta en su dormitorio se asomó a contemplar la noche desde la ventana. Los árboles de alrededor, que la víspera eran oscuros, tenían una blancura suave y luminosa; delante de la ventana los copos de nieve se hacían visibles al atravesar el cuadrado de luz. Debería haber cerrado las cortinas contra el frío, pero no se podía privar de aquella rareza. Apagó la luz y vio cómo todo se teñía de gris —de muchos grises, plata, peltre, plomo— a la luz de la luna de repente visible, bajo la cual la nevada era a la vez más espesa, más viva y más lenta. Se puso el jersey y los calcetines, se encaramó a la estrecha cama y se hizo una rosca como la noche anterior. Nevaba. Se despertó de madrugada, de un sueño de gran violencia y belleza que entroncaba en parte con su primitivo temor infantil a que algo subiera por el sifón del retrete y le atacara. Soñó que estaba envuelto y enredado por todas partes en una cuerda retorcida y aparentemente inacabable de lienzo brillante y agua corriente, decorada con coronas y guirnaldas y ramilletes de flores de todas clases, reales y artificiales, bordadas o pintadas, bajo la cual había algo que aferraba o escapaba, se acercaba o se escurría. Cuando quería tocarlo, no estaba; cuando intentaba levantar un brazo o una pierna, aquello se lo impedía agarrándose, enroscándose. Él tenía la visión microscópica del soñador de grandes sueños; podía recrearse en un aciano, o examinar un agavanzo, o perder el sentido de la forma en las complicaciones de un culantrillo. Aquella cosa del sueño olía a húmeda, pero al mismo tiempo era un olor bueno y cálido, un olor a heno y miel y anticipo de verano. Algo pugnaba por salir, y al moverse él por el suelo de la habitación del sueño aquella cola cada vez más intrincada le seguía, estorbando y a la vez creciendo en longitud y en pliegues envolventes. Su mente dijo: «Está chorreando» con la voz de su madre, con desaprobación y al mismo tiempo preocupada por aquella cosa, y se dio cuenta de

que la cosa parecía como si se retorciera unas manos veladas al tiempo que se debatía con su envoltura. Su mente dijo un verso: «Aunque caiga la nieve», y su alma entera se dolió de no poder acordarse de por qué era tan importante aquel verso, que había oído pero ¿dónde, cuándo?

CAPÍTULO IX

EL UMBRAL

La anciana despidió al Doncel cortésmente, aunque con pocas palabras, y le indicó el camino a la frontera, diciéndole que siguiera la senda con valentía, sin desviarse a derecha ni izquierda, aunque alguien le llamara y le hiciera señas seductoras, y aunque de cuando en cuando viera luces maravillosas, porque aquella comarca estaba encantada. Acaso divisara prados o fuentes, pero debía seguir por el camino pedregoso, le dijo, aparentemente sin mucha fe en la fuerza de su resolución. Pero el Doncel dijo que quería llegar al lugar del que su padre le hablara, y quería ser fiel y leal en todo, y que confiara en él. «En cuanto a eso», dijo la vieja, «a mí tanto me da que las damas blancas te piquen los dedos, o que los duendes holgazanes del tremedal se disputen los deditos de tus pies. Demasiado he vivido para preocuparme mucho por la suerte que corra un buscador o el otro: unos huesos blanqueados valen para mis viejos ojos lo mismo que un príncipe radiante en su cota de malla. Si vienes, vendrás; si no, veré parpadear el fuego de las damas blancas en el yermo.» «Te doy las gracias de todos modos por tu cortesía», dijo el ceremonioso Doncel; a lo que ella respondió: «Cortesía es mucho decir. Andando, antes de que me den las ganas de burla.» Él no quiso imaginarse en qué podían consistir aquellas ganas, así que picó espuelas a su buen caballo y allá se fueron los dos galopando por la senda pedregosa.

Dura fue la jornada. El yermo y el páramo eran una maraña de senderos polvorientos, que serpeaban entre los brezos y los helechos y los pequeños enebros con sus raíces colgantes. No había un camino sino muchos, todos entrecruzados como las grietas de un jarro cascado, y él fue siguiendo primero uno y después otro, escogiendo el más recto y más pedregoso y siempre yendo a parar, bajo el sol abrasador, a otra encrucijada como la que acababa de dejar atrás. Al cabo de un tiempo decidió marchar siempre con el sol a la espalda; así por lo menos obraría con método; aunque preciso es decir, queridos lectores, que cuando tomó esa decisión no tenía ya sino una idea muy vaga de dónde quedaba el sol al comienzo de su aventura. Así también sucede muchas veces en la vida. Nos decidimos a ser metódicos y ordenados demasiado tarde, con fundamento insuficiente y tal vez en dirección errada. Así le aconteció al pobre Doncel, pues al anochecer se encontró, aparentemente, en el mismo punto de donde había partido. No había visto ni damas blancas ni duendes del tremedal, aunque sí había oído cánticos al otro extremo de caminos

rectos y arenosos que había desechado, y había visto caídas y saltos fugaces de animales en mares de helechos y hierbas del páramo. Creyó reconocer los espinos corcovados, y seguramente era verdad; estaban allí dispuestos en triángulo, como estaban al amanecer; pero de la cabaña de la vieja no había rastro. El sol declinaba deprisa sobre el confín de la llanura; él picó un poco al caballo, con la esperanza de haberse equivocado, y a poca distancia vio delante de sí una avenida de piedras puestas de pie, que no recordaba haber visto antes, a pesar de que hubiera sido bien difícil no verlas, aun a la luz crepuscular. Al fondo de la avenida había un edificio o construcción, con una puerta entre postes enormes, un pesado dintel de piedra y otra piedra que marcaba el umbral. Y más allá la oscuridad creciente. Y de esa oscuridad salieron a su encuentro tres damas hermosísimas, caminando con paso altivo entre las piedras, y cada una de ellas traía ante sí una arqueta cuadrada sobre un cojín de seda. Mucho se maravilló él de no haberlas visto venir en el ocaso, y receló, diciéndose para sí: «Puede que sean éstas las damas blancas quebrantahuesos de quienes habló la anciana tan a la ligera, que vienen a apartarme de mi camino cuando se apaga la luz del mundo.» Ciertamente eran hijas de la oscuridad, pues parecía como si cada una de ellas creara una luz propia al caminar, un resplandor trémulo, fluctuante y refulgente, que era muy bello a la vista.

La primera venía en una claridad dorada, dejando ver los pies calzados con chapines de oro bajo un vestido lujoso y rígido de brocado de oro y toda clase de bordados de hilo de seda. El cojín que portaba era de tisú de oro, y la arqueta brillaba como el propio sol poniente, con ricas cinceladuras y calados de oro.

La segunda emanaba una claridad plateada como la de la luna, y los chapines de sus pies eran como briznas de luna, y todo su plateado vestido hallábase cuajado de arcos y redondeles luminosos de argéntea luz; la envolvía un brillo frío pero intenso, que embellecía con la mayor hermosura la superficie pulida de la arqueta de plata que portaba sobre un brocado del mismo metal, cuyos hilos eran como agujas de pura luz blanca.

La tercera era oscura junto a las otras dos, y tenía un lustre amortiguado, como el de una armadura bruñida y usada, como el de la parte inferior de las nubes altas cuando ocultan la verdadera luz que imparte un brillo prestado a su acerada grisura. Animábase su vestido con luces lentas como agua quieta bajo las estrellas pero a la sombra

de grandes árboles, y los chapines de sus pies eran de suave terciopelo; y, a diferencia de las otras, llevaba el cabello recogido tras un velo. Y las dos primeras sonrieron al Doncel al salir de las sombras de la piedra en sus brillantes cercos de trémula luz. Sólo la tercera bajó los ojos con modestia, y el Doncel vio que sus labios eran pálidos, sus párpados lánguidos y oscuros y veteados de venas violáceas, y sus pestañas como plumosas alas de mariposa crepuscular en sus mejillas sin color.

Y pareció como si al hablarle lo hicieran con una sola voz que contenía tres tonos, el de un clarín sonoro, el de un oboe aterciopelado, el de una flauta susurrante.

—No puedes seguir adelante por aquí —dijeron—, porque esto es el confín de las cosas, y más allá es otro país. Pero si quieres puedes escoger por guía a una de nosotras, y aventurarte a seguir. O puedes retroceder si quieres, sin deshonor, y volver a probar suerte en la llanura.

Y él les respondió cortésmente que siguieran hablándole, pues no había hecho tanto camino y tan cansado para darse la vuelta. Además, tenía encomendada por su padre una misión, que no podía revelar en aquel lugar.

—La conocemos ya —dijeron las tres damas—. Hace mucho tiempo que te esperamos.

—¿Cómo podré saber, pues —dijo el Doncel, con gran osadía y en tonos del más humilde respeto—, que no sois esas damas blancas de las que se habla con tal temor y reverencia en las aldeas por donde he pasado?

Ellas entonces se echaron a reír con risa aguda, grave, clara y susurrante, y dijeron que mucho ponían en duda tanta reverencia cuando se hablaba de aquéllas; pero que sobre las damas blancas había mucha superstición y error entre el pueblo llano, a quien quizá no debiera él dar demasiado crédito.

—En cuanto a nosotras —dijeron—, has de tomarnos como nos encuentras, y juzgar de nosotras por lo que ves, qué somos o qué podemos ser para ti, como ha de hacer todo hombre de firme valentía y visión clara.

Entonces él, no sabiendo antes de hablar que hubiera resuelto aventurarse, sino como si una voz hablase por él, dijo:

—Haré la prueba.

—Pues escoge —dijéronle ellas—, y escoge bien, porque en tu

mano están los extremos de la dicha y del dolor.

Y desfilaron ante él una tras otra, cada una en su pequeña jaula de luz, como candelas que proyectaran los rayos de su gloria a un corto trecho, a través de las paredes de un fanal. Y cada una conforme pasaba iba cantando, y a su voz sonaban instrumentos invisibles con delicioso gemido. Y los últimos rayos del sol sanguinolento tiñeron de gris las piedras puestas de pie sobre el gris del cielo.

Pasó primero la dama de oro, con paso altivo y sobre su cabeza una corona de oro regia, una torrecillaafiligranada de destellos de sol vacilantes y alambres relucientes sobre crespos rizos de oro cargados de riquezas como el mismísimo vellocino. Resueltamente sostenía ante sí la arqueta de oro, y la arqueta emitía tales rayos que los ojos del Doncel quedaron por un instante deslumbrados, y tuvo que bajar la vista al gris brezal.

Y ella cantó:

Mía es la tierra,
mío es el trigo
y el trono de oro
que has merecido.
En mi regazo
lleno de flores
tendrás un reino
de altos honores.

Y él podría haber extendido las manos y calentarlas, en aquel crepúsculo frío, con el fuego y el esplendor que derramaba ella al pasar. Y el Doncel pensó que ofrecía la felicidad, pero aun así dijo:

—Las veré a todas antes de hablar.

Pasó entonces la dama de plata, en cuya pálida frente fulgía pálidamente una media luna blanca, iba envuelta en velos salpicados de plata que mantenían un trémulo movimiento perpetuo en torno a su figura, de suerte que era como una fuente andante, o un huerto florecido bajo la luna, que de día quizá haya estado, rubicundo y caliente para los besos de las abejas, pero de noche yace abierto, todo blanco a la luz fresca y secreta que lo bendice sin ajarlo ni madurarlo.

Y cantó:

Mía es la noche,
lugar secreto

del largo abrazo
y amante encuentro.
Negras tinieblas,
besos de plata:
olvida el mundo,
tu dicha alcanza.

Y pensó el Doncel que aquella dama conocía su alma secreta, y hubiera tendido los brazos hacia ella con anhelo, porque en su interior le hacía ver una ventana cerrada en una alta torre, y un lecho privado entre cortinas donde él sería lo que era por entero. Pues era a sí mismo, sin duda, lo que le ofrecía, como la otra le ofrecía la tierra soleada. Y dio la espalda a la dama de oro y hubiera tomado a la de plata, pero la cautela, o la curiosidad, le contuvo, porque pensó que aún quería ver qué podía ofrecer la oscura última, en comparación con sus dos dulces hermanas.

Y pasó la tercera, casi arrastrándose, sin danzar ni dar pasos largos, sino moviéndose imperceptiblemente como una sombra ante su vista, en un cerco quieto de suave luz. Y sus vestidos no centelleaban ni rutilaban, sino que le caían en largos pliegues pálidos, acanalados como mármol esculpido, con profundas sombras violáceas, en cuyo seno había también una suave luz. Y su rostro iba inclinado en sombras, porque no miraba al Doncel, sino a la arqueta de plomo mate, pálida a más no poder, y aparentemente sin bisagra ni cerradura, que llevaba acunada delante de sí. Una diadema de adormideras blancas le ceñía las sienes, y sus pies calzaban chapines de seda silenciosos como telas de araña, y su música era una sola nota, un trino que no era de este mundo, ni alegre ni triste, como una llamada.

Y cantó:

No está en la carne
ni está en el fuego,
no está en la acción
tu hondo deseo.
Vente conmigo:
en mi remanso
crece la hierba
que da el descanso.

Entonces sí que al Doncel se le oprimió el corazón, porque era la

Hierba del Descanso lo que su padre tanto ansiaba que le llevase, para poner fin, como sólo con ella podía ponerlo, a su larga agonía. Y el corazón del Doncel se rebeló un poco, porque no quería renunciar a la opulenta luminosidad de la dama de oro, ni a la bella claridad de la de plata, por la suavidad, la quietud y la mirada baja de aquella tercera semiinvisible. Y vosotros sabéis, como yo sé, ¿verdad, queridos niños?, que a la fuerza tenía que elegir a esta última, y la arqueta de plomo, porque la sabiduría de todos los cuentos nos lo dice, y la última hermana siempre es la que vale, ¿no es así? Pero tengamos un momento de sincero pesar por las dichas de plata que el Doncel hubiera preferido, y por la tierra soleada y florida que es lo que yo en secreto prefiero, y luego sigamos decorosamente como es nuestro deber, porque ya el Doncel toma la suave mano de la tercera, como mandan su destino y la voluntad de su padre, y dice, así como pensativo: «Iré contigo.»

Algún día lo escribiremos de otra manera, que no quiso ir, que se quedó, o eligió a las centelleantes, o se volvió otra vez a los páramos para vivir libre del destino, si tal cosa es posible. Pero ahora tenéis que saber que el final fue el que tenía que ser, ¿verdad que sí? Porque así de fuerte es la fatalidad en los cuentos.

Pues bien, la dama tomó la mano del Doncel con suavidad, y el tacto de sus dedos frescos era el beso de mariposas crepusculares o la sábana fresca después de un día de duros trabajos; y volvió hacia él su rostro, y alzó aquellos párpados y le miró, y entonces le vio el Doncel los ojos. ¿Qué puedo yo decir de aquellos ojos, sino que al mirar en ellos el Doncel se perdió, y ya no vio más el yermo, ni a las otras dos criaturas luminosas que daban vueltas y vueltas en sus jaulas de luz, ni siquiera a su leal corcel, que había venido con él, dando saltos y cansado, hasta el confín del mundo conocido? Si pretendiera describirlos...; pero no, no puedo; y el caso es que debo, porque soy vuestra cronista y estoy obligada a relataros, ¿qué? Imaginaos, pues, dos estanques gemelos a medianoche, iluminados no por ningún brillo exterior sino desde lo hondo, un destello, una promesa, lúcida a través de una negrura de endrino profunda y más profunda. Imaginaos, pues, cuando ella giró levemente la cabeza, una negrura no en el fondo azulada, como la de esas bayas negras, sino muy débilmente parda, la negrura tibia de la piel de la pantera, quieta, esperando, salida de un rayo de luna.

—Iré contigo —dijo el Doncel por segunda vez, y ella le dijo con

gran suavidad, inclinando la cabeza con un gesto como de obediencia:
«Ven, pues.»

Y le llevó adelante, por encima y por debajo del umbral de las piedras puestas de pie, y su caballo relinchó alarmado, pero él siguió adelante sin oírle. Y aunque las piedras parecían sencillas en medio del páramo, que parecía vagamente prolongarse al otro lado como antes, halló el Doncel que no había tal, sino que más allá del dintel había un camino que descendía, dando vueltas y vueltas, entre ribazos de flores fragantes que jamás había visto ni soñado, que soplaban hacia él un blando polvo desde sus enormes gargantas, bajo una luz que no era ni del día ni de la noche, ni de sol ni de luna, ni clara ni sombría, sino la luz perpetua, igual e invariable de aquel reino...

Christabel LaMotte

CAPÍTULO X

La correspondencia

Apreciada señorita LaMotte:

No sé qué sacar de su carta, si aliento o desánimo. Lo esencial está en ese «si quiere usted volver a escribir», porque con ese permiso me alienta usted más de lo que me desanima con su deseo de no ser vista, deseo que yo he de respetar. Y me manda un poema, y comenta sabiamente que vale más un poema que todos los bocaditos de pepino del mundo. Desde luego que sí, y el suyo en particular; pero imagine la contumacia de la imaginación poética y su deseo de alimentarse de unos bocaditos de pepino imaginados, que, ya que decididamente no han de ser, se representa ella como una forma de maná inglés: ¡oh verdes círculos perfectos! ¡Oh delicada pizca de sal! ¡Oh pálida y fresca mantequilla! ¡Oh, sobre todo, las tiernas migas blancas y la dorada corteza del pan reciente! Y así, en todos los aspectos de la vida, la infatigable fantasía idealiza lo que en la sobria realidad se podría zampar y deglutir en un instante de codicia refrenada.

Pero ha de saber usted que con gusto renuncio a los bocaditos, soñados o sobriamente masticados, a cambio de su delicioso poema; que, como usted dice, tiene un toque de salvajismo que es propio de los hábitos de las auténticas arañas según las observaciones más recientes. ¿Desea usted extender su metáfora de la captura o la seducción al Arte? He leído otros poemas suyos sobre insectos, y me ha maravillado cómo combinaban la brillantez y la fragilidad de esas cosas aladas —o reptantes— con algo también de ese morder y tragar y devorar que se puede ver al microscopio. Muy valiente habría de ser el poeta que acometiese una descripción veraz de la abeja —o avispa, u hormiga— reina tal como ahora sabemos que son, luego de haber supuesto durante siglos que esos centros de culto y actividad comunales eran monarcas masculinos; no sé por qué imagino que usted no comparte la repugnancia de su sexo hacia esas formas de vida, o lo que yo imagino ser una repugnancia común.

Yo tengo en la cabeza una especie de proyecto propio de un poema largo sobre insectos. No lírico, como los de usted, sino un monólogo dramatizado como los que ya he escrito sobre Mesmer o Alexander Selkirk o el Vecino Voluble; no sé si conoce usted esos poemas, y si no los conoce tendría mucho gusto en enviárselos. Me encuentro a gusto con otras mentes imaginadas: trayendo a la vida, devolviendo en cierto modo la vitalidad, a los hombres desaparecidos de otros tiempos, completos, con su pelo, sus dientes, sus uñas, su tazón, su banqueta, su bota de vino, su iglesia, su templo, su sinagoga y la tejeduría incesante del cerebro maravilloso dentro del cráneo, haciendo sus dibujos, su particularísimo sentido de lo que ve, lo que aprende, lo que cree. Parece importante que esas otras vidas mías abarquen muchos

siglos y tantos lugares como mi limitada imaginación pueda alcanzar. Porque yo no soy más que un señor del siglo diecinueve puesto en mitad del humo de Londres, y lo que es peculiar de él es saber exactamente cuánto es lo que se extiende más allá de su minúsculo punto de observación, antes, alrededor y después; en tanto que él es durante todo el tiempo el que es, con su rostro patillado y sus anaqueles cargados de Platón y Feuerbach, San Agustín y John Stuart Mill.

Divago, y no le he comunicado el tema de mi poema entomológico, que ha de ser la vida breve y milagrosa —y en conjunto trágica— de Swammerdam, descubridor en Holanda del vidrio óptico que nos reveló los interminables alcances y la agitación incesante de lo infinitamente pequeño, del mismo modo que el gran Galileo dirigió su tubo óptico a los majestuosos movimientos de los planetas, y más allá a las silenciosas esferas de lo infinitamente grande. ¿Conoce usted su historia? ¿Puedo enviarle mi versión cuando la tenga armada, si prospera? (Como sé que ha de prosperar, porque está repleta de diminutos hechos y objetos particulares, en cuya observación está la vida de la mente humana; y preguntará usted, ¿mi mente o la de él?, y yo, a decir verdad, no lo sé. Él inventó maravillosos instrumentos diminutos para atisbar y fisgar en la esencia de la vida de los insectos, y todos hechos de fino marfil, por ser menos destructivo y dañino que el violento metal: hacía agujas liliputienses antes de la invención de Liliput, agujas de hada. Y yo no tengo más que palabras, y cáscaras muertas de las palabras de otros, pero lo sacaré: no es necesario que me crea todavía, pero ya lo verá.)

Veamos: dice usted que puede darme un ensayo sobre la Negación Eterna, o sobre el Velo de Ilusión de Schleiermacher, o la Leche del Paraíso, o lo que quiera. ¡Cuánta prodigalidad! ¿Qué escogeré? Creo que no quiero la Negación Perpetua, pero conservo todavía la esperanza de unos círculos verdes y frescos, como acompañamiento de la leche del Paraíso y su poquito de Bohea;^[9] y de usted no quiero ilusión sino verdad. Así que tal vez me cuente algo más de su Proyecto del Hada, si es posible hablar de él sin perjuicio de la idea. Hay momentos en los que hablar —o escribir— es útil, y momentos en que es muy improductivo: si le viene mejor no proseguir nuestra conversación, lo entenderé. Pero espero una carta en respuesta a todas estas tonterías deshilvanadas, que espero no incomoden a alguien de quien espero que las comprenda.

Suyo muy sinceramente,
R. H. Ash

Estimado señor Ash:

Me avergüenzo al pensar que lo que usted puede haber interpretado razonablemente como afectación —o incluso rudeza— por mi parte haya suscitado de la suya una mezcla tan generosa y chispeante de ingenio e información. Gracias. Si todos aquellos a los que negase un mero nutrimento vegetal me obsequiaran con semejante alimento intelectual, me mantendría impenitente en materia de bocaditos hasta la eternidad; pero la mayoría de los solicitantes se contentan con una sola negativa. Y verdaderamente es lo mejor que sea así, porque aquí vivimos con toda tranquilidad, dos damas solitarias, y llevamos nuestra pequeña casa, tenemos nuestros dulces ritmos diarios imperturbados, y nuestra pequeña independencia circunscrita, precisamente porque no somos nada notable. Usted, con su delicadeza, sabrá apreciarlo: por una vez hablo llanamente: ni hacemos ni recibimos visitas. Nos hemos conocido, usted y yo, porque Crabb Robinson fue amigo de mi querido padre; ¿y de quién no ha sido amigo? No tuve fuerzas para rehusar una petición hecha en su nombre, y aun así lo sentí, porque yo no hago vida social; la señora se excusa demasiado, dirá usted, pero es que sus visiones de dicha en verdes círculos la conmovieron, y es verdad que por un instante habría querido poder darle una respuesta más satisfactoria. Pero hubiera sido de lamentar: no sólo por mí, también por usted.

Me he sentido muy halagada por su buena opinión de mi poemita. No estoy segura de cómo contestar a su pregunta sobre la captura o la seducción como cualidades del Arte; del arte de Aracne quizá lo sean, y por extensión de las producciones femeninas meramente frágiles o refulgentes; pero de las grandes obras de usted, desde luego que no. Me ha dejado atónita que pudiera usted suponer que no conozco el poema de Mesmer, o el de Selkirk en su isla terrible, cara a cara con un Sol impacable y un Creador aparentemente sordo, o el del Vecino Voluble y su versatilidad religiosa, o sus tergiversaciones. Debería haber contado una mentirilla y dicho que no los conocía, por la gracia de recibirlos de manos de su autor; pero hay que ser fiel a la verdad, así en lo pequeño como en lo grande; y esto no era cosa pequeña. Debe usted saber que tenemos todos sus libros, alineados en imponente hilera; y que son abiertos a menudo y a menudo comentados, en esta casa pequeña lo mismo que en el ancho mundo. Debe usted saber también —o quizá no deba saberlo; no sé cómo decírselo, cuando hace tan poco tiempo que nos conocemos; pero si no es a usted, a quién; y acabo de escribir que hay que ser fiel a la verdad, y esta verdad es tan central—, debe usted saber, pues, porque he de sacar fuerzas de flaqueza, que su gran poema Ragnarök fue la ocasión de lo que ha sido, con mucho, la peor crisis en la historia de mi sencilla fe religiosa, que he experimentado y espero experimentar. No es que en ninguna parte de ese poema atacara usted la religión cristiana —de la

cual, con absoluta propiedad poética, ciertamente no se hacía mención—; aparte de que nunca, en su poesía, habla usted con su propia voz, ni con su propio corazón directamente. (Que interroga está claro: el creador de *Voluble*, de Lázaro, del hereje Pelagio es tan sabio como la serpiente en cuanto a todas esas sutiles y profundas interrogaciones e investigaciones de los Fundamentos de nuestra Fe que en nuestro tiempo han sido más insistente y persistentemente planteadas. Conoce los «ambages y sinuosidades» de la filosofía crítica, como dice su Agustín refiriéndose a su Pelagio; por el cual siento cierta debilidad, pues ¿no era acaso bretón, como yo soy en parte, y no quería que los hombres y mujeres pecadores fueran más nobles y más libres de lo que eran?...). Pero mucho me estoy apartando de Ragnarök y su pagano Día del Juicio, y su pagana interpretación del misterio de la Resurrección, y del Nuevo Cielo y la Nueva Tierra. Me pareció como si estuviera usted diciendo: «Cuentos así cuentan los hombres y han contado, no diferentes, salvo en el énfasis, en éste o aquel punto.» O incluso: «Los hombres cuentan aquello que desean que sea o pudiera ser, no aquello que por decreto divino y trascendente debe ser y es.» Me pareció como si convirtiera usted las Sagradas Escrituras en un cuento maravilloso como otros, a fuerza de escribir así, de imaginar con esa fuerza. Me embarullo, no sigo, le pido perdón si lo que he dicho le parece incomprensible. Dudé y admití dudas con las que desde entonces he tenido que convivir. Y basta.

No pretendía escribir todo esto. ¿Cómo pone usted en duda el gran placer que sería recibir su Swammerdam, si, cuando llegue al final, aún le apetece hacer una copia y mandarla aquí? No le puedo prometer una crítica inteligente, pero de eso no estará usted escaso; una lectura receptiva y reflexiva sí le garantizo. Me ha interesado mucho lo que me dice de su descubrimiento del microscopio, y de sus agujas de marfil para examinar las formas de vida más minúsculas. En esta casa nos hemos entretenido un poco con microscopios y lentes, pero tenemos una resistencia muy femenina a matar; aquí no encontraría usted ninguna colección bajo alfileres y cloroformas, tan sólo unos cuantos frascos puestos del revés como morada de huéspedes temporales: una araña grande, una mariposa en forma de crisálida, un gusano voraz con muchas patas que hemos sido totalmente incapaces de identificar y que está poseído por un demonio incansable, o por el odio a los frascos panópticos.

Le envió otros dos poemas. Forman parte de una serie sobre Psique, en forma moderna: aquella pobre muchacha dubitante que confundió el Amor Divino con una serpiente.

No he respondido a su pregunta sobre mi Poema del Hada. Me halaga profundamente, y me alarma no menos profundamente, que lo recuerde usted así; pues si hablé de ello fue —o pretendí que fuera— de pasada, como de algo que podría ser entretenido o curioso ensayar o investigar, un día de ocio cualquiera.

Siendo así que lo cierto es que tengo metido en la cabeza escribir una epopeya, o

si no una epopeya una saga, un lai o un gran poema mítico; y ¿cómo puede una pobre mujer embarullada, sin capacidad de fijeza y con un saber sólo lunar, confesar tamaña ambición al autor de Ragnarök? Pero tengo una curiosa certeza de que usted es de fiar en esto, de que no se burlará ni echará sobre el hada de la fuente un jarro de agua fría.

Basta. Adjunto los poemas. Tengo muchos más sobre el tema de la metamorfosis: uno de los temas de nuestro tiempo, y de todos los tiempos, si bien se mira. Estimado amigo, perdone mi vehemente prolijidad; y envíe cuando pueda, si quiere, su Swammerdam para edificación de

Su sincera amiga, que le desea todo bien,

C. LaMotte

[Adjunto]

METAMORFOSIS

La voladora en sedas agitada,
¿se para a recordar cómo empezó:
prisionera, sin alas, arrugada?
El hombre, ebrio de gloria,
¿piensa cómo nació su peregrina historia:
mota de carne, fruto de la nada?

Yacían ambos en la eterna espera
y ya su biografía estaba entera
en la vista terrible del Creador.
Él les dio forma y vida palpitante;
Él se las sigue dando en cada instante
y será al fin su fuego abrasador.

PSIQUE

Los animales en los cuentos viejos
daban al hombre auxilios y consejos.
Uno era el mundo entonces, y armonía

lo que hoy es discordante algarabía.

Llora la infeliz Psique castigada
por los rigores de una diosa airada
a separar con solas sus dos manos
un monte de simientes y de granos,
confusa e inextricable mezcolanza
que a Venus asegura cruel venganza.

Mas he aquí que las célibes hormigas,
apiadadas de Psique y sus fatigas,
con solidaridad discreta y muda
acuden presurosas en su ayuda;
y, dando prueba de su gran destreza
en las labores de orden y limpieza,
separan y amontonan diligentes
según sus variedades las simientes.
Así, el duro mandato bien cumplido,
podrá Psique reunirse con Cupido.

No es el hombre quien con su aprobación
da mérito y valor a nuestra acción,
ni es su beso de amor o gratitud
el premio que acredita la virtud.

Las hormigas, sin amo, rey ni dueño,
no necesitan en su diario empeño
otra razón para su afán y esmero
que el bienestar de todo el hormiguero.
Y al cruzarse dos de estos animales
sus mensajes se dan como entre iguales;
y a ninguna otra inclina la cabeza,
porque donde no hay rey todo es realeza.

Estimada señorita LaMotte:

Cuánta generosidad la suya, después de todo, al escribir tan pronto y por extenso. Espero que mi respuesta no sea demasiado precipitada, pues no querría por nada del mundo atosigarla ni importunarla; pero hay tantas cosas de interés en lo que me dice, que me gustaría poner por escrito lo que pienso mientras aún esté fresco y claro. Sus poemas son deliciosos y originales; si estuviéramos cara a cara, aventuraría un par de conjeturas sobre los fondos últimos de la críptica alegoría de Psique, que no tengo el valor o el descaro de escribir con todas sus letras. Empieza usted tan dócilmente, con su princesa afligida y sus animalitos útiles, y acaba en todo lo contrario, con una dispensa moral... ¿de qué?, he ahí el problema: ¿de la monarquía, o del Amor del Hombre, o de Eros en cuanto distinto de Ágape, o de la malignidad de Venus? ¿Es verdaderamente el afecto social del hormiguero mejor que el amor de hombres y mujeres? En fin, usted es quien ha de juzgar, el poema es suyo y excelente; y bastantes muestras hay en la historia humana de desmochadas torres incendiadas por un capricho de pasión, o de pobres almas esclavizadas por uniones sin amor impuestas por la voluntad paterna y los dictados de la alcurnia; o de amigos matándose entre sí; Eros es un diosecillo malo y voluble; y yo, hablando, hablando, acabo en su misma manera de pensar, señorita LaMotte, y sigo sin saber del todo en qué consiste.

Ahora que ya he dado a sus poemas la prioridad que se les debe, le diré que me ha disgustado saber que mi poema fuera ocasión de duda para usted. Una fe segura, un espíritu de oración sincero, es algo hermoso y verdadero, independientemente de cómo hayamos de interpretarlo hoy día, y que no tienen por qué turbar los vaivenes y búsquedas del cerebro finito de R. H. Ash ni de ningún otro estudioso perplejo de nuestro Siglo. Ragnarök fue escrito con toda sinceridad en la época en que yo personalmente no ponía en duda las certezas bíblicas, ni la fe que me habían transmitido mis padres, y a ellos los suyos. Algunos lo leyeron de distinta manera — la dama que iba a ser mi esposa fue uno de esos lectores—, y en aquel momento a mí me alarmó y sorprendió que mi poema se interpretara como apostasía de ningún tipo, porque para mí era una reafirmación de la Verdad Universal de la presencia viva del Padre de Todo (llámesele como se le llame) y de la esperanza de Resurrección tras todo desastre devastador en una u otra forma. Cuando Odín, disfrazado como el caminante Gangrader, le pregunta en mi poema al gigante Wafthrudnir qué palabra fue la que el Padre de los dioses susurró al oído de su hijo muerto Baldur, en la pira funeral, el joven que yo era entonces pensaba, con toda devoción, que esa palabra era Resurrección. Y él, aquel joven poeta, que soy y no soy yo, no veía ninguna dificultad en suponer que el escandinavo Dios de la Luz muerto pudiera prefigurar —o figurar— al Hijo de Dios muerto que es el Padre de la

Cristiandad. Pero, como usted percibió, es una máquina doble, un arma de corte que corta en los dos sentidos, esto de la figuración: decir que la Verdad del Relato está en el significado, que el Relato no hace sino simbolizar una verdad eterna, es dar un paso en el camino hacia la paridad de todos los relatos... Y la existencia de las mismas Verdades en todas las Religiones es un gran argumento tanto a favor como en contra de la Verdad suprema de Una.

Ahora debo confesarme. He escrito y destruido una respuesta anterior a su carta en la cual —no insinceramente— la instaba a aferrarse firmemente a su fe, a no meterse en los «ambages y sinuosidades» de la filosofía crítica; y escribía lo que quizá no sea una tontería, que las mentes de las mujeres, más intuitivas y puras y menos obstruidas por torsiones y tensiones que las de los simples varones, pueden guardar seguras ciertas verdades que nosotros los hombres podemos perder por demasiado cuestionar, por un exceso de esa futilidad mecánica; «Un hombre puede estar en tan justa posesión de la verdad como de una ciudad, y verse, sin embargo, obligado a rendirla»: así dijo sabiamente sir Thomas Browne, y yo no quisiera colaborar en pedirle a usted las llaves de esa ciudad por seguir una tesis falsa.

Pero pensé —y pensé con razón, ¿no es cierto?— que no le sería muy grato verse exonerada de argumentar por una apelación a su intuición superior y un abandono del campo por mi parte.

No sé por qué, ni cómo, pero sí sé de todo corazón que es así, y por eso no puedo prevaricar con usted, y lo que es peor, no puedo decentemente pasar por encima de cuestiones de tal trascendencia. De modo que habrá usted observado —con su aguda inteligencia— que en ninguna parte de esta carta declaro sostener ahora las simples o inocentes opiniones del joven poeta de Ragnarök. Y si le digo qué opiniones sostengo, ¿qué pensará usted de mi? ¿Seguirá usted comunicándome sus pensamientos? No lo sé; lo único que sé es que siento la compulsión de ser sincero.

No he llegado a ser ninguna clase de ateo, ni siquiera de positivista, no en cuanto a la posición religiosa extrema de quienes hacen de la Humanidad una religión; pues, aunque deseo bien a mis semejantes, y los encuentro infinitamente interesantes, aun así hay más cosas en el Cielo y la Tierra que las creadas para su beneficio, es decir, para el nuestro. Los impulsos que llevan a la religión pueden ser la necesidad de confiar o la capacidad de asombro, y mis propios sentimientos religiosos siempre han estado más inspirados por lo segundo. Encuentro arduo prescindir del Creador; cuanto más vemos y entendemos, mayor es nuestro asombro ante este extrañamente interrelacionado Montón de cosas, que a pesar de todo tiene su orden. Pero voy demasiado deprisa. Y no puedo, no debo, cargarla con una confesión completa de lo que en cualquier caso es una suma muy confusa, muy incoherente, realmente rudimentaria, de ideas, percepciones, medias verdades, ficciones útiles, por las que se lucha sin poseerlas.

La verdad es, mi querida señorita LaMotte, que vivimos en un mundo viejo: un mundo cansado, un mundo que ha ido apilando especulaciones y observaciones hasta que verdades que habrían podido ser aprehensibles al sol primaveral de la mañana de los hombres, por el joven Plotino o el extático Juan de Patmos, ahora están oscurecidas por palimpsesto sobre palimpsesto, por excrecencias córneas y espesas sobre esa clara visión; como la serpiente que muda, antes de irrumpir con su nueva piel flexible y brillante, se encuentra cegada por las costras de la antigua; o, podríamos decir, como las bellas líneas de fe que se alzaban en las animosas torres de las antiguas catedrales y abadías son a la vez roídas por el tiempo y la suciedad y blandamente amortajadas por las negras acreciones de nuestras ciudades industriales, nuestra riqueza, nuestros descubrimientos mismos, nuestro Progreso. Ahora bien, yo no puedo creer, porque no soy maniqueo, que Él, el Creador, si existe, no nos hiciera e hiciera nuestro mundo así como somos. Nos hizo curiosos, ¿no es verdad?, nos hizo preguntones, y el Escriba del Génesis hizo bien en situar la fuente de todas nuestras miserias en esa avidéz de conocimiento que ha sido también nuestro mayor acicate —en cierto sentido— para el bien. Para el bien y el mal. De ambas cosas tenemos ahora más, no puedo por menos de creerlo, que nuestros primitivos padres.

Pues bien, mi gran pregunta es: ¿se ha apartado Él de nuestra vista para que con la diligencia de nuestras mentes maduras descubriéramos Sus Caminos —que ahora nos quedan tan lejanos—, o somos nosotros los que por el pecado, o por algún endurecimiento ineludible de nuestra piel antes de los nuevos estadios de la metamorfosis, hemos llegado a una fase que exige que seamos conscientes de nuestra ignorancia y nuestra distancia, y será esa condición salud o enfermedad?

Yo estaba, en Ragnarök, donde Odín, el Todopoderoso, queda en mero Inquiridor errante en la Tierra Media, y es inevitablemente aniquilado con todas sus obras en el último campo de batalla, al final del último terrible invierno, estaba tanteando hacia una pregunta semejante, sin darme cuenta.

Y a eso se suma la entera cuestión de qué clase de Verdad se pueda transmitir en un cuento maravilloso, como usted acertadamente lo llama; pero estoy abusando terriblemente de su paciencia, que conmigo ya debe estar agotándose; y quizá habré traspuesto ya el límite de su atención despierta y perspicaz.

Y no he contestado a lo que me decía de su epopeya. Pues bien, si aún le interesa mi opinión, y no tiene por qué interesarle; porque usted es Poeta y a fin de cuentas deben interesarle sólo sus propias opiniones, ¿por qué no una epopeya? ¿Por qué no un drama mítico en doce libros? No veo razón alguna en la Naturaleza para que una mujer no sea capaz de escribir un poema así tan bien como un hombre, si se empeña.

¿Le parece brusco lo que digo? Es porque me disgusta que, con sus dotes, suponga usted siquiera que pudiera hacer falta ninguna apología del Proyecto.

Sé muy bien que lo que requiere apología es mi tono a lo largo de toda esta carta, que no voy a releer, porque no sería capaz de rehacerla otra vez. Así que va a usted en bruto, sin viático ni extremaunción; y yo quedo esperando —resignado pero nervioso— a ver si ve usted posible alguna respuesta.

Suyo,

R. H. Ash

Estimado señor Ash:

Si he guardado silencio demasiado tiempo, perdóneme. Estaba deliberando no sobre sí, sino sobre qué podía contestar, ya que me hace usted el honor —he estado a punto de escribir el doloroso honor, pero verdaderamente no lo es, no es así— de confiarme sus auténticas opiniones. Yo no soy ninguna señorita de novela evangélica que prorrumpa en una catarata de refutaciones o repulsas —elevadas— ante las expresiones de duda sincera; y en parte estoy de acuerdo con usted: la Duda, la duda es endémica en nuestra vida en este mundo y en esta época. No disputo su visión de nuestra situación histórica; estamos lejos de la Fuente de la Luz, y sabemos cosas que hacen que una fe sencilla sea difícil de sostener, difícil de aprehender, difícil de conquistar.

Escribe usted mucho acerca del Creador, a quien no llama Padre, salvo en su analogía escandinava. Pero del relato veraz del Hijo dice usted bien poco; y sin embargo es eso el Centro de nuestra fe viva: la Vida y Muerte de Dios hecho hombre, nuestro verdadero Amigo y Salvador, el modelo de nuestra conducta, y nuestra esperanza, por su Resurrección de entre los muertos, de una vida futura para todos nosotros, sin la cual la flaqueza y la manifiesta injusticia de nuestra estancia en la tierra serían una burla intolerable. Pero escribo como un predicador, cosa que no podemos —está mandado— ser las mujeres, y no le digo sino lo que usted, con su sabiduría, ya habrá meditado interminablemente.

Y sin embargo: ¿podríamos haber concebido ese Modelo Sublime, ese Sacrificio Supremo, de no ser así?

Yo podría aducir contra usted la evidencia de su propio poema sobre Lázaro, el misterio de cuyo críptico título tiene usted que explicarme algún día. Déjà-vu o la clarividencia. Sí, pero ¿cómo hay que entender eso? Mi amiga —mi compañera— y yo nos hemos interesado últimamente por los fenómenos psíquicos, hemos asistido a algunas conferencias locales sobre estados mentales inusitados y manifestaciones de espíritus; hemos tenido incluso la osadía de presenciar una sesión dirigida por una señora llamada Lees. Pues bien, la señora Lees está convencida de que los fenómenos de déjà-vu —en los cuales el que los experimenta tiene el convencimiento de que una experiencia presente no es sino repetición de algo ya vivido antes, quizá con frecuencia— son la demostración de una cierta circularidad del tiempo inhumano: de otro mundo adyacente en el que las cosas son eternamente, sin cambio ni deterioro. Y de que los fenómenos comprobados de clarividencia —el don de prever, vaticinar o profetizar— son otra inmersión en ese continuo siempre renovado. Así que desde este punto de vista su poema parecería sugerir que el Lázaro muerto entró en la Eternidad y volvió a salir —«de tiempo en Tiempo», como escribió usted en ese poema—, si no lo entiendo mal, y ahora ve el Tiempo desde la perspectiva de

la Eternidad. Es una idea digna de usted —y ahora empiezo a conocerle mejor—, esa visión resucitada que tiene Lázaro del carácter milagroso de los pequeños pormenores de la Vida; el ojo amarillo y barrado de la cabra, el pan sobre el plato y los peces con sus escamas esperando para el horno, todas esas cosas son para usted la esencia del vivir, y únicamente para su narrador perplejo la mirada del hombre vivo-muerto parece indiferente; porque la realidad es que él ve que todo tiene valor, Todo.

Antes de conocer a la señora Lees, yo entendía la clarividencia de usted de una manera más general: como una prefiguración de la Segunda Venida que esperamos: los granitos de arena serán separados y contados, como los cabellos de nuestras cabezas, en la mirada del hombre muerto.

El Hijo de Dios no habla en su poema. Pero el escriba romano que refiere la historia —él, que hace los censos, el recopilador de datos de poca importancia—, ¿acaso no se asombra a despecho de sus propias inclinaciones, a despecho de sus prosaicos hábitos mentales de funcionario, viendo el efecto de la presencia del Hombre sobre esa pequeña comunidad de creyentes, que están alegremente dispuestos a Morir por Él, e igualmente dispuestos a vivir en la penuria? «Todo es igual para ti», escribe desconcertado; pero a nosotros no nos desconcierta, porque Él les ha abierto la Puerta de la Eternidad y ellos han vislumbrado la luz interior, que ilumina los panes y los peces: ¿no es así?

¿O soy yo demasiado simple? ¿Fue Él —tan amado, tan ausente, tan cruelmente muerto— sólo Hombre?

Usted ha presentado de la forma más dramática el Amor por Él; la necesidad de su consuelo —ahora ausente— entre las mujeres de la casa de Lázaro: Marta la incesantemente activa y María la visionaria, cada una a su manera sabedora de lo que Su Presencia significó en otro tiempo, aunque Marta lo ve como un decoro doméstico, y María lo ve como una Luz perdida; y Lázaro ve sólo lo que ve, momentáneamente.

Ah, qué enigma. Ya termino mi torpe bosquejo de aprendiz de su monólogo magistral; ¿he descrito la vivacidad de la Verdad Viva, o la dramatización únicamente de la fe, de la Necesidad?

¿Me dirá usted lo que ha querido decir? ¿Es usted como el Apóstol, todas las cosas para todos los hombres? ¿Dónde he ido a parar? Dígame... que Él Vive... para usted

Pues bien, mi querida señorita LaMotte: Estoy amarrado al poste y he de llegar hasta el fin, aunque en otros aspectos mi parecido con Macbeth sea bien escaso. Primeramente me tranquilizó recibir su carta, y ver que no estaba excomulgado; después, pensándolo mejor, la estuve sopesando algún tiempo, dándole vueltas, en la duda de si realmente no me traería una lluvia de azufre y cenizas.

Y cuando la abrí por fin, lo que traía era una tal generosidad de espíritu, una fe tan ferviente y una comprensión tan sutil de lo que yo había escrito; no me refiero sólo a mi dudosa carta, sino a mi poema sobre Lázaro. Ya sabe usted lo que pasa, porque también usted es poeta: se escribe una historia así y así, y va uno pensando sobre la marcha, este toque está bien, este concepto modifica aquel otro, ¿no será demasiado obvio para la generalidad? Porque un empaste excesivo de obviedad, un sentido demasiado transparente, casi estomaga. Y hete aquí que llega a manos del público en general, y el público en general lo declara a la vez demasiado sencillo y elevado, robusto e incomprensible, y lo único que aparece claro es que lo que uno había querido transmitir se pierde en brumas impenetrables, y lentamente pierde la vida, en la mente del autor no menos que en la de sus lectores.

Pero entonces llega usted, con un destello de sabiduría como casual y sin esfuerzo, y todo lo resucita, hasta en su pregunta dubitativa del final: ¿Hizo Él esto? ¿Vivió Lázaro? ¿Será verdad que el Dios-hombre resucitó a los muertos antes de triunfar Él mismo sobre la Muerte? ¿O se trata únicamente, como cree Feuerbach, del producto del Deseo humano, materializado en una historia?

Me pide usted que le diga que Él Vive para mí.

Vive, sí; pero ¿cómo? ¿De veras creo que aquel Hombre entró en el pudridero donde Lázaro ya se descomponía y le ordenó levantarse y andar?

¿De veras creo que en todo eso no hay más que ficción de esperanzas y sueños y folclore mutilado, embellecidos por los simples para los crédulos?

Vivimos en una era de historia científica; cribamos los datos; sabemos algo de lo que cuentan los testigos presenciales y hasta qué punto es prudente fiarse de ellos; y de lo que aquel muerto-vivo (hablo de Lázaro, no de su Salvador) vio, o comunicó o pensó, o confió a su amante familia sobre qué había más allá de la frontera terrible: ni una palabra.

Entonces, si yo invento un relato ficticio de testigo presencial, un relato creíble, aceptable, ¿estaré dando vida a la verdad con mi ficción, o verosimilitud a una Mentira colosal con mi imaginación enfebrecida? ¿Estaré haciendo lo mismo que ellos, los evangelistas, reconstruyendo los hechos de la Historia al cabo de un tiempo, o como los falsos profetas, haciendo del aire simulacros? ¿Seré como las brujas de Macbeth, un hechicero que mezclando verdad y mentira hace formas incandescentes? ¿O seré algo así como un escriba muy modesto de un Libro

profético, que relata la verdad que habita en él, ayudándose de ficciones, que reconoce como suyas, como Próspero reconocía a Calibán? Pues en ninguna parte digo que no sea mío ese pobre censor romano, ese zoquete testarudo, boca de barro para soplar por ella.

No es respuesta, dirá usted ladeando la cabeza, escudriñándome como un ave sabia, y dictaminando que prevarico.

Le diré que la única vida de la que estoy seguro es la vida de la Imaginación. Sea cual sea la Verdad —o la Falsedad— absoluta de todo eso de vida-en-la-muerte, la Poesía puede hacer que ese hombre viva durante todo el tiempo que usted o quienquiera le crea vivo. Yo no pretendo dar Vida como Él se la dio a Lázaro, pero quizá sí como Elíseo, que se acostó sobre el cuerpo muerto y lo vivificó con su aliento.

O como hizo el Poeta del Evangelio; pues Poeta era, aparte de todo lo demás; Poeta era, fuese historiador científico o no.

¿Vislumbra usted lo que quiero decir? Yo, cuando escribo, sé. Recuerde aquellas palabras milagrosas del joven Keats: de nada tengo certeza, si no es de la santidad de los afectos del Corazón y la verdad de la Imaginación.

Fíjese que no digo que la Belleza sea Verdad, la Verdad Belleza, ni ninguna sutileza por el estilo. Lo que digo es que sin la imaginación del Hacedor nada puede vivir para nosotros, ya esté vivo o muerto, o vivo antaño y ahora muerto, o esperando recibir la vida.

Ah, pretendía contarle mi verdad y no he escrito más que sutilezas insípidas sobre la poesía. Pero usted lo sabe; sinceramente creo que lo sabe.

Dígame que lo sabe; y que no es tan sencillo, ni sencillamente rechazable: que hay una verdad de la Imaginación.

Estimado señor Ash:

Macbeth era un hechicero. Si el que no había nacido de mujer no le hubiese dado muerte con su afilada espada, ¿cree usted que el buen rey Jacobo, con su piadosa Demonología, no hubiera querido quemarle en la hoguera?

Pero en nuestra época puede usted argumentar tranquilamente: ah, yo no soy más que un poeta; si afirmo que la Verdad sólo nos llega a través de la vida, o de la vivacidad de las mentiras, nada de malo hay en eso; puesto que una cosa y otra hemos mamado, indisolublemente; tal es la suerte de los hombres.

Él dijo: Yo soy la Verdad y la Vida. ¿Y de eso qué, señor mío? ¿Era una afirmación aproximada? ¿O una figuración poética? ¿Qué era? Algo que resuena por toda la eternidad: YO SOY.

No es que no le conceda (ahora me bajo de mi estrado de predicador, de mi pulpito inalcanzable) que hay verdades de las que usted dice. Quién que lo juzgue negará que el suplicio de Lear, y el dolor del duque de Gloster, son verdad, aunque esos hombres no hayan vivido nunca, o no hayan vivido así. Me dirá usted que sí que vivieron en cierta manera; y que él, W. S., sabio, hechicero, profeta, los devolvió a una Vida enorme; tanto, que ningún actor podría llenar el papel, y sólo usted y yo podemos, con nuestro estudio, redondearlo.

Pero lo que podía ser un Poeta en aquellos tiempos de gigantes, que fueron también los del dicho rey Jacobo y su Demonología, y no sólo su Demonología, sino su encargo de trasladar la Palabra de Dios al inglés, de tal modo fijada entonces para la posteridad que cada una de sus palabras está cargada de verdad y fe, y ha ido cargándose más, de fe al menos, con el paso de los siglos, hasta nuestra incredulidad...

Lo que era entonces un poeta —vidente, daimon, fuerza de la naturaleza, la Palabra— no es lo que es ahora, en nuestra época de engrosamiento material.

Puede ser que la diligente reconstitución que usted hace, como la restauración de frescos antiguos con colores nuevos, sea nuestro camino a la Verdad: un discreto parcheado. ¿Aceptaría usted mi símil?

Fuimos a oír otra conferencia sobre las Manifestaciones Espirituales recientes, dada por un cuáquero muy respetable que empezó con una predisposición a creer en la vida del Espíritu, pero sin ningún deseo vulgar de asombros ni sorpresas. Siendo él inglés, caracterizó a los ingleses en términos no del todo ajenos al estilo del poeta Ash. Hemos pasado, decía este buen hombre, por un doble proceso de endurecimiento. El comercio, y la abjuración protestante de las relaciones espirituales, han estado mutuamente obrando sobre nosotros una petrificación y osificación internas. Somos groseramente materialistas, y lo único que aceptamos

son pruebas materiales —como nosotros las llamamos— de los hechos espirituales; y por eso los espíritus han condescendido a hablarnos de esas maneras toscas, con toques y crujidos y susurros musicales, que no hacían falta en otros tiempos, cuando nuestra Fe estaba encendida y viva en nosotros.

Dijo también que los ingleses estamos particularmente endurecidos porque nuestra atmósfera es más densa, menos eléctrica y magnética que la de los americanos, que son visiblemente más nerviosos y excitables que nosotros, tienen más talento para los planes sociales y más fe en la mejora de la Naturaleza Humana; cuyas mentes, al igual que sus instituciones, se han desarrollado con una rapidez de crecimiento semejante a la de las junglas tropicales, y en consecuencia poseen un mayor grado de apertura y receptividad. Ellos tuvieron a las Hermanas Fox y los primeros mensajes por toques, y las revelaciones de Andrew Jackson Davis y su Univercoelum, y fueron ellos los que alentaron el talento de D. D. Home.

Mientras que nuestras «condiciones telúricas» (¿saborea usted la expresión igual que yo?) son menos favorables a la transmisión de impresiones espirituales.

No sé qué opinión le merecerán a usted estas cuestiones, que tienen tan universalmente interesada a la Sociedad que hasta han llegado a remover las tranquilas aguas del río en nuestro Richmond.

Esta carta no es respuesta digna a sus inspiradoras observaciones sobre Keats y la verdad poética, ni a su presentación de sí mismo como profeta-hechicero. No está escrita Al Rojo, como otras lo han sido; pero en mi descargo debo decir que no estoy bien, no estamos bien: tanto mi querida amiga como yo hemos estado aquejadas de unas ligeras fiebres y el consiguiente abatimiento. Yo he pasado el día de hoy en una habitación en penumbra, y eso me ha mejorado, pero sigo estando débil.

No es extraño que en tal situación las fantasías abusen de la mente. Estaba casi resuelta a hacerle un ruego: no más cartas así; déjeme tranquila en mi fe sencilla; déjeme al margen de la impetuosidad de su intelecto y su fuerza de expresión, o seré Alma Perdida, señor: me veo amenazada en esa autonomía por la que tanto he luchado. Ahora ya ve que, de una manera indirecta y tortuosa, se lo he hecho, presentándolo como una designación hipotética de lo que podría decir. De modo que si puedo hacerlo, o si lo hago, lo dejo a su juicio generoso.

Estimada señorita LaMotte:

No me prohíbe usted que vuelva a escribirle. Se lo agradezco. Ni siquiera me reprende enérgicamente por mezclar las cosas y entrometerme en los poderes arcanos. Se lo agradezco también. Y basta —por ahora— de tan arduos temas.

Me disgusté mucho al saber que estaba enferma. No creo que este suave tiempo de primavera —ni mis cartas, tan cargadas de buena voluntad, aunque por lo demás puedan ser intrusas— haya podido afectarla tan desdichadamente, por lo que no me queda sino sospechar de la oratoria de su inspirado cuáquero, cuyas condiciones telúricas de inercia magnética, cuya observación del endurecimiento, no me han proporcionado menor placer que el que usted esperaba. Ojalá él invoque una fuerza que sea capaz, en efecto, de «aplantar las gruesas redondeces de la tierra». Hay una magistral falta de lógica en acusar de materialismo a una época para inmediatamente invocar una espiritualidad totalmente material, ¿no le parece?

No sabía que saliera usted por tan poca cosa ni tan a menudo. Me la representaba muy atrincherada tras la bonita puerta de su casa; puerta que imagino, porque yo nunca estoy a gusto si no utilizo la imaginación, muy arropada en rosas y clemátides. ¿Qué diría usted si yo manifestara un deseo vehemente de oír en persona a su razonable cuáquero? Pase que me niegue los bocaditos de pepino, pero el sustento espiritual no me lo puede negar.

No, no se inquiete; no haría tal cosa; no quiero poner en peligro nuestra amistad.

En cuanto a los toques y golpecillos, no me han interesado mucho hasta ahora. No estoy convencido, como algunos lo están por razones religiosas o de escepticismo, de que no sean nada: esa nada que emana de la debilidad y la credulidad humanas, y del deseo vehemente de creer en la presencia amorosa de aquellos a quienes perdimos y echamos mucho de menos, deseo que todos hemos sentido en alguna ocasión. Me agrada la tesis de Paracelso, que dice que hay espíritus menores condenados a habitar las regiones del aire, que vagan por el mundo a perpetuidad y a los cuales, de vez en cuando, excepcionalmente, podríamos oír o ver, si el viento o el efecto de la luz fueran propicios. (También creo que la superchería es una explicación posible y probable de muchas cosas. Estoy más dispuesto a creer en las habilidades prestigiosas de D. D. Home que en ninguna preeminente percepción suya para las cosas del espíritu.)

A propósito de Paracelso, se me ocurre que en sus libros su hada Melusina era precisamente uno de esos espíritus; ¿conoce usted el pasaje? Tiene usted que conocerlo, pero lo transcribo por lo interesante que es, y para preguntar si es ésta la forma de su interés por el Hada, o si lo que le han interesado han sido sus inclinaciones, más benéficas, a la construcción de castillos, como recuerdo haberle oído decir.

Las Melusinas son hijas de reyes, que desesperaron por sus pecados. Satán se las llevó y las convirtió en espectros, espíritus malos, aparecidas espantosas y monstruos temibles. Se cree que viven sin alma racional en cuerpos fantásticos, que se nutren de los elementos simples, y que en el Juicio Final perecerán con ellos, a menos que se unan a un hombre en matrimonio. En tal caso, y por virtud de esa unión, pueden morir de muerte natural, como pueden haber vivido una vida natural, durante su matrimonio. Es opinión que estos espectros abundan en desiertos, en bosques, en ruinas y enterramientos, en criptas vacías y a las orillas del mar.

Ahora dígame, ¿cómo va su trabajo? Yo, de la manera más egotista —y respondiendo a su generosa invitación—, le he hablado extensamente de mi Ragnarök y de mi Déjà-vu; pero de la Melusina —a despecho de alguna sugerencia de que no le desagradaría escribir acerca de ella—, nada. Sin embargo, ella fue la causa de que se iniciara esta correspondencia. Me parece recordar hasta la última palabra de nuestra única conversación; recuerdo su semblante, un poco desviado pero resuelto; recuerdo que habló usted con gran sentimiento de la Vida del Lenguaje: ¿recuerda usted esa frase? Yo empecé en tono de ordinaria cortesía, y usted dijo que tenía esperanzas de escribir un poema largo sobre el tema de Melusina; y en parte me desafió con la mirada a objetar algo a ese proyecto, como si yo pudiera o pretendiera hacer tal cosa; y yo le pregunté si sería un poema en estrofas spenserianas, o en verso blanco o en otro metro, y de pronto usted se puso a hablar de la fuerza del verso y de la Vida del Lenguaje, y, olvidándose de timideces y modestias, tomó usted una actitud que me perdonará que califique de majestuosa: fue un momento que no me será fácil olvidar mientras este cuerpo me pertenezca.

En fin, espero que me escriba diciéndome que ya está totalmente recobrada, lo mismo que la señorita Glover, y nuevamente capaz de soportar la luz de esta clara primavera. Espero menos saber que se atreve a asistir a más conferencias sobre lo Prodigioso, porque no estoy convencido de sus buenos efectos; pero si cuáqueros y espiritistas pueden poner sus ojos en usted, acaso se me permita la esperanza de otro debate sobre la rima, ya que no del verde planisferio en rodajas.

Estimado señor Ash:

Le escribo desde una casa afligida, y debo ser breve, pues tengo un enfermo a mi cargo: mi pobre Blanche, absolutamente destrozada por horribles jaquecas y mareos, totalmente postrada e incapaz de aplicarse al trabajo que es su vida. Tiene entre manos un cuadro grande de Merlín y Vivien, en el momento del triunfo de ella, cuando canta el Hechizo que pone a Merlín en su poder, para sumirle en perpetuo sueño. Tenemos muchas esperanzas puestas en esa obra, toda ella sugerencias veladas e intensidad local; pero Blanche está muy enferma y no puede seguir. Yo no estoy mucho mejor, pero preparo tisanas, que son eficaces, y humedezco pañuelos, y hago lo que puedo.

Los demás habitantes de la casa, la criada Jane, mi pequeño Dog Tray y Monsignor Borato el canario, no sirven para nada. Jane no vale para cuidar enfermos, aunque es diligente; y Dog Tray anda de acá para allá mirando, no condolido sino enfadado de que no le acompañemos al parque ni le tiremos palos interesantes.

Así que esta carta no será larga.

Me hace mucho bien que me hable usted de la Melusina como si fuera cosa decidida y sólo a falta de realización. Le diré cómo nació el proyecto, allá en tiempos remotos, cuando yo era niña y me sentaba en las rodillas de mi buen padre y él compilaba su Mythologie Française. De lo que fuera aquella gran tarea yo sólo tenía una idea vaga y peregrina: no sabía en qué podía consistir su magnum opus, como él decía en broma; pero lo que sí sabía es que yo tenía un papá que contaba cuentos más bonitos que ningún otro papá, o mamá, o niñera, del mundo. Tenía él la costumbre de hablarme a ratos —cuando le daba el trance cuentacuentos— como si fuera el mismísimo Marinero de Antaño (amigo mío muy querido y muy temprano, gracias a él). Pero otras veces me hablaba como si yo fuera un colega, un especialista en lo suyo, erudito y especulador; y hablaba en tres o cuatro idiomas, porque pensaba en francés, en inglés y en latín, y, naturalmente, en bretón. (No le gustaba pensar en alemán, por razones que ya explicaré, aunque lo podía hacer y lo hacía, llegada la ocasión.) El cuento de Melusina me lo contó muchas veces, muchas; porque decía que la propia existencia de una mitología genuinamente francesa era dudosa; pero que, si fuera posible dar con ella, el Hada Melusina sería indiscutiblemente una de sus eminencias y luminarias. Mi buen padre había concebido la esperanza de hacer para los franceses lo que hicieran los hermanos Grimm para el pueblo alemán: recontar la verdadera pre-historia de la raza mediante el testimonio de los cuentos y leyendas populares; descubrir nuestras ideas más antiguas como el barón Cuvier empalmó el Megaterio a partir de unos cuantos huesos indicativos y ligaduras hipotéticas, y con su personal ingenio y capacidad de

deducción. Pero, así como Alemania y Escandinavia tienen ese caudal de mitos y leyendas de donde tomó usted su Ragnarök, los franceses tenemos unos cuantos demonios locales y unos cuantos cuentos racionales de astucias aldeanas, y la Materia de Bretaña, que es también la materia de Gran Bretaña, y los druidas, que según mi querido padre eran muy importantes, y los menhires y los dólmenes; pero nada de enanos ni de elfos, como tienen hasta los ingleses. Nosotros tenemos las Dames Blanches, las Fate Bianche, traduzco: damas blancas, entre las cuales decía mi padre que podía contarse a Melusina, en algunos de sus aspectos, pues se aparece para anunciar la Muerte.

Qué pena que no haya conocido usted a mi padre. Su conversación le habría encantado. No había nada que no supiera, dentro del campo que había escogido, y nada de lo que sabía era para él un conocimiento muerto, sino siempre vivo, y luminoso, y cargado de sentido para nuestras vidas. Tenía siempre una cara muy triste: delgada, llena de arrugas y siempre pálida. Yo pensaba, por lo que le oía decir, que estaba triste porque no hubiera una mitología francesa; pero ahora creo que estaba triste porque vivía exiliado, sin una casa en su país; él, cuyo mayor objeto de interés eran precisamente los Lares y Penates del Hogar natal.

A mi hermana Sophie no le llamaban la atención aquellas cosas. A ella le gustaba lo que a todas las mujeres, las cosas bonitas; no era lectora; la mortificaba que viviéramos aislados, como había mortificado a mi madre, que había supuesto que todo francés tenía que ser un galant, un hombre de mundo; o eso creo yo que supondría, porque no se entendían. Se me embala la pluma, llevo tres noches durmiendo muy poco, pensará usted que desparramo las ideas; ¿de dónde he podido sacar que lo que usted quería era la historia de mi vida en vez de la epopeya de Melusina? Es que están muy entrelazadas; y con usted tengo confianza.

Mi padre usaba unas gafas pequeñas, redondas, de acero; al principio sólo para leer, después para todo. Recuerdo aquellos círculos fríos como la visión más amigable, más tranquilizadora y confortante: tras ellos, sus ojos eran ojos subacuáticos, tristes y grandes y llenos de velado cariño. Yo quería ser su amanuense, y con ese fin le convencí de que me enseñara griego y latín, francés y bretón, y también alemán, cosa que hizo de buen grado, no con ese fin, sino porque le enorgullecía que yo aprendiese tan deprisa y con tanta economía.

Basta de mi papá. Últimamente le he echado mucho de menos; creo que porque voy posponiendo la epopeya, y por otras razones.

Su cita de Paracelso la conocía, por supuesto. Y, con su agudeza habitual, ha visto usted que me interesan otras visiones del hada Melusina, que tiene dos aspectos, uno de Monstruo Contranatural y otro de mujer orgullosa, amante y práctica. Hay una frase que puede parecer extraña, pero ninguna otra le cuadraría: todo lo que tocaba lo hacía bien. Sus palacios estaban sólidamente contruidos, bien

puestos sus sillares, sus campos llenos de buen trigo; según una leyenda que descubrió mi padre, hasta llevó las alubias al Poitou, las auténticas haricots; lo que demuestra que vivió hasta el siglo diecisiete, pues antes de esa fecha, como demostró mi padre, no se cultivaron alubias. ¿No le parece a usted que no fue sólo Vampiro, sino una especie de diosa de la foison, una Ceres francesa, quizá; o, viniendo a la mitología de ustedes, la dama Holda, o Freya la del Arroyo, o Iduna la de las Manzanas de Oro?

Es verdad que todos sus descendientes tuvieron algo de monstruoso. No sólo Jofré el del Gran Diente —o Colmillo de Jabalí—, sino otros que fueron reyes de Chipre y Armenia tenían las orejas como asas de jarro o los ojos desiguales.

Y el Niño Horrible que tenía tres ojos, cuya muerte a manos de Remondín exigiría Melusina imperiosa en el momento de su metamorfosis: ¿cómo habría que interpretarle?

Yo escribiría, si me pusiera, un poco desde la óptica propia de Melusina. No, como podría hacer usted, en primera persona, como si estuviera en su pellejo, sino viéndola como una hija desventurada del poder y la fragilidad; siempre con miedo a volver a los ámbitos del aire, del aire no eterno sino al fin aniquilado.

Me llaman. No puedo escribir más. Debo apresurarme a sellar esto, que me temo sea una efusión quejumbrosa, un refunfuño de convaleciente. Me llaman otra vez; he de acabar. Créame su amiga muy sincera.

Estimada señorita LaMotte:

Confío en que ahora todo esté bien en su casa, y que el trabajo en el Merlín y Vivien, y en la cada día más fascinante Melusina, continúe a buen ritmo. En cuanto a mí, tengo ya casi terminado el poema sobre Swammerdam; tengo una versión de la totalidad sin desbastar, sé lo que va y lo que queda, por mucho que pese, eternamente abandonado; y cuando haya arreglado un cúmulo de imperfecciones sacaré para usted la primera copia en limpio.

Me subyugó y conmovió ese breve retrato de su padre, cuya prodigiosa erudición he admirado siempre, y cuyas obras he leído y releído muy a menudo. ¿Qué mejor padre podría tener un poeta? Su mención del Marinero de Antaño me animó a pensar si sería él quien escogió el nombre de usted, y si sería por la heroína del poema inacabado de Coleridge. No he tenido ocasión de decirle —aunque se lo digo a todo el que encuentro, con la misma insistencia con que nuestro amigo Crabb refiere su historia de cómo rescató el busto de Wieland— que yo vi una vez a Coleridge, que me llevaron una vez a Highgate, cuando yo era muy joven y muy verde, y tuve la oportunidad de oír a aquella voz angélica (y un poquito envanecida) hablar largo y tendido sobre la existencia de los ángeles y la longevidad de los tejos, y la suspensión de la vida en invierno (ahí con una estrecha mezclanza de lo banal y lo realmente profundo), y las premoniciones y los deberes del hombre (no sus derechos), y cómo los espías de Napoleón le habían ido pisando los talones en Italia cuando volvió de Malta; y sobre los sueños verídicos y los sueños mendaces. Y más cosas, creo. Nada sobre Christabel.

Yo era tan joven y tan verde, que me preocupó desmesuradamente no tener ocasión, en medio de aquel monólogo brillante y torrencial, de interponer mi propia voz, de que se viera que era capaz de pensar en aquella compañía, de hacerme notar. No sé qué habría dicho si hubiera podido hablar. Seguramente alguna vaciedad o alguna tontería; alguna pregunta erudita e insustancial sobre su doctrina de la Trinidad, o algún tosco deseo de oír el final del poema Christabel. No soporto no saber en qué acaba una historia. Leo las cosas más triviales, una vez comenzadas, sólo por una codicia febril de poder deglutir el final, sea dulce o amargo, y despachar algo que en realidad no tenía por qué haber empezado. ¿Está usted en mi caso, o es usted una lectora más exigente? ¿Abandona usted lo impropio? ¿Tiene usted alguna intuición privilegiada sobre el posible desenlace de la Historia de Christabel del gran S.T.C.? Que intriga tanto porque es como los mejores cuentos, imposible predecir adonde va a parar: y algo tiene que ser, pero no lo sabremos nunca; su secreto duerme con su letárgico e inconsecuente autor, que no se preocupa de sacarnos del irritante dilema.

Veo en parte lo que quiere usted decir acerca de Melusina, pero no me atrevo a

escribir ideas más que pudieran deformar su pensamiento, molestándola con mi falta de percepción o, lo que sería peor, enturbiando la línea luminosa de sus propias ideas.

Parece usted señalar que lo peculiarmente maravilloso del mito de Melusina es el ser a la vez salvaje, extraño, terrorífico y demoníaco, y al mismo tiempo sólido, con esa solidez que tienen las mejores historias terrenales, que presentan la vida de las familias y la organización de las sociedades, la introducción de la agricultura y el amor de toda madre por sus hijos.

Pues bien: voy a ser muy atrevido, y confío en que no me colme usted de vergüenza si me equivoco; yo veo, en las dotes que ya ha manifestado usted en sus escritos, un tal dominio de esos dos elementos contradictorios, que podría decirse que la Historia hubiera sido hecha para usted, que estuviera esperando que usted la contase.

Tanto en sus cuentos fantásticos como en sus bellos poemas, tiene usted la vista y el oído más precisos para los pormenores materiales: para la ropa de la casa, por ejemplo, las delicadas manipulaciones de la costura primorosa, o acciones como el ordeño, que hacen que a un simple hombre el mundo de las pequeñas labores domésticas se le aparezca como una revelación paradisíaca.

Pero nunca se contenta sólo con eso; su mundo está poblado por formas mudas, pasiones errantes, pequeños miedos volanderos, más siniestros que cualquier murciélago o bruja de escoba al uso.

Es como si dijéramos que tiene usted la facultad de pintar la segura fortaleza de Lusignan como pudiera estar presente en las vidas de los señores, de las damas y de los campesinos, con los vivos colores de un Libro de Horas, y sin embargo es capaz de pintar también las voces del aire, el gemido, el canto de sirena, el dolor inhumano que resuena por las avenidas de los años.

¿Qué pensará usted ahora de mí? Ya se lo he dicho, no puedo pensar en nada sin imaginarlo, sin darle forma visible y audible en mi interior. De ahí que, como le dije, tenga la más nítida visión mental de esa puerta de su casa que no he visto nunca, bajo un marco de clemátides —de esas deliciosas violeta-azul oscuro— y rositas trepadoras. Tengo también la más nítida visión de su cuarto de estar, con sus dos pacíficos habitantes humanos empleados, no diré en hacer malla, sino quizá en leer, en alta voz, alguna obra de Shakespeare o sir Thomas Malory; y Monsignor Dorato, todo plumas de limón bajo una cúpula de filigrana; y su perrito: ¿de qué clase es? Si hubiera que adivinarlo, yo diría que quizá un King Charles Spaniel; sí, ahora lo veo, nítidamente por desdicha, con una oreja color chocolate y la otra blanca, y el rabo muy sedoso; pero a lo mejor no es nada de eso, sino un galguito, una blanquísima bestezuela como la que tenían las damas de sir Thomas Wyatt en su cámara misteriosa. De Jane no tengo visión alguna, pero ya llegará. Sí tengo la más nítida

sombra olfativa de sus tisanas; aunque dudo entre verbena, tila y hojas de frambueso, que mi querida madre tenía por muy eficaces en caso de dolor de cabeza y lasitud.

Pero no tengo derecho, por más que extienda mi mirada imaginativa sobre butacas inocuas y papeles pintados, no tengo ningún derecho a extender mi desafortunada curiosidad a su trabajo, a sus escritos. Me acusará usted de pretender escribir su Melusina, pero no es así; es mi desdichada propensión a intentar concretar en mi cerebro cómo lo haría usted; y ante mí se abren las posibilidades verdaderamente apasionantes, como vistas de largas cabalgadas en la sombra moteada de sol del bosque misterioso de Brocéliande: pienso «así lo hará», «así acometerá el proyecto». Y, sin embargo, si algo sé de su obra, es que ha de ser plenamente original, y mis especulaciones una impertinencia. ¿Qué puedo decir? Hasta ahora nunca me había visto tentado de comentar con otro poeta los recovecos de mis escritos ni de los suyos, siempre he seguido una marcha solitaria y autosuficiente; pero con usted sentí desde el primer momento que tenía que ser la verdad o nada, no había término medio. Así que le hablo —o no le hablo, le escribo, escribo discurso escrito, una extraña mezcla de géneros—, le hablo como hablaría a todos aquellos que más poseen mis pensamientos: a Shakespeare, a Thomas Browne, a John Donne, a John Keats; y me encuentro imperdonablemente prestándole a usted, que está viva, mi voz, como acostumbro prestársela a esos muertos. Que es tanto como decir: he aquí un autor de monólogos que intenta torpemente construir un diálogo ocupando sus dos mitades. Perdóneme.

Si esto fuera un diálogo de verdad... Pero sobre eso es usted quien tiene la única palabra.

Estimado señor Ash:

¿Ha sopesado usted realmente lo que me pide? No el grácil acomodo de mi musa a sus indicaciones, pues a eso me opondría hasta la muerte de lo inmortal; que no puede ser sólo una disipación en el aire. Pero abruma usted mi modesta diligencia amontonando un Pelión sobre un Ossa de pensamiento y fantasía; y si de veras me aplicase a responder a todo como habría que responder, se me iría toda la mañana; y ¿quién iba a ocuparse de cuajar el dulce de leche y el Hada Melusina?

Pero no deje de escribirme por eso, si escatimo un poco los pasteles de hada y le escribo una respuesta trunca y exigua, y aplazo, no sin provecho, un día más la Melusina; todo se andará, de algún modo.

Dice usted que no se imagina a Jane. Pues bien, le diré esto, nada más: que es golosa, muy golosa. Es superior a sus fuerzas dejar en la despensa una bandeja de flanes, o de deliciosos mostachones, o de galletitas de coñac, sin abstraer un ejemplar insignificante por aquí o hincar una cuchara por allá y dejar la huella de su glotonería. Así me ocurre a mí, tristemente, cuando se trata de redactar una carta. No lo haré, me digo, mientras no haya acabado esto o empezado aquello; pero se me viene a la mente una respuesta a tal o cual cosa, y me digo: si despachara esa cuestión (si probara ese dulce y me lo comiera), mi mente volvería a ser mía, sin agitación.

Pero no, sería descortesía sutilizar. Únicamente quería afirmar que no soy ninguna Hechura de su pensamiento, ni corro peligro de serlo: los dos estamos a salvo en ese aspecto. En cuanto a las butacas y los papeles pintados, imagine a su gusto, piense lo que quiera, y de vez en cuando yo le escribiré una pequeña pista para que su confusión sea más completa. De clemátides y rosas no digo nada, pero tenemos un majuelo muy hermoso, que ahora mismo está cargado de capullos rosados y cremosos, y repleto de ese aroma almendrado tan dulce —demasiado— que duele olerlo. No diré dónde está este árbol, ni si es joven o viejo, grande o pequeño, para que usted se lo imagine no como es en realidad, paradisíaco y peligroso; ya sabe que el mayo no debe meterse en casa.

Ahora debo disciplinarme, y orientar mis pensamientos errantes a sus graves preguntas, no sea que a los dos nos devoren las imaginaciones frívolas y las especulaciones vanas.

Yo también he visto a s. t. c. Era yo muy pequeña; me puso la regordeta mano sobre mis rizos dorados, y su voz hizo algún comentario sobre su rubia palidez; dijo (o yo, a fuerza de pensar, he creado desde entonces su voz diciéndolo; porque yo también, como usted, tengo que imaginarlo todo, no puedo dejar estar las cosas), creo que dijo: «Es un nombre bonito, y confío en que no sea de mal agüero.»

Y ésa es toda la pista que tengo sobre el final del poema de Christabel: que a su heroína le aguardaban tribulaciones, lo cual no es difícil suponer; más difícil, si no imposible, es suponer cómo podría obtener después la felicidad.

Ahora debo cambiar totalmente mi tono habitual. Ahora debo escribir severamente y no revolotear con aleteos de oropel ni centelleos de libélula que le distraigan. Es una tontería que finja usted temer, o acaso tema de verdad, que lo que me dice de la Melusina y de mis dotes de escritora, de lo que yo sería capaz de hacer, pueda causar en mí otra cosa que el más hondo halago. Me ha leído usted el pensamiento, o me ha aclarado mis predisposiciones, no como un intruso, sino con verdadera intuición. En efecto, mi Melusina es una de esas combinaciones que usted sugiere de lo ordenado y humano con lo contranatural y lo salvaje: fundadora del hogar y demonio destructor. (Y mujer, cosa que usted no comenta.)

No sabía que leyera usted cosas tan pueriles como los Cuentos del mes de noviembre. Son fundamentalmente los cuentos que contaba mi padre, sólo en esos meses oscuros a los que convienen. Él solía decir que los compiladores o investigadores que iban a Bretaña en los meses de verano —cuando el mar a veces sonrío, y la bruma se alza del granito y casi brilla— acaso no encontrarán nunca lo que iban buscando. Los cuentos de verdad sólo se contaban en las noches oscuras, ya pasados los Santos. Y los cuentos del mes de noviembre eran los peores: cuentos de aparecidos, de demonios, de portentos, del Príncipe de los Poderes del Aire. Y del Ankou que conducía un carro terrible, un vehículo que iba chirriando, crujiendo, rechinando, y que cualquiera podía oír a sus espaldas por el campo desierto en una noche oscura: lleno de huesos de muerto, quizá, balanceándose en montón. Y el Conductor era un Hombre de Huesos: debajo de su sombrero enorme sólo se le veían unas cuencas vacías; pero no era, conste, la Muerte, sino el Criado de la Muerte, que venía con su Guadaña, cuya hoja no era curva hacia dentro para recoger, sino hacia fuera... ¿para qué? (Me parece estar oyendo la voz de mi padre en una noche oscura, preguntando: ¿para qué? Y si yo se lo cuento a usted un poco insípidamente, pues es porque los días se van alargando, y fuera hay un tordo que no para de cantar en mi espumoso mayo: y todo esto está fuera de fecha.) Si todavía en noviembre seguimos escribiéndonos cartas —¿y por qué habríamos de hacerlo? ¿y por qué no? —, puedo contarle un cuento, y lo haré, a la manera exacta de mi padre. Pasado noviembre venían las historias, más suaves, de la Natividad de Nuestro Señor; recordará usted que es creencia bretona que en ese día santo las bestias hablan en los pesebres y en los establos, pero ningún ser humano puede oír lo que dicen esas criaturas sabias e inocentes, bajo pena de Muerte...

Atienda: no vuelva usted a hablar de su interés por mi obra como una posible intrusión. No parece usted percatarse, señor Ash, a pesar de todo su conocimiento del ancho mundo que yo no frecuento, de la respuesta que suelen hallar las

producciones de la pluma femenina; y no digamos ya, como es en este caso, de las producciones hipotéticas. Todo lo más que podemos esperar es: sí, está muy bien hecho... para una mujer. Aparte de que hay temas que no podemos tratar; cosas que no podemos saber. No digo que no tenga que haber —la hay— alguna diferencia esencial entre el alcance y la fuerza de los hombres y nuestra consciencia limitada y nuestra aprehensión posiblemente más débil. Pero sí sostengo, con la misma firmeza, que en estos momentos las fronteras están todas mal puestas. No somos, las mujeres, meras acólitas de los pensamientos virtuosos, meros cálices de Pureza; pensamos y sentimos, y hasta leemos; cosa que a usted no parece asombrarle en nosotras, en mí, aunque yo he ocultado a muchos la medida de mi —vicario— conocimiento de las veleidades humanas. Pues bien; si hay una razón para que yo mantenga esta correspondencia, es precisamente ese no percatarse de usted, auténtico o aparente, de aquello de lo que presuntamente es capaz una mujer. Eso para mí es lo que un arbusto fuerte, bien enraizado, para la mano del que se está cayendo por un precipicio: aquí me agarro, aquí me sujeto...

Le voy a contar un cuento; pero no, ni pensarlo; o sí, como muestra de confianza... en Usted.

Una vez le mandé unos cuantos de mis poemas más breves, una pequeña gavilla escogida con temblor, a un gran poeta que ha de quedar innominado, no puedo escribir su nombre; preguntándole: ¿Esto son poemas? ¿Tengo... voz? Él replicó, con amable prontitud, que eran bonitos, no del todo acabados, y no siempre reglados por el debido sentido del decoro; pero que él me animaba, moderadamente; que servirían para proporcionarme un objeto en la vida en tanto no tuviera —reproduzco sus palabras exactas— «Otras responsabilidades más dulces y más serias». Pero con semejante juicio, ¿cómo iba yo a desear éstas, señor Ash; cómo? Usted comprendió mi concreta expresión: la Vida del Lenguaje. Usted comprende; tres personas en mi vida, sólo tres, han vislumbrado que la necesidad de poner palabras por escrito; lo que veo, sí, pero también palabras, palabras sobre todo; que las palabras son toda mi vida, toda mi vida; es una necesidad como la de la Araña que lleva delante un enorme Fardo de Seda que tiene que ir hilando: la seda es su vida, su casa, su seguridad, su comida y su bebida; y si se la atacan o se la deshacen, qué otra cosa puede hacer sino fabricar más, hilar de nuevo, diseñar otra vez. Dirá usted que es paciente, y lo es; puede que también sea salvaje; es su naturaleza, tiene que hacerlo o morir de empacho, ¿me comprende?

Por esta vez no puedo escribir más. Tengo el ánimo demasiado cargado, he dicho demasiadas cosas; si repaso estas cuartillas me faltará valor, así que van a ir así como están, sin corregir, con sus imperfecciones en la frente. Dios le bendiga y le guarde.

Christabel LaMotte



Querida amiga:

Me permite considerarme amigo suyo, ¿verdad? Pues mis verdaderos pensamientos han pasado más tiempo en su compañía que en la de ninguna otra persona, en estos dos o tres últimos meses; y donde están mis pensamientos, allí estoy yo, en verdad; aunque, como el árbol de mayo, sea sólo una presencia de umbral por decreto. Ahora le escribo con prisas, no para responder a su última y generosísima carta, sino para impartir una visión, antes de que su extrañeza se desvanezca. Respuesta ha de tener usted, y la tendrá; pero esto he de decírselo antes de que me falle el valor. ¿Siente curiosidad? Así lo espero.

Primero debo confesar que mi visión tuvo lugar en el parque de Richmond. ¿Y por qué debo confesar esto? ¿Acaso un poeta y señor no puede pasear a caballo con sus amigos por donde le plazca? Me invitaron unos amigos a hacer ejercicio en ese parque, y sentí una vaga intranquilidad, como si sus plantaciones boscosas y sus espacios verdes estuvieran cercados por un tácito sortilegio prohibitorio: como está su Casita, como estaba Shalott para los caballeros, como están en el cuento los bosques del sueño, con sus setos de zarzas espinosas. Pero, como usted sabe, en el plano de los cuentos todas las prohibiciones existen sólo para ser quebrantadas, han de ser quebrantadas: ejemplo de ello es su propia Melusina, con notable infortunio para el caballero desobediente. Hasta es posible que no hubiera ido a cabalgar por allí si el parque no hubiera tenido el nítido brillo y atractivo de lo cerrado y vedado. Aunque debo añadir, como un verdadero caballero del siglo diecinueve, que no me sentí con derecho a pasar por delante de las clemátides y las rosas, ni del espumoso árbol de mayo, como hubiera podido hacer con toda tranquilidad y naturalidad: las aceras son lugares de libre paso. No pienso cambiar mi rosaeda imaginada por la realidad hasta que se me invite a traspasarla, cosa que quizá no suceda nunca. Conque cabalgué sin salir de los límites del parque, y pensé en quienes moraban tan cerca de sus puertas de hierro, y al volver cada esquina me imaginaba poder vislumbrar un chal o un sombrero a medias conocidos que pasara de soslayo, como sus damas blancas. Y sentí una cierta irritación hacia ese buen señor cuáquero cuyas estólicas condiciones telúricas tienen tanta más virtud de inspirar confianza que la moralidad poética de R. H. Ash...

Pues bien, iba yo cabalgando, como hacen todos los buenos caballeros en todos los buenos cuentos, un poco apartado y sumido en mis pensamientos. Iba por un sendero herboso, donde reinaba lo que bien pudiera haberse tomado por una quietud encantada. En otras partes del parque la primavera estaba muy activa: asustamos a una familia de conejos entre los helechos nuevos, que se erguían en pequeñas frondas fuertes y enroscadas, como serpientes recién nacidas, entre lo plumoso y lo escamoso. Había bandadas de negros cuervos, muy atareados e importantes, que se

paseaban apuñalando las raíces con su picos triangulares negro-azulados. Y alondras alzando el vuelo, y arañas tendiendo sus relucientes trampas geométricas, y mariposas vacilantes, y los dardos azules, en vuelo entrecortado, de las libélulas. Y un cernícalo que se dejaba llevar por las corrientes de aire con calma superlativa, y la mirada concentrada en la tierra luminosa.

Conque iba yo así, solo, adentrándome cada vez más en el silencioso Túnel de la Vereda; no muy seguro de dónde estaba pero tampoco preocupado, sin pensar en mis acompañantes ni tan siquiera en la proximidad de... ciertas amistades. Los árboles eran hayas, y los brotes, recién abiertos, tenían un brillo fiero, y la luz nueva, renovada sobre ellos, era un diamante intermitente; pero las profundidades eran oscuras, una Nave silenciosa. Y no había pájaros cantando, o yo no oía a ninguno, ni repicaba el pájaro carpintero, ni silbaba o brincaba ningún zorzal. Y yo escuchaba la quietud cada vez mayor, y mi caballo caminaba blandamente sobre la alfombra de hayucos, que estaba húmeda por las lluvias pasadas: no quebradiza, un poco apelmazada, no encharcada tampoco. Y yo tenía la sensación, bastante corriente, para mí al menos, de estar saliendo del tiempo, de que aquel camino estrecho y moteado de sombra se prolongaba indistintamente por delante y por detrás, y yo era lo que había sido y lo que iba a ser, todo a la vez, todo en uno; y de que avanzaba y daba igual, por ser todo uno, que fuera o viniera o me estuviera quieto. Para mí esos momentos son poesía. No me interprete mal: no quiero decir que sean «poéticos» en un sentido ñoño, sino que de ellos brota la fuerza que impulsa la línea del verso; y no sólo la línea del verso, sino también ciertas líneas de vida que nos recorren indistintamente, desde el Origen hasta el Fin. ¿Cómo se lo diría yo? ¿Y a quién sino a usted podría intentar siquiera describir cosas tan indescriptibles, tan oscuramente intocables? Imagínese un esquema abstracto como el que podría hacer un profesor de dibujo para corregirle una perspectiva: un abanico o túnel de líneas que se va estrechando, no hacia la ceguera, no hacia la Nada, sino hacia el punto de Fuga, hacia el Infinito. Y seguidamente imagínese esas Líneas materializadas en las hojas suaves y brillantes, la pálida luz y el azul de arriba; y los altos troncos con su suave corteza gris en disminución; y los surcos del suelo, una alfombra tan única de tonos marrones, negros, pardos, ambarinos, cenicientos, todo variado y todo uno, todo incitante y al mismo tiempo estacionario... no lo sé decir... confío en que usted ya lo conozca...

A lo lejos parecía haber un charco. Estaba atravesado en mi camino: un charco pardo, de color oscuro, de profundidad incierta, que reflejaba el dosel en su oscura superficie ininterrumpida. Lo miré y miré a otro lado, y cuando lo volví a mirar contenía un Ser. Debo suponer que aquel Ser había llegado hasta allí por algún arte de magia menor, pues ciertamente no estaba antes, ni podía haber entrado por su pie, porque la superficie seguía estando quieta e ininterrumpida.

Aquel Ser era un galguito blanquísimo, con una cabecita finamente apuntada y unos ojos negros e inteligentes. Estaba tendido, o mejor diríamos acurrucado, como la esfinge, couchant, mitad fuera y mitad dentro del agua, de modo que sus hombros y sus ancas aparecían lamidos y divididos por la línea finísima de la superficie, y sus miembros, bajo la superficie, fulguraban a través de un fluido verde y ambarino. Tenía las delicadas patas delanteras extendidas ante sí, y la fina cola enroscada alrededor. Estaba inmóvil, como si fuera de mármol, y esto no durante unos instantes, sino durante un buen rato.

En torno al cuello llevaba una fila de campanas esféricas de plata sobre una cadena también de plata: no campanillas diminutas, sino de buen tamaño, como huevos de gaviota, o incluso de gallina pequeña.

Mi caballo y yo nos paramos, mirándole. Y el ser, siempre absolutamente inmóvil, nos miraba a su vez, con seguridad imperturbada, y una mirada, en cierto modo, de dominio.

Transcurrieron algunos momentos sin que yo pudiera resolver de ninguna manera si aquella manifestación era realidad, alucinación u otra cosa venida de otra era. Estaba allí tan inverosímil, medio sumergido, un auténtico Canis aquaticus, un espíritu del agua emergente, o un espíritu de la tierra a medias sumergido.

Yo era absolutamente incapaz de seguir adelante, hacer que se apartara, se fuera o se esfumara. Yo le miraba y él me miraba. Me parecía un Poema corpóreo, y entonces me acordé de usted, y de su perrito y sus criaturas ultraterrenas venidas a la tierra. Me acordé también de varios poemas de sir Thomas Wyatt: poemas de cacería en su mayor parte, pero donde las criaturas de la caza son habitantes de las estancias cortesanas. Noli me tangere, parecía proclamar la bestia altanera; y, en efecto, no pude aproximarme a ella y no me aproximé, sino que volví al tiempo, a la luz del día y a la sucesión del parloteo cotidiano, como mejor pude.

Ahora lo pongo por escrito. Acaso a usted no le parezca nada extraordinario, o a quien pueda leer esta relación. Pero lo era. Era un signo. Yo pensé en Isabel, que en su juventud cazaba en ese mismo parque con esa clase de galguitos, Virgen Cazadora, Artemisa implacable, y me pareció ver su rostro fiero en aquella blancura, y los venados huyendo de ella. (Aquellos con los que me crucé, bien alimentados, pastaban tranquilamente, o me miraban como estatuas y aspiraban el aire a mi paso.) ¿Sabía usted que la Cacería Infernal solía a veces, al pasar por una alquería, dejar junto al hogar un perrillo que, si no se le ahuyentaba con el hechizo correspondiente, se pasaba allí un año, comiéndose el sustento de la casa, hasta que volvían los Cazadores?

No voy a escribir más sobre este tema. Ya he hecho bastante el ridículo y he depositado mi dignidad enteramente en sus manos, con toda la confianza que usted expresaba hacia mí en su inolvidable última carta, que, como dije al principio,

tendrá contestación.

Dígame qué le parece mi aparición.

Swammerdam necesita todavía algunos retoques. Era un intelecto extraño y un alma perdida; despreciado y rechazado, como tantos grandes hombres; las circunstancias de su vida, casi perfectamente coincidentes con las grandes preocupaciones, obsesiones incluso, de su carácter. Piense, amiga mía, en la diversidad, la multiplicidad de formas y la extensibilidad infinita del espíritu humano, que es igualmente capaz de habitar un sofocante gabinete de curiosidades holandés y disecar un corazón microscópico, contemplar la visión de un galgo acuático en medio de la más luminosa frondosidad inglesa, y correr la Galilea considerando los lirios de aquellos campos con Renán, y curiosear, imperdonablemente y con la fantasía, los secretos del cuarto invisible donde usted inclina la cabeza sobre el papel y mira sonriente su obra: porque Melusina ya ha echado a andar, y el caballero se dirige al encuentro junto a la Fuente de la Sed...

Querido amigo:

Si me dirijo a usted así, será no sólo por primera, sino por última vez. Nos hemos precipitado por una pendiente —yo al menos— por la que podríamos haber descendido con mayor circunspección, o de ninguna manera. Se me ha hecho comprender que hay peligros en nuestra conversación continuada. Temo faltar a la delicadeza al decirlo, pero la verdad es que no veo buena salida. No le reprocho nada a usted, ni me reprocho nada a mí misma, como no sea alguna confesión indiscreta; pero ¿de qué? ¿De que quise a mi padre y me empeñé en escribir una epopeya?

Pero el mundo no vería bien unas cartas así, entre una mujer que vive en soledad compartida como yo y un hombre, aunque ese hombre sea un poeta grande y sabio.

Hay quienes piensan en lo que pueda decir el mundo... y su esposa. Hay quienes sufren con la mala opinión del mundo. Se me señala, y con toda razón, que si soy celosa de mi libertad para llevar la vida que llevo, y mandar en mis cosas, y hacer mi trabajo, debo poner un cuidado exquisito en seguir siendo lo suficientemente respetable a los ojos del mundo y de su esposa para evitar sus malas opiniones, y las consiguientes y molestas restricciones de mi libertad de movimientos.

No pretendo impugnar su delicadeza en nada, ni su juicio, ni su buena fe.

¿No cree usted que sería mejor que dejáramos de escribirnos?

Yo siempre le desearé lo mejor.

Christabel LaMotte

Querida amiga:

He leído su carta con asombro, como usted, ni que decir tiene, ya lo habría previsto, por su absoluto contraste con la que la precedió, y con la buena fe y confianza que habían surgido y subsistían (o yo así lo creía) entre nosotros. Me he preguntado qué había hecho para alarmarla tanto, y me he respondido que transgredí los límites de su recinto privado al ir a Richmond, y no sólo ir, sino escribir, como lo hice, contando lo que había visto. Podría instarla a tomar eso como exageración caprichosa de un fenómeno curioso —aunque no lo fue—, si realmente pensara, después de meditarlo, que fuese ésa la causa del asunto. Pero no lo es; o si lo fue, después del tono de su carta, ya no lo es.

Confieso que, en un primer momento, no sólo me asombró, sino que me enojó que me escribiera así. Pero había demasiadas cosas en juego —sin olvidar la delicadeza, buen juicio y buena fe que usted amablemente me atribuye— para responder con enojo. Así que pensé intensa y largamente en nuestra correspondencia, y en su situación, tal como la describe: la de una mujer «celosa de su libertad para llevar la vida que lleva». Yo no pretendo atentar contra su libertad, me habría gustado replicar; muy al contrario, respeto, honro y admiro esa libertad y su producto, su obra, sus palabras, su trama de lenguaje. Conozco, porque para mi mal la he vivido, la desdicha que la falta de libertad puede acarrear a las mujeres: lo indeseables, lo dolorosas, lo ruinosas que son las restricciones que de ordinario pesan sobre ellas. Yo pensaba en usted, con la mayor sinceridad, como excelente poeta y amiga mía.

Pero —perdóneme esta ineludible falta de delicadeza— una cosa tiene su carta, y es que nos define con toda claridad en nuestra relación mutua como hombre y mujer. Mientras no se hubiera hecho eso, podríamos haber seguido eternamente, conversando sin más, con un atisbo de galantería inofensiva, o quizá de devoción cortés, pero básicamente con el deseo, que sin duda no es ilícito, de hablar del arte, o del oficio, que ambos profesamos. Yo creía que esta libertad quería usted tenerla. ¿Qué le ha hecho replegarse de esa manera tras una empalizada de conveniencias espinosas?

¿Se puede rescatar algo?

Yo haría aquí dos observaciones. La primera es que no formula usted, ni mucho menos, la firme resolución de que dejemos de escribirnos. Escribe en forma interrogativa, y, además, con una deferencia a mi opinión que, o es mera humildad femenina (¿muy a destiempo?), o refleja verazmente su estado de ánimo: una certeza no completa de cierre en esta cuestión.

No, mi querida señorita LaMotte; no creo (por las pruebas que usted me ofrece) que fuera mejor que dejáramos de escribirnos. No sería mejor para mí, que saldría casi infinitamente perdedor, y sin ninguna certeza moral gratificante de haber hecho

nada bueno ni noble al abandonar una correspondencia que me proporcionaba un intenso deleite —y libertad— y que no hacía daño a nadie.

No creo que fuera mejor para usted; pero no conozco plenamente sus circunstancias, y por lo tanto me puedo equivocar.

He dicho que iba a hacer dos observaciones. Ésa era la primera. La segunda es que escribe usted —acaso esto sea ir demasiado lejos— como si su carta fuera en parte dictada por las opiniones de otra u otras personas. Lo digo muy tentativamente, pero resulta muy llamativo que es otra voz la que habla; ¿estoy en lo cierto? Pues bien, puede ser la voz de alguien con muchos mayores títulos sobre su lealtad y su atención que los que yo pueda esgrimir; pero debe usted estar muy segura de que esa persona ve las cosas como son, y no con una visión distraída por otras consideraciones. No sé encontrar un tono con que escribirle que no tienda ni a lo intimatorio ni a lo quejumbroso. No sé tan deprisa se ha hecho usted parte de mi vida— cómo podría pasarme sin usted.

De todos modos, me gustaría mandarle el Swammerdam. ¿Me permite eso, al menos?

*Suyo para lo que disponga,
Randolph Ash*

Querido amigo:

¿Cómo responderle? He sido grosera y descortés; por miedo a que me faltara resolución, y porque soy una voz —una voz que querría ser pequeña y estar callada— que grita quejumbrosa desde un torbellino que, sinceramente, no le puedo describir. Le debo una explicación, y sin embargo no debo hablar; y sin embargo sí debo, so pena de aparecer como rea de horrible ingratitud y otros vicios menores.

Pero le aseguro, señor, que no puede ser. Las —inestimables—cartas son demasiado y demasiado poco; y sobre todo y ante todo, diría yo, comprometedoras.

Qué palabra tan fría y triste. Es Su palabra; la palabra del Mundo; y la palabra también de esa gazmoñería que es su Esposa. Pero supone libertad.

Voy a extenderme... sobre la libertad y la injusticia.

La injusticia es que yo reclame mi libertad de usted, que tan perfectamente la respeta. Nobles palabras las suyas sobre la libertad; cómo puedo...

Voy a aducir en mi descargo una breve historia. Una historia de pequeñas acciones sin nombre, olvidadas. De esta nuestra casita de Betania, que lleva ese nombre por una razón. Pues bien: para usted y en su maravilloso Poema, Betania es el lugar donde el maestro llamó a su amigo muerto a la resurrección anticipadamente y en particular.

Pero para nosotras las mujeres era un lugar donde ni servíamos ni nos servían; la pobre Marta andaba agobiada de tanto servir, y reprendía a su hermana María por sentarse a Sus Pies y escuchar Su Palabra y escoger lo único necesario. Pero yo más bien creo, con George Herbert, que «Quien barre un cuarto por cumplir Tu ley / lo embellece y embellece la acción». Formamos un proyecto, mi querida compañera y yo, de hacernos una Betania donde el trabajo de toda índole fuera llevado a cabo en el Espíritu del Amor y de Sus Leyes. Nos conocimos, debe usted saberlo, en una de las maravillosas conferencias del señor Ruskin sobre la dignidad de la artesanía y del trabajo individual. Éramos dos personas que querían vivir la Vida de la Mente y hacer buenas cosas. Vimos, después de meditarlo, que si reuníamos lo poco que poseíamos y lo que obtuviéramos dando clases de dibujo, o vendiendo cuentos maravillosos o incluso poemas, podríamos forjarnos una vida en la que el esfuerzo fuera artístico; fuera sagrado, como el señor Ruskin cree posible; y fuera compartido, para ningún amo (excepto Aquel que es Señor de Todo y que visitó la Betania de verdad). Teníamos que renunciar. No a las vidas que entonces nos rodeaban, la agobiante devoción filial a una madre mundana y la esclavitud disimulada de una institutriz; en eso no había nada que perder; de eso se huyó con gozo y encarando toda oposición con valentía. Pero teníamos que renunciar al mundo exterior, y a las usuales esperanzas femeninas (y con ellas a los usuales temores femeninos), a cambio de, no sé si atreverme a decir el Arte: un deber

cotidiano de crear, desde cortinas exquisitas hasta pinturas místicas, desde bizcochos con rosas de azúcar hasta la Epopeya de Melusina. Fue un Pacto Sellado; no digo más. Fue un modo de vida elegido —en el que, créame, he sido prodigiosamente feliz, y no sólo yo.

(Y las cartas que hemos escrito son en mí tal adicción, que quiero preguntarle: ¿ha visto usted alguna vez al señor Ruskin explicar el Arte de la Naturaleza en la representación de una piedra vetada en una pecera? Sus colores tan rutilantes, la finura de su pluma y su pincel, la exactitud de su descripción de por qué tenemos que ver lo que verdaderamente hay —pero no debo seguir; es bueno que lo dejemos.)

Yo he elegido un camino, querido amigo, y debo seguirlo. Piense en mí si quiere como la Dama de Shalott, con una sabiduría más limitada, que prefiere, no la bocanada de aire exterior y la heladora travesía del río hacia la muerte, sino la atención diligente a los vivos colores de su tela; manejar una lanzadera industrial; hacer algo; cerrar los postigos, y la mirilla también.

Me dirá que usted no representa una amenaza para eso. Argumentará, racionalmente. Hay cosas que no nos hemos dicho más allá de Ésa que definió usted de una forma tan cruda.

Yo sé, en mi ser intrínseco, que la amenaza está ahí.

Sea paciente. Sea generoso. Perdona a su amiga

Christabel LaMotte

Querida amiga:

Estas últimas cartas han sido como los cuervos de Noé: han echado a volar sobre el desierto de las aguas, sobre el Támesis turgente en estos días de lluvia, y ni han vuelto ni han traído señal de vida alguna. En la última había puesto todas mis esperanzas, con la tinta del Swammerdam apenas acabada de secar. Daba por seguro que viese que en cierto modo era usted quien le había evocado: que sin sus finas percepciones, sin su intrincada visión de vidas inhumanas y minúsculas, él habría presentado un aspecto en general más tosco, no tan articulado sobre sus secos huesos. Ningún otro de mis poemas ha sido escrito, ni por lo más remoto, para un lector determinado: únicamente para mí, o un Otro Yo vagamente concebido. Pero usted no es eso: es a su diferencia, a su diversidad a lo que me dirijo, fascinado, intrigado. Y ahora mi vanidad, y algo más, mi sentido de la Amistad Humana, se duele de que no pueda usted siquiera —pues sería absurdo decir que no se atreva— acusar recibo de mi poema.

Si la he ofendido al tildar su última y ya lejana carta de contradictoria (que lo era) o pusilánime (que lo era), debe usted perdonarme. Con razón podría usted preguntar por qué esta tenacidad mía en seguir escribiendo a una persona que se ha declarado incapaz de mantener una amistad (que, según declaraba también, era valiosa para ella) y persiste incommovible en el silencio, en el rechazo. Un amante podría aceptar con todo honor que le despidieran así; pero ¿un amigo pacífico y estimado? Jamás ha habido en mí, ni en lo que he escrito, la más leve insinuación de atenciones impropias: nada de «Ah, si las cosas fueran de otra manera...»; nada de «Sus ojos, cuyo brillo conozco, podrán leer...»; no, todo era expresión directa de mis pensamientos sinceros, que están más cerca de mi yo esencial que toda esa necia galantería; ¿y eso no lo puede usted aprobar?

¿Y por qué soy tan tenaz? Ni yo mismo lo sé. Por el bien de futuros Swammerdams, tal vez; porque veo que sin darme cuenta había llegado a ver en usted —no se ría— una especie de Musa.

¿Podría la Dama de Shalott haber escrito la Melusina tras los cerrojos y los fosos de su torreón?

Pero dirá usted que demasiado atareada está en escribir su propia poesía, como para necesitar empleo de Musa. Yo no había pensado que las dos cosas fueran incompatibles; y aun se podría pensar que fueran complementarias. Pero usted sigue en sus trece.

No la engañe mi tono desenfadado. No encuentro otro de momento. Esperaré, contra toda esperanza, que esta carta sea la paloma que vuelva con la ansiada rama de olivo. Si no es así, dejaré de molestarla.

Atentamente suyo siempre,
R. H. Ash

Estimado señor Ash:

No es la primera vez que acometo esta carta. No sé ni cómo empezar ni cómo seguir. Se ha presentado una circunstancia —no, ya no sé ni escribir: ¿cómo va a presentarse una circunstancia, qué aspecto podría ostentar semejante ser?

Estimado amigo, sus cartas no me han llegado —por una razón. Ni sus cartas-cuervo, ni tampoco, para mi pérdida infinita, su Poema.

Temo, es decir sé, aunque sin prueba ocular positiva, que han sido interceptadas.

Hoy, por casualidad, me adelanté yo a recibir al cartero. Hubo casi una... rebatiña de papeles. Forcejeé. Para mi vergüenza, para vergüenza nuestra —forcejeamos.

Le pido, le ruego, porque le he dicho la verdad, que no condene. Se ha hecho por proteger mi honor; y, aunque yo no comparta exactamente la idea del Honor que impulsaba tan celosa vigilancia, debo estar agradecida, debo estarlo y lo estoy.

Pero rebajarse al hurto

Señor, estoy desgarrada por emociones contrarias. Estoy agradecida, como le digo. Pero debo estar muy enojada porque se me haya engañado así, y enojada por usted; pues, aunque pudiera haberme parecido lo mejor no contestar a esas cartas, nadie más tenía derecho a interferir en ellas, por ningún motivo.

No las encuentro. Me dicen que fueron hechas pedazos. Y Swammerdam con ellas. ¿Cómo perdonar eso? Y ¿qué si no?

Esta casa, en otro tiempo feliz, se ha llenado de llantos y gemidos y negras jaquecas como un manto de dolor; Dog Tray anda escurriéndose de acá para allá; Monsignor Dorato ha dejado de cantar; y yo, yo no me puedo estar quieta, preguntándome a quién acudir, y pensando en usted, amigo mío, el causante involuntario de tanto infortunio.

Todo son falsas apreciaciones, lo sé.

Ya no distingo lo que había de bueno y de malo en la decisión original de suspender la correspondencia.

Si era para salvaguardar la armonía doméstica, ahora está absoluta y totalmente alterada, descompuesta y desabrida.

Ay, querido amigo, estoy tan enfadada; veo extrañas llamaradas ante mis ojos anegados.

No me atrevo a escribir más. No puedo estar segura de que cualquier ulterior comunicación suya me llegue intacta, ni de que me llegue siquiera.

Su Poema se ha perdido.

¿Y habré de rendirme... así? ¿Yo, que he luchado por mi autonomía contra la Familia y la Sociedad? No, no es posible. A sabiendas de que corro el riesgo de parecer inconsecuente, enredadora, débil de voluntad y femenina, le pregunto si

podría usted dar un paseo por el parque de Richmond, no sé cuándo decirle, porque estará usted ocupado: cualquier día de estos tres siguientes, a eso de las once de la mañana. Me dirá usted que el Tiempo es inclemente. Estos últimos días han sido temibles. El agua ha subido tanto, que en cada marea alta el Támesis rebasa y cubre la ribera y el muro del muelle con acuática ferocidad, y riendo y rompiendo cruza el pavimento empedrado de la orilla y se mete en los jardines de las casas, sin respetar verjas ni vallas; se filtra sinuosamente, burbujeando oscuro y poderoso, trayendo una rastra de tales cosas: borra, plumas, ropas mojadas, animalillos muertos, anegando los pensamientos y los nomeolvides, y amenazando la malva real temprana. Pero yo estaré. Saldré con Dog Tray —él por lo menos me lo agradecerá de todo corazón—, con unas botas fuertes y armada con un paraguas; entraré en el parque por la puerta de Richmond Hill, y estaré deambulando en las cercanías, por si usted se decide a venir.

Tengo que ofrecerle una excusa y quiero hacerlo en persona.

Aquí tiene su rama de olivo. ¿La acepta?

Ay, el poema perdido...

Su amiga sincera

Querida amiga:

Espero que llegase usted bien a casa. La estuve mirando hasta que se perdió de vista: dos resuellos piececitos con sus botas y cuatro patitas grises con sus uñas, levantando pequeños surtidores a su paso, sin mirar atrás ni una sola vez. Usted, al menos, no lo hizo; pero Dog Tray volvió su cabeza gris un par de veces, espero que con pesar. ¿Cómo pudo usted engañarme de ese modo? Yo buscaba diligentemente un King Charles Spaniel, o un galguito lechoso y avisado, y he aquí que aparece usted absolutamente dominada y semioculta por una enorme criatura desgarrada y gris, que se diría salida de un cuento de hadas irlandés o una saga nórdica de cazadores de lobos. ¿Qué más cosas me habrá disfrazado con la misma malicia? Ahora reviso a diario mi idea de su Villa Betania; los aleros se mueven, las ventanas se ríen y se alargan, los setos avanzan y retroceden, todo es un perpetuo ajuste y remodelación, nada se mantiene constante. Pero sí he visto su cara, aunque sólo fuera a ráfagas bajo el ala goteante de un sombrero y la curva sombra de ese paraguas enorme y útilísimo. Y he estrechado su mano, al principio y al final, y quiero creer que reposó en la mía con confianza.

Qué paseo, en qué vendaval, inolvidable. El choque de nuestros paraguas cuando nos inclinábamos para hablar, y su enredo irremediable; la tromba de aire que se llevaba nuestras palabras; las hojas verdes desgarradas que pasaban volando, y, en la cresta de la colina, los ciervos corre que te corre sobre el plumizo nubarrón que iba en aumento. ¿Por qué le cuento todo esto, si lo vio conmigo? Para compartir las palabras también, como compartimos el vendaval y el silencio súbito cuando cesaba brevemente. Ha sido un mundo muy suyo el de nuestro paseo, su imperio acuático, con todas las praderas anegadas como la ciudad de Is, y todos los árboles creciendo de la raíz para abajo además de para arriba; y las nubes en remolinos indistintos de follaje aéreo y acuoso...

¿Qué más puedo decir? Que le estoy sacando otra copia del Swammerdam, trabajo problemático, porque sigo descubriendo defectillos, de los cuales corrijo algunos y otros sólo sirven para ponerme nervioso. Lo tendrá usted la semana que viene. La semana que viene daremos otro paseo, ¿verdad que sí, ahora que ya está muy claro que no soy ningún ogro, sino tan sólo un caballero apacible y un tanto encogido?

¿Observó usted, como yo, qué curioso, y a la vez qué natural, fue que estuviéramos tan tímidos el uno con el otro, siendo así que tan bien nos conocíamos ya en papel? Yo siento como si la conociera de toda la vida, y a pesar de ello busco frases de cortesía y preguntas formularias; porque es usted más misteriosa en persona (como quizá lo seamos la mayoría) de lo que aparenta ser en tinta y símbolos escritos. (Acaso todos seamos así. No lo sé.)

Ahora no escribo más. He dirigido esta carta, como me pidió, a la Lista de Correos de Richmond. No me acaba de gustar este subterfugio; no me gusta lo que tiene de insinuación de manejo sospechoso; me cohíbe. Tampoco para usted, para su aguda sensibilidad moral y su preciado sentido de la autonomía moral, puede ser agradable. ¿No se podría idear algo mejor? ¿Disminuirá el agobio? Estoy en sus manos, pero intranquilo. Hágame saber, si puede, que ha recibido esta primera carta de espera. Hágame saber cómo está, y que pronto podremos volver a vernos. Mis respetos para Dog Tray.

Querido amigo:

Su carta llegó perfectamente. Su alusión al subterfugio dio en el clavo. Pensaré; hay velos y torbellinos de impedimentos; pensaré, y espero que con algún resultado, aparte de dolor de cabeza.

No me será fácil olvidar nuestro radiante avance por la tierra mojada. Ni ninguna de sus palabras, ni la galantería más nimia, ni los momentos robados para hablar con Verdad y Justicia de la Vida Futura. Espero haberle convencido de que las sesiones de la señora Lees merecen su consideración más seria. Es extraordinario el consuelo que proporcionan a los que están postrados por la aflicción. La semana pasada hubo una señora Tompkins que tuvo sobre sus rodillas a su hijito muerto por espacio de más de diez minutos; decía que era su mismo peso, sus mismos deditos curvos: ¿cómo podría equivocarse el amor de una madre. También el padre pudo tocar los suaves rizos de aquella criatura fugazmente recobrada. Había apenas una luz difusa que no era de este mundo, y un hálito de suave fragancia.

Es totalmente cierto lo que usted dice, que la conversación corpórea —a punto he estado de escribir «confrontación» — perturba las cartas. Yo no sé qué escribir. La pluma se me resiste. Estoy bajo la impresión de su voz real, de la Presencia, comoquiera que se tome. ¿Volveremos a vernos? ¿Nos hará bien o mal? Dog Tray, que envía sus respetos, sabe que hará bien, y yo no sé nada; así que puede ser el martes. Si no viene, preguntaré en la Lista de Correos, donde coincido con esposas de marinos, criaturas de mundo y un hosco comerciante en cuyo rostro estalla la tormenta cuando no sacan nada para él.

Espero con ansia el Swammerdam.

Su amiga sincera

Querida mía:

Iba a empezar por el registro de «¿Cómo podría disculparme?», «Un momento de arrebató», etcétera; luego pensé que podía soslayar todo lo sucedido, negar que los imanes corran a unirse, y negarlo tan a pies juntillas que la mentira pudiera llegar a ser una especie de ficción salvadora que encerrase una especie de verdad. Pero las Leyes de la Naturaleza merecen tanto respeto como cualquier otra ley, y hay leyes humanas tan fuertes como el campo magnético del hierro y la calamita: si me desvíó a mentir, a usted a quien nunca he mentido, estoy perdido.

La veré, como estaba usted un instante antes del arrebató, hasta el día en que me muera. Su carita, con su pálido candor, vuelta hacia mí, y su mano tendida al sol acuoso, bajo los grandes árboles. Y en ese momento podía tomarla de la mano... o no tomarla, ¿no es así? ¿Lo uno o lo otro? Pero ahora sólo lo uno. Nunca he sentido una tal concentración de todo mi Ser en un solo objeto, un solo lugar, un solo momento: la beata eternidad de un momento que pareció no tener fin. Sentí que usted me llamaba, aunque su voz decía otra cosa, algo acerca del espectro del arco iris; pero toda su persona, desde lo más hondo, me llamaba, y yo tenía que responder, y no con palabras, a aquella llamada sin palabras. ¿Esto es sólo mi arrebató? Al tenerla entre mis brazos (tiemblo al recordarlo según lo escribo), tuve la certeza de que no.

Ahora, lejos de usted, no sé qué será lo que usted piense o sienta.

Pero debo hablar. Debo decirle lo que hay en mi pensamiento. El imperdonable abrazo no fue un impulso súbito, no fue una excitación momentánea, sino algo que brotaba de lo que en mí hay de más profundo, y creo también que de lo que hay de mejor. Debo decírselo: desde aquel primer encuentro, he sabido que usted era mi destino, por más que de tiempo en tiempo me lo haya ocultado a mí mismo.

He soñado con su semblante cada noche, y he recorrido las calles de mi vida cotidiana con los ritmos de su escritura cantando en el silencio de mi cerebro. La he llamado mi Musa, y eso es, o podría ser: la mensajera que viene de no se sabe qué lugar apremiante del espíritu donde la poesía esencial canta sin cesar. Podría llamarla, todavía con más verdad, mi Amor —ya está dicho; porque es certísimo que la amo y de todas las maneras posibles para un hombre y ardientemente. Es un amor que no tiene cabida en este mundo; un amor del que mi razón disminuida me dice que no puede hacernos ningún bien a ninguno de los dos ni nos lo hará, un amor que he tratado de ocultarle astutamente, para protegerla de él, con todos los medios a mi alcance. (Salvo el silencio total, dirá usted acertadamente; pero eso no estaba en mi poder.) Somos seres racionales del siglo diecinueve, podríamos dejar el coup de foudre para los fabuladores de Romances; pero yo tengo evidencia cierta de que usted sabe de qué le estoy hablando, de que ha reconocido, siquiera

momentáneamente (aquel momento infinito), que al menos lo que afirmo es verdad.

Y ahora escribo para preguntarle, ¿qué hacemos? ¿Cómo va a ser esto el fin, si por su misma naturaleza es un principio? Sé perfectamente que esta carta se cruzará con otra donde usted me dirá, sabia y acertadamente, que no debemos volver a encontrarnos ni volver a vernos; que incluso las cartas, ese espacio de libertad, deben cesar. Y el argumento que nos envuelve, las fórmulas que nos atan, declaran que yo, como caballero que soy, debo acatar ese requerimiento, al menos por algún tiempo, y confiar en que el Hado, o el argumentista que lleva la cuenta de nuestros pasos, decrete un nuevo encuentro, un re-comienzo accidental...

Pero, querida mía, yo no puedo hacer eso. Va contra la naturaleza; no la mía en particular, sino contra la Dama Naturaleza, que esta mañana me sonrío en y por usted, de tal manera que todo, desde las anémonas que tengo sobre la mesa a las motas de polvo que hay en el rayo de luz que entra por la ventana, hasta las palabras de la página que tengo delante (John Donne), habla de usted, de usted, de usted. Soy feliz como no lo he sido nunca, yo, que debería estarle escribiendo con no se sabe qué agonías mentales, lleno de culpa y contrición horrorizada. Veo su boquita enigmática y releo sus críticas palabras sobre hormigas y arañas..., y sonrío al pensar que entretanto está usted ahí, serena y vigilante; y algo más que yo sé, quiera usted o no...

¿Qué pido?, preguntará usted con la precisión y la ironía que acostumbra, reduciendo mis declaraciones a propuestas precisas. No lo sé; ¿cómo lo voy a saber? Lo único que sé es que suplico de su compasión que no me despida, que no me despache con un solo beso hambriento, aún no, ahora no. ¿No podemos encontrar un pequeño espacio, durante un tiempo limitado, donde maravillarnos de habernos encontrado mutuamente?

No sé si recordará —claro que tiene que recordarlo— cómo vimos el Arco Iris, desde la cresta de nuestra colina, al pie de nuestro soto, donde la luz bañaba las gotas de agua en el aire sumergido, y el Diluvio cesó, y nosotros estábamos bajo su arco, como si la Tierra entera fuera nuestra, por una nueva Alianza. Y de uno a otro pie del arco iris, en esa distancia, no hay más que una sola curva luminosa y continua, aunque cambiante con nuestra cambiante visión.

Qué misiva tan enrevesada para estar cogiendo polvo, acaso para siempre, en la Lista de Correos. Iré a pasear, de tanto en tanto, por el parque, y esperaré incluso, bajo los mismos árboles; y confío en su perdón... y en algo más.

Su R. H. A.

Ah, Señor. Las cosas parpadean y vacilan, son todo chispas, destellos, llamaradas. Llevo toda la larga tarde sentada junto a la chimenea, en mi sólida banqueta, volviendo las mejillas, que me arden, hacia las Aspiraciones de la llama y el derrumbamiento, el rojo murmullo, el desmoronamiento de los carbones consumidos en —adonde iré a parar—, en polvo sin vida, señor.

Y entonces, allá fuera, cuando el Arco Iris se alzó en el aire oscuro sobre un mundo inundado, no hubo Rayo que hiriera aquellos árboles, ni descendiera por sus leñosos miembros hasta la tierra; pero aun así la llama lamió, la llama envolvió, la llama arrolló venas; quemó y consumió totalmente:

*El árbol que mata el rayo
muere consumido y negro.
El fuego que arde en el aire
no deja carne ni hueso.*

Bajo parecidos árboles, recios y envolventes, se ocultaron nuestros primeros Padres, según tengo entendido; pero el Ojo los vio: incautamente habían comido de un conocimiento que fue mortal para ellos.

Si el mundo no es anegado una segunda vez, es seguro cómo hemos de perecer; se nos ha dicho.

Y también usted, en Ragnarök, unió las veloces aguas que sumergen el mundo de Wordsworth con las lenguas de las llamas de Surtur, que lamen las orillas de la tierra, y se beben su sólida corteza, y la vomitan en raudales de oro sobre el cielo purpúreo.

Y después de eso —una lluvia de Ceniza.

*Fresno el Árbol del Mundo, llueven Cenizas:
Fresno en Cenizas, polvo vuelto al polvo.*

Veo bandadas de estrellas fugaces, como flechas de oro ante mi vista ensombrecida; presagian dolor de cabeza; pero antes de lo negro, y abrasador, tengo un pequeño hueco claro para decir... ¿para decir qué? No puedo permitir que usted me abra. No puedo. Ardería, no con la ordenada paz de éste mi hogar querido, con sus diminutas cavernas deleitosas, sus jardines efímeros, llameantes como joyas, con sus empalizadas y sus promontorios; no, yo ardería como Paja en Día seco, una racha de viento, un temblor en el aire, un olor a quemado, un humo aventado, y una porción de polvo fino y blanco que conserva su forma sin sustancia sólo por un instante infinitesimal, y luego se deshace en motas dispersas; no, no puedo.

Ya ve, señor, que no digo nada de Honra ni de Moralidad, a pesar de ser cosas importantes; voy al meollo, que hace superfluo entrar en disquisiciones sobre esas cosas. El meollo es mi soledad, mi soledad que está amenazada, que usted amenaza, sin la cual no sería nada; y ¿cómo me hablarían el honor ni la moralidad?

Le leo el pensamiento, mi querido señor Ash. Ahora abogará usted por una combustión vigilada y cuidadosamente limitada: una rejilla con su cerco, sus barrotes y sus remates de latón; ne progredietur ultra.

Pero yo le digo que su salamandra es un dragón, y que habría incendio.

Antes de las jaquecas hay un momento de locura. Éste se ha extendido desde el ardor entre los árboles hasta este minuto, y ahora habla.

Ningún modesto ser humano puede estar en un fuego sin consumirse.

No es que yo no haya soñado con —caminar entre las llamas como Sadrak, Mesak y Abednegó.

Pero los Seres Razonables de estos tiempos no tenemos la Pasión taumatúrgica de los creyentes antiguos.

He conocido la Incandescencia, y debo declinar nuevas ocasiones de probarla.

La jaqueca avanza veloz. La mitad de mi cabeza no es más que una calabaza llena de dolor.

Jane echará esta carta; así va. Perdone sus faltas. Y perdóneme a mí.

Christabel

Querida:

¿Cómo he de interpretar su misiva, que, como pronostiqué, se ha cruzado con la mía, pero que, como no tuve el valor de pronosticar, no es una fría negación sino un ardentísimo enigma, por seguir con su metáfora? Es usted poeta de verdad: cuando está agitada, o turbada, o inusitadamente interesada por alguna cosa, expresa sus ideas en metáfora. Conque ¿cómo he de interpretar todo este centelleo? Se lo diré: es una Pira de la que usted, mi Fénix, alzaré el vuelo renovada e inalterada; con el oro más bruñido, la pupila más brillante; semper eadem.

¿Y será un efecto del Amor, este poner al lado de cada uno de nosotros, como una emanación manifiesta, una personalidad mítica, monstruosa e inhumana? De modo que a usted le salga con toda naturalidad escribir como una Criatura del horno ardiente, una salamandra del hogar convertida en Dragón del aire, y le salga con toda naturalidad verme a la vez en las dos lecturas míticas de mi flexible nombre: el Árbol del Mundo consumido hasta sus restos de papel. Se siente usted, lo mismo que yo, elemental dentro de esta fuerza. Toda la creación se arremolinaba a nuestro alrededor, tierra, aire, fuego, agua; y allí estábamos, le ruego que recuerde, abrigados, humanos y seguros, en el círculo de los árboles, el uno en brazos del otro, bajo el arco del cielo.

Lo más importante que debo aclararle es esto: yo no amenazo en modo alguno su soledad. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Cómo podría hacer? ¿Acaso no es su bendito deseo de estar sola lo único que hace posible algo que, de no ser por eso, certísimamente haría daño a alguien? Esto convenido, ¿no podríamos, de alguna forma circunscrita; brevemente quizá, lo más probable, aunque el Amor por su Naturaleza se sabe eterno; y en espacios limitados; no podríamos robar una —he estado a punto de escribir pequeña, pero jamás lo sería— una gran felicidad? A penar y lamentar hemos de llegar de un modo u otro; y yo, al menos, si he de tener algo que lamentar, prefiero que sea la realidad y no su fantasma, el conocimiento más que la esperanza, el hecho más que la vacilación, la vida verdadera y no la mera y endeble potencialidad. Lo que quiero decir con toda esta casuística es únicamente, querida mía, vuelva al parque, déjeme volver a tocar su mano, paseemos juntos bajo nuestra decorosa tormenta. Puede llegar un momento en que eso sea imposible, por muchas buenas razones; pero ¿no es cierto que usted sabe, y siente, como yo sé y siento, que ese momento de imposibilidad no es todavía, no es ahora?

Me resisto a apartar la pluma del papel y cerrar esta carta; porque mientras le escribo me ilusiono con que estamos en contacto, es decir, en la beatitud. ¿Sabía usted, ya que hablábamos de dragones, y de incendio y fuego inmoderado, que el dragón chino, que los mandarines llaman Lung, no es hijo del elemento ígneo, sino exclusivamente del acuático? ¿Y primo, por ende, de su misteriosa Melusina en su

tina de mármol? Que es tanto como decir que puede haber dragones más fríos, que gusten placeres más templados. Aparece, azul y sinuoso, en platos chinos, con una melena esparcida y acompañado de lo que yo antiguamente tomaba por pequeñas lenguas de fuego, y ahora sé que son rizos de agua.

Vaya página de prosa para depositarla como una bomba en la Lista de Correos. Estoy hecho, desde hace dos días, un Anarquista desatado.

Estaré esperando bajo los árboles, día tras día, a su hora; y ojo avizor a una mujer que sea como una llama alta y derecha, y un podenco gris derramado por el suelo como humo.

Sé que irá. Hasta ahora, lo que he sabido que iba a ser, ha sido. No es un estado de cosas que experimente normalmente, ni que nunca me haya hecho falta: pero soy hombre sincero, y reconozco lo que es, cuando es... Así que irá. (No es perentorio sino tranquilo, este conocimiento.)

Su R. H. A.

Estimado amigo:

Soy demasiado soberbia para decir que sabía que no debía ir, y aun así fui. Reconozco mis actos, de los cuales fue uno todo aquel paseo trepidante, desde el Camino del Monte Ararat hasta el Cerro de la Tentación, con Dog Tray dando vueltas y gruñendo. Él no le quiere, señor; y el final de esa frase podría ser: «ni yo tampoco», así como el final más esperado: «al margen de cuáles sean mis sentimientos». ¿Le alegró que fuera? ¿Fuimos tan divinos como prometía? Dos caminantes serios, hincando pies diligentes en el polvo. ¿Se percató —dejando aparte, de momento, los Poderes Eléctricos y los Impulsos Galvánicos— de lo tímidos que somos el uno con el otro? Meros conocidos, si no es en papel. Pasamos un rato, y el Tiempo del Universo tiene una breve parada a un toque de nuestros dedos; ¿quiénes somos? ¿Quiénes? ¿No preferiría usted la libertad de la hoja en blanco? ¿Será, desdichadamente, demasiado tarde? ¿Habremos perdido la inocencia primigenia?

No, no estoy, no estoy ni en mi torre ni en mis cabales. Tengo la casita para mí sola durante unas horas, el martes por la tarde, a eso de la una. ¿Le gustaría inspeccionar la vulgar realidad de su pérgola imaginada? ¿Le apetece un té?

Sí, lamento muchas cosas. Muchas. Y hay cosas que es preciso decir, ya pronto, y que tendrán su momento.

Hoy estoy triste, señor, decaída y triste; triste de que paseáramos, y triste también de que no sigamos aún paseando. Y eso es todo lo que puedo escribir, porque la Musa me ha abandonado; como hará bien en abandonar, burlona, a todas las mujeres que juguetean con ella, y luego con el Amor.

Su Christabel

Querida:

Así que ahora ya puedo imaginármela en su realidad: en su saloncito, presidiendo sobre las tacitas floridas, con Monsignor Dorato trinando y pavoneándose, no, como yo conjeturaba, en un palacio florentino, sino en un auténtico Taj Mahal de alambres de latón flameante. Y sobre la chimenea, Christabel ante sir Leoline, usted misma captada como una estatua, cruzada chillonamente por una luz de colores, con un Dog Tray igualmente frígido. Que zascandileaba, buscando afanoso, con los pelos del lomo como púas de puercoespín y los blandos labios grises fruncidos en un gruñido; es verdad, como usted dice, que él por lo menos no me quiere, y un par de veces amenazó mi compuesta atención al excelente pan de especias, e hizo retemblar la taza y el plato. Y nada de pórtico de flores en cascada —todo espuma evanescente y fantasía—, sino rosas altas y tiesas como un macizo de centinelas.

Creo que su casa no me quiso, y no debería haber ido.

Y es verdad, como usted dijo, desde el otro lado del hogar, que yo también tengo una casa, que no hemos descrito ni mencionado siquiera. Y que tengo una esposa. Me pidió usted que hablase de ella y enmudecí. No sé cómo lo interpretaría usted — concedo que tenía absoluto derecho a preguntarme—, pero el hecho es que no supe qué responder. (Aunque sabía que su pregunta era inevitable.)

Tengo una esposa, y la quiero. No como la quiero a usted. Ahora llevo aquí media hora, después de escribir esas frasecillas peladas, y soy totalmente incapaz de continuar. Hay buenas razones —no puedo explicitarlas, pero son buenas, si no absoluta y suficientemente buenas— para que mi amor por usted no tenga que hacerle daño a ella. Sé que esto sonará pobre y débil. Será, con toda probabilidad, lo que muchos hombres, hombres mujeriegos, hayan dicho antes que yo; no lo sé; soy inexperto en estas lides y nunca me imaginé escribiendo una carta en tales términos. Veo que no puedo decir más, salvo afirmar que creo que lo que he dicho es verdad y espero no perderla con esta tosquedad inevitable. Decir más al respecto sería la manera más segura de traicionarla a ella. Sentiría lo mismo si alguna vez se planteara la cuestión de hablar de usted con quien fuera. Incluso la analogía implícita es dolorosa, como usted comprenderá. Lo que usted sea es suyo; lo que tengamos, si algo tenemos, es nuestro.

Le ruego que destruya esta carta, sea lo que sea lo que haga o haya hecho con las demás, porque en sí constituye una traición de esa clase.

Espero que la Musa no la haya abandonado realmente, ni siquiera por poco tiempo, ni siquiera por el tiempo de un té. Yo estoy escribiendo un poema lírico, muy intransigente, sobre dragones de fuego y lungs chinos: una conjura, se podría llamar con propiedad. Tiene que ver con usted, porque todo lo que hago en estos tiempos, o

pienso o veo o respiro, tiene que ver con usted; pero no está dirigido a usted; esos poemas están por venir.

Si esta franca carta obtiene alguna respuesta, sabré dos cosas: que es usted generosa en verdad, y que nuestro pequeño espacio es nuestro, durante nuestro breve tiempo, hasta que el momento de la imposibilidad se manifieste.

Su R. H. A.

Estimado amigo:

Su franqueza y su reticencia no pueden sino honrarle, si cabe considerar que eso sea pertinente en esta Caja de Pandora que hemos abierto, o exterior húmedo al que hemos salido. No puedo escribirle más; la pura realidad es que me duele la cabeza, y que los asuntos de esta casa, de los que no voy a hablar, por motivos espero que análogamente honrosos, en fin, no marchan bien. ¿Podrá usted estar en el parque el jueves? Tengo asuntos que comunicar y preferiría que fuese de viva voz.

Siempre, C.

Querida mía:

Mi Fénix es temporalmente un ave alicaída y hasta mojada, que habla en un tono inusitadamente modoso y sumiso, y hasta por momentos deferente. Eso no puede ser, así no; estoy dispuesto a renunciar a todo, a toda la felicidad de mi corazón, se lo aseguro, por verla encenderse y llamear como antes. Haría cuanto estuviera en mi mano para que usted centelleara en su esfera como nunca: incluso renunciar a mi tan cacareado derecho sobre usted. Así que no me diga que está triste, sino por qué lo está, y sinceramente, y yo le prometo enmendar lo que haga falta, si es cosa que esté en mi poder. Ahora vuelva a escribirme como pueda, y vuelva el martes.

Suyo, R. H. A.

Queridísimo amigo:

De verdad que no sé por qué estoy tan triste. O sí lo sé: es porque usted me saca de mí misma y me devuelve disminuida; soy ojos húmedos, y manos tocadas, y labios también: un fragmento muy presente y escuálido de mujer, que no tiene su deseo en la realidad, y que sin embargo tiene un deseo sobreabundante... Ah, esto es doloroso...

Y dice usted, tal es su bondad, que me quiere, me quiere; y yo lo creo; pero ¿a quién quiere, quién es? ¿Es una mujer de finos cabellos rubios y lo que sea que anhela así? Yo en otro tiempo era otra cosa, estaba sola y era mejor; me bastaba a mí misma; y ahora ando a la deriva, en una búsqueda agitada con continuos cambios. Podría estar menos descontenta si mi vida cotidiana fuera feliz, pero se ha convertido en una trama quebradiza de silencio puntuada por reproches acerados. Yo sostengo la mirada con altivez, y parezco más ignorante allí donde más agudamente entiendo —y me entienden—; pero eso cuesta, no es fácil, no es bueno.

Leo a su John Donne.

*Pero a nosotros, si en amor más sabio
amamos con más alto y noble intento,
interasegurado el pensamiento,
¿qué nos importan manos, ojos, labios?*

Es una hermosa frase: «interasegurado el pensamiento». ¿Cree usted que sea posible encontrar ese amarre seguro en medio de la tempestad?

Y ahora tengo una palabra nueva en mi vocabulario, muy aborrecida, que me tiene esclavizada: «Y si...» «Y si...» Y si tuviéramos tiempo y lugar para estar juntos, como nos hemos permitido desear, ¿seríamos entonces libres juntos, y no como ahora, prisioneros?

Querida:

El verdadero ejercicio de la libertad consiste en moverse —con dignidad, con sabiduría, con garbo— dentro de los límites del espacio, y no aspirar a conocer lo que haya más allá y no nos es dado tocar ni gustar. Pero somos humanos, y ser humano es querer conocer lo que pueda ser conocido a cualquier precio. Y es más fácil echar de menos labios y manos y ojos cuando ya son un poco familiares y no se pueden explorar: la llamada de lo desconocido. «Y si» tuviéramos una semana, o dos, ¿qué no haríamos con ella? Y acaso la tengamos. Somos personas inteligentes y personas de recursos.

Por nada del mundo quiero disminuirla. Sé que es costumbre, en estas circunstancias, protestar: «La quiero por usted misma», «La quiero por lo que usted es», y que, como usted, queridísima, da a entender, ese «lo que usted es» quiera decir unos labios, unas manos, unos ojos. Pero usted debe saber, sabemos los dos, que no es así; querida mía, yo amo su alma y con eso su poesía, la gramática y la sintaxis truncada y acelerada de su veloz pensamiento, que es usted tanto como el andar de Cleopatra era ella, para deleite de Antonio; más, porque todos los labios y manos y ojos se parecen en algo (aunque los suyos son hechiceros y son magnéticos), pero su pensamiento vestido de sus palabras es sólo suyo, vino con usted, desaparecería si usted desapareciera...

El viaje del que hablé no está del todo decidido. Tugwell se encuentra muy sujeto por sus trabajos en casa; y, aunque el proyecto quedó decidido hace mucho para cuando el tiempo fuera clemente, porque ser civilizado en estos tiempos requiere un interés inteligente por las formas de vida más minúsculas y las monstruosas formas permanentes del planeta, ahora mismo está en suspenso. Y yo, que era todo entusiasmo, ahora vacilo y no sé qué hacer; pues ¿cómo me va a apetecer irme tan lejos de Richmond?

Hasta el martes, pues.

PD. Swammerdam ya está casi acabado una vez más.

Estimado amigo:

Mi dudosa Musa ha vuelto. Le envío (sin perfeccionar) lo que ha dictado.

*El altozano herboso
se estremece en su abrazo.
De su rostro los músculos
esparcen por la cima
sonrisas de oro ardientes
y hay algo en cada pliegue
que contraído se tensa.
Y concentra su fuerza
el largo resplandor
y aprieta, aprieta: gritan
las piedras como huesos
vuelve a gritar la tierra
opresa y dolorida
y él aprieta y sonrío.*

Queridísima:

Escribo a toda prisa. Temo su respuesta. No sé si irme o quedarme. Me quedaré, por usted, a menos que esa pequeña posibilidad que mencionó resulte ser real. Pero ¿cómo podría serlo? ¿Cómo podría usted explicar satisfactoriamente semejante paso? Y aun así, ¿cómo voy a abandonar la esperanza?

No quiero hacer un daño irreparable a su vida. Me queda todavía el suficiente entendimiento racional para suplicarle —a despecho de mis deseos, de mi esperanza, de mi sincero amor— que piense antes y después. Si mediante alguna clase de invención se puede hacer satisfactoriamente, de suerte que después pueda usted vivir como quiere, en ese caso, si eso es posible; no es cosa para escribir. Estaré en la iglesia mañana al mediodía.

Le envío mi amor ahora y siempre.

Muy señor mío:

Está hecho, POR DECRETO Troné, y dije así ha de ser, y ya no habrá preguntas, ni ahora ni nunca; y a esa proposición absoluta tengo, como todos los tiranos, dócil aquiescencia.

Con esto no se puede hacer más daño del que ya se ha hecho, no por voluntad de usted, aunque sí un poco por la mía, porque estaba (y estoy) furiosa.

CAPÍTULO XI

SWAMMERDAM

Acercaos más, Hermano, os lo suplico.
Ya no he de molestaros mucho tiempo.
Ahora que aún puedo veros y aún conservo
la voz y el flaco entendimiento, quiero
daros las gracias por velar conmigo
en esta austera celda abovedada,
blanca, lisa y desnuda, como un huevo
del que esta noche he de salir. A dónde,
a qué espacios vacíos de serena,
radiante luz, mejor que yo lo sabe
la santa anacoreta de Alemania
que me encomendó a vos y con Dios habla,
y reza por mi pobre alma ruin:
mi alma por corto tiempo prisionera
de esta membrana y cascara encogida,
donde Él la ve y cual Niño la sostiene,
sonriente, en la palma de la mano;
y con el Instrumento de Su Gracia
la taladra, de modo que penetre
en ella Su infinita Luz, y busque
y succione hasta Él este conato
o rudimento de ángel embrionario.

No tengo muchas cosas que legar.
Antaño sí las tuve, y a mí al menos
me parecían mucho, aunque a otros no.
Casi tres mil eran las criaturas,
aladas o reptantes, que mi arte
conservaba en la muerte tal que vivas:
abiertas con amor y desplegadas
como otros tantos claros caracteres
de la Biblia de la Naturaleza,
en cuyos lineamentos se podían
leer los secretos de su astuta mano.
Ahora da igual. Escribid, os lo ruego:
dejo mis instrumentos y mis plumas

a mi único amigo, Thévenot,
al hombre incomparable, honra de Francia,
que supo valorar, en buen filósofo,
los logros de una mente que fue libre.
A sus manos debieran haber ido
mis microscopios y otros aparatos:
aquel al que llamábamos Homúnculo,
que en sus brazos de cobre asía la lente
con más firmeza que la mano humana,
y la gota de icor, la telaraña
brindaba a la mirada de los hombres
que osaban escrutar lo indiscernible.
Todo hubo que venderlo, por que hubiese
con qué pagar la leche que mi estómago
ya no digiere. En deuda con él muero;
pero es mi amigo y me ha de perdonar.
Poned esa esperanza. Escribid luego
para ella, Antoinette de Bourignon
(la que me habló, cuando desesperaba,
de ese punto sin tiempo y sin espacio
que es el Amor Infinito de Dios),
y decidle que, fiado en Dios y en ella,
vuelvo la cara a la pared y dejo
las cosas de este mundo por la Nada
que me enseñó cuando vine a Alemania,
arrastrándome, en busca de su ayuda.
Firmadlo: Swammerdam. Poned la fecha:
marzo de mil y seiscientos ochenta,
y mi edad: de cuarenta y tres años,
fin de su breve tiempo. Del que vio
la Infinitud por incontables grietas
de la piel ordinaria de las cosas,
y porque la vio tuvo que morir.
¿Pensáis vos que la vida de cada hombre
hacia una cierta forma se endereza,
así como del huevo de la hormiga
sale el gusano, y del gusano envuelto
en bandas sale una hembra monstruosa,
o un zángano con alas, o una obrera

presurosa, cada uno con su hechura? Y
o soy un hombre pequeño, encerrado
en un pequeño espacio, especialista
en lo pequeño, en las cosas más ínfimas,
las despreciables, las inadvertidas,
lo que sólo es efímero y curioso.
Hermano, esta pequeña celda vuestra
me complace. Sólo hay blanca pobreza,
una ventana y agua, y vuestra mano
que me sostiene el vaso ante los labios.
Gracias. Basta.

El lugar donde nací
también era pequeño. No vacío,
eso no; era un brillante y polvoriento
arcón atiborrado de misterios,
un gabinete de curiosidades.
¿Qué fue lo que primero vislumbraron
mis ojos? Allí apenas había espacio
para la cuna, entre innúmeros cofres,
frascos sellados y extendidas sedas,
plumas y huesos, piedras, calabazas,
todo al azar sembrado por los muebles.
Una bandeja de piedras de luna
vertía en un tazón de escarabeos;
por entre el polvo de los anaqueles,
pintados ojos de ídolos extraños
hacían guiños. Había una sirena
nadando en la prisión de un tarro hermético:
arañaba con sus huesudos dedos
las paredes de vidrio, y los cabellos
pendían de su cabeza consumida
como hilos tiesos. Secos y leñosos
eran sus pechos, de color caoba;
sus partes inferiores, enroscadas,
tenían el color del barniz viejo,
pero su dentadura aún era blanca.
Sobre un cáliz romano había un huevo
de basilisco, marfileño, esférico
o casi esférico, y una momia de gato

toda liada en sus oscuras vendas
resecas por la arena del desierto;
pero no muy distintas, me figuro,
de las que fajarían mi cuerpecillo.

Vuestras manos, ¿verdad?, de aquí a muy poco
tornarán a envolver en el sudario
esta cáscara, y cerrarán mis ojos,
gastados de esforzarse en mirar motas
y porcioncillas de materia viva;
ojos que abrieron su lustre inocente
sobre aquella pasmosa mezclanza,
botín que en las cuatro partes del mundo
arrancaran los bravos capitanes
de las soberbias naves holandesas
que atracan en el puerto de Amsterdam.
De allí, arrostrando brumas y galernas,
corren en alas de todos los vientos
hasta tierras ardientes o montañas
de verde hielo que jamás se funde,
o parajes oscuros, sofocantes,
perdidos en el bosque ecuatorial
cuyo dosel por siempre el sol oculta,
donde hombres y animales no ven de él
sino al acaso un rayo peregrino,
tajo de plata entre penumbras verdes.

Yo, de pequeño, tenía el proyecto
de clasificar toda aquella plétora,
dividirla, ordenarla, reducirla
a escala humana, por decirlo así,
separando las cosas con arreglo
al uso o al sentido que les diéramos.
La medicina a un lado, a otro la fábula,
por ejemplo; apartar los amuletos
(pura superstición) de las materias
minerales, mercurio o cuarzo rosa,
con que, moliéndolas, se hacían remedios
para las fiebres. Los seres vivientes,
agruparlos por su taxonomía,

insecto con insecto, ave con ave,
y de los huevos formar un catálogo:
desde el monstruoso globo de avestruz
hasta los blandos de culebra en ristras,
tomarles el calibre y disponerlos
por su orden en peanas de madera,
sobre fondo de lienzo o tafetán.

Mi padre poseía una botica,
y en un principio miró complacido
la temprana inquietud de mi intelecto.
Tenía puesta su ambición en mí;
me imaginaba haciendo el bien al prójimo,
admirado y honrado por los hombres
pero humilde ante Dios, siempre elocuente
en pro de la verdad y la justicia.
Cuando vio que yo no sería el hijo
jurisconsulto de sus esperanzas,
pensó en hacerme médico. «El que enmienda
el mal del cuerpo, al alma beneficia»,
decía (era devoto y mundanal);
«y no le han de faltar el pan ni el vino:
que doliente hizo al hombre la Caída,
y del médico ha siempre menester.»
Pero eran otras mis inclinaciones,
acaso por escrúpulos, acaso
porque aquel vecindario de mi cuna
dejara en mí un hechizo perdurable.
Para mí la genuina anatomía
no tenía sus comienzos en el hombre,
sino en las formas y tejidos simples
de los seres minúsculos que vuelan
o se arrastran; la clave de la vida
estaba en el gusano blanco y ciego
que come la compleja carne humana
y es pasto del volátil que a su tiempo
para otro hombre será manjar sabroso,
completando así el círculo. La Vida,
pensaba yo, es en todo una y la misma,
y la racional, cierta anatomía

empieza en lo más bajo de la escala,
allá en lo más contiguo y arrimado
al calor fértil de la Madre Tierra.

¿Fue porque así pensaba, o porque mi alma
quedase prisionera, en el sombrío
gabinete infantil, de la terrible
araña negra, grande como un puño,
palpable satanás fiero y velludo,
o de las aún más negras mariposas
de Berbería, cuyas alas frágiles
solíamos pinchar, crucificándolas
por entretenimiento?

Eran extrañas,
pero formas de vida como yo
(aunque yo con un alma, ya se entiende),
parientes mías; o entonces, al menos,
yo lo creía así. Pues parecían
todas estar compuestas de las mismas
sustancias: la dorada yema mítica
y la vidriosa clara del quimérico
Huevo del Mundo del antiguo Egipto,
que la Noche emplumada de negrura
pusiera en el Vacío. De aquel huevo
Eros había nacido luminoso,
y fecundando el Caos había engendrado
las semillas de todo cuanto alienta
sobre la Tierra. En esa órfica fábula
latía tal vez una verdad profunda.

Conocer el origen de la vida:
ésa sería mi vida. No pensaba
que tal saber pudiera estar prohibido.
¿Acaso Dios, que me dio ojos y manos,
no era también dador de la destreza
con que hice, para apoyo de mis lentes,
aquel paciente maniquí de cobre?
Él me las sostenía, más o menos
convexas, fijas sobre las partículas

de materia viviente. Poco a poco
aprendí a escudriñarlas y a ampliarlas
con aumento gradual y escalonado
hasta ver planos, nexos sucesivos,
de complejidad y orden increíbles.
Pude anatomizar ojos de mosca,
y colocar la córnea de un mosquito
de modo que mirando a través de ella
viera la torre de la Iglesia Nueva,
que aparecía invertida y repetida
como puntitas de alfiler sin ángeles.
Un ala de polilla toda escamas
imbricadas, como cota de malla;
las patas de las moscas, guarnecidas
de garras como ganchos afilados...
Vi un nuevo mundo en este mundo nuestro:
un mundo milagroso y verdadero
de monstruosa vida insospechada.

Ese vaso de agua que me dais,
tuviera yo mis lentes y veríamos,
no esa claridad límpida aparente
del agua pura, sino un hervidero,
un bullicio agitado de animáculos
blandiendo colas de dragón, movidos
por volutas, resortes, excrecencias,
cual cetáceos surcando los océanos.
La lente es una espada cortadora
que multiplica el mundo o lo divide;
revela lo plural en lo unitario,
segmentos en lo que antes era entero:
en la piel de la dama ásperos cráteres,
rugosidad hirsuta en sus cabellos.
Más lo múltiple se me revelaba
y más corría yo en pos de lo Uno:
la materia primera, lo constante
de la Naturaleza en sus mudanzas.

Vi su Ley en las formas sucesivas
de hormiga y mariposa, abeja y mosca.

Desvelé cómo crece el mismo ser
desde el huevo a la oruga, y cómo ésta
se encierra y va encogiéndose, y, al tiempo
que duerme, fabricando nuevos órganos,
hasta que al fin rebulle, empuja y rasga
la sedosa envoltura, que al instante
se endurece, y él se abre esplendoroso
y hiende el aire con azul zafiro.
con ojos de pavón, barras de tigre
o entre las alas ciega calavera.

En el vidrioso cerco de la lente
patas de un elefante eran mis dedos.
Compuse entonces muchos instrumentos
como los que usa el cirujano: pinzas,
agujas, escalpelos, bisturíes,
mas no de acero, de marfil suavísimo;
lancetas, sajadores diminutos
bajo la propia lente trabajados,
porque sola la vista no alcanzaba
a discernir sus formas ni sus filos.

Con ellos me asomé a la vida misma
en las fuentes donde ella se genera.
Entré en las sociedades de los brutos
y hallé que no son cuales las pensamos.
Poned al gran Señor del hormiguero,
al Rey de la colmena, el centro y foco
de todos los afanes y ajetreos
con que sus servidores van y vienen
nutriendo, construyendo o vigilando,
la cima o la cumbre de su Estado;
ponedle, digo, sobre el disco óptico
y examinad su parte procreadora,
los órganos que engendran nuevas vidas,
donde se hacen los huevos. No es un Rey,
sino una enorme Madre, en cuyos flancos
monstruosos se encaraman sus sirvientas
solícitas a auxiliarla en el parto,
atender a la prole, hacer acopio

del néctar, y aun si fuera menester
rendir sus vidas por salvar la de ella,
porque es la Reina y Fuente de la Especie.

Estos ojos han sido los primeros
que vieron los ovarios, estas manos
las que los dibujaron, esta mente
que ya se ofusca descubrió la ley
de la Metamorfosis, y la expuso
por escrito a los hombres insensibles.
No recibí ningún honor por ello.
Ni de los míos, pues mi propio padre
me echó a la calle, ni de mis colegas.
Cuando, sin otro alivio a la miseria,
quise vender mi colección de muestras,
de experimentos y demostraciones,
no encontré comprador que la quisiera.
Hombres de ciencia, médicos, filósofos,
nadie se interesó por mis imágenes
de la vida, por mis visiones ciertas
de la Verdad; nadie se ofreció a darles
asilo duradero. En la indigencia,
hube de mendigar el pan, la leche
y piltrafas de carne empodrecida
por los gusanos de las mismas moscas
cuyo linaje antaño había descrito.

Hace un siglo, el insigne Galileo,
con su óptico aparato, nuestra Tierra
desalojó del centro imaginado,
vio los planetas en sus recorridos,
y el Sol, y más allá vio el movimiento
de la espacial infinitud de esferas,
en la que nuestro mundo peregrino,
con sus verdes praderas y amarillos
desiertos, sus blanquísimas montañas
y las azules simas de sus mares,
no es más, si bien se mira, que una mota
en un caldo de estrellas. Por decirlo
tuvo cerca la hoguera; pero el sabio,

temeroso de Dios y esperanzado,
renunciando a sus propias deducciones,
se sometió a las luces de la Iglesia,
luces de otras verdades y misterios.

Fue un paso grande, sí, expulsar al Hombre
del centro exacto de las cosas todas;
pero otro bien distinto alzarse a Dios,
que nos hizo cual somos, que tremendo
y prodigioso hizo nuestro intelecto
con su afán insaciable de *saber*,
y que junto con él puso en nosotros
la finitud, dentro de Su Misterio,
su espacio oscuro, cálido, infinito,
en el que reposamos cuando el límite
tocan nuestras preguntas, y el cerebro
claudica sollozando, como el mío
claudicó disecando las efímeras.
Yo hallé las formas de esas motas vivas,
moscas de un día, yo les di mis años,
criaturas que la noche no conocen.

Yo me pregunto si Galileo, viendo
en el espacio los lucientes orbes,
sentiría el temor que yo sentí
cuando la lente reveló a mi vista,
no la frialdad gloriosa de los cielos,
sino todo ese enjambre, ese hervidero
de partículas vivas, basiliscos,
armadas cocatrices que no vemos,
pero que son, cada cual en su grado,
en su estimación propia respectiva,
¿me atreveré a decirlo?: microcosmos.
Microcosmos tal vez igual que el Hombre,
este pobre hombre cuyo orgullo herido
no puede soportar que en todas partes
le asalte el Infinito y le interpele,
desde lo más pequeño a lo más grande.

[*Caetera desunt.*]

CAPÍTULO XII

¿Qué es una casa? Fuerte, sólida, bien cerrada,
tibieza protegida contra todos los vientos.
Al trasponer la puerta bajamos la mirada
y echamos las cortinas sobre el silencio interno.

Sí, pero el pecho a veces suena a bomba cargada,
y la alfombra no acalla los gritos del cerebro;
y hay ventanas que se abren solas, de madrugada,
y paredes que explotan con estrépito horrendo.

CHRISTABEL LAMOTTE

Desde la calle miraban las letras escritas en relieve sobre el pórtico: BETANIA. Era un día soleado de abril. Estaban un poco incómodos entre sí, guardando una distancia. La casa, impecable, era de tres plantas, con ventanas de guillotina que dejaban ver cortinas de bonito dibujo de flores menudas, colgantes de una barra de latón con aros de madera tallada. Tras la ventana central había una maceta de culantrillo, en un macetero grande de porcelana de Minton. De la puerta, pintada de azul de Delft oscuro, pendía un llamador de latón en forma de delfín sinuoso. Había capullos en los rosales, y a sus pies un mar de nomeolvides. Entre planta y planta corría un friso de losetas con girasoles moldeados. Todos los ladrillos respiraban aire fresco; habían sido raspados y limpiados con chorro de aire a presión, dejando al descubierto la piel original de la casa.

—La restauración está bien hecha —dijo Maud—. Pero queda raro. Como un simulacro.

—Como una copia de la esfinge en fibra de vidrio.

—Exactamente. Ahí dentro se ve una chimenea muy victoriana, no sé si original o repescada de algún derribo.

Contemplan el rostro soso o vacuo de Betania.

—Estaría más sucia, y parecería más vieja, cuando era más joven.

—Una cita posmoderna...

Ahora había un porche, y los primeros zarcillos de una clemátide muy nueva trepaban por él; un porche nuevo de arcos de madera blancos, una pérgola en miniatura.

Por allí había salido Christabel, con pasos rápidos, con un revuelo decidido de faldas negras, apretados los labios con decisión, las manos apretadas sobre su bolsito, los ojos muy abiertos de temor, de esperanza, espantados, ¿cómo? ¿Habría bajado él la calle desde la iglesia de San Matías, con chistera y levita? ¿Y ella, la otra, se habría asomado a una de las ventanas de arriba, con los ojos empañados detrás de las gafas?

—Nunca me han interesado mucho los lugares, ni las cosas, con reminiscencias.

—A mí tampoco. Yo hago crítica textual. La actitud feminista de ahora hacia las vidas privadas me parece más bien deplorable.

—Pero para analizar hasta el fondo hay que pasar por eso, ¿no? —dijo Roland.

—Se puede hacer psicoanálisis sin meterse en lo *personal* —dijo Maud. Roland no quiso llevarle la contraria. Era él quien había sugerido ir a Richmond para discutir el paso siguiente, y ahora la vista de la casita resultaba, efectivamente, inquietante. Roland sugirió acercarse a la iglesia que había en un extremo de la calle, un enorme barracón victoriano con particiones modernas de vidrio y una cafetería tranquila. La iglesia estaba llena de actividades infantiles, payasos que brincaban vestidos de colorines, hadas y bailarinas, caballetes, violines chirriantes y flautas agudas. Maud y Roland se instalaron en la cafetería, bajo una mancha reminiscente de luz de vitral.

De sir George no se había vuelto a saber nada desde que en enero le enviaran sus fervorosos agradecimientos. Maud había tenido un trimestre de clases complicadas. Roland había solicitado tres trabajos: uno en Hong Kong, otro en Barcelona y otro en Amsterdam. Tenía pocas esperanzas; una vez había visto, rodando por la Factoría Ash, una copia del informe que daba siempre Blackadder de él, elogiando su diligencia, su prudencia y su minuciosidad, en términos que le hacían parecer totalmente gris. Habían convenido, Roland y Maud, no decir nada a nadie ni hacer nada mientras no tuvieran noticias de sir George o se volvieran a ver.

Roland le había dicho a Maud, aquel último y frío día de Lincoln, que daba la impresión de que Christabel se hubiera planteado la posibilidad de acompañar a Randolph en su expedición de naturalista al North Yorkshire, en junio de 1859. Para él saltaba a la vista; no había caído en que Maud desconocía totalmente los movimientos de R. H. Ash. Se lo explicó. Ash había estado fuera de casa un mes, viajando solo, recorriendo a pie orillas y acantilados para estudiar la geología y la fauna marina. Debía haberle acompañado Francis Tugwell, el clérigo autor de *Anémonas del litoral británico*, pero Tugwell no pudo ir por estar enfermo. Los críticos, siguió diciendo Roland, atribuían a ese mes de estudios un cambio en la

temática de la poesía de Ash, de la historia a la historia natural, por decirlo así. El propio Roland no compartía esa idea. El asunto era parte de un movimiento general entre los intelectuales de la época. En 1859 se había publicado *El origen de las especies*. El gran historiador Michelet, amigo de Ash, se aplicó por entonces al estudio de la Naturaleza, escribiendo cuatro libros relacionados con los cuatro elementos: *La Mer* (agua), *La Montagne* (tierra), *L'Oiseau* (aire) y *L'Insecte* (fuego, porque los insectos vivían en el subsuelo cálido). Los poemas «naturalistas» de Ash estaban en esa línea, o en la de la luz elemental de los grandes lienzos tardíos de Turner.

Durante aquel viaje, Ash había escrito a su mujer casi a diario. Esas cartas estaban en la edición de Cropper; Maud y Roland habían llevado fotocopias a su reunión.

Queridísima Ellen:

Llegamos enteros, yo y mi cesto de tarros de recolección, a la bahía de Robín Hood, aunque muy contusos y manchados por el zarandeo del tren y la lluvia continua de carbonilla y chispas encendidas de la máquina, sobre todo en los túneles. La línea de Pickering a Grosmont atraviesa el desfiladero de Newtondale, un tajo formado durante el período glacial, donde la máquina produce, en medio de románticos páramos desolados, una sublime erupción volcánica propia, debido al fuerte gradiente. Me hizo pensar en el negro vuelo del Satán de Milton a través de las emanaciones bituminosas del Caos; y en la obra sólida, paciente y a la vez inspirada, de Lyell sobre la formación de los montes y la talla de los valles por el hielo. Oí el grito perentorio y desolado de los zarapitos, y quisiera creer que vi un águila, aunque probablemente era otra cosa; en cualquier caso un predador que planeaba en las ondas del elemento invisible. Unas ovejas extrañas, de cuerpo estrecho, salían corriendo, levantando piedras y meciendo en el aire su lanoso integumento como masas de algas en el agua del mar, pesadas y lentas. Te miran fijamente desde los riscos, con una mirada, iba a decir inhumana, pero eso va por descontado: con una mirada casi demoníaca y hostil, para ser animales domesticados. Te interesarían sus ojos, amarillos con la pupila en forma de barra negra horizontal, no vertical: de ahí nace esa mirada extraña.

El tren es un sucesor moderno de un próspero ferrocarril tirado por caballos que diseñó y construyó el mismísimo George Stephenson. Yo casi hubiera preferido ese vehículo más decoroso a este dragón rugiente que me ha puesto perdida la camisa de viaje (no, no la voy a

mandar a casa, porque se me asegura que mi patrona, una tal señora Cammish, es excelente lavandera y almidonadora).

Aquí todo parece primigenio: las formaciones de las rocas, la fuerza con que se alza y rompe el mar, los pescadores y sus barcas, que en el dialecto local se llaman cobles, y que me imagino que no deben de haber cambiado mucho respecto de las pequeñas embarcaciones, adaptables pero primitivas, que trajeron los invasores vikingos. Aquí, a orillas del océano germano, siento la presencia de esas tierras nórdicas al otro lado del frío desierto verdigris, muy distintas de los campos cerrados y civilizados de Francia, allende el Canal. Hasta el aire tiene no sé qué de antiguo y fresco, una frescura de sal y brezo y una especie de limpieza absoluta y cortante, parecida al sabor del agua de aquí, que sale burbujeando alegremente de la caliza perforada, y es más sorprendente que el vino, después del túrgido Támesis.

Pero estarás pensando que no echo de menos el calor de mi casa, mi biblioteca, mi batín y mi escritorio, ni la compañía de mi querida esposa. Pienso en ti constantemente y con constante amor, que no hace falta que te asegure. Y tú, ¿estás bien? ¿Puedes trajinar y leer sin que te duela la cabeza? Escribe contándome todo lo que haces. Yo escribiré más, y verás que me estoy convirtiendo en diligente anatomista de las formas de vida simples: que es una ocupación más gratificante, por ahora, que el registro de las convulsiones humanas.

15 de junio

Estoy leyendo diligentemente a Lyell en las largas veladas, cuando acabo mis trabajos de disección, que intento hacer mientras hay buena luz, entre la vuelta del paseo y la cena. He abandonado los tarros de recolección altos por una serie de moldes de cocina corrientes, amarillos, que ocupan todas las superficies libres de mi comedor, con muestras de *Eolis pellucida*, *Doris billomellata*, *Aplysia* y diferentes variedades de pólipos —tubularios, plumularios, sertularios—: pequeños eólides exquisitos y algunas ascidias compuestas. Realmente cuesta trabajo, Ellen, no creer que una Inteligencia haya diseñado y construido estos seres de perfecta hermosura y maravilloso funcionamiento; y sin embargo también cuesta trabajo no creer en el peso de las pruebas de la Teoría del Desarrollo, de los cambios operados en todas las cosas, por la acción gradual de las

causas ordinarias.

¿Estuviste bien para ir a oír la conferencia del profesor Huxley sobre «Los tipos persistentes de la vida animal»? Seguramente negará, como Darwin, que haya habido actos de Creación repetidos para poner las distintas especies sobre la faz de la tierra, y afirmará más bien la modificación gradual de las especies existentes. ¿Pudiste tomar notas? Serían del mayor valor —por lo menos para aplacar la curiosidad— para este aficionado entusiasta que tienes por marido.

Hoy bajé de Scarborough por los acantilados para ver la impresionante punta de Flamborough, donde tantos han hallado una muerte terrible, por la violencia de las aguas y la fuerza de las corrientes, a las que casi se ve y se oye reír bajo el golpear de las altas olas, incluso en días bonancibles y radiantes como era el de hoy. Los acantilados son gredosos, tallados y facetados y partidos por los elementos en formas fantásticas, que la gente supersticiosa podría tomar por esculturas divinas o antiguos gigantes petrificados. Uno se adentra en el mar alzando un muñón impotente o amenazador, como un miembro vendado y carcomido por una lepra blanca. Hubo dos peñas que se llamaban el Rey y la Reina, de las cuales sólo queda en pie esta última. Lyell describe toda esta costa como sujeta a desprendimiento gradual, y hablando del yermo de Flamborough dice que está siendo descompuesto por el aire salado, con arreglo a un proceso que siguiendo la costa hacia el sur se ve favorecido por la emisión de muchos manantiales de los estratos arcillosos.

Se me ocurre pensar: si el agua salada y el agua dulce pueden dar forma tan pacientemente, y con una causación ciega tan inevitable, a esas cuevas, esos templos y esas figuras inhumanas de mármol blanco, cincelándolas o moldeándolas con la presión de los hilos de agua que van a reunirse en el manantial, y labrando finos canales con gotitas y el empuje de la gravedad...

Si esa fuerza mineral es capaz de crear formas tales como las estalactitas y estalagmitas, ¿por qué no podrían los canales del oído o las vesículas del corazón responder, a lo largo de milenios, a la presión y la dirección?

Aquello que nace y es formado por causas graduales, ¿cómo puede transmitir esa forma a sus descendientes, transmitir el tipo, aunque el individuo fracase? Esto, si no estoy equivocado, se desconoce. Yo puedo cortar un renuevo de un árbol, y de ahí sacar un árbol entero, con raíces, copa y todo; ¿y cómo puede ser eso? ¿Cómo

sabe el esqueje formar raíces y ramas?

Somos una generación fáustica, querida: pretendemos conocer cosas que quizá no estemos diseñados (si diseñados estamos) para llegar a conocer.

Lyell habla también de muchos poblados de esta costa que se ha tragado el mar: Auburn, Hartburn y Hyde, así como Aldbrough, que ha quedado tierra adentro. No he podido descubrir noticia de mitos o leyendas relacionados con esas comunidades tristemente desaparecidas —como creo que las hay, por ejemplo, en Bretaña—, aunque los pescadores han encontrado restos de casas y de iglesias en bancos de arena en medio del mar... Pero, aunque no haya ninguna ciudad de Is anegada que atormente mis noches con tañido de campanas subacuáticas, sí he encontrado un hogareño duende inglés, llamado Hob, que vive en un agujero, lógicamente llamado Hob Hole. Este simpático Hob cura la tos ferina (que en esta parte del mundo se llama kink-coughj. El Hob Hole es una cueva del acantilado cercano a la aldea de Kettleness, que cayó al mar de una pieza, resbalando, una oscura noche de diciembre de 1829.

Empezarás a pensar que corro peligro de ahogarme, o de que me traguen la arena y el agua salobre. Una ola se llevó una red que había dejado descuidadamente junto a mí mientras palpaba en una poza profunda de Filey Brigg a la caza de un pólipo recalcitrante; pero yo estoy ileso, aparte de unos cuantos honrosos arañazos producidos por conchas de lapas y pequeños mejillones. Te seré devuelto dentro de dos semanas, con todos mis prodigios muertos de las profundidades.

—Mortimer Cropper asegura haber seguido todos los pasos de Ash en ese viaje —dijo Roland a Maud—. «La larga caminata hasta Pickering por la calzada romana debió dejar los pies del Poeta tan doloridos como los míos, aunque su aguda mirada sin duda descubriría todavía más cosas placenteras e interesantes que las que yo he visto en estos tiempos...»

—¿No sospechó que Ash tuviera compañía?

—No. ¿Tú lo sospecharías, leyendo estas cartas?

—No. Parecen exactamente las cartas de un marido solitario en vacaciones, que escribe a su mujer en las tardes vacías. A menos que sea significativo que no diga nunca «Me gustaría que estuvieras aquí», o incluso «Me gustaría que vieras esto»; un crítico textual no sacaría otra cosa. Aparte de la alusión obvia a la Is anegada, que nosotros ya sabíamos que conocía de antes. Piénsalo: si tú fueras un hombre en el estado de excitación del que escribe las cartas a Christabel, ¿serías capaz de sentarte

todas las tardes a escribir *a tu mujer*; y delante de Christabel, porque tendría que ser así? ¿Serías capaz de componer esas crónicas de viaje?

—Si pensara que *debía* hacerlo por ella..., por Ellen, quizá.

—Harían falta un autocontrol y una duplicidad realmente tremendos. Y el caso es que parecen unas cartas muy apacibles.

—Lo que parece es que pretenden tranquilizarla, de cuando en cuando.

—Pero eso nos lo parecería a nosotros, ya suponiendo que...

—¿Y Christabel? ¿Se sabe algo de ella en junio de 1859?

—En el Archivo no hay nada. No hay nada hasta la muerte de Blanche en 1860.

¿Tú crees que...?

—¿Qué le *pasó* a Blanche?

—Que se ahogó. Se tiró desde el puente de Putney, con la ropa mojada y los bolsillos llenos de piedras, para mayor seguridad. Hay testimonios de que admiraba el heroísmo de Mary Wollstonecraft por intentar suicidarse desde ese mismo puente. Evidentemente se fijó en que a Wollstonecraft le había costado trabajo hundirse porque su ropa flotó.

—¿Y se sabe el *porqué*?

—La verdad es que no. Dejó una nota donde decía que no podía pagar sus deudas y que era «una persona que estaba de más», «de ninguna utilidad» en este mundo. No tenía un céntimo en el banco. El forense diagnosticó un desequilibrio mental femenino transitorio. Según él, «ya se sabe que las mujeres padecen alteraciones del temperamento fuertes e irracionales».

—Y así es. Las feministas utilizan ese argumento a propósito de accidentes de tráfico y exámenes...

—No te distraigas; no te lo voy a discutir. La cuestión es que los expertos siempre han dado por hecho que Christabel estuviera *allí*; ella declaró que «no estaba en casa en aquel momento», y yo siempre he supuesto que se refería a un día, o una semana o dos, como mucho.

—¿En qué época del año murió Blanche?

—En junio de 1860. Hasta entonces hay un año en el que no tenemos nada sobre Christabel; es decir, nada aparte de las cartas del Lincolnshire. Y algunos fragmentos de *Melusina*, según se cree, y unos pocos cuentos de hadas que mandó a *Home Notes*, entre ellos, espera un momento... uno de un Hob que cura la tos ferina. Lo cual no *demuestra* nada.

—Esa historia se la pudo contar él.

—O ella pudo leerla en otro sitio.

¿Tú lo creerías?

—No. ¿Tú crees que fue al Yorkshire?

—Sí. Pero ¿cómo probarlo? ¿O desmentirlo?

—Podríamos mirar en el diario de Ellen. ¿Tú podrías abordar a Beatrice Nest, sin decir por qué ni relacionarlo conmigo?

—Supongo que sí.

Un pelotón de vampiros infantiles, ensabanados de blanco y maquillados de verde lívido, entraron al asalto en la cafetería, pidiendo a gritos más zumo. Un niño en leotardos y pinturas de guerra brincaba a su lado, con sus formas corporales más que marcadas: un *putto* salvaje.

—¿Qué habría pensado Christabel? —dijo Roland, y Maud respondió:

—Bastantes trasgos se inventó. Sabía muy bien lo que somos. No parece que nunca la coartase la respetabilidad.

—Pobre Blanche.

—Vino aquí, a esta iglesia, antes de decidir tirarse. Conocía al párroco. «Me soporta como soporta a muchas señoras solteras con dolores imaginarios. Su iglesia está llena de mujeres que no pueden hablar en ella, que pueden bordar escabeles pero no deben atreverse a ofrecer cuadros religiosos...»

—Pobre Blanche.

—Diga.

—¿Puedo hablar con Roland Michell?

—No está. No sé dónde está.

—¿Podría dejarle un recado?

—Si le veo se lo podré dar. No siempre le veo. No siempre lee los recados. ¿De parte de quién?

—Me llamo Maud Bailey. Quería que supiera que mañana iré a la Biblioteca Británica. A ver a la doctora Nest.

—Maud Bailey.

—Sí. Quería hablar antes con él, si fuera posible; por si acaso alguien...; es un poco delicado; quería únicamente que lo *supiera*... por si pudiera hacer algo. ¿Me escucha?

—Maud Bailey.

—Eso he dicho. ¿Oiga? ¿Me oye? ¿Nos han cortado? ¡Maldita sea!

—Val.

—¿Qué?

—¿Te pasa algo?

—No. Nada de particular.

—Pues te comportas como si te pasara.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo me comporto? Es una novedad que te fijes en mi comportamiento.

—Llevas toda la tarde sin decir nada.

—Eso no tiene nada de raro.

—No. Pero hay *maneras* de no decir nada.

—Olvídalo. No tiene ninguna importancia.

—Muy bien. Lo olvidaré.

—Mañana volveré tarde. No te molestará.

—Puedo quedarme trabajando en la Biblioteca. No hay problema.

—Lo pasarás bien. Ha habido un *recado* para ti. Todo el mundo parece creer que soy una secretaria permanente, que no hace más que tomar recados.

—¿Un recado?

—De las altas esferas. Tu amiga. Maud Bailey, que estará en el Museo mañana. No recuerdo los detalles.

—¿Qué le dijiste?

—Vaya, ya te he preocupado. No le *dije* nada. Colgué.

—Pero Val.

—Pero Val, pero Val, pero Val. No sabes decir otra cosa. Me voy a la cama, que mañana me espera un día muy largo. Una enorme evasión fiscal, ¿verdad que es emocionante?

—Te ha dicho Maud si yo debo... o si no debo... ¿Mencionó a Beatrice Nest?

—No me acuerdo, ya te lo he dicho. Creo que no. Figúrate, Maud Bailey en Londres...

Si tuviera arrestos para levantar la voz, para gritar «No seas ridícula», y en serio, ¿habrían llegado las cosas a ese punto?

Si hubiera habido más de una cama en el piso habría empleado su defensa natural, que era la desatención por repliegue en sí mismo. Estaba rígido para mantenerse al borde del colchón.

—No es lo que al parecer piensas.

—Yo no pienso nada. No me corresponde pensar nada. No se me dice nada. No comparto nada, así que no pienso nada. Estoy de más. No te preocupes.

Y si aquello, en algún sentido terrible, *no era Val*, ¿dónde estaba, perdida, transmutada, eclipsada, qué debía hacer él, qué podía hacer? ¿De qué forma era responsable de aquella Val perdida?

Maud y Beatrice empezaron mal, en parte porque físicamente no se cayeron simpáticas, Beatrice como una bala incoherente de lana y Maud puesta, apuntada y aguda. Maud había elaborado una especie de cuestionario sobre las esposas de la

época victoriana, por epígrafes, y poco a poco fue acercándose a la pregunta que realmente le interesaba, la del porqué de que Ellen escribiera.

—Tengo mucho interés en saber si las mujeres de estos supuestamente grandes hombres...

—Ash *era* un gran hombre, en mi opinión.

—Sí. Si sus mujeres se contentaban con gozar de la gloria del marido, o si pensaban que ellas mismas habrían podido llegar a algo si las circunstancias hubieran sido favorables. Son muchas las que escribieron diarios, obras secretas pero que con frecuencia eran de gran calidad. Fíjese en la prosa maravillosa de Dorothy Wordsworth: de haber pensado que podía ser escritora en lugar de hermana, ¿qué no habría podido hacer? Mi pregunta es: ¿por qué escribía Ellen su diario? ¿Para dar gusto a su marido?

—No, qué va.

—¿Se lo enseñaba?

—No, no. No creo. Nunca lo dice.

—¿Usted cree que escribía pensando en la publicación, de alguna forma?

—A eso es más difícil contestar. Yo creo que sabía que podía tener lectores. Hay varios comentarios cáusticos sobre las costumbres de los biógrafos de la época: revolver en el escritorio de Dickens casi antes de enterrarle, y cosas así; los comentarios habituales en la época victoriana. Ellen sabía que Ash era un gran poeta, y sin duda supo que antes o después llegarían los carroñeros, si no lo quemaba. Y no lo quemó. Quemó muchas cartas, como usted sabe. Mortimer Cropper cree que fueron Patience y Faith quienes las quemaron, pero yo creo que fue Ellen. Algunas están sepultadas con ella.

—¿Por qué cree usted que escribía el diario, doctora Nest? ¿Para contarle cosas a alguien? ¿Como examen de conciencia? ¿Por sentido del deber? ¿Por qué?

—Yo tengo una teoría. Rebuscada, diría yo.

—¿Cuál es su teoría?

—Yo creo que lo escribía para desconcertar. Sí. Para desconcertar.

Se miraron. Maud dijo:

—¿Para desconcertar a quién? ¿A los biógrafos de Ash?

—Simplemente para desconcertar.

Maud esperó. Beatrice describió desvalidamente su experiencia real:

—Cuando yo empecé a trabajar en él, pensé qué mujer tan bondadosa y tan aburrida. Pero después empecé a tener una sensación como de guiños y destellos por detrás de todo ese sólido... revestimiento, como yo digo. Y de ahí pasé a pensar que se me estaba induciendo a imaginar esos guiños y destellos, pero que en realidad todo era absolutamente neutro y aburrido. Pensé que era una invención mía, que podía haber dicho algo interesante, algo, cómo diría yo, intrigante de vez en cuando, pero

que *se negaba en redondo*. Podría ser una deformación profesional de la persona que edita un diario aburrido, ¿verdad? ¿Imaginar que el autor me está desconcertando deliberadamente?

Maud devolvió la mirada de Beatrice, desconcertada. Vio el robusto perfil de sujeción bajo la blandísima lana jaspeada del abombado frente de Beatrice. La lana era básicamente azul turquesa; enormemente vulnerable. Beatrice bajó la voz.

—Pensará usted que es muy poco lo que he sacado de tantos años de trabajo sobre estos documentos. Veinticinco años, para ser exactos, y que han ido pasando cada vez más deprisa. He sido muy consciente de eso, de esa lentitud, viendo el interés cada día mayor de especialistas como usted, con ideas acerca de Ellen Ash y su obra. Lo único que yo tenía era una especie de simpatía hacia su aspecto de... apoyo de su marido; y, para ser sinceros, doctora Bailey, una admiración auténtica hacia él, hacia Randolph Ash. Según *ellos*, era mejor hacer... este trabajo, que surgió solo, por así decirlo, y parecía apropiado para una persona de mi sexo..., y de mis capacidades, fueran las que fuesen. Una buena feminista de *aquellos* tiempos, doctora Bailey, habría insistido en que se le permitiera trabajar sobre los poemas de Ask y Embla.

—¿Cómo que se le permitiera?

—Ah. Entiendo. Sí. En *trabajar* sobre los poemas de Ask y Embla. —Titubeó—. Es que no se puede usted figurar, señorita Bailey, cómo era entonces. Eramos personas dependientes y excluidas. En mis primeros tiempos, de hecho hasta finales de los años sesenta, las mujeres *no podíamos* entrar en la Sala de Profesores del Prince Albert College. Teníamos otra distinta, pequeña y un poco *coquetona*. Todo se decidía en el bar, todos los asuntos de importancia, y al bar ni se nos invitaba ni queríamos ir. Yo aborrezco el humo y el olor a cerveza. Pero no había razón para excluirnos de las deliberaciones del departamento. Nosotras agradecíamos estar empleadas. Pensábamos que era un inconveniente ser jóvenes y —en algunos casos, no en el mío— atractivas, pero la cosa empeoró según fuimos siendo mayores. Hay una edad en la que, estoy convencida, acaba una siendo una *bruja*, en esas situaciones, doctora Bailey; por el mero hecho de envejecer, como ha ocurrido siempre en la historia; y hay *cazas de brujas*...

»Me tomará usted por loca. Estoy intentando excusar un retraso de veinticinco años por... problemas personales... Usted habría sacado una edición hace veinte años. También es verdad que yo no estaba segura de que estuviera bien. De que a ella le hubiera gustado lo que yo hacía.

Maud sintió una oleada de compañerismo, inesperada y poderosa.

—¿Y no puede usted dejarlo? ¿Hacer obra propia?

—Me siento responsable. Hacia mí misma, por todos estos años. Hacia *ella*.

—¿Me permite ver el diario? Me interesa particularmente el año 1859. He leído las cartas de él. Las del Yorkshire. ¿Llegó a asistir a la conferencia de Huxley?

¿Era demasiado descarado? Al parecer no. Beatrice se alzó lentamente y sacó el volumen de un armario de acero gris. Por unos instantes lo estrechó contra su pecho con gesto defensivo.

—Estuvo aquí una profesora llamada Stern, de Tallahassee. Quería saber, indagar, en las relaciones sexuales de Ellen Ash, con él o con quien fuera. Yo le dije que no había nada sobre eso en este diario. Según ella tenía que haberlo: en las metáforas, en las omisiones. A nosotros no nos enseñaron a investigar pensando fundamentalmente en lo omitido, doctora Bailey. Sin duda le parecerá inocente.

—No. Inocente me parece a veces Leonora Stern. No, no es ésa la palabra. Obstinada y entusiasta. Y es posible que tenga razón. A lo mejor lo que usted encuentra desconcertante es una omisión sistemática...

Beatrice pensó.

—Eso *sí* podría ser. Algo se omite. Lo que yo no acabo de ver es por qué hay que suponer que sea... esa clase de cosas.

Este pequeño desafío emperrado y acalorado pulsó otra tecla de compañerismo en Maud, que acercó más su silla y escudriñó aquel rostro arrugado y cansado. Pensó en la ferocidad de Leonora, en la frivolidad perversa de Fergus, en toda la orientación y empeño de los estudios literarios del siglo xx, en una cama como clara de huevo sucia.

—Yo estoy de acuerdo con usted, doctora Nest. Lo estoy realmente. Toda nuestra investigación, todo nuestro pensamiento..., lo ponemos todo en tela de juicio menos la importancia central de la sexualidad... Desgraciadamente, sería difícil que el feminismo dejara de privilegiar esas cuestiones. Yo misma lamento a veces no haberme dedicado a la geología.

Beatrice Nest sonrió y puso en sus manos el diario.

Diario de Ellen Ash

4 de junio de 1859

La casa está vacía y silenciosa sin mi querido Randolph. Yo estoy llena de proyectos de mejoras para su comodidad, para hacerlas mientras esté fuera. Hay que descolgar las cortinas del despacho y las de su vestidor y sacudirlas bien en el tendedero. Estoy dudando si sería prudente tratar de *lavar* las de arriba. Las dos del salón que lavé no han quedado como antes, ni de brillo ni de «caída». Le diré a Bertha que las sacuda y las cepille bien, y luego ya veremos. Bertha

anda últimamente un tanto remolona; tarda en venir cuando se la llama y no remata las cosas (los candeleros de plata, por ejemplo, que tienen rayas de suciedad por debajo de los bordes, o los botones de la camisa de noche de R, que siguen estando flojos). No sé si no le pasará algo. Después de las incertidumbres y los destrozos —y aun violencia y destrucción— que ocasionaron sus predecesoras, yo esperaba que Bertha siguiera siendo la presencia medio invisible, de pájaro atareado, que era en sus excelentes comienzos. ¿Estará descontenta o enferma? Ambas cosas me temo, pero no lo quiero pensar. Mañana le preguntaré directamente. Se sorprendería si supiera de cuánto valor, y de qué clases tan variables (en cuanto a perturbar tanto la tranquilidad de sus manejos como la de los míos), tengo que hacer acopio. Me falta la fuerza de carácter de mi madre. Me faltan muchas cosas para las que mi querida madre tenía una facilidad natural.

Lo que más echo de menos, cuando mi querido R no está, son las horas tranquilas que pasamos por las tardes leyendo en voz alta. He estado pensando si continuar nuestro estudio de Petrarca, desde donde él lo dejó, y he decidido que no; pierde demasiado, sin su bella voz para dar vida a la antigua pasión del italiano. He leído un par de capítulos de los *Principios de geología* de Lyell para compartir su entusiasmo por esos estudios, y tanto como me ha seducido la seriedad intelectual de la visión de Lyell me ha espantado su idea de los eones de tiempo inhumano que transcurrieron en la formación de la corteza terrestre; que, si hemos de creerle, sigue estando en un proceso de formación continuo. ¿Y dónde podrá esconderse lo que vino y amó nuestro barro?, como preguntó finamente el Poeta. Yo, a diferencia del reverendo Baulk, no siento que este estado de cosas antiguo y recientemente percibido choque con nuestra fe asentada de ninguna manera decisiva. Quizá sea que me falta imaginación, o que mi confianza sea demasiado instintiva o intuitiva. Que la historia de Noé y el Diluvio resultara ser una bella ficción poética: yo, esposa de un gran poeta, ¿habré por eso de dejar de prestar atención a su mensaje sobre el castigo universal del pecado? Si la Vida ejemplar y la Muerte misteriosamente dichosa del Hombre que fue mayor que ninguno y único verdaderamente bueno se consideraran invenciones, eso ya sería otra amenaza.

Aun así, vivir en una época que ha creado un *clima* de tales interrogaciones... el caso es que, en el fondo, Herbert Baulk tiene

motivos para preocuparse. Me dice que no debo turbar mi intelecto con preguntas que mi intuición (que califica de femenina, virtuosa, pura, etcétera, etcétera) percibe que son vanas. Me dice que yo sé que mi Redentor vive, y aguarda con ansia que yo asienta a su proposición como si mi asentimiento le fortaleciera a él también. Pues bien, asiento. Asiento sinceramente. Es verdad que sé que mi Redentor vive. Pero me sentiría muy agradecida si Herbert Baulk pudiera resolver respetablemente sus dudas intelectuales, de modo que nuestras plegarias pudieran ser de honesta alabanza y fe robusta en una Providencia vigilante, y no estos oscuros *enigmas* de ahora.

Es tarde para estar escribiendo esto. No trabajaría hasta tan tarde si no estuviera sola en la casa, aparte de los criados. Voy a cerrar este libro y acogerme a la almohada para tomar fuerzas para la batalla de las cortinas y el interrogatorio de Bertha.

6 de junio

El día de hoy ha traído una carta de Patience, que solicita alojarse aquí con su prole, de paso para su veraneo en Étretat. Debo acogerla con los brazos abiertos, y en verdad que me alegrará mucho cambiar pareceres y noticias de muchas personas queridas que desdichadamente están lejos. Pero no es buen momento para recibir visitas, teniendo como tengo la mitad de las cortinas descolgadas, empezado y a medias un inventario y lavado completo de la porcelana, y parte de los sillones en fundas y otros en reparación por el servicial señor Beale. Entre el brazo y el asiento del sillón del despacho de Randolph (la butaca de cuero verde) ha encontrado dos guineas, la factura de velas perdidas que ocasionó tamaña discusión, y el limpiaplumas que le regalaron las señoras de San Swithin (que no alcanzo a entender cómo pudo ocurrírseles que nadie pudiera estar dispuesto a estropear una labor tan hermosa con manchas de tinta). Se ha bajado la araña, y se están limpiando y abillantando cuidadosamente todos sus cristales. Y en este desorden más o menos regulado van a *irrumper* Enid, George, Arthur y Dora, que puestos a ser cuidadosos pueden ser tan temibles para las almendras de cristal como jugando a lo loco. Pero han de venir, claro está. Ya he escrito diciendo que sí. ¿Qué haré con la araña, recogerla o mandarla fuera? Ceno en mi gabinete, caldo y una rebanada de pan.

7 de junio

Carta de Randolph. Está bien y adelanta en sus estudios. Tendremos mucho que comentar a su vuelta. He tenido dolor de garganta y ataques violentos de estornudos, quizá a causa del polvo levantado por nuestras labores de limpieza, y he pasado la tarde metida en la cama, con las cortinas echadas, pero dormitando sólo a ratos, mal. Mañana tengo que estar bien para recibir a Patience. Bertha ha preparado las camas para los niños en la antigua *nursery*. Aún no le he preguntado si le pasa algo, pero está más hosca y letárgica, si cabe, que hace una semana.

9 de junio

Qué suerte que el Señor de la casa esté ausente, porque en las últimas veinticuatro horas esto se ha convertido en un verdadero pandemónium. George y Arthur son niños robustos, por lo cual siempre hay que dar gracias, y las niñas, en reposo, tienen un aire muy dulce, con un cutis blanco y suave y unos ojos muy grandes y límpidos. Patience los llama sus ángeles, y desde luego es verdad que lo son, pero la ciudad de Pandemónium estaba poblada por *ángeles caídos*, y mis exquisitos sobrinos tienen los cuatro una gran proclividad a *caerse* en los sitios más inoportunos, arrastrando consigo manteles, deshaciendo floreros, y, en el caso de Georgie, chocando, tal y como yo me temía, con el cuenco de porcelana que contenía las almendras de cristal de la araña, que repicaron como guijas bajo el agua. El ama de Patience no es muy rígida en la disciplina, aunque excelente e incansable para besos y arrumacos. Patience sonrío con benevolencia y dice estar segura de que Grace quiere a los niños de verdad, y a mí también me lo parece.

Le he dicho a Patience que la encuentro muy bien, aunque no es del todo cierto, pero espero que Dios me perdone una mentirilla piadosa. Me quedé un poco impresionada al ver cómo ha cambiado: se le ha ido el brillo del pelo, tiene la cara cansada y arrugada y ha perdido aquel fino talle que tanto la enorgullecía. Declara repetidamente que está bien y contenta, pero también se queja de ahogos, molestias lumbares, dolores de muelas y de cabeza incesantes, y otros trastornos insidiosos que no han desaparecido — que han redoblado sus ataques, según ella— desde su último

alumbramiento. Dice que Barnabas es el marido más *considerado* que podría tener una mujer, en esa situación. Está muy ocupado con sus escritos teológicos —no comparte en absoluto las ideas de Herbert Baulk—, y tiene esperanzas, según me cuenta Patience, de que le den un deanato dentro de poco.

10 de junio

Patience y yo hemos tenido mucho tiempo para conversar a solas, después del almuerzo y también porque la bandada de querubines se fue volando a Regent's Park a tomar el aire. Hemos tenido una charla agridulce de reminiscencias de nuestros años jóvenes en el Close, y cómo corríamos por el huerto y soñábamos con hacernos mujeres. Hemos hablado como un par de chiquillas, de viejos abanicos y medias, y cómo dolían los sombreros apretados durante los largos sermones, y de lo mucho que tuvo que pasar Mamá, dando a luz quince hijos, de los que sólo hemos sobrevivido nosotras cuatro.

Patience, con su perspicacia acostumbrada, observó inmediatamente que algo le pasaba a Bertha, y aventuró una sagaz conjetura de lo que pudiera ser. Yo dije que hablaría con ella, y que de hecho estaba esperando el momento oportuno para hacerlo. Patience dijo que dejar pasar mucho tiempo sería perjudicial para Bertha y para la casa. Patience tiene la firme convicción de que la presencia del pecado es contaminante. Yo le dije que estamos obligados a amar al pedador, y Patience repuso que eso no significa cohabitar con prueba visible del pecado impune. Nos acordamos de la fortaleza de Mamá en tales situaciones, y de cómo se sentía en el deber de infligir ella misma el castigo a las muchachas descarriadas. Yo me acuerdo de una en particular, la pobre Thyrza Collitt, dando gritos de habitación en habitación, y Mamá corriendo detrás de ella con el brazo levantado. Nunca olvidaré aquellos gritos. Yo no golpearé nunca a un criado de mi casa; ni Patience tampoco, diga lo que diga, aunque sostiene que Barnabas, en determinadas circunstancias juiciosamente escogidas, lo considera saludable. Yo no creo que a mi queridísimo Randolph se le ocurriera jamás poner las manos —ni ninguna otra cosa— encima de una persona joven empleada en nuestro servicio. Debo decirle a Bertha que se marche, antes de que él vuelva; es mi deber.

12 de junio

Mi querido esposo escribe largo y tendido; está bien y sus investigaciones prosperan. Yo he metido todas mis descripciones de mis atareados días en una larga carta para él, que ya está echada al correo; y aquí no tengo ni tiempo ni ganas de anotar sino aquellas cosas con las que no estaría bien molestarle. Hay rajadas en dos de las almendras de cristal: en una grande de las de la corona central, y en otra menos importante del círculo exterior. ¿Qué voy a hacer? Estoy convencida —no, sería injusto—; tiendo a sospechar que fueron las patadas accidentales de Arthur y Georgie al baño de los cristales la causa de la rotura. No le he dicho nada de estas trepidaciones a mi querido R; quiero sorprenderle con una casa radiante y refulgente. Podría tratar de sustituir los colgantes rajados, pero estoy convencida de que no daría tiempo, y además sería caro. No me agrada la idea de tener puesta la araña con esas grietas y fisuras a la vista.

He hablado con Bertha. Es lo que yo pensaba y lo que decía Patience. No hay forma de que diga quién es el responsable, y negó denodadamente, llorando a todo trapo, que se le pudiese obligar a hacerse cargo de ella, casándose o de cualquier otra manera. No se ha mostrado contrita, pero tampoco insolente, y no hacía más que repetir: «¿Qué puedo hacer?», a lo cual yo no tengo respuesta suficiente. «Sigue adelante haga lo que haga», dijo extrañamente. Yo hablé de escribir a su madre, pero me suplicó que no lo hiciera, porque según ella «le partiría el corazón y la pondría en contra suya para toda la vida». ¿Dónde va a ir, qué hogar va a tener? ¿Qué debo yo, en caridad cristiana, hacer por ella? No quiero turbar el trabajo de Randolph con estas cuestiones, pero tampoco puedo hacer gran cosa por Bertha sin su consentimiento. Y hay que pensar además en el terrible problema de la *sustitución*, con todos los temores de embriaguez, robo, estropicios y corrupción moral que eso comporta. Conozco algunas señoras que buscan su servidumbre en lugares lejanos del campo; la *astucia* londinense es una cosa a la que no sé hacer frente ni mandar como debiera.

Patience dice que las clases serviles son desagradecidas por naturaleza, porque son personas sin educación. En momentos como éste —cuando hay que plantarles cara, juzgarlas y meterse en sus asuntos—, yo me pregunto cómo puede ser que no nos odien. Estoy convencida de que odio es lo que algunas sienten. Y no entiendo que a un verdadero cristiano le pueda parecer «natural» un mundo de amos y criados; *Él* vino también para los humildes, y quizá más

especialmente para los humildes: los pequeños y los pobres, de bienes o de espíritu.

Si estuviera aquí Randolph podría discutirlo con él. Tal vez sea mejor que no esté: es asunto de mi esfera de influencia y responsabilidad.

Junio

Patience y su prole han salido esta mañana camino de Dover, entre sonrisas y revuelo de pañuelos. Espero que hayan tenido una travesía tranquila. Espero que disfruten plenamente de los placeres del mar. Ha llegado otra carta de Randolph, al momento de irse ellos, llena de aire salado y brisas y otras deliciosas fuerzas libres. Londres está caluroso y bochornoso; me parece que vamos a tener tormenta. Hay un aire demasiado quieto y cargado. He decidido consultar lo de Bertha con Herbert Baulk. He sentido que me rondaba una jaqueca, y una sensación de aturdimiento por el silencio y el vacío en que de pronto ha vuelto a quedar la casa. Me retiré a mi alcoba y estuve dos horas durmiendo, y me desperté bastante refrescada, aunque con una sombra de dolor de cabeza.

Junio

Vino Herbert Baulk y se quedó para tomar el té y charlar. Yo le propuse una partida de ajedrez, porque pensé que eso podría distraerle de una expresión demasiado vehemente de sus dudas e incertidumbres, y porque me gustan esas campañas en miniatura. Él tuvo la gentileza de decirme que juego muy bien para ser una dama, y yo se lo acepté de buen grado, porque le gané en toda regla.

Le consulté lo de Bertha. Él me habló de una institución que socorre con toda clase de medios a las mujeres en esa situación para que den a luz, y si es posible para que vuelvan a colocarse en un oficio útil. Dijo que haría indagaciones para ver si la admitían; yo tuve la osadía de comprometerme, es decir, de comprometer a mi querido Randolph, a contribuir a su sustento hasta que le llegara el tiempo, si con eso es más fácil que le reserven cama. A él le han dicho que los dormitorios están limpiísimos y los limpian las propias acogidas, y que la comida es sencilla pero nutritiva, y que también la cocinan las propias mujeres.

Junio

Dormí mal, y el resultado fue un extraño sueño fragmentado, en el que estaba jugando al ajedrez con Herbert Baulk, el cual había decretado que *mi reina* sólo podía moverse una casilla, como su rey. Yo sabía que eso era una injusticia, pero en la ofuscación del sueño no me daba cuenta de que tenía que ver con la existencia de *mi rey*, que era bastante grande y rojo, y no se había movido de la primera línea, como si estuviera incapacitado. Yo veía los movimientos que mi reina debería haber hecho, como errores en un dibujo complicado de punto de media o ganchillo, pero lo único que podía hacer era correrla adelante y atrás, una casilla de cada vez. Baulk (sigo con el sueño) decía muy tranquilo: «Ya le dije que no podía usted ganar», y yo veía que así era, pero estaba desmedidamente agitada, y sobre todo deseosa de mover mi reina libremente por las diagonales. Es curioso, ahora que lo pienso, que en el ajedrez la mujer sea la que puede dar grandes carreras y andar libremente en todas direcciones, mientras que en la vida es justo al revés.

Por la tarde vino otra vez Baulk, y habló con elocuencia y detenimiento sobre la perversidad de atribuir motivos fraudulentos a los milagros del Nuevo Testamento, y muy en particular al de la resurrección de Lázaro. Dijo que sus gestiones con la institución para Bertha van por buen camino. Yo a ella no se lo he dicho, no vaya a ser darle esperanzas que después se frustren. Sigue haciendo su trabajo despacio y sin ánimos, y tiene la cara hinchada.

Junio

¡Una sorpresa! Llegó un paquetito con un regalo de mi amado Randolph, y un poema, todo para mí. Ha estado en Whitby, un pueblo de pescadores, y escribe que los lugareños tienen un arte muy depurado de pulir y tallar el azabache que el mar arroja a las playas, y hacen con él, además de botones útiles, objetos de adorno y joyería. Me manda un broche precioso, con una guirnalda tallada de rosas del Yorkshire, con sus ramitas de espinas entretejidas y sus hojas: es a la vez artístico y prodigiosamente realista. Es más negro que el hollín, pero de todos los lados de donde se miren sus facetas emana chispas y una especie de airada energía interior; una de las cualidades del azabache es que si se frota atrae los cuerpos livianos, como en el

magnetismo animal. Es una forma de *lignito*, escribe R., evidentemente entusiasmado con la sustancia, que es una *pedra orgánica*, como el carbón, naturalmente. Yo tenía algunas cuentas de azabache, y claro está que lo he visto muchas veces, pero nunca comparable con éste en cuanto a negrura ni brillo.

Transcribo aquí su poema, porque para mí vale más incluso que el lindo regalo. A pesar de todo. Somos tan felices en nuestra vida en común, que hasta nuestras separaciones fortalecen la confianza y el hondo afecto que hay entre los dos.

Yo amo las paradojas y por eso te envío
rosas blancas del Yorkshire en un carbón sombrío:
su estiva inconsistencia fijada sin final,
como vida en la muerte pero no funeral.
El muerto bosque antiguo con sus negros despojos
hoy calienta los cuerpos y da luz a los ojos.
Así nuestro amor, dentro del corazón guardado,
cuando seamos viejos aún no se habrá apagado.

Junio

Hoy no ha sido un buen día. Le dije a Bertha que tenía que irse, y que, con su consentimiento, Herbert Baulk dispondría que la admitieran en el Hogar de la Magdalena. No me respondió palabra, limitándose a mirarme fijamente, respirando con fatiga y muy colorada, como si no acabara de comprender lo que yo le decía. Le repetí que el señor Baulk había sido muy amable, y que era una gran suerte para ella, pero no oí otra cosa que aquellos suspiros feroces o jadeos, que parecía como si llenaran mi cuartito de estar. La despedí diciendo que esperaba su contestación una vez que hubiera reflexionado sobre el ofrecimiento; debería haber añadido que contaba con que hubiera salido de mi casa para finales de la semana que viene, pero no pude. ¿Qué será de ella?

El correo trajo un montón de cartas de esas que cada vez nos llegan más a menudo: con poemas o partes de poemas, flores prensadas para «su» Biblia o su Shakespeare, peticiones de autógrafos, recomendaciones (impertinentes) para *sus* lecturas, y solicitudes humildes, o a veces perentorias, de que lea epopeyas o tratados o incluso novelas, que sus autores creen que le pueden interesar, o que se beneficiarían de su recomendación. Yo las contesto

con la debida cortesía, enviándoles mis buenos deseos y diciendo que él está muy atareado, lo cual es la pura verdad. ¿Cómo esperan que continúe «pasmándolos y deleitándolos» con «sus ideas recónditas», como escribía uno, si no le dejan tiempo libre para entregarse a sus lecturas y a su intrincado pensamiento? Entre estas cartas había una pidiendo una entrevista *conmigo personalmente* por un asunto de gran importancia, decía la autora, para mí. Tampoco esto es insólito: muchas mujeres, sobre todo jóvenes, se dirigen a *mí* para acercarse a mi querido R. He respondido educadamente que no concedo entrevistas personales a personas desconocidas porque me solicitan demasiadas, pero que si la autora tenía algo muy particular que decir le rogaba que empezase por escribirme indicando de qué se trata. Veremos si de esto sale algo o nada, pertinencia o, como yo sospecho, cualquier bobada o desvarío.

Junio

Hoy peor. Me dio la jaqueca y he pasado todo el día en el dormitorio a oscuras, en duermevela. Hay muchas sensaciones corporales que son indescriptibles pero reconocibles al instante, como el olor del pan al cocerse o el del limpiametales, que no habría modo de comunicar a alguien que no las hubiera experimentado nunca. Así es la forma en que el mareo o desmadejamiento preliminar incapacita el cuerpo y anuncia la jaqueca que se avecina. Es curiosamente imposible, cuando se ha entrado en ese estado, imaginar que se pueda salir jamás de él, de modo que la paciencia que se requiere para soportarlo parece una paciencia total y eterna. Al anocheecer cedió un poco.

Otra carta de la dama misteriosa y apremiante. Asunto de vida o muerte, escribe. Es instruida, y, aunque histérica, no *frenéticamente*. Dejé aparte la carta, porque no me sentía con ánimos para decidir al respecto. La jaqueca te introduce en un curioso mundo sepulcral y crepuscular, en el que la vida y la muerte no parecen grandes asuntos.

Junio

Peor aún. Vino el doctor Pimlott y prescribió láudano, que me dio algo de alivio. Por la tarde llamaron a la puerta aporreando, y Bertha, como está ida, dejó pasar a una señora desconocida que quería

verme. Yo en ese momento estaba levantada, tomando un caldo. Le dije que podía volver cuando me hubiera recobrado, y aceptó el aplazamiento con viveza y nerviosismo. Yo tomé más láudano y me volví a la oscuridad de mi cuarto. Ningún escritor ha escrito debidamente sobre la Dicha de dormir. Coleridge escribió sobre los dolores del sueño, y Macbeth habla del sueño perdido, pero no de la dicha de desprenderse del mundo y pasar, calentito e inmóvil, a otro. Protegido por las cortinas, abrigado por el calor de las mantas, diríase que sin peso...

Junio

Medio día malo, y otro medio, como a veces pasa, bueno y despejado, renovado se podría decir. La limpieza de los muebles ha seguido a buena marcha durante mi ausencia soñolienta, y todo eso —los sillones, los tapetes, las lámparas, el biombo— parece renovado también.

Vino mi importuna visitante, y hablamos un buen rato. El asunto ha quedado zanjado, espero, y absolutamente aclarado.

Junio

Un Poeta no es un ser divino, dotado de visión angélica. Randolph siempre ha negado esa descripción. A él le gusta emplear la expresión de William Wordsworth, «un hombre que habla a los hombres», y yo me atrevería a decir que de la diversidad y los caprichos de la naturaleza humana sabe más de lo que nunca supiera Wordsworth, que solía mirar hacia dentro.

Vino Herbert Baulk y habló muy bondadosamente a Bertha, que, lo mismo que antes conmigo, no dijo nada y le estuvo mirando como un poste y con cara de vergüenza.

Jugamos al ajedrez. Gané yo.

Julio

Esta mañana se descubrió que Bertha se había ido a escondidas por la noche, con todas sus pertenencias y algunas de Jenny, según ésta me dice, entre ellas una bolsa de viaje y un mantón de lana. No parece que se haya llevado nada de la casa, a pesar de que toda la

plata está expuesta o guardada en cajones y armarios accesibles. Puede ser que el mantón se lo llevara por error, o que la propia Jenny esté confundida.

¿Dónde se habrá ido? ¿Qué habría que hacer? ¿Debería escribir a su madre? Hay argumentos en pro y en contra: ella no quería que su madre se enterase de su estado, pero ahora es posible que haya acudido a ella buscando amparo.

Le he dado a Jenny uno de mis mantones y uno de nuestros maletines. Se ha puesto muy contenta.

Acaso Bertha se haya ido con el hombre que [pasaje tachado, ilegible]

¿Deberíamos buscarla? No es posible que se haya echado a la calle, en el estado en que está. Si la encontramos, ¿parecerá que la queremos castigar? No sería mi intención.

Me he portado mal con ella. Debería haberla tratado mejor.

Herbert Baulk no tiene tacto. Pero eso ya lo sabía yo cuando opté por este camino. *Debería*

Julio

Otro día malo. Lo he pasado en cama con las cortinas abiertas, porque me ha entrado un miedo supersticioso a estar tanto tiempo en una casa con las cortinas echadas. Lucía un sol apagado entre brumas movidas y nieblas. A la tarde lo reemplazó una luna más apagada y más pequeña en un cielo de color tinta. He estado inmóvil todo el día, en la misma posición. Si me aletargaba así no me dolía nada, pero fuera de eso todo cambio de posición era un tormento. Cuántos días pasamos sin movernos, esperando que terminen para poder dormir. He estado suspendida casi, quizá, como Blancanieves en la caja de cristal, viva pero fuera de la intemperie, respirando pero sin movimiento. Afuera, en la intemperie, la gente sufre calor y frío y las fluctuaciones del aire.

Cuando vuelva tiene que encontrarme despierta y animada. Es preciso.

Maud dijo:

—Sabía escribir. En un primer momento no vi lo que quería usted decir con eso de desconcertar. Después ya creo que sí. Sobre la base de esa parte del diario yo no podría hacerme una idea muy clara de *cómo* era esta persona. Ni de si me cae bien.

Cuenta cosas; cosas interesantes. Pero que no forman un cuadro completo.

—¿Y quién de nosotros lo hace? —preguntó Beatrice.

—¿Qué pasó con Bertha?

—Jamás se descubre. Ni lo dice. No dice siquiera si la buscó.

—Debió de ser *terrible* para Bertha. Ella, Ellen, no parece darse cuenta...

—¿No?

—Bueno, qué se yo. Es verdad que la *describe* claramente. Pobre Bertha.

—Polvo y cenizas —dijo sorprendentemente Beatrice—. Hace mucho tiempo.

Como el niño, si es que nació.

—De todos modos, da mucha rabia no saber.

—El profesor Cropper encontró el broche de azabache. El mismo. Está en la Colección Stant. Sobre un moaré de seda verde mar, según me contó. Yo he visto una foto.

Maud despreció el broche.

—¿Tiene usted alguna idea sobre la corresponsal histórica? ¿O también se desvanece sin dejar rastro, como Bertha?

—No hay nada más acerca de ella. Nada más.

—¿Ellen guardaba las cartas?

—No todas. La mayoría. En paquetes, en cajas de zapatos. Yo las tengo. Casi todas son cartas de admiradores para él, como ella dice.

—¿Podríamos mirar?

—Si le interesa. Yo las he mirado todas, un par de veces. Tuve la idea de escribir un artículo sobre los precursores victorianos de los clubs de fans, por así llamarlo. Pero cuando me puse me pareció un poco morboso.

—¿Puedo realmente mirar?

Beatrice volvió su mirada impasible al ansioso rostro marfileño de Maud, y leyó algo en él, aunque no muy claro.

—No hay inconveniente, supongo... —murmuró sin moverse—. ¿Por qué no?

La caja de zapatos era de cartón negro; estaba atada con balduque, y crujía de puro seca. Beatrice deshizo los nudos entre continuos suspiros, y allí apareció carta sobre carta, reunidas en pulcros paquetes. Buscaron fechas, abrieron sobres, peticiones de caridad, ofertas de posibles secretarios, discursos fluidos de admiración apasionada, escritos a Randolph y dirigidos a Ellen. Beatrice comprobó la fecha y sacó un mensaje escrito a la vez con agitación y con arte, en una letra vagamente gótica. Esa era.

Apreciada señora Ash:

Le ruego que disculpe esta intromisión en su valioso tiempo y atención. Soy una señora en este momento totalmente desconocida para usted, pero tengo algo que comunicarle que nos afecta

Íntimamente a las dos y que en mi caso es cuestión de vida o muerte. Créame que le digo la verdad escueta y nada más.

¿Cómo lograría yo que se fíe usted de mí? Es preciso. ¿Puedo abusar de su tiempo e ir a verla? No ha de ser cosa de mucho rato, pero tengo eso que decirle, y que es posible que usted me agradezca, o no; pero eso no es lo que importa; debe usted saberlo.

Me encontrará usted en todo momento en la dirección que figura en el encabezamiento de esta carta. Créame, por favor; soy su amiga.

*Suya afectísima,
Blanche Glover*

Maud endureció el rostro y bajó los párpados sobre lo que debía ser un brillo de embestida. Y dijo, intentando dar un tono de indiferencia a su voz:

—Ésta parece ser. ¿Hay más? Ésta parece ser la *segunda* carta que mencionaba. ¿Está ahí la primera?

Beatrice barajó.

—No. No hay más. Es decir..., a no ser que esta letra sea la misma. El papel parece el mismo. No lleva encabezamiento ni firma.

Hizo usted mal en quedarse con mi Prueba. Si no era mía, tampoco es suya. Le suplico que lo considere más detenidamente y piense mejor de mí. Me hago cargo del aspecto que he podido presentarle. Escogí mal las palabras. Pero lo que le dije era verdad y urgente, como usted misma verá.

Maud, asida a aquel papel, se vio en un tormento de indecisión. ¿Qué Prueba se había quedado Ellen? ¿Y de qué? ¿Una correspondencia clandestina o un viaje a la costa del Yorkshire con un poeta solitario entregado a la biología? ¿Qué había sentido Ellen, qué había entendido? ¿Le habría llevado Blanche el manuscrito robado de *Swammerdam*? ¿Cómo sacar copias de exactamente *aquellos* documentos sin alertar a Beatrice, y con Beatrice seguramente a Cropper y a Blackadder? Una especie de voluntad imperiosa la martilleaba por dentro, y su codificación de una petición astuta se vio interrumpida por la voz lanosa de Beatrice.

—No sé qué es lo que pretende, doctora Bailey. Ni sé si lo quiero saber. Venía usted buscando algo y lo ha encontrado.

—Sí —susurró Maud. Y movió sus largas manos en ademán de silencio hacia los tabiques tras de los cuales acechaban Blackadder y la Factoría Ash.

La expresión de Beatrice Nest era blanda y pacientemente interrogante.

—El secreto no es sólo mío —bisbiseó Maud—. Si lo fuera no le habría venido

con tapujos. No sé... *qué* es lo que he encontrado, todavía. Le prometo que cuando lo sepa será usted la primera en enterarse. Creo saber lo que le dijo Blanche Glover. Bueno, pudo ser una de dos o tres cosas.

—¿Era importante? —preguntó la voz gris, sin nada que indicase si la «importancia» era filológica, apasionada o cósmica.

—No lo sé. Podría alterar nuestra visión de..., de la obra de Ash, me figuro, un poco.

—¿Qué quiere usted de mí?

—Fotocopias de estas dos cartas. Si se puede hacer, una copia del Diario, entre esas fechas. Que no le diga nada al profesor Cropper. Ni al profesor Blackadder. Todavía. Esto lo hemos descubierto nosotros...

Beatrice pareció pensárselo largo rato, con la cabeza apoyada en las manos.

—¿Y esto... que tanto la emociona... no significará... exponer a Ellen al ridículo, o... a alguna mala interpretación? Ha llegado a preocuparme mucho que no sea... expuesta es la mejor palabra, quizá..., *expuesta*.

—No es nada que fundamentalmente tenga que ver con ella.

—Eso no me tranquiliza. —Un silencio enloquecedor—. En fin, creo que me fío de usted. Creo.

Salió cruzando a paso airoso el despacho de Blackadder, donde Paola alzó una mano lánguida; el profesor no estaba. Pero en la oscuridad exterior, en el pasillo, un suéter de Aran conocido pintó de blanco las tinieblas, un pelo rubio conocido fulguró.

—Sorpresa —dijo Fergus Wolff—. Sorpresa, ¿eh?

Maud se irguió y dio un paso de costado, digna.

—Para un momento.

—Tengo prisa.

—¿Para qué? ¿Para seguir las circunvoluciones laberínticas de la *Melusina*? ¿O para ver a Roland Michell?

—Ni lo uno ni lo otro.

—Entonces espera.

—No puedo.

Maud avanzó un paso. Él se puso delante. Ella torció al otro lado. Él la interceptó. Alargó una mano fuerte y la cerró como una esposa sobre su muñeca. Ella vio la cama de clara de huevo.

—No seas así, Maud. Quiero hablar contigo. Estoy sufriendo horriblemente de curiosidad y celos a partes iguales. No puedo *creer* que te hayas liado con el dulce e inútil Roland, y no puedo *entender* qué haces zascandileando por el Crematorio, si no es que sí.

—¿Qué crematorio?

—La Factoría Ash. —Estaba tirando de su brazo mientras hablaba, acercando, el cuerpo de Maud y su cartera hacia el suyo, que emitía sus recordadas chispas de electrificación—. Tengo que hablar contigo, Maud. Déjame que te invite a comer bien. Sólo para charlar. Eres la mujer más inteligente que conozco. Te echo de menos terriblemente, de veras, también eso te tenía que decir.

—No puedo. Estoy ocupada. Suéltame, Fergus.

—Dime por lo menos qué está pasando, anda. Si me lo cuentas seré absolutamente discreto.

—No hay nada que contar.

—Y si no me lo cuentas lo averiguaré, y consideraré de mí propiedad lo que averigüe.

—Suéltame la muñeca.

Una mujerona negra de piel y negra de uniforme apareció detrás de ellos con cara de pocos amigos.

—Hagan el favor de leer los carteles. Hay que guardar silencio en los pasillos.

Maud se desasíó de un tirón y se alejó a buen paso. Fergus le dio una voz: «Quedas *avisada*», y se le vio entrar en la Factoría Ash, seguido de la celadora negra, que sacudía sartas de llaves.

Dos días después Roland y Maud se reunían en Oodles, el restaurante vegetariano de la esquina de Museum Street. Maud llevaba la colección de hojas fotocopiadas que le había dado Beatrice. Había tenido otra experiencia poco agradable cuando llamó por teléfono a Roland para concertar este encuentro; además, estaba molesta por una carta exultante de Leonora Stern, que había obtenido una beca de la Fundación Tarrant para venir a Inglaterra y escribía entusiasmada: «el próximo semestre estaré *contigo*».

Hicieron cola y pidieron una lasaña de espinacas recalentada en el microondas; después se refugiaron en la zona subterránea del local, con la esperanza de eludir miradas curiosas. Roland leyó el diario de Ellen y las cartas de Blanche. Maud le miraba.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Me parece que lo único que está claro es que Blanche le dijo algo a Ellen. Le enseñaría las cartas robadas, probablemente. Para mí es lógico que lo hiciera porque Christabel se había ido al Yorkshire con Ash. Casa perfectamente. Pero no es una prueba.

—No se me ocurre cómo podríamos probarlo.

—Yo sí he tenido algunas ideas locas. Se me ha ocurrido repasar los poemas, de él y de ella, escritos por entonces, con la idea de que podrían revelar algo. Pensé que rastreando los movimientos de Ash en el Yorkshire, con la idea de que ella pudo estar allí, y con los poemas en la mano, a lo mejor llegaba a alguna parte. Ya hemos

encontrado una correlación que no se le habría podido ocurrir a nadie que no fuera *buscando* un nexo. Randolph Ash le escribe a su mujer sobre un Hob que cura la tos ferina, y Christabel escribe un cuento sobre lo mismo. Y a continuación Ash relaciona su interés por los pueblos sumergidos del Yorkshire con la ciudad de Is y con Lyell.

Es cierto que hay puntos de contacto entre lo que piensa una persona y otra...

—Los hay.

—Se podría encontrar una serie acumulativa de coincidencias de ese tipo.

—Sería interesante, en cualquier caso.

—Yo tengo incluso una teoría sobre el agua y las fuentes. Te conté que en la poesía de Ash posterior a 1860 aparece ese tema de los elementos: agua, piedras, tierra y aire. Mezcla los géiseres tomados de Lyell con la mitología escandinava y las fuentes de los mitos griegos. Y con las cascadas del Yorkshire. Y eso me hizo pensar en la Fuente de la Sed en *Melusina*.

—¿En qué sentido?

—En el de si habría un eco ahí. Esto es de *Ask a Embla*. Posiblemente enlaza también esa fuente con la del Cantar de los Cantares. Escucha:

Bebimos de las aguas de Vaucluse;
la norteña cascada estremecida
nos prendió en su temblor. ¿Y han de extinguirse
las fuentes que aplacaban nuestra sed?

—Repítelo —dijo Maud.

Roland lo repitió.

—¿Alguna vez se te han puesto los pelos realmente de punta? Porque a mí se me acaban de poner. Por la espalda de arriba abajo y en toda la cabeza. Escucha tú esto. Esto es lo que le dice Remondín a Melusina después de decirle ella que sabe que la ha mirado cuando estaba en su baño de mármol y ha roto la prohibición:

Melusina, si tu fe he traicionado,
¿no habrá remedio? ¿Hemos de separarnos?
¿Como lumbre en ceniza han de extinguirse
las fuentes que aplacaban nuestra sed?

—Como lumbre en *ceniza* —dijo Roland.

—La imagen de la lumbre está presente a lo largo de toda la *Melusina*. Melusina construía castillos y casas; la lumbre es la casa.

—¿Qué fue primero, el verso de él o el de ella? Hay problemas de datación de *Ask a Embla*; que evidentemente nosotros vamos camino de resolver, entre otras

cosas. Eso parece la clásica pista literaria. Era una mujer astuta, insinuante. Acuérdate de lo de las muñecas.

—El crítico literario es detective por naturaleza —dijo Maud—. ¿Conoces la teoría de que la historia clásica de detectives surge con la novela clásica de adulterio, porque todo el mundo quiere saber quién es el padre, cuál es el origen, cuál es el secreto?

—Esto —dijo Roland reflexivamente— lo tenemos que hacer juntos. Yo conozco la obra de él, y tú conoces la de ella. Si estuviéramos los dos en el Yorkshire...

—Esto es una pura demencia. Lo que tendríamos que hacer es decírselo a Cropper y a Blackadder, y desde luego a Leonora, y unir nuestros recursos.

—¿Eso es lo que tú quieres?

—No. Yo lo que quiero es... seguir... el camino. Siento que esto me tiene dominada. Quiero *saber* qué pasó, y quiero ser yo quien lo averigüe. Creí que desvariabas cuando llegaste a Lincoln con tu pedazo de carta robada. Ahora estoy igual. No es codicia profesional. Es algo más primitivo.

—Curiosidad narrativa.

—En parte. ¿Tú podrías tomarte unos días de investigación sobre el terreno por Pentecostés?

—Podría haber dificultades. Las cosas no andan muy bien en casa. Como quizá ya hayas notado. Tú y yo..., yéndonos ahí..., no caería bien. Sería mal interpretado.

—Lo sé, lo entiendo. Fergus Wolff piensa. Piensa. Asegura creer... que tú y yo...

—Qué espanto.

—Me amenazó en la Biblioteca con averiguar qué pretendíamos. Hay que vigilarle.

Roland consideró la turbación de Maud y no le preguntó qué sentía hacia Fergus Wolff. Que era algo violento estaba claro. Tampoco él tenía intención de hablar de Val.

—La gente que se escapa un fin de semana para hacer realmente maldades se las ingenia para inventar excusas —dijo—. Alza cortinas de humo. Se hace continuamente, por lo que oigo. Yo también puedo inventar algo, por qué no. Más problema sería el dinero.

—Lo que tú necesitas es una pequeña ayuda de investigación para estudiar algo que no esté demasiado lejos del Yorkshire, ni demasiado cerca tampoco.

—Ash hizo algunas cosas en la biblioteca de la catedral de York.

—Por ejemplo.

CAPÍTULO XIII

Tres Ases van cruzando el llano de Ida,
donde tienen los Dioses su asamblea.
Claro es su gesto, alegres son sus voces;
no conocen el peso del pecado
ni la doblez del mundo. Todo es brillo
de sol y luna y árboles dorados
con áureas pomas tras murallas de oro.
En el jardín del medio entran los Ases:
el que espera a los hombres no nacidos,
que aún duermen en el seno de los tiempos.

Incesante se agita el aire nuevo
alrededor de los divinos rostros.
Bajo los bellos pies brota la hierba
con el verdor de su primer abril.

A la costa descienden, donde rompen
saladas olas en la nueva arena
con fragor nunca oído, curvatura
nunca vista y a nada semejante;
porque no existe aún la mente humana
que los nombre y compare. Solitarias
eternamente crecen y decrecen,
y con su sucesión miden el tiempo,
el tiempo que las olas no conocen.
Eran hijos de Bor estos tres Ases,
el que airado mató al gigante Ymir
y de él hizo las partes de este mundo:
de su cuerpo la tierra, del sudor
el mar, de la osamenta las montañas,
los árboles del pelo, y de los sesos
las nubes que discurren por el cielo.
Uno era Odín, el Padre de los Dioses.

Otro su hermano Honir, llamado el Sabio,
el Listo, el Reflexivo. Y el tercero
era el ardiente Loki, dios del fuego,
que calentaba el mundo con sus llamas
hasta que, desbordando hogar y hoguera
su codicia insaciable, ardió furioso
y mundo y cielos convirtió en cenizas.
En la orilla del mundo, entre mareas,
bañadas por las aguas y mecidas
por el ajeno impulso de la ola
que avanza, se dilata y retrocede,
yacen dos formas mudas, insensibles:
truncos desarraigados, formas simples
de un fresno y un aliso, despojados
de su gentil verdor pero no muertos.
Algo vivo se oculta en lo más hondo
de sus leñosos, apretados círculos.
(Leñosa huella de años no vividos
por la madera nueva, sempiternos,
un pasado grabado en el presente
por la mano del tiempo, como el agua
hace ondas en la charca removida.)

El nuevo sol esplende en el azul.
Dos veces no ha corrido todavía
su camino puntual de un alba en otra
sobre la tierra que despierta fresca
y nebulosa a la luz más serena:
el que ha de hacer sin apartarse un punto
hasta que todo lo devore el Fuego.
A su calor Odín se siente fuerte,
y dice: ¿si vivieran estos troncos?
Porque ha visto que hay vida en sus honduras,
que hay una vida vegetal que canta.

Y dice Honir el Sabio: si tuvieran
sentido y movimiento, si pudieran
oír y ver, las luces hablarían
a sus ojos y oídos. Darían vida

a la vida los frutos del jardín.
Amado y conocido sería entonces
este mundo tan bello. Viviría
en la suya una vida interminable,
y ellos proclamarían sus bellezas,
que son y aún no son: que para serlo
han de ser como tales conocidas.

El dios oscuro de la llama oculta
habló el último. Y dijo: «Yo les doy
sangre caliente que su rostro encienda,
que los mueva con gesto apasionado
el uno al otro, como salta el hierro
siempre al imán. Sangre les doy:
calor humano, resplandor de humano fuego,
flujo vital ardiente que guardado
es un habla divina; derramado,
ruina mortal hasta el fin de los tiempos,
porque mortales son.»

Y así diciendo los risueños dioses,
un tronco hicieron hombre, otro mujer.
Y ufanos de su obra los llamaron
Ask y Embla, por el fresno y el aliso
de su leñoso origen. El dios padre
sopló en ellos el alma. Honir el Sabio
les dio sentido, acción y entendimiento.
Loki el oscuro, en fin, puso en sus venas
la sangre móvil, y avivó la llama
de su calor vital, como el herrero
aviva con el fuelle los carbones.
Entonces un dolor ardiente, agudo,
movió la vida en los tranquilos troncos,
y vibrando avanzó por cauces nuevos,
llenó ventrículos, encéfalo, membranas,
y finalmente hizo abrirse los ojos
nuevos a un mundo nuevo.

Y la luz deslumhró a aquellos primeros
hombre y mujer: la luz húmeda y nueva

de los primeros días, que envolvía
la arena en plata y oro, el mar doraba
con oro líquido, plateaba cada cresta
de las olas, sus rizos y lisuras.

Ellos, que antes sentían por susurros
de la savia, por los besos del aire,
frío y calor, la noche y la mañana,
de pronto ven con ojos el derrame
de la luz torrencial e indiferente:
una tromba de sol en oleadas,
una fuente que mana el arco iris,
que riela y fulgura y centellea.

Todo eso ven, y más y menos que eso.
Y el uno al otro vuelto, ven las formas
majestuosas que forjó la astucia
de los dioses que mudos los contemplan:
la blanca piel azul en vena y sombra,
de rosa y oro y bronce salpicada,
intacta su tersura, respirando
la claridad del aire. Y los cuatro ojos
—lapislázuli en ella, en él acero—
que el astro soberano deslumbraba
ven otra luz más suave en las humanas
pupilas que los miran bajo un marco
de hebras de oro sedoso ensortijadas.

Cuando vio el primer hombre su mirada
refleja en unos ojos de mujer,
la sangre arrebató el semblante de ambos.
Él vio otro ser como él, pero distinto;
ella, viendo aquel rostro sonriente,
por él conoció el suyo; y se miraron,
y se sonrieron, y los propios dioses
sonrieron complacidos, porque su obra
era buena y mostraba buen comienzo.

Entonces Ask dio un paso en la lisura
de la orilla sin mácula, y la mano

tocó de la mujer, que asíó la suya.
Y juntos se alejaron sin palabras
por la raya del mar, y atrás dejaron
un sendero de huellas en la arena
llenándose de sal: el primer rastro
de vida y tiempo que conocía el mundo,
de amor y de esperanza, evanescente.

RANDOLPH HENRY ASH,
Ragnarök, II, 1 y ss.

El Hotel Hoff Lunn Spout existía ya en 1859, aunque no haya mención de él en las cartas de Ash. El poeta se había alojado en el Cliff de Scarborough, ahora demolido, y en habitaciones alquiladas de Filey. Maud había encontrado el hotel en la *Guía gastronómica*, donde aparecía recomendado por sus «Platos sencillos de pescado fresco, y buen servicio constante, ya que no afable». Además era barato, y Maud pensaba en Roland.

El hotel lindaba con el campo, sobre la carretera de la bahía de Robin Hood a Whitby. Era un edificio largo, bajo, de esa piedra gris que para un norteño significa realidad, y que para los del sur, acostumbrados al cálido ladrillo y unas cuantas curvas y esquinas, puede significar hostilidad. Tenía tejado de pizarra, y una sola fila de ventanas con bastidores blancos. Se alzaba en medio de un aparcamiento, una extensión de asfalto en gran parte vacía. La señora Gaskell, que estuvo en Whitby en 1859 para planear *Los amantes de Silvia*, observó que el arte de la jardinería no tenía adeptos en el norte, y que ni siquiera en las fachadas de poniente o mediodía de las casonas de piedra se intentaba poner flores. En primavera los secos muros de sillares se iluminan brevemente de aubrecias, pero en general, en sitios como el Hoff Lunn Spout, sigue prevaleciendo la misma ausencia de vegetación.

Maud llevó a Roland desde Lincoln en el cochecito verde; llegaron a tiempo de almorzar. El lugar estaba regentado por una enorme y agraciada vikinga, que miró con indiferencia cómo subían paquetes de libros por la escalera entre el Bar y el Restaurante.

El restaurante había sido remodelado recientemente en un laberinto de cubículos altos, poco iluminados, de madera teñida de oscuro. Allí se reunieron Roland y Maud, y pidieron lo que parecía un menú ligero: sopa casera de verduras, gallo con gambas y profiteroles. Otra vikinga más joven, sólida y seria, les sirvió todas aquellas cosas, que eran buenas y extraordinariamente abundantes, la sopa un guiso espeso de tubérculos y legumbres, el pescado un inmenso sandwich blanco, de dos filetes del tamaño del plato, que entre sus recias solapas encerraban su buena media libra de

gambas, los profiteroles como pelotas de tenis grandes, cubiertas por un lago de chocolate amargo. Maud y Roland prodigaron las exclamaciones a propósito de aquel gigantismo; no estaban sus nervios para una conversación de verdad. Trazaron un prosaico plan de acción.

Tenían cinco días. En los dos primeros decidieron visitar la costa: Filey, Flamborough, la bahía de Robin Hood, Whitby. Después reconstruirían los paseos de Ash tierra adentro, por ríos y cascadas. Y dejarían un día para lo que pudiera surgir.

El cuarto de Roland tenía un papel de pared áspero con ramilletes azules, y el techo en vertiente. El suelo era desigual y rechinaba; la puerta era antigua, con cerrojo además de una cerradura monumental. La cama era alta, con cabecero de madera teñida de oscuro. Roland paseó la mirada por aquel pequeño espacio privado y sintió un momento de pura libertad. Estaba solo. ¿Y si todo hubiera sido para esto, para encontrar un sitio donde estar solo? Se metió en la cama y dio comienzo a su familiarización con Christabel LaMotte. Maud le había prestado un libro de Leonora Stern, *Motivo y matriz en los poemas de LaMotte*. Lo hojeó mirando los títulos de los capítulos: «Del Monte de Venus al campo baldío»; «Paisajes femeninos y aguas tersas, superficies impenetrables»; «De la Fuente de la Sed a la piel del océano armoricano»:

¿Y qué superficies de la tierra celebramos las mujeres, que habitualmente hemos aparecido en los textos falocéntricos como una oquedad penetrable, tentadora o repelente, rodeada de, festoneada de... algo? Vemos que escritoras y pintoras han creado paisajes propios, significativamente evasivos, con rasgos que engañan o eluden la mirada penetrante, paisajes táctiles que no privilegian la mirada dominante. La heroína se complace en un mundo que es a la vez pelado y no agresivo, que tiene pequeños cerros y altozanos, con crestas de matorral y peñascales de poca altura que ocultan declives en pendiente, grietas ocultas, no una sino multitud de oquedades y aberturas ocultas por donde burbujean y se entrepenetran las aguas que dan la vida. De esa clase de perceptos externos, que dan cuerpo a visiones interiores, son los Red Deeps de George Eliot, las veredas ocluidas y sinuosas de Berry en George Sand, los cañones de Willa Cather, contornos de la Madre Tierra visionados y gozados por una mujer. Cixous ha señalado que muchas mujeres experimentan visiones de cuevas y fuentes durante los placeres orgásmicos del autoerotismo y la caricia compartida. Es un paisaje de tacto y doble tacto; pues, como nos ha mostrado Irigaray, toda nuestra «visión» más

honda comienza con nuestra autoestimulación, el tocarse y besarse de nuestros dos labios inferiores, nuestro *doble* sexo. Han sido mujeres quienes han señalado que las heroínas de la literatura suelen encontrar sus placeres más intensos en la soledad de esos paisajes secretos, ocultas a la vista. Yo misma creo que a ese deleite debería añadirse el placer de la caída de las olas sobre las orillas, pues su rompimiento regular tiene una relación profunda con los sucesivos deleites estremecidos del orgasmo femenino. Hay una imagen de agua de olas femenina, marina y salada, que no es fruto, como lo fuera Venus Anadiomene, del coágulo de semen masculino esparcido sobre el abismo en el momento de la emasculación del Padre Tiempo por su hijo edípico. Ese placer en la sucesión informe pero no caótica de las aguas, en la secuencia informe pero formada de las olas sobre la orilla, está esencialmente presente en el arte de Virginia Woolf y en la forma misma de sus frases, en su dicción. No puedo por menos de maravillarme ante la delicadeza y sensibilidad instintivas de aquellas mujeres acompañantes de Charlotte Brontë que se apartaron cuando por primera vez se vio cara a cara con el poder del mar en Filey, y esperaron apaciblemente hasta que Charlotte, con el cuerpo tembloroso, el rostro sonrojado, húmedos los ojos, pudo reunirse con ellas y seguir adelante.

Las heroínas de los textos de LaMotte suelen ser seres acuáticos. Dahud, la Reina Hechicera matriarcal, gobierna un reino oculto bajo las aguas tersas del golfo de Armórica. El hada Melusina es, en su estado primario y benéfico, un ser acuático. Al igual que su madre mágica, Presina, tiene su primer encuentro con el que ha de ser su esposo en la Fontaine de Soif, que cabe interpretar como la Fuente Sedienta o como la Fuente que sacia la Sed. Aunque lo segundo puede parecer «lo lógico», en el mundo femenino, in-for-mado por la ilógica y estructurado por el sentimiento y la in-tuición, cabe percibir un sentido en el que la Fuente Seca, la Fuente Sedienta, sea la significación de difícil acceso y primaria. ¿Qué es lo que nos cuenta LaMotte de la Fontaine de Soif?

Su poema recoge muchos elementos del romance en prosa del monje Jean d'Arras, el cual nos dice que la Fuente «brota de un lugar escarpado, con grandes rocas por encima y un hermoso prado a lo largo de un valle, más allá del alto bosque». La madre de Melusina es descubierta junto a esa fuente mientras está cantando melodiosamente, «con tanta suavidad que ninguna sirena, hada o

ninfa cantaron con dulzura igual». Es decir, son percibidas, por la mirada masculina, como tentadoras, aliadas a los poderes seductores de la Naturaleza. La fuente de LaMotte, por el contrario, es inaccesible y está escondida; el caballero y su caballo extraviado tienen que descender y gatear para llegar hasta ella y la voz «tenue y clara» del hada Melusina, que «canta para sí», y que «cesa en su canto» cuando el hombre y el animal, en su húmedo descenso, echan a rodar una piedra. La descripción que hace LaMotte de los helechos y el follaje es prerrafaelista por su precisión y delicadeza: las peñas «redondas» están cubiertas de una «pelliza» de «musgo», «hierbas», «mentas» y «culantrillo». La fuente no «mana», sino que «rezuma y burbujea» en la charca «secreta y quieta», con su peña musgosa y baja rodeada de «picos y repuntes» de aguas «corrientes y envolventes».

En todo esto se puede leer un símbolo del lenguaje femenino, que en parte es suprimido y en parte se recoge en sí, mudo ante el macho intrusivo e incapaz de alzar la voz. La fuente masculina chorrea y mana. La fuente de Melusina tiene una humedad *femenina*, que en vez de ascender segura de sí misma gotea desde su estanque, reflejando así esas secreciones femeninas que no están inscritas en nuestro uso cotidiano del lenguaje (*langue*): el esputo, la mucosidad, la leche y los fluidos corporales de las mujeres mudas en beneficio de la sequedad.

Melusina, cantando para sí al borde de esa fuente mística, es un ser potente de gran autoridad, que conoce los inicios y los fines de las cosas; y es, como se ha señalado, en su aspecto de serpiente de agua, un ser completo, capaz de generar vida, o significados, por sí sola, sin necesidad de ayuda externa. La estudiosa italiana Silvia Veggetti Finzi ve el cuerpo «monstruoso» de Melusina en este sentido como un producto de fantasías autoeróticas femeninas de generación sin cópula, deseo femenino del cual afirma Veggetti que se ha expresado muy poco en la mitología. «Donde con mayor frecuencia lo encontramos es en los mitos de origen, como expresión del caos que antecede al orden cósmico y lo justifica. De este género es el mito asirio-babilónico de Tiamat, así como el mito de Tiresias, que vio la reproducción primordial de las serpientes y midió la calidad superior (*plusvalore*) del deseo femenino y los mitemas (*mitemi*) del ciclo vegetal de la lechuga.

Roland cerró el libro de Leonora Stern con un pequeño suspiro. Tuvo una visión del

terreno que iban a explorar cubierto de orificios humanos chupadores y vello humano enredado. No le gustó esa visión, pero, hijo al fin de su tiempo, la encontró irresistible, con una significación de algún modo garantizada, como no lo sería un examen geológico del oolito. La sexualidad era como un grueso vidrio ahumado: todo, visto a su través, tomaba un mismo tinte borroso. Roland no se podía imaginar un estanque con piedras y agua.

Se dispuso a dormir. Las sábanas eran blancas y parecían ligeramente almidonadas; se figuró que olían, a aire fresco, y hasta a sal marina. Se sumergió en su limpia blancura, haciendo tijera con las piernas como un nadador, abandonándose a ellas, flotando libre. Sus músculos inhabituados se relajaron. Se durmió.

Al otro lado del tabique de madera y yeso, Maud cerró de golpe *El gran ventrílocuo*. Como muchas biografías, pensó, hablaba tanto del biógrafo como del biografiado; y a ella la compañía de Mortimer Cropper no le resultaba agradable. Por extensión, se le hacía cuesta arriba tomar afición a Randolph Henry Ash según lo presentaba Cropper. En parte seguía estando consternada de que Christabel LaMotte hubiera cedido a los apremios y solicitudes de Ash, del tipo que fueran. Prefería su visión original de independencia orgullosa y exigente, como las cartas daban motivo para pensar que prefería también la propia Christabel. Aún no había hecho un estudio serio de los poemas de Ash; no le daban muchas ganas de acometerlo. De todos modos, la descripción que hacía Cropper del viaje al Yorkshire era concienzuda:

Cierta mañana luminosa del mes de junio de 1859, las bañeras de Filey pudieron ver la figura solitaria de un hombre que avanzaba a paso firme por las arenas llanas y desiertas hacia el Brigg, armado con la *impedimenta* de su nueva afición: salabre, banasta, martillo de mineralogista, cortafrío, abreostras, plegadera, redomas y tarros anchos y diferentes alambres de avieso aspecto para hurgar y ensartar. Él mismo había diseñado su caja de recolección, tan estanca que incluso podía ir en el correo, un elegante estuche de metal laqueado que encerraba con perfecto ajuste un recipiente interior de vidrio donde los animalillos podían viajar herméticamente sellados y con su propia atmósfera. Llevaba también, cómo no, la robusta *vara de fresno* de la que no se separaba casi nunca, y que era parte, como ya he indicado, de su mitología personal, una extensión sólida y metafórica de su persona. (Tengo la pena de no haber podido nunca conseguir un ejemplar autenticado de esa lanza de Wotan para la Colección Stant.) Ya antes había sido visto en otras correrías, removiendo las pozas con aquel bastón a la hora del crepúsculo, muy

al estilo del Sanguijuelero,^[10] para observar la fosforescencia producida por esos seres diminutos que son las noctilucas.

Si, como muchos de su clase en migración compulsiva al borde del agua, ofrecía un aspecto no poco ridículo, especie de falso Caballero Blanco^[11] del litoral, con las botas colgando de sus cordones atados alrededor del cuello, recordemos también que, como otros de su clase, no era inocuo en su entusiasmo de época. El crítico Edmund Gosse, aquel gran pionero del arte moderno de la biografía y la autobiografía, era hijo del naturalista, trágicamente descaminado, Philip Gosse, cuyo *Manual de zoología marina* era un *sine qua non* en aquellas expediciones de recolección. Y Edmund Gosse creía haber presenciado durante su vida la violación de un Paraíso inocente, una matanza con proporciones de genocidio. Él nos dice:

El cerco de belleza viva que rodeaba nuestras costas era muy delgado y frágil. Si llevaba tantos siglos de existencia era sólo merced a la indiferencia, la bendita ignorancia del hombre. Aquellas represas rocosas, orladas de coralinas, en cuyas quietas aguas, casi tan diáfanas como el aire circundante, pululaban criaturas sensibles y hermosas, ya no existen, han sido todas profanadas, vaciadas, vulgarizadas. Ha pasado sobre ellas un ejército de «coleccionistas» que arrasaron todos sus recovecos. El mágico paraíso ha sido violado, el producto exquisito de siglos de selección natural ha sido aplastado bajo la tosca pezuña de la curiosidad ociosa y bienintencionada.

Así también, sujeto a los mismos errores que los hombres vulgares, el poeta que iba en busca, según sus palabras, de «los orígenes de la vida y la naturaleza de la generación», iba sembrando la muerte sin saberlo, con sus gruesas botas recubiertas de caucho tanto como con su escalpelo y su frasco de cianuro, en aquellos seres que tan bellos le parecían, en aquel litoral cuya prístina belleza contribuyó a aniquilar.

Durante su estancia, pues, en el norte tempestuoso, Randolph pasaba las mañanas recogiendo ejemplares que su condescendiente casera alojaba en diversos moldes de cocina y «otros receptáculos de porcelana» diseminados por su habitación de estar. Escribía a su mujer que se alegraba de que ella no viera las pozas artificiales que le rodeaban a las horas de comer, y por las tardes mientras trabajaba con el microscopio, pues su espíritu ordenado no habría podido tolerar

aquel «fructífero caos». Llevó a cabo un estudio particular de la actinia —que abunda, bajo diversas formas, en aquellas costas—, con el cual, como él mismo reconocía, no hacía sino sumarse a un furor por entonces general entre los británicos, que mantenían a esos animalillos, dentro de acuarios y tanques de cristal, en miles de salones respetables de todo el país, donde sus colores sombríos rivalizaban con los tintes polvorientos de aves disecadas o insectos alfilerados en sus fanales.

Sabios y maestras solteras, clérigos de levita y honrados trabajadores, todos en aquella época mataban para disecar, fraccionar y cortar, escamondar y horadar tejidos recios y delicados, tratando por todos los medios posibles de llegar hasta la esquiva esencia de la Vida. La protesta antiviviseccionista era general y vehemente, y Randolph no era sordo a ella, como no lo era tampoco a las acusaciones de crueldad que podían atraer sus entusiastas operaciones con el escalpelo y el microscopio. Tenía los escrúpulos y la resolución de su carácter de poeta; practicó diversos experimentos minuciosos para demostrar que los retorcimientos que podían parecer reacciones de dolor de diversos organismos primitivos se producían, de hecho, con posterioridad a su muerte: mucho después de haberles disecado el corazón y el aparato digestivo. De ahí concluyó que los organismos primitivos no sienten nada que pueda llamarse dolor, y que sus bufidos y retracciones eran respuestas meramente automáticas. Acaso hubiera seguido adelante aunque su conclusión hubiera sido otra, porque no tenía reparo en afirmar que el conocimiento y la ciencia imponen «duras exigencias» a los hombres.

Estudiaba con especial detenimiento el sistema reproductor de los animales que escogía. Su interés por esas cuestiones databa de tiempo atrás: el autor de *Swammerdam* no era ignorante de la significación del descubrimiento del oocito tanto en el mundo humano como en el de los insectos. Le impresionaron mucho los trabajos del gran anatomista Richard Owen sobre la partenogénesis, o reproducción de los animales por fisión celular en lugar de congreso sexual. Él mismo llevó a cabo rigurosos experimentos sobre diversas hidras y plumuláridos, logrando que desarrollaran cabezas y segmentos nuevos a partir de una misma cola, con arreglo a un proceso denominado gemación. Le interesó mucho que las bellas medusas transparentes fueran, al parecer, yemas no fecundadas de ciertos pólipos. Amputó diligentemente tentáculos de hidra y dividió

pólipos en fragmentos, cada uno de los cuales dio origen a un nuevo ser. Este fenómeno le fascinó, porque le pareció que indicaba una continuidad e interdependencia de todo lo viviente, que acaso coadyuvara a modificar o eliminar la idea de la muerte individual, y con ello disipar aquel gran miedo que hacía presa en él y en sus contemporáneos, a medida que la promesa cierta del Cielo se tambaleaba y desvanecía.

Por entonces su amigo Michelet estaba trabajando en *La Mer*, que se publicó en 1860. En esa obra, el historiador trataba también de encontrar en el mar la posibilidad de una vida eterna capaz de resistir a la muerte. Michelet refiere sus experiencias al mostrar, primero a un gran químico y posteriormente a un gran fisiólogo, un vaso de lo que él denominaba «la *mucosidad* del mar... este elemento blanquecino y viscoso». El químico repuso que no era otra cosa que la vida misma. El fisiólogo describió todo un drama microcósmico:

No conocemos mejor la constitución del agua que la de la sangre. Lo que con mayor facilidad se aprecia, en el caso de la mucosidad del agua marina, es que constituye simultáneamente un final y un comienzo. ¿Será un producto de los innumerables residuos de la muerte, que los entregara a la vida? Eso es, sin duda, ley; pero de hecho, en este mundo marino, de rápida absorción, casi todos los seres son absorbidos vivos; no arrastran un estado de muerte, como acontece sobre la tierra, donde las destrucciones son más lentas.

Pero la vida, sin llegar a su disolución suprema, se desprende incesantemente, exuda y arroja de sí, todo aquello que le es superfluo. En nuestro caso, animales terrestres, la epidermis se desprende sin cesar. Esas mudas, de las que se podría decir que son una muerte diaria y parcial, llenan el mundo de los mares de una riqueza gelatinosa de la cual la vida recién nacida se beneficia a cada momento. Halla, en suspensión, la sobreabundancia oleosa de esa común exudación, las partículas todavía animadas, los líquidos todavía vivientes, que no han tenido tiempo de morir. Todo esto no recae en un estado inorgánico, sino que rápidamente entra en nuevos organismos. Ésta es la más probable de todas las hipótesis; si renunciamos a ella, nos hallamos en dificultades extremas.

Se comprende que Ash escribiera a este hombre por las mismas fechas diciéndole que «veía el significado interior de la enseñanza de Platón de que el mundo era un único animal enorme».

Y qué podría sacar en limpio de toda esta febril actividad una crítica rigurosa desde el punto de vista del psicoanálisis moderno? ¿A qué necesidades de la psique individual respondía ese afán de disección y de observación «generativa»?

Yo pienso que en aquel tiempo Randolph había llegado a eso que crudamente llamamos una «crisis de la madurez», lo mismo que su siglo. El gran psicólogo, el gran estudiante poético de vidas e identidades concretas, veía que ante él no había más que declive y decadencia, que su ser individual no iba a tener continuación en unos hijos, que los hombres se rompen como burbujas. Como tantos otros, se apartó de las simpatías individuales con hombres moribundos o muertos hacia las simpatías universales con la Vida, la Naturaleza y el Universo. Era una especie de romanticismo renacido —por gemación, si cabe decirlo así, del viejo tronco del romanticismo—, pero entretejido con el nuevo análisis mecanicista y el nuevo optimismo no sobre el alma individual, sino sobre la divina y eterna armonía del universo. Como Tennyson, Ash vio que la Naturaleza era roja en diente y garra. Y reaccionó interesándose por las funciones continuadoras de la vida y digestivas de todas las formas, desde la ameba hasta la ballena.

Maud decidió que todo aquello dejaba intuir algo terrible sobre la imaginación de Cropper. Cropper cultivaba una variedad peculiarmente depravada de la hagiografía a la inversa; el deseo de quitar altura a su sujeto. Y Maud se entregó a una grata reflexión sobre la ambigüedad general de la palabra «sujeto» en este contexto. ¿Estaba Ash sujeto a los métodos de investigación y leyes de pensamiento de Cropper? ¿De quién era la subjetividad que se estaba estudiando? ¿Quién era el sujeto de las frases del texto, y cómo encajaban Cropper y Ash en la percepción de Lacan de que el sujeto gramatical de una proposición difiere del sujeto, el «yo», que es el objeto al que se refiere la proposición? Se preguntó Maud si estas reflexiones serían originales, y resolvió que casi con certeza no lo eran, que todas las reflexiones posibles acerca de la subjetividad literaria habían sido exploradas con ahínco en los últimos tiempos.

En otro punto del capítulo, casi inevitablemente, Cropper había citado *Moby Dick*.

Aún más profundo el significado de esa historia de Narciso, que, porque no podía asir la imagen dulce y torturante que veía en la fuente, se arrojó a ella y se ahogó. Pero esa misma imagen la vemos nosotros en todos los ríos y océanos. Es la imagen del fantasma inasible de la vida; y ahí está la clave de todo.

Narcisismo, el yo inestable, el ego fracturado, pensó Maud: ¿quién soy yo? ¿Una matriz para un murmullo de textos y códigos? Era una idea a la vez agradable y desagradable, esa exigencia de pensar en sí misma como intermitente y parcial. Había la cuestión del cuerpo torpe. La piel, el aliento, los ojos, el pelo, la historia de esas cosas, que sí parecían existir.

Junto a la ventana sin cortinas se cepilló el pelo, mirando a la luna, que estaba llena, y oyendo algunas rachas de viento lejanas, hacia el Mar del Norte.

Luego se metió en la cama, con el mismo movimiento de tijera que Roland en el cuarto de al lado, y se sumergió bajo las blancas sábanas.

La semiótica estuvo a punto de estropearles el primer día. Fueron a Flamborough en el cochecito verde, siguiendo a su cierto predecesor y guía Mortimer Cropper en su Mercedes negro, al predecesor de éste Randolph Ash, y al hipotético fantasma Christabel LaMotte. Tras esas huellas siguieron a pie hasta Filey Brigg, ya nada seguros de qué iban buscando, pero como si fuera inadmisible divertirse sin más. Caminaban bien el uno junto al otro, aunque no se dieron cuenta; los dos tenían el paso enérgico.

Cropper había escrito:

Randolph pasaba largas horas examinando las pozas, profundas o someras, del lado norte del Brigg. Allí podía vérselo remover su sustancia fosforescente con la vara de fresno, y recogerla diligentemente en cubos y llevársela a casa para estudiar animáculos microscópicos como noctilucas y medusas diminutas «que a simple vista no se diferencian de burbujas de espuma», pero que examinadas resultaban ser «masas globulares de gelatina animada, con una cola móvil». También allí recogía sus anémonas de mar (*Actiniae*) y se bañaba en el Baño del Emperador: una gran oquedad redondeada y verdosa en la que se había solazado un legendario emperador

romano. La imaginación histórica de Randolph, siempre activa, seguramente se complacería en esa conexión directa con el pasado remoto de la región.

Roland encontró una actinia, del color de una ampolla de sangre oscura, agazapada bajo un saliente de roca acribillada y sobre una capa de arena y cascarria centelleante, rosada y oro, azulada y negra. Su aspecto era de cosa simple y antigua, y muy nueva y brillante. Tenía desplegada una corona vigorosa de tentáculos agitados y resueltos, que cribaban y removían el agua. El color era de cornalina, como el de ciertos ámbares oscuros y rojos. Su tallo, o base, o pie, estaba bien agarrado a la roca.

Maud se había sentado en un saliente más arriba de la charca de Roland, con sus largas piernas recogidas y *El gran ventrílocuo* abierto sobre una rodilla. Citaba a Cropper citando a Ash:

«Imagínese un guante lleno de aire que lo expande en un cilindro perfecto, sin el pulgar y con los dedos *circundando*, en dos o tres filas, la cima del cilindro, mientras que por su base el guante está cerrado por una superficie plana de cuero. Entonces, si de ese disco que queda dentro del cerco de dedos presionamos el centro hacia abajo, y de ese modo forzamos el cuero elástico a *doblarse hacia dentro*, formando una especie de saco suspendido en el interior de un cilindro, habremos hecho una boca y un estómago...»

—Curiosa comparación —dijo Roland.

—En LaMotte los guantes siempre se relacionan con el secreto y el decoro. Con el hecho de ocultar las cosas. Y con Blanche Glover, naturalmente.

—Ash escribió un poema titulado *El guante*. Sobre una dama medieval que le daba uno de los suyos a un caballero para lucirlo como favor. Era «níveo y ornado de aljófar».

—Cropper dice aquí que Ash suponía, equivocadamente, que los ovarios de la actinia estaban en los dedos del guante...

—Yo de pequeño nunca llegué a entender *dónde* llevaba el guante el caballero. Y la verdad es que sigo sin entenderlo.

—Cropper se extiende sobre cómo meditaba Ash sobre su apellido. Eso es interesante. No hay duda de que Christabel meditó sobre el apellido Glover. De ahí sacó algunos poemas muy buenos, inquietantes.

—Ash escribió un pasaje del *Ragnarök* sobre cuando el dios Thor se escondió en una enorme caverna que resultó ser el dedo meñique del guante de un gigante. Ése era el gigante que le engañó, haciendo que intentase tragarse el mar.

—Y tienes a Henry James cuando dice de Balzac que iba introduciéndose en la consciencia constituida como los dedos en un guante.

—Eso es una idea fálica.

—Por supuesto. Como todas las demás, de una manera u otra, me figuro. No Blanche Glover, exactamente.

—La actinia se repliega. No le gusta que la toque.

La actinia presentaba el aspecto de un ombligo de goma, del cual sobresalían dos o tres bigotes carnosos, en vías de recogerse. A continuación fue un montículo carnoso de sangre oscura, en torno a un agujero encogido.

—He leído el artículo de Leonora Stern, «Monte de Venus y campo baldío».

Maud buscó un adjetivo con que calificarlo, desechó «penetrante» y se decidió por «muy profundo».

—Es profundo, desde luego. Pero me ha dejado preocupado.

—Es lo que pretende.

—No, no por esa razón; no porque yo sea un hombre. Porque... ¿Nunca has tenido la impresión de que nuestras metáforas se nos *comen* el mundo? Quiero decir que todo conecta con todo, continuamente..., y me imagino que uno estudia, yo estudio, la literatura porque todas esas conexiones parecen a la vez inagotablemente interesantes, y también en cierto sentido poderosas y peligrosas, como si tuviéramos una clave de la verdadera naturaleza de las cosas. Quiero decir, todos esos guantes, hace un momento, estábamos jugando a un juego profesional de relaciones: guantes medievales, guantes de gigantes, Blanche Glover, los guantes de Balzac, los ovarios de la actinia..., y todo se reduce, como cuando se cuece una jalea..., a... la sexualidad humana. Lo mismo que Leonora Stern convierte toda la tierra en el cuerpo femenino... y lenguaje..., todo lenguaje. Y toda la vegetación es vello púbico.

Maud rió secamente. Roland dijo:

—Y en el fondo, de verdad, ¿qué es ese poder arcano que tenemos cuando vemos que todo es sexualidad humana? En el fondo es *incapacidad*.

—Impotencia —dijo Maud, inclinándose interesada.

—Quería evitar esa palabra, porque precisamente *no es eso*. Resulta que lo sabemos todo. Y lo único que hemos descubierto es una magia simpática primitiva. La perversidad polimorfa infantil. Todo tiene que ver con *nosotros*, y estamos tan encerrados en nosotros mismos... que no vemos *las cosas*. Y lo pintamos todo con esa metáfora...

—Estás muy enfadado con Leonora.

—Es muy buena. Pero yo no quiero ver a través de sus ojos. No es cuestión de que ella sea de un sexo y yo del otro. Es que no quiero.

Maud reflexionó. Luego dijo:

—En cada época tiene que haber unas verdades contra las que no se puede luchar;

se quiera o no se quiera, independientemente de que sigan siendo verdades en el futuro. Nosotros vivimos en la verdad de lo que descubrió Freud. Nos guste o no nos guste. Al margen de cómo la hayamos modificado. La realidad es que no somos libres de suponer —de imaginar— que pudo estar equivocado en cuanto a la naturaleza humana. En detalles, seguramente; pero no en el plan de conjunto...

Roland quiso preguntar: ¿Y a ti eso te gusta? Pensó que debía suponer que sí; a fin de cuentas el trabajo de Maud, todo aquello de la liminalidad y los seres marginales, era psicoanalítico. Y en vez de preguntar dijo:

—Exige un esfuerzo de imaginación interesante pensar cómo veían ellos el mundo. Qué veía Ash estando quizá en este saliente. A él le interesaba la actinia. El origen de la vida. También es el motivo de que estemos aquí nosotros.

—Ellos se valoraban a sí mismos. En otro tiempo sabían que Dios los valoraba. Luego empezaron a pensar que no había Dios, sólo fuerzas ciegas. Así que se valoraban a sí mismos, se querían a sí mismos y prestaban atención a su propia naturaleza...

—¿Y nosotros no?

—En algún punto de la historia el valor que se daban pasó a ser... eso que a ti te preocupa. Una horrible simplificación. Que deja fuera la culpa, para empezar. Ahora o entonces.

Maud cerró *El gran ventrílocuo* y se inclinó sobre el saliente donde estaba hecha un ovillo, tendiendo una mano.

—¿Seguimos?

—¿Adónde? ¿Qué estamos buscando?

—Habría que empezar a buscar datos además de imágenes. Yo propongo Whitby, donde compró el broche de azabache.

Queridísima Ellen:

He encontrado muchas curiosidades en la localidad de Whitby, una próspera aldea de pescadores que está en la desembocadura del río Esk. Es un pueblo en pendiente, que baja hasta el agua apiñándose en callejuelas y patios pintorescos, y escalinatas de piedra, una tras otra: un pueblo en terrazas, desde cuyos estratos superiores parece dominarse, por encima de una movida esfera de mástiles y de chimeneas humeantes que te rodean por todas partes, el pueblo, el puerto, las ruinas de la abadía y el Mar Germano.

El pasado está presente por doquier, desde las tumbas del páramo y los supuestos pozos de muerte de los antiguos bretones hasta la ocupación romana y los albores de la evangelización cristiana con Santa Hilda; en aquellos tiempos el lugar se llamaba Streonshalh, y lo que solemos llamar el Sínodo de Whitby, del año 664, fue,

naturalmente, el Sínodo de Streonshalh. He meditado entre gaviotas que gritaban en las ruinas de la abadía, y he visto cosas más antiguas y más oscuras: los túmulos o houes de los páramos, y templos tal vez druídicos, entre ellos las Bridestones, una hilera de piedras verticales que hay en Sleights, que se piensa que fueran un lado de una avenida de un circo como el de Stonehedge. Ciertos detalles pueden dar vida, de pronto, a aquellas gentes largo ha desaparecidas, en la imaginación. Por ejemplo, el hallazgo por estos parajes de un pendiente de azabache en forma de corazón, en contacto con la mandíbula de un esqueleto; y una serie de abalorios grandes de azabache tallados en arista, hallados con otro de esos ocupantes de un túmulo, que había sido colocado en el houe con las rodillas dobladas hasta el mentón.

Hay una historia mítica que explica lo de las piedras puestas de pie y que atrae mi imaginación, porque sugiere la vitalidad de los dioses antiguos en tiempos comparativamente modernos. Whitby tiene su gigante local, un tal Wade, muy temible, que junto con su esposa Bell tenía la costumbre de rodar peñas por el páramo. Wade y Bell, lo mismo que el Hrimthurse que levantó la muralla de Asgard, y que el hada Melusina, eran constructores de castillos para hombres ingratos: se les atribuye la construcción de la calzada romana que atraviesa el páramo hasta la deliciosa villa de Pickering, y que es una real carretera de piedras sobre un estrato de grava o cascote de la arenisca del páramo. Tengo el propósito de recorrerla. Los lugareños la llaman la Calzada de Wade, y se cuenta que Wade la hizo para comodidad de su esposa Bell, que tenía una vaca gigante en el páramo y tenía que ir a ordeñarla. En el castillo de Mulgrave estuvo expuesta una costilla de ese rumiante monstruoso, que en realidad era una quijada de ballena. Los túmulos o houes del páramo son montones de piedras que la diligente Bell llevaba en su delantal, cuyos cordones a veces se rompían. Charlton piensa que Wade no es sino un nombre del dios antiguo Woden. Es seguro que a Thor se le rendía culto en la época sajona en la aldea de Thordisa, que estaba en la cabecera del arroyo de Eastrow. Así es que la imaginación humana mezcla y adapta a sus preocupaciones del momento muchos ingredientes, haciendo totalidades nuevas; es esencialmente poética. He aquí una ballena, el castillo de Pickering, el viejo Dios del Trueno y las tumbas de antiguos caudillos bretones y sajones, y la codicia militar de los ejércitos romanos conquistadores, todo refundido en un

gigante local y su esposa; al paso que las piedras de la calzada romana se utilizan para hacer muros de piedra en seco, para detrimento de la arqueología y protección de nuestras ovejas; o que el peñasco de Sleights Moor, arrojado por el hijo gigante de Bell y mellado por el talle de hierro de su madre, era partido para arreglar la carretera; y por esa carretera he venido yo.

He visitado la industria local del azabache, que florece y ha dado piezas de primorosa artesanía. Te he mandado una, con un poemita acompañante, y con mi gran amor, como siempre. Sé que te gustan las cosas bien hechas; te encantaría, en general, ver las curiosas manufacturas que hay aquí; se pueden hacer objetos de adorno con muchas cosas: los antiguos gusanos ammonites hallan nueva vida como broches pulimentados. También me ha parecido interesante la transformación de restos fósiles en artículos elegantes: todo un tablero de mesa bruñido muestra los anillos de una especie de caracoles de una increíble antigüedad, o las hojas de piedra en figura de helecho de una cicadácea primitiva, tan nítidas como las flores y los helechos prensados que habitan en tu libro de oraciones. Si hay un tema que pueda decirse mío, mi querida Ellen, como escritor quiero decir, es el de la vida persistente, proteica, de cosas que murieron hace mucho pero no se han desvanecido. Yo querría escribir algo de hechura tan perfecta que aún se siguiera contemplando como se contemplan esos seres impresos en la piedra, al cabo de tanto tiempo. Aunque pienso que nuestra duración sobre este planeta quizá no iguale la suya.

El azabache, como sabes, también estuvo vivo en otro tiempo. «Ciertos pensadores científicos han supuesto que fuera petróleo endurecido, o pez mineral; pero ahora la opinión más general es que sus orígenes son leñosos. Se halla en masas comprimidas, largas y estrechas. La superficie exterior aparece siempre marcada con estrías longitudinales, como la veta de la madera, y la fractura transversal, que es concoidea y tiene un lustre resinoso, muestra el crecimiento anual en zonas elípticas comprimidas.» Cito esta descripción del doctor Young, aunque yo mismo he visto esos bloques de azabache en bruto en los talleres, y hasta los he tenido en la mano, y me han conmovido indescriptiblemente las huellas del tiempo —un tiempo de crecimiento tan lejano, tan increíblemente remoto— en sus elipses. Pueden estar contaminados, en algunos casos, por un exceso de materia silíceas; el artesano que estaba tallando una rosa, o una serpiente, o unas manos, se tropieza de pronto con una línea o grieta

de sílex o pedernal en el material, y tiene que desistir. He visto trabajar a esos artesanos, y son operarios muy especializados: un tallador puede pasarle un broche a otro que es especialista en hacer dibujos incisos, o puede unirse oro o marfil o talla de hueso con el azabache.

Ya te imaginarás, querida, que todas estas nuevas vistas y descubrimientos han desatado flechas de poesía en todas direcciones. (Digo flechas en el sentido de Vaughan, «Claras flechas de vida perpetua», donde la palabra significa simultáneamente claridad titilante y descargas de flechas, y brote de semillas de luz; me gustaría que me enviaras mi Silex scintillans, porque he estado pensando mucho en su poesía y en esa metáfora lítica desde que trabajo en las rocas de aquí. Cuando te llegue el broche de azabache, te ruego que lo frotes y mires cómo atrae por electricidad pedacitos de pelo y papel. Tiene dentro su propia vida magnética, y por eso se ha empleado desde siempre en amuletos, magia blanca y medicinas antiguas. Divago sin disciplina; mi mente se desborda; tengo un poema que quiero escribir sobre los modernos descubrimientos de ramitas recubiertas de sílex en antiguos pozos artesianos, según los describe Lyell.)

Ahora cuéntame tú cómo estás: cómo va tu salud, tus cosas de la casa, tus lecturas.

*Tu amante esposo,
Randolph*

Maud y Roland pasearon por el puerto de Whitby y las callejuelas empinadas que partían de él. Allí donde Randolph Ash advirtiera laboriosidad y prosperidad, ellos veían señas genéricas de paro e inercia. En el puerto había pocos barcos, y los que había parecían estar desmantelados; no se oía un motor, no batía una vela. Había aún un olor a humo de carbón, pero que para ellos portaba otras connotaciones.

Los escaparates de las tiendas eran vetustos y muy románticos. El mármol de una pescadería estaba decorado con fauces abiertas de tiburón en esqueleto y monstruosidades espinosas; una tienda de caramelos tenía todos los viejos tarros y pirámides variopintas de cubos, esferas y grageas de colorines. Había varios joyeros especializados en azabache. Se detuvieron delante de uno: «Hobbs y Bell, proveedores de Adornos de Azabache». Era una tienda alta y estrecha; el escaparate era como un cajón puesto de pie, con los costados festoneados de hilera sobre hilera de negros y relucientes abalorios, unos con medallones colgantes, otros facetados, otros lustrosos y redondos. La parte delantera de la vitrina era como un cofre

marinero de tesoros revueltos por el oleaje, un rimero polvoriento de broches, pulseras, anillos en cartulinas aterciopeladas y rajadas, cucharillas, navajas, tinteros y toda clase de conchas muertas y descoloridas. Era el Norte, pensó Roland, una artesanía negra como el carbón, sólida, no siempre graciosa, con brillos bajo el polvo.

—No sé —dijo Maud— si no sería buena idea comprarle algo a Leonora. Le gusta la bisutería extraña.

—Ahí hay un broche, con un cerco de nomeolvides y unas manos unidas, que dice AMISTAD.

—Eso le gustaría.

Una mujer muy pequeña salió a la puerta de la tienda-cajón. Llevaba un gran delantal de florecitas moradas y grises, sobre una bata negra y lacia. Tenía la cara pequeña, de piel dura y curtida, y el pelo blanco y recogido en un moño. Los ojos eran de color azul vikingo, y la boca, cuando la abría, parecía contener tres dientes. Era una mujer arrugada pero saludable, como una manzana vieja, y llevaba el delantal limpio, aunque las medias le hacían bolsas en los tobillos, sobre unos zapatones negros abotinados.

—Pase, señorita, mire lo que quiera. Hay mucho más en el interior. Todo buen azabache de Whitby, yo no tengo imitaciones. No lo encontrará mejor.

Dentro el mostrador era otro sarcófago de vidrio, que albergaba otro revoltijo de sartas y alfileres y brazaletes.

—Cualquier cosa que le guste se la saco en seguida.

—Eso parece interesante.

«Eso» era un medallón ovalado con una figura tallada, vagamente clásica, inclinada sobre una urna fluente.

—Eso es un medallón de luto de la época victoriana. Obra probable de Thomas Andrews, que fue azabachero de la reina. Entonces eran buenos tiempos para Whitby, después que murió el Príncipe Consorte. Entonces le gustaba a la gente recordar a sus muertos. Ahora, el muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Maud dejó el medallón y pidió ver el broche amistoso de las manos unidas, que la anciana sacó del escaparate. Roland estudiaba una cartulina de broches y anillos hechos aparentemente con sedas trenzadas y tejidas, en unos casos rodeadas de azabache, en otros tachonadas de perlas.

—Esto es bonito. Azabache, perlas y seda.

—No señor, *seda* no es. Eso es pelo. Es otra forma de broche de luto, con el pelo. Mire usted, en éstos pone «IN MEMORIAM» en el cerco. Se lo cortaban en el lecho de muerte. Lo guardaban vivo, por así decir.

Roland atisbó a través del cristal las hebras entretejidas de fino cabello rubio.

—Hacían de todo con él, con mucho ingenio. Mire: aquí hay una cadena de reloj que es una trenza de pelo largo de alguien. Y una pulsera con un cierre muy bonito

haciendo un corazón, vea usted qué labor más primorosa, de pelo oscuro.

Roland tomó aquella cosa, liviana y marchita sin su cierre de oro.

—¿Estas cosas las vende usted?

—Bueno, de vez en cuando. Hay coleccionistas, ¿sabe usted? Con el tiempo salen coleccionistas de todo. De mariposas, de botones de cuello. Hasta las planchas de hierro que yo tenía, que las usé hasta que en 1960 mi Edith se empeñó en comprarme una eléctrica, vino un hombre preguntando por ellas. Y esa pulsera lleva mucho *trabajo*, joven, está hecha con mucho esmero. Y además es oro de ley, de dieciocho quilates, que era cosa de lujo para aquellos tiempos; lo que entonces se usaba era similar y así.

Maud tenía una fila de broches desplegada sobre el mostrador.

—Se ve que distingue usted lo bueno. Pues mire, tengo una pieza de talla que es cosa fina, como ya no se encuentra: del lenguaje de las flores, clemátide, tojo y pensamiento, que quiere decir Belleza Mental, Cariño Perdurable y «Siempre pienso en ti». *Eso* es lo que le debería usted comprar a la señorita, mejor que pelos viejos.

Roland emitió un sonido de objeción. La anciana se echó hacia delante en su alto taburete y extendió una mano hacia el turbante verde de Maud.

—*Eso* es otra pieza buena de las que no se encuentran fácilmente: me está pareciendo como de lo mejor que salió de la fábrica que tuvo Isaac Greenberg en Baxtergate, que lo mandaban a las reinas y las princesas de toda Europa. Señora, mucho me gustaría poderlo mirar de cerca, si a usted no le importa...

Maud se llevó las manos a la cabeza, y titubeó entre desprender el broche y quitarse toda la envoltura. Al final, para su incomodidad, hizo ambas cosas, poniendo el turbante sobre el mostrador y luego desprendiendo sus pliegues cuidadosamente contruidos y entregando la cosa grande, negra y nudosa, a la vieja, que se apresuró a llevársela a la luz polvorienta del escaparate para verla bien.

Roland miró a Maud. La palidísima cabellera, reunida en trenzas finas, le daba vueltas y vueltas a la cabeza, de una blancura inquietante en aquella luz que extraía el color de las cosas y sólo les sacaba brillos y destellos. Parecía casi escandalosamente desnuda, como un maniquí desvestido, pensó al pronto; pero en seguida, al volver Maud su cara altanera, la vio cambiada, simplemente frágil y hasta vulnerable. Le dieron ganas de aflojar la tirantez y soltar el pelo. Sintió como un dolor por simpatía en su propio cuero cabelludo, tan estirado e implacablemente prendido de horquillas estaba el de ella. Los dos se llevaron una mano a la sien, como si Roland fuera el espejo de Maud.

Volvió la vieja y depositó el broche de Maud sobre el mostrador, encendiendo una polvorienta lamparita extensible para iluminar la oscuridad.

—Jamás he visto nada parecido, aunque está muy claro que es de Isaac Greenberg, diría yo. En la Gran Exposición había una pieza suya con corales y rocas,

pero yo nunca vi una sirena y además el coral; y con su espejito y todo. ¿Dónde encontró usted eso, señora?

—Pues no sé, se podría decir que es un recuerdo de familia. Lo encontré en la caja de los botones que había en mi casa, cuando yo era pequeña. Teníamos un neceser muy grande lleno de hebillas viejas, botones, menudencias diversas, y allí estaba. A nadie debía gustarle mucho. Para mi madre no era más que la típica chatarra victoriana, según ella. Me imagino que *será* victoriano. Yo me lo quedé porque me recordaba a la Sirenita. —Se volvió a Roland—. Y últimamente al hada Melusina, ni que decir tiene.

—Ya lo creo que es victoriano. Yo diría que es de antes de la muerte del Príncipe Consorte en 1861, porque antes de esa fecha se hacían cosas más alegres, aunque siempre hubo más de las tristes. Fíjese cómo están hechas las ondas del pelo, y las aletas de la cola, que parecen de verdad. Hay que ver cómo se trabajaba entonces. Hoy día no encontraría usted a nadie que trabaje así, ni aquí ni en ninguna parte. Eso ya pasó a la historia.

Roland no se había acercado nunca al broche de Maud, que, efectivamente, representaba una sirenita posada en una roca, con los lustrosos y negros hombros retorcidos hacia la superficie, obviando modestamente la necesidad de tallar sus pequeños senos. El cabello le bajaba sinuoso sobre la espalda, y la cola bajaba sinuosa sobre la roca. El conjunto quedaba encerrado en un cerco que antes le había parecido de ramitas, pero que ahora, a través de los ojos de la vieja, reconocía como ramificaciones de coral.

—Tú heredaste algunos libros de Christabel... —dijo a Maud.

—Ya lo sé. No lo había pensado nunca. Quiero decir que este broche estaba ahí de toda la vida. Nunca se me ocurrió preguntar por su origen. Visto en esta tienda parece muy distinto, entre estas otras cosas. Era..., era una broma mía.

—A lo mejor fue una broma *de él*.

—Aunque lo fuera —dijo Maud, pensando furiosamente—, aunque lo fuera, no demuestra que ella viniera *aquí*. Lo único que demuestra es que él compró broches para dos mujeres a la vez...

—Ni siquiera eso. Pudo comprárselo ella misma.

—Si estuvo aquí.

—O en cualquier sitio donde los vendieran.

—Ya puede usted cuidar esa pieza —terció la vieja—. Es única, se lo digo yo. —Se volvió a Roland—. Y usted, señor, ¿no quiere la del lenguaje de las flores? Haría muy buena pareja con la sirenita.

—Yo me llevo el broche de la amistad —se apresuró a decir Maud—. Para Leonora.

Roland sintió unas ganas locas de poseer algo, lo que fuera, de aquella extraña

materia fuliginosa que Ash había tocado y comentado. Realmente no quería la pieza recargada de las flores, ni se le ocurría nadie a quien regalársela; aquellas cosas decididamente no entraban en el estilo de Val, en ninguno de sus dos estilos, ni en el viejo ni en el nuevo. En un cuenco de vidrio verde que había en el mostrador encontró una pila de abalorios y pedazos sueltos que la vieja vendía a setenta y cinco peniques la unidad, y seleccionó un montoncito, unos redondos, otros elípticos y aplastados, un hexágono, una almohadilla pulida y satinada.

—Cuentas para pasarlas y calmar los nervios —dijo a Maud—. Que falta me hace.

—Ya lo había notado.

CAPÍTULO XIV

Dicen que cambia la mujer, y es cierto;
pero tú eres constante en tu mudanza,
como el río que cae en hebra inmóvil,
uno desde la fuente hasta el abrazo
postrero en la laguna inalterada:
siempre manando nuevo y siempre el mismo,
desde el principio al fin en cada gota.
Y tú —así yo te quiero— eres *la fuerza*
que al par mueve la forma y la sostiene.

R. H. ASH,
Ask a Embla, XIII

Queridísima Ellen:

Hoy he variado mi régimen de disección y magnificación con un largo paseo de salto en salto, o de cascada en cascada, rodeando el valle de Goathland o Godeland: ¿no te parece admirable cómo se ve aquí el lenguaje en gestación, en los nombres alternativos, ambos aceptados, de estas cosas? Estos nombres los pusieron los antiguos vikingos; los daneses colonizaron estas partes y abrazaron el cristianismo, en tanto que los noruegos, paganos y más salvajes, intentaban la invasión desde Irlanda y el norte, hasta ser derrotados en Brunanburh. Pocos vestigios han quedado aquí de sus doscientos cincuenta años de labrar la tierra y combatir: sólo palabras y nombres, que decaen y se desvanecen, como ha observado W. Wordsworth.

*Mira, las cosas todas se desvían
de su curso, o se extinguen como sueños;
de mar a mar se habla una lengua nueva;
sólo el arroyo solitario, el monte
bravía, acaso guarden viejos nombres*

cuando se pierden leyes, credos, gentes.

El río Esk se nutre de dos riachuelos, el Eller y el Wheeldale, que confluyen en un lugar llamado Beck Holes; y a lo largo de esos riachuelos hay muchos saltos de gran belleza: el de Thomasine, el del Arca de Agua, el del Batán, el de Nelly Ayre y el Chorro de Malyan, que es una impresionante caída de cien pies por el selvático barranco. El efecto de luz y sombra, tanto en el verdor cambiante del follaje pensil como en los fondos de las pozas, y en las nubes desaladas que traían oscuridad, luz y de nuevo oscuridad, era particularmente bello. Ascendí a los páramos de Glaisdale y Wheeldale, donde estos riachuelos tienen su origen en pequeños arroyos que burbujan entre brezos y cascajos. El contraste que hay entre el mundo fresco y moteado de los estrechos valles, y las sombrías cavernas y pozas donde las cascadas se abalanzan y precipitan para transformarse en quietud, y los espacios abiertos donde se suceden millas y millas oscuras en las que nada parece moverse y nada se oye, salvo el súbito y bronco lamento de un pájaro o el gorjeo de otro, ese contraste es tan absoluto, y al mismo tiempo tan natural, con el agua manando de un mundo al otro, que cualquiera podría creer que aquí, en este áspero norte, estuviera, si no el Paraíso, sí la tierra original: peñas, piedras, árboles, aire, agua, todo tan sólido e inmutable, en apariencia, y sin embargo movido, fluido, cambiante, en la carrera de luz y mantos impetuosos de sombra, que alternativamente revelan y ocultan, iluminan y tiznan sus contornos. Aquí, querida Ellen, y no en los feraces valles del sur, se tiene una sensación de proximidad a aquellos hombres remotísimos cuya sangre y cuyos huesos hicieron nuestra sangre y nuestros huesos y viven aún en ellos, bretones y daneses, escandinavos y romanos. Y de cosas infinitamente más remotas, seres que por acá anduvieron cuando la tierra era caliente. El doctor Buckland, examinando la cueva de Kirkdale en 1821, descubrió un cubil de hienas con huesos de tigre, de oso, de lobo, probablemente de león y otros carnívoros, de elefante, de rinoceronte, de caballo, de toro, y tres especies de ciervo, así como muchos roedores y aves, que las hienas devoraban.

El aire no te lo puedo describir. No se parece a ningún otro. Nuestro idioma no está hecho para distinguir diferencias del aire; se corre el riesgo de caer en un lirismo sin sentido o en metáforas inexactas, así que no voy a escribir de él en términos de vino ni de cristal, aunque ambas cosas me han venido a la mente. Yo he

respirado el aire del Mont Blanc, que es un aire limpio, ligero y frío, que emana de los glaciares remotos y tiene la pureza de esas nieves, tocada con la resina del pino y el heno de los prados montanos. Aire delgado, como dijo Shakespeare, el aire de cosas que se desvanecen y refinamientos a los que no alcanzan nuestros sentidos. Este aire del Yorkshire, es decir, el aire de los páramos, no tiene esa frialdad cristalina: está todo vivo, en movimiento, como las aguas que se abren una senda por el brezal, como él hace por ellas. Es aire visible: lo ves correr en ríos y líneas sobre el dorso de las piedras desnudas; lo ves alzarse en aéreas fuentes y temblar sobre el brezal cuando se calienta. Y el olor que tiene, penetrante, inolvidable, a lluvia limpia zarandeada y estela de humo de leña antiguo, y fría claridad de agua de arroyo, y una finura y una sutileza únicamente suyas; no, este aire no lo sé describir. Lo que sí creo es que hace que la mente se expanda en la cabeza, y le da a uno unos sentidos añadidos de los que nada sabía antes de venir a estas alturas y estas sierras...

Hubo mayor placer para Roland y Maud en su paseo, al día siguiente, por los riachuelos a los saltos. Partieron a pie de Goathland y vieron las hebras y los interrumpidos abanicos cristalinos del Chorro de Malyan; gatearon por veredas del río, sobre el agua que corría plomiza, y atravesaron páramos para después volver a descolgarse hasta la orilla. Encontraron tapices mágicos de césped entre peñas, segado por la atención incesante de las ovejas, rodeado de piedras de pie y macizos misteriosos de digital moteada en púrpura. Extraños insectos transparentes pasaban zumbando; en las aguas someras corrían mirlos acuáticos; en un sitio encharcado espantaron oleadas de ranas jóvenes, de brillo reciente, que saltaban a sus pies levantando pequeñas rociadas de agua. En la comida, que hicieron en uno de los claros herbosos que había cerca del salto de Nelly Ayre, hablaron de sus progresos. Roland había estado leyendo la *Melusina* en la cama y estaba convencido de que Christabel había estado en el Yorkshire.

—*Tiene que ser aquí. ¿Dónde se figura la gente que es? Está lleno de localismos de aquí. El aire es de aquí. Como el de la carta de él. Christabel habla del aire que es como potros en verano jugando en el páramo. Eso es un dicho del Yorkshire.*

—Si lo es y nadie se ha dado cuenta será porque nadie lo ha ido buscando. Es decir, siempre se creyó que sus paisajes eran realmente de la Bretaña, aunque en teoría fueran del Poitou, y muy influidos por el color local de los románticos: las Brontë, Scott, Wordsworth. O simbólicos.

—*¿Y tú, crees que estuvo aquí?*

—Desde luego. Estoy segura. Pero no tengo ninguna prueba fehaciente. El Hob.

Las palabras del Yorkshire. Mi broche, quizá. Lo que sigo sin entender es cómo pudo él escribirle todas esas cartas a su mujer; me asombra.

—Quizá fuera verdad que también a su mujer la quería. Dice «cuando vuelva». Siempre pensó volver. Y volvió, eso lo sabemos. Aunque Christabel estuviera aquí, no se trataba de escaparse.

—Ojalá supiéramos de *qué* se trataba.

—Eso lo sabrían ellos. Era algo privado. Lo que sí te digo es que a mí la *Melusina* se me parece mucho a algunos poemas de Ash. El resto de la obra de ella, no. Pero la *Melusina* suena en muchos momentos como si la hubiera escrito él. Para mí. No por el contenido. Por el estilo.

—Me niego a pensarlo. Pero entiendo lo que quieres decir.

Al salto de Thomasine se llega por una pista escarpada desde Beck Hole, que es un caserío metido en un pliegue de las colinas. Ese camino fue el que tomaron, en lugar de descender desde los páramos, para salir a la poza más abajo de la cascada. Hacía un tiempo revuelto, lleno de movimiento; enormes nubes blancas surcaban el cielo azul, sobre los muros de piedra en seco y los bosques. En uno de los muros Roland descubrió una serie de relucientes manchas plateadas que resultaron ser entradas de madrigueras de arañas, que vivían en un túnel y se abalanzaban al exterior, agitando con ferocidad sus patas y mandíbulas prensiles, con que una paja tocara siquiera un hilo de su tinglado. Al llegar a la cascada el camino descendía abruptamente, y tuvieron que bajar agarrándose a las peñas. El agua caía en un cavernoso círculo natural de peñas y salientes ceñudos donde diversos arbolillos luchaban por una existencia precaria; el lugar era oscuro y olía a frío, a musgo y malas hierbas. Roland estuvo un rato contemplando el raudal verdoso-dorado-blanco de la cascada, y después trasladó la mirada a los bordes de la turbulenta poza. En ese momento asomó el sol y dio en la poza, mostrando a la vez el centelleo especular de la superficie y las distintas hojas y plantas vivas y muertas que se movían por debajo, diríase que atrapadas en una red de gruesos eslabones de luz entreverada. Roland observó un fenómeno curioso. *Dentro* de la caverna, y en los costados de las peñas que flanqueaban su boca, se veían unas como llamas de luz blanca que parecían pugnar por elevarse. Dondequiera que la luz refractada del agua daba en la piedra irregular, dondequiera que corriese una grieta, vertical o transversal, aquella misma luminosidad se derramaba y discurría por ella, palidez en vez de sombra, formando una especie de estructura visionaria de fuegos inexistentes y redes de hilo sin solidez. Se sentó en cuclillas sobre una piedra y estuvo un rato mirando, hasta que, perdiendo el sentido del tiempo y del espacio y de su propia ubicación exacta, vio las llamas fantasmales como si fueran el centro consciente. Esa contemplación fue interrumpida por Maud, que vino a sentarse a su lado.

—¿Qué es lo que te tiene absorto?

—La luz. El fuego. Mira ese efecto de luz. Mira cómo arde todo el techo de la cueva.

—Ella vio esto —dijo Maud—. Estoy segura de que lo vio. Fíjate en el comienzo de *Melusina*.

Tres elementos han formado el cuarto.
La luz del sol, atravesando el aire
y los brotes de fresno que en puñados
de tierra entre las peñas se sustentan,
trazó un mosaico sobre el agua inquieta;
y al removerse el líquido y en ondas
alzarse como escamas serpentinadas,
se ha adentrado la luz en sus entrañas,
fulgente cual metal eslabonado;
pero arriba la luz y el agua juntos
en las grises paredes de la cueva
han prendido una hoguera: llamaradas,
dardos de luz, lenguas de luz que lamen
el resalto granítico, que encienden
astutamente el grumo refractario
de cada grieta, su ímpetu ascendente
rellenando las sombras de hilos, conos,
de flamígeras formas blanquecinas:
un fuego sin calor que arde y no quema,
que de sí mismo ardiendo se apacienta
sobre las piedras frías, incombustas;
luz y piedra manando un fuego frío
a impulsos del arroyo y la cascada.

—Vino aquí con él —dijo Maud.

—Tampoco esto es una prueba. Y si el sol no hubiera asomado en ese momento yo no lo habría visto. Pero es una prueba para mí.

—Yo he estado leyendo los poemas de Ash. *Ask a Embla*. Son buenos. No hablaba para sí mismo. Hablaba para *ella*, para Embla, o Christabel, o... Casi siempre la poesía amorosa no es más que soliloquio. Me gustan esos poemas.

—Me alegro de que te guste algo de él.

—He estado intentando imaginarle. Imaginarlos a los dos. Deben haber estado... en un estado extremo. Anoche estuve pensando... en lo que decías de nuestra generación y el sexo. Lo vemos por todas partes, como tú dices. Somos muy listos. Y

sabemos también toda clase de cosas más, como que no existe un yo unitario, sino que estamos hechos de sistemas de cosas enfrentadas, interactivas... y *eso* creemos, supongo. Sabemos que nos empuja el deseo, pero no lo podemos ver como lo veían ellos, ¿no es cierto? Nosotros no pronunciamos nunca la palabra Amor; sabemos que es un constructo ideológico sospechoso, sobre todo el Amor Romántico; así que tenemos que hacer un verdadero esfuerzo de imaginación para sentir lo que sentirían ellos, aquí, creyendo en esas cosas..., en el Amor..., en sí mismos..., creyendo que lo que hacían era importante.

—Sí. Ya sabes lo que dice Christabel, «Nuestra aldea es segura, pero fuera / vuela el Misterio». Me da la impresión de que también eso lo hemos eliminado. Y el deseo, en el que indagamos con tanta precisión... Yo creo que todo ese *indagar* tiene unos efectos muy extraños sobre el deseo.

—Yo también lo creo.

—Yo a veces pienso —dijo Roland reflexivamente— que el mejor estado es estar sin deseo. Cuando realmente me asomo a mi interior...

—Si es que lo tienes...

—A mi vida, tal como es..., lo que *de veras* quiero es... no tener nada. Una cama limpia y vacía. Tengo esa imagen de una cama limpia y vacía en una habitación limpia y vacía, donde no se pide nada ni hay nada que pedir. Algo de eso tiene que ver con... mis circunstancias personales. Pero en parte es general. Creo.

—Entiendo lo que quieres decir. No, dicho así queda muy pobre. Es una coincidencia mucho más fuerte. Eso es lo que yo pienso cuando estoy sola. Lo bueno que sería no tener nada. Lo bueno que sería no desear nada. Y la misma imagen. Una cama vacía en una habitación vacía. Blanca.

—Blanca.

—Exactamente lo mismo.

—Qué extraño.

—A lo mejor somos sintomáticos de legiones enteras de eruditos y teóricos exhaustos. O a lo mejor es sólo cosa nuestra.

—Tiene gracia..., tiene la mar de gracia... que hayamos venido hasta aquí, con ese propósito, y nos hayamos sentado aquí, para descubrir... *eso*... el uno del otro.

Hicieron el camino de vuelta en amigable silencio, escuchando a los pájaros y el movimiento del aire en los árboles y en el agua. Por la noche, durante la cena, repasaron la *Melusina* en busca de más palabras del Yorkshire. Roland dijo:

—En el mapa hay un sitio llamado Boggle Hole. Es un nombre bonito. He pensado... si no podríamos tomarnos un día de vacaciones de *ellos*, salir de su historia, ir a ver algo únicamente para nosotros. El Boggle Hole no aparece ni en Cropper ni en las cartas de Ash... Por sacar un poco la cabeza.

—¿Por qué no? Está mejorando el tiempo. Hace calor.

—Eso da igual. Yo lo único que quiero es mirar algo con interés y sin estratos de significado. Algo nuevo.

Algo nuevo, habían dicho. Hizo un día perfecto para eso. Un día de ese buen tiempo azul y oro de las primitivas expectativas infantiles de cada cual, cuando la memoria nueva y corta se dice que esto es lo que es, y por lo tanto fue, y por lo tanto será. Un buen día para ver un sitio nuevo.

Llevaron una comida sencilla: pan moreno del día, queso blanco de Wensleydale, rabanitos, mantequilla, tomates, manzanas Granny Smith y una botella de agua mineral. No llevaron libros.

El Boggle Hole es una cala al pie de acantilados, con un regato que baja cruzando la arena hasta el mar, desde un antiguo molino que ahora es un albergue para jóvenes. Descendieron por senderos floridos. Los altos matorrales estaban cargados de rosas silvestres, casi todas de un color rosa claro, algunas blancas, con el centro dorado y empolvado de polen amarillo. Esos rosales hacían una masa intrincada y espesa con la madreSelva silvestre, que tendía sus flores cremosas entre el rosa y el oro. Ninguno de los dos había visto nunca ni oído semejante derroche de flores silvestres en tan pequeño espacio. El aire cálido traía la fragancia de las flores en grandes bocanadas y doseles intensos, persistentes. Los dos habían esperado ver como mucho alguna que otra flor, rezagados supervivientes modernos de las espesuras que viera Shakespeare o pintara Morris. Pero aquí había abundancia, aquí había plétora, aquí había ribazos de vida refulgente y aromática.

No es exactamente una playa lo que hay bajo el acantilado. Hay una extensión de arena, y después rellano tras rellano de piedra húmeda y pozas rocosas, hasta el mar. Las rocas lucían vivos colores: piedra rosácea, arena plateada bajo el agua, algas musgosas de un verde violento, racimos gruesos de plantas de rosáceos dedos entre alfombras de sargazo vejigoso, oliváceo y amarillo. Los propios acantilados son grises y pizarrosos. Roland y Maud observaron que las piedras planas de abajo llevaban señales lineales y tubulares de fósiles. Había un cartel: No estropee los acantilados; respete el entorno y consérvelo para todos. En Whitby se vendían ammonites y belemnitas. Y, de todos modos, allí había un muchacho con un martillo y un saco, muy atareado en arrancar trozos de la roca, de la cual sobresalían por todas partes formas enroscadas y circulares. Una peculiaridad de esa playa es la proliferación de pedruscos redondos, esparcidos como los restos de un bombardeo cósmico o gigantesco. Esas piedras no son iguales de color ni de tamaño; pueden ser negras brillantes, sulfúreas, o de una combinación como de patata vieja, color de cera verdosa, arenosa, blanca o vetada de una especie de cuarzo rosáceo. Maud y Roland

paseaban mirando al suelo, diciéndose el uno al otro: «Mira ésta, mira ésta, mira ésta», distinguiendo por un instante unas piedras de otras con su atención, y luego dejándolas caer otra vez en su amasijo o su distribución aleatoria, a medida que otras nuevas las reemplazaban.

Cuando se detuvieron y desplegaron la comida sobre una roca, pudieron extender la vista y ver el panorama en conjunto. Roland se quitó los zapatos; sus pies, sobre la arena, tenían la blancura de cosas salidas de las tinieblas ciegas. Maud se sentó en la roca; llevaba vaqueros y una camisa de manga corta. Sus brazos eran blancos y dorados; piel blanca, vello brillante. Sirvió el agua Perrier de su verde frasca, que declaraba su puro origen, Eau de Source; las burbujas hacían guiños en los vasos de cartón. Era la hora de la marea baja; el mar estaba lejos. Había llegado el momento de una conversación personal. Los dos lo sentían; los dos lo querían, más o menos, aunque con timidez.

—¿Te va a dar pena volver? —Maud.

—¿Y a ti?

—Está buenísimo este pan. —Después—: Tengo la impresión de que nos va a dar pena a los dos.

—Habrá que decidir qué les contamos, si les contamos algo, a Blackadder y a Cropper.

—Y a Leonora. Que está al caer. Me da miedo Leonora. Es una persona que arrastra con su entusiasmo.

Roland no acababa de imaginarse a Leonora. Tenía cierta idea de que era grandona, y en aquel momento se la imaginó como una diosa clásica con sus ropajes, llevando a rastras de la mano a la remisa Maud. Dos mujeres, corriendo. Los escritos de Leonora le hacían imaginar algo más. Dos mujeres...

Miró a la Maud separada, con sus vaqueros y su camisa blanca al sol. Seguía llevando turbante: ahora no el torreón de seda, sino un pañuelo alegre de algodón, a cuadros verdes y blancos, atado bajo el pelo en la nuca.

—Tú tendrás que decidir qué le cuentas.

—Eso ya lo he decidido. Nada. Por lo menos mientras tú y yo no lleguemos a algún... fin... o decisión. No será fácil. Es una persona... invasora. Experta en intimidades. Me reduce el espacio. A mí no se me dan muy bien esa clase de cosas. Como íbamos diciendo. En cierto modo.

—A lo mejor sir George da algún paso.

—A lo mejor.

—Yo no sé qué va a ser de mí cuando vuelva. No tengo un trabajo de verdad, como sabes: únicamente sustituciones y lo que vaya saliendo en la edición. Dependo de Blackadder. Que escribe informes grises sobre mí, en los que parezco todavía más

gris. Yo tampoco le puedo contar todo esto. Pero va a ser más difícil seguir como hasta ahora. Y luego está Val.

Maud no tenía la vista puesta en él, sino en una manzana que estaban partiendo en rodajas finísimas con un cuchillo afilado, cada una con su media luna de piel verde clara, su carne jugosa y blanca como el papel, sus simientes oscuras y brillantes.

—Yo no sé nada de Val.

—No he hablado nunca de ella. Es mejor. Ni debería. Vivo con ella desde que estudiaba en la universidad. Es ella la que trae el dinero a casa. Supongo que si estoy aquí es en parte a costa de ella. No le gusta su trabajo; hace secretaría por horas y cosas así; pero lo hace. Yo le debo mucho.

—Entiendo.

—Pero la cosa no funciona. No es que haya ninguna razón de peso. Pero es... esa visión mía de la cama blanca.

Maud colocó un pequeño abanico de curvas de manzana en un plato de cartón y se lo pasó.

—Lo conozco. Yo tuve algo con Fergus. Ya estarás enterado.

—Sí.

—Te lo habrá contado. Lo pasé mal con Fergus. Nos atormentábamos mutuamente. Yo eso lo detesto, detesto el ruido, la distracción. Me ha venido a la memoria una cosa, pensando en aquello que tú decías... de la actinia y los guantes y lo de Leonora sobre el Monte de Venus. Sí. Recuerdo que a Fergus le dio la perra de soltarme discursos sobre la envidia del pene. Es de esos hombres que argumentan a base de incrementos de ruido, de modo que cada vez que abres la boca te suelta otra cosa más ingeniosa y dicha más alto. Me citaba a Freud a las seis de la mañana. El *Análisis terminable e interminable*. Se levantaba muy temprano. Se ponía a *brincar* por la casa, sin nada encima, citando a Freud con eso de que «en ningún punto del trabajo psicoanalítico se siente con mayor fuerza la sospecha de haber estado predicando en el desierto que cuando se intenta persuadir a una mujer a que abandone su deseo de tener pene». Yo no creo que Freud tenga razón en eso, pero en cualquier caso había algo intrínsecamente ridículo en todo aquel vociferar absurdo... antes del desayuno..., todo así a lo bestia; yo no podía trabajar. Así fue. Me sentía... apaleada. Sin ninguna razón de peso.

Roland miró a Maud para ver si iba a reírse, y vio que sonreía; era una sonrisa azarada, tensa pero sonrisa.

Roland se echó a reír. Maud se echó a reír. Él dijo:

—Es agotador. Cuando cada cosa es una posición política premeditada. Aunque sea interesante.

—El celibato como nueva *volupté*. El nuevo lujo.

—Si lo es, habría que tomárselo con calma. Dime: ¿por qué siempre te tapas el

pelo?

Por un momento pensó que podía haberla ofendido; pero ella no alzó los ojos, y luego respondió con una especie de precisión académica.

—Tiene que ver con Fergus. Con Fergus y con su color. Yo lo solía llevar muy corto: rapado. Es de un color muy inconveniente, comprendes, porque nadie se cree que sea natural. Una vez me abuchearon en una conferencia, por teñírmelo para gustar a los hombres. Y Fergus decía que rapármelo era un subterfugio, una concesión, y que me daba aspecto de calavera, según él. Que me lo dejara crecer y en paz. Así que me lo dejé crecer. Pero ahora que ha crecido me lo guardo.

—Pues no deberías. Deberías llevarlo suelto.

—¿Por qué lo dices?

—Porque la gente, si no te lo ve, se pone a hacer cábalas sobre cómo será o no será, con lo cual llamas la atención sobre él. Y también porque, porque...

—Entiendo.

Roland esperó. Maud se desató el pañuelo. Los segmentos de las trenzas eran como piedras ovales veteadas y bruñidas, amarillo celandina, amarillo paja, amarillo plateado, con un lustre de vida constreñida. Roland sintió emoción: no exactamente deseo, sino una emoción oscura que en parte era piedad, por la constricción rigurosa que había sufrido toda aquella masa para estructurarse en aquellos motivos repetidos. Si entornaba los párpados y miraba de reojo, la cabeza que se recortaba sobre el mar estaba coronada de cuernecillos.

—La vida es muy corta —dijo—. Tiene derecho a respirar.

Y verdaderamente lo que sentía era por el pelo, una especie de animal cautivo. Maud se sacó un par de horquillas y la masa se desmoronó, y le cayó ladeada sobre el cuello, aún en trenzas.

—Eres un hombre extraño.

—No estoy de ligue. Eso lo sabes. Es que me gustaría verlo suelto alguna vez. Sé que tú sabes que te digo la verdad.

—Sí, lo sé. Eso es precisamente lo extraño.

Empezó lentamente a deshacer, destejiéndolas con los dedos, las largas y gruesas trenzas. Roland miraba atentamente. Hubo un momento final en el que seis mechones gruesos, dos por tres, caían inmóviles y formados sobre los hombros. Entonces Maud agachó la cabeza y la sacudió de un lado a otro, y la pesada cabellera ondeó en alto, y el aire entró en ella. Maud, curvado el largo cuello, sacudió la cabeza cada vez más deprisa, y Roland vio cómo la luz invadía y hacía centellear la masa en rotación, y Maud dentro de ella vio un mar movido de líneas de oro ondulantes, y cerró los ojos y vio sangre roja.

Roland sintió como si se hubiera soltado algo que le agarrotaba por dentro.

—Así está mejor —dijo.

Maud se apartó el pelo de la cara y le miró, un poco sonrojada.
—Vale. Así está mejor.

CAPÍTULO XV

Amor:
¿mero espasmo galvánico?
¿O ardor
de cenizas volcánicas?
Y nosotros,
¿autómatas o angélicos?

R. H. ASH

El hombre y la mujer iban sentados frente a frente en el compartimento. Su aspecto era de tranquilo decoro; ambos sostenían un libro abierto sobre las rodillas, al cual volvían cuando lo permitía el movimiento del vagón. Él iba, de hecho, indolentemente recostado en su ángulo, con los tobillos cruzados, en una postura relajada. Ella llevaba la vista casi todo el tiempo vuelta modestamente hacia su libro, aunque de cuando en cuando elevaba el puntiagudo mentón y miraba atentamente la cambiante campiña. Un observador podría haber especulado cierto tiempo sobre si viajaban juntos o separados, porque sus miradas rara vez se cruzaban, y cuando se cruzaban seguían siendo cautas e inexpresivas. Ese observador podría haber llegado a la conclusión, ya bastante avanzado el viaje, de que el caballero admiraba a la dama, o sentía un interés considerable por ella. Cuando ella miraba al libro con mayor dedicación, o a los campos que pasaban raudos y el ganado que desaparecía, los ojos de él se posaban en ella, pero no habría sido fácil decir si con cálculo o con mera curiosidad.

Él era un hombre bien parecido, con cabellos ondulados de un tono castaño muy oscuro, casi negro pero con luces rojizas en las ondas, y barba lustrosa, un poco más clara, del color de las castañas de Indias. La frente era espaciosa, de órgano del intelecto bien desarrollado, aunque su dueño estaba igualmente bien provisto de las protuberancias de la compasión y la fraternidad. Tenía negras las cejas, marcadas y un poco hirsutas, y unos ojos oscuros y muy grandes que se asomaban al mundo con bastante aplomo, intrépidos pero con algo en reserva. La nariz era de fino trazo, y la boca firme y tranquila: era un semblante, cabía pensar, que se conocía a sí mismo y tenía una manera decidida de afrontar el mundo. El libro eran los *Principios de*

geología de sir Charles Lyell, que el caballero asimilaba, cuando se aplicaba a ello, con concentrada celeridad. Su traje era elegante sin ostentación. El observador hipotético quizá no hubiera podido dilucidar si el sujeto de su observación llevaba una vida activa o contemplativa: parecía persona acostumbrada a decidir, pero también de los que «han pensado mucho y hondo».

La señora vestía con elegancia, ya que no al último grito de la moda; llevaba un vestido de muselina listado en gris, sobre el cual se había echado un chal indio con dibujos de cachemira en azul marino y pavo real sobre fondo gris tórtola; se cubría con un sombrero pequeño de seda gris, bajo cuya ala aparecían unas pocas rositas de seda blanca. Era muy rubia, pálida de tez, con unos ojos, no demasiado grandes, de un extraño color verde que se transmutaba con las distintas luces. No era exactamente guapa: la cara era demasiado larga para ser perfecta, y no tenía el primer rubor de la juventud, aunque la estructura ósea era correcta y la boca una curva elegante, no un capullo apretado. Los dientes eran un poco grandes para un gusto exigente, pero fuertes y blancos. Difícilmente se habría podido adivinar si era casada o soltera, ni cuáles eran sus circunstancias. Todo era en ella pulcro y escogido con buen gusto, sin el menor ribete de derroche, pero tampoco indicio de pobreza ni cicatería para la mirada curiosa. Sus guantes, blancos de cabritilla, eran flexibles y no mostraban señales de uso. Sus piecitos, que aparecían de tanto en tanto cuando el movimiento del coche desplazaba la amplia campana de la falda, iban encerrados en un brillante par de botines de cuero verde esmeralda. Si era consciente del interés de su compañero de viaje, no daba el menor indicio de serlo, como no fuera el mantener los ojos cuidadosamente apartados de su persona, circunstancia que bien pudiera indicar tan sólo una decente modestia.

De hecho habría habido que esperar hasta bien pasado York para resolver la cuestión de su relación mutua, pues fue entonces cuando el caballero se inclinó hacia delante y preguntó, con gran seriedad, si iba realmente cómoda y no estaba cansada. Y en ese momento ya no había otros pasajeros, porque casi todos habían cambiado de tren o arribado a su destino en York, y ninguno iba más allá de Maltón y Pickering, de suerte que el señor y la señora viajaban solos en el coche. Ella entonces le miró directamente, y dijo que no, que no estaba nada cansada; lo pensó un momento y precisó que no estaba en un estado de ánimo propicio al cansancio, en su opinión. Con lo cual se sonrieron, y él se adelantó y tomó posesión de una de las manitas enguantadas, que primero permaneció quieta y después estrechó la suya. Había algunos extremos, dijo él, que era forzoso discutir antes de llegar, cosas que no habían tenido tiempo ni tranquilidad para aclarar con las prisas y el revuelo de la partida, cosas que podían ser ocasión de algún incomodo, pero que él confiaba en que, con decisión, se pudieran solventar.

Llevaba preparando aquel parlamento desde que salieron de King's Cross. Había

sido totalmente incapaz de imaginar cómo lo diría, ni cómo respondería ella.

Ella dijo que le escuchaba atentamente. La manita se enroscó dentro de la suya. Él la aferró.

—Estamos viajando juntos —dijo—. Decidimos..., decidiste..., venir. Lo que yo no sé es si querrías..., si preferirías..., alojarte y organizarte separadamente de mí pasado este punto, o si..., o si... querrías viajar como mi esposa. Es un paso importante... que lleva consigo toda suerte de incomodidades, riesgos y... molestias. Tengo unas habitaciones reservadas en Scarborough, donde una esposa podría perfectamente... hallar cabida. O podría reservar otras... bajo un nombre supuesto, O también puede ser que no quieras dar ese paso en absoluto..., que desees alojarte por separado y respetablemente en otro lugar. Perdona que sea así de directo. Sinceramente quiero saber cuáles son tus deseos. Salimos en un estado tan exaltado... Me gustaría que las decisiones pudieran surgir con naturalidad..., pero las cosas son así.

—Yo quiero estar contigo —dijo ella—. He dado un paso inmenso. Lo he dado, y dado está. Me parece de perlas pasar por tu esposa, donde tú quieras, durante este tiempo. Eso es lo que yo había entendido que estaba..., que habíamos... decidido.

Habló con rapidez y claridad; pero las manos enguantadas, dentro de su cálida cabritilla, daban vueltas y vueltas en las de él. Él dijo, con el mismo tono tranquilo y desapasionado que había empleado hasta ese momento:

—Me dejas sin saber qué decir. Es muy generoso...

—Es inevitable.

—Pero no estás triste, no sientes dudas, no te...

—Eso no hace al caso. Es inevitable. Y tú lo sabes. —Desvió la cara y miró a los lentos campos, a través de una corriente de fino hollín—. Tengo miedo, por supuesto. Pero eso no parece ser realmente importante. Ninguna de las viejas consideraciones, ninguna de las viejas preocupaciones, parece tener importancia. No son fruslerías, pero lo parecen.

—Pero yo no quiero que tú lamentes esto, querida.

—Ni yo quiero que tú digas tonterías. Claro que lo lamentaré. Y tú también, ¿no es verdad? Pero tampoco eso tiene ninguna importancia en este momento.

Guardaron silencio un rato. Después él dijo, escogiendo con cuidado las palabras:

—Si has de venir conmigo como mi esposa... espero que aceptes este anillo. Es un anillo de familia..., perteneció a mi madre. Es una banda de oro liso, con margaritas grabadas.

—Yo también he traído un anillo. Fue de una tía abuela, Sophie de Kercoz. Lleva una piedra verde... Mira: es jade, una piedra sencilla, con una ese grabada.

—¿Prefieres no aceptar el anillo mío?

—No he dicho eso. Era una prueba de previsión y determinación. Tendré mucho

gusto en llevar tu anillo.

Retiró el guantecito blanco, y pasó el anillo por encima del fino de ella con su piedra verde, de modo que quedaran los dos juntos. Encajaba, aunque con holgura. Le hubiera gustado decir algo: con este anillo te tomo por esposa, con mi cuerpo te adoro; pero esas palabras buenas y sinceras eran doblemente traicioneras para con dos mujeres. La presencia tácita de esas dos mujeres flotaba en el aire. Tomó la manita y se la llevó a los labios. Luego se arrellanó y volteó el guante reflexivamente entre sus manos, devolviendo su forma a los blandos envoltorios de piel, uno por uno, alisando sus finas arrugas.

Durante todo el camino desde Londres había estado violentamente turbado por la presencia real de ella en el inaccesible ángulo de enfrente. Durante meses había estado poseído por su visión imaginada. Ella había estado distante y encerrada, princesa en su torre, y el trabajo de la imaginación de él había consistido en hacerla presente, toda ella, a la mente y los sentidos: su viveza y su misterio, su blancura, que era parte de su extremo magnetismo, y la verde mirada de aquellos ojos penetrantes u ocluidos. Su presencia había sido inimaginable, o, más estrictamente, *sólo* paraimaginada. Y sin embargo estaba allí, y él se dedicaba a observar en qué se asemejaba, o difería, de la mujer que él soñaba, o a la que tendía los brazos dormido, o por la que estaba dispuesto a luchar.

De joven le había llamado mucho la atención la historia de Wordsworth y su muchacha solitaria de las Highlands; el poeta había oído el canto hechicero, había escuchado exactamente lo que necesitaba para su propio verso inmortal, y no había querido oír más. Él, según había descubierto, no era así. Él era un poeta ávido de información, de datos, de detalles. Nada era tan trivial que no le interesara; nada era insignificante; si hubiera podido, habría levantado un mapa de cada onda de una marisma y su testimonio de las acciones invisibles del viento y la marea. Así que ahora su amor por aquella mujer, conocida íntimamente y no del todo, ansiaba más información. La iba aprendiendo. Estudiaba las pálidas crenchas que le caían sobre las sienas. Aquel liso oro-plata le parecía tener un toque, un matiz de verdor, no el verde cobrizo del deterioro, sino un verde savia pálido de vida vegetal, entreverado en el pelo como la corteza plateada de los árboles jóvenes, o las sombras verdes en el verdor del heno tierno. Y verdes eran sus ojos, verdes como el vidrio, verdes como la malaquita, del verde turbio del agua del mar revuelta que lleva un peso de arena. Las pestañas, plateadas, pero lo bastante espesas para estar visiblemente presentes. El rostro no benigno. No había benignidad en el rostro. Era bien formado pero no delicado: más bien fuerte, de modo que las sienas y el ángulo de la mejilla eran

pronunciados y fuertemente modelados, con las sombras azuladas, que en su imaginación él siempre veía también con un toque de verde, pero no era así.

Si amaba aquel rostro, que no era, benigno, era por ser claro, agudo y despierto.

Veía, o creía ver, cómo aquellas cualidades habían sido vestidas o recubiertas con unos modos de expresión más convencionales: una modestia postiza, una paciencia conveniente, un desdén enmascarado de calma. En sus peores momentos —sí, la veía con claridad, aunque le tuviera poseído—, en sus peores momentos miraría despectiva de soslayo y sonreiría con gravedad, y esa sonrisa rayaría en mueca mecánica, porque era una falsedad, era una fórmula, era su breve y constreñido tributo a las expectativas del mundo. Él había visto inmediatamente, le parecía, lo que en esencia era aquella mujer, en la mesa de desayuno de Crabb Robinson, mientras escuchaba las discusiones de los hombres, creyéndose observadora inobservada. La mayoría de los hombres, juzgaba él, viendo la dureza y la fiereza y el absolutismo — absolutismo, sí— de aquel semblante, no se habrían acercado a ella. Habría sido su destino ser amada sólo por alfeñiques apocados, que en secreto abrigasen la esperanza de que los castigara o los mangoneara, o por tontos, que interpretaran aquella mirada heladora de delicado apartamiento como indicio de una especie de pureza femenina, que era lo que todos querían en aquellos tiempos, por lo menos de boquilla. Pero él había sabido inmediatamente que era para él, que tenía que ver con él, como realmente era o podía ser, o como en libertad podría haber sido.

Las habitaciones estaban al cuidado de la señora Cammish, una mujer alta, con ese ceño de espesas cejas que tienen los escandinavos en el Tapiz de Bayeux, los mismos que vinieron en sus barcos largos a colonizar esta costa. Ella y su hija llevaron arriba el cuantioso equipaje: sombrereras, baúles de hojalata, cajas de recolección, redes y escritorios, una colección de cosas cuyo mero bulto daba un aspecto de respetabilidad a la empresa. Al verse solos en la alcoba sólidamente amueblada para quitarse la ropa de viaje, enmudecieron y se quedaron mirándose inmóviles. Él abrió los brazos, y ella se refugió en ellos, aunque diciendo: «Ahora no, todavía no.» «Ahora no, todavía no», convino él, y notó que ella se relajaba un poco. Entonces la llevó a la ventana, que ofrecía una buena vista, sobre el acantilado, de las largas arenas y el mar plomizo.

—Ahí tienes —dijo—. El Mar Germano. Como el acero, pero con vida.

—Yo he pensado muchas veces visitar la costa bretona, que en cierto modo es mi hogar.

—Yo no he visto nunca ese mar.

—Es muy variable. Un día está azul y claro, y al día siguiente furioso y pardo, cargado de arena y sucio por todas partes.

—Tenemos que ir ahí también.

—No, calla. Basta con esto. A lo mejor basta y sobra.

Tenían un comedor privado, en el que la señora Cammish les sirvió una comida inmensa con la que habrían comido doce personas, en platos con una orla azul cobalto y salpicados de opulentos capullos de rosa. Una sopera de puré mantecoso, merluza hervida con patatas, chuletas con guisantes, moldes de arrurruz y tarta de melaza. Christabel LaMotte apartaba la comida en el plato con el tenedor. La señora Cammish le dijo a Ash que su señora estaba un poco pálida y claramente necesitada de tomar los aires del mar y comer bien. Cuando estuvieron otra vez solos, Christabel dijo:

—Es inútil. En casa comemos como dos pajaritos.

Él la vio acordarse de su casa, afligirse un instante, y dijo con naturalidad:

—No debes dejarte intimidar por las caseras. Pero tiene razón. Tienes que tomar el aire del mar.

La observaba atentamente. Notó que no adoptaba los modales que hubieran sido propios de una esposa. No le acercaba las cosas en la mesa. No se inclinaba hacia él con familiaridad, no se sometía. Ella le observaba a él con su mirada penetrante cuando se creía inobservada, pero no con solicitud, ni con afecto tampoco, ni con la ávida curiosidad que él, por su parte, no podía reprimir. Le observaba como observa un ave, de esas que se encadenan a una percha, como un ave de colorido plumaje de las selvas tropicales, como un halcón de ojos dorados venido de los riscos del norte, que lleva sus pihuelas con toda la dignidad de que puede hacer acopio, que soporta la presencia del hombre con una altivez todavía salvaje, erizando las plumas de tanto en tanto para demostrar que se cuida a sí misma y se respeta, y que no está del todo a gusto. Así se remangaba los puños, así se tenía en la silla. Él haría cambiar todo eso. Podía hacerlo cambiar, estaba pasablemente seguro. La *conocía*, pensaba. Él le enseñaría que no estaba en su posesión, le haría ver que era libre, la vería desplegar las alas. Dijo:

—Tengo una idea para un poema sobre lo inevitable. Como dijiste en el tren. Es tan raro en la vida que sintamos que lo que hacemos es necesario en ese sentido, inevitable; me figuro que la muerte será así. Si se nos concede saber que se acerca, sabremos que estamos ya completos; ¿me comprendes, querida? Sin más elecciones penosas, ni posibilidad de pereza. Como baja una pelota por una pendiente lisa.

—Sin posibilidad de vuelta atrás. O como los ejércitos que avanzan, que sí podrían volverse atrás, pero no lo pueden creer, porque se han puesto en un grado extremo de determinación.

—Tú puedes volver atrás siempre que quieras, si...

—Ya lo he dicho. No puedo.

Pasearon por la orilla del mar. Él se fijó en sus pisadas, las suyas en línea recta junto al borde del agua, las de ella alejándose serpeantes y regresando, juntándose con las suyas, yéndose, juntándose otra vez. Ella no aceptó su brazo, aunque en un par de ocasiones, cuando coincidieron, se asió de él, y estuvo un rato caminando rápidamente a su lado. Los dos caminaban muy deprisa.

—Caminamos bien juntos —le dijo él—. Tenemos el paso parejo.

—Lo suponía.

—Yo también. Nos conocemos muy bien, en algunos aspectos.

—Y en otros no nos conocemos nada.

—Eso tiene arreglo.

—No del todo —dijo ella, y volvió a apartarse. Gritó una gaviota. El sol tardío empezaba a ocultarse. Un viento rizaba el mar, que era verde en unas zonas y gris en otras. Él caminaba tranquilamente, en su tormenta eléctrica particular.

—¿Hay focas aquí? —preguntó ella.

—¿Focas? Creo que no. Más al norte sí. Y muchas leyendas, de esposas focas, mujeres focas, en la costa de Northumberland, y en Escocia. Mujeres venidas del mar, que están un tiempo y luego tienen que irse.

—Yo no he visto nunca una foca.

—Yo las he visto al otro lado de este mar, cuando viajaba por Escandinavia. Tienen ojos humanos, muy líquidos e inteligentes, y el cuerpo redondo y suave.

—Son salvajes pero bondadosas.

—En el agua se mueven como peces enormes y ágiles. En tierra tienen que reptar y arrastrarse, como si fueran tullidas.

—Yo he escrito un cuento sobre una foca y una mujer. Me interesan las metamorfosis.

El no podía decirle: Tú no me dejarás como las esposas focas. Porque podía y debía dejarle.

—Las metamorfosis —dijo— son nuestra manera de mostrar, en enigmas, que sabemos que somos parte del mundo animal.

—¿Tú crees que no hay diferencia esencial entre nosotros y una foca?

—Tanto como eso no sé. Hay similitudes innumerables. Los huesos de las manos y de los pies, incluso esas aletas desgarradas. Los huesos del cráneo y las vértebras. Todos empezamos siendo peces.

—¿Y nuestras almas inmortales?

—Hay animales cuya inteligencia es difícil distinguir de lo que nosotros llamamos el alma.

—La tuya está perdida, creo yo, por falta de estima y alimento.

—Acepto la reprensión.

—No ha habido tal.

Se acercaba la hora. Regresaron al Cliff y se sentaron en su comedor, y allí se les llevó la bandeja del té. Él lo sirvió. Ella, sentada, le observaba. Era como un ciego moviéndose en una habitación desconocida y llena de cosas, entre riesgos entrevistos que hacían notar su presencia. Había normas de cortesía para la luna de miel que se transmitían de padre a hijo, o de amigo a amigo. Lo mismo que con el anillo y las palabras nupciales, le flaqueó la voluntad cuando pensó en ellas. Esto no era una luna de miel, aunque tuviera la misma respetabilidad impenetrable.

—¿Quieres subir tú primero, querida? —dijo, y su voz, que durante todo aquel día largo y extremo había mantenido ligera y amable, le sonó chirriante. Ella estaba de pie y le miraba, tensa pero burlona, y sonrió. «Como tú quieras», dijo, no sumisa, nada sumisa, sino un tanto divertida. Tomó una vela y se fue. Él se sirvió más té. Habría dado mucho por un coñac, pero para la señora Cammish esas cosas no existían, y a él no se le había ocurrido incluirlo en el equipaje. Pero sí encendió un purito largo y fino. Pensó en sus esperanzas y expectativas, y en la carencia de lenguaje para casi todas. Había eufemismos, había brutalidades de hombres en grupo, había libros. En lo que menos quería pensar en aquel momento era en su vida anterior, así que pensó en libros. Se paseó ante el fuego acre de carbón, y recordó el *Troilo* de Shakespeare:

«¿Qué ha de ser, pues,
cuando al paladar llegue
el destilado néctar del amor?»

Pensó en Honoré de Balzac, de quien había aprendido mucho, en parte erróneo, en parte sencillamente demasiado *francés* para ser de utilidad en el mundo en que él vivía todavía. La mujer que estaba arriba era en parte francesa y lectora. Eso podría explicar su falta de recelo, su sorprendente y práctica franqueza. El cinismo de Balzac, a pesar de todo, era siempre romántico. «*Le dégoût, c'est voir juste. Après la possession, l'amour voit juste chez les hommes.*» ¿Y por qué había de ser así? ¿Por qué había de ser la aversión más lúcida que el deseo? Esas cosas tienen sus ritmos. Recordó haber leído de pequeño, muy pequeño, apenas vagamente consciente de que, quisiera o no, tenía que hacerse hombre, recordó haber leído *Roderick Random*, una obra inglesa, llena de aversión recia y jovial hacia la condición humana y sus flaquezas, pero sin aquella fina disección de mentalidades que hacía Balzac. Tenía un final feliz. Al final el autor dejaba al protagonista a la puerta de una alcoba, y luego le dejaba entrar, a modo de epílogo. Y Ella —había olvidado su nombre, una Celia o Sophia, una encarnación sin carácter de la perfección material y espiritual, o más exactamente de la imaginación masculina—. Ella aparecía dentro de un saco de seda

que dejaba traslucir la claridad de sus miembros, y se lo subía sobre la cabeza, y se volvía hacia el protagonista y el lector, y les dejaba a ellos el resto, la promesa. Aquel momento había sido para él piedra de toque. Él no sabía, de pequeño, qué era aquel Saco, y seguía sin saberlo, y como mucho había tenido una imprecisa imaginación de miembros rosáceos, etcétera, etcétera, etcétera. Pero le había hecho mella. Seguía paseándose. ¿Y cómo, allá arriba, *le* vería ella, a quién estaría esperando? Y siguió paseándose.

La escalera era muy empinada, de madera muy brillante, con un camino color cereza. La señora Cammish tenía la casa bien cuidada. La madera olía a cera, y los anclajes de latón de la estera relucían.

La alcoba estaba empapelada con espalderas de rosas monstruosas sobre un fondo verde repollo. Había un tocador, un armario, un excusado cerrado por una cortina, un sillón de brazos tapizados y patas curvilíneas, y una cama enorme de latón con varios colchones de plumas majestuosamente apilados, como para separar a una princesa de un guisante. Sobre todo esto estaba ella sentada esperando, bajo una tiesa colcha de ganchillo blanca y un edredón de parches, con ambas cosas alzadas sobre el pecho, asomada por encima. Allí no había «saco», sino un camisón cerrado de batista blanca, cubierto en cuello y puños de complejos encañonados y jaretas y ribetes de encaje, abotonado con una hilera de botones de tela diminutos. Christabel tenía la cara blanca y afilada, y levemente brillante a la luz de la vela, como hueso. Ni atisbo de rosa. Y el pelo. Tan fino, tan claro, tanto, ondulado por las trenzas en mechones zigzagueantes, nublando cuello y hombros, reluciendo metálico a la luz, recogiendo un toque, allí estaba otra vez, de verde, del reflejo de un macetero grande vidriado que contenía un vigoroso helecho. Le miró en silencio.

No había sembrado la habitación ni los muebles de objetos femeninos, como habrían hecho muchas mujeres. Sobre una silla reposaba una especie de jaula desinflada y temblona, el miriñaque, con sus aros de acero y sus tirantes. Debajo, los botines verdes. Ni un cepillo del pelo ni un frasco. Él dejó su vela con un suspiro, y se desvistió deprisa, fuera de su luz, en la sombra. Ella le miraba. Cuando él alzó la vista, se encontró con la suya. Podía haber esperado mirando hacia otra parte, pero no lo hizo.

Cuando él la tomó en sus brazos, fue ella la que dijo, ásperamente: «¿Tienes miedo?»

—Ahora ninguno —dijo él—. Mi foquita, mi dama blanca, Christabel.

Fue la primera de aquellas noches largas y extrañas. Ella le recibió con pasión, fiera como la de él, y enterada además, porque le exigió el placer, se abrió a él, aferrándose con grititos animales. Le acarició el pelo y le besó en los ciegos ojos, pero no hizo nada más concreto por darle placer a él, al macho; ni llegaría a hacerlo, en todas

aquellas noches. Era como abrazar a Proteo, pensó él en cierto momento, como si fuera un líquido móvil entre sus dedos, como si fuera olas del mar que le cercaban. Cuantísimos hombres habrán tenido ese pensamiento, se dijo, en cuantísimos lugares, cuántos climas, cuántas habitaciones y cabañas y cuevas, todos suponiéndose nadadores en mares salados, cercados por las olas, todos suponiéndose —no, sabiéndose— únicos. Aquí, aquí, aquí, le latía la cabeza, aquí le había llevado su vida, todo tendente a este acto, en este lugar, a esta mujer, blanca en la oscuridad, a este silencio movido y resbaladizo, a esta respiración final. «No luches contra mí», dijo él en cierto momento, y ella dijo «Debo», resuelta, y él pensó «No se habla más», y la sujetó y la acarició hasta hacerla gritar. Entonces él habló otra vez. «Ya ves, te conozco», y ella respondió sin aliento: «Sí, lo concedo. Conoces.»

Mucho después él salió de un medio sueño, creyendo oír el mar, que desde allí podía ser posible, y luego se dio cuenta de que era ella, que lloraba en silencio a su lado. Él sacó un brazo, y ella escondió la cara en su cuello, un poco torpemente, no acurrucándose sino empujando a ciegas para perderse.

—¿Qué te pasa, querida?

—¿Cómo lo vamos a soportar?

—¿Soportar qué?

—Esto. Por tan poco tiempo. ¿Cómo podemos pasar el tiempo durmiendo?

—Podemos estar tranquilos juntos, y hacer que, como no es más que el principio, tenemos todo el tiempo del mundo.

—Y cada día tendremos menos. Y al final ninguno.

—¿Preferirías, según eso, no haber tenido nada?

—No. A esto es a lo que venía desde siempre. Desde que empezó mi tiempo. Y cuando me vaya de aquí, será el punto medio, hacia el cual corría todo, antes, y *del* cual correrá todo. Pero ahora, mi amor, estamos aquí, estamos *ahora*, y esos otros tiempos corren por otro sitio.

—Poética doctrina, pero no cómoda.

—Pero tú sabes, como yo sé, que la buena poesía no es cómoda. Déjame abrazarte; ésta es nuestra noche, y sólo la primera, y por lo tanto la más cercana al infinito.

El sintió su cara, dura y húmeda, sobre el hombro, y se imaginó el cráneo vivo, hueso vivo, alimentado por hilos y finos tubos de sangre azul y pensamientos inaccesibles, circulantes por sus cavidades escondidas.

—Estás a salvo conmigo.

—No estoy nada a salvo contigo. Pero no tengo ninguna gana de estar en otra parte.

Por la mañana, al lavarse, él halló restos de sangre en sus muslos. Había pensado que ella *no* lo conocía todo, y ahí estaba la antigua prueba. Con la esponja en la mano, se detuvo a reflexionar. Destrezas tan delicadas, deseo tan informado, y aun así virgen. Había posibilidades, de las cuales la más obvia le resultaba ligeramente repugnante, pero también, pensando en ello con determinación, interesante. Jamás podría preguntar. Dar muestras de cábalas, y hasta de mera curiosidad, sería perderla. Al instante. Eso lo sabía, sin pensar. Era como la prohibición de Melusina, y a él no había narración que le obligase, como al desventurado Remondín, a manifestar una curiosidad indiscreta. A él le gustaba saber todo lo que pudiera —hasta en esto—, pero no era tan tonto como para querer indagar, se dijo, en cosas que no cabía esperanza de saber. Ella debió, también, echar al fondo de su equipaje el camisón blanco delator, porque él no volvió a verlo.

Fueron días buenos. Ella le ayudaba a preparar los ejemplares, y trepaba indómita por las rocas para cogerlos. Cantaba como las sirenas de Goethe y de Hornero desde las rocas de Filey Brigg, donde el mar se había tragado a la señora Peabody y su familia. Marchaba indómita por los páramos, dejando atrás la jaula de miriñaque y la mitad de sus enaguas, con la clara cabellera revuelta al viento. Se sentaba con gran atención junto a un fuego de turba para ver a una vieja asar pescaditos en una parrilla; hablaba poco con los desconocidos, era él el que hacía las preguntas, el que sonsacaba confidencias e informaciones, el que se las aprendía. Una vez, después de que él tuviera media hora a un campesino hablándole de las rozas, del páramo quemado y de la corta de turba, le dijo:

—Estás enamorado de toda la raza humana, Randolph Ash.

—De ti. Y, por extensión, de todos los seres que remotamente se te asemejan. Que quiere decir todos los seres, porque estoy convencido de que todos formamos parte de un organismo divino, que respira con su propio aliento y vive un poco aquí y muere un poco allí, pero es eterno. Y tú eres una manifestación de su perfección secreta. Tú eres la vida de las cosas.

—No, qué va. Yo soy una mortal friolera, como dijo ayer por la mañana la señora Cammish, cuando me puse el chal. La vida de las cosas eres tú. Tú apareces y las atraes a ti. Diriges la mirada a las apagadas e insípidas y las haces brillar. Y les pides que se queden, y no quieren, y entonces su desaparición te parece igualmente interesante. Adoro eso de ti. Y también lo temo. Yo necesito tranquilidad y vacío. Si estuviera mucho tiempo bajo tu luz ardiente, yo creo que me iría apagando y me desvanecería.

Él recordaría más que ninguna otra cosa, cuando todo quedó atrás, cuando se les acabó el tiempo, un día que habían pasado en un lugar llamado Boggle Hole, donde habían ido porque el nombre les gustó. A ella la encantaban los recios nombres del norte, y los habían coleccionado como si fueran piedras o espinosos animales marinos. UGGLEBARNBY. JUGGER HOWE. HOWL MOOR. Anotaba en sus cuadernitos los nombres femeninos de las Meres, las piedras puestas de pie que encontraban en los páramos. Fat Betty, la Nan Stone, Slaving Ciss. «Hay un cuento terrible que contar», dijo, «y unas cuantas guineas relucientes que ganar, a propósito de Slaving Ciss.» También aquél había sido un buen día, de aire azul y oro, un día que a él le había hecho pensar en la juventud de la Creación.

Habían atravesado prados de verano y bajado por senderos estrechos entre altos matorrales donde crecían espesos los rosales silvestres, intrincadamente entrelazados con cremosa madreSelva, un tapiz del Jardín del Paraíso, dijo ella, y con una fragancia tan dulce y tan ligera que hacía pensar en los patios celestiales de Swedenborg, donde las flores tenían un lenguaje y los colores y aromas eran formas correspondientes de habla. Bajaron por la senda del Molino a la cala cerrada, y el olor pasó a ser la acritud de la sal, un viento fresco del mar del norte cargado de sal y giros de pez y algas flotantes, que se precipitaba hacia el cielo norteño. La marea estaba alta, y tuvieron que avanzar muy pegados al saledizo del acantilado. Él la veía moverse con ligereza y seguridad. Llevaba los brazos levantados sobre la cabeza, sus dedos pequeños y fuertes se aferraban a grietas y hendiduras, sus piecitos abotinados pisaban con aplomo en las plataformas resbaladizas de abajo. La piedra era una peculiar pizarra de color gris oscuro, estriada y cuarteada, mate y sin lustre salvo allí donde el agua goteaba y se filtraba desde arriba, llevando consigo rastros rojos de tierra. Los estratos de gris estaban repletos de los redondeles regularmente ondulados de las colonias de ammonites que yacían enroscados en su sustancia, formas pétreas de vida, formas vivas en piedra. La cabeza clara y luminosa de ella, con sus cercos de trenza, parecía una repetición de aquellas formas. Su vestido gris, con la falda movida por el viento, casi se fundía con el gris de la piedra. Por todos aquellos finos salientes multiplicados, por todas aquellas fisuras cruzadas y enrevesadas, corrían cientos de seres vivos apresurados, diminutos y arañiles, de un bermellón intenso. El tinte azulenco del gris de la piedra avivaba más el rojo. Eran como delgadas líneas de sangre; eran como una trama de llama intermitente. Él veía sus blancas manos como estrellas sobre la piedra gris, y a los seres rojos atravesarlas y rodearlas.

Más que nada veía su talle, en el punto en que se estrechaba, antes de la expansión de la falda. Recordaba su desnudez como él la conocía, y sus manos alrededor de ese estrechamiento. Pensó en ella momentáneamente como un reloj de

arena, contenedor de un tiempo que estaba atrapado en su interior como un hilo de arena, de piedra, de motas de vida, de cosas que habían vivido e iban a vivir. Ella encerraba el tiempo de él, contenía su pasado y su futuro, los dos ahora apretados, con tal ferocidad y tal dulzura, en aquella pequeña circunferencia. Se acordó de un detalle lingüístico, el de que en italiano la cintura es la *vita*, la vida; y eso, pensó, debe tener que ver con el ombligo, que es de donde parten nuestras vidas separadas, aquel *umbilicus* que el pobre Philip Gosse creía que Dios había tenido que hacerle a Adán como una especie de signo mítico de la existencia eterna del pasado y del futuro en todos los presentes. Pensó también en el hada Melusina, mujer *jusqu'au nombril, sino alla vita, usque ad umbilicum*, hasta la cintura. Éste es mi centro, pensó, aquí, en este lugar, en este tiempo, en ella, en ese lugar estrecho, donde mi deseo tiene su fin.

En esa costa se encuentran piedras redondas de muchas clases de roca: basalto negro, distintos granitos de color, areniscas y cuarzos. A ella le gustaron mucho. Llenó la cesta de la merienda con un pesado nido de piedras como balas de cañón, una negra como el hollín, otra sulfúrea, otra gris cretácea, que bajo el agua revelaba todo un moteado del más puro rosa translúcido.

—Me las llevaré a casa —dijo—, y las usaré para sujetar las puertas y pisar las hojas de mi poema enorme, enorme por lo menos en cantidad de papel.

—Yo te las llevaré hasta entonces.

—Yo puedo llevar mis propias cargas. Debo.

—No será mientras yo esté aquí.

—No vas a estar aquí, ni yo voy a estar aquí, por mucho tiempo.

—No pensemos en el *tiempo*.

—Hemos llegado al *non plus* de Fausto. A cada momento le decimos: «*Verweile doch, du bist so schön*»,^[12] y, si no nos condenamos inmediatamente, las estrellas siguen su curso, el tiempo pasa, el reloj da las horas. Pero está en nuestra mano lamentar cada minuto según se va.

—Nos agotaremos.

—«¿Y no es ése un buen estado para acabar? Podría morir un hombre, aunque ninguna otra cosa le aquejara, sólo del extremo cansancio de hacer la misma cosa una y otra vez.»^[13]

—Yo no me cansaría nunca de ti..., de esto.

—Está en la naturaleza del ser humano cansarse. Afortunadamente. Confabulémonos con lo inevitable. Juguemos con ello.

«Y el sol, ya que pararlo no podemos,
hagámosle que corra cuando menos.»

—Un poeta^[14] de los míos —dijo ella—. Aunque no más querido que George Herbert. Ni que Randolph Henry Ash.

CAPÍTULO XVI

El hada Melusina

Proemio

¿Y quién o qué era el hada Melusina?
Hay quien dice haber visto algunas noches,
junto a los altos muros del castillo,
turbarse el aire oscuro bajo el ala
de un dragón que volando parte el cielo
con fuerte cola, con coriáceas plumas
negras como el carbón. De tanto en tanto
dicen que se alza un grito estremecido,
un grito de dolor que escala el viento y
con el viento rueda hasta perderse.

Y que cuando un señor de Lusignan
está para morir, se le aparece
una mitad serpiente, mitad reina
coronada, velada y enlutada.
Santíguase el señor y la clemencia
del Rey del Cielo invoca; y el espectro
con dolorido grito se disipa,
no soportando, dicen, ese Nombre
porque para él el Cielo está vedado.

Dice el ama que dentro de la torre
dormían los tiernos niños abrazados
para ahuyentar el frío de los miembros
y el corazón. Y en medio de la noche
se abrieron las cortinas, y unas manos
alzaron los dormidos cuerpecillos
a mamar de los pechos de la madre,
como en sueños mamaban; y en silencio
tibio llanto mezclábase a la leche,
dulce y salado en las dormidas bocas;
por el calor reían, y lloraban
como huérfanos. Cuando despertaron,
temían y esperaban que aquel sueño

se repitiese. Así lo cuenta el ama,
y los niños crecen sanos y fuertes.

Nuestra aldea es segura, pero fuera
vuela el Misterio. Oímos sus bramidos
sobre el viento, y en las simas oscuras
vemos que mueve ingentes remolinos,
como el niño que ocioso se entretiene
con los giros de un trompo, hasta que el juego
le aburre y lo abandona a su caída.

En las paredes grises vemos huellas
que dejaron mordiéndolas sus dientes.
Bajo el solar del bosque serpentea
tejiendo vida y muerte en las raíces,
trama y urdimbre de troncos y ramas,
tracería de frondas suspirantes
que al sol se mecen, medran y se secan.

Hay Poderes que cruzan, sobrehumanos,
la pequeña extensión de nuestras vidas.

la leche tibia del cetáceo corre
bajo la helada costra de los mares.

Hay corrientes eléctricas que viajan
de una mirada a otra, entre los polos,
y mensajes magnéticos que llegan
a nuestros Seres, los cruzan y pasan.

El molusco se aferra; alzan las olas
y amontonan arenas compactadas,
masa de esquiras, cráneo sobre concha,
caparazón sobre cascajo, sílex
y greda y arenisca, y de eso esculpen
dinosaurios de duna, mastodontes
de acantilado, y luego los deshacen,
y en polvo errante el viento las esparce.

.....

Esto leo en aquella antigua crónica
que escribió Juan de Arras para deleite
e instrucción señorial: «El rey David
afirmó que los juicios del Señor
son como un vasto abismo sin orillas

ni fondo, donde el alma gira y gira
sin encontrar apoyo, y se extravía
engolfada en aquello que no entiende.»
El monje Juan declara humildemente
que no debe esforzar el alma humana
a la razón allí donde no alcanza.
El discreto verá, sigue diciendo,
la verdad manifiesta en Aristóteles
cuando afirma que hay en el mundo
seres visibles e invisibles. Y el buen monje
cita a san Pablo, quien a los primeros
invisibles del mundo hace testigos
del Poder del Creador, no revelado
a la mente curiosa de los hombres
salvo de tiempo en tiempo, en esos libros
con que los sabios guían al ignaro.

Y en el aire, dice el buen monje, vuelan
Cosas, Seres, Criaturas, nunca vistos
por nosotros, empero muy potentes
en su existencia errante, que se cruza
de vez en cuando con la nuestra. Tales
son las hadas, que según Paracelso
antño fueron Ángeles, y ahora,
ni benditas ni réprobas, deambulan
con eterno vaivén entre la tierra
y las puertas cerradas del Empíreo:
espíritus del aire, ni tan buenos
que debieran salvarse, ni constantes
en la maldad; simplemente volátiles.

Las Leyes celestiales atraviesan
la tierra como un eje, que sus giros
tiene siempre sujetos al mandato
divino; o, por emplear otra metáfora,
son una red que abraza mar y tierra,
y todo cuanto existe, en finas mallas;
dentro está toda la materia, y fuera,
si por azar la mente se aventura,
sólo da en formas vacuas, ilusorias,

sombras de Horror y Desesperación.
¿Qué son, pues, las que en sueños nos perturban,
enervan nuestro afán y nos apartan
del rostro consistente de las cosas?
¿Hermanas del Horror, o quizá reinas
exiliadas del Cielo, reducidas
de fuerza espiritual a fantasía?

Los Ángeles de Dios desde la Puerta
del Cielo marchan con corazas de oro
por sus filas: Tronos, Dominaciones,
Principados, Virtudes, Potestades,
raudos cual pensamiento entre el deseo
y la acción. Ellos son los instrumentos
de la Ley y la Gracia. Entonces, ¿quiénes
son ésas que deambulan indirectas,
cuyos deseos escalan precipicios
de Aire en un vuelo, o por placer terrible
tornan a despeñarse entre la nube
y el opalino mar del firmamento?
¿Quiénes son, que sus manos delicadas
mover no pueden las cadenas fijas
de causa y ley que enlazan mar y tierra,
frío y calor y carne y sangre y tiempo?

Cuando Eros celestial yacía con Psique,
sus hermanas, roídas por la envidia,
dijéronle que con la luz del día
era monstruosa sierpe su señor.
Transgrede ella, y la llama temblorosa
levanta sobre el tálamo; gotea
la cera, y la perfecta forma humana
del amor se despierta a su contacto,
y en alas de la cólera se esfuma.

Mas tome el Poder forma femenina
y será el castigado. Todo hombre
huye de la Medusa y sus cabellos.
¿Quién llora por Escila en su caverna,
sacudiendo la cola entre osamentas,

con las caninas fauces aullando
por su suerte; la hermosa en otro tiempo,
cuyo misterio enamoró a Neptuno,
bella como la Noche, hija de Hécate?
¿Quién llora por la Hidra y sus cabezas?
La sirena en su canto persevera,
y los hombres virtuosos se hacen sordos;
resueltos huyen de la dolorida
que sabe que lo que ama ha de morir,
que su deseo, aunque bello en su canto,
es mortal en su beso a hombres mortales.
La Esfinge como gata andaba suelta
por el seco desierto y sonreía
a aquellos hombres necios, incapaces
de ver que tras su artera Adivinanza
sólo se escondía el Hombre, no un Misterio.
Pero al averiguarlo la mataron
por presuntuosa y por su forma horrenda.
Nombróse el Hombre a sí mismo, y con eso
tomó el poder sobre su Inquiridor,
Sino hasta entonces, luego Esclavo y Víctima.

¿Y qué era, pues, el hada Melusina?
¿Eran parientes suyos la progenie
de Equidna aterradora, devorante
y escamosa, o la gente más amable
de esas raudas viajeras que en las luces
del sueño o del crepúsculo figuran
bellos misterios y prometen dones:
damas blancas, burlonas y mudables
como nubes risueñas, o chispeantes
hilos de arroyo; monstruos luminosos
del mar y el cielo, que al anhelo atienden
y no amenazan, antes se disipan
a la luz racional del claro día,
condenadas por su propio deseo
de almas humanas y humanos hogares?

¿Osaré referir su oscura historia?
¿Se atreverá mi canto a hablar de magias

y perdiciones, a pisar las sombras
más allá de lo sólido y concreto?
Ayúdame, Mnemósine, titana,
hija antigua del Cielo y de la Tierra
y madre de las Musas, tú que habitas,
no arroyo claro ni florido monte,
sino la cueva angosta del cerebro;
oh Memoria, tú que el hilo sostienes
de mi moderna mente a las arcaicas,
el ensoñado Origen de la raza,
cuando junto yacía lo visible
con lo invisible; oh tú, fuente del verbo,
dame sabia dicción y salvo paso
del calor del hogar a las tinieblas
exteriores, y luego buen retorno
y en la cama dormir como Dios manda.

Libro 1

Cabalga un caballero por el páramo.
Viene sucio y cansado. A sus espaldas
tiene el miedo, delante el campo yermo.
Salpicada de sangre, su montura
camina a paso lento, tropezando:
siente al jinete débil, y las riendas
seltas sobre su cuello sudoroso.
Declina el día. Van menudas sombras
del matorral royendo las raíces
y blandas lenguas de insidiosa forma
corren entre las cárcavas del monte
y la oscura quebrada a donde apuntan
sin voluntad caballo y caballero.
Todo el páramo inmenso es un desierto
a sus pies, sin figura ni camino;
sólo el matojo y la enredada huella
del hambriento vagar de las ovejas.

Entre la tierra yerma y su Sol madre

hay reciprocidad de brillo y ceño.
El Sol se oculta, y la intrincada alfombra
de brezos bermejizos y purpúreos
yace sin vida en un estupor triste,
como brunos harapos desechados
sobre los pedernales que se extienden
hasta el último límite del sierro.
Pero sonrío, y un millón de luces
fulgen en ramas y hojas y capullos,
y en la arenisca blanca que dibuja
sus tracerías bajo el ambarino
cristal de agua de lluvia, y todo el páramo
se alegra, y a su vez al Sol sonrío.
Y después de la lluvia se levantan
los vapores en vivos remolinos,
y sobre el vivo brezo brincan, fluyen
en corrientes contrarias como el mar,
o, dicen los pastores, como potros
retozando en verano por el prado,
o gansos que al volar rizan el agua.
Uniforme y diverso, así es el Páramo.
Pero él cabalga con los ojos fijos,
sin ánimo, sin aquel brío primero
con que huyó de la caza y de la muerte:
muerte a sus manos, muerte al azar dada
a Aymeri, su pariente y su Señor.
Un golpe defensivo el Hado fiero
torció sobre el más bravo de los hombres,
aquel que más amaba. Ante sus ojos
fatigados late un velo de sangre,
y con él el cerebro; y desespera.
Morir, morir: ¿qué otra cosa si no?

Entre dos riscos el caballo baja
por una quiebra angosta, en cuyos flancos
barridos por los vientos se achaparran
espinos entre arándanos y enebros.
Rezuma el agua en la pared roqueña:
agua parda de jugos de turbera,
negra de escorias de rozas antiguas.

La pesada andadura de los cascos
mueve un reguero de rocalla suelta
que rueda repicando hasta el arroyo.
Da frío la peña, y la senda no acaba.
No sabe el caballero cuánto dura
ya su descenso; pero poco a poco
con su dolor y su fatiga extremos
se ha ido mezclando un son de agua que cae,
un rumor impetuoso, estremecido,
un líquido cantar intermitente.

Y oye después, junto a la voz del agua,
otra canción más fluida y peregrina,
una trova argentada que al torrente
su sucesión engarza y con él teje
un único rumor de plata y piedra.
Constante el paso y el oído atento,
siguen bajando por la húmeda senda
cada vez más estrecha. Y de improviso
hallan tras un recodo espacio abierto,
y detienen el paso, y deslumbrados
inmóviles asisten al misterio.

Una oquedad excavada en el monte
cobija una secreta y quieta charca,
bajo un peñasco que en su alero forma
saliente gárgola de aguas precipitadas
que en el aire emblanquecen como agujas
de un cristal roto; luego, revirando,
es una tersa trenza blanca y plata
la que baja a la charca y se sumerge,
columnar todavía por su impulso
y por el aire preso en su sustancia,
hasta abrirse cual hielo desvaído
bajo un mosaico de agua verdinegra.

Al borde de la charca hay una peña
redondeada y llana que desciende
hasta los mantos de bañadas hierbas
apenas discernibles, cuyas frondas

mueven los arroyuelos que rezuman
y burbujan en la masa acuática,
vivificando el plano vidrio oscuro.
La cubre una pelliza esplendorosa
de musgo esmeraldino, culantrillo
y mentas de aromáticos penachos
entre los picos y repuntes de agua,
El follaje pendiente desde el risco
baja a enlazarse con la tormentila
y el ombligo de Venus, viva alfombra
verde con chispas de oro y amatista.

Y en la peña sentada está una dama
que canta para sí apaciblemente.
Su voz es tenue y clara, un hilo de oro
que discurre sin pausa y sin esfuerzo:
simple y constante como la cascada,
sorprendente como los arroyuelos
que tan pronto en un sitio como en otro
brotan burbujeando entre las hierbas.

Como la blanca rosa al fin del día
en el jardín desierto aún resplandece
con su fulgor, así tiende la dama
suave y perlada claridad en torno
del agreste escenario de su canto.
Todo de nívea seda es su vestido,
al compás de su aliento temblorosa;
el ceñidor, verde como esmeralda
o la hierba más húmeda del prado.
Sus pies de azules venas en la charca
diríanse dos blancos peces juntos;
al sacarlos, el agua en sus tobillos
pone cadenas trémulas de plata,
lágrimas de diamante, perlas lúcidas,
brillos rivales de los de su pecho,
como al azar sembrado en rica sarta
de esmeraldas, topacios y zafiros.

Su cabellera viva es oro frío

con saetas de luz, que caprichosas
discurren por sus hebras y se esparcen
iluminando el aire ensombrecido,
como fosforescencia en un mar lívido;
y cantando la peina con un peine
curiosamente ornado de oro y ébano,
y es como si trenzara en cada crencha
color de celandina una armonía
de la voz del arroyo y la del canto
y su propio murmullo susurrante,
cálido y luminoso. El caballero
siente un súbito anhelo de tocarlas,
tender, siquiera con un dedo, un puente
de su entumecimiento ensangrentado
al undoso fulgor; pero aquel rostro
le contiene.

Es el rostro de una reina:
sosegado, esculpido, poderoso,
ni curioso ni amable ni distante,
en sí completo, para sí cantando.
Él la mira, y ella cesa en su canto,
se hace el silencio. Y en ese silencio
es como si también enmudecieran
los murmullos del agua y de las frondas;
y él siente sólo la común presencia
de los dos, su mirarse sin pregunta,
sin respuesta, ni torvos ni risueños,
quietos los labios, ojos, cejas, párpados:
una larga mirada. El caballero
siente sólo que su alma se consume
en un afán más allá de la duda,
la esperanza, la desesperación.

Ve su vida como una única cosa,
y todo lo demás, penas, temores,
contradicciones, caprichos de enfermo,
goces de vividor, todo extinguido
para siempre, aventado, aniquilado
por la mirada fija y esencial

de ese pálido Ser en su quietud.

Algo rebulle entonces en las sombras,
y al volverse distingue el caballero
la forma de un podenco, oscura nube
de hirsuto pelo humoso, ojos dorados;
noble y paciente su expresión, atenta
a los signos del aire en movimiento,
él mismo inmóvil guardando a su dueña.

Y Remondín se acuerda de la caza,
de su espantoso crimen y la huida;
y en su montura inclinándose humilde
suplica de la dama le permita
beber un sorbo de agua de la fuente
para aplacar la sed y la fatiga.
«Me llamo Remondín de Lusignan.
No sé hacia dónde voy, ni qué destino
me espera. Sólo ansío algún descanso
y un sorbo de agua, pues el polvo me ahoga.»

Y responde la dama: «Remondín
de Lusignan, lo que eres y serás,
lo que has hecho, cómo puedes salvarte
y alcanzar gran ventura, yo lo sé.
Desmonta, pues: toma de mí esta copa
con agua clara y fresca de la fuente
que llaman La Fontaine de la Soif,
la Fuente de la Sed. Ven, toma y bebe.»

Y le tiende la copa. Él, desmontando,
la toma y bebe ansiosa y largamente.
Siente aliviada su miseria extrema;
siente un mirar de fuego que deslumbra,
y su rostro se enciende como el brezo
con los rayos del Sol que al Sol devuelve.
Y es suyo. Lo que ahora le pidiera,
el cuerpo, el alma, todo rendiría.
Y, al verlo, al fin el hada ha sonreído.

CAPÍTULO XVII

James Blackadder compuso una nota a pie de página. Estaba trabajando sobre *Momia poseída* (1863). Escribía a pluma; no había aprendido otros sistemas más modernos; Paola trasladaría su escrito a la pantalla tenuemente iluminada del procesador de textos. El aire olía a metal, polvo, polvo-metal y plástico quemado.

R. H. Ash asistió al menos a dos sesiones en casa de la famosa médium Helia Lees, que fue uno de los primeros especialistas en materialización, sobre todo de niños perdidos, y en el toque de manos muertas. La señora Lees no fue nunca acusada de superchería, y aún hoy los espiritistas de nuestra época la consideran pionera en este campo. (Véase F. Podmore, *Espiritismo moderno*, 1902, vol. 2, págs. 134-139.) Aunque no cabe duda de que el poeta acudía a las sesiones más con ánimo de indagación racional que con predisposición a creer lo que viera, registró las actividades de la médium con profunda alarma y repulsa, no con mero desprecio hacia el engaño. También compara implícitamente esas actividades, *la falsa o ficticia* vivificación de los muertos, con sus propias actividades poéticas. Puede verse una relación (algo sensacionalista e imaginativa) de esos encuentros en Cropper, *El gran ventrílocuo*, págs. 340-344. Véase también un curioso ataque feminista contra la elección de título por Ash, Roanne Wicker en *Journal of the Sorcières*, marzo de 1983. La doctora Wicker protesta del uso que hace Ash de su título para condenar las acciones «de intuición femenina» de su personaje Sybilla Silt (alusión obvia a Hella Lees).^[15] *Momia poseída* es, huelga decirlo, cita de John Donne en «La alquimia del amor»: «Si dulce ingenio cuando perseguida / al cabo sólo momia poseída.»

Blackadder miró todo esto, y tachó el adjetivo «curioso» que antecedió a «ataque feminista». Pensó tachar «algo sensacionalista e imaginativa» de la descripción que hacía Cropper de las sesiones. Esos adjetivos superfluos eran huellas de sus opiniones personales, y por lo tanto innecesarios. Se planteó tachar las referencias a Cropper y a Wicker en su totalidad. Gran parte de lo que escribía corría esa suerte. Era anotado, despersonalizado y al final borrado. Gran parte de su tiempo se iba en decidir si borrar cosas o no. Generalmente las borraba.

Una figura blanquecina se deslizó a su lado. Era Fergus Wolff, que sin que nadie le invitara a hacerlo se sentó en el ángulo de la mesa, y sin que nadie le invitara a hacerlo dirigió la mirada al trabajo de Blackadder. Blackadder puso una mano sobre

lo escrito.

—Debería usted estar tomando el sol. Ahí arriba hace un tiempo excelente.

—Seguramente. Pero a la editorial de Oxford le da igual el tiempo que haga. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Buscaba a Roland Michell.

—Está de vacaciones. Pidió una semana de permiso. Es la primera vez que se le da, que yo recuerde, ahora que lo pienso.

—¿Dijo adonde iba?

—Pues no. Al norte, creo que dijo. No precisó.

—¿Se ha ido con Val?

—Supongo.

—¿Y su nuevo descubrimiento, ha llevado a alguna parte?

—¿Qué nuevo descubrimiento?

—En Navidades estaba exultante. Había descubierto una carta misteriosa o no sé qué, creo haberle oído. Es posible que me equivoque.

—No recuerdo exactamente nada de esa índole. Como no se refiera usted a las notas del Vico. Nada de gran importancia, por desdicha. Anotaciones vulgares.

—Esto era personal. Tenía algo que ver con Christabel LaMotte. Roland estaba muy excitado. Yo le mandé a Lincoln a hablar con Maud Bailey.

—Las feministas no aprecian a Ash.

—A ella se la ha visto por aquí desde entonces. A Maud Bailey.

—Yo ahora mismo no sé de nada relacionado con LaMotte.

—Yo tuve la certeza de que Roland sí. Pero es posible que todo haya quedado en nada. Si no, se lo habría dicho a usted.

—Seguramente.

—Claro.

Val estaba comiendo copos de maíz. Era casi lo único que comía estando en casa. Eran ligeros, eran apetecibles, llenaban, y en un par de días se ponían algodonosos. Fuera, en la entrada, las rosas se derramaban sobre los escalones, y las borduras estaban radiantes de azucenas atigradas y margaritas. Londres estaba caluroso; Val tenía ganas de estar en cualquier otro sitio, fuera del polvo y del pis de gato. Sonó el timbre. Cuando Val alzó los ojos, esperando quizá a Euan MacIntyre y una invitación a cenar, vio a Fergus Wolff.

—Hola, chata. ¿Está en casa Roland?

—No. Está de viaje.

—Vaya. ¿Puedo pasar? ¿Dónde se ha ido?

—A no sé dónde del Lancashire o del Yorkshire o de Cumbria. Blackadder le mandó a ver un libro. No dio muchas explicaciones.

—¿Te ha dejado algún número de teléfono? Tengo que ponerme al habla con él con cierta urgencia.

—Dijo que lo dejaría. Yo estaba fuera cuando se marchó. Pero no lo ha dejado. O, si lo ha dejado, yo no lo he encontrado. Ni ha llamado tampoco. El miércoles estará de vuelta.

—*Entiendo.*

Fergus se sentó en el sofá viejo y contempló los lagos y penínsulas que hacían las manchas en el techo.

—Oye, cariño, ¿y a ti no te parece un poco raro que no haya dado señales de vida?

—Estábamos un poco enfadados.

—*Entiendo.*

—No sé *qué* entenderás, Fergus. Tú siempre entiendes más de lo que hay. ¿Qué pasa?

—No, estaba pensando... ¿Tú no sabrás por casualidad dónde está Maud Bailey?

—*Entiendo* —dijo Val. Hubo un silencio. Luego Val preguntó—: ¿Tú sí lo sabes?

—No exactamente. Está pasando algo y no sé qué. No lo sé todavía. Pero dentro de nada lo sabré.

—Maud le ha llamado aquí un par de veces. Por cierto que no estuve muy amable.

—Vaya. Pues me encantaría saber qué está pasando.

—A lo mejor tiene que ver con Randolph Henry.

—Seguro. De eso no hay duda. Aunque a lo mejor también tiene que ver con Maud. Que es una mujer temible.

—En Navidades estuvieron de viaje, trabajando en no sé qué.

—Roland fue a verla a Lincoln.

—Algo así. Se fueron *los dos* a no sé dónde, a ver un manuscrito. A mí, la verdad, ya no me interesan todas esas notas y zarandajas y cartas muertas de gentes muertas sobre que si perdieron el tren y si hay que apoyar la ley de propiedad intelectual. No entiendo que quieran pasarse la vida en el sótano del Museo Británico. Huele tan mal como aquí arriba el piso de la señora Jarvis, todo lleno de meadas de gato. ¿A quién le puede apetecer pasarse la vida leyendo menús viejos entre meadas de gato?

—A nadie. Lo que quieren es pasarse la vida en congresos internacionales y hoteles estupendos. ¿Y no te molestaste en averiguar *qué* era lo que estaban leyendo?

—No me lo dijo. Sabe que no me interesa.

—¿Así que tú no sabes exactamente dónde estuvieron?

—Entonces sí tuve un número de teléfono. Para un caso de apuro. Por si ardía el piso o no podía pagar la factura del gas. En cuyo caso *él* no habría podido hacer nada, por supuesto. Hay quien gana dinero en el negocio de la cultura y hay quien no.

—En todo esto *puede* haber dinero. No conservarás ese número de teléfono, ¿verdad, cariño?

Val salió al recibidor, donde el teléfono estaba casi en el suelo, posado sobre un montón de periódicos: números atrasados del suplemento literario del *Times*, facturas de libros, tarjetas de radiotaxis, vales con descuentos de droguería y perfumería, convocatorias, invitaciones. Daba la impresión de saber manejarse entre todo aquello, y pasado un momento dio la vuelta a una factura de un restaurante indio de comidas preparadas que había en el fondo del montón y encontró el número. No había ningún nombre; sólo, escrito con la letra de Val, «Roland en Lincoln».

—Podría ser el número de Maud.

—No. Es otro. El de Maud lo conozco. ¿Me lo das?

—¿Por qué no? ¿Para qué lo quieres?

—No sé. Sencillamente quiero saber qué está pasando. ¿Comprendes?

—A lo mejor Maud.

—A lo mejor. A mí me interesa Maud. Quiero que sea feliz.

—A lo mejor es feliz con Roland.

—No es posible. Roland no le va nada. No tiene empuje. ¿O tú crees que sí?

—No sé. Yo no le hago feliz.

—Ni él a ti, por lo que parece. Vente a comer conmigo y olvídate de él.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no?

—Bailey, dígame.

—¿Bailey?

—¿Es el doctor Heath?

—No, no. Soy un amigo de Roland Michell. Él estuvo ahí trabajando... en invierno... Quería preguntarle si sabe usted dónde está.

—No tengo la menor idea.

—¿Va a volver por ahí?

—No creo. No. No, no va a volver. ¿Le importa dejar libre la línea? Estoy esperando al médico.

—Siento haberle molestado. ¿Ha visto usted a la doctora Bailey? ¿A la doctora Maud Bailey?

—No. No la he visto. Ni pienso. Queremos que nos dejen en paz. Adiós.

—Pero su trabajo, ¿fue bien?

—La poetisa de las hadas. Creo que sí. Estaban contentos. No he pensado en ello. No quiero que me molesten. Tengo muchas cosas que hacer. Mi mujer está enferma. Está muy enferma. Por favor, deje libre la línea.

—La poetisa de las hadas, ¿quiere usted decir Christabel LaMotte?

—No sé qué pretende usted saber, pero lo que yo pretendo es que me deje libre la línea *ya*. Si no cuelga voy a... Escuche, imbécil, mi mujer está enferma, estoy intentando hablar con el médico. *Adiós*.

—¿Puedo volverle a llamar?

—No se moleste. *Adiós*.

—*Adiós*.

Mortimer Cropper había almorzado en L'Escargot con Hildebrand Ash, el hijo mayor del barón Thomas Ash, descendiente directo de aquel primo de Randolph Ash que había sido ennoblecido por Gladstone. Lord Ash, el metodista, estaba ya muy viejo y achacoso. Había tratado a Cropper con gran amabilidad, pero nada más. Prefería a Blackadder, que le agradaba por su temperamento sombrío y su sequedad escocesa. Además era nacionalista, y había dado en depósito a la Biblioteca Británica los manuscritos de Ash que poseía. Hildebrand era un cuarentón medio calvo, rubicundo, alegre y más bien lelo. Se había graduado en filología inglesa por Oxford, con la nota mínima, y desde entonces había trabajado sin distinguirse en empresas de viajes, edición de libros de jardinería y diversas fundaciones del Patrimonio. Cropper le invitaba de vez en cuando, y había descubierto en él secretas ambiciones histriónicas. Tenían entre los dos un medio proyecto, medio fantasía de una gira a todo plan por las universidades estadounidenses, donde Hildebrand montaría una exposición de recuerdos de Ash, diapositivas y lecturas, y disertaría sobre la sociedad inglesa en la época de Ash. En esta ocasión Hildebrand dijo que andaba mal de dinero y realmente le gustaría encontrar otra fuente de ingresos. Cropper preguntó por la salud de lord Ash y Hildebrand le dijo que estaba muy delicado. Hablaron de posibles lugares y honorarios. Comieron magret de pato, rodaballo y nabos nuevos, pequeños y terrosos. Cropper se fue poniendo más pálido y Hildebrand más sonrosado a medida que avanzaba la comida. Hildebrand veía visiones de un público estadounidense extasiado y respetuoso, y Cropper veía visiones de vitrinas nuevas con tesoros que sólo se le había permitido mirar reverentemente: la Carta de la Reina al Poeta, el Escritorio Portátil, el cuaderno manchado de tinta con los borradores de *Ask a Embla*, cosas de las que la familia no se había desprendido y tenía expuestas en el comedor de la casa de Ledbury.

Cropper dejó a Hildebrand Ash en un taxi y echó a andar por las calles de Soho, mirando distraídamente a los escaparates y las entradas iluminadas. Cabinas individuales. Modelos. Se necesitan señoritas. Sexo en Vivo, sesión continua. Suba a divertirse. Instrucción para adultos. Sus propios gustos eran precisos, estrechos y un tanto especializados. Su figura negra y fina vagó de escaparate en escaparate, catando

estelas de buena comida y buenos vinos. Se detuvo un instante para observar un atisbo oscurecido de carnes blancas y retorcidas, colocadas de un modo que insinuaba que dentro podía haber lo que él quería, en el fondo: una imagen que no era gran cosa, bastante oscurecida por otra muy distinta, llamativa y explosiva; pero él vivía en un mundo de indicios e indicaciones entrevistas, era suficiente. De todos modos, pensó, no entraría, se iría a casa...

—Profesor Cropper —dijo una voz a sus espaldas.

—Sí —dijo Cropper.

—Soy Fergus Wolff. ¿Se acuerda de mí? Fui a verle cuando publicó aquel artículo sobre la identidad del narrador en el *Chidiok Tichbourne* de Ash. Un trabajo de deducción muy brillante. Era el verdugo, por supuesto. ¿Lo recuerda?

—Ya lo creo. Muy gratamente. Ahora mismo vengo de almorzar con el hijo del actual lord Ash, que si todo va bien hablará en la Universidad Robert Dale Owen sobre los manuscritos de Ash pertenecientes a su familia. El de *Chidiok Tichbourne* está en la Biblioteca Británica, por supuesto.

—Por supuesto. ¿Va usted para allá? ¿Puedo acompañarle?

—Será un placer.

—Estoy interesado en la relación de Ash con Christabel LaMotte.

—¿LaMotte? Ah, sí; *Melusina*. Hubo una sentada feminista, en el otoño del setenta y nueve, para pedir que se diera ese poema en mi curso de poesía del siglo diecinueve, en lugar de los *Idilios del Rey* o el *Ragnarök*. Creo recordar que lo consiguieron. Pero después lo tomaron los Estudios sobre la Mujer, con lo cual yo quedé liberado y pudimos volver a poner el *Ragnarök*. Pero eso no se puede llamar relación. Yo no sé que hubiera ninguna relación real.

—Yo creí que habían aparecido unas cartas.

—Lo dudo. Yo no he oído nada de ninguna relación. Pero, vamos a ver, ¿qué sabía yo de Christabel LaMotte? Algo hay.

—Roland Michell ha descubierto algo.

Cropper se detuvo en la acera de Greek Street, obligando a dos chinos a detenerse con la misma brusquedad.

—¿Algo?

—La verdad es que no sé qué. Todavía. Él cree que es importante.

—¿Y James Blackadder?

—Al parecer no está enterado.

—Usted me interesa, doctor Wolff.

—Eso espero, profesor.

—¿Le apetece un café?

CAPÍTULO XVIII

Dos guantes juntos
duermen en calma:
dedo con dedo,
palma con palma.

Dos guantes juntos
en una caja.
Un papel blanco
los amortaja.

Fino el papel,
finas las manos
que han de vestir
los dos hermanos.

Dos manos juntas
y un sueño roto.
Dedos con dedos
guardan un voto.

C. LAMOTTE

Maud estaba sentada en el Centro de Documentación de Estudios sobre la Mujer, en un asiento color verde manzana, ante una mesa color naranja. Estaba repasando el archivador que contenía lo poco que poseían sobre el suicidio de Blanche Glover. Una noticia de periódico, una transcripción de la investigación judicial, una copia de la nota que se había encontrado, pisada por una piedra de granito, sobre la mesa de Betania, en Mount Ararat Road. Había también unas cuantas cartas a una antigua pupila, hija de un parlamentario no indiferente a la causa de las mujeres. Maud inspeccionaba esos parvos restos con la esperanza de encontrar alguna pista sobre cómo había pasado el tiempo Christabel LaMotte entre el viaje al Yorkshire y la investigación. Qué poco quedaba de Blanche.

A quien corresponda:

Hago esto en mi sano juicio, a despecho de cuanto de mí se pueda pensar, y tras larga y atenta reflexión. Mis razones son sencillas y se pueden exponer con sencillez. Primera, la pobreza. Ya no tengo con qué comprar pigmentos, y he vendido muy poco en los últimos meses. Dejo en el salón, envueltos, cuatro cuadros de flores muy bonitos, del género de otros que el señor Cressy, de Richmond Hill, apreciaba antiguamente, y espero que él ofrezca por ellos lo bastante para

sufragar mi entierro, si fuera posible. Es mi deseo particular que la SEÑORITA LAMOTTE no corra con esos gastos, y por lo tanto espero que el señor Cressy tenga esa gentileza, pues no veo otra posibilidad.

Segunda, y quizá más reprehensible, el orgullo. No puedo volver a rebajarme entrando en casa de nadie como institutriz. Esa vida es un infierno, incluso cuando la familia es buena, y prefiero no vivir a ser una esclava. Tampoco quiero pesar sobre la Caridad de la SEÑORITA LAMOTTE, que tiene otras obligaciones.

Tercera, el fracaso de los ideales. He intentado, inicialmente con la SEÑORITA LAMOTTE, y también sola en esta casita, vivir con arreglo a ciertas convicciones acerca de la posibilidad, para mujeres solteras e independientes, de llevar vidas útiles y plenamente humanas, en mutua compañía, y sin recurso a la ayuda del mundo exterior ni de los hombres. Creímos que era posible vivir frugalmente, caritativamente, filosóficamente, artísticamente, y en armonía recíproca y con la Naturaleza. Lamentablemente, no era así. O el mundo fue demasiado hostil a nuestro experimento (que creo que lo fue), o nosotras no supimos ser lo bastante avisadas y voluntariosas (que también lo creo, en ambos aspectos, y de vez en cuando). Cabe la esperanza de que nuestros primeros tiempos entusiastas de independencia económica, y el trabajo que dejamos detrás, animen a otros espíritus más fuertes a asumir la tarea y acometer el experimento con buen éxito. Las mujeres independientes deben esperar más de sí mismas, ya que ni los hombres ni otras mujeres más convencionalmente domesticadas abrigan esperanza de nada, ni esperan otro resultado que el fracaso absoluto.

Tengo poco que legar, y quisiera que mis escasas pertenencias se repartieran como a continuación se indica. Este documento, debido a las circunstancias, no tiene fuerza legal, pero confío en que su lector o lectores le otorguen el mismo respeto que si la tuviera.

Mi vestuario se lo dejo a nuestra criada, Jane Summers, para que tome de él lo que quiera y el resto lo distribuya según crea conveniente. Aprovecho esta oportunidad para pedirle que me perdone un pequeño engaño. Sólo pude convencerla de que me dejara —a pesar de mi total imposibilidad de pagarle— aparentando una insatisfacción que estaba muy lejos de sentir. Había tomado ya la resolución que ahora pongo en práctica, y no quería que le cupiese ninguna responsabilidad directa sobre sus consecuencias. Ésa fue mi única razón para actuar como actué. No soy diestra en fingimientos.

La casa no es de hecho mía. Pertenece a la SEÑORITA LAMOTTE. Los muebles y el ajuar que contiene, y que adquirimos juntas con nuestros ahorros, son más suyos que míos, como socio más adinerado, y deseo que haga con ellos lo que quiera.

Quisiera que mi Shakespeare, mis Poemas de Keats y mis Obras Poéticas de lord Tennyson sean para la señorita Eliza Daunton, si de algo le sirven unos volúmenes tan usados y estropeados. A menudo los leímos juntas.

Tengo pocas alhajas, y ninguna de valor, a excepción de la cruz de perlitas, que llevaré puesta esta noche. Las otras chucherías pueden ser para Jane, si alguna le gusta, con la excepción del broche de azabache con dos manos unidas en Amistad, que me regaló la SEÑORITA LAMOTTE y que deseo que le sea devuelto.

Eso es todo lo que poseo, salvo mi trabajo, que creo firmemente que tiene valor, aunque en el presente no sean muchos los que lo quieren. En estos momentos hay en la casa veintisiete cuadros terminados, amén de muchos esbozos y dibujos. De esas obras de mayor tamaño, dos son propiedad de la SEÑORITA LAMOTTE: «Christabel ante sir Leoline» y «Merlín y Vivien». Es mi deseo que conserve esas obras y espero que quiera colgarlas en su cuarto de trabajo, como ha hecho en el pasado, y que ellas le recuerden tiempos más felices. Si eso le resultara demasiado doloroso, le encomiendo que no se desprenda de esas pinturas, ni por donación ni por venta, durante su vida, y que para después deje dispuesto su destino como yo misma lo hubiera hecho. Son lo mejor de mí, como ella bien sabe. Nada tiene asegurada la permanencia, pero el buen arte permanece algún tiempo, y yo he querido que me comprendan los que aún no han nacido. ¿Quiénes si no, realmente? El destino de mis otras obras lo dejo igualmente en las manos de la SEÑORITA LAMOTTE, que tiene conciencia artística. Quisiera que permanecieran reunidas, si fuera posible, hasta que existan un gusto y un espíritu de juicio que permitan apreciarlas en su verdadero valor. Pero dentro de poco habré perdido mi derecho a tutelarlas, y deberán ser ellas, mudas y frágiles, quienes se labren su camino.

Dentro de muy poco tiempo saldré de esta casa, donde hemos sido tan felices, para nunca volver. Pretendo emular a la autora de la Vindicación de los derechos de la mujer, pero, guiada por su ejemplo, me he cosido a los bolsillos del manteo las grandes piedras volcánicas que la SEÑORITA LAMOTTE tenía colocadas sobre su escritorio,

esperando asegurar por ese expediente que todo sea rápido y seguro. No creo que la Muerte sea el final. Sabemos de muchos prodigios acaecidos en las reuniones espirituales de la señora Lees y hemos tenido testimonio ocular de la supervivencia indolora de los que se han ido, en un mundo más bello, en la otra orilla. Conforme a esa fe, estoy fuerte en la confianza de que mi Hacedor lo verá y lo perdonará todo, y hará en el futuro un mejor uso de mis capacidades —grandes y aquí indeseadas y desaprovechadas— de amor y de Trabajo creador. He llegado, en efecto, al convencimiento de que aquí mi existencia es superflua. Allí conoceré y seré conocida. En estos tiempos en los que cabe asomarse a las sombras a través del borroso Velo que nos separa de los que se fueron antes, acaso me sea dado hablar, perdonar y ser perdonada. Ahora pido al Señor misericordia de mi pobre alma y de las almas de todos.

Blanche Glover, soltera.

Maud sintió un escalofrío, como lo sentía siempre al leer este documento. ¿Qué habría pensado Christabel cuando lo leyó? ¿Dónde estaba Christabel, y por qué se había ido, y dónde estaba Randolph Ash, entre el mes de julio de 1859 y el verano de 1860? No había indicaciones, según Roland, de que Ash no estuviera en su casa. No había publicado nada en 1860, y había escrito pocas cartas; y las había fechado en Bloomsbury, como de costumbre. Los expertos en LaMotte no habían podido explicar satisfactoriamente la patente ausencia de Christabel cuando se produjo la muerte de Blanche, y habían supuesto una disputa entre las dos mujeres. Esa disputa presentaba ahora un cariz muy distinto, pensó Maud, pero no aparecía más clara. Cogió el recorte de periódico.

En la noche del 26 de junio, en medio de un temporal de lluvia y viento, otra desventurada joven se arrojó a una muerte terrible en las aguas crecidas del Támesis. El cuerpo no fue rescatado hasta el 28, en que fue hallado un poco más abajo del puente de Putney, sobre un banco de arena, al descender la marea. No hay sospechas de acción criminal. Había varias piedras redondas de gran tamaño cosidas cuidadosamente a los bolsillos de la ropa de la desdichada, persona de buen pasar pero no opulenta. La fallecida ha sido identificada como la señorita Blanche Glover. Vivía sola, en una casa que en otro tiempo compartió con la poetisa señorita Christabel LaMotte, cuyo paradero actual se desconoce desde hace algún tiempo, según ha declarado la

que hasta hace poco fuera sirvienta de la casa, Jane Summers. La policía está intentando averiguar el lugar de residencia actual de la señorita LaMotte. La desventurada señorita Glover dejó un mensaje en Mount Ararat Road en el que manifestaba de forma fehaciente su intención de quitarse la vida.

La policía había localizado a Christabel para tomarle declaración. ¿Dónde?

Detrás de los tabiques sonaron unos pasos apresurados. Tronó una voz. «¡Sorpresa, sorpresa!» Maud no acababa de alzarse de la silla cuando se vio envuelta en unos brazos grandes y cálidos, en un perfume almizclado, en unos pechos blandos y anchurosos.

—Maud, queridísima. Pensé: ¿dónde andará?, y me dije: estará trabajando porque no hace otra cosa, así que me he venido aquí derecha y aquí estás, justo como te imaginaba. ¿Te sorprende? ¿Te sorprende de verdad?

—Bájame, Leonora, que no puedo respirar. Claro que me sorprendes. Te sentía venir por el Atlántico, como un frente cálido...

—Qué metáfora. Me encanta cómo hablas.

—Pero no pensé que ya estuvieras aquí. No te esperaba hoy, por lo menos. Qué alegría.

—¿Me puedes alojar un par de noches? ¿Me das una cabina en tus archivos? Nunca me acuerdo del poquísimo espacio que tenéis aquí. Me figuro que será por desprecio a los Estudios sobre la Mujer; ¿o es únicamente la tacañería de la universidad inglesa? ¿Tú lees francés, cariño? Tengo cosas que enseñarte.

Maud, que siempre temía las llegadas de Leonora, luego siempre se alegraba muchísimo de verla, al menos en el primer momento. La expansiva presencia de su amiga llenaba y desbordaba el pequeño Centro de Documentación. Leonora era una mujer de dimensiones majestuosas en todas direcciones. Vestía correspondientemente, en esta ocasión una falda hasta los pies y una larga chaqueta suelta tipo camisa, cubierta de soles o flores en naranja y oro. Tenía el cutis oliváceo y bruñido, la nariz imponente, la boca carnosa, con un toque africano en los labios, y una mata espesa de pelo negro y ondulado, que le caía hasta los hombros con la vitalidad de los aceites naturales: la clase de pelo que se agrupa y recoge entre las manos en vez de salir volando. Llevaba varios collares de pedazos de ámbar y diversas formas ovoides, bárbaros pero evidentemente caros. Una banda de seda amarilla le ceñía las sienes, en semitributo a las bandas indias de sus tiempos de

hippy a finales de los años sesenta. Era de Baton Rouge, y decía descender de criollos y pieles rojas. Su apellido de soltera era Champion, según ella criollo francés. Stern era el apellido de su primer marido, Nathaniel Stern, un agregado de Princeton que había sido un Nuevo Crítico felizmente meticuloso, y totalmente incapaz de sobrevivir a Leonora y a las sanguinarias batallas ideológicas del estructuralismo, el postestructuralismo, el marxismo, la desconstrucción y el feminismo. Su librito sobre Armonía y Discordia en *Las bostonianas* había salido en el peor momento. Leonora se había unido al ataque de las feministas contra su aprobación de la inquietud de James sobre el «sentimiento del sexo» en el Boston de 1860, y se había ido a vivir con un poeta hippy, Saul Drucker, a una comuna de Nuevo México. Nathaniel Stern, un hombrecito preocupado, blanco, mordaz, a quien Maud había conocido en un congreso de Ottawa, había intentado aplacar a las feministas acometiendo la biografía de Margaret Fuller Ossoli. Veinte años después seguía trabajando en ella, bajo la desaprobación de todo el mundo, y de las feministas en particular. Leonora siempre le llamaba «el pobre bobo», pero había conservado su apellido, tal y como apareciera en la cubierta de su primera obra importante, *Nada como estar en casa*, un estudio de la imaginería de las labores domésticas en la narrativa de mujeres del siglo XIX, escrito antes de su militancia en el lacanismo medio y tardío. Saul Drucker era el padre de su hijo Danny, que ya había cumplido diecisiete años. Tenía, según Leonora, una barba rubia y rizada y una auténtica pelliza de vello rubio por todo el torso y más abajo del ombligo hasta el pubis. Eso era lo único que sabía Maud del aspecto de Saul Drucker, cuyos poemas estaban llenos de joder y mierda y carajo y correrse, y que al parecer era lo bastante grande para haberle dado a Leonora una paliza de vez en cuando, lo cual no debía ser fácil. Su poema más famoso, *Reptación milenariana*, describía una especie de resurrección de hombres y serpientes en el Valle de la Muerte, con préstamos de Blake, Whitman y Ezequiel, y, según Leonora, un exceso de ácido. «¿No sería más correcto milenaria?», había preguntado Maud, y Leonora había respondido: «No, porque se podía alargar más; es delicioso cómo se te escapa la intención, a ti que eres tan exacta.» A Drucker le llamaba «el carnosito». Le había abandonado por una profesora de antropología, de raza india, que le había enseñado el yoga, el vegetarianismo y la manera de conseguir orgasmos múltiples hasta el desmayo, literalmente, y le había infundido una ira solidaria contra la inmolación de las viudas hindúes y el culto al lingam. Saul Drucker trabajaba ahora en un rancho de Montana —«a los caballos no los pega», decía Leonora— y tenía con él a Danny. Se había vuelto a casar, y su nueva mujer, según Leonora, quería mucho a Danny. Tras la profesora llegaron Marge, Brigitta, Pocahontas y Martina. «Las quiero locamente», decía Leonora, «pero la vida hogareña me pone histérica. No soporto la sensación de estar metida entre almohadones y quedarse ahí, hay en el mundo demasiados seres maravillosos...»

—¿Qué haces? —preguntó a Maud.

—Estaba leyendo la nota del suicidio de Blanche Glover.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría saber dónde estaba Christabel cuando Blanche se mató.

—Si sabes francés, a lo mejor yo te ayudo. He recibido una carta de Ariane Le Minier desde Nantes. Ya la verás.

Cogió la nota.

—Pobrecita Blanche, qué ira, qué dignidad, qué follón. ¿Apareció alguno de los cuadros? Serían fascinantes. Pintura feminista y lesbiana documentada.

—No se ha encontrado ninguno. Supongo que Christabel se los quedaría todos. O los quemó en un arrebato, no sabemos nada.

—Lo mismo se los llevó a ese castillo de cartón piedra donde el viejo asqueroso de la escopeta. Me dieron ganas de apuñalarlo con las tijeras de podar, al muy cerdo. Estarán *putriéndose* ahí en una buhardilla.

A Maud no le apeteció seguir el hilo de sir George, aunque la idea de Leonora era buena y hasta verosímil. Dijo:

—¿Cómo te imaginas tú los cuadros, Leonora? ¿Tú crees que serían buenos?

—Yo quiero creer a toda costa que lo eran. Los había hecho con entrega. Ella tenía la seguridad de que eran buenos. Yo me los imagino con unas mujeres muy pálidas y tensas, ¿verdad?, voluptuosas pero pálidas, bellas y juncales, con el pecho agitado y grandes melenas prerrafaelistas. Pero si eran realmente originales no seremos capaces de imaginárnoslos, mientras no los encontremos, dadas las condiciones del caso.

—Hizo uno titulado «Guirnalda de espíritus y manos espirituales en una sesión de Hella Lees».

—No suena muy atractivo. Pero a lo mejor las manos eran tan buenas como las de Durero, a lo mejor la guirnalda parecía un Fantin-Latour. Sólo que en su estilo, claro. No plagio.

—¿Tú crees?

—No, pero hay que concederle el beneficio de la duda. Era una hermana.

—Sí.

Aquella noche, en su casa, Maud le tradujo la carta de la doctora Le Minier a Leonora, que decía: «Yo la *idea* general sí la capto, pero mi francés es rudimentario. ¡Lo que es tener una formación inglesa!»

Maud se había sentado sin pensar en su sitio de costumbre, la esquina del sofá blanco bajo la lámpara de pie, y Leonora se había desmoronado a su lado, con un

brazo tendido sobre el sofá por detrás de Maud y una nalga que topaba en la de Maud cada vez que se movía. Maud se sentía amenazada y violenta, y a punto estuvo de levantarse un par de veces, pero se lo impidió su idea inglesa, exigente y nada práctica, de la buena educación. Se daba cuenta de que Leonora sabía exactamente lo que sentía, y le hacía gracia.

La carta era un posible filón. Maud, a estas alturas un poco más experta en fingir que Blanche Glover ante Jane, la leyó sin énfasis, como si fuera una consulta erudita de rutina.

Apreciada profesora Stern:

Soy una estudiosa francesa de la literatura de mujeres, aquí en la Universidad de Nantes. Siento gran admiración por su trabajo sobre las estructuras de significación de ciertas mujeres poetas, sobre todo de Christabel LaMotte, que también a mí me interesa, por ser medio bretona y haberse inspirado mucho en su herencia de mitos y leyendas bretones para crear un mundo femenino. Permítame decirle, en particular, que encontré muy acertadas y sugerentes sus observaciones sobre la sexualización de los elementos de paisaje en El hada Melusina.

Tengo entendido que está usted buscando material para una biografía feminista de LaMotte, y he hecho un hallazgo que quizá tenga interés para usted. Estoy trabajando actualmente en una autora casi inédita, Sabine de Kercoz, que en la década de 1860 publicó algunos poemas, entre ellos varios sonetos en elogio de George Sand, a la que no conoció personalmente, pero por cuyos ideales y modo de vida sentía una admiración apasionada. Existen también cuatro novelas inéditas, Oriane, Aurelia, Les Tourments de Geneviève y La Deuxième Dahud; de esta última espero preparar la edición en un futuro no muy lejano. Trata de la misma leyenda de la Ciudad Anegada de Is que aparece en el bello poema de LaMotte que lleva ese título.

Como usted quizá no ignore, Mademoiselle de Kercoz estaba emparentada, por su abuela paterna, con Christabel LaMotte. Lo que acaso no sepa es que en el otoño de 1859 LaMotte visitó a sus parientes de Fouesnant. Mi fuente es una carta de Sabine de Kercoz a su prima Solange, que figura entre ciertos papeles, inéditos y creo que no examinados desde que fueron depositados en esta Universidad por un descendiente de Sabine (que pasó a ser Madame de Kergarouet en Pornic, y murió de sobrepeso en 1870). Adjunto una transcripción de

la carta, y, en el caso de que fuera de su interés, ni que decir tiene que tendré sumo gusto en compartir con usted cualesquiera otras informaciones que pueda obtener. Mes Hommages.

—Perdona la torpeza de la traducción, Leonora. Paso a Sabine de Kercoz.

Ma chère petite cousine:

Nuestros largos y aburridos días aquí se han animado con la llegada inesperada —al menos inesperada para mí— de una prima lejana, Christabel LaMotte, que reside en Inglaterra y es hija de Isidore LaMotte, que recopiló toda la mitología bretona, como también los cuentos y creencias populares de Bretaña. Imagínate mi emoción: resulta que esta nueva prima es una poetisa que ha publicado muchas obras, desdichadamente en inglés, y está muy considerada en ese país. Ahora está delicada, y no sale de la cama, porque hizo un viaje terrible desde Inglaterra en el reciente temporal, y tuvo que permanecer casi veinticuatro horas a la entrada del puerto de Saint-Malo debido a la furiosa tempestad que había. Después encontró los caminos casi intransitables por las inundaciones y el continuo huracán. Tiene fuego en su habitación, y es probable que no se percate de lo singular que es ese honor, en esta casa tan austera.

Me ha agradado mucho lo que he visto de ella. Es menuda y esbelta, con la cara muy blanca (quizá debido a la travesía) y los dientes blancos y un poco grandes. La primera noche cenó en la mesa y no habló apenas. Yo estaba sentada a su lado, y le dije en voz baja que tenía esperanzas de ser poeta. Ella me dijo: «No es el camino de la felicidad, ma fille.» Yo dije que, al contrario, sólo cuando estoy escribiendo me siento vivir de verdad. Y ella dijo: «Si es así, por suerte o por desgracia, nada de lo que yo te diga te podrá disuadir.»

El viento estuvo aullando toda esa noche, un lamento continuo sin interrupción, de una manera que hacía anhelar en cuerpo y alma un momento de silencio, que no lo hubo hasta las primeras horas de la mañana, cuando me despertó del... tohu-bohu, del tumulto una cesación súbita del viento, al revés de lo que suele ocurrir, que lo que te despierta son los ruidos. Mi nueva prima, cuando la vimos por la mañana, no parecía haber dormido, y mi padre insistió en que se retirase a su habitación con una tisana de hojas de frambueso.

Se me olvidaba decir que ha traído con ella un perro lobo grande, que se llama, si no he oído mal, «Dog Tray». El pobre animal también

lo pasó muy mal con la tempestad, y no sale de debajo de la mesita que hay en el dormitorio de Christabel, y allí está todo el rato tapándose las orejas con las patas. Mi prima dice que cuando mejore el tiempo podrá correr por el bosque de Brocéliande, que es su ambiente natural...

—Parece que valdría la pena investigar —dijo Leonora cuando Maud acabó—. Es más o menos lo que yo me figuraba. Podría acercarme a Nantes —¿dónde está Nantes exactamente?— y echar un vistazo a lo que tenga Le Minier. Salvo que yo no entiendo el francés antiguo. Tendrás que venir conmigo, cariño. Podríamos divertirnos mucho. LaMotte, marisco y Brocéliande, ¿qué me dices?

—Que más adelante sería estupendo, pero ahora mismo tengo que acabar una ponencia para el Congreso de York sobre la Metáfora, y estoy absolutamente bloqueada.

—Cuéntame. Cuatro ojos ven mejor que dos. ¿Qué metáfora?

Maud no supo qué decir. Había distraído a Leonora de Christabel temporalmente, con el resultado de verse empujada a hablar de una ponencia que apenas tenía esbozada en la cabeza, y que de hecho era mejor dejar un mes más para que germinase a oscuras por sí sola.

—Todavía está sin perfilar. Es sobre Melusina, Medusa y la idea de Freud de que la cabeza de Medusa era una fantasía de castración, la sexualidad femenina, temida, no deseada.

—Ah —dijo Leonora—, te tengo que hablar de una carta que me ha mandado un alemán sobre el *Fausto* de Goethe, donde las cabezas cortadas de la Hidra se arrastran por escena pensando que todavía son no sé qué; le he estado prestando atención a Goethe últimamente: el *ewig weibliche*,^[16] las Madres y todo eso, las brujas, las esfinges...

Leonora siguió hablando. Nunca resultaba aburrida, aunque siempre atropellada. Maud empezó a sentirse a salvo conforme la conversación pasaba de la Bretaña a Goethe, de Goethe a la sexualidad en general, y de lo general a lo particular y lo peculiar de las costumbres de los dos maridos de Leonora, costumbres que ella era dada a deplorar, y muy de vez en cuando a ensalzar, en una especie de recitativo vehemente. Maud siempre pensaba que no había más cosas que saber que ella no supiera sobre las manías y las flaquezas, las lujurias secretas y los fracasos desconsiderados, los olores y ruidos ridículos y eyaculaciones verbales y seminales que emitían el pobre bobo y el carnoso. Siempre resultaba estar equivocada. Leonora era una especie de Cleopatra verbal, que creaba apetito allí donde más satisfacía, y de la nueva oratoria del diván hacía un libro de almohada interminable.

—Y tú —dijo de pronto—, ¿en qué estado tienes tu vida amorosa? No has

contado mucho esta noche.

—¿Cómo quieres que cuente nada?

— *Touchée*. Reconozco que no paro. Pero eso a ti te viene muy bien, porque eres muy reservona para tu sexualidad. Te hizo daño ese hijo de perra de Fergus Wolff, pero no tenías por qué haberte quedado tan *aniquilada*; es dejarnos mal a todas. Deberías diversificarte. Probar otras dulzuras.

—Quieres decir mujeres. Por ahora estoy probando el celibato. Y me gusta. El único riesgo que tiene es que los demás te vengan con proselitismos de su manera de hacer las cosas. Deberías probarlo tú también.

—Lo probé, durante un mes, este otoño. Al principio fue espléndido. Llegué a estar locamente enamorada de mí misma, pero entonces pensé que era una relación insana y que debía dejarme. Así fue como descubrí a Mary-Lou. Es mucho más emocionante hacérselo a otra persona; es más generoso, Maud.

—Ves lo que te digo del proselitismo. Déjalo, Leonora. Yo estoy a gusto como estoy.

—Tú veras —dijo Leonora, ecuánime. Y añadió—: Intenté llamarte antes de tomar el avión. Nadie sabía dónde estabas. En el departamento me contaron que te habías ido en coche con un hombre.

—¿Quién? ¿Quién te contó eso?

—Eso no te lo digo. Espero que te lo pasaras bien.

Maud se asemejó entonces a su homónima: gélidamente correcta, espléndidamente vacua.^[17] Dijo con frialdad:

—Sí, gracias —y miró al espacio, pálida y apretando los labios.

—No se hable más —dijo Leonora—. Prohibido el paso. Me alegro de que *haya* alguien.

—No hay nadie.

—De acuerdo. No hay nadie.

Leonora chapoteó largo rato en el cuarto de baño de Maud y lo dejó sembrado de charquitos de agua, tarros destapados y diversos olores picantes de ungüentos desconocidos. Maud tapó los recipientes, secó los charcos, se dio una ducha entre cortinas que olían a Opium o Poison, y acababa de meterse en su fresca cama cuando Leonora apareció en la puerta, sin otra cosa encima que una exigua bata de seda roja sin cerrar.

—Un beso de buenas noches —dijo.

—No puedo.

—Sí puedes. Es fácil.

Leonora se acercó a la cama y envolvió a Maud en su seno. Maud forcejeó por

sacar la nariz. Sus manos se encontraron con el vientre majestuoso de Leonora y sus pesados pechos. No podía *empujar*; hubiera sido tan malo como someterse. Para su vergüenza, se echó a llorar.

—¿Qué pasa contigo, Maud?

—Ya te lo he dicho. Estoy fuera de todo el asunto. Fuera absolutamente. Te lo he dicho.

—Yo puedo relajarte.

—*Deberías darte cuenta de que tu efecto es justamente el contrario.* Vuélvete a la cama, Leonora. Por favor.

Leonora emitió varios gruf-gruf de perro grande o de oso, y por fin se apartó riendo.

—Mañana será otro día —dijo—. Felices sueños, Princesa.

Maud sintió algo parecido a la desesperación. El tonelaje de Leonora yacía sobre el sofá de su cuarto de estar, entre ella y sus libros. Notó una especie de dolor riguroso de brazos y piernas, de estar en tensión, que le recordaba los últimos y terribles días de Fergus Wolff. Sintió deseos de oír su propia voz diciendo algo sencillo y atinado. Trató de pensar con quién quería hablar, y se le ocurrió Roland Michell, otro partidario de las camas blancas y solitarias. No miró el reloj: era tarde, pero no tardísimo para un estudioso. Dejaría sonar unas pocas llamadas, y si no lo cogían colgaría en seguida, de modo que si molestaba no se supiera quién había sido. Agarró el teléfono que tenía en la cabecera y marcó el número de Londres. ¿Qué le diría? No lo de Sabine de Kercoz, sino únicamente que tenía algo que contarle. Que no estaba sola.

Dos llamadas, tres, cuatro. Descolgaron. Silencio de escucha al otro lado.

—¿Roland?

—Está durmiendo. *¿Tiene usted idea de la hora que es?*

—Disculpe. Llamo de fuera.

—Es Maud Bailey, ¿verdad?

Maud no dijo nada.

—Es Maud Bailey, ¿no? ¿Por qué no nos deja en paz?

Maud sostuvo el auricular en silencio, escuchando la voz iracunda. Alzó los ojos y vio a Leonora en la puerta, con un fulgor de rizos negros y seda roja.

—Venía a pedir disculpas y a preguntarte si tienes algo para el dolor de cabeza.

Maud colgó.

—No quería interrumpirte.

—No había nada que interrumpir.

Al día siguiente Maud telefoneó a Blackadder. Fue un error táctico.

—¿El profesor Blackadder?

—Soy yo.

—Soy Maud Bailey, del Centro de Documentación de Estudios sobre la Mujer de Lincoln.

—Ah, sí.

—Estoy tratando de localizar a Roland Michell, con cierta urgencia.

—No sé por qué se dirige usted *a mí*, doctora Bailey. Últimamente no le veo nunca.

—Pensé que...

—Ha estado fuera recientemente. Está mal de salud desde que volvió. O eso creo, porque no le veo.

—Lo siento.

—No lo sienta. Me figuro que no será usted la responsable de su... enfermedad.

—Si le ve, ¿podría decirle que le he llamado?

—Si le veo se lo diré. ¿Quiere que le diga algo más?

—Que me llame.

—¿A propósito de qué, doctora Bailey?

—Dígale que está aquí la profesora Stern, de Tallahassee.

—Si me acuerdo, y si le veo, se lo diré.

—Muchas gracias.

Maud y Leonora salían de una tienda de Lincoln cuando estuvo a punto de matarlas un coche grande que iba marcha atrás a toda velocidad y sin hacer ruido. Llevaban unos caballitos de juguete, cabezas de terciopelo sobre palos de escoba, muy bien hechos, con largas crines sedosas y ojos bordados de aviesa expresión. Leonora los quería para varios ahijados, y decía que tenían pinta de ingleses y mágicos. El conductor del coche, al ver a las dos mujeres a través de un cristal ahumado, pensó que tenían pinta de venir de un culto extraño, con aquellas faldas vueludas y turbantes en la cabeza, y blandiendo sus animales totémicos. Hizo un gesto económico de desdén hacia el arroyo. Leonora alzó su caballito, y al son de sus campanillas le llamó cerdo, cabrón y anormal. Él, aislado contra sus imprecaciones, siguió con su maniobra, con peligro para una sillita de niño, una abuela, dos ciclistas, un chico de reparto y un Cortina, que detrás de él tuvo que recorrer toda la calle marcha atrás. Leonora tomó nota de la matrícula, que era ANK 666. Ni Maud ni ella habían visto nunca a Mortimer Cropper. Sus círculos de poder eran distintos: distintos congresos, distintas bibliotecas. Maud, por lo tanto, no sintió la más mínima amenaza ni

aprensión cuando el Mercedes desapareció por aquellas viejas callejuelas para las que no había sido diseñado.

De haber sabido Cropper que una de aquellas figuras cultuales era Maud Bailey, no se habría detenido; tampoco el acento americano de Leonora le llamó demasiado la atención. Iba en pos de otra cosa. Al poco rato el Mercedes tenía problemas con un carro de heno en las carreterillas tortuosas de las cercanías de Bag-Enderby. Al fin fue el carro el que tuvo que ceder, metiéndose precariamente contra un seto. Cropper llevaba cerrada la ventanilla, y refrigerado el aséptico interior de cuero.

La entrada a Seal Court estaba sembrada de carteles, unos viejos y verdosos, otros nuevos en rojo sobre blanco. PROPIEDAD PRIVADA NO PASAR. PROHIBIDO EL PASO. PERRO PELIGROSO. FINCA PROTEGIDA. NO SE RESPONDE DE ACCIDENTES. Cropper entró. La experiencia le había enseñado que la verbosidad escrita no era indicación de trampas mortales, sino su sustituto. Recorrió la avenida de hayas y metió el coche en el patio, y allí paró con el motor en marcha, meditando el paso siguiente.

Sir George, armado de su escopeta, se asomó a la ventana de la cocina y después salió a la puerta. Cropper seguía en su asiento.

—¿Se ha perdido?

Cropper bajó la gris ventanilla, y en lugar de un robusto decorado de película vio piedras ruinosas. Miró en derredor con mirada experta. Almenas rotas. Puertas desvencijadas. Hierbajos en el patio de caballerizas.

—¿Es usted sir George Bailey?

—Sí. ¿Puedo servirle en algo?

Cropper bajó del coche y paró el motor.

—¿Me permite que le dé mi tarjeta? Profesor Mortimer Cropper, de la Colección Stant de la Universidad Robert Dale Owen, Harmony City, Nuevo México.

—Debe ser un error.

—No, no lo creo. Vengo de muy lejos sólo para pedirle unos minutos de su tiempo.

—Tengo mucho que hacer. Mi mujer está enferma. ¿Qué quiere?

Cropper se adelantó hacia él y pensó preguntarle si podía pasar; sir George alzó un poco la escopeta. Cropper se detuvo en el patio. Llevaba una chaqueta suelta y elegante de lana y seda negra, pantalones gris marengo y una camisa de seda crema. Era delgado y musculoso; mostraba un lejano parecido a los Virginianos de la película, plantados como gatos en los corrales, prestos a saltar para un lado u otro, o a desenfundar.

—Creo que puedo decir sin temor a equivocarme que soy el primer experto mundial en Randolph Henry Ash. Ciertas fuentes me han inducido a pensar que podría usted estar en posesión de alguna documentación suya: digamos que alguna carta, algún borrador...

—¿Qué fuentes?

—Fuentes indirectas. Estas cosas siempre se acaban sabiendo, antes o después. Pues bien, sir George, yo represento, soy el conservador, de la mayor colección de manuscritos de R. H. Ash que hay en el mundo.

—Escuche, profesor, no me interesa. Yo no sé nada del tal Ash, ni quiero empezar a...

—Mis fuentes...

—Además, no me gusta que las cosas inglesas se vendan a extranjeros.

—¿Un documento que tenga que ver, quizá, con su ilustre antepasada Christabel LaMotte?

—Ni ilustre ni antepasada mía. Yerra usted en ambas cosas. Lárguese.

—Si me dejara entrar un momento para exponerle la cuestión..., simplemente saber a efectos académicos qué podría usted tener...

—No quiero más académicos en esta casa. No quiero injerencias de nadie. Tengo cosas que hacer.

—Pero no niega que tiene algo...

—Yo no digo nada. A usted no le importa. Salga de mi propiedad. Pobrecita poetisa de las hadas. Déjela en paz.

Sir George dio un par de pasos resueltos. Cropper alzó elegantemente sus elegantes manos; el cinturón de piel de cocodrilo se le corrió un poco, como un cinto de pistolero, sobre las escurridas caderas.

—No dispare. Me voy. Yo no molesto al que realmente no quiere. Pero permítame decirle una cosa. ¿Tiene usted idea de lo que podría valer uno de esos escritos, si lo hubiera?

—¿Valer en qué sentido?

—En dinero. En dinero, sir George.

Pausa.

—Por ejemplo: una carta de Ash, que no era más que una nota concertando una sesión con un retratista, se vendió recientemente en Sotheby's por quinientas libras. La compré yo, naturalmente. Podrá parecer jactancia, pero nosotros no tenemos una asignación con cargo al presupuesto de la universidad, sir George, tenemos sencillamente un talonario. Y si usted tuviera *más de una carta*, o un poema...

—Siga...

—Pongamos una docena de cartas largas..., o una veintena de cartas cortas de poco contenido..., llegaría fácilmente a las seis cifras y quizá a más. Seis cifras en libras esterlinas. Observo que su espléndida casa tiene muchos gastos de mantenimiento.

—¿Cartas de la poetisa de las hadas?

—De Randolph Henry Ash.

La roja frente de sir George se frunció meditabunda.

—Y si usted tuviera esas cartas las sacaría del país...

—Y las conservaría en Harmony City para tenerlas a disposición de todos los investigadores de todas las naciones. Estarían reunidas con las demás en condiciones perfectas de presión atmosférica, de humedad, de luz: nuestras condiciones de conservación y exhibición son las mejores del mundo.

—Yo soy de los que piensan que las cosas inglesas deben estar en Inglaterra.

—Es comprensible. Es un sentimiento admirable. Pero en estos tiempos del microfilm y la fotocopia... ¿qué aplicación tiene el sentimiento?

Sir George hizo un par de movimientos convulsivos con la escopeta, quizá producto de la meditación. Cropper, con sus ojos de lince puestos en los de sir George, seguía teniendo las manos un tanto absurdamente levantadas, y sonreía con una sonrisa oscuramente zorruna, no de preocupación pero sí de vigilancia.

—Si lo que usted me está diciendo, sir George, es que estoy totalmente equivocado al suponer que ha descubierto usted algunos manuscritos inéditos de importancia, o simplemente unos manuscritos, dígamelo sin más y me marcho inmediatamente. Aunque espero que acepte mi tarjeta; pudiera ser que un repaso más atento de unas cartas de Christabel LaMotte..., diarios, libros de cuentas..., revelase algo de Ash. Si tuviera usted alguna duda sobre el carácter de un manuscrito cualquiera, yo tendría mucho gusto en darle una opinión, una opinión sin compromiso, sobre su procedencia y su valor. Y su valor.

—No sé. —Sir George se replegó en la cerrilidad boyuna del caballero rural; Cropper vio un cálculo en sus ojos, y en ese momento supo sin lugar a dudas que había algo, y que sir George lo tenía a mano.

—¿Le puedo dar mi tarjeta sin que me mate?

—Sí, claro. Claro que puede. Pero conste que no le estoy diciendo que vaya a servir de nada, no le estoy diciendo...

—No me está diciendo nada. Sin compromiso. Entiendo perfectamente.

El Mercedes volvió a atravesar Lincoln más deprisa que a la ida. Cropper consideró, y desechó, la idea de visitar a Maud Bailey en aquel punto. Pensó en Christabel LaMotte. En alguna parte de la Colección Stant —para la cual tenía él una memoria amorosa y casi fotográfica, una vez activada— había algo relacionado con Christabel LaMotte. ¿Qué era?

Maud estaba cruzando la plaza del mercado de Lincoln entre los puestos cuando alguien la paró de un empujón. Era sir George, con un traje inesperado, ceñido y marrón verdoso. La agarró de una manga.

—¡Señorita! —dijo a voces—. ¿Usted sabe lo que puede costar una silla de ruedas eléctrica? O un ascensor de escalera, ¿tiene usted idea de lo que cuesta eso?

—No —dijo Maud.

—Pues debería enterarse. Acabo de hablar con mi abogado, y tiene una baja opinión de usted, Maud Bailey, una baja opinión.

—No acabo de ver...

—No me ponga esa cara de mosquita muerta. Seis cifras o más, según ese vaquero astuto del Mercedes. Usted de eso no había dicho ni palabra, quiá; usted no ha roto un plato en su vida.

—Se refiere a las cartas...

—A los Bailey de Norfolk jamás les importó un comino Seal Court. Sir George lo construyó para fastidiarlos, y en mi opinión se alegrarían mucho de verlo en ruinas, como en seguida lo estará. Pero una *silla de ruedas eléctrica*, jovencita, en eso debería usted haber pensado.

Maud sintió que la cabeza le daba vueltas. ¿Un vaquero en un Mercedes, por qué no el Servicio Nacional de Salud, qué iba a ser de las cartas, dónde estaba la felizmente ignorante Leonora, deambulante entre los puestos del mercado escogiendo platos?

—Lo lamento. No tenía la menor idea de su valor. Sabía que valdrían algo, claro está. Pensé que debían seguir estando donde estaban. Donde Christabel las dejó...

—Mi Joan está viva. *Ésa* está muerta.

—Por supuesto. Eso lo entiendo.

—«Por supuesto, eso lo entiendo». Pues no, no lo entiende. Mi abogado piensa que tiene usted algún propósito de beneficio *propio*: en su carrera, o quizá incluso revenderlas. Valiéndose de mi ignorancia, ¿estamos?

—Se equivoca.

—No lo creo.

Leonora apareció entre unas masas de flores de oscura fragancia y una fila de chaquetas de cuero embellecidas con calaveras.

—¿Alguien te está molestando, querida? —inquirió. Y exclamó a renglón seguido —: ¡Anda, si es el salvaje de la escopeta!

—¡Ésta! —dijo sir George, amoratado. No paraba de apretar y retorcer la manga de Maud—. Es una invasión de americanos. Están todos metidos en esto.

—¿En qué? —quiso saber Leonora—. ¿Es una guerra? ¿Un incidente internacional? ¿Te están amenazando, Maud?

Y avanzó sobre sir George, irguiéndose sobre él, desbordante de generosa indignación.

Maud, que presumía de afrontar con racionalidad las crisis, estaba intentando resolver qué temía más, si la cólera de sir George o el descubrimiento intempestivo,

por parte de Leonora, de su ocultación de las cartas. Resolvió que sir George era causa perdida, mientras que Leonora, sintiéndose ofendida o engañada, podía ser terrible. No por ello se le hizo más claro qué decir. Leonora asió el puñito flaco de sir George con sus manos largas y robustas.

—Suelte a mi amiga o llamo a la policía.

—No será usted quien la necesite, seré yo. Intrusas. Ladronas. Rapaces asquerosas.

—Quiere decir arpías, pero es un inculto.

—Leonora, *por favor*.

—Estoy esperando una explicación, señorita Bailey.

—En otro lugar y en otro momento. Se lo suplico.

—¿Qué hay que explicarle, Maud?

—Nada importante. ¿Pero no ve usted que no es el momento, sir George?

—Ya lo veo, ya. Quíteme las manos de encima, verdulera; *quite*. Espero no volver a verlas a ninguna de las dos.

Sir George dio media vuelta, se abrió paso entre el corrillo que se había formado y se marchó a toda velocidad.

—¿Qué hay que explicarle, Maud? —dijo Leonora.

—Luego te lo cuento.

—Eso espero. Estoy intrigada.

Maud se sintió al borde de la desesperación absoluta. Hubiera querido estar en cualquier otro sitio y momento. Pensó en el Yorkshire, en la luz blanca del salto de Thomasine, en las piedras sulfurosas y los amonites entrevistados en Boggle Hole.

Una celadora con tintineo de llaves y gesto de severidad en la negra cara hizo una seña a la pálida Paola.

—Teléfono —dijo—. Para los editores de Ash.

Paola siguió el ruido de llaves y las macizas caderas enchaquetadas por túneles de moqueta, hasta el teléfono de un punto de seguridad que la Factoría Ash tenía permitido usar, como gran concesión, en casos de emergencia.

—Paola Fonseca.

—¿Es usted la persona encargada de la edición de las Poesías Completas de Randolph Henry Ash?

—Soy su ayudante.

—Me han dicho que debo hablar con el profesor Blackadder. Me llamo Byng. Soy abogado. Hablo en representación de un cliente, que querría hacer una consulta acerca de..., bueno, del precio de mercado de ciertos... posibles manuscritos.

—¿Qué quiere decir *posibles*, señor Byng?

—Mi cliente no especifica. ¿Seguro que no puedo hablar directamente con el

profesor Blackadder?

—Voy a avisarle. Hay mucha distancia. No se impaciente.

Blackadder habló con el señor Byng. Cuando regresó a la Factoría Ash iba lívido, desencajado y en un estado de gran irritación.

—Un memo que quiere una tasación de un número indeterminado de cartas de Ash a una mujer indeterminada. Digo: cuántas son, cinco, quince, veinte. Byng dice que no lo sabe, pero que le han mandado decir que alrededor de unas cincuenta. Largas, dice, no citas de dentista ni notas de agradecimiento. Se niega a dar el nombre del cliente. Yo le he dicho que cómo voy a dar precio de algo que podría ser tan importante, sin haberlo visto. Y va y me dice el tal Byng que cree que hay ya una oferta del orden de seis cifras grandes. Oferta inglesa, pregunto, y Byng dice que no, no necesariamente. El cabrito de Cropper ha estado aquí, eso está claro. Digo: me puede usted decir desde dónde llama, y dice que desde Tuck Lane Chambers, Lincoln. Digo si puedo ver las cosas, y Byng dice que su cliente es muy refractario a que se le moleste y muy irascible. ¿Qué deduciría usted de todo esto? Yo deduzco que si les dijera una cifra tirando a generosa es posible que me dejaran echar una ojeada. Pero si lo hago jamás conseguiremos fondos para responder, si el cabrito de Cropper está por medio con su talonario inagotable y el cliente de Byng anda ya haciendo averiguaciones sobre el valor no literario sino comercial.

»¿Sabe usted lo que le digo, Paola? Que todo esto tiene algo que ver con el extraño comportamiento de Roland Michell y sus visitas a esa doctora Bailey de Lincoln. Ahora quisiera yo saber en qué se ha metido el joven Roland. Y además, ¿dónde está? Me va a oír a mí ése...

—¿Está Roland?

—No. ¿Quién es? ¿Es Maud Bailey?

—Soy Paola Fonseca. No sueno ni remotamente parecida a Maud Bailey. Val, tengo que hablar con Roland, es urgente.

—No me sorprende, ya no va a la biblioteca, se pasa el día aquí metido escribiendo...

—¿Está en casa?

—Qué prisas tenéis siempre, tú y Maud Bailey.

—¿Pero *qué* pasa con Maud Bailey?

—Nada, que echa el aliento por teléfono.

—Val, ¿está ahí Roland? Estoy en un pasillo y no me puedo entretener, ya sabes que estos teléfonos absurdos...

—Voy a llamarle.

—Roland, soy Paola. Oye, que estás en un lío. Blackadder está que echa chispas. Te anda buscando.

—Pues no ha debido buscar mucho. Estoy aquí. Trabajando en el artículo.

—No me entiendes. Escucha: no sé si esto te dirá algo. Le ha llamado por teléfono un tal Byng, que quiere que tase una colección de unas cincuenta cartas de Ash a una mujer.

—¿Qué mujer?

—Byng no lo dijo. Blackadder cree que lo sabe. Cree que tú también lo sabes. Cree que estás haciendo algo a sus espaldas. Dice que eres un traidor. ¿Estás ahí, Roland?

—Sí. Estaba pensando. No sabes cómo te agradezco que me llames, Paola. No sé por qué te has molestado, pero te lo agradezco.

—Porque detesto el ruido, sencillamente.

—¿El ruido?

—Sí. Si vienes se pondrá a dar gritos y no parará. Me pone mala. Detesto el griterío. Además te tengo cariño.

—Muchas gracias. Yo también detesto el griterío. Detesto a Cropper. Detesto la Factoría Ash. Me gustaría estar en cualquier otro sitio, me gustaría desaparecer de la faz de la tierra.

—Pide una beca para Auckland o Erevan.

—Un hoyo en el suelo, más bien. Dile que no sabes dónde estoy. Y gracias.

—Val parece estar enfadada.

—Es endémico. Ésa es una de las razones de que yo odie el griterío. Básicamente es culpa mía.

—Vuelve la celadora. Me voy. Cuídate.

—Gracias por todo.

Roland salió a la calle. Se sentía totalmente desvalido y desesperado. El decirse que cualquier hombre inteligente que estuviera en su situación habría previsto estas posibles complicaciones no le ponía mejor, sino peor. Emocionalmente había estado del todo convencido de que las cartas seguirían siendo su secreto particular mientras él no quisiera divulgarlo, mientras no conociera el final de la historia, mientras... mientras no supiera qué habría querido Randolph Ash que se hiciera. Val le preguntó dónde iba, y él no contestó. Echó a andar por Putney High Street en busca de una cabina telefónica que no estuviera destrozada. Entró en una tienda de comestibles india y allí se proveyó de una tarjeta de teléfono y un montón de moneda suelta. Cruzó el puente de Putney y pasó a Fulham, donde vio una cabina de las de tarjeta

que debía funcionar, porque tenía una larga cola. Esperó. Dos personas, un hombre negro y una mujer blanca, agotaron sus tarjetas. Otra mujer blanca hacía un complicado enjuague en el aparato con las llaves del coche y hablaba interminablemente. Roland y sus compañeros de cola se miraron, y empezaron a rodear la cabina como hienas, con miradas asesinas y dando de vez en cuando una palmada en el vidrio. Cuando por fin salió la mujer iracunda, sin mirar a derecha ni izquierda, los predecesores de Roland tuvieron la amabilidad de ser breves. No se sintió mal mientras hacía cola. Nadie sabía dónde estaba.

Descolgaron.

—¿Maud?

—Ahora mismo no se puede poner. ¿Quiere dejar un recado?

—No. Es igual. Estoy en una cabina. ¿Cuándo estará de vuelta?

—No ha salido, es que se está bañando.

—Tengo cierta prisa. Hay gente haciendo cola.

— MAUD. Acabo de llamarla. No cuelgue, voy a ver si... MAUD.

¿Cuándo tocarían en el vidrio?

—Ahora mismo viene. ¿De parte de quién le digo?

—Es igual, si ya viene.

Se imaginó a Maud, mojada, dentro de una toalla blanca. ¿Quién sería aquella americana? Debía ser Leonora. ¿Le habría dicho algo Maud a Leonora? ¿Podría decirle algo a él, delante de Leonora?

—¿Diga? Soy Maud Bailey.

—Maud. Por fin. Maud. Soy Roland. Te llamo desde una cabina. Esto se está poniendo mal...

—Ya lo creo, tenemos que hablar. Leonora, ¿te importa que me lleve el teléfono al dormitorio? Es una llamada un poco privada. —Un hiato. Una reconexión—. Roland, ha venido Mortimer Cropper.

—A Blackadder le ha llamado un abogado.

—Sir George me montó una escena horrorosa en Lincoln, hablando de sillas de ruedas eléctricas. Necesita dinero.

—Era el abogado de él. ¿Está muy enfadado?

—Está furioso. Y encima vio a Leonora.

—¿A ella se lo has contado?

—No. Pero no puedo seguir adelante sin que lo adivine. Cada día que pasa es peor.

—Vamos a quedar fatal con todos. Cropper, Blackadder, Leonora.

—Oye, a propósito de Leonora: ha descubierto la fase siguiente. Christabel se fue a casa de la familia de Bretaña. Había una prima que escribía poemas. Los tiene una profesora francesa que ha escrito a Leonora. Estuvo allí algún tiempo. Podría

coincidir con el suicidio. Nadie sabía dónde estaba.

—Eso querría yo para mí. La verdad es que he salido huyendo por si me mandaba a buscar Blackadder.

—Yo he intentado telefonearte, no sé si ella te lo habrá dicho. Por la voz no parecía muy dispuesta. Ya ni sé qué estamos haciendo ni qué pretendíamos hacer. ¿Cómo pudimos pensar que se lo podíamos tener oculto a C y B?

—Y a Leonora. No lo pretendíamos..., una vez que supiéramos todo lo que pudiéramos averiguar. Necesitábamos tiempo. Es una Búsqueda nuestra.

—Ya lo sé. Pero no es así como lo van a entender.

—Yo quisiera desaparecer.

—No haces más que decirlo. Yo también. Ya está bien con tener que vivir con Leonora, para que encima salga sir George...

—¿Es muy molesta? —Se sorprendió desechando voluptuosamente una visión de Leonora, a la que no había visto jamás, desliando la toalla blanca imaginada. Maud bajó la voz.

—No hago más que acordarme de aquello de las camas vacías que decíamos en la cascada.

—Yo también. Y de la luz blanca sobre la piedra. Y del sol en Boggle Hole.

—Allí sabíamos dónde estábamos. Deberíamos desaparecer sin más. Como Christabel.

—¿Irnos a Bretaña, quieres decir?

—No necesariamente. Aunque también. Ya puestos. *¿Por qué no?*

—Yo no tengo dinero.

—Yo sí. Y coche. Y hablo bien el francés.

—Yo también.

—No sabrían dónde estamos.

—¿Ni siquiera Leonora?

—Si le digo una mentira, no. Cree que tengo un amante en secreto. Es un alma romántica. Sería una mentira horrible, echar a correr con su información y traicionarla.

—¿Conoce a Cropper y a Blackadder?

—No tiene trato con ellos. Ni sabe quién eres tú. Ni siquiera cómo te llamas.

—Val se lo podría decir.

—La sacaré de este piso. Haré que la inviten a otro sitio. Así, si llama Val, no contestará nadie.

—Yo no he nacido para conspirador, Maud.

—Ni yo tampoco.

—No tengo valor para volver a casa. Puede ser que Blackadder... Puede ser que Val...

—Tienes que volver. Vuelves, armas una gresca, coges el pasaporte sin decir nada y todos los papeles, y te largas sin más. A uno de esos hotelitos de Bloomsbury.

—Están demasiado cerca del Museo Británico.

—Pues a uno de Victoria. Yo despacharé a Leonora y me iré para allá. Conozco uno donde iba en tiempos...

CAPÍTULO XIX

Sopla el viento enfurecido;
lanza sus iras el mar
contra los muros del puerto
y la torre señorial.
Clamores rasgan la noche,
voces que vienen y van;
el pueblo corre las calles
huyendo del temporal.
En vano al pie de la torre
llaman, tornan a llamar:
la torre sigue dormida
y cerrado su portal.

Dentro Dahud y su amante
yacen en tierna amistad,
entre blancuras de seda
y silencios de cristal.
Pero él, sintiendo en el aire
como el presagio de un mal,
del blando seno levanta
la frente para escuchar.
«Reina, oigo voces que gritan
y fragor de tempestad.»

«Ve a asomarte a la ventana
y dime cómo está el mar:
qué color trae, cómo rompe
y qué otras señales da.»

«Reina, sus olas son verdes,
tenebroso el cielo está.
Las barquillas en el golfo
vuelan de acá para allá

como gaviotas perdidas
que arrastrara el temporal.»

«Vuelve a abrazarme y no temas,
que mis besos cubrirán
con su fuerza en tus mejillas
los gritos de la ciudad,
con su fiebre en tus oídos
las amenazas del mar.»

Él la obedece, hechizado;
hasta que en el mismo umbral
de la torre oye las olas.
«Reina, alzaos, que llega ya.»

«Nada temas», le responde;
«del umbral no pasará.
Ve a asomarte a la ventana
y dime cómo está el mar:
qué color trae, cómo avanza
y qué otras señales da.»

«Reina, sus olas son blancas,
el cielo velado está;
flotan hombres entre espumas
y los va tragando el mar.»

«Vuelve a mis brazos. ¿Qué importa
la suerte de su ruindad?
Tú estás seguro conmigo;
mi poder le detendrá.»

Pero él de nuevo se agita;
«Reina, alzaos», vuelve a clamar.

Y ella: «Ve tú a la ventana
y dime cómo está el mar:
qué color trae, cómo asciende
y qué otras señales da.»

«Reina, negras son sus olas:

hierva como de alquitrán.
Sube y sube con mil bocas
abiertas de par en par;
dientes de espuma en la torre
clava con sañudo afán;
crece en formas monstruosas
que revuelve sin cesar.
No se ve el cielo, señora:
las estrellas ya no están.
Corren aguas turbulentas
en lo que era la ciudad;
ni el campanario más alto
se podría ya encontrar.
Ahora hay rechinar de hierros;
la torre empieza a oscilar;
ríe el mar, levanta el puño,
prepara el golpe mortal.
Reina, alzaos, que nos hundimos:
reina, nos devora el mar.»

CHRISTABEL LAMOTTE,
La ciudad de Is

Estaban encerrados en un camarote del *Prince of Brittany*. Era de noche: se oía el ronquido acompasado de los motores, y más allá y en derredor la poderosa, inmensa agitación del mar. Estaban los dos cansados por sobreexcitación. Habían visto, desde cubierta, fulgurar y achicarse las luces de Portsmouth. Habían estado separados, sin tocarse, aunque anteriormente, en Londres, embargados por una oscura emoción, se precipitaran el uno en brazos del otro. Ahora estaban sentados en la litera de abajo, bebiendo whisky libre de impuestos y agua, en los vasos de lavarse los dientes.

—Debemos ser un par de locos —dijo Roland.

—Lo somos. Y malos. Yo le he mentado descaradamente a Leonora. Y peor todavía: copié la dirección de Ariane Le Minier cuando no me veía. Soy igual de mala que Cropper y Blackadder. Todos los investigadores están un poco locos. Todas las obsesiones son peligrosas. Ésta se nos ha ido un poco de las manos. Pero ¿y la dicha de respirar el aire del mar y no tener que compartir el piso con Leonora durante las próximas semanas?

Era extraño oír a Maud Bailey hablar desafortadamente de locuras y dichas.

—Yo creo que he perdido prácticamente todo lo que tenía o me importaba. Mi

modesto trabajo en la Factoría Ash. Val. Lo cual quiere decir mi casa, porque la casa es de ella, es ella la que paga el alquiler. Debería estar sintiéndome fatal. Y probablemente lo estaré. Pero en este momento me siento absolutamente... lúcido, y *soltero*, por decirlo de algún modo. Debe ser cosa del mar. Si me hubiera enterrado en Londres me sentiría simplemente estúpido.

No se tocaban. Estaban sentados a una distancia amigable, pero no se tocaban.

—Curiosamente —dijo Maud—, si estuviéramos obsesos el uno por el otro no le pareceríamos locos a nadie.

—Val cree que lo estamos. Ha llegado incluso a decir que era más sano que estar obseso por Randolph Ash.

—Leonora cree que he salido corriendo en respuesta a la llamada telefónica de un amante.

Roland pensó: toda esta lucidez vertiginosa depende de que no estemos obsesos el uno por el otro.

—Estas camitas son blancas y limpias —dijo.

—Efectivamente. ¿Prefieres la de arriba o la de abajo?

—Me es indiferente. ¿Y tú?

—Me quedo con la de arriba. —Se echó a reír—. Leonora diría que es por lo de Lilit.

—¿Por qué Lilit?

—Porque Lilit se negaba a ocupar la posición inferior. Por eso Adán la despidió, y ella erró por los desiertos de Arabia y las tinieblas exteriores. Es un avatar de Melusina.

—Yo no veo que importe, arriba o abajo —dijo Roland imperturbable, perfectamente consciente del absurdo alcance de este comentario entre la mitografía, las preferencias sexuales y el reparto de literas. Se sentía feliz. Todo era absurdo y armonioso. Abrió la ducha.

—¿Quieres ducharte? Es agua salada.

—En efecto. Una ducha de agua de mar bajo el mar. *Estamos bajo el mar*, ¿no?, en este camarote. Pasa tú primero.

El agua siseaba, picaba y calmaba. Fuera, esa misma agua corría oscura, partida por la gran mole del barco, y más allá sostenía la efervescencia y el equilibrio de una fauna invisible, manadas de marsopas y de delfines cantores amenazados, masas veloces de caballas y pescadillas, los doseles propulsivos de las medusas, el semen fosforescente de los arenques, que Michelet, mezclando géneros y funciones según su costumbre, llamaba el mar de leche, *la mer de lait*. Roland, tendido apaciblemente en la litera de abajo, pensó en una frase mágica de Melville, sobre bancos de, ¿qué era exactamente?, corriendo bajo la almohada. Oía el agua de la ducha romperse y tamborilear en el cuerpo invisible de Maud, que imaginaba tranquila y vagamente, sin

urgencia ni precisión, blanco como la leche, girando a un lado y otro bajo los chorros y el vapor ascendente. Vio sus tobillos cuando subió por la escala, blanca y bien formada, envuelta en algodón blanco y un aura de polvos con aroma de helecho y pelo mojado. Sintió un gran contento de que estuviera allí metida, invisible e inaccesible pero allí. «Que duermas bien», dijo ella, y él respondió: «Igualmente, buenas noches.» Pero estuvo mucho tiempo sin dormirse, con los ojos abiertos en la oscuridad y el oído voluptuosamente atento a los pequeños chirridos y crujidos, suspiros y corrimientos con que ella se movía allá arriba.

Maud había telefoneado a Ariane Le Minier, que estaba a punto de irse de vacaciones al sur pero quedó en verlos un rato. Hicieron un pacífico viaje a Nantes en el coche, con buen tiempo, y almorzaron con ella en un restaurante sorprendente, misteriosa y brillantemente decorado con azulejos turcos *fin-de-siècle*, columnas, vidrieras opulentas. Ariane Le Minier era joven, calurosa y decidida; llevaba el pelo negrísimo cortado con exacta geometría, en ángulo sobre la nuca, en línea recta sobre la frente. Las dos mujeres se cayeron bien; compartían la pasión de la exactitud en su manera de investigar, y hablaron de la liminalidad y de la naturaleza de la forma monstruosa de Melusina como una «zona de transición», en la terminología de Winnicott: una construcción imaginaria que libera a la mujer de identificarse sexualmente. Roland habló muy poco. Era su primera comida francesa en Francia, y estaba desbordado por la precisa sensualidad del marisco, del pan recién hecho, de las salsas cuya sutileza pedía análisis y lo frustraba.

La tarea de Maud era delicada. Tenía que obtener acceso a los papeles de Sabine de Kercoz sin decir exactamente por qué y sin explicar la relación entre su solicitud y la ausencia de Leonora. En un primer momento pareció como si la inminente partida de Ariane lo pusiera todo más difícil. Los papeles estaban guardados bajo llave, y realmente no era posible consultarlos en su ausencia.

—Si hubiera sabido que venían...

—Nosotros mismos no lo sabíamos. Resultó que teníamos estos días de vacaciones. Pensamos hacer un viaje por la Bretaña y ver la casa natal de LaMotte.

—No hay nada que ver, desdichadamente. Se quemó en la Primera Guerra Mundial. Pero aunque sólo fuera ver Finistère y la bahía de Audierne —donde según la tradición está sepultada Is—, y la Baie des Trépassés, la Bahía de los Muertos...

—¿Ha averiguado algo más sobre la visita de LaMotte en el otoño de 1859?

—Ah, tengo una sorpresa para ustedes. Después de escribir a la profesora Stern he hecho un descubrimiento: he encontrado un *journal intime* de Sabine de Kercoz que cubre casi toda la visita de LaMotte. Sospecho que Sabine lo escribió imitando a George Sand..., y por eso lo escribió en francés y no en bretón, que hubiera sido lo

más natural.

—No se puede figurar lo que me gustaría verlo...

—Es que tengo una sorpresa más. Les he sacado una fotocopia. Para que la vea la profesora Stern, y por lo mucho que admiro sus trabajos sobre Melusina. Y en compensación por mi ausencia y el cierre del archivo. La fotocopidora es un gran invento democrático. Y deberíamos compartir nuestras informaciones, ¿no le parece? Es un principio feminista, la cooperación. Me parece que le va a sorprender mucho el contenido de ese diario. Espero que podamos discutir sus implicaciones una vez que lo haya leído. Ahora no digo más. No se debe estropear una sorpresa.

Maud se declaró sorprendida y agradecida, con cierta confusión. Le pesaba en el alma lo que pudiera decir Leonora. Pero la curiosidad y la codicia narrativa pesaban más.

Al día siguiente cruzaron la Bretaña hasta el confín de la tierra, Finistère. Pasaron por los bosques de Paimpont y Brocéliande, y llegaron a la tranquila bahía cerrada de Fouesnant, donde encontraron hotel en Le Cap Coz, un hotel que conjugaba la aspereza ventosa del norte con algo más soñador, más suave y más meridional; que tenía una terraza y una palmera, con vistas a un pinar casi mediterráneo, y más allá del pinar a una bahía arenosa y un mar verdiazul. Allí, durante los tres días siguientes, leyeron el diario de Sabine. Lo que pensaron se dirá después. Esto es lo que leyeron.

SABINE LUCRÈCE CHARLOTTE DE KERCOZ.
JOURNAL INTIME.
COMENZADO, EN LA CASA SOLARIEGA DE KERNEMET, EL DÍA

13 de octubre de 1859

El espacio vacío de estas hojas blancas me llena de temor y de deseo. Aquí puedo escribir lo que quiera, así que ¿cómo decidiré por dónde empezar? En este libro será donde me haga escritora de verdad; aquí aprenderé el oficio, y aquí anotaré cuantas cosas de interés me sucedan o descubra. Es un cuaderno que le he pedido a mi amado padre, Raoul de Kercoz, que utiliza estos volúmenes encuadernados para sus anotaciones del folclore y sus observaciones científicas. He acometido esta tarea de escribir por sugerencia de mi prima, la poeta Christabel LaMotte, que dijo una cosa que me hizo mucha mella. «Un escritor sólo se hace escritor de verdad practicando

su oficio, experimentando constantemente con el idioma, de la misma manera que un gran artista experimenta con el barro o con el óleo hasta que la materia se hace en él una segunda naturaleza, que puede moldear a su antojo.» Dijo además, cuando yo le hablé de mi gran deseo de escribir, y de la gran ausencia en mi existencia cotidiana de cosas de interés, acontecimientos o pasiones, que era esencial la disciplina de poner por escrito todo aquello que hubiera en mi vida digno de atención, por vulgar o aburrido que a mí me pudiera parecer. Ese registro diario, dijo, tendría dos virtudes. Daría flexibilidad a mi estilo y exactitud a mi observación para cuando llegara el momento —que en toda vida ha de llegar— en que algo portentoso pidiera a gritos —dijo «pidiera a gritos»— ser contado. Y me haría ver que en realidad no hay nada aburrido en sí, nada que no tenga su interés. Contempla, dijo, tu propio huerto en un día de lluvia, este terrible litoral vuestro, con ojos de forastero, con mis ojos, y verás que están llenos de magia, y de colorido, triste pero variado y hermoso. Examina los cacharros viejos y los platos sencillos y resistentes de vuestra cocina con los ojos de un nuevo Vermeer que hubiera venido a convertirlos en armonía con un poquito de sol y de sombra. Un escritor no puede hacer eso, pero piensa lo que sí puede hacer un escritor, siempre suponiendo que tenga el suficiente oficio.

Veo que llevo ya escrita una página, y lo único de valor que hay en ella son los preceptos de mi prima Christabel. Es lógico que sea así: ella es la persona más importante que hay en mi vida presente, y además de eso un ejemplo luminoso, por ser a la vez una escritora reconocida de cierta importancia y mujer, y por lo tanto un signo de esperanza, una guía para todas nosotras. No sé hasta qué punto le agrada ese papel; la verdad es que me parece que sé muy poco de lo que piensa y siente en su interior. Me trata, con la mayor dulzura posible, como si ella fuera una institutriz y yo una pupila agotadora, llena de entusiasmos, nunca quieta, con una enorme ignorancia de la vida.

Si se parece a una institutriz, estoy segura de que es a la romántica Jane Eyre, tan poderosa, tan apasionada, tan observadora por debajo de su sobriedad exterior.

Las dos últimas frases me llevan a pensar en un problema. ¿Estoy escribiendo esto para que Christabel lo vea, como una especie de deberes —de ejercicios de escritura—, o incluso como una especie de carta íntima, para que ella la lea a solas, en momentos de

contemplación y retiro? ¿O lo estoy escribiendo como cosa privada para mí, por ser totalmente sincera conmigo misma, en aras sólo de la verdad?

Yo sé que *ella* preferiría lo segundo. Así que voy a guardar este volumen bajo llave, por lo menos durante sus primeros tiempos, y escribir en él sólo lo que deban leer mis ojos únicamente, y los del Ser Supremo (la deidad de mi padre, cuando no parece creer en otras mucho más antiguas, Lug, Dagda, Taranis. Christabel tiene una devoción a Jesús fuerte pero peculiarmente inglesa, que yo no entiendo del todo, como tampoco tengo claro de qué comunión es, si católica o protestante).

Una lección. La obra escrita para un solo par de ojos, los del escritor, pierde algo de vitalidad, pero a cambio gana una cierta libertad, y, y esto me sorprende un tanto, madurez. Pierde el deseo, femenino además de infantil, de *encantar*.

Voy a dar comienzo a esta obra describiendo Kernemet como es hoy, a esta hora, a las cuatro de una tarde de otoño oscura y brumosa.

He pasado toda mi corta vida —que a mí a veces me ha parecido muy larga y lenta— en esta casa. Christabel se sorprendió, según dijo, al verla tan hermosa y a la vez tan sencilla. Pero no, no voy a decir lo que ha dicho Christabel, voy a registrar lo que yo misma descubro en algo que me es tan conocido que en los momentos de *ennui* casi ni lo veo.

Nuestra casa está hecha de granito, como casi todas las casas de esta costa, y es larga y baja, con tejados empinados y puntiagudos de pizarra y *pignons*. Tiene alrededor un muro alto, para crear un espacio resguardado del viento, además de privado. Todo lo de por aquí está hecho para soportar los incesantes vientos y las fuertes lluvias del Atlántico. La pizarra suele estar más reluciente de humedad que seca. A mí me gusta mucho también en verano, cuando brilla de calor. Nuestras ventanas son profundas y hacen arcos altos, como las de iglesia. Nuestra casa tiene sólo cuatro habitaciones grandes, dos en el piso de arriba y dos en el de abajo, cada una con dos ventanas profundas en paredes diferentes, para iluminar en todo tiempo. Fuera hay también una torrecilla que tiene arriba un palomar, y abajo un sitio para perros. Sin embargo, Dog Tray y el braco de mi padre, Mirza, viven dentro de la casa. Detrás de la casa, resguardado del Océano, está el huerto, donde yo jugaba cuando era niña, que entonces me parecía infinitamente espacioso y ahora es demasiado pequeño.

También el huerto está vallado con un muro de piedras en seco y enormes cantos rodados del mar, que según los campesinos «gastan» el viento, rompiendo su fuerza entre innumerables agujeros y resquicios. Cuando hay tormenta y el viento sopla de esa dirección, el muro entero canta, un canto pedregoso como el de una playa de guijarros. Todo este país está lleno del canto del viento. Cuando sopla, la gente hinca los pies con más fuerza, y, por decirlo así, cantan al viento, los hombres ahuecando la voz y las mujeres elevando su registro.

(Eso no ha quedado mal. Y ahora que lo he escrito me invade una especie de amor estético a mis paisanos y a nuestro viento. Pasaría, si fuera poeta, a escribir el poema de sus quejas. O, si fuera novelista, diría sin faltar a la verdad que su monótono canto puede hacer delirar por un poco de silencio, en los largos días del invierno, como el hombre que se muere de sed en el desierto. Los salmos cantan la alabanza del fresco abrigo de las rocas bajo el calor ardiente. Aquí nosotros tenemos sed de unas gotas de silencio seco y luminoso.)

Ahora mismo hay en la casa tres personas tranquilamente sentadas en tres habitaciones, escribiendo. Mi prima y yo tenemos las dos de arriba: ella tiene la que fue la habitación de mi madre, que mi padre nunca ha querido que yo ocupe (ni yo tampoco, si vamos a eso). Desde estas habitaciones de arriba se ven los campos hasta el borde del acantilado, y más allá la superficie movida del mar. Es decir, cuando hace malo, entonces se mueve, sube y baja. Cuando hace bueno, es sólo la luz lo que parece moverse. ¿Es así? He de comprobarlo. Otro punto de interés.

Mi padre ocupa una de las habitaciones de abajo, que le sirve a la vez de biblioteca y dormitorio. Tres paredes de esa habitación están forradas de libros, y él siempre está lamentándose del efecto terrible del aire húmedo del mar sobre sus hojas y sus encuademaciones. Cuando yo era pequeña, una de mis tareas era sacar brillo a las tapas de cuero con una mezcla protectora de cera de abejas y no sé qué más —¿goma arábica? ¿trementina?— que él mismo había inventado. Eso era lo que hacía en lugar de bordar. Sé remendar una camisa, eso lo he tenido que aprender por necesidad, y sé hacer bien la costura sencilla en blanco; pero de las labores femeninas más delicadas no sé hacer ninguna. Recuerdo el rico olor de la cera como las niñas mimadas recuerdan el agua de rosas y la esencia de violeta. Me ponía las manos flexibles y brillantes. En aquellos tiempos

hacíamos la vida, los dos, en aquella habitación, con una buena chimenea encendida, además de una especie de estufa de cerámica.

Mi padre tiene una cama de caja de estilo bretón, que es como un gran armario, con sus escalones y su puerta con respiraderos. La de mi madre tenía colgaduras gruesas de terciopelo, con trencillas y bordados. Hace dos meses mi padre me mandó limpiarlas; no dijo por qué; yo me hice la absurda idea de que tenía algún proyecto de casarme, y quería preparar la habitación de mi madre como cámara nupcial. Cuando bajamos las colgaduras, estaban cargadas de polvo, y Gode se puso muy mala sacudiéndolas en el patio, porque se le llenaron los pulmones de las telarañas y la suciedad de toda una vida (*mi vida*). Y una vez sacudidas se quedaron en nada, con la costra se les fue toda la materia, y aparecieron agujeros enormes y siete por todas partes. Entonces dijo mi padre: «Va a venir tu prima de Inglaterra, hay que sacar ropa de cama nueva de algún sitio.» Yo hice una cabalgada de un día hasta Quimperlé para pedírsela a Madame de Kerléon, y ella me dio un juego de lino rojo en buen estado, diciéndome que no lo necesitaba de momento. Lleva una cenefa bordada de azucenas y eglantinas que a mi prima le gusta mucho.

Se dice que estas camas de caja de Bretaña, que son como cuartitos de madera, se inventaron como protección contra los lobos. Todavía quedan lobos por las tierras altas y las parameras de esta parte del mundo, y en los bosques de Paimpont y Brocéliande. Cuentan que, antiguamente, en las aldeas y las alquerías, estas alimañas entraban en las casas y se llevaban a los niños que dormían en la cuna junto a la chimenea. Por eso los campesinos y granjeros, para tener a salvo a sus hijos, los dejaban encerrados dentro de las camas de caja y atrancaban bien la puerta antes de salir al campo. Gode dice que así se los protege también de los cerdos sueltos que en todo meten el hocico, y de las gallinas voraces que entran y salen de las casas, y lo mismo pican en un ojo que en una oreja, un piececito o una manita.

Gode me aterrorizaba, cuando yo era pequeña, con esas historias pavorosas. Yo iba con miedo de los lobos de día y de noche, y de los hombres-lobo también, aunque no puedo decir que jamás haya visto un lobo, ni desde luego lo he oído, aunque Gode alzaba un dedo en las noches de nevada cuando aullaba *algo*, y decía: «Se acercan los lobos; están hambrientos.» En este país de brumas dice mi padre que las líneas de separación entre el mito, la leyenda y la realidad no

están marcadas, son como un arco de piedra que empezara en este mundo y acabara en otro, o más bien como una serie de velos movidos o telarañas tejidas entre una habitación y otra. Vienen los lobos; y hay hombres tan malos como los lobos; y hay hechiceros que creen controlar esos poderes, y hay la creencia del campesino en los lobos y en la necesidad de poner puertas macizas entre el niño y todos esos peligros. En mi infancia el miedo a los lobos no era mucho mayor que el miedo a ser encerrada, sin luz, en aquella caja, que a veces más parecía un cofre o nicho de un panteón que un escondite seguro (una cueva de ermitaño cuando yo jugaba a ser Lanzarote, antes de saber que era sólo una mujer y tenía que contentarme con ser Elaine la de las Blancas Manos, que no hacía más que sufrir, lamentarse y morir). Era tal la oscuridad que había en aquella cama, que yo pedía luz a gritos, a menos que estuviera muy enferma o muy triste, y entonces me hacía una bolita, como si fuera un erizo o una oruga dormida, y me estaba quieta como una muerta, o como se está antes de nacer, o entre el otoño y la primavera (el erizo) o entre el estado de arrastrarse y el de volar (la oruga).

Ahora estoy haciendo metáforas. Christabel dice que Aristóteles dice que una buena metáfora es señal del genio verdadero. Este escrito ha recorrido un largo trecho, desde su inicio formal, hacia atrás en el tiempo y hacia dentro en el espacio, hasta mis propios comienzos en una cama de caja, dentro de la cámara que hay dentro de la casa que hay dentro del muro protector.

Tengo mucho que aprender sobre cómo organizar mi discurso. Cuando estaba escribiendo sobre la cama de mi padre, quería a la vez describir la de mi madre, que iba a continuación, y hacer una disquisición o digresión sobre las camas de caja y la frontera entre la realidad y la fantasía, que también iba a continuación. No me ha salido del todo bien: hay huecos y saltos torpes en la secuencia, como agujeros demasiado grandes en el muro de piedras. Pero algo queda hecho, y ¡qué *interesante* es todo, visto como una labor que se puede mejorar, o rehacer, o desechar, como un trabajo de aprendiz!

¿Qué viene después? Mi historia. La historia familiar. ¿Novios? No los tengo, no veo a nadie, no sólo no he estado en relaciones ni he rechazado a ningún pretendiente, sino que nunca he estado con nadie a quien se pudiera considerar como tal. Mi padre parece creer que todo se andará, por un proceso suave e inevitable, «a su debido tiempo», que él piensa que todavía está lejos; y yo pienso que ya casi

pasado y perdido. Tengo veinte años. Sobre eso no voy a escribir. No puedo dominar mis pensamientos, y Christabel dice que este diario debe estar libre de «los vapores repetitivos y los suspiros extáticos de las chicas vulgares con sentimientos vulgares».

Lo que está claro es que he descrito la casa, en parte, pero no a las personas. Mañana describiré a las personas. «La acción, no el carácter, es la esencia del drama trágico», dijo Aristóteles. Mi padre y mi prima estuvieron hablando de Aristóteles anoche, después de cenar; pocas veces había visto a mi padre tan animado. Yo creo que la esencia del drama trágico es la *inacción*, en el caso de muchas mujeres modernas, pero no me atreví a soltar ese casi-chiste, porque estaban discutiendo en griego, que Christabel aprendió de su padre, pero que yo no sé. Cuando pienso en las princesas medievales que gobernaban sus casas durante las Cruzadas, o en las prioras que dirigían la vida de grandes abadías, o en Santa Teresa saliendo de pequeña a luchar contra el mal, como dice el Jacques de George Sand, pienso que la vida moderna ha caído en una especie de blandura. De Balzac dice que las nuevas ocupaciones de los hombres en las ciudades, su trabajo en los negocios, han convertido a las mujeres en *juguets* bonitos y periféricos, todo seda, perfume y llenas de las *fantaisies* y las intrigas del *boudoir*. A mí me gustaría *ver* la seda de capullos y conocer la atmósfera de un *boudoir*, pero no quiero ser una persona relativa y pasiva, en ninguna parte. Quiero vivir, amar y escribir. ¿Será pedir demasiado? ¿Serán vapores, esta declaración?

Jueves, 14 de octubre

Dije que hoy describiría a los personajes. Veo que me da miedo, ésa es la palabra justa, describir a mi padre. Siempre ha estado conmigo, y siempre ha sido el único que estaba conmigo. Mi madre no es mi madre sino uno de sus relatos, que en la infancia yo no distinguía de la realidad, a pesar de que él insistía siempre escrupulosamente en mi obligación de ser veraz. Mi madre procedía del sur, había nacido en Albi. «Echaba de menos el sol», solía decir él. Tengo una imagen clara de su lecho de muerte. Mi padre me contó que me llamaba, que estaba trastornada de pensar qué iba a ser de mí, en este país agreste, sin una madre que me cuidase. Pedía a gritos, aunque ya no le quedaban fuerzas para nada, ver a la niña, y

cuando me llevaron se serenó, volvió hacia mí su cara pálida y se serenó, dice él. Y dice que él prometió ser padre y madre para mí, ambas cosas, y ella dijo que haría mejor en volverse a casar, y él dijo que no, que eso nunca, que él era de los que sólo aman una vez. Ha intentado ser ambas cosas, padre y madre para mí, pero el pobrecillo no tiene mucha mano para el lado práctico de la vida; y no porque no sea bueno y cariñoso, que lo es y mucho, sino porque no vale para tomar decisiones prácticas como haría una mujer. Y porque no tiene ningún conocimiento de lo que yo temo. Ni de lo que yo deseo. Pero me tomaba en sus brazos con dulzura infinita cuando yo era niña, lo recuerdo, y me besaba y apaciguaba, y me leía cuentos.

Veo que uno de mis defectos como escritora va a ser la tendencia a abalanzarme en todas direcciones a la vez.

Me da miedo describir a mi padre porque lo que hay entre nosotros es convenido y tácito. Por las noches oigo su respiración en la casa, y si flaqueara o cesara lo notaría inmediatamente. Lo sabría, creo, si le pasara algo, aunque estuviera muy lejos de él. Y él lo sabría si yo estuviera en peligro, o enferma, estoy segura. Parece una persona muy abstraída, muy enfrascada en su trabajo, pero tiene un sexto sentido, un oído interior, que me oye. Cuando yo era pequeña me ataba a su escritorio con una banda larga de lino, como una cuerda, y yo correteaba por su habitación y por la sala grande tan contenta. Tiene un libro con un emblema antiguo de Cristo y el Alma, en el que el Alma corretea por la casa atada con una banda igual; dice que de ahí sacó la idea. Yo después he leído *Silas Marner*, que es la historia de un viejo soltero que ata a un expósito a su telar de la misma manera. Siento su enfado y su amor como tirones suaves de esa banda de lino limitadora, cada vez que pienso con demasiada rebeldía, o cabalgo demasiado deprisa. No quiero intentar escribir sobre él con demasiada objetividad. Le quiero como al aire y las piedras del hogar, como al manzano retorcido por el viento que hay en el huerto y al sonido del mar.

De Balzac siempre describe las caras de sus personajes como si estuvieran pintadas por los maestros holandeses. Una nariz ganchuda de caracol que indica sensualidad, un ojo con venitas rojas en el blanco, una frente abombada. Yo no sabría describir así los ojos de mi padre, ni su pelo, ni la curvatura de su espalda. Le tengo demasiado cerca. Si porque la vela da poca luz te acercas demasiado un libro a la cara, los caracteres se emborronan. Así me pasa a mí con mi padre.

Al suyo, el *philosophe*, el republicano, lo recuerdo de los tiempos de mi primera infancia. Llevaba largo su pelo gris, como era costumbre en la nobleza bretona, y se lo echaba hacia arriba con el peine. Tenía una barba bonita y espesa, más clara que el pelo. Y guantes de cuero que se ponía para ir de visita, o cuando iba a una boda o un funeral. La gente le llamaba Benoit, aunque fuera el barón de Kercoz, lo mismo que a mi padre le llaman Raoul. Les piden consejo sobre cuestiones en las que no son expertos, y sobre cuestiones de las que no saben nada. Somos un poco como abejas en la colmena; no marcha todo bien como no se les informe o se les consulte.

Cuando vino Christabel, mis emociones fueron confusas, como las olas en la marea alta, que unas están aún avanzando y otras retrocediendo. La verdad es que nunca he tenido una amiga o *confidante*: mi aya y las criadas de la casa son demasiado viejas y respetuosas para desempeñar esa segunda función, aunque las quiero mucho, sobre todo a Gode. Así que estaba llena de esperanzas. Pero tampoco he compartido nunca a mi padre ni mi casa con otra mujer, y tenía miedo de que no me resultara agradable, miedo de interferencias sin nombre, de críticas o, cuando menos, de incomodidades.

Quizá siga sintiendo todas esas cosas.

¿Cómo describir a Christabel? Ahora la veo —lleva aquí exactamente un mes— de otra manera muy distinta de cuando llegó. Primero voy a intentar reconstruir aquella primera impresión. No escribo esto para que ella lo lea.

Vino en las alas de un temporal. (¿Será eso demasiado romántico? No da idea suficiente de todo el volumen de viento y agua que se abatió sobre nuestra casa durante aquella semana terrible. Si intentabas abrir un postigo o dar un paso fuera de la puerta, el temporal se echaba sobre ti como un Ser implacable, resuelto a romper y aplastar.)

Entró en el patio cuando ya había oscurecido. Las ruedas chirriaban y tropezaban en los adoquines. El coche avanzaba —incluso ya dentro del muro— a tropicónes cortos. Los caballos venían con la cabeza gacha, y el pelo chorreando fango y blanco de sal. Mi padre salió corriendo con su *roquelauze* y una lona: el viento casi le arrancó de la mano la portezuela del coche. La sostuvo abierta mientras Yann bajaba el estribo, y entonces salió a la oscuridad un

fantasma gris, un animal enorme, peludo y silencioso, que hacía como un espacio pálido en las tinieblas. Y detrás de aquel animal grandísimo, una mujer muy menuda, con manteo y capucha y un paraguas inútil, todo ello negro. Cuando hubo bajado del estribo, tropezó y cayó en brazos de mi padre. Y dijo, en bretón: «Santuario.» Mi padre la sostuvo en sus brazos, y besó su rostro mojado —ella tenía cerrados los ojos—, y dijo: «Ésta es tu casa por todo el tiempo que quieras.» Yo estaba en la puerta, luchando por sujetarla frente al huracán, y en las faldas se me hacían lamparones de agua de lluvia. Y la gran bestia se apretó contra mí, tiritando y ensuciándome aún más con su pelambrera mojada. Mi padre hizo entrar a mi prima, dejándome atrás, y la condujo a su butacón, y ella se tendió allí medio desmayada. Yo me adelanté y le dije que era su prima Sabine, y le di la bienvenida; pero ella no parecía verme. Después, entre mi padre y Yann la ayudaron a subir al piso de arriba, y no la volvimos a ver hasta la cena del día siguiente.

No creo poder decir que me gustara en un primer momento. Eso fue, al menos en parte, porque no pareció que yo le gustara a ella. Yo creo ser una persona cariñosa; creo que me encariñaría con todo el que me ofreciera un poco de calor, una bienvenida humana. Pero mi prima Christabel, a la vez que hacia mi padre mostraba casi auténtica devoción, a mí parecía mirarme, ¿cómo lo diría yo?, con algo de frialdad. Bajó a cenar aquella primera vez vistiendo un vestido de lana a cuadros oscuros, en negro y gris, con un voluminoso chal de flecos, muy bonito, verde oscuro con los bordes negros. No es elegante, pero es pulcra hasta el último detalle, y viste con esmero; lleva al cuello una cruz de azabache en un cordón de seda, y unos elegantes botines verdes. Lleva una cofia de encaje. No sé qué edad tiene; unos treinta y cinco años. Tiene el pelo de un color extraño, claro y plateado, con un brillo casi metálico, un poco parecido a la mantequilla de invierno hecha con leche de vacas que se han alimentado de heno sin sol, que pierde el amarillo. Se lo peina de una manera que no le sienta bien, con racimos de bucles sobre las orejas.

Su carita es blanca y afilada. Nunca he visto a nadie tan blanco como estaba ella aquella primera noche (ahora está poco mejor). Hasta la curva interior de la nariz, hasta los labios pequeños y fruncidos, eran blancos, o marfileños. Sus ojos son de un color raro, verde pálido; los lleva semiocultos. También la boca la lleva apretada —tiene los labios finos—, de modo que cuando la abre resulta

sorprendente ver el tamaño y la fuerza aparente de sus dientes, grandes y muy iguales, y de un tono netamente marfileño.

Comimos gallina hervida; mi padre ha dado orden de que se aparte el caldo como reconstituyente para ella. Comimos en torno a la mesa de la Sala Grande; normalmente mi padre y yo nos tomamos nuestro queso con pan y un tazón de leche junto a la chimenea de su habitación. Mi padre nos habló de Isidore LaMotte y su gran recopilación de cuentos y leyendas. Después le dijo a mi prima que tenía entendido que ella también era escritora.

«La fama», dijo, «viaja muy despacio de Gran Bretaña a Finistère. Tendrás que perdonarnos que veamos pocos libros modernos.»

«Yo escribo poesía», dijo ella, llevándose el pañuelo a la boca y frunciendo un poco el ceño. Y añadió: «Soy trabajadora, y creo que he conseguido algo de oficio. Pero no creo tener ninguna fama que pudiera haberme señalado a vuestra atención.»

«Prima Christabel, yo tengo grandes deseos de ser escritora. Siempre he tenido esa ambición...» Y ella dijo, en inglés:

«Muchos lo desean, pero pocos o ninguno lo consigue.» Y luego, en francés: «Yo no lo recomendaría como manera de ser feliz en la vida.»

«Yo nunca lo he entendido en ese sentido», dije yo, picada. Y mi padre dijo:

«Sabine se ha criado, como tú, en un mundo extraño en el que el pergamino y el papel son tan corrientes y esenciales como el queso y el pan.»

«Si yo fuera un Hada Buena», dijo Christabel, «le desearía una cara bonita, que ya la tiene, y la capacidad de disfrutar con las cosas de todos los días.»

«Querías que fuera Marta y no María», exclamé yo, con cierto modesto ardor.

«No he dicho eso», dijo ella. «La oposición es falsa. El cuerpo y el alma no son separables.» Otra vez se llevó el pañuelito a los labios, y frunció el ceño como si yo hubiera dicho algo para molestar. «Como bien lo sé yo», dijo. «Como bien lo sé yo.»

Poco después pidió que la excusáramos, y subió a su habitación, donde Gode había encendido la chimenea.

Los placeres de escribir son varios. El lenguaje de la reflexión tiene su placer particular, y el lenguaje de la narración tiene otro muy distinto. Voy a contar cómo, a pesar de todo, llegué a granjearme, en cierta medida, la confianza de mi prima.

El temporal no amainó en tres o cuatro días. Después de aquella primera cena, mi prima no volvió a bajar; no salía de su habitación, y allí se sentaba en el profundo hueco de su ventana ojival, que está tallada en el granito, contemplando lo poco que había que contemplar: el huerto encharcado, el muro de guijarros, y fundiéndose con él un muro espeso de niebla, con formas redondeadas en su interior, como si también en la niebla hubiera guijarros. Gode decía que comía muy poco, como un pájaro enfermo.

Yo entraba y salía de su habitación cuantas veces me atrevía para no parecer entrometida, por ver si se podía hacer algo para que estuviera más a gusto. Intentaba tentarla con un filete de lenguado o un poco de gelatina de vaca hecha con vino, pero apenas comía un par de cucharadas. A veces entraba yo al cabo de una hora o dos y veía que no se había movido de su postura de antes, y entonces me parecía haber vuelto con prisas inoportunas, o que para ella el tiempo no existía igual que para mí.

Una vez dijo: «Sé que soy un gran trastorno para ti, *ma cousine*. Soy una enferma mezquina y poco agradecida. Deberías dejarme aquí sentada y atender a otras cosas.»

«Quiero que estés a gusto y contenta en esta casa», dije yo.

Y ella dijo: «Dios no me ha dado una gran facilidad para estar a gusto.»

Me dolió que, aunque yo llevo esta casa casi desde que tenía diez años, mi prima se dirigiera a mi padre para todos los asuntos prácticos, y le diera las gracias a él por actos de previsión o de hospitalidad que a él no se le habrían ocurrido nunca, a pesar de toda su buena voluntad.

También el perrazo se negaba a comer. Estaba tumbado en la habitación de Christabel, aplastado contra el suelo, con el hocico pegado a la puerta, y dos veces al día se levantaba rígidamente para salir afuera. Yo también le llevaba golosinas a él, pero no las quería. Ella me miraba hablarle, primero pasivamente, sin alentarme. Yo perseveraba. Un día dijo:

«No responde. Está muy enfadado conmigo por haberle sacado de su casa, donde era feliz, y reducirle a terror y náusea en aquel barco.»

Tiene derecho a estar enfadado, pero yo no sabía que a un perro pudiera durarle un rencor tanto tiempo. Se supone que son absurdamente indulgentes, y hasta cristianos, con esos seres que dicen ser sus dueños. Ahora yo diría que pretende morirse para vengarse de mí por haberle desarraigado.»

«No, no. Es muy cruel que digas eso. El perro está triste, no es vengativo.»

«La vengativa soy yo, que me amargo a mí y amargo a los demás. Y el bueno de Dog Tray nunca hizo daño a nadie.»

Yo dije: «Cuando baje, yo le sacaré al huerto.»

«Me temo que no quiera ir.»

«¿Y si quisiera?»

«Entonces sería que tu paciencia y tu bondad han conseguido algo con mi buen perro, ya que no conmigo. Pero yo creo que es perro de una sola persona; si no lo creyera así no le habría traído. Le dejé cierto tiempo, hace poco, y no quiso comer hasta que volví.»

Yo perseveré, y poco a poco el animal vino de mejor grado, hizo el recorrido del patio, los establos, el huerto, se acomodó en la entrada, dejó su puesto a la puerta de su ama y me saludó empujándome con su gran hocico. Un día se comió dos cuencos de sopa de pollo que su ama había rechazado, y después meneaba su gran rabo con placer. Cuando ella lo vio, dijo con bastante acritud:

«Veo que también me he equivocado en lo de su lealtad exclusiva. Mejor habría hecho dejándole donde estaba. Todos los claros mágicos de Brocéliande no valen lo que una buena carrera por el parque de Richmond para el pobre Dog Tray. Y podría haber servido de consuelo...»

Al llegar ahí se interrumpió. Yo hice que no me daba cuenta, porque era evidente que estaba sufriendo y no era dada a hacer confidencias. Dije:

«Cuando llegue el buen tiempo podemos llevarle las dos a pasear por Brocéliande. Podemos acercarnos a ver el yermo de la Pointe du Raz y la Baie des Trépassés.»

«Cuando llegue el buen tiempo, ¿quién sabe dónde estaremos?»

«¿Piensas dejarnos entonces?»

«¿Y adonde iría?»

A eso no había respuesta, como bien sabíamos las dos.

Gode dijo: «En diez días estará fuerte.» Yo dije: «¿Le has dado el cocimiento de hierbas, Gode?», porque Gode es bruja, como todos sabemos. Y Gode dijo: «Se lo ofrecí, pero no lo quiso.» Yo dije: «Yo le diré que tus cocimientos no hacen más que bien.» Y Gode dijo: «Ya es demasiado tarde. Estará mejor del miércoles en una semana.» Yo se lo conté a Christabel, riendo, y ella no dijo nada, y luego preguntó qué cosas sabía curar Gode. Yo le dije que verrugas, cólicos, la esterilidad y los dolores de mujer, los catarros y las intoxicaciones. Sabe encajar un hueso y asistir a un parto, ya lo creo, y amortajar un muerto y resucitar a los ahogados. Eso lo aprendernos todos aquí.

«¿Y nunca mata al que atiende?», dijo Christabel,

«No, que yo sepa; es muy escrupulosa y muy lista, o muy afortunada», dije yo. «Yo pondría mi vida en las manos de Gode.»

«*Tu* vida sería una gran responsabilidad», dijo Christabel.

«Como la de cualquiera», dije yo. Me da miedo. Veo lo que quiere decir, y eso me asusta.

Como Gode había pronosticado, se puso más fuerte, y cuando a principios de noviembre tuvimos tres o cuatro días despejados, como a veces ocurre en esta costa tan variable e incierta, los llevé en coche a ella y a Dog Tray a ver el mar en la bahía de Fouesnant. Yo pensaba que correría conmigo por la playa, o subiría a las rocas, a pesar de que soplaba un viento frío. Pero se quedó parada al borde del agua, con las botas hundidas en la arena húmeda y las manos metidas en las mangas para abrirlas, escuchando las olas y el grito de las gaviotas, muy quieta, muy quieta. Cuando me acerqué a ella tenía los ojos cerrados, y con cada ola que rompía se le fruncían ligeramente las cejas. A mí se me ocurrió la idea fantástica de que era como si le dieran golpes en el cráneo, y que estaba *aguantando* aquel sonido, ella sabría por qué. Me volví a alejar; no he conocido nunca a nadie que diera esa impresión de que los gestos normales de amistad son una intromisión fatal.

Martes

Yo seguía decidida a hablar con ella del tema de escribir. Esperé hasta que un día me pareció encontrarla relajada y amigable; se había ofrecido a ayudarme a zurcir sábanas, que lo hace mucho mejor que yo: es muy buena costurera. Entonces dije:

«Prima Christabel, es verdad que tengo grandes deseos de ser escritora.»

«Si eso es verdad, y si tienes el don, nada de lo que yo te diga hará variar el resultado.»

«Tú sabes que eso no puede ser cierto. Eso que dices, prima, perdona pero es un sentimentalismo. Hay muchas cosas que pueden impedírmelo. La soledad. La falta de apoyo. La falta de fe en mí misma. Tu desprecio.»

«¿Mi desprecio?»

«Me juzgas de antemano como una niña tonta que no sabe lo que quiere. Lo que ves es tu idea, no yo.»

«Y tú estás decidida a que no persevere en ese error. Tienes por lo menos una de las cualidades del novelista, Sabine, la de empeñarte en socavar las ilusiones fáciles. Con cortesía y buen humor. Acepto la corrección. Dime, pues, ¿qué es lo que escribes? Porque me figuro que *algo* escribirás. Es un oficio en el que el deseo sin la acción es un fantasma destructor.»

«Escribo lo que puedo. No lo que me gustaría escribir sino lo que sé. Me gustaría escribir la historia de los sentimientos de una mujer. De una mujer moderna. Pero ¿qué sé yo de eso, entre estas cuatro paredes de granito, a medio camino entre la prisión de zarzas de Merlín y la Era de la Razón? Así es que escribo de lo que mejor conozco, de lo extraño y lo fantástico, los cuentos de mi padre. He puesto por escrito la leyenda de Is, por ejemplo.»

Ella dijo que le agradecería mucho leer mi historia de Is. Dijo que ella había escrito un poema en inglés sobre ese mismo tema. Yo le dije que sabía algo de inglés, no mucho, y que me gustaría que me enseñara un poco. Ella dijo: «Lo intentaré, no faltaba más. No soy buena maestra, no tengo paciencia. Pero lo intentaré.»

Dijo: «Desde que llegué aquí no me he puesto a escribir nada, porque no sé en qué idioma pensar. Soy como el Hada Melusina y las Sirenas, mitad francesa mitad inglesa, y detrás de esos idiomas están el bretón y el celta. Todo cambia de forma, incluidos mis pensamientos. Mi deseo de escribir me vino de mi padre, que se parecía al tuyo. Pero la lengua en que escribo —mi *lengua materna*, exactamente— no es la de él, sino la de mi madre. Y mi madre no es una mujer espiritual, y su lenguaje es el de las minucias domésticas y la moda femenina. Y el inglés es un idioma lleno de pequeños bloques, y objetos sólidos y sutilezas y datos inconexos, y

observación. Es mi primer idioma. Mi padre decía que todo ser humano necesita una *lengua nativa*. Él se sujetaba a hablarme sólo en inglés, en mis primeros años; me contaba cuentos ingleses y me cantaba canciones inglesas. Más tarde aprendí el francés, con él, y el bretón.»

Era la primera confidencia que me hacía, y era una confidencia de escritor. En aquel momento lo que más me hizo pensar no fue lo que me había dicho sobre el lenguaje, sino el hecho de que su madre viviera, porque lo que dijo fue: «No es una mujer espiritual.» Mi prima estaba en un grave aprieto, eso estaba claro, y no se había dirigido a su madre, sino a nosotros; es decir, a mi padre, porque no creo que yo contara para nada en su decisión.

Sábado

Leyó mi historia del rey Grandlon, la princesa Dahud, el caballo Morvak y el Océano. Se la llevó el 14 de octubre por la noche y me la devolvió dos días después, entrando en mi habitación y poniéndomela en las manos bruscamente, con una curiosa sonrisilla. Dijo: «Aquí tienes tu cuento. No lo he marcado, pero me he tomado la libertad de escribir unas notas en hoja aparte.»

¿Cómo describir la felicidad de que te tomen en serio? Cuando se llevó el cuento, yo le vi en la cara que lo que esperaba encontrar eran efusiones sentimentales y suspiros sonrosados. Yo sabía que no encontraría nada de eso, pero su certidumbre pudo más que la mía. Yo sabía que me encontraría defectos, por esto o por lo otro. Pero sabía que lo que había escrito estaba *escrito*, que tenía su razón de ser. Así es que por un lado esperaba su desdén inevitable, y por otro sabía que no debía ser así.

Tomé el papel de sus manos. Leí todas las notas. Eran prácticas, eran inteligentes, manifestaban un reconocimiento de lo que yo había querido hacer.

Lo que yo había pretendido era hacer de la salvaje Dahud una *encarnación*, por así decirlo, de nuestro deseo de libertad, de autonomía, de esa pasión nuestra que tenemos las mujeres, y que a los hombres, al parecer, les da miedo. Dahud es la hechicera amada por el Océano, y cuyos excesos hacen que la Ciudad de Is sea anegada (por ese mismo Océano) y sepultada. En una de las

recensiones mitológicas de mi padre, el editor dice: «En la leyenda de la Ciudad de Is se siente, como el paso de un torbellino, el terror de los antiguos cultos paganos y el terror de la pasión de los sentidos, desencadenados en las mujeres. Y a esos dos terrores se suma el tercero, el del Océano, al que en este drama le corresponde el papel de Némesis y destino. El paganismo, la mujer y el Océano, esos tres deseos y esos tres grandes temores del hombre, se combinan en esta extraña leyenda y desembocan en un final tempestuoso y terrible.»

Por otra parte, mi padre dice que el nombre de Dahud, o Dahut, significaba antiguamente «la hechicera buena». Dice que debió de ser una sacerdotisa pagana, algo próximo a una saga islandesa, o una de las sacerdotisas vírgenes de los druidas de la Ile de Sein. Dice, incluso, que Ys podría ser un recuerdo residual de otro mundo en el que las mujeres eran poderosas, antes de que aparecieran los guerreros y los sacerdotes, un mundo como el paraíso de Avalón, las Islas Flotantes o el Síd gaélico, el País de los Muertos.

¿Por qué tienen que ser el deseo y los sentidos tan terroríficos en las mujeres? ¿Quién es el autor para decir que éstos son los temores del hombre, con lo cual quiere decir la entera raza humana? Nos presenta como brujas, proscritas, hechiceras, monstruos...

Voy a transcribir algunas de las frases de Christabel que más me gustaron. Para ser totalmente honesta debería transcribir también las críticas que hacía de banalidades, exageraciones o torpezas; pero éstas las llevo grabadas en mi interior.

Algunos comentarios de Christabel LaMotte a *Dahud La Bonne Sorcière* de Sabine de Kercoz.

«Has encontrado, por instinto o por inteligencia, un medio que no es la alegoría, ni tampoco el *faux-naïf*, para prestar significación y tu propia forma de universalidad a esta historia terrible. Tu Dahud es a la vez un ser humano individual y una verdad simbólica. Otros escritores pueden ver otras verdades en esta narración (yo entre ellos). Pero tú no tienes la pedantería de excluir.

»Todas las historias antiguas, prima mía, se pueden seguir contando una y otra vez de maneras distintas. Lo que hace falta es mantener vivas, abrillantar, las formas simples y limpias del cuento, que no pueden faltar: en este caso la cólera del Océano, el terrible salto del caballo, la caída de Dahud de la

grupa, el anegamiento, etc., etc. Pero al mismo tiempo añadir algo propio del escritor, que haga que todas esas cosas parezcan nuevas y vistas por vez primera, sin haber sido utilizadas para fines privados o personales. Eso lo has conseguido.»

Viernes

Después de la lectura las cosas fueron mejor. No puedo referirlo todo, pero aun así ya estamos casi en el momento presente. Le dije a mi prima que había sido un gran alivio para mí que mi obra fuera leída como obra mía, y por alguien que sabía valorarla. Ella dijo que esa experiencia era rara en la vida de todo escritor, y que no convenía ni esperarla ni depender de ella. Yo le pregunté si ella tenía un *buen lector*, y ella frunció un poco el ceño y luego dijo con viveza: «Tengo dos. Que es más de lo que se puede pedir. Uno demasiado indulgente, pero con inteligencia del corazón. Otro, un poeta..., un poeta mejor...» Y se calló.

No estaba enfadada, pero no dijo más.

Yo creo que tiene que pasarles a los hombres lo mismo que a las mujeres, saber que una persona desconocida ha hecho una valoración falsa de lo que pueden lograr, y observar un cambio de tono, un cambio de lenguaje, un cambio general de respeto una vez que su obra se ha juzgado meritoria. Pero *cuánto más* en el caso de las mujeres, a las que generalmente se considera, como dice Christabel, incapaces de escribir bien, poco proclives a intentarlo, y algo así como rarezas o monstruos si efectivamente lo logran, y consiguen hacer algo.

28 de octubre

Es como el tiempo de la Bretaña. Cuando sonrío y hace chistes con gracia y con inteligencia, no se la imagina uno de ninguna otra manera: lo mismo que la costa de por aquí sonrío y sonrío al sol, y en las calas abrigadas de Beg-Meil cría pinos e incluso una palmera datilera que evoca el sur más soleado, donde yo no he ido nunca. Y el aire puede ser tan suave y agradable que, como el campesino de la fábula de Esopo, se quita uno el abrigo, la armadura, por decirlo así.

Está mucho mejor, como dijo Gode que estaría. Ella y Dog Tray

salen a dar largos paseos juntos, y también conmigo, cuando se me invita o ella acepta mi invitación. Insiste también en participar en los quehaceres cotidianos de la casa, y cuando estamos en la cocina, o zurciendo junto al fuego, es cuando más hablamos. Hablamos mucho sobre los significados de los mitos y las leyendas. Está muy deseosa de ver nuestras Piedras de Pie, que están a bastante distancia, a lo largo del acantilado; le he prometido ir con ella. Le he contado que las muchachas del pueblo aún bailan alrededor del menhir, vestidas de blanco, para celebrar el Mayo: van en dos círculos, uno en el sentido del reloj y el otro al contrario, y la que flaquea y se cansa y se cae, o toca de alguna manera la piedra, es golpeada sin piedad a puñadas y a patadas por todas las demás, que arremeten contra ella lo mismo que una bandada de gaviotas contra una intrusa, o una que haya entre ellas debilucha. Mi padre dice que este rito es una reliquia de los sacrificios antiguos, quizá druídicos; que la que cae es como un chivo expiatorio sacrificial. Dice que la Piedra es un símbolo masculino, un falo; y las mujeres del pueblo van de noche oscura a abrazarla, o frotarla con ciertos mejunjes (Gode los sabe, pero Papá y yo no), para tener hijos fuertes, o que sus maridos regresen felizmente. Mi abuelo decía que el campanario de la iglesia no era otra cosa que esa piedra antigua metamorfoseada —una columna de pizarra, decía, en vez de granito, sin más diferencia—, y que las mujeres se acurrucaban al pie como gallinas blancas, lo mismo que antaño bailaban delante de la otra. A mí no me gustaba del todo oír decir eso, y dudé si repetírselo a Christabel, porque ella desde luego tiene creencias cristianas. Pero se lo dije, porque su mente no teme a nada, y ella se echó a reír y dijo que, efectivamente, la Iglesia había sabido asimilar y absorber, y en parte sojuzgar, a las antiguas deidades paganas. Que ahora se sabía que muchos santitos locales eran *genii loci*, poderes que habitaban en tal o cual fuente o árbol.

Dijo también: «Así que la muchacha que tropieza al bailar es también la Mujer Caída, y las otras la apedrean.»

«No la *apedrean*», dije yo, «ahora no; le dan golpes con las manos o con los pies.»

«No son éstos los más crueles», dijo ella.

Viernes

Lo extraño es que parece como si no tuviera más vida que ésta. Es como si hubiera salido de aquella tormenta como una foca o una ondina, chorreando y buscando amparo. No escribe cartas, ni pregunta nunca si ha llegado alguna para ella. Yo sé, porque no soy tonta, que le ha debido suceder algo, algo terrible, me figuro, y que de eso venía huyendo. Sobre eso no le pregunto nada, porque está clarísimo que no quiere que se le pregunte. Pero de vez en cuando despierto sus iras sin querer.

Por ejemplo, le pregunté por qué el perro tenía ese nombre tan curioso de Dog Tray, y ella empezó a contarme que se lo habían puesto en broma, por un verso que hay en el *Rey Lear* de William Shakespeare: «Hasta los perrillos, Tray, Blanche y Sweetheart, vedlo, me ladran.» Dijo: «El perro vivía en una casa donde había una Blanche, y donde a mí se me llamaba en broma Sweetheart...», y al llegar ahí apartó la cara y ya no dijo nada, como si se ahogara. Después dijo: «En la rima de la Madre Hubbard, en algunas versiones, el perro que encuentra vacía la despensa se llama Dog Tray. A lo mejor a éste se le puso así por el de aquella vieja, que no encontraba más que desengaño.»

1 de noviembre, Toussaint

Hoy empieza el contar cuentos. En toda Bretaña empieza el contar cuentos el día de la Toussaint, con el Mes Negro. Continúa durante diciembre, el Mes Muy Negro, hasta el relato de Navidad. En todas partes hay cuentacuentos. En nuestra aldea la gente se reúne alrededor del banco de Bertrand, el zapatero, o de Yannick, el herrero. Se llevan la labor, y se calientan unos a otros con su presencia amigable —o con el calor de la fragua—, y oyen a los mensajeros en las tinieblas que se espesan al otro lado de los gruesos muros, el crujir sin motivo de la madera, o batir de alas, o el chirrido incluso de los ejes del carro desvencijado del Ankou.

Mi padre tomó la costumbre de contarme cuentos todas las noches durante los dos Meses Negros. Este año se hará igual, salvo que ahora está aquí Christabel. Mi padre no tiene tanto público como Bertrand y Yannick, y, a decir verdad, su manera de relatar no es tan dramática como la de ellos; tiene esa delicadeza erudita que forma parte de su persona, y una insistencia puntillosa en la exactitud: no hay demonios ni hombres-lobos que hagan «¡Pam!» ni «¡Zas!». Y, sin

embargo, durante muchos años me hizo creer totalmente en los personajes de sus mitos y leyendas. Comenzaba su cuento de la Fontaine Baratoun, la Fontaine des Fées, del bosque mágico de Brocéliande, con una enumeración erudita de todos sus nombres posibles. Yo me sé la letanía: Breselianda, Bercillant, Brucellier, Berthelieu, Berceliande, Brechelian, Brecelieu, Brecilieu, Brocéliande. Me parece estar oyéndole decir, pedante y misterioso: «El lugar cambia de nombre como cambia de confines, como cambian de dirección sus oscuras veredas y avenidas boscosas: no se deja fijar ni sujetar, como no se dejan fijar ni sujetar sus habitantes invisibles y sus propiedades mágicas, pero siempre está ahí, y todos esos nombres no indican sino momentos o aspectos suyos...». Todos los inviernos cuenta la historia de Merlín y Vivien, siempre la misma historia, nunca contada igual.

Christabel dice que también su padre le contaba cuentos en invierno. Parece estar dispuesta a formar parte de nuestro círculo en torno al hogar. ¿Qué será lo que cuente ella? Una vez tuvimos un visitante que contó una historia sin vida, una pequeña alegoría política con Luis Napoleón haciendo de ogro y Francia haciendo de víctima, y fue como sacar en la red un banco de peces muertos, lacios, con las escamas sueltas, que nadie sabía a dónde mirar ni cómo sonreír.

Pero ella es sabia, y en parte bretona.

«Yo podría desplegar una historia», me dijo en inglés, cuando le pregunté si contaría algo (sé que eso es *Hamlet*, el parlamento del aparecido, y muy a propósito).

Gode siempre nos acompaña y cuenta cosas del tráfico entre este mundo y *el otro*, el del otro lado del umbral, que en la Toussaint puede ser cruzado en los dos sentidos, por hombres vivos que penetran en ese mundo, y por espías, o adelantados, o mensajeros enviados de Allá a nuestro breve día.

Toussaint, a altas horas de la noche

Mi padre ha contado el cuento de Merlín y Vivien. Los dos personajes no son nunca los mismos de un año a otro. Merlín es siempre viejo y sabio, y se da perfecta cuenta de lo que le va a pasar. Vivien es siempre bella, y cambiante y peligrosa. El final siempre es el mismo. Y también la esencia del cuento: la llegada del mago a la antigua Fuente del Hada, la invocación del hada, su amor al pie de los

espinos, cómo el viejo se deja sonsacar el hechizo que alzará a su alrededor una fortaleza sólida pero que sólo él puede ver y tocar. Pero mi padre, dentro de esa armazón, pone muchas historias. Unas veces el hada y el mago son amantes fieles, cuya realidad es únicamente esa cámara soñada, que ella, con la complicidad de él, hace piedra eterna de aire. Otras veces él está viejo y cansado y dispuesto a dejar su carga, y ella es un demonio que le atormenta. Otras veces es una batalla de ingenios, en la que ella es toda emulación apasionada, una voluntad demoníaca de vencerle, y él es increíblemente sabio, y con todo y con eso impotente. Esta noche no era ni tan decrepito ni tan listo: era triste y cortés, consciente de que la hora de ella había llegado, y dispuesto a hallar gusto en su eterno desmayo, o sueño o contemplación. La descripción de la Fuente del Hada, con su hervor oscuro y frío, ha sido magistral. También lo han sido las flores que tapizaban el lecho de los amantes: mi padre ha, sido pródigo en imaginadas prímulas y campanillas; ha hecho cantar a los pájaros en acebos y tejos oscuros, y yo he recordado la vida de mi infancia, que se vivía *en* los cuentos, de tal manera que yo veía flores y fuentes, veredas escondidas y figuras de poder, y despreciaba, no, empequeñecía en mi mente la vida de las cosas de verdad, la casa, el huerto, Gode.

Cuando hubo acabado, ella dijo con una vocecilla muy marcada:

«Tú también eres un encantador, primo Raoul, que haces luces y perfumes en la oscuridad, y pasiones gastadas.»

«Yo despliego mis habilidades», dijo él, «como hacía el mago viejo para la joven hada.»

Ella dijo: «Tú no eres viejo.» Dijo: «Recuerdo que mi padre contaba ese cuento.»

«Lo contamos todos.»

«¿Y su significado?»

Yo entonces me enfadé con ella, porque en las Noches Negras nosotros no hablamos de significados con esa pedantería del siglo diecinueve, nos contentamos con contar, oír y creer. Pensé que él no respondería, pero dijo, pensándolo mucho y con gran amabilidad:

«Es uno de los muchos cuentos que hablan del miedo a la Mujer, pienso yo. De un terror masculino al yugo de la pasión, quizá; del sueño de la razón bajo la férula de, ¿cómo llamarlo?, el deseo, la intuición, la imaginación. Pero es anterior a eso; en su aspecto reconciliador, es un tributo a las antiguas deidades femeninas de la

tierra, desalojadas por la venida del cristianismo. Así como Dahut era la Hechicera Buena antes de ser destructiva, así también Vivien era una de las divinidades locales de los arroyos y las fuentes; a las que seguimos reconociendo, con nuestras capillitas a quién sabe qué Virgen...»

«Yo siempre lo he interpretado de otra manera.»

«¿Cómo, prima Christabel?»

«Como una historia de emulación femenina del poder masculino; ella no le quería a él, sino su magia; hasta que se encontró con que la magia sólo servía para esclavizarle a él...; y entonces, ¿dónde quedaba ella, con todas sus habilidades?»

«Es una interpretación retorcida.»

«Yo tengo un cuadro», dijo ella, «que retrata el momento del triunfo... así; quizá sea retorcido.»

«En la Toussaint no hay que buscar demasiado el significado», dije yo.

«La razón debe dormir», dijo Christabel.

«Las historias son antes que los significados», dije yo.

«Como he dicho, la razón debe dormir», volvió a decir ella.

Yo no me creo todas esas *explicaciones*. Empequeñecen. La idea de la Mujer es menos que la brillante Vivien, y la idea de Merlín no es una alegoría de la sabiduría masculina. Merlín es Merlín.

2 de noviembre

Hoy Gode ha contado historias de la Baie des Trépassés. Yo le he prometido a Christabel ir allí de excursión un día, cuando haga buen tiempo. Dice que el nombre la conmueve. Más que la Bahía de los Muertos, es la bahía de los que han cruzado la barrera que separa este mundo del *otro*. Mi padre dice que es posible que el nombre no venga de ninguna relación con el más allá, sino que sea simplemente el que se dio a esa playa aparentemente amplia y risueña donde van a parar los restos destrozados de barcos y hombres después de estrellarse contra los terribles arrecifes de la Pointe du Raz y la Pointe du Van. Pero también dice que siempre se pensó que la Bahía fuera uno de esos lugares de la tierra —como la arboleda de la Rama Dorada de Virgilio, o el viaje de Tam Lin bajo el monte— donde se cruzan dos mundos. De aquí los muertos, en los remotos tiempos celtas, eran enviados en su último viaje a la Ile de Sein, donde los

recibían las sacerdotisas druidas (ningún hombre podía poner los pies en esa isla). Y allí, según algunas leyendas, encontraban un camino al Paraíso Terrenal, la tierra de las manzanas de oro en medio de vientos, tempestades y oscuros filos de agua.

No soy capaz de escribir la manera de contar las cosas de Gode. Mi padre la ha animado, de vez en cuando, a contarle cuentos que él ha intentado anotar literalmente, conservando los ritmos de su habla, sin poner ni quitar nada. Pero por muy fiel que sea, en el papel sus palabras quedan sin vida. Una vez me dijo, después de uno de esos ensayos, que ahora comprendía que los antiguos druidas creyeran que la palabra hablada era el hálito de la vida, y que la escritura era una forma de muerte. Yo pensé en este diario, al principio, por ver si era capaz de seguir el consejo de Christabel y registrar con exactitud lo que oyera, pero no sé de qué extraña manera mi misma intención restaba vida a mi escucha y a la narración de Gode, así que desistí, por cortesía y algo más. (Y sin embargo el *interés* tiene su vida, *tiene* que haber una manera de escribir.)

Así me pasa ahora. Tengo algo que contar que no tiene que ver con el cuento de Gode, aunque en ese momento lo fue. Vuelve a empezar. Escríbelo como una historia, escríbelo para *escribirlo*; qué bien hice en guardar este diario sólo para mis ojos. Porque ahora puedo escribir para averiguar qué es lo que vi.

Y convertir una especie de dolor en una especie de interés, una especie de curiosidad, que ha de ser mi salvación.

Las historias de Gode, aún más que las de mi padre, dependen de la oscuridad de fuera y de la cercanía, dentro, de los que cuentan y los que escuchan. Nuestra sala grande es muy desnuda y pelada a la luz del día, no da intimidad. Pero por la noche, en el Mes Negro, es otra cosa. Tenemos los troncos ardiendo en la gran chimenea: llameando con violencia al comienzo de la velada, con espacios negros allí donde no ha prendido el fuego; pero, a última hora, el resplandor de brasas rojas y doradas en una manta gruesa y caliente de cenizas grises bajo la madera que arde. Y los grandes respaldos de cuero de los sillones hacen una especie de muro contra el otro extremo frío de la habitación, y la luz de la lumbre dora nuestras caras y enrojece los puños y cuellos blancos. Estas noches no encendemos las lámparas

de aceite: trabajamos a la luz de la lumbre, en las labores que se pueden hacer con esas sombras movedizas, punto de media, recortes, pleitas. Gode se trae incluso una masa para trabarla, o un cuenco de castañas asadas para pelar. Pero cuando es ella la que cuenta, levanta las manos, echa atrás la cabeza, o sacude su chal, y largas sombras corren en jirones por el techo a la oscuridad de la mitad invisible de la habitación, o unas caras enormes con la boca abierta y narices y barbillas monstruosas: las nuestras, transfiguradas por las llamas en brujas y espectros. Y la manera de contar de Gode es un jugar con todas esas cosas, con la luz del fuego y los visajes de las sombras y las franjas de luz y oscuridad: reúne todos esos movimientos como imagino que hará el director de una orquesta. (Yo no he oído nunca una orquesta. He oído alguna vez un arpa señorial y las flautas y los tamboriles en la Kermesse, pero todos esos sonidos sublimes de los libros me los tengo que imaginar como puedo por el órgano de la iglesia.)

Mi padre estaba sentado en su sillón alto junto al fuego, con luces rojizas en su barba, que no es toda gris, y Christabel estaba sentada cerca a su lado, más baja, ya casi en lo oscuro, con las manos atareadas en una labor de media. Y Gode y yo estábamos al otro lado del círculo.

Dijo Gode:

«Había una vez un mozo marinero que no tenía otra cosa que su coraje y sus ojos claros —que eran *muy* claros— y la fuerza que le daban los dioses, que era suficiente.

»No era buen partido para ninguna de las muchachas del pueblo, porque además de pobre se le tenía por atolondrado; pero las muchachas gustaban de verle pasar, ya lo creo, y más que nada gustaban de verle bailar, porque tenía las piernas largas, largas, los pies ligeros y la boca reidora.

»Y había una muchacha que más que las otras gustaba de verle, y era la hija del molinero, que era hermosa, presumida y altanera, y llevaba en la falda tres cintas de terciopelo. No quería ella que él supiera que gustaba de verle, y así le miraba de reojo con ojos brillantes, cuando él no la miraba. Lo mismo hacían muchas otras, porque siempre sucede así. Los hay que atraen las miradas, y los hay que hasta el día del Juicio pueden estarse esperando que los miren, porque así nos ha hecho Dios, unos torcidos y otros derechos, y no hay más que hacer.

»Iba y venía el mozo, porque lo que le tiraba eran los viajes largos; iba a la ballena hasta el confín del mundo, hasta donde hierve el mar y los grandes peces se mueven por él como islas sepultadas, y las sirenas cantan con sus espejos y sus escamas verdes y sus cabellos ondeantes, si hemos de creer lo que se cuenta. Era el primero en subir al mástil y el más diestro con el arpón, pero no hacía dinero, porque toda la ganancia era para el patrón; y con eso iba y venía.

»Y cuando venía se sentaba en la plaza y contaba las cosas que había visto, y todos le escuchaban. Y vino la hija del molinero, toda limpia y digna y altanera, y él la vio escuchando al borde y le dijo que si quería le traería una cinta de seda de Oriente. Y ella no dijo si quería, ni sí ni no, pero él vio que sí.

»Y otra vez se fue, y le pidió la cinta a la hija de un sedero de uno de esos países donde las mujeres son blancas con el pelo como seda negra, pero gustan de ver bailar a un hombre que tenga las piernas largas, largas, los pies ligeros y la boca reidora. Y él le dijo a la hija del sedero que volvería y le devolvería la cinta envuelta en un papel perfumado, y al siguiente baile que hubo en el pueblo se la dio a la hija del molinero, diciéndole: “Aquí tienes la cinta.”

»Y a ella le saltó el corazón del pecho, cómo que no, pero se contuvo, y le preguntó muy seca cuánto le debía por ella. Era una cinta muy bonita, de seda con los colores del arco iris, como nunca se había visto en la comarca.

»Y él se enojó mucho de ver aquel desprecio a su regalo, y dijo que le debía lo que él había tenido que dar por ella. Y ella dijo:

»“¿Cuánto ha sido eso?”

»Y él dijo: “Noches sin dormir hasta que vuelva.”

»Y ella dijo: “Muy alto es el precio.”

»Y él dijo: “El precio está puesto, y lo has de pagar.”

»Y ella lo pagó, cómo que no, porque bien sabía él lo que a ella le pasaba, y un hombre ofendido en su amor propio arrambla con lo que puede, y eso hizo él, porque ella le había visto bailar, y estaba toda revuelta y alborotada por el amor propio de él y su baile.

»Y dijo él que, si se volvía a marchar, y hallaba porvenir en alguna parte del mundo, si ella le esperaba hasta que volviera y la pidiera a su padre.

»Y dijo ella: “Largo me lo fías, teniendo tú esperándote una mujer en cada puerto, y una cinta movida por la brisa en cada malecón, si yo te espero.”

»Y dijo él: “Me esperarás.”

»Y ella no quiso decir ni sí ni no, si le esperaba o no le esperaba.

»Y dijo él: “Eres una mujer de un genio maldito, pero yo he de volver y entonces verás.”

»Pasó el tiempo, y la gente vio que la belleza se le iba marchitando, y que se le hacía lento el andar, y que no levantaba la cabeza, y que se ponía toda pesada. Y ella salía al puerto a esperar, a ver entrar los barcos, y aunque por nadie preguntaba, todas sabían bien por qué estaba allí y a quién estaba esperando. Ella no le decía nada a nadie; pero la veían donde está la capilla de la Virgen, rezando, es un suponer, porque nadie oía sus rezos.

»Siguió pasando el tiempo, y ya habían ido y venido muchos barcos, y otros habían naufragado y a sus hombres se los había tragado el mar, pero al suyo nadie le había visto ni sabido noticias de él. Y un día el molinero creyó oír una lechuza que chillaba o un gato que maullaba en el pajar, pero cuando fue no halló nada ni nadie, sólo sangre en la paja. Conque llamó a su hija, y salió ella con una palidez de muerte, y le dijo él: “Aquí hay sangre en la paja”, y ella le dijo: “Mucho le agradecería que no me despertase de mi buen sueño para decirme que el perro ha matado una rata, o que el gato se ha comido un ratón en el pajar.”

»Y vieron todos que estaba pálida, pero andaba muy erguida, sujetando su vela, y todos se volvieron cada cual a su sitio.

»Llegó entonces el barco, pasó la raya del mar y entró en el puerto, y el mozo saltó a tierra por ver si ella le estaba esperando, y vio que no estaba. Con los ojos de la mente la había estado viendo por todo el mundo, tan clara como el día allí esperando, con su rostro hermoso y altanero y la cinta de colores en la brisa, y el corazón se le endureció, ya se comprende de qué, de ver que no había ido. Pero no preguntó por ella, sino que besó a las chicas y sonrió y subió corriendo al monte hasta su casa.

»Y al rato vio una cosa pálida que se arrastraba a la sombra de una pared, toda despacio y vacilando. Y al pronto no la reconoció. Y ella estaba tan cambiada que pensó pasar de largo arrastrándose así.

»Y dijo él: “No viniste.”

»Y dijo ella: “No podía.”

»Y dijo él: “Pues estás aquí en la calle.”

»Y dijo ella: “Ya no soy la que era.”

»Y dijo él: “¿Y eso a mí qué? El caso es que no viniste.”

»Y dijo ella: “Si para ti no es nada, para mí es mucho. Ha pasado el tiempo. Lo pasado, pasado. Tengo que irme.”

»Y se fue.

»Y aquella noche bailó él con Jeanne, la hija del herrero, que tenía los dientes muy blancos y las manos pequeñas y gordezuelas como capullos de rosa.

»Y al día siguiente fue en busca de la hija del molinero y la encontró en la capilla del monte.

»Y dijo él: “Baja conmigo.”

»Y dijo ella: “¿Oyes unos piececitos, piececitos descalzos, que bailan?”

»Y dijo él: “No; oigo el mar en la orilla, y el aire que corre sobre la hierba seca, y la veleta que gira con el viento.”

»Y dijo ella: “Toda la noche me han estado bailando en la cabeza, dando vueltas y vueltas, y no he podido dormir.”

»Y él: “Baja conmigo.”

»Y ella: “¿Pero no los oyes bailar?”

»Y así pasaron una semana o un mes, o dos meses, él bailando con Jeanne y subiendo a la capilla y sin sacarle otra respuesta a la hija del molinero, hasta que al fin se cansó, como hombre atolondrado y guapo que era, y dijo:

»“Te he estado esperando como tú a mí no; baja ya, porque no espero más.”

»Y ella: “¿Cómo quieres que baje si no oyes bailar a la criatura?”

»Y dijo él: “Quédate, pues, con tu criatura, si la quieres más que a mí.”

»Y ella no dijo palabra, y se quedó escuchando el mar y el aire y la veleta, y él la dejó.

»Y el mozo se casó con Jeanne, la hija del herrero, y mucho se bailó en la boda; el flautista tocaba, cómo que no, y los tamboriles sonaban y redoblaban, y él brincaba por los aires con sus piernas largas, largas, sus pies ligeros y su boca reidora, y Jeanne estaba toda sofocada de dar vueltas y vueltas, y fuera se alzó viento y las

nubes se tragaron a las estrellas. Pero ellos se fueron a la cama muy alegres, repletos de buena sidra, y cerraron las puertas de la cama contra el frío, y bien calentitos se acostaron en colchón de plumas.

»Y la hija del molinero se echó a la calle en camisa y descalza, corre que corre de acá para allá, y extendiendo los brazos como la mujer que va detrás de una gallina escapada, iba gritando: "Espera un poco, espera un poco." Y hubo quien dijo haber visto a un niño chiquito y desnudo que iba bailando y brincando por delante de ella, tan pronto para aquí como para allá, señalando con sus deditos en punta y con el pelo como una matita de fuego amarillo. Y hubo quien dijo que no había nada más que un poco de polvo que bailaba en el camino, con un par de pelos y una ramita enredados. Y el aprendiz del molinero dijo que él hacía semanas que oía en el sobrado el trapa-trapa de unos piececitos descalzos. Y las comadres y los mocitos presumidos que no sabían nada dijeron que eran ratones lo que había oído. Pero dijo él que bastantes ratones había oído en su vida para saber lo que eran ratones y lo que no; y en general se le tenía por mozo de buen sentido.

»Conque la hija del molinero fue corriendo detrás de aquello que bailaba, y pasó las calles y la plaza y subió por el monte hasta la capilla, arañándose las piernas en las zarzas y siempre con los brazos extendidos y gritando: "Espera, espera." Pero aquello seguía bailando, y estaba lleno de vida, cómo que no, brillaba y giraba y se retorció y pataleaba con sus piececitos en los guijarros y en la hierba, y ella luchaba contra el viento en la falda y las tinieblas en la cara. Y rebasó el borde del acantilado gritando: "Espera, espera." Y al caer se mató en las rocas picudas de abajo, y con la marea baja la recogieron, toda magullada y rota, sin ninguna belleza a la vista, bien se comprende.

»Pero cuando él salió a la calle y lo vio, tomó la mano de ella y dijo: "Esto es porque yo no tuve fe y no quise creer en tu criatura que bailaba. Pero ahora la oigo, tan clara como el día."

»Y a partir de aquel día la pobre Jeanne ya no volvió a verle alegre.

»Y cuando llegó la Toussaint, él se despertó en la cama sobresaltado y oyó manitas que palmoteaban y piececitos que pataleaban alrededor de las cuatro esquinas de su cama, y vocecitas

agudas que llamaban en lenguas que él no conocía, a pesar de haber corrido todo el mundo.

»Conque apartó los cobertores y miró, y allí estaba la criatura, desnuda y amoratada de frío pero a la vez sonrosada de calor, de manera que a él le pareció como un pez del mar y una flor del verano, y la criatura sacudió su cabeza llameante y se alejó bailando, y él la fue siguiendo. Y la fue siguiendo y la fue siguiendo, y llegaron a la Baie des Trépassés, y estaba la noche clara, pero sobre la bahía había un velo de bruma.

»Y entraban las olas del Océano en largas filas, una tras otra y otra y otra, y él vio a los Muertos que venían de otro mundo montados en las crestas de las olas, flacos y lívidos y extendiendo los brazos en vano, agitándose y llamando a grandes voces. Y la criatura que bailaba pataleaba y se agitaba, y el mozo llegó a una barca que tenía la proa al mar, y al entrar en la barca notó que estaba llena de formas apretadas que se movían, que rebosaban y no se veían.

»Dijo que eran tantos los Muertos, en la barca y en las crestas de las olas, que sintió un terror de aquella multitud. Porque aunque no tenían sustancia, de manera que él podía extender la mano a un lado y a otro, se agolpaban a su alrededor, y daban alaridos horribles sobre las olas, tantos, tantos, como si la estela de un barco no llevara detrás una bandada de gaviotas gritando, sino que el cielo y el mar fueran una masa de plumas, y cada pluma un alma, eso dijo él después.

»Y dijo al niño que bailaba: “¿Nos hacemos a la mar en esta barca?”

»Y la criatura se quedó quieta y no le contestó.

»Y dijo él: “Hasta acá he llegado y tengo mucho miedo, pero si puedo llegar hasta ella seguiré adelante.”

»Y la criatura dijo: “Espera.”

»Y él pensó en ella entre todos los demás que estaban en el agua, con su carita blanca y chupada y el pecho flaco y la boca consumida, y la llamó: “Espera”, y la voz de ella le contestó aullando como un eco:

»“Espera.”

»Y él removió con sus brazos el aire, que estaba lleno de cosas, y movió sus pies ligeros entre el polvo de los muertos que había sobre los tablones de la barca, pero todo era pesado y no se movía, y las olas pasaban corriendo, una tras otra, y otra, y otra. Entonces dijo que intentó entrar de un salto, pero no pudo. Y así se estuvo hasta que amaneció, sintiendo cómo iban y venían, se llegaban y se apartaban,

y oyendo sus gritos y a la criatura que decía:

»“Espera.”

»Y cuando amaneció el día siguiente volvió al pueblo hecho una ruina. Y se sentó en la plaza con los viejos, él que era un mozo en la flor de la edad, y se le aflojó la boca y se le alargó la cara, y apenas decía nada, si no era: “Oigo muy bien”, o: “Espero”, sólo esas dos cosas.

»Y hará dos o tres o diez años alzó la cabeza y dijo: “¿No oís a la criatura que baila?” Y le dijeron que no, pero él se fue a casa, hizo su cama como si tal cosa, y llamó a los vecinos y le dio a Jeanne la llave de su cofre, y se tendió cuan largo era, todo flaco que estaba y consumido, y dijo: “Al final he sido el que más ha esperado, pero ahora lo oigo que patalea, la criatura está impaciente, aunque yo bien paciente he sido.” Y a la medianoche dijo: “Ah, ya estás ahí”, y se murió.

»Y la habitación olía a flor de manzano y a manzanas maduras a la vez, dijo Jeanne. Y Jeanne se casó con el carnicero y le dio cuatro hijos y dos hijas, todos robustos, pero mal hechos para bailar.»

No, no lo he contado como Gode. Se me han ido ritmos de su voz y he metido una nota mía, una nota literaria que pretendía evitar, una especie de lindeza o portentosidad que es la diferencia que hay entre los cuentos de los hermanos Grimm y la *Ondina* de La Motte Fouqué.

Debo escribir lo que vi; y peor aún, si puedo, lo que pensé. A medida que avanzaba la historia de Gode, vi que Christabel iba tejiendo cada vez más deprisa, con su radiante cabeza inclinada sobre la labor. Y al cabo de un tiempo dejó la labor, y se llevó la mano al pecho y a la cabeza, como si estuviera acalorada o le faltara el aire. Entonces vi que mi padre asía aquella manita errante y la sujetaba en la suya. (Tampoco es tan pequeña; eso sí que es poetizar; es una mano fuerte, nerviosa pero capaz.) Y ella le dejó retenerla. Y cuando acabó el cuento, él agachó la cabeza y la besó en el pelo. Y ella alzó la otra mano y retuvo la de él.

Parecíamos una familia, en torno al fuego. Yo me he acostumbrado a pensar en mi padre como un hombre viejo, viejo. Y en «mi prima» Christabel como una mujer joven casi de mi edad, una amiga, una confidente, un ejemplo.

Pero la verdad es que es mucho mayor que yo, aunque de todos modos más próxima en edad a mí que a él. Y él no es viejo. Ella le dijo

que no tiene el pelo gris, que no es tan viejo como Merlín.

Yo no quiero que sea así. Yo quería que ella se quedara, que fuera una amiga, una compañera.

No que me reemplazara. Ni que reemplazara a mi madre.

Son cosas diferentes. Yo no he aspirado nunca al puesto de mi madre, pero mi puesto es el que es porque ella no está. Y no quiero que sea otra la que cuide de mi padre, ni la que tenga prioridad para oír sus pensamientos o sus descubrimientos.

Ni para robarle besos, escríbelo, eso es lo que sentí, ni para robarle besos.

Yo no hice ademán de abrazarle cuando nos fuimos a acostar. Y cuando él me abrió los brazos, entré y salí de ellos rápidamente, tiesa y obediente. No miré a ver cómo le sentaba eso. Corrí a mi habitación y cerré la puerta.

Tengo que guardarme de hacer nada inconveniente. No tengo ningún derecho a molestarte por un cariño natural, a temer un acontecimiento que él podría pensar que yo vería con alegría, porque ya bastantes veces me he quejado de la vida tan aburrida que llevamos aquí.

Ladrona, quiero gritar, ladrona.

Mejor no escribir más.

Noviembre

Mi padre se complace mucho en su compañía estos días. Recuerdo cuando yo me alegraba de que empezase a hablar con él, porque entonces pensaba que no se iría y que nuestra casa sería más animada. Le hace buenas preguntas, mejores que las que yo le hago, o le hacía, porque su interés es más reciente y le trae informaciones nuevas, lecturas diferentes, de su padre y suyas. Mientras que todas mis ideas —excepto las que son mías, y no le interesan porque para él serían triviales, femeninas y *desagradecidas*—, todas mis ideas que podrían interesarle son ideas de él. Y últimamente, antes de que llegara ella, yo no mostraba mucho interés en todo esto, la eterna bruma, la lluvia, el Océano iracundo y los druidas y los dólmenes y toda esa magia antigua. Yo quería saber cosas de París, y andar por sus calles con pantalones y botas y una chaqueta elegante, como Madame Sand, libre y no en la soledad vaporizante. Así es que quizá le decepcionara, por pensar en mí y pensar —en parte— que él me

había decepcionado, por no ver que yo pudiera tener otras necesidades. Él la trata con tal respeto; se le alegra la voz cuando le cuenta cosas. Hoy ha dicho que le hacía mucho bien sentir que ella se interesaba por sus ideas. Ésas han sido literalmente sus palabras. «Me hace mucho bien sentir que te tomas un interés por estos temas recónditos.»

Durante el almuerzo estuvieron hablando de la intersección de este mundo con el otro. Él dijo, como ha dicho a menudo, que en nuestra parte de la Bretaña —la Cornouaille, l'Armorique— persiste la antigua creencia celta de que la muerte no es sino un paso, un tránsito, entre dos etapas de la existencia humana. Que hay muchas etapas, y esta vida es una de ellas, y que existen simultáneamente muchos mundos, unos alrededor de otros, quizá imbricados en algunos puntos. De modo que en zonas difusas —la oscuridad de la noche, o el sueño, o la cortina de roción donde la tierra firme se encuentra con el Océano impetuoso, que a su vez es siempre un umbral de muerte para los hombres que la cruzan y la vuelven a cruzar— pudiera haber mensajeros que planean entre distintos estados. Como la criatura que bailaba de Gode. O las lechuzas, o esas mariposas que se sabe que han llegado arrastradas por el viento desde los desiertos marinos del Atlántico.

Dijo que la religión de los druidas, según él la entendía, tenía un misticismo *del centro*: no había un tiempo lineal, un antes y un después, sino un centro inmóvil, y la Tierra Feliz del Síd, que los druidas imitaban, figuraban con sus corredores de piedra.

Mientras que para el cristianismo esta vida lo era todo, como tal vida, era nuestro terreno de prueba, y luego había el Cielo y el Infierno, absolutos.

Pero en la Bretaña un hombre podía caerse a un pozo y encontrarse en una tierra de manzanas en verano. O enganchar con el anzuelo el campanario de una iglesia sumergida en otro país.

«O entrar en Avalón por la puerta de un túmulo», dijo ella.

Dijo ella:

«Yo me he preguntado si el interés actual por el mundo de los espíritus no será indicio de que los celtas tenían razón en esto. Porque Swedenborg entró en el mundo de los espíritus y vio, según dice, estados de ser sucesivos, todos en proceso de purificación, cada uno con sus casas y sus templos y sus bibliotecas, cada cosa a su manera. Y últimamente han sido muchos los que se han visto

impulsados a buscar aparentes mensajes de esas regiones discutibles que puede haber al otro lado del velo que separa este mundo del siguiente. Yo misma he visto algunos hechos inexplicables de poca importancia. Guiraldas espirituales traídas por manos invisibles, de un blanco refulgente, de una belleza ultraterrena. Mensajes dolorosamente tamborileados por manitas que encontraban ese modo de comunicación infinitamente grosero para su naturaleza ya refinada, y aún así perseveraban, por amor a los que habían quedado atrás. Música tocada por manos invisibles en un acordeón puesto bajo un paño de terciopelo fuera del alcance de todos. Luces que se movían.»

Yo dije: «Yo no creo que esos trucos de salón tengan nada que ver con la religión. Ni con lo que sea que oímos aquí en los arroyos y las fuentes.»

Ella pareció sorprenderse de mi vehemencia.

«Eso es porque cometes el error de suponer que los espíritus detestan la vulgaridad lo mismo que tú. Un espíritu puede hablar a una campesina como Gode porque eso es pintoresco, porque Gode está rodeada de riscos románticos por un lado y de cabañas y hogares primitivos por el otro, y su casa está envuelta en una oscuridad moral auténtica y espesa. Pero si existen los espíritus yo no veo razón para que no estén por todas partes, o para que no puedan estarlo. Tú podrías decir que las paredes de ladrillo sólido, las tapicerías gruesas y mullidas y los antimacasares primorosos ahogan sus voces. Pero los barnizadores y los horteras están tan necesitados de salvación, tan deseosos de seguridad en otra vida, como los poetas o los campesinos, a fin de cuentas. Cuando tenían la seguridad de la fe ciega, cuando la Iglesia era una presencia sólida en medio de ellos, el Espíritu no tenía por qué traspasar el cancel del altar, y las Ánimas no salían, en general, del camposanto y las cercanías de sus losas. Pero ahora temen no resucitar, temen que sus sepulcros no se abran, que el cielo y el infierno no fueran más que dibujos desvaídos en unos muros de iglesia, con ángeles de cera y fantasmas espeluznantes, y preguntan: ¿qué hay ahí? Y si el hombre de las botas relucientes y la leontina de oro, o la mujer del crespón y el corsé de ballenas, que se recoge el polisón para vadear los charcos; si esas gentes obesas y tediosas *quieren* oír a los espíritus lo mismo que Gode, ¿por qué no los van a oír? El Evangelio fue predicado a todos los hombres, y, si existimos en estados sucesivos, los materialistas que haya entre nosotros deberán despertar en este mundo y el siguiente.

Swedenborg los vio sudar escepticismo y rabiar como montones de gusanos relucientes.

«Vas demasiado deprisa para que te conteste», dije yo con no muy buenos modos. «Pero yo he leído cosas sobre mesas rotativas y toques de espíritus en las revistas de Papá, y digo que suena a trucos de prestidigitador para los crédulos.»

«Tú has leído cosas escritas por escépticos», dijo ella, toda acalorada. «No hay nada más fácil de ridiculizar.»

«Yo he leído cosas escritas por creyentes», dije yo sin dar mi brazo a torcer. «He visto en ellas *credulidad*.»

«¿Por qué te enfadas tanto, prima Sabine?», dijo ella.

«Porque es la primera vez que te oigo decir tonterías», dije, y era verdad, aunque sin duda no era ése el motivo de mi enfado.

«Se puede conjurar a demonios de verdad con trucos de magia de salón», dijo mi padre meditabundo.

Noviembre

Siempre he creído ser cariñosa. Me he quejado de no tener suficientes personas a las que querer o apreciar. Creo poder decir sinceramente que hasta ahora no había experimentado el odio. Me desagrada el odio, que parece venir de fuera de mí y tomar posesión de mí, como un pajarraco que fijara en mí su pico ganchudo, como una cosa hambrienta de pelaje calenturiento y ojos coléricos que miran por los míos y que deja a mi yo mejor, con su sonrisa agradable y su espíritu servicial, impotente. Lucho, lucho, y no parece que nadie se dé cuenta. Se sientan a la mesa a intercambiar teorías metafísicas, y yo estoy ahí como una bruja que cambia de forma, que se hincha de rabia y se encoge de vergüenza, y ellos no ven *nada*. Y *ella* cambia delante de mi vista. Odio su cabeza lisa y pálida y sus ojos verdosos y los pies verdes y brillantes que le asoman por debajo de la falda, como si fuera una especie de serpiente, que silba tranquilamente como la pava sobre la lumbre, pero dispuesta a atacar una vez que la generosidad la ha calentado. Tiene unos dientes enormes, como Baba Yaga o aquel lobo del cuento inglés que se hacía pasar por abuela. Él le da *mis* tareas cuando ella le pide algo en que ocuparse, y escarba en la herida diciendo: «A Sabine ya se le estaba haciendo pesada tanta copia, y es bueno tener otras manos y otros ojos tan expertos.» Le acaricia el pelo al pasar junto a ella, el rizo de la nuca. Ella le

morderá. Seguro.

Cuando escribo esto sé que soy absurda.

Y cuando escribo eso sé que no.

Noviembre

Hoy salí a dar un paseo largo por el acantilado. No hacía buen día para pasear, había grandes cortinones de bruma y rocío del mar, y un viento muy fuerte. Me llevé a Dog Tray. No le pedí permiso a ella para llevármelo. Me dio gusto pensar que ahora me sigue a todas partes, aunque ella dijera que es un perro que quiere exclusivamente a una sola persona. A mí me quiere, estoy segura, y tiene un genio que va bien con el mío, porque es un animal tristón y reservado, y en el mal tiempo tira para delante sin arredrarse, pero no juega, ni sonrío como algunos perros. Su cariño es una ofrenda triste de confianza.

Ella vino detrás de mí. No lo había hecho nunca. Todas las veces que yo tuve la esperanza de que viniera o me siguiera, no venía nunca, a no ser que yo se lo suplicara o la engatusara por su propio bien. Pero el día que salgo para huir de ella, entonces viene corriendo detrás, apresurándose un poco sin querer que se le note, con su manteo y su capucha, con el ridículo paraguas que aletea y se da la vuelta con el viento y que realmente no sirve para nada. Así es la naturaleza humana: la gente te viene detrás de muy buen grado, con tal de que ya ni los quieras ni los busques.

Hay un paseo que va por todos los monumentos: el Dolmen, el menhir caído, la capillita de la Virgen con su imagen de granito sobre su mesa de granito, no muy distinta de la piedra en bruto de los dos primeros, y probablemente hecha de alguna parte del uno o del otro.

Me alcanzó y dijo:

«Prima Sabine, ¿puedo ir contigo?»

«Como tú quieras», dije yo, con una mano en el hombro del perro.

«Si te apetece, no faltaba más.»

Caminamos un poco, y ella dijo: «¿No te habré ofendido en algo?»

«En absoluto, por qué me ibas a ofender.»

«Habéis sido tan buenos conmigo, que verdaderamente me parece haber encontrado un santuario, algo así como un hogar, aquí en el país de mi padre.»

«Mi padre y yo nos alegramos.»

«No me da la impresión de que *tú* te alegres. Tengo la lengua afilada y el exterior áspero. Si he dicho algo...»

«No.»

«Pero me habré entrometido en tu paz, quizá. Aunque no parecías estar del todo contenta con tu paz... al principio.»

Yo no podía hablar. Apreté el paso y el perro echó a trotar detrás de mí.

«Todo lo que toco», dijo ella, «lo estropeo.»

«Sobre eso yo no sé nada, porque no me has contado nada.»

Entonces fue ella la que se quedó callada un rato. Yo iba cada vez más deprisa; es mi tierra, soy joven y fuerte; ella tenía que hacer esfuerzos para no quedarse atrás.

«No lo puedo contar», dijo al cabo de un rato. No en son de queja, no es su estilo, sino con energía, casi con enfado. «No sé hacer confidencias. No me sale. Me lo guardo todo, así es como sobrevivo, sólo así.»

Eso no es verdad, me dieron ganas de decir, pero no lo dije. A mi padre no le tratas como a mí.

«Quizá sea que no te fías de las mujeres», dije. «Estás en tu derecho.»

«*Me he fiado de las mujeres...*», empezó, y no acabó. Luego dijo: «Eso hizo daño. Mucho daño.»

Sonaba portentosa como una sibila. Yo apreté el paso. Ella al poco suspiró y dijo que le dolía un costado, que se volvía a casa. Yo le pregunté si necesitaba que la acompañase. Lo dije de tal modo que el orgullo la hiciera negarse, como así fue. Yo alargué una mano al perro y le mandé quedarse, y se quedó. La vi volver llevándose la mano a un costado y agachando la cabeza al viento, con un poco de dificultad. Yo soy joven, pensé, y debería haber añadido «y mala», pero no lo hice. La vi marchar y me sonreí. Una parte de mí hubiera dado casi cualquier cosa por que todo hubiera seguido como estaba antes, por que ella no se pusiera melodramática y lamentosa, pero lo único que hice fue sonreír y luego seguir andando, porque yo por lo menos soy joven y fuerte.

Nota de Ariane Le Minier

Aquí faltan algunas páginas, y lo escrito pasa a ser maquinal y repetitivo. No he sacado fotocopias del resto de este mes hasta Nochebuena. Pueden ver ese material si quieren.

Fuimos todos a oír la misa del Gallo. Mi padre y yo vamos siempre. Mi abuelo no ponía los pies en la iglesia; era republicano y ateo por principio. Yo no estoy segura de que las creencias religiosas de mi padre fueran del agrado del Curé si las comentara con él, cosa que no hace. Pero cree firmemente en la conservación de la vida de la comunidad, del pueblo bretón, que incluye la Navidad y todos sus significados, viejos y nuevos. *Ella* dice ser miembro de la Iglesia Anglicana en Inglaterra, pero dice que aquí la fe de sus padres es la fe católica, en su forma bretona. Yo pienso que el Curé se sorprendería también si supiera lo que ella piensa, pero parece que se alegra de verla en la iglesia y respeta su aislamiento. A lo largo del Adviento ella ha ido a la iglesia cada vez con mayor frecuencia. Contempla, soportando el frío, la obra del artista que esculpió el Calvario, las toscas figuras talladas con tanto esfuerzo en el durísimo granito. El nuestro tiene un bonito San José con el asno camino de Belén (la iglesia está dedicada a San José). Mi padre comentó que en nuestra tierra los animales de los establos tienen habla la noche de la Natividad, cuando el mundo entero se reconcilia con su hacedor en la inocencia primigenia, como era en tiempos del primer Adán. Ella dijo que el puritano Milton hace, al revés, del momento de la Natividad el momento de la muerte de la Naturaleza; por lo menos evoca la antigua tradición de los viajeros griegos que en esa noche oían gritos que salían de los santuarios diciendo: «Llorad, llorad, que el gran dios Pan ha muerto.» Yo no dije nada. Le vi echar su capa sobre los hombros de ella y llevarla a nuestro sitio en la primera fila de la iglesia, y lo vi, Dios me perdone, como una prefiguración de la vida que nos espera.

Siempre es muy bonito cuando se encienden las velas para significar el nuevo mundo, el nuevo año, la nueva vida. Nuestra maciza iglesita es un poco como la cueva donde tantas veces se pinta el nacimiento de Jesús. La gente se arrodilló a rezar, los pastores y los pescadores. Yo también me arrodillé, y traté de orientar mis confusos pensamientos hacia alguna forma de caridad y buena voluntad, rezar a mi manera. Recé, como rezo siempre, por que la gente comprenda el espíritu con que mi padre guarda sólo aquellas festividades que él considera universales: para él la natividad es el solsticio de invierno, la

vuelta de la tierra a la luz. El Curé le tiene miedo. Sabe que debería amonestarle y no se atreve.

Vi que ella no se arrodillaba, y que después acababa haciéndolo con mucho cuidado, como si se sintiera mareada. Cuando volvimos a sentarnos, después de encendidas las velas, miré a ver si estaba bien, y comprendí. Estaba recostada en la esquina del banco, con la cabeza apoyada en una columna y los párpados y los labios apretados, con gesto de cansancio, pero no pacientemente. Estaba en sombra, las sombras de la iglesia la cubrían, pero yo vi que estaba pálida. Tenía las manos juntas bajo el pecho, y no sé qué efecto de la torsión del cuerpo, no sé qué antiguo gesto de protección de las manos, me hizo ver claramente lo que venía ocultando, y que yo, buena mujer del campo y señora de una casa, debería haber comprendido hace mucho tiempo. Demasiadas mujeres he visto con las manos *así* para equivocarme. Viéndola así recostada, me di cuenta de que está gorda. Efectivamente, vino a nosotros en busca de santuario. Así se explican muchas cosas, si no todas.

Gode lo sabe. Es muy lince y sabia para estas cosas.

Mi padre lo sabe, creo, y debe hacer bastante tiempo que lo sabe, si no desde antes de que ella viniera. Ahora comprendo que lo que siente es compasión y afán protector; he creído ver sentimientos que sólo existían en mi imaginación calenturienta. ¿Qué voy a hacer o decir?

31 de diciembre

Veo que no me voy a atrever a decirle nada. Esta tarde subí a su habitación para llevarle unos caramelos de regalo y un libro que le había pedido prestado hace tiempo, antes de mi enfado. Le dije:

«Siento haber estado tan hosca, prima. He estado interpretando mal las cosas.»

«Vaya», dijo ella, no muy cordialmente. «Pues me alegro de que ahora te parezca así.»

«Ahora sé lo que pasa», dije. «Quiero ser buena contigo. Ayudarte.»

«Ahora sabes lo que pasa, ¿eh?», dijo ella despacio. «Sabes lo que pasa. ¿Sabemos alguna vez lo que le pasa a otro ser humano? Dime pues, prima Sabine, ¿qué crees tú que me pasa?»

Y se me quedó mirando con su cara blanca y sus ojos claros,

desafiándome a contestar. Si yo lo hubiera hecho, si lo hubiera dicho, ¿qué podría haber dicho o hecho ella? Es eso, lo sé. Pero balbucí que no sabía lo que decía, que creía que la había hecho sufrir; y, como ella seguía mirándome, me eché a llorar.

«No me pasa nada grave», dijo. «Soy una mujer madura, y tú eres una chica joven, con todas las fantasías y la inestabilidad de la juventud. Yo sé cuidarme. No deseo ayuda de *ti*, prima Sabine. Pero me alegro de que ya no estés tan iracunda. La ira hace daño al espíritu, como yo bien sé por triste experiencia.»

Sentí que lo sabía todo, todo lo que yo había sospechado, temido y detestado. Y que no quería perdonarme. Y entonces volví a enfurecerme, a mi vez, y salí sin dejar de llorar. Porque dice que no necesita ayuda, pero sí la necesita, ya la ha pedido, por eso está aquí. ¿Qué va a ser de ella, de nosotros, del niño? ¿Hablaré con mi padre? Sigo teniendo la sensación de que es como la serpiente congelada de Esopo. Una figura retórica puede hacer presa en la imaginación incluso cuando ya no viene a cuento. En cuyo caso, ¿cuál de nosotras es la serpiente? Pero es que ¡me miró de una manera tan fría! Yo no sé si no está un poco mal de la cabeza.

[*Finales de enero*]

Hoy decidí hablar con mi padre sobre el estado de la prima Christabel. Ya lo había pensado un par de veces, pero siempre hubo algo que me lo impidió. Posiblemente el miedo de que él también me riña. Pero hay un silencio entre él y yo. Así que esperé a que ella se hubiera ido a la iglesia; a estas alturas su estado es evidente para cualquier mirada experta. Es demasiado baja de estatura para disimularlo.

Entré en la habitación de mi padre y le dije muy deprisa, para no echarme atrás: «Quiero hablar contigo sobre Christabel.»

«He creído notar que estás menos cariñosa con ella que antes, y me disgusta.»

«En cuanto a eso, no me parece que ella busque mi cariño. Me equivoqué. Pensé que estaba entablando una relación tan estrecha contigo que yo..., que no quedaba sitio para mí.»

«En eso has sido muy injusta. Con ella y conmigo.»

«Ahora lo sé, padre, porque he visto su estado, que es evidente. Estaba ciega, pero ahora veo.»

Él volvió el rostro hacia la ventana y dijo: «No me parece que debamos hablar de eso.»

«Quieres decir que no te parece que deba hablar yo.»

«No me parece que debamos.»

«Pero ¿qué va a ser de ella? ¿Y del niño? ¿Se quedarán aquí para siempre? Yo soy el ama de esta casa, quiero saberlo, necesito saberlo. Y quiero *ayudar*, Padre, quiero ayudar a Christabel.»

«Parece que la mejor manera de ayudarla es guardar silencio.»

Parecía desconcertado. Yo le dije: «Está bien, si tú sabes lo que pretende, yo tranquila, me callo y no diré más. Lo único que quiero es ayudar.»

«Ay, hija mía», dijo él, «yo no sé más que tú de qué es lo que pretende. Estoy tan a oscuras como tú. Yo le ofrecí un hogar, como ella pedía: “por algún tiempo” era lo único que decía en la carta. Pero no me ha permitido hablar de... la razón de su necesidad. De hecho fue Gode quien me puso en antecedentes, muy pronto. Es posible que recurra a Gode cuando llegue el momento. Es familia nuestra..., le hemos ofrecido amparo.»

«Tendrá que hablar de su problema», dije yo.

«Yo lo he intentado», dijo él. «Pero todo lo esquiva. Como si quisiera negar su estado, negárselo incluso a sí misma.»

Febrero

Me he dado cuenta de que le he perdido el gusto a este diario. Hace ya algún tiempo que no es ni un ejercicio de escritura ni un registro de mi mundo, sino un relato de celos, perplejidades y resentimientos. Me he dado cuenta de que poner esas cosas por escrito no es exorcizarlas sino darles vida sólida, como los monigotes de cera de una bruja adquieren vitalidad cuando ella los moldea en caliente para después pincharlos. Yo no empecé este diario para que fuera confidente de mis espionajes del dolor privado de otra persona. Además, tengo miedo de que alguien pudiera leerlo, por azar, e interpretarlo mal. Así es que, por todas esas razones, y como una especie de disciplina espiritual, voy a abandonarlo de momento.

Abril

Estoy presenciando una cosa tan extraña, tan extraña, que tengo

que escribir sobre ello, aunque dije que no lo haría, para ayudarme a comprender. Mi prima está ya tan abultada, tan avanzada, tan pesada, que ya le tiene que faltar poco, y sin embargo no ha permitido ni hacer mención de su estado ni de sus expectativas. Y nos tiene a todos como hechizados, porque ninguno de nosotros se atreve a pedirle explicaciones, ni a poner sobre el tapete lo que ya está a la vista de todos y aun así oculto. Mi padre dice que ha intentado varias veces hacerle hablar del tema, sin conseguirlo. Quiere decirle que el niño será bienvenido, que es de nuestra familia lo mismo que ella, sean cuales sean sus orígenes, y que lo cuidaremos y veremos de criarlo bien y que no le falte de nada. Pero dice que no puede hablar, y ello por dos razones. Una es que ella le cohibe, le prohíbe terminantemente con la mirada y con el gesto abordar el tema, y él, aun a sabiendas de que es su obligación moral, no puede. La segunda es que realmente teme que ella esté mal de la cabeza. Que de algún modo está fatalmente escindida, y que no ha dejado que su conciencia y su personalidad pública supieran lo que le va a ocurrir. Y aunque mi padre piensa que *habría* que prepararla, teme también plantearlo mal y causarle una alienación y un furor y desesperación totales, y acaso matarlos a los dos. Prodigia con ella pequeños detalles de afecto, y ella lo acepta todo con gentileza, como una princesa, como cosa debida, y le habla del Hada Morgana, de Plotino, de Abelardo y de Pelagio como quien corresponde a los favores cortésmente. Su mente está más lúcida que nunca. Es rápida, agudísima, ingeniosa. Mi pobre padre tiene, lo mismo que yo, una sensación cada vez mayor de demencia, de verse arrastrado por cortesía y por lo que antes fuera un placer a esas complicadas disputas, recensiones y recitaciones, cuando de lo que *habría* que hablar es de cosas de carne y hueso y preparativos prácticos.

Yo le dije que ella no estaba tan ignorante, porque se había sacado los vestidos, en la cintura y por debajo de los brazos, con costuras bien hechas, con esmero inteligente. Él dijo que eso podía ser obra de Gode, y decidimos que, ya que no teníamos el valor o el aplomo de hacer frente a Christabel, por lo menos averiguaríamos qué sabía Gode; si había tenido el privilegio, como era posible e incluso probable, de recibir alguna confidencia. Pero Gode dijo que no, que esas costuras no eran de ella, y que, cada vez que ella se había ofrecido a ayudar, la señorita había cambiado de conversación como si no se enterase. «Se toma mis tisanas, pero como si lo hiciera sólo

por darme gusto», dijo. Y dijo que ella había conocido casos así, de mujeres que se habían negado rotundamente a percatarse de su estado, y aun así habían parido con la misma facilidad y naturalidad que una novilla en el establo. Y otras, dijo en tono más sombrío, que se habían destrozado luchando, con resultado de muerte para uno o para los dos, madre e hijo. Gode piensa que podemos dejarlo en sus manos: que ella sabrá por ciertas señales seguras cuándo llega la hora, y dará a mi prima bebidas calmantes, y luego la espabilará prácticamente en el último momento. Yo creo que Gode cala perfectamente a la mayoría de los hombres y mujeres, por lo menos en lo que tienen de más animal e instintivo, pero desde luego no a mi prima Christabel.

Yo he pensado en la posibilidad de escribirle una carta exponiéndole nuestros temores y nuestro conocimiento, por aquello de que le resulta más fácil leer que hablar, y podría reflexionar a solas sobre unas palabras bien escogidas. Pero no concibo qué forma se le podría dar a una carta así, ni cómo podría responder ella.

Martes

Durante todo este último tiempo se está portando muy bien conmigo, a su manera: me habla de esto y de lo otro, me pide que le enseñe mis labores, y me ha hecho en secreto un estuchito bordado para las tijeras, muy bonito, con un pavo real de sedas azules y verdes, todo ojos. Pero yo no la puedo querer como antes, porque no es franca, porque se calla lo que importa, porque con su orgullo o su demencia me está haciendo vivir una mentira.

Hoy hemos podido estar en el huerto, bajo los cerezos en flor, hablando de poesía, y ella se apartaba los pétalos que le caían encima de la falda abultada con aparente indiferencia. Habló de *Melusina* y del carácter de la epopeya. Dice que quiere escribir una epopeya de hadas, no basada en la verdad histórica, sino en la verdad poética e imaginativa: como la *Reina de las hadas* de Spenser, o como Ariosto, donde el alma se ve libre de las trabas de la historia y la realidad. Dice que el romance es una forma muy propia para la mujer. Dice que el romance es un país donde la mujer puede ser libre de expresar su verdadera naturaleza, como en la Ile de Sein o en el Síd, y no como en este mundo.

Dijo que en el romance se pueden reconciliar las dos naturalezas

de la mujer. Yo pregunté qué dos naturalezas, y dijo que los hombres veían a las mujeres como seres dobles, encantadoras y demonios o ángeles inocentes.

«¿Todas las mujeres son dobles?», le pregunté.

«Yo no he dicho eso», dijo. «He dicho que todos los hombres ven a las mujeres como dobles. ¿Quién sabe lo que sería Melusina en libertad cuando no había ojos que la mirasen?»

Habló de la cola de pez y me preguntó si yo conocía la historia de la Sirenita de Hans Andersen, que pidió que se le partiera la cola en dos para agradar al príncipe, y se quedó muda, y encima él no la quiso. «La cola de pez era su libertad», dijo. «Con las piernas le parecía ir andando sobre cuchillos.»

Yo le dije que desde que leí ese cuento tenía pesadillas de andar sobre cuchillos, y eso le gustó.

Y así siguió hablando, de los dolores de Melusina y la Sirenita; y de su propio dolor que se avecina, nada.

Ahora bien, yo creo tener la inteligencia suficiente para reconocer una figura de dicción o una parábola, y veo que se podría pensar que me estaba hablando, a su manera enigmática, de los dolores de ser mujer. Lo único que puedo decir es que no daba esa impresión. No, la voz le brillaba con la misma seguridad que la aguja cuando está bordando, fabricando un dibujo bonito. Y bajo el vestido juro que vi moverse eso, que no era ella, y que ella con toda su brillantez no quería reconocer.

30 de abril

No puedo dormir. Así que voy a tomar el regalo que me hizo y *escribir*, escribir lo que ha hecho.

Llevamos dos días buscándola. Salió ayer por la mañana para ir a la iglesia, como venía haciendo cada vez más a menudo en las últimas semanas. Resulta que los aldeanos la han visto parada, tiempo y tiempo según dicen, recorriendo la historia de la vida y muerte de la Virgen que hay alrededor de la base del Calvario, apoyándose en él para tomar aliento, perfilando las figuritas con los dedos «como una ciega», dijo uno, «como un escultor», dijo otro. Y también se ha pasado horas y horas en la iglesia rezando, o sentada tranquilamente, eso lo sabíamos, eso lo sabíamos todos, nosotros y la gente, con la cabeza cubierta con una mantilla negra y las manos

unidas en el regazo. Ayer la vieron entrar como siempre. Nadie la vio salir, pero tuvo que salir.

Hasta la hora de comer no empezamos a buscarla. Vino Gode a la habitación de mi padre, y dijo: «Señor, yo sacaría el calesín, porque la señorita no ha vuelto, y ya le estaba llegando la hora.»

Y la cabeza se nos llenó de imágenes terribles de mi prima caída y sufriendo, acaso en una zanja o en un campo, o quizá en un pajar. Conque sacamos el calesín y fuimos por todos los caminos, entre los muros de piedra, mirando en las hondonadas y en las cabañas aisladas, llamándola a veces, pero no muy a menudo, porque nos daba como vergüenza, de nosotros por haberla perdido, de ella por haberse extraviado en el estado en que estaba. Fueron horas espantosas, sé que para todos nosotros, para mí desde luego. Cada paso era un dolor; yo creo que quizá la *incertidumbre* sea más dolorosa que ninguna otra emoción, porque a la vez te empuja y te frustra y te paraliza, de modo que íbamos como con una especie de ahogo y desgarró cada vez mayor. Cada mancha de oscuridad —una mata de tojo con un trapo enganchado, un tonel abandonado y carcomido— era un objeto terrible de miedo y esperanza. Subimos hasta la ermita de la Virgen y nos asomamos a la boca del Dolmen, y no vimos nada. Y así seguimos hasta que se hizo de noche, y entonces mi padre dijo: «No quiera Dios que se haya caído por el acantilado.»

«A lo mejor está con alguien del pueblo», dije yo.

«Me lo habrían dicho», dijo mi padre. «Habrían enviado por mí.»

Entonces decidimos buscar por la orilla; hicimos unas antorchas grandes, como hacemos a veces cuando se ha estrellado un barco en la costa y hay supervivientes, o restos que recoger. Yannick encendió una fogata, y mi padre y yo fuimos de cala en cala, llamando y moviendo las antorchas. Una vez yo oí como un sollozo, pero no era sino que habíamos asustado a un nido de gaviotas. Y así estuvimos, sin comer, sin parar, a la luz de la luna, hasta pasada la medianoche; entonces dijo mi padre que debíamos irnos a casa, que podía haber llegado noticia en nuestra ausencia. Yo dije, seguro que no, habrían enviado a buscarnos, y mi padre dijo, no son bastantes para atender a una mujer indispueta y a la vez venir a buscarnos. Así que volvimos a casa con cierta esperanza, pero no había nada ni nadie más que Gode, que había estado conjurando el humo y dijo que no se sabría nada hasta el día siguiente.

Hoy levantamos al vecindario. Mi padre, echándose el orgullo a la espalda y el sombrero a la mano, fue llamando a todas las puertas y preguntando si alguien sabía algo de ella; y todos lo negaron, aunque quedó claro que había estado en la iglesia por la mañana. Mi padre fue a hablar con el Curé. No le gusta hablar con el Curé, que es un hombre inculto y pasa mal rato y se lo hace pasar a mi padre porque sabe que debería intentar discutir las ideas religiosas de mi padre, que a él le deben parecer de lo más irreligiosas. Porque no se atreve a discutir: perdería, y perdería el respeto entre el vecindario, si se supiera que había discutido con el señor de Kercoz, aunque fuera por el bien de su alma inmortal.

El Curé dijo: «Estoy seguro de que Le Bon Dieu tiene buen cuidado de ella.»

Mi padre dijo: «Pero ¿la ha visto usted, padre?»

El Curé dijo: «La vi en la iglesia por la mañana.»

Mi padre piensa que es posible que el Curé sepa dónde está. Porque no se ofreció a participar en la búsqueda, como era lo lógico si hubiera estado intranquilo. Pero también es verdad que el Curé está gordo y le pesan las grasas, y es un hombre bobo y carente de imaginación, y bien pudiera ser simplemente que hubiera pensado que bastaba con que buscara la gente joven y ágil. Yo dije: «¿Cómo lo iba a saber el Curé?» Y mi padre dijo: «Podría ser que ella le hubiera pedido ayuda.»

Yo no me imagino que se le pudiera ocurrir a nadie pedir ayuda al Curé, y menos en esas circunstancias. Mira fijamente con cara de pez, y no vive más que para su panza. Pero mi padre dijo: «Él visita el convento de Santa Ana que hay camino de Quimperlé, donde el obispo ha dispuesto lo necesario para acoger a las mujeres desamparadas y caídas.»

«No iba a mandarla *allí*», dije yo. «Es un sitio muy triste.»

Malle, la amiga de la hermana de Yannick, dio a luz allí cuando sus padres la echaron de casa y nadie se hacía responsable del niño, porque, según se decía, nadie podía estar seguro de que fuera suyo. Malle aseguraba que las monjas le daban pellizcos y la obligaban a hacer penitencia limpiando suciedades y acarreando toda clase de desperdicios, cuando apenas acababa de dar a luz. El niño murió, según Malle. Ella entró a servir de criada en Quimper, en casa de un cerero, y la señora la pegaba sin piedad, y no vivió mucho tiempo.

«Es posible que Christabel haya pedido ir allí», dijo mi padre.

«¿Por qué iba a hacer eso?»

«¿Y por qué ha hecho lo que ha hecho? ¿Y dónde está, si la hemos buscado por todas partes? Y en el mar no ha aparecido nadie.»

Yo dije que en todo caso podíamos preguntan a las monjas. Mi padre irá mañana al convento.

Me siento muy mal. Temo por ella y estoy furiosa, y lo siento también por mi padre, que es un buen hombre deshecho de pena, de angustia y de vergüenza. Porque ahora sabemos todos que, a menos que haya tenido un accidente, ha huido del asilo que le ofrecíamos. O lo mismo habrá quien piense que la hemos echado, lo cual también sería una deshonra, porque jamás lo habríamos hecho.

Pero quizá esté muerta en una cueva, o en la orilla de alguna cala a donde no podamos llegar. Mañana yo saldré otra vez. No puedo dormir.

1 de mayo

Hoy fue mi padre al convento. Dice que la madre superiora le dio vino, y le dijo que en esta semana no había llegado nadie al convento que por el nombre o el aspecto pudiera ser Christabel. Dijo que rezaría por ella. Mi padre pidió que le avisaran si iba por allí. «Eso depende», dijo la monja, «de lo que diga la mujer que pide asilo.»

«Quiero que sepa que en nuestra casa tiene un hogar para ella y su hijo, donde estará atendida todo el tiempo que quiera», dijo mi padre.

Y la monja: «Estoy segura de que eso ya lo sabe, dondequiera que esté. Quizá no pueda ir a su casa, en el estado en que está. Quizá no quiera, por vergüenza o por otros motivos.»

Mi padre quiso contarle a la monja lo de que Christabel se había encerrado insensatamente en el silencio, pero ella, al parecer, se puso de repente antipática y brusca, y le despidió. Dice que no le gustó la monja; que gozaba de tener poder sobre él. Está muy contrariado y deprimido.

8 de mayo

Ha vuelto. Estábamos en la mesa mi padre y yo, muy tristes, repasando una vez más en qué sitios podríamos haber mirado, o si se

iría en las dos carretas o en la calesa de la posada que pasaron por el pueblo en aquel día fatídico, cuando oímos unas ruedas en el patio. Y no habíamos tenido tiempo de levantarnos cuando ya estaba en la puerta. Esta segunda entrada, como la de un aparecido a la plena luz del día, fue todavía más extraña que su primera venida de noche y bajo la tormenta. Está delgada y débil, y se ha ceñido la ropa con un grueso cinturón de cuero. Está blanca como el hueso, y parece como si hubiera perdido toda la carne de los huesos, porque toda ella es aristas y picos, como si se le quisiera salir el esqueleto. Y se ha cortado el pelo. Es decir, ya no tiene todos aquellos ricitos y bucles: tiene una especie de cofia de cerdas claras y sin brillo, como paja muerta. Y mira con una mirada pálida y muerta desde los ojos hundidos.

Mi padre corrió a su encuentro, y la hubiera abrazado tiernamente, pero ella sacó una mano huesuda y le apartó, diciendo:

«Estoy perfectamente, gracias. Puedo tenerme en pie yo sola.»

Y así, con mucho tiento, de una manera que sólo se me ocurre llamar un arrastrarse con orgullo, fue andando, con una lentitud infinita pero siempre erguida, hasta la chimenea, y allí se sentó. Mi padre preguntó si no quería que la lleváramos arriba, y ella dijo que no, y repitió: «Estoy perfectamente, gracias.» Pero sí aceptó un vaso de vino y un poco de leche y pan, y bebió y comió casi con ansia. Y nosotros nos sentamos frente a ella, boquiabiertos y dispuestos a hacer mil preguntas, pero ella dijo:

«No me preguntéis nada, os lo ruego. No tengo ningún derecho a pedir favores. He abusado de vuestra bondad, como sin duda os parecerá, aunque no tenía otro remedio. No abusaré de ella por mucho más tiempo. Por favor, no me preguntéis *nada*.

¿Cómo escribir lo que sentimos? Ella prohíbe todo sentimiento normal, todo vulgar calor humano y comunicación. Cuando dice que no va a abusar de nuestra bondad por mucho más tiempo, ¿es que teme o espera *morirse* aquí? ¿Está loca, o es muy astuta y sigilosa y está poniendo en práctica un plan que ya tenía desde que vino? ¿Se quedará, se irá?

¿*Dónde está el niño*? Estamos todos consumidos de curiosidad, que ella astutamente, o a la desesperada, ha vuelto contra nosotros, haciendo que parezca como un pecado, prohibiendo toda solicitud y pregunta normal. ¿Está vivo o muerto? ¿Era niño o niña? Y ella, ¿qué piensa hacer?

Voy a poner aquí por escrito, porque me avergüenza, y sin embargo es una parte interesante de la naturaleza humana, que es imposible amar cuando hay esa cerrazón. Yo siento una especie de compasión terrible cuando la veo *así*, con la cara huesuda y la cabeza rapada, e imagino su dolor. Pero no lo puedo imaginar bien, porque ella lo prohíbe, y extrañamente su prohibición convierte mi interés en una especie de ira.

9 de mayo

Gode dijo que cogiendo la camisa de un niño chico y poniéndola a flotar sobre la superficie de la *feuteun ar hazellou*, la fuente del hada, se ve si el niño va a crecer con salud, o si será delicado o se morirá. Porque si el viento llena las mangas de la camisa, y el cuerpo se hincha y corre sobre el agua, entonces es que el niño vivirá sano. Pero si la camisa está lacia y coge agua y se hunde, entonces es que el niño se morirá.

Dijo mi padre: «Puesto que no tenemos ni niño ni camisa, no nos sirve de mucho esa adivinación.»

Ella no hacía camisitas en estos meses, sólo bonitas fundas de plumas y el estuche de mis tijeras, y arreglos de sábanas.

Pasa casi todo el tiempo en su habitación. Gode dice que no tiene fiebre ni va a peor, pero está muy débil.

Esta noche he tenido una pesadilla. Estábamos junto a un gran estanque muy negro, que en la superficie era como de azabache, grumoso y con brillo. Estábamos unas mujeres rodeadas de acebos, un seto cerrado; cuando yo era pequeña cogíamos las hojas, y nos íbamos pinchando los dedos muy ligeramente con cada punta, todo alrededor, diciendo: «*Me quiere, no me quiere*». Esto se lo conté a Christabel, y ella dijo que era mejor el acebo para ese juego de azar, que en Inglaterra se hace con los pétalos de las margaritas, que se van arrancando uno por uno. En el sueño yo tenía miedo del acebo. Le tenía miedo como se teme automáticamente una mordedura de serpiente cuando se oye que algo se arrastra por la maleza.

En el sueño estábamos varias mujeres al borde del agua; como pasa muchas veces en los sueños, no era posible ver *cuántas*; yo notaba que tenía algunas a mis espaldas, empujándome. Gode estaba echando al agua un envoltorio pequeño; en un momento era una cosa toda fajada y liada, como en las imágenes de Moisés oculto entre los

juncos. En otro momento era una camisita de dormir muy tiesa, toda de jaretas, que navegaba hasta el centro del estanque —no había olitas— y allí alzaba las mangas vacías y braceaba en el aire, y trataba de soltarse del agua espesa, que se la iba tragando muy despacio, más como lodo o gelatina que como agua, más como piedra líquida, y todo el tiempo la cosa se retorció y agitaba las —por así decirlo— manos, porque se veía claramente que *no* tenía manos.

Está muy claro a qué se refiere todo. Pero la visión altera mi impresión del curso de los acontecimientos. Ahora cada vez que pienso qué habrá sido del niño veo el estanque negro de obsidiana, y la animosa camisita hundiéndose.

10 de mayo

Hoy ha llegado una carta para mi padre, de M. Michelet, y dentro de ésa otra para Christabel. Ella la ha tomado con gran compostura, como si la esperase, y después, cuando la ha visto bien, ha contenido el aliento y la ha dejado aparte sin abrir. Mi padre dice que M. Michelet escribe que se la envió un amigo, con la esperanza, más que la certeza, de que la señorita LaMotte estuviera con nosotros. Nos pide que se la devolvamos si no está aquí y por lo tanto no llega a sus manos. Durante todo el día la ha tenido sin abrir. No sé si la habrá abierto ya, ni cuándo.

Nota para Maud Bailey de Airane Le Minier.

Estimada profesora Bailey:

Aquí acaba el diario, y acaba casi el cuaderno. Es posible que Sabine de K. lo continuase en otro cuaderno; si es así, no ha aparecido todavía.

Decidí no decirle a usted mucho sobre su contenido, porque quería, quizá con un deseo un poco infantil, que sintiera la sorpresa narrativa y el placer que yo sentí al descubrirlo. Cuando vuelva de las Cévennes tenemos que comparar notas, usted y yo y la profesora Stern.

Yo tenía ciertamente la impresión de que los expertos en LaMotte creían que vivió una vida retirada, en una feliz relación lesbiana con Blanche Glover. ¿Sabe usted de algún amante o posible amante que pudiera ser el padre de ese niño? Y un interrogante que se impone:

¿tuvo algo que ver el suicidio de Blanche con la historia que se relata en este texto? Quizá pueda usted ilustrarme.

He de decirle también que he hecho algunos esfuerzos por averiguar si el niño sobrevivió. Donde lógicamente había que buscar era en el convento de Santa Ana, y he estado allí y me he convencido de que no hay ni rastro de LaMotte en sus registros, que no son muy abundantes. (En los años veinte se tiraron muchas cosas, por orden de una diligente Superiora que pensaba que conservar papeles polvorientos era desaprovechar el espacio en algo que no tenía nada que ver con la misión intemporal de la comunidad.)

Yo sigo sospechando del cura, aunque sólo sea porque no hay nadie más, y no acabo de creerme que el niño fuera alumbrado y asesinado en un pajar. Pero me parece muy posible que no sobreviviera.

Adjunto unos poemas y fragmentos de poemas en inglés que encontré entre las cosas de Sabine. No tengo acceso a ninguna muestra de la letra de LaMotte, pero pienso que pueden ser suyos, y confirmar la idea de que la cosa no marchó bien.

La historia de Sabine después de estos hechos es en parte alegre y en parte triste. Publicó las tres novelas de las que ya le hablé, de las cuales la más interesante, con mucha diferencia, es La Deuxième Dahud, donde pinta a una heroína de fuerte voluntad y pasiones, presencia mesmérica e imperiosa y desprecio de las virtudes femeninas convencionales. Se ahoga en un accidente de barca, después de haber destruido la paz de dos hogares, y estando embarazada de un niño cuyo padre puede ser su sumiso marido o su amante byroniano, que se ahoga con ella. La fuerza de la novela está en su empleo de la mitología bretona para dar hondura a los temas y construir su orden imaginario.

Sabine se casó en 1863, tras una prolongada batalla con su padre por que se le permitiera conocer a posibles pretendientes. El M. de Kergarouet con quien se casó era un hombre soso y melancólico, bastante mayor que ella, que la quiso con devoción casi obsesiva, y murió de pena, según se dijo, un año después de fallecer ella en su tercer parto. Tuvieron dos hijas, ninguna de las cuales llegó a la adolescencia.

Espero que todo esto haya sido de interés para usted, y que en algún futuro próximo podamos comparar nuestros hallazgos con calma.

Permítame decirle para terminar, como esperaba poderle decir durante nuestro breve encuentro, que siento una gran admiración por su trabajo sobre la liminalidad. Creo que también desde ese punto de vista encontrará interesante el diario de la pobre Sabine. La Bretaña está llena de mitología de las encrucijadas y los umbrales, como ella dice.

*Con un saludo muy cordial,
Ariane Le Minier*

Una página de retazos de poemas. Enviada por Ariane Le Minier a Maud Bailey:

María, Cruz primera
que le llevó y le lleva;
piedra más que madera
con una herida antigua y siempre nueva.

De la peña dormida
sacada a martillazos,
la Soledad ceñida
por un llanto de estrellas en pedazos.

Madre, dolor roqueño
como el Suyo despierto.
Madre en vela de un sueño
vivo en sus brazos, en sus brazos muerto.

Vino quedito,
¡tan poca cosa!
Era un apunte
de vida en rosa.
Ni una palabra,
sólo un suspiro.
Cuando escuchamos
ya se había ido.

Fue un sueño blanco
la tibia rosa.
Se fue quedito,
¡tan poca cosa!

Hablo de leche vertida,
de un derramamiento blanco;
un reguero mudo y torpe
de alimento malgastado.

Otros en brillantes copas
escancian licores raros.
Este blanco de mi viña
estaba en un barro opaco.

Que manche lo que blanquea
es contrasentido extraño;
y que lo puro e inocente
vuelva a perderse en el barro.
Olía al heno en verano,
a vaca de tibios flancos:
a otro amor no como el mío,
apacible y sosegado.
Sobre la mesa discurre,
cae al suelo goteando.
Con líquida parsimonia
va empapando el polvo blando.

Sangre y leche que debemos
dar las vamos derramando:
aunque haya bocas hambrientas
derramamos y no damos.

Esto no tiene retorno,
de este flujo no hay reparo;
este blanco no se quita
aunque nos creamos blanqueados.

Por más que friegue y restriegue
como una loca, es en vano:
toda esa leche vertida
me ha dejado el aire agrio.

CAPÍTULO XX

Aprieto los dedos
sobre la cruz blanca
del cristal. ¿Es tuya
esa forma vaga?

¿Cómo vuelven? ¿Vienen
vestidos de gala,
o en blanca y marmórea
desnudez helada?

Vuelve la memoria
de una mano amada
en su ingenuo gesto
prendida y besada.

Ahora ¿cómo, dónde?
¿Fundido en qué magma
el cáliz en carne
de infinitas gracias?

No sufras el frío
sin nadie, sin nada.
Yo iré a estar contigo
desnuda y osada.

Que tus dedos duros
mi carne mojada
levanten del hueso
llegando hasta el alma.

Y que un solo aliento
—tu hielo y mi llama—
alimenten juntas
nuestras bocas blancas.

Normalmente a Mortimer Cropper no le hubiera importado cuánto tiempo se tardara en cansar a sir George. Al final se habría visto allí sentado, en el ruinoso castillo de cartón piedra, escuchando los pequeños quebrantos de la esposa enferma (a la que no había visto pero se imaginaba vívidamente, porque su imaginación era vívida; era, bien reglada por supuesto, su principal activo en el oficio). Y por la noche habría estado dando vueltas a las delectables cartas una por una, descubriendo sus pistas y sus secretos, pasándolas por el brillante ojo registrador de su caja negra.

Pero ahora, debido a James Blackadder, no había tiempo de paciencias y finuras. Tenía que conseguir aquellos papeles. Sentía verdaderas ansias, una especie de inanición.

Dio su conferencia, «El arte del biógrafo», en una iglesia elegante de la City cuyo párroco gustaba verla llena de público, y se lo aseguraba eclécticamente con guitarras, curación por la fe, concentraciones antirracistas, vigilias por la paz y debates apasionados sobre el camello y el ojo de la aguja, y la sexualidad bajo la sombra del sida. Cropper le había conocido en un té del obispado, y le había convencido de que el hombre moderno tenía tanta hambre espiritual de biografías como de sexo o de actividad política. Fíjese en las ventas, le señaló, fíjese en el espacio que ocupan en los suplementos dominicales: la gente quiere saber cómo ha vivido otra gente, le ayuda a vivir, es humano. Una forma de religión, dijo el párroco. Una forma de culto a los antepasados, dijo Cropper. O más. ¿Qué son los Evangelios sino una serie de ensayos variados en el arte de la biografía?

Vio que de la conferencia, ya programada, se podía sacar partido. Escribió cartas discretas a diversas academias, amigas y enemigas. Llamó a la Prensa diciendo que iba a ser desvelado un hallazgo de gran importancia. Interesó a los directores de algunos de los nuevos bancos e instituciones financieras americanas que estaban ampliando su negocio en la City. Invitó a sir George, que no contestó, y al abogado, Toby Byng, que dijo que sería muy interesante. Invitó a Beatrice Nest, y reservó para ella un asiento en la primera fila. Invitó a Blackadder, no porque pensara que iría, sino porque le gustaba imaginar el fastidio de Blackadder al recibir la invitación. Invitó al embajador de los Estados Unidos. Invitó a la radio y la televisión.

Le encantaba dar conferencias. No era de los de la vieja escuela, que sujetan al auditorio con mirada mesmérica y voz melodiosa. Era un conferenciante de alta tecnología, un mago de la pantalla blanca y el foco, el efecto sonoro y la ampliación. Llenó la iglesia de proyectores y autocúes que le ayudaban, como al presidente Reagan, a orquestrar una presentación muy complicada con la naturalidad del que

improvisa.

La conferencia, en la oscuridad del templo, iba acompañada de una serie de imágenes brillantes en la doble pantalla. Enormes retratos al óleo, miniaturas ampliadas con viveza de joya, fotografías antiguas de sabios barbudos entre arquerías rotas de catedrales góticas, se yuxtaponían a visiones de la luz y el espacio de la Universidad Robert Dale Owen, del viso rutilante de la pirámide de cristal que albergaba la Colección Stant, de las brillantes cajitas que atesoraban las trenzas de cabellos tejidos de Randolph y Ellen, el almohadón de Ellen bordado con limoneros, el broche de azabache con las rosas de York sobre su almohadón de terciopelo verde. De cuando en cuando, como por accidente, la cabeza aquilina de Cropper proyectaba en silueta su sombra animada sobre aquellos objetos luminosos. En una de esas ocasiones él se echaba a reír, pedía disculpas, y decía medio en serio, con palabras cuidadosamente escritas de antemano, *ahí* ven ustedes al biógrafo, un componente del cuadro, una sombra en movimiento, una presencia que no hay que olvidar entre las cosas con las que trabaja. Fue en la época de Ash cuando la intuición de los historiadores pasó a ser un objeto respetable, esencial incluso, de atención intelectual. El historiador es parte indisoluble de su historia, como lo es el poeta de su poema, como lo es el biógrafo oscuro de la vida de su biografiado...

En ese punto de la disertación Cropper se hacía iluminar otra vez por breves instantes. Hablaba con estudiada sencillez.

—Naturalmente, lo que todos esperamos, y a la vez tememos, es algún descubrimiento de importancia que venga a corroborar, o a desmentir, o cuando menos a modificar, el trabajo de toda un vida. Un drama perdido de Shakespeare. Las obras desaparecidas de Esquilo. Recientemente hubo un descubrimiento de esa clase, cuando en un baúl de un desván apareció una colección de cartas de Wordsworth a su esposa. Los expertos venían afirmando que la única pasión de Wordsworth fue su hermana. Habían sostenido con seguridad que su esposa era gris, insignificante. Y he ahí que, al cabo de muchos años de matrimonio, estaban esas cartas, llenas de pasión sexual por ambas partes. Ha habido que reescribir la historia. Y los especialistas la han reescrito con humilde placer.

»Yo tengo que comunicarles que acaba de producirse un acontecimiento de magnitud semejante en el campo en el que yo tengo el honor de trabajar, en el campo de Randolph Henry Ash. Se han encontrado unas cartas cruzadas entre él y la poetisa Christabel LaMotte, que van a revolucionar, van a poner *del revés*, los respectivos campos de estudio. No puedo ofrecerles citas de esas cartas, porque hasta ahora sólo he visto algunas. Sólo me cabe expresar la esperanza de que sean libremente accesibles a todos los investigadores de todas las naciones, porque su máxima accesibilidad es cosa que interesa a la comunicación internacional, a la libre circulación de las ideas y de la propiedad intelectual.

El final de la conferencia de Cropper era un producto de su pasión. Lo cierto es que había llegado a amar las brillantes diapositivas de las cosas adquiridas por él casi tanto como las cosas mismas. Al pensar en la cajita de rapé de Ash no pensaba en lo que pesaba en la mano, en el frío metal calentándose en su palma seca, sino también, ahora, en la tapa esmaltada ampliada sobre la pantalla. Ash no había visto nunca unas aves del Paraíso tan doradas, unas uvas tan jugosas, unas rosas tan rojas, a pesar de que en su época todos esos colores estaban más recientes. No había visto nunca el lustre del cerco nacarado al tocarle la luz en el proyector de Cropper. Al final de la conferencia, Cropper presentaba ese objeto en holograma, flotando en el templo como por milagrosa levitación.

—Vean ustedes —decía— el museo del futuro. Los rusos están ya llenando sus museos, no de esculturas ni de cerámicas, ni de copias en fibra de vidrio o escayola, sino de estas construcciones de luz. Todo puede estar en todas partes, y nuestra cultura puede ser, es, mundial. Los objetos originales deben ser guardados allí donde exista el mejor aire, donde no pueda dañarlos el aliento, como han sido deterioradas las pinturas rupestres de Lascaux por quienes acudían a extasiarse ante ellas. Con la tecnología moderna, la mera posesión de las reliquias del pasado tiene escasa importancia. Lo que sí es importante es que quienes tienen encomendada la custodia de esas cosas frágiles y marchitables posean los saberes, y los recursos, necesarios para prolongar su vida indefinidamente, y para enviar sus representaciones, lozanas, vívidas, incluso, como han visto ustedes, *más* vívidas que en la realidad, por decirlo así, a lo largo y a lo ancho del mundo.

Al acabar la conferencia Cropper sacaba el reloj grande de oro de Ash y cotejaba con él su propio y perfecto cronometraje: 50 minutos y 22 segundos, esta vez. Había abandonado su costumbre juvenil, e ingenua, de proclamar en público la identidad del reloj, con un chistecillo sobre la continuidad, el tiempo de Ash y el de Cropper. Pues aunque el reloj había sido adquirido con fondos de su bolsillo, aplicando sus propios argumentos debería estar bien guardado en los armarios de la Stant. Una vez había pensado yuxtaponerlo, en su mano, la mano de su propietario, con su holograma. Pero comprendió que las vehementes emociones que despertaba en él el reloj de Ash eran privadas, y no debían mezclarse con sus apelaciones públicas. Porque él creía que el reloj había llegado a sus manos porque estaba escrito que llegara, que él poseyera y conservara algo de R. H. Ash. Latía cerca de su corazón. A él le habría gustado ser poeta. Lo depositó en el borde del pulpito, para cronometrar sus respuestas en el coloquio, y allí quedó latiendo alegremente, mientras la Prensa se abalanzaba sobre *La vida sexual desconocida de los victorianos eminentes*.

Entretanto siguió la pista de su vago recuerdo de una mención de Christabel LaMotte en los papeles de su antepasada Priscilla Penn Cropper. Telefoneó a Harmony City pidiendo que se hiciera una búsqueda en la correspondencia de P. P. Cropper, que había hecho trasladar rutinariamente al archivo informatizado. El resultado, que le llegó al día siguiente por fax, fue esta carta.

Estimada señora Cropper:

Me siento honrada por su amable interés hacia mi persona, que me llega desde la otra orilla de los yermos, gritos de gaviota y entrechocar de hielos del Atlántico. Ciertamente el que usted, en su desierto agradablemente cálido, tenga noticia de mis pequeñas luchas, es tan extraño como que el telégrafo dicte órdenes de detención, o de venta de hombres y mercancías, de un extremo a otro del continente. Pero vivimos en una época de cambio, según me dicen. La señorita Judge, cuya fina mente está habituada a las ráfagas de los poderes invisibles, recibió anoche una intuición de que el Velo de la Carne y del Sentido ha de ser desgarrado, y no habrá entonces más vacilaciones ni tímidas llamadas a la puerta; sino que los Querubines, los Seres Vivos, habitarán la tierra, ligados a nosotros. Y eso lo percibe como percibe los hechos materiales: la luz de la luna y la luz del fuego en su tranquila habitación, el gato —todo chispas de electricidad y rayos de pelo erizado— que entra y sale del jardín.

Dice usted que le han contado que tengo cierto poder como médium. No es cierto. Hay muchas cosas que yo no veo ni oigo, y que deleitan y gratamente agotan el motor sensitivo de la señora Lees. He visto prodigios obrados por ella. He oído tañer de instrumentos difuso por el aire, tan pronto aquí como allá y en todas partes a la vez. He visto manos espirituales de gran belleza, y las he sentido calentar las mías, y derretirse o evaporarse en ellas. He visto a la señora Lees coronada de estrellas, como una verdadera Perséfone, una luz en la oscuridad. He visto también una pastilla de jabón de violetas subir en espiral como un ave enojada sobre nuestras cabezas, y la he oído emitir un zumbido extraño. Pero yo no tengo habilidad; no es habilidad, no tengo atracción, no magnetizo a los seres desaparecidos, no vienen; la señora Lees dice que vendrán, y yo tengo fe.

Tengo, según parece, poder de visión. Veo seres, animados e inanimados, o escenas intrincadas; he ensayado con la bola de cristal,

y también con un charco de tinta en un plato, y en ellos he visto estas cosas: una mujer cosiendo, con el rostro vuelto; una gran pez de oro, en el que se podían contar todas las escamas; un reloj de ormolu que más tarde —pasada una semana o más— vi por primera vez en su presencia sólida sobre la repisa de la señora Nassau senior; una masa de plumas asfixiante. Esas cosas empiezan como puntos de luz, se nublan y se adensan, y se presentan como si fueran sólidas.

Pregunta usted por mi fe. No sé. Conozco la fe verdadera cuando la veo; como George Herbert, que hablaba todos los días a su Señor y se quejaba quizá de su dureza, como cuando dice:

*¡Que hayas dado una lengua
para clamar a ti
y que luego no escuches su clamor!*

Pero en su poema Fe habla de la tumba, y lo que hay más allá, con gran seguridad.

*¿Y qué si en polvo ha de quedar mi cuerpo?
La fe lo abraza, cuenta sus partículas
una por una, confiada espera
que todo ha de volver a hacerse carne.*

¿Con qué cuerpos, con qué naturaleza corpórea cree usted que vienen, cuando se agolpan en nuestras ventanas y se solidifican en nuestro aire espeso? ¿Son los cuerpos de la Resurrección? ¿Se hacen manifiestos, como cree Olivia Judge, en un apartamento temporal tanto de la materia como de la fuerza cinética del medio indomable? ¿Qué es lo que asimos cuando se nos concede la gracia inefable de volver a asir? ¿Oriente y trigo inmortal, señora Cropper, incorruptibles; o simulacros de nuestra carne caída?

Diariamente, en nuestro caminar, cae de nosotros polvo, polvo de nosotros, vive un poco en el aire y es pisado; barremos partes de nosotros; ¿será que todas esas pizcas y partículas fraguan? ¿O morimos diariamente, y allí todo se cuenta y se reúne, y las cáscaras recobran su lustre y su lozanía?

Flores llenas, llenas de aroma en nuestras mesas, humedecidas con las aspersiones de este mundo, ¿o de aquél? Pero se marchitan y mueren, como cualquier otra. Yo tengo una corona, ahora toda oscurecida, de rosas blancas en botón; ¿florecerá de nuevo allí?

Y yo quisiera también preguntarle a usted, si es que lo sabe, ¿por qué los que vienen, los que vienen de ese mundo, esos visitantes,

esos aparecidos, esos seres queridos, por qué se muestran todos tan singular y unánimemente alegres en su modo de expresión? Pues se nos enseña que hay un progreso eterno, una perfección por grados, no una súbita dicha. ¿Por qué no oímos las voces de la cólera justa? Somos culpables hacia ellos, hemos hecho traición; por nuestro bien, ¿no deberían reprendernos y mostrarse terribles?

¿Qué limitación de la carne o qué decoro los hace ser, preguntaría yo, tan uniformemente sacarinos, señora Cropper? ¿Es que en nuestra triste época no existe una Ira saludable, ni divina ni humana? Yo, por mi parte, siento un hambre extraña de oír, no garantías de Paz y Santificación, sino la genuina voz humana de las heridas, de la pena y del Dolor, para yo compartirlo, si posible fuera; como yo lo compartiría, como lo compartiría todo, con aquellos a quienes amé en mi vida terrenal...

Pero mucho me extiende, y quizá incomprensiblemente. Tengo un deseo. No le diré lo que es, porque estoy resuelta a no decírselo a nadie mientras no tenga su Sustancia.

Una migaja, señora Cropper, de polvo vivo, en mi mano. Una migaja. Que hasta ahora se me ha negado...

*Su amiga, en el pensamiento,
C. LaMotte*

Cropper decidió que esta carta mostraba síntomas fuertes de enajenación. Aplazó su interpretación por el momento. Le daba una punzada de puro placer cinegético. Estaba sobre el rastro. Era en la casa de la señorita Olivia Judge, en una sesión de la señora Lees, donde Randolph Henry Ash había llevado a cabo lo que él mismo denominó, en carta a Ruskin, «mi hazaña de Gaza», nombre con que era conocido el episodio entre los especialistas desde que Cropper, en *El gran ventrílocuo*, lo utilizara para titular un capítulo. De hecho esa carta era la única alusión de Ash al episodio, que presumiblemente diera origen a su poema *Momia poseída*. Cropper abrió su ejemplar de *El gran ventrílocuo* y buscó la referencia:

No creo que deba usted permitir que le embauquen con esos espectros y duendes que *juegan con* nuestros temores y esperanzas más sagrados, sin otro deseo, muchas veces, que el de animar la rutina con un *frisson*, o componer, dirigir y orquestar, por así decirlo, las pasiones vulnerables de los afligidos y los desesperados. No niego la posibilidad de que en esos momentos se manifiesten cosas

humanas e inhumanas; cabe que duendecillos traviesos caminen y tamborileen y hagan temblar tinteros; cabe que hombres y mujeres a oscuras alucinen, como es bien sabido en el caso de los enfermos o heridos. Todos tenemos, mi querido amigo, una capacidad infinita para dejarnos engañar por el deseo, oír aquello que ansiamos oír, ver lo que incesantemente formamos a nuestra vista u oído como cosa ida y perdida: es un sentimiento humano *cuasiuniversal*, fácil de explotar, por ser sumamente crispado e inestable.

Hace una semana estuve presente en una sesión en la que me hice *antipático* hasta el punto de ser silbado y arañado, porque eché mano a una guirnalda flotante que derramaba gotas de humedad sobre mi frente, y descubrí que lo que había asido era la mano de la médium: una tal Hella Lees, que, cuando no está en trance, es una sombría matrona de aspecto romano, de rostro pálido y sombras profundas bajo unos ojos negros y líquidos, pero capaz de retorcerse y aullar y bracear violentamente cuando los espíritus toman posesión de ella, facilitando grandemente la retirada de unos pocos dedos de las manos cautelares que sujetan las suyas sobre la mesa. Estábamos sentados a oscuras —la luz de la luna a través de los visillos, en la chimenea el fulgor de un fuego moribundo— y vimos lo que supongo que será lo habitual, manos que aparecían (con largos *paños* colgantes como de muselina sobre la articulación) sobre el extremo más alejado de la mesa, una caída de flores de invernadero por el aire, el avance de un sillón arrastrándose desde una esquina, y pataditas en nuestras rodillas y tobillos de algo *caroso* y ciertamente tibio. Y vientos en nuestro pelo y luces fosfóricas flotantes, como ya se figurará usted.

Estoy todo lo convencido que se puede estar de que estamos siendo todos víctimas, no diré de una simple superchería, sino de alguien que vive de ella. Así que alcé los brazos, agarré y *tiré*, y abajo se vino el castillo de naipes, por lo que a mí se refiere, con una verdadera catarata hasta el suelo de planchas viajeras y caída de libros y patas de la mesa y acordes disonantes en acordeones ocultos y repique del badajo de la campanilla; todo ello, *no me cabe ninguna duda*, unido a la persona de la señora Lees por una «cunita» liliputiense de hilos invisibles. He sido muy atacado, desde entonces, por mi hazaña de Gaza, y aun llamado a capítulo por una especie de destrucción mental de materia espiritual y almas sensitivas. Me sentí gran toro en una cacharrería, entre todas aquellas gasas flotantes,

címbalos resonantes y suaves perfumes. Pero *si fuera así*, si los espíritus que se han ido vinieran cuando se los llama, ¿de qué serviría? ¿Es que estamos hechos para pasar el tiempo asomados al borde de las sombras? Mucho se habla de las experiencias de Sophia Cotterell, de quien se dice que sostuvo a su niño muerto sobre las rodillas durante un cuarto de hora, mientras él palmeaba con sus manos las mejillas de su padre. Si esto es una superchería, jugar con los sentimientos destrozados de una madre, sería una verdadera perversidad. Pero *si no lo es*, y si esa blanda carga sobre las rodillas no es un duende ni un producto de la imaginación, ¿no es cierto que nos hace temblar con una especie de repugnancia o náusea, ver esa insistencia frenética en lo oscuro...?

En cualquier caso, allí había truco...

Cropper pensó deprisa. ¿Y si LaMotte, que parecía haber estado en casa de Olivia Judge, hubiera estado también presente en la Hazaña de Gaza? Esa sesión aparecía también descrita en *La puerta de las sombras*, el libro de recuerdos autobiográficos de la señora Lees. Como era su costumbre, la autora había protegido los nombres de sus clientes y el carácter privado de los mensajes que recibían. A esa sesión habían asistido doce personas, tres de las cuales se habían retirado a una sala interior para recibir comunicaciones particulares, obedeciendo las instrucciones dictadas por los espíritus conductores por intermedio de la señora Lees. De la correspondencia de Priscilla Cropper se deducía claramente que Olivia Judge, activa promotora de muchas causas buenas, tenía por entonces alojado, en su casa de Twickenham, a un grupo de mujeres dedicadas a la búsqueda de la iluminación. Priscilla Cropper había estado en comunión asidua con la señora Judge, que le enviaba noticias periódicas de los prodigios manifestados por la señora Lees, así como sobre el progreso de otras causas buenas, reuniones de curación espiritual y doctrina fourierista, la emancipación de las mujeres y la prohibición de las bebidas alcohólicas.

El grupo de Twickenham era conocido como las Luces Vestales, nombre que Cropper juzgaba denominación cariñosa empleada entre sus miembros, más que título formal. Pudiera ser que Christabel LaMotte formara parte de las Luces Vestales. Cropper se estaba poniendo al día sobre la biografía de LaMotte, limitado por la falta de acceso a los documentos de Lincoln y por su incapacidad para entender las adivinanzas lacanianas en que las feministas formulaban sus especulaciones. En aquellos momentos no tenía noticia del año perdido de la vida de LaMotte, ni estaba plenamente informado de las circunstancias de la muerte de Blanche Glover. Fue a la Biblioteca Londinense, en cuyo último piso hay una excelente sección de escritos espiritistas, y pidió *La puerta de las sombras*, que estaba sacada por otro lector. Probó

en la Biblioteca Británica, y allí le dieron una nota donde se le informaba amablemente de que el ejemplar había sido destruido en acción de guerra. Pidió a Harmony City una copia en microfilm y esperó.

James Blackadder, sin nada del entusiasmo de Cropper, se abrió camino entretanto por la *Puerta de las sombras* de la Biblioteca Londinense. También él había partido de una ignorancia total de los movimientos de Christabel LaMotte, y, a diferencia de Cropper, no tenía el conocimiento cierto de la existencia de una relación entre LaMotte y Hella Lees en 1861. Pero había encontrado una alusión más antigua a la señora Lees en una carta con la que sir George había intentado picar su curiosidad, y había emprendido una relectura exhaustiva de la obra y la vida conocidas de Ash en torno a los meses decisivos de 1859. Había leído un artículo sobre actinias, o anémonas de mar, sin obtener iluminación, y había observado una falta de información sobre Ash a comienzos de 1860. Había vuelto a leer *Momia poseída*, que siempre le había parecido anómalo por su hostilidad hacia la protagonista femenina, y, por extensión, hacia las mujeres en general. Ahora se preguntaba si esa descarga de bilis inexplicada tendría algo que ver con los sentimientos del poeta hacia Christabel LaMotte. O, naturalmente, hacia su mujer.

La puerta de las sombras era un volumen de color violeta intenso, con los cantos dorados y un diseño en relieve sobre la cubierta, una paloma dorada que salía, portando una corona de flores, de un hueco negro en forma de ojo de cerradura. En el interior, pegada al frontispicio dentro de un marco de arcos al estilo de Pugin, había una fotografía ovalada de la médium. Mostraba una mujer vestida de oscuro y sentada a una mesa, con las manos cargadas de anillos y unidas en el regazo, y el pecho ornado con collares de azabache y un voluminoso guardapelo. El pelo, que caía enmarcándole la cara, era negro y brillante; la nariz aguileña, y la boca grande. Los ojos, bajo espesas y negras cejas, aparecían hundidos, y, como había dicho Ash, con ojeras marcadas. Era un rostro fuerte, huesudo y carnosos a la vez.

Blackadder hojeó las páginas introductorias. La señora Lees procedía de una familia del Yorkshire relacionada con cuáqueros, y había «visto» desconocidos grises en una temprana asamblea de cuáqueros, donde se acostumbró a ver hilos y nubes de luz odílica en torno a las cabezas y hombros de los Ancianos. A la edad de doce años, en una visita que hizo con su madre a un hospital de beneficencia, había observado nubes espesas de luz gris perla o violácea sobre las formas de los enfermos, y había podido pronosticar con exactitud quién iba a morir y quién a recobrase. En una Asamblea había caído en trance y pronunciado una alocución en hebreo, lengua de la

que no sabía nada. Había provocado vientos en habitaciones cerradas, y había visto a su abuela muerta posada a los pies de su cama, cantando y sonriendo. A continuación vinieron los toques, las rotaciones de mesas y los mensajes escritos sobre pizarras, y una carrera como médium privada. También había cosechado cierto éxito como oradora pública de Discursos Espirituales, bajo el dominio de sus espíritus conductores, que eran fundamentalmente una muchacha piel roja llamada Cherry (abreviatura cariñosa de cherokee) y un tal William Morton, profesor de química escocés fallecido, que había pasado por un duro tránsito hasta desembarazarse de los escombros de su escepticismo espiritual y tomar conciencia de su verdadera naturaleza, y de su misión de ayudar e informar a los mortales todavía de carne y hueso. Algunos de esos discursos, que versaban sobre temas tales como «Espiritismo y materialismo», «Manifestación material y luz espectral» o «Experiencias en el umbral», figuraban como apéndices en el volumen de recuerdos. Todos ellos, fuera cual fuese su tema declarado, presentaban una cierta similitud —posiblemente efecto del trance— relacionada con «ese protoplasma de habla humana condimentado con una suave emoción cósmica» que Podmore había detectado en el estilo y sentimiento «rasos» de otro orador inspirado.

La Hazaña de Gaza de Ash había suscitado en ella una reacción inusual de ira perdurable.

A veces se oye decir a una persona positiva: «Los espíritus no han sido nunca capaces de actuar en mi presencia.» Y es probable; es muy probable que haya sido así. Pero no es como para presumir. Si es un hecho, es un hecho casi vergonzoso. El hecho de que un ser humano pueda llevar en su ser un elemento de tal positividad, un escepticismo de tal magnitud, que sea capaz de imponerse a la influencia de una mente desencarnada, ciertamente no es un timbre de gloria para esa persona. Una mente positiva que entre en un círculo o sesión para la investigación del espiritismo es como introducir un rayo de luz en el recinto oscuro del fotógrafo cuando menos falta hace; o como sacar una semilla del suelo para ver si crece; o como cualquier otra intervención violenta en los procesos de la naturaleza.

Una mente positiva dirá tal vez: «¿Y por qué no pueden los espíritus mostrarse a la luz del día lo mismo que en la oscuridad?» La respuesta del profesor Morton a eso es que a la vista está cuántos procesos naturales hay que están sujetos a las fluctuaciones de la luz y las tinieblas. Las hojas de una planta no producen «oxígeno» sin *sol*,

y el profesor Draper ha demostrado recientemente que las potencias relativas de diferentes rayos para descomponer el carbono se ordenan en el espectro así: amarillo, verde, anaranjado, rojo, azul, añil, violeta. Pues bien: los espíritus han indicado constantemente que su materialización encuentra las mejores condiciones en aquellos rayos que se sitúan en el extremo azul, añil y violeta del espectro. Si fuera posible iluminar una sesión con un rayo violeta de un prisma, acaso viéramos maravillas. Yo he descubierto que una pequeña cantidad de luz añil obtenida al colocar un vidrio grueso sobre una lámpara da una maravillosa libertad a nuestros amigos espirituales para traernos dones de naturaleza sólida, o hacerse ellos mismos formas aéreas, por un tiempo, a partir de la sustancia del *médium* y de los gases y sólidos presentes en la habitación. Bajo una luz fuerte no pueden actuar, y es cosa que los siglos pasados supieron por experimento. ¿Acaso no aparecen los fantasmas en el crepúsculo, y no encuentran las razas célticas a los mensajeros de los muertos en lo que ellas llaman el Mes Negro?

Ahora bien, una mente positiva frecuentemente trae consigo una nube de fuego odílico de un desagradable color rojo o amarillo, llameante y airada, que el médium y cualquier otra persona sensitiva pueden percibir. O esa persona puede emitir una especie de frialdad —como los rayos fríos que emanan de los dedos de Jack Frost^[18].— capaz de atravesar la atmósfera e impedir que se acumule el aura, o la materia espiritual. Yo he sentido esas presencias heladoras como un soplo en mis pulmones, aun antes de que las sintiera la superficie cutánea. Cesa toda acción de exósmosis, y la consecuencia es que no hay atmósfera en la que el espíritu pueda plasmar manifestaciones.

Quizá el ejemplo más terrible de los efectos de una presencia de esa índole sobre las delicadas operaciones de la comunicación espiritual sea el del daño que hizo el comportamiento egoísta del poeta Randolph Ash en el curso de una sesión dada por mí en casa de la señorita Olivia Judge, en los tiempos en que las Luces Vestales, aquel grupo de mujeres prodigiosamente sensitivas, se congregaban bajo su techo con el propósito de indagar de manera sostenida en la Verdad espiritual. La señorita Judge es dueña de una bella casa, la Casilla de los Tejos, en Twickenham, cerca del río, y allí han tenido lugar muchas cosas prodigiosas, muchas reuniones de los vivos y los difuntos, muchos signos y sonidos y declaraciones del mayor consuelo. Espíritus elementales del agua juegan en sus praderas, y

junto a su ventana se oyen sus risas en el crepúsculo. Sus invitados han sido hombres y mujeres distinguidos: lord Lytton, el señor Trollope, lord y lady Cotterell, la señorita Christabel LaMotte, el doctor Carpenter, la señora de Morgan, la señora Nassau *senior*.

En aquella fecha a la que me refiero estábamos teniendo una serie de charlas profundamente iluminadoras con nuestros espíritus amigos y conductores, y se nos habían concedido muchos prodigios. Tuve noticia, creo que por lord Lytton, de que el señor Ash estaba muy deseoso de asistir a una sesión. Cuando yo puse dificultades, porque muchas veces resulta perjudicial alterar un círculo que está funcionando bien, se me dijo que el señor Ash había pasado por una pérdida reciente, y se hallaba muy necesitado de consuelo y confortación espiritual. Yo seguía dudando, pero se me instó con fuerza y accedí. El señor Ash ponía la condición de que nadie conociera de antemano su identidad ni el propósito que le llevaba, de suerte que, según sus palabras, su presencia no estorbara la naturalidad del círculo. Yo acepté esa condición.

No exagero si digo que al entrar el señor Ash en el salón de la señorita Judge yo sentí un *golpe* de frío escéptico en la cara y algo así como una niebla asfixiante en la garganta. La señorita Judge me preguntó si me encontraba bien, y yo le dije que tenía la impresión de estar acatarrándome. El señor Ash estrechó mi mano con nerviosismo, y la electricidad de su tacto me reveló una paradoja: por debajo del hielo congelado de su escepticismo ardían una sensibilidad y una fuerza espirituales de potencia inusitada. Él me dijo en tono jocoso: «¿Así que es usted quien hace venir a los espíritus de la vastedad del abismo?» Yo le dije: «No debe usted burlarse. Yo no tengo poder para invocar a los espíritus. Soy su instrumento; hablan a través de mí, o no, según su voluntad, no la mía.» Él dijo: «También a mí me hablan, a través del lenguaje.»

Miró a su alrededor con nerviosismo, y no dijo nada al resto de la reunión, que se componía de siete señoras y cuatro caballeros, aparte de mí. De las Luces Vestales estaban presentes todas, al igual que en las sesiones anteriores, esto es, la señorita Judge, la señorita Neve, la señorita LaMotte y la señora Furry.

Nos sentamos alrededor de la mesa en total oscuridad, como era nuestra costumbre. El señor Ash no estaba a mi lado, sino a la derecha del caballero que estaba a mi lado; según veníamos haciéndolo, nos cogimos todos de las manos. Yo sentía todavía el

peso del frío en mis pulmones y en mi garganta, y tuve que toser repetidas veces, hasta el punto de que la señorita Judge me preguntó si estaba enferma. Yo dije que estaba preparada para ver si nuestros amigos querían hablar, pero temía que no quisieran, porque la atmósfera era inhospitalaria. Pasado un tiempo sentí un frío terrible que me subía por las piernas, y todo mi cuerpo empezó a temblar violentamente. Muchos trances van precedidos de un momento de náusea y mareo, pero el trance en el que entonces caí fue precedido de las convulsiones de la muerte inminente, y el señor Ritter, que estaba a mi derecha, observó que mis pobres manos estaban frías como piedras. No tengo más recuerdo consciente de los sucesos de aquella sesión, pero la señorita Judge tomó unas notas que paso a transcribir *literalmente*:

«La señora Lees se estremeció de pies a cabeza, y una voz ronca y extraña exclamó: "No me fuerces." Preguntamos si era Cherry, y se nos dijo: "No, no, ella no vendrá." Volvimos a preguntar quién era, y se nos dijo: "Nadie", con una horrible risotada. La señorita Neve dijo que debía ser que los espíritus no desarrollados se burlaban de nosotros. Entonces se oyó un chasquido violento, y varias sentimos que manos espirituales nos levantaban las faldas y nos palmeaban en las rodillas. La señora Furry preguntó si estaba presente su hijita Adeline. La voz horrible gritó: "No hay ningún niño." Y a eso añadió: "Quien escucha, su mal oye", y otras tonterías. Un libro de gran tamaño fue arrojado desde la mesa que había al lado de la señora Lees al otro extremo de la habitación, en medio de risas.

La señorita Neve dijo que quizá hubiera una presencia hostil en la habitación. Una de las otras señoras presentes, que hasta ese momento nunca había manifestado ninguna facultad como médium, empezó a llorar y reír, exclamando en alemán: "*Ich bin der Geist, der stets verneint.*"^[19]. A través de la señora Lees habló una voz, diciendo: "Recuerda las piedras." Alguno de los presentes exclamó: "¿Quién eres?", y en respuesta oímos un rumor de aguas corrientes y olas, con maravillosa nitidez. Yo pregunté si estaba presente algún espíritu particular que quisiera hablar a uno de los reunidos. La respuesta se produjo a través de la señora Lees, diciendo que sí, que estaba presente un espíritu que había tenido grandes dificultades para

darse a conocer pero podía hablar si alguien que se sintiera aludido siguiera a la médium a la sala interior. Mientras ella hablaba, una voz de maravillosa dulzura dijo: "Traigo dones de reconciliación", y se vio una mano blanca sobrevolando la mesa, portando una maravillosa guirnalda blanca, todavía fresca de rocío, y rodeada de una corona de luces plateadas. La médium se alzó lentamente para pasar a la sala interior, y dos de las señoras, ambas muy conmovidas, de hecho sollozando, se levantaron para seguirla, y en ese momento el señor Ash gritó: "¡Tú no te me escapas!", y echó mano al aire vociferando: "¡Luces! ¡Luces!" La médium cayó desmayada, como muerta, y otra señora se echó hacia atrás en el asiento y en seguida se vio, cuando se encendieron las luces, que estaba sin sentido. El señor Ash tenía asida a la médium por una muñeca, y aseguraba que era ella la que transportaba la guirnalda, aunque el cómo pudiera ser eso, teniendo en cuenta dónde cayó y dónde se encontraban el "caballero" y la médium, supera toda comprensión.»

He ahí un caos, y un peligro considerable, ocasionado todo ello por las acciones impulsivas y destructivas del señor Ash. Dos organizaciones delicadas alteradas, la mía y la de la otra señora, que estaba experimentando su primer trance en tan difíciles circunstancias. Y el poeta no pareció percatarse en absoluto del daño que podía hacer a una mente desencarnada que estaba intentando, heroicamente y con un esfuerzo crítico, *materializarse* en una forma nueva y experimental. La señorita Judge atestigua que yo quedé tendida con la cara helada y lívida, profiriendo gemidos roncós. El poeta entretanto, como si no hubiera hecho ya suficientes disparates, soltó mi muñeca, se precipitó al lado de la otra señora y la asió por los hombros, a pesar de las encarecidas advertencias que le hacían las otras Luces Vestales de que era peligroso turbar o sobresaltar a una persona en trance como ella estaba. Al mismo tiempo, según me dicen, vociferaba, frenético y fuera de sí: «¿Dónde está el niño? ¡Dime qué han hecho con el niño!» Yo en aquella época entendí que el señor Ash preguntaba por el espíritu de un hijo suyo fallecido, pero me dicen que no podía ser eso, porque el señor Ash no ha tenido hijos. En ese punto habló una voz por mis labios, diciendo: «¿De quién eran las piedras?»

La otra señora se puso muy enferma, muy pálida, su respiración se

hizo entrecortada, su pulso débil e irregular. La señorita Judge le pidió al señor Ash que se marchara, a lo que él se negó, diciendo que quería una respuesta, y que le habían «timado». En aquel punto yo recobré el sentido y le vi; presentaba un aspecto absolutamente horrendo y desquiciado, con las venas de la frente abultadas y la más *violenta* de las expresiones. Todo alrededor de él había una masa ardiente de luz actínica de color rojo apagado, plena de energías hostiles.

En ese momento me pareció un *demonio*, y pedí, débilmente, que le invitaran a marcharse. Al mismo tiempo dos de las Luces Vestales se llevaron el cuerpo inconsciente de nuestra amiga. Esta señora *no recobró la consciencia* hasta pasados dos días enteros, y cuando la recobró parecía incapaz de hablar y reacia a comer y beber, tan grande había sido el golpe, para su constitución delicada, de las terribles acciones que habían tenido lugar.

Aun así el señor Ash no se privó de comunicar, *como cosa comprobada*, a varias personas, que había detectado «trampa» en la sesión, dando a entender que su posición en la misma había sido la de un observador desapasionado. Lejos, muy lejos estuvo de serlo, según queda acreditado, espero, por la relación de la señorita Judge, además de la mía. Cuando más tarde escribió las astutas insinuaciones de su poema *Momia poseída*, el público en general quiso ver en él un adalid de la *razón* frente a la impudicia. Dichosos los que han sufrido persecución por la verdad, seguramente habríamos de decir; pero no hay golpe más duro de soportar que la *malevolencia indirecta*, nacida sin duda de la decepción impotente, porque la actitud toda del señor Ash era la de un *buscador* traicionado por su propio positivismo, que le frustró la comunicación que podría haber recibido.

Y para mi dolor, y el de la otra señora perjudicada, ¡¡ni un pensamiento, ni un destello de consideración!!

Blackadder había escrito a cuantos organismos públicos le vinieron a la memoria que pudieran tener algún interés por la correspondencia Ash-LaMotte. Había movido los hilos cerca de la Junta Inspector de la Exportación de Obras de Arte, y había solicitado una entrevista con el ministro para las Artes, que dio como resultado un diálogo con un funcionario agresivo y no exactamente caballeroso que dijo que el ministro estaba perfectamente al tanto de la importancia del hallazgo, pero no creía que justificase entrometerse en las Fuerzas del Mercado. Acaso fuera posible asignar

una pequeña suma del Patrimonio Nacional. La idea era que el profesor Blackadder intentase completarla con una cantidad igual obtenida por mecenazgo privado o suscripción pública. Si la permanencia de esas vetustas cartas en este país es realmente cuestión de interés nacional, parecía decir aquel joven, con su sonrisa zorruna y su tono de leve amenaza, entonces las Fuerzas del Mercado se encargarán de que los documentos permanezcan en este país sin el auxilio artificial del Estado. Y mientras acompañaba a Blackadder hasta el ascensor, por unos pasillos que olían ligeramente a coles de Bruselas y borradores de encerado, como escuelas olvidadas, añadió que él había tenido que estudiar a Randolph Henry Ash en el bachillerato superior, y no había conseguido encontrarle pies ni cabeza. «Es que hay que ver cómo se enrollaban aquellos poetas victorianos, ¿verdad? Se tomaban tremendamente en serio», dijo pulsando el botón del ascensor para traerlo de las profundidades. Mientras el ascensor subía chirriando, Blackadder dijo: «No es lo peor que puede hacer un ser humano, tomarse en serio a sí mismo.» «Eran muy pomposos, ¿verdad?», repuso el joven, tranquilamente impermeable, encerrando al profesor en su caja.

Blackadder, que venía de estar inmerso en *Momia poseída* y las reminiscencias de Hella Lees, se fue pensando tristemente que las Fuerzas del Mercado eran vientos invisibles y corrientes odílicas tan desatadas e imprevisibles como las que hubiera podido interrumpir Ash con su Hazaña de Gaza. Sentía también que Mortimer Cropper tenía una línea directa con las Fuerzas del Mercado infinitamente más poderosa que la que él pudiera tener desde los abismos del Museo. Algo había oído sobre el sermón-conferencia de Cropper invocandólas. Estaba cavilando sombrío sobre cuál podía ser el paso siguiente cuando le llamó por teléfono una periodista de televisión, Shushila Patel, que de vez en cuando tenía un espacio de cinco minutos sobre las artes en *A fondo*, un informativo de análisis que salía a última hora de la noche. La Patel veía con malos ojos a Cropper, como representante del imperialismo capitalista y cultural. Había preguntado a unos y otros, y le habían dicho que James Blackadder era el experto que debía llevar al programa.

Al principio Blackadder sintió una emoción serena pero intensa ante la idea de aplicar a su causa el poder de la televisión. No era un académico ducho en los medios; nunca había publicado un artículo fuera de las revistas eruditas, nunca había hablado por la radio. Preparó rimeros de notas, como hubiera hecho para una ponencia, sobre Ash, sobre LaMotte, sobre el Tesoro Artístico Nacional, sobre el efecto del descubrimiento de las cartas en las interpretaciones erróneas expuestas en *El gran ventrílocuo*. No se le ocurrió preguntar si estaría presente Cropper en persona; se planteaba el programa como una especie de conferencia resumida. Conforme se acercaba la fecha empezó a sentir escalofríos de miedo. Veía la televisión, y observaba que políticos, cirujanos, planificadores y policías eran severa

y caprichosamente interrumpidos por entrevistadores hostiles. Se despertaba sudoroso de pesadillas en las que le llamaban a repetir los exámenes de fin de carrera de golpe y porrazo y con temas nuevos sobre la Literatura de la Commonwealth y las estrategias posderrideanas de no-interpretación, o en las que se le sometía a un fuego graneado de preguntas rápidas, qué tenía que decir Randolph Ash sobre los recortes de la Seguridad Social, los disturbios de Brixton y la destrucción del ozono.

Le enviaron un coche a recogerle, un Mercedes conducido por un chófer con acento patricio que miraba como si la gabardina de Blackadder le fuera a ensuciar la limpia tapicería. Lo cual no preparó a Blackadder para la conejera de cubículos polvorientos y jóvenes agitadas en la que se encontró al llegar. Se sentó aturdido en un sofá cúbico de moqueta de mediados de los cincuenta, con la mirada fija en un depósito de agua y agarrado a su ejemplar del Ash de Oxford. Le dieron un té desagradable en taza de plástico, y le dijeron que esperase a Shushila Patel, que por fin llegó armada de un bloc de papel amarillo y se sentó a su lado. Era guapísima, fina de facciones; lucía el pelo, sedoso y negro, recogido en un nudo complicado, y el cuello adornado con un bello collar de filigrana de plata y turquesas. Vestía un sari azul pavo con flores plateadas, y olía a algo ligeramente exótico: ¿sándalo, canela? Sonrió a Blackadder, y le hizo sentirse, por un instante, totalmente bienvenido y deseado. A renglón seguido se puso práctica, y tomando el bloc dijo:

—Bueno, ¿qué es lo importante de Randolph Henry Ash?

Blackadder tuvo una visión incoherente del trabajo de su vida, aquí un verso hermoso, allí una broma filosófica aclarada, una sensación de la forma del pensamiento entrelazado de muchos hombres, nada que pudiera ponerse en palabras a la pata la llana. Dijo:

—Ash entendió la pérdida de fe religiosa del siglo diecinueve. Escribió sobre la historia, entendía la historia; vio lo que las nuevas ideas sobre el desarrollo habían hecho con la idea humana del tiempo. Es una figura central en la tradición de la poesía inglesa. No se comprende el siglo veinte sin él.

La Patel ponía cara de educada extrañeza. Dijo:

—Yo creo que no había oído hablar de él hasta que me metí en este tema. Hice un curso de literatura en la carrera, pero era sobre literatura americana moderna y británica poscolonial. Así que dígame, ¿qué razones hay para que Randolph Henry Ash nos siga interesando?

—Si nos interesa la historia...

—La historia de *Inglaterra*.

—No, no de Inglaterra. Ash escribió sobre la historia de los judíos, y de los romanos, y la de Italia, y Alemania, y la prehistoria, y... la de Inglaterra, naturalmente.

¿Por qué ahora había que excusar siempre lo inglés?

—Quería entender cómo los individuos de una época y otra veían sus vidas...: desde sus creencias hasta sus ollas y pucheros...

—Individualismo. Entiendo. ¿Y por qué se pretende que esa correspondencia siga estando en este país?

—Porque puede iluminar sus ideas...; yo he visto algunas de las cartas...; escribe sobre la historia de Lázaro, le interesaba mucho Lázaro; y sobre el estudio de la naturaleza, el desarrollo de los organismos...

—Lázaro —repitió la Patel, en blanco.

Blackadder desparramó la vista por el cubículo sombrío color puré. Le estaba entrando claustrofobia. Era totalmente incapaz de hacer valer a Ash en una frase. No podía desligarse de Ash lo bastante para darse cuenta de qué cosas eran las que no se sabían. La Patel parecía un poco desanimada. Dijo: «Tenemos tiempo para tres preguntas y algo rápido para terminar. ¿Qué le parece que le pregunte cuál es la importancia de Randolph Ash para nuestra sociedad?»

Blackadder se oyó decir: «Él pensaba con detenimiento, sin precipitarse. Pensaba que el conocimiento importa...»

—Perdón, no entiendo...

Se abrió la puerta. Una sonora voz femenina dijo: «Traigo al otro participante. Es para aquí, ¿verdad?, el último bloque de *A fondo*. La profesora Leonora Stern.»

Leonora venía resplandeciente y bárbara, con una camisa roja de seda y unos pantalones levemente orientales, levemente peruanos, con ribetes de tejido multicolor. La negra cabellera le caía sobre los hombros, y en las muñecas, las orejas y el seno visible le colgaban soles y estrellas de oro. Relumbraba en el angosto espacio junto al depósito de agua y emitía pulsaciones de una fragancia florida y almizclada.

—Conocerá usted a la profesora Stern —dijo la Patel—. Es la experta en Christabel LaMotte.

—Estaba en casa de Maud Bailey —dijo Leonora—. La llamaron a ella, se encontraron conmigo, y heme aquí. Encantada de conocerle, profesor. Tenemos cosas de que hablar.

—Le he estado haciendo algunas preguntas al profesor Blackadder sobre la importancia de Randolph Ash —dijo la Patel—. Me gustaría hacerle a usted las mismas preguntas sobre Christabel LaMotte.

—Adelante —dijo Leonora expansivamente.

Blackadder escuchó con una mezcla de desagrado exquisito, admiración técnica y pura trepidación mientras Leonora trazaba un memorable retrato en miniatura de Christabel. Gran poeta desatendida, señorita de mirada aguda y aguda pluma, grandes análisis impávidos de la sexualidad femenina, de la sexualidad lesbiana, de la importancia de lo trivial... «Bien», dijo la Patel. «Espléndido, un hallazgo de primer

orden, ¿verdad? Yo le preguntaré al final cuál es la importancia de este hallazgo; no me responda ahora. Ya es hora de pasar al maquillaje, o casi. Nos vemos en el plató dentro de una media hora.»

A solas con Leonora, Blackadder sintió miedo. Leonora se dejó caer a su lado, su muslo contra el de él, y le quitó de las manos su ejemplar de Ash sin pedirle permiso.

—Ahora habrá que leerse esto. A mí Randolph Henry nunca me cayó muy bien. Demasiado masculino. Prolijo. Pasado...

—No.

—No, por supuesto. Le diré una cosa, muchos nos vamos a tener que tragar lo que hemos escrito cuando todo esto salga a la luz, muchísimos. Yo me olvidaría de este libro, profesor. Sí. Calculo que tenemos *tres minutos* para explicarle la importancia de toda esta cosa al gran público hambriento, y sin ejemplos. No, lo que usted tiene que hacer es convertir al señor Ash en lo más *sexy* del mundo. Agarrarlos por los cojones, profesor. Hacerlos gritar. Piense bien lo que tiene que soltar y suéltelo, independientemente de lo que esa chica mona pretenda hacerle decir. No sé si me entiende...

—Sí, claro que la entiendo.

—*Una* sola cosa va a tener tiempo de decir, y ahí se lo juega todo, profesor.

—Eso ya lo veo. Um. Una sola cosa...

—Una cosa que sea *sexy*, profesor.

En el maquillaje, Blackadder y Leonora se recostaron juntos, uno al lado de otro. Él se sometió a borlas y pinceles, pensando en manos de embalsamadores, viendo desaparecer las finas telarañas grises que le rodeaban los ojos bajo una fina pincelada de Crème Puff de Max Factor. Leonora, con la cabeza echada hacia atrás, seguía hablándoles indistintamente a él y a la chica.

—Me gusta mucho color ahí, en la línea del párpado; cargue sin miedo, tengo las facciones grandes y aguanto perfectamente un color fuerte. Como le iba diciendo, profesor, usted y yo tenemos que tener una conversación en serio. Supongo que tendrá usted las mismas ganas que yo de averiguar el paradero de Maud Bailey, ¿no es así? Fantástico, a ver un poco de ese rosa oscuro tormentoso aquí, debajo de la ceja; y me gustaría un color de labios rojo asesino, que pensándolo bien va a ser el que traigo en el bolso, porque hay que tener cuidado con los fluidos corporales comunitarios en estos tiempos que corren, dicho sea sin ánimo de ofender, por supuesto. Pues como le decía, profesor, o más bien como no le decía, tengo una idea bastante buena de a dónde se ha ido esa muchacha..., y su investigador con ella..., fui yo la que le di la pista...; si tienen de esas pintitas metálicas me podría poner alguna por aquí y por allá, para que dé algún que otro rayo de luz en la pantalla, que se vea que el mundo académico también tiene sus brillos... Ya estoy hecha una

tigresa. Pero tranquilo, profesor, que no voy por *usted*. Voy a dar un zarpazo por Christabel y un directo al hígado de ese hijo de puta de Mortimer Cropper, que no quiso poner a Christabel en su curso y amenazó a una amiga mía con llevarla a los tribunales por difamación, como lo oye usted. ¿Verdad que todo esto le deja como un imbécil?

—No realmente. Son cosas que pasan.

—Pues usted *tiene que decir* que le deja como un imbécil, si quiere conservar esos papeles. ¿No?

Shushila, sentada entre sus invitados, sonreía. Blackadder miraba a las cámaras y se sentía como un barman polvoriento. Gris polvoriento entre aquellos dos pavos reales, polvoriento de polvos faciales —se olía a sí mismo— bajo el calor de los focos. El momento anterior a la salida al aire pareció eterno; luego de repente fue como un sprint, todos hablando muy deprisa y de repente otra vez silenciosos. Tenía sólo un recuerdo vaguísimo de lo que se había dicho. Las dos mujeres, como loros de colorines, hablando de la sexualidad femenina y los símbolos de su represión, el hada Melusina y el peligro de la hembra, LaMotte y el amor que no se atrevía a decir su nombre, la enorme sorpresa de Leonora cuando pareció que Christabel podría haber amado a un hombre. Y su propia voz: «Randolph Henry Ash fue uno de los grandes poetas de amor de nuestro idioma. *Ask a Embla* es uno de los grandes poemas de pasión sexual auténtica. Nadie ha sabido nunca realmente para quién se escribieron esos poemas. A mí, la explicación dada en la biografía estándar siempre me pareció necia y poco convincente. Ahora sabemos de quién se trataba: hemos dado con la Dama Morena de Ash.^[20] Es uno de esos descubrimientos que son el sueño de un investigador. Es preciso que las cartas permanezcan en nuestro país: son parte de nuestra historia nacional.»

Y Shushila: «Usted, profesora Stern, siendo estadounidense, no estará de acuerdo.»

Y Leonora: «Yo creo que esas cartas deberían estar en la Biblioteca Británica. Todos podemos tener microfilms y fotocopias, el problema es únicamente sentimental. Y a mí me gustaría que a Christabel se le haga honor en su propio país, y que el profesor Blackadder, aquí presente, que es el máximo experto vivo en Ash, se hiciera cargo de la correspondencia. Yo no soy codiciosa, Shushila; lo único que quiero es poder escribir la mejor crítica de esas cartas una vez que sean accesibles. Pasaron los tiempos del imperialismo cultural, afortunadamente...»

Después Leonora le tomó del brazo. «Le invito a una copa», dijo. «Seguro que la necesita, y yo también. Ha estado usted estupendo, profesor; mejor de lo que yo

esperaba.»

—Ha sido su influencia —dijo Blackadder—. Lo que he dicho era una parodia horrible. Disculpe, doctora Stern, no he querido decir que su influencia signifique hacer parodias, quiero decir que su influencia ha sido lo bastante poderosa para hacerme articular *de algún modo...*

—Sé lo que ha querido decir. Apuesto a que, siendo escocés, le gusta el whisky de malta.

Se metieron en un bar sombrío que olía a cerveza, donde Leonora rutilaba como un árbol de Navidad.

—Bueno, pues le voy a decir dónde creo que anda Maud Bailey...

CAPÍTULO XXI

Momia poseída

Mira esto, Geraldine: fuegos de piedra
son las manos que extendiendo sobre el paño
de terciopelo. Acércate más, hija;
aprende a descifrar los jeroglíficos
de mis anillos. Ve cómo las gemas
sobre la piel lechosa resplandecen:
el berilo, el rubí, la crisoprasa.
Son dones de los grandes de este mundo,
pero no es su valor lo que yo estimo,
sino el sentido místico que encierran:
porque la Madre Tierra habla por ellas
con lenguaje sutil y silencioso.

También tus manos son suaves y blancas
como las mías. Si toco tus dedos
salta una chispa eléctrica: ¿la sientes?
Está bien. Ahora fíjate en las luces
que tiemblan, tornadizas, en las piedras;
mira a ver si componen a tus ojos
una visión: acaso un rostro místico
de actínico claror arrebolado,
tal vez la espesa fronda entretejida
del Huerto del Deseo ultraterreno.
¿Qué ves? ¿Como una malla o telaraña
de luz? Es el comienzo. De esas líneas
surgirán en seguida las sagradas
señales que nos hacen los Espíritus.
Inteligencias son en nuestras mentes
esas luces, aunque no comprendamos
su fuerza; como, mirando estas joyas,
no sabríamos decir a qué obedece
el fulgor del zafiro y la esmeralda,
ni por qué los colores más brillantes
lleva el ave de Arabia sobre el pecho,
que en nuestro aire templado se hacen grises
y en el yermo polar son blanco puro.
Así también las piedras brillan y hablan
en el Jardín de Dios. Aquí podemos

leer en sus silencios, discerniendo
formas eternas en sus luces presas.

Toma la bola de cristal, mi reina.
Asómate y contempla; observa en ella
la izquierda y la derecha trastocadas,
y lo de abajo arriba, y en su fondo
titilar una estancia como un mundo
sumergido, con invertidas llamas:
es esta habitación en miniatura,
dada la vuelta. Mira fijamente:
verás que todo cambia tras los velos
de la visión espiritual, y luego
verás lo que no está *aquí*, sino allende.
Verás mi rostro entre rosáceas frondas,
como la anémona del mar, *Actinia*,
que su rocosa cueva envuelve en nube,
en nimbo oculto de energía odílica;
y que a la mía siguen otras formas
bajo luces distintas perfilándose.
Lo verás, te lo juro. Ten paciencia.
La fuerza es caprichosa, y esa chispa,
que en el Médium prendida alumbró sendas
para nuestros Espíritus Amigos,
salta y muere otra vez cual fuego fatuo
que intermitente brilla en el pantano.

Te hice venir aquí para enseñarte
algunas cosas; y es verdad que has hecho
un buen comienzo. El pasado domingo,
el trance fue profundo y absoluto.
Yo te tenía en mi pecho desmayada
mientras movían tus labios los espíritus
con sus palabras puras de consuelo;
aunque hubo también *otros* que vertían
vilezas cual jamás tu alma inocente
habría podido proferir despierta,
ni concebir siquiera. A éstos, «Arredro»
grité, y los puse en fuga; y en mi oído
interno oí cantar a los espíritus

con campaniles voces, proclamando
que eras tú su Vehículo escogido,
su copa de cristal diáfana y clara,
en donde incluso mi cansada ciencia
podría beber licores renovados
de poder y dulzura confortante.

Quiero decir que en este día
te elijo para llevar conmigo las sesiones,
mi dulce apoyo, ahora mi Ayudante;
y quién sabe si en un tiempo futuro
Vidente de Poderes por ti misma.

Ya conoces a todas las señoras
que van a estar presentes esta noche.
La baronesa es exigente. Lloro
a un perrito pachón, que por los Campos
en flor del Más Allá trisca y retoza,
y emite ladriditos de contento
como era su costumbre. Ten cuidado
con el juez Holm, que es uno de esos hombres
en quienes el dañino escepticismo
se resiste a morir, y, aunque vencido,
asoma la cabeza si ve u oye
algo que le parezca improcedente.
La más prometedora —en un sentido,
claro está, espiritual—, la que padece
una aflicción más honda y más acerba,
es la joven condesa de Claregrove,
que el verano pasado perdió a un hijo,
su único hijo, un niño de dos años,
que a duras penas empezaba a hablar
cuando unas fiebres se lo arrebataron.
Se oye su vocecita entrecortada:
dice estar siempre haciendo cadenas
de flores en los prados deleitosos.
Pero ella pena y llora sin consuelo,
llevando siempre, vaya donde vaya,
un rizo de su rubia cabellera,
cortado de su sien marmórea y fría.

Más que nada querría tocar su mano,
besarle en la carita, ver que *existe*,
que no se lo han tragado el Caos, la Noche.
Todo esto te lo digo porque, en fin,
porque debo explicarte de qué modo
nosotros, a quien hablan los Espíritus,
completamos sus señas vacilantes,
sus dones esporádicos de tacto,
de visión o audición ultramundana,
con otras, ¿cómo te diré?, expresiones
con que manifestamos su Verdad.

A veces, eso es cierto, el Visitante
hace sonar campanas, bailan luces
por la estancia, unas manos celestiales
tocan carne mortal. En ocasiones
hay Aportes: copas de floral vino,
o guirnaldas fragantes, o langostas
que furiosas emergen de la Sima.
Pero también puede ocurrir a veces
que el Poder no se anime a decir nada.
Y en esos días vacíos, en que mi cuerpo
no es más que carne y saco de dolores,
y ninguna voz suena, en esos días
también se han reunido los que buscan,
trayendo sus angustias, sus cuidados,
sus penas sin alivio, sus escrúpulos
o su incredulidad. Yo he consultado,
y la pauta me han dado los Espíritus
de *ayudar*, en tal caso, improvisando;
de suplir sustanciando los misterios,
y de ese modo consolar al triste,
y confundir al obcecado escéptico
con Pruebas que se vean y se toquen.
Blancos guantes, pendientes de hilos tenues,
no asombran menos con su movimiento
que unas manos sin cuerpo; hebras sutiles
hacen bajar guirnaldas de las lámparas.
Y lo que un Médium puede hacer, mi reina,
dos pueden sin cesar perfeccionarlo.

Tu talle es tan esbelto, niña mía,
que pasaría holgado entre esos biombos.
Tus manitas, en piel de cabritilla,
sabrían asir una rodilla escéptica,
mover un polisón, o en una barba
dejar un toque de fragancia sana.

¿Qué dices, que mentir te desagrada?
Espero que no olvides lo que ahora eres
y lo que has sido: una criadita mona
de una señora que no sentía aprecio
por tu linda figura ni tu forma
de mirar extasiada al señorito.
Di: ¿quién te ayudó entonces, quién te dio
la dicha de un hogar, ropa y sustento,
quién halló en ti escondidas cualidades,
quién te mimó, y a tu alma impresionable
dio empleo espiritual y lucrativo?
¿Estás agradecida? Es para estarlo.
Pues donde hay gratitud, haya confianza.

Son una forma de Arte estas pequeñas
ficciones nuestras. Que en el Arte hay grados
entre lo más sencillo y lo sublime
es cosa que bien saben las mujeres,
que en muñecos de cera dilapidan
los primores y esmeros con que el hombre
de genio grande hace un querube en mármol;
o en cojines humildes bordan flores
que pintadas al óleo pasmarían
en muros de palacios y museos.
Ese representar lo espiritual
que tú llamas mentira, yo lo llamo
artificio, o sencillamente Arte:
también se envuelve la Verdad en fábulas,
y así se expresa incluso en el Gran Libro.

Fíjate en que cada una de las artes
tiene su medio propio: piedra, temple,
coloratura. A través del pigmento

se nos presenta en su Forma Ideal
la Eterna Madre (aunque acaso el modelo
haya sido una indigna mujerzuela).
A través del lenguaje los poetas
el Ideal mantienen invariado,
y así Beatriz nos habla todavía,
aunque el Dante corpóreo sea cenizas.
Así también esta carne doliente,
con sudores, gemidos, náuseas, gritos
de su angustia animal, sirve de medio
por el que hasta las Almas más sublimes
se manifiestan a los que aquí esperan.
Y es a esta misma carne a la que enseñan
a atar los hilos, a encender los fósforos
o a elevar el sillón sobre la alfombra.

Carne y aire manejan los espíritus,
tejen sus mantos de aire y del aliento
nuestro más rudo, como es este mío
que ahora entibia tu frente con un beso.
Y si una noche ni acuden ni tejen...
Ah, entonces tú y yo somos las llamadas
a hacer sentir su acción y su mensaje,
con dedos ágiles y con el mismo aliento
alzando aun otros velos más corpóreos.
¿Entiendes lo que trato de explicarte?

Una noche vendrá el soplo dulcísimo
de un espíritu y tañerá la flauta.
A la noche siguiente, si no viene,
será tu aliento o el mío el que la toque:
las mismas notas, el mismo suspiro
de dulce pena y más dulce esperanza.
El Arte, hija, cuenta una verdad,
aunque los magistrados y los químicos
digan que son mentira sus ficciones.
Tú y yo por la verdad de los espíritus
hemos de ser artistas, ¿no comprendes?

No me mires así, con esos ojos

medio llorosos, medio interrogantes.
Ten, bebe una copita de cordial;
te hará bien. Vamos, tranquilízate.
Ven acá, mírame, dame la mano
y respiremos juntas. Así. Escucha:
cuando te hipnoticé por vez primera
y tu alma juvenil se abrió a la mía
como se abre la flor de la mañana
a los rayos del sol, conocí entonces
que eras un ser aparte, un Alma dúctil,
capaz de responder a mis poderes.
Mírame, digo; mírame a los ojos.
Es el cariño de una mujer buena
lo que verás en ellos, hija mía,
independientemente de otras cosas
que revelen los dueños del espíritu.
No temas absorber esa influencia.
Ahora adormécete, sosiega el pulso;
mi brazo es fuerte y te sostiene.
Así, Geraldine. Mi cariño es implacable
únicamente por hacerte bien.

¿No sabes que nosotras las mujeres
no tenemos poder en el frío mundo
de objetos donde impera la Razón,
donde todo es mecánico y medido?
Ahí somos pertenencias, propiedades,
flor cortada en un vaso, sin raíces,
que adorna un día y al siguiente muere.
Pero aquí, en esta cámara secreta,
cortinada de vagas suavidades,
tenuemente alumbrada por destellos
y luces vacilantes, donde todo
se ve indistinto, todo suena ambiguo,
aquí si que hay poder para nosotras,
aquí lo irracional, la intuición pura
de los Poderes Invisibles habla
a nuestros nervios de mujer, galvánicos
hilos que captan, leen, interpretan
y transmiten su Voluntad oculta.

Éste es *nuestro* mundo negativo,
donde los Invisibles e Impalpables,
los Inaudibles, los Ilimitados,
nos hablan y hablan a otros *por* nosotras;
somos *nosotras* las que los oímos,
es *nuestro* ser, nuestra naturaleza,
quien acoge su fuerza embriagadora.
Ven a este mundo inverso, Geraldine,
donde el poder fluye de abajo arriba,
lo mismo que en la bola de cristal;
donde derecha e izquierda están cambiadas
y los relojes marchan al contrario;
donde el trono ocupamos las mujeres
y nuestros son el manto real, el cetro,
las guirnaldas de rosas, las coronas,
las joyas que lucimos en el pelo:
sardónices y perlas y rubíes,
todas las piedras de la realeza;
donde somos sacerdotisas, reinas,
y todo acata nuestra voluntad.

No hay mago que no sea fingidor.
Esto que hacemos no es ni más ni menos
que lo que siempre hicieron los pontífices:
sujetar a las masas en la fe
con alardes de magia y cohetería,
remedos de las luces celestiales
para los ofuscados que no entienden
si se les habla sólo con palabras.
Ya te has tranquilizado. Así es mejor.
Las azuladas venas de tus brazos
al tacto de mis manos enjoyadas
absorben mi poder y te lo infunden.
Ahora estás tranquila. Muy tranquila.

Dices que eres mi Esclava. No, hija mía.
Evita extravagancias de expresión
si quieres prosperar en esta esfera.
Di mejor mi Discípula y mi amiga,
mi amiga queridísima; y la próxima

Sybilla Silt, quizá. Pero entretanto
tienes que ser modosa, estar solícita
con las señoras, responder discreta
y suave a la rudeza de los hombres;
servir el té sonriente y escuchar,
porque interesa mucho que sepamos
lo que revela su inocente charla.

Aquí está oculta, como ves, la gasa,
y aquí las flores que hay que derramar,
y aquí los guantes con que hacer los pases.

Necesito tu ayuda en lo del hijo
de lady Claregrove. Está obsesionada
con tocarle, con palpar sus deditos.
Cuando estemos a oscuras, si te acercas
así, y pones el codo así apoyado,
un instante, y le tocas la mejilla...
Tus dedos son finísimos y mórbidos.
¿Daño, dices? ¿Cómo le va a hacer daño?
Ella quiere creer, lo cual es bueno;
nuestros pequeños trucos o ficciones
también lo son, porque la fortalecen
en la fe, y no le causan ningún mal.
Aquí tienes este mechón de pelo,
que es de la criada, pero por lo fino
y rubio podría ser del pobre niño;
cuando veas el momento, se lo dejas
caer en el regazo, ya me entiendes,
o que ella lo reciba entre los dedos,
y eso le hará un gran bien. ¡Qué dicha inmensa!
Para nosotras, un grandioso triunfo
que sin duda será recompensado;
para ella, la esperanza que anhelaba,
o más que la esperanza, la certeza...

[Caetera desunt]

CAPÍTULO XXII

Val estaba en la tribuna de Newmarket, con la vista fija en la pista vacía y el oído atento al rumor de cascos; vio la pequeña nube de polvo y ondulación regular convertirse en una oleada de músculo reluciente y seda brillante, y luego pasar como una exhalación, bayo, tordo, zaino, bayo, tanto esperar para tan poco tiempo de vida atronadora. Y luego el alivio de la tensión, las bestias chorreando sudor y dilatando los ollares, la gente felicitando o encogiéndose de hombros.

—¿Quién ha ganado? —preguntó a Euan MacIntyre—. Ha sido tan rápido que no lo he visto. —Aunque había gritado como los demás.

—Nosotros —dijo Euan—. Ha ganado él, El Reverbero. Ha estado espléndido.

Val le echó los brazos al cuello.

—Podemos celebrarlo —dijo Euan—. Veinticinco a uno, no está mal; ya lo sabíamos que iba a quedar bien.

—Yo aposté por él —dijo Val—. Para ganar. He puesto un poco en Noches Blancas, a ganador y colocado, porque era un nombre muy bonito, pero aposté por él para ganar.

—¿Lo ves? —dijo Euan—. Ya te tengo más animada. No hay nada como una apuesta y un poco de acción.

—No me habías dicho que fuera tan bonito —dijo Val.

Hacía un buen día, un día inglés, de sol pálido, con manchas de bruma en los límites de la visión, allá al extremo invisible de la pista, donde se reunían los caballos.

Val había ido con la idea de que los hipódromos eran como los despachos de apuestas de su infancia, que olían a cerveza y colillas y, según le parecía a ella, a serrín y pis de hombre.

Y esto era hierba y aire limpio y una sensación de alegría, y aquellas criaturas bellas y danzantes.

—No sé si habrán venido los otros —dijo Euan—. ¿Quieres que echemos una ojeada?

Euan formaba parte de un sindicato: dos abogados y dos agentes de Bolsa, dueño cada uno de una parte de El Reverbero.

Fueron dando un rodeo hasta el recinto del ganador, y allí estaba el caballo tiritando bajo la manta, un bayo claro calzado en blanco, cubierto de churretes negros de sudor, que se alzaba de él en vapor y se juntaba con la bruma. Olía maravilloso, pensó Val; olía a heno, y a salud, y a un esfuerzo que era... suelto, que era libre, que era natural. Val aspiró su olor, y él frunció los ollares y cabeceó.

Euan había hablado con el jockey y el entrenador. Regresó junto a Val con otro hombre joven, y se lo presentó como Toby Byng, uno de los socios. Toby Byng era más delgado que Euan, pecoso y con muy poco pelo rubio y rizado, sólo por encima de las orejas. Su calva era como una tonsura rosácea. Lucía pantalones de canutillo y

un chaleco elegante, un toque dandy de azul bajo la chaqueta deportiva de tweed. Tenía una sonrisa suave, brevemente incoherente por el placer de lo del caballo.

—Te invito a cenar —le dijo a Euan.

—No, no, te invito yo a ti. O por lo menos podíamos bebernos una botella de champán, ahora, porque para esta noche tengo otros planes.

Amigablemente emprendieron la marcha los tres, y pidieron champán, salmón ahumado y una ensalada de langosta. Val pensó que era la primera vez que hacía algo puramente placentero desde no sabía cuándo, a menos que contara salir por la noche al cine o a una tasca.

Miró el programa.

—Los nombres de los caballos son chistes. Noches Blancas, de Dostoievski y Alicia de Carroll.

—Somos gente leída —dijo Euan—. Aunque otros no lo creáis. Fíjate en El Reverbero. Su padre era Jacobo de Escocia, y su madre Perforadora; creo que la idea fue que las perforadoras reverberan y que Henry James, el americano, escribió un cuento o no sé qué titulado El Reverbero.^[21] El nombre de un caballo debe aludir a los de sus padres.

—Son poemas —dijo Val, que se sentía cada vez más llena de una dorada palidez de buena voluntad y champán.

—A Val le interesa la literatura —dijo Euan a Toby, en un esfuerzo patente de hallar alguna manera de explicar a Val sin meter a Roland.

—Pues yo voy camino de convertirme en abogado literario —dijo Toby—. Que, dicho sea de paso, no me va nada. Ahora mismo estoy metido en una batalla sangrienta, a cuento de una correspondencia entre poetas difuntos que ha descubierto no sé quién. Los americanos le han ofrecido a mi cliente una cantidad astronómica por los manuscritos. Pero los ingleses se han enterado, y están intentando conseguir que los declaren de interés nacional para impedir la exportación. Por lo visto se odian los unos a los otros. A todos los he tenido en el bufete. El inglés dice que es un descubrimiento que va a poner patas arriba los estudios internacionales. Lo único que consiguen es ver una muestra de las cartas de cada vez: mi cliente es un viejo puñetero, y no deja que salga de sus manos la colección completa... Y ahora se ha metido por medio la prensa. Me llaman de la televisión y de las columnas de cotilleo. El profesor inglés ha estado a ver al ministro para las Artes.

—¿Son cartas de amor? —dijo Euan.

—Ah, sí. Cartas de amor *complicadas*. Escribían muchísimo en aquella época.

—¿De qué poeta? —dijo Val.

—De Randolph Henry Ash, que estudiamos en el colegio y al que yo jamás encontré ni pies ni cabeza, y una mujer que yo no había oído nunca. Christabel LaMotte.

—En el Lincolnshire —dijo Val.

—Exactamente. Yo vivo en Lincoln. ¿Conoces la historia?

—¿Y la doctora Maud Bailey?

—En efecto. Todos quieren hablar *con ella*. Pero ha desaparecido. Estará de vacaciones, seguro. De veraneo. Los eruditos sí que viajan. Fue ella la que las encontró.

—Yo he vivido con un experto en Ash —dijo Val, y se detuvo, totalmente desconcertada por haber empleado el pretérito automáticamente.

Euan puso una mano encima de la suya y sirvió más champán, diciendo:

—Si son *cartas*, habrá una cuestión complicada de propiedad y derechos.

—El profesor Blackadder ha llamado a lord Ash, que al parecer tiene el copyright de casi todos los papeles de Ash. Pero el americano, el profesor Cropper, tiene los manuscritos de casi todas las cartas en su biblioteca, y es el que ha preparado la edición grande de las cartas, así que su postura es lógica. Los Bailey parecen ser los dueños de los manuscritos. Maud Bailey parece ser la descubridora.

Christabel era una solterona que murió en la habitación donde han aparecido las cartas, escondidas en una cuna de muñecas o no sé qué... Nuestro cliente está muy resentido de que no le dijera, Maud Bailey, lo que *valían*...

—Quizá no lo supiera.

—Quizá. El caso es que se alegrarían todos muchísimo si volviera.

—No creo que vuelva —dijo Val, mirando a Euan—. Yo creo que tiene razones para no volver.

—Toda clase de razones —dijo Euan.

Val no había atribuido la desaparición súbita de Roland a otra cosa que al deseo de estar con Maud Bailey. En un momento de rabia había telefoneado a casa de Maud, y una voz potente con acento americano le dijo que Maud estaba de viaje. Cuando preguntó a dónde se había ido, la voz dijo, con una mezcla de sarcasmo y rencor: «No tengo el privilegio de saberlo.» Val se había quejado ante Euan, y él había dicho: «Pero ¿no es verdad que no le *querías* tener al lado, que todo había terminado?» Y Val había exclamado: «¿Y tú cómo lo sabes?»; y Euan había dicho: «Porque llevo semanas observándote y valorando las pruebas, es mi oficio.»

Conque allí estaba, pernoctando con Euan en la casa junto a las cuerdas. Al fresco de la tarde dieron una vuelta por el patio, tan barrido, tan ordenado, con aquellas largas cabezas de ojos grandes asomadas a las compuertas, inclinándose graciosamente para aceptar manzanas, con unos labios blandos y arrugados y unos dientes enormes, vegetarianos e inofensivos. La casa, baja y de ladrillo, estaba cubierta de rosas

trepadoras y glicinas. Era el tipo de casa donde el desayuno son riñones, tocino, setas o *kedgeree*^[34] en vajilla de plata. La alcoba era un diseño espumante de chintz cremoso y rosicler en torno a muebles antiguos y macizos. Val y Euan hicieron el amor en una especie de caverna de luz rosácea, y se asomaron por la ventana abierta a las oscuras sombras y el aroma nocturno, amortiguado, de rosas de verdad.

Val miró de arriba abajo la longitud desnuda de Euan MacIntyre. Era como su caballo pero al revés. Toda la parte central de su cuerpo era pálida, de amarillenta a muy blanca. Pero las extremidades eran morenas, como blancas eran en El Reverbero. Y tenía la misma cara. Val se echó a reír.

—Amor, come manzanas mientras puedas —dijo.

—¿Qué?

—Es un poema. De Robert Graves. Me encanta Robert Graves. Me levanta.

—Pues sigue, sigue. —Se lo hizo decir dos veces, y a continuación lo recitó él mismo.

Cruza entre dos negruras el paso luminoso:
tumba por la estrechez, no en el reposo.

—Eso me gusta —dijo Euan MacIntyre.

—No creía yo...

—No creías que a los yuppies les gustara la poesía. No me seas vulgar y simplista, querida Val.

—Lo siento. No sé, más exactamente, por qué te gusto yo.

—Funcionamos bien, ¿no? En la cama.

—Ah, sí...

—Esas cosas se saben. Y quería verte sonreír. Estabas torturando una cara bonita con una expresión de decepción permanente, y en seguida hubiera sido demasiado tarde.

—O sea, una obra de caridad. —A medias con la voz de Putney.

—No seas idiota.

Pero a él siempre le había gustado arreglar cosas. Maquetas rotas, gatitos perdidos, cometas caídas.

—Mira, Euan, a mí no se me da bien ser feliz; te liaré.

—Eso depende de mí. Es decir, de mí también. Amor, come manzanas mientras puedas.

CAPÍTULO XXIII

La irrupción, o interrupción, ocurrió en la Baie des Trépassés. Era uno de los días rientes de la Bretaña. De pie en las dunas, contemplaban las anchas olas que entraban tranquilas desde el Atlántico. El mar tejía una trama de luces de ámbar y arena en su verde gris. El aire tenía una tibieza lechosa, y olía a sal, a arena cálida y a lejanas hojas aciculadas, de brezo o de enebro o de pino.

—¿Sería tan mágica, o tan siniestra, sin ese nombre? —preguntó Maud—. Parece apacible y soleada.

—Si conocieras las corrientes te podría parecer peligrosa. Si fueras marinero.

—En la *Guide Vert* dice que el nombre procede de la corrupción de «boe an aon» (*baie du ruisseau*) en «boe an anaon» (*baie des âmes en peine*). Dice que la tradición situaba la Ciudad de Is en esas marismas de la desembocadura. *Trépassés*, los que han pasado, lo pasado. Los nombres generan sentido. Hemos venido por el nombre.

Roland tocó su mano, que asió la suya.

Estaban en un pliegue de las dunas. Oyeron, de más allá del montículo siguiente, un sonoro grito transatlántico, fuerte y extraño.

—Y aquello de allí tiene que ser la Ile de Sein. Siempre he soñado ver ese sitio, donde vivían las nueve vírgenes terribles a las que llamaban Seines o Sénas o Sènes por el nombre de la isla, que es *Sein*, que es una palabra fantásticamente sugerente y polisémica, que sugiere la divinidad del cuerpo femenino, porque ya sabe usted que para los franceses *sein* significa a la vez los pechos y la matriz, los órganos sexuales femeninos, y de ahí ha pasado a significar también una red de pescar que retiene los peces, y la vela hinchida que retiene el viento; aquellas mujeres controlaban las tempestades y atraían a los marineros a sus redes como las sirenas, y erigieron ese templo funerario para los druidas muertos; que me figuro que sería un dolmen, otra forma femenina, y mientras lo construían había toda clase de tabúes de no tocar la tierra, no dejar que las piedras *cayeran* al suelo, porque se temía que el sol o la tierra las contaminaran o fueran contaminados por ellas, lo mismo que el muérdago, que sólo se puede coger sin tocar la tierra. Se ha pensado con frecuencia que la reina Dahud de Is fuera hija de una de aquellas hechiceras, y cuando pasó a reinar en la Ciudad Anegada se convirtió en Marie-Morgane, una especie de sirena que arrastraba a los hombres a la muerte, y se cree que fuera un vestigio del matriarcado lo mismo que las Senes en su isla flotante. ¿Ha leído usted la *Ciudad anegada* de Christabel?

—No —dijo una voz masculina—. Es una omisión que tengo que reparar.

—Leonora —dijo Maud.

—Y Blackadder —dijo Roland.

Los vieron dirigirse al mar. Leonora llevaba el pelo suelto, y al salir del abrigo de las dunas la brisilla marina se lo levantó en bucles oscuros y sinuosos. Llevaba un vestido playero a la griega, de algodón muy fino: un revuelo de tablillas, rojo estampado con lunas de plata, ceñido por una banda ancha de tela plateada sobre sus amplios pechos, dejando al aire los hombros, de un oro oscuro por el fulgor de un sol nada inglés. Llevaba descalzos los pies, grandes y bien hechos, y sus uñas pintadas alternativamente de rojo y plata. Al andar, la brisa le revolvía el plisado. Alzaba los brazos con un repique musical de pulseras entrechocadas. Tras ella iba James Blackadder, con zapatos gruesos y una parka oscura sobre pantalones oscuros y planchados con raya.

—Allí enfrente estará Nantucket, y el blando pecho verde del Nuevo Mundo.

—Fitzgerald^[35] no podía referirse a las druidesas.

—Pero hizo mujer al Paraíso Terrenal.

—Y decepcionante.

—Por supuesto.

—Esto es que se han juntado y han averiguado dónde estábamos —dijo Maud.

—Si han llegado hasta *aquí* habrán visto a Ariane —dijo Roland.

—Y habrán leído el diario —dijo Maud—. Si Leonora ha querido localizar a Ariane, lo habrá encontrado. Y Blackadder leerá francés.

—Estarán furiosos con nosotros. Seguro que piensan que los hemos engañado para tomarles la delantera.

—¿Tú crees que debemos dar la cara?

—¿Y tú?

Maud tendió las manos y él se las cogió.

—Creo que deberíamos, y creo que no podemos —dijo ella—. Creo que debemos largarnos. Y deprisa.

—¿A dónde?

—A casa, supongo.

—¿Romper el encanto? —dijo Roland.

—¿Estamos encantados? Me figuro que en algún momento habrá que volver a *pensar*.

—Todavía no —se apresuró a decir él.

—No, todavía no.

Subieron al coche y regresaron en silencio al hotel. Cuando entraban en el aparcamiento salía de él un gran Mercedes negro. Las ventanillas eran opacas, por lo

que Maud no pudo ver, según pasaba, si Cropper la había visto al volante o no. En cualquier caso, el Mercedes no aminoró la marcha, y desapareció en la dirección de donde ellos venían.

—Ha venido un señor americano preguntando por ustedes —dijo la dueña del hotel—. Ha dicho que cenará aquí esta noche.

—No hemos hecho nada malo —dijo Roland en inglés.

—Ni nadie dice tal cosa. Quiere comprar lo que sepamos, o averiguar si sabemos más. Quiere las cartas. Quiere *hacerse* con la historia.

—No veo que podamos impedirselo.

—Pero podemos *no* ayudarle, ¿no? Yéndonos ahora mismo. ¿Tú crees que habrás visto a Ariane?

—Quizá venga siguiendo a Leonora. Y a Blackadder.

—Pues que se zurren entre ellos. Que averigüen ellos el final de la historia. Me parece mal, me parece..., en este momento me parece... que no lo quiero saber. Más tarde quizá.

—Podemos irnos ahora mismo. Hacer las maletas y volver a casa.

—Es lo que hay que hacer.

Habían estado en Bretaña tres semanas. Habían supuesto, cuando emprendieron su fuga precipitada, que aquel tiempo robado lo pasarían decorosamente en la biblioteca de la universidad de Nantes. En vez de eso se habían encontrado, debido al cierre de la biblioteca y a la ausencia de Ariane Le Minier, de vacaciones, de vacaciones juntos, y por segunda vez en aquel verano. Tenían habitaciones separadas —con las camas blancas de rigor—, pero no había duda sobre el aspecto marital, o de luna de miel, de su remoloneo. Era algo de profunda confusión y gran ambivalencia entre los dos. Alguien como Fergus Wolff habría sabido aprovecharse de ese estado de cosas, y habría dado por hecho que era natural, obligatorio incluso para él, aprovecharse. Pero Maud no habría vuelto a ir a ninguna parte de buena gana con Fergus. Y con Roland se había puesto en viaje de muy buena gana. Se habían escapado juntos, y eran agudamente conscientes de las connotaciones habituales de esa acción. Hablaban apaciblemente, y con una especie de parodia del antiguo consenso conyugal del «nosotros». «¿Vamos a Pont-Aven?», preguntaba uno plácidamente, y el otro contestaba: «Podríamos intentar ver el crucifijo que sirvió de modelo para el Cristo Amarillo de Gauguin.» Pero no comentaron ese uso del plural, aunque los dos pensaran en ello.

En algún punto de las cartas secuestradas, Ash hacía mención de la trama o el sino que parecía apresar o arrastrar a los amantes muertos. Roland pensaba, en parte

con preciso placer posmoderno y en parte con un elemento de aprensión supersticiosa, que Maud y él estaban siendo arrastrados por una trama o un sino que parecía, al menos era una posibilidad, no ser su trama o su sino sino los de aquellos otros. Y es probable que haya un elemento de aprensión supersticiosa en todo juego de espejos o argumento posmoderno autorreferente, autorreflexivo, enroscado sobre sí mismo, que reconoce que se ha ido de las manos, que las conexiones proliferan aparentemente al azar, es decir, con igual verosimilitud, aparentemente en respuesta a un principio ordenador feroz, no controlado por la intención consciente, que tendría, por supuesto, para ser una buena intención posmoderna, que requerir lo aleatorio o lo multivalente o lo «libre», sino controlador, impulsor, hacia algún —¿cuál?— fin. La coherencia y el cerramiento son deseos humanos profundos que ahora mismo no están de moda. Pero son siempre a la vez atemorizadores y encantadoramente deseables. «Enamorarse», típicamente, es desenredar de una maraña las apariencias del mundo, y de la historia particular del enamorado, y peinarlas en una trama coherente. A Roland le inquietaba la idea de que pudiera suceder lo contrario. Que, encontrándose en una trama, pudieran suponer que lo correcto fuera comportarse como si fuera esa clase de trama. Y eso sería poner en peligro una cierta integridad con la que habían empezado.

Así que seguían debatiendo, casi exclusivamente, los problemas de aquellos muertos. En Pont-Aven, ante unas tortas de alforfón y unas sidras en frescos jarros de barro, se hicieron las preguntas difíciles.

¿Qué había sido del niño?

¿Cómo o por qué, en qué estado de ignorancia o conocimiento, había sido abandonada Blanche? ¿Cómo se habían separado Ash y LaMotte? ¿Tenía noticia Ash del posible hijo?

La carta de devolución de las cartas a Christabel no estaba fechada. ¿Cuándo se había enviado? ¿Había habido algún otro contacto? ¿Una relación larga, una ruptura inmediata?

Maud estaba enmudecida y entristecida por los poemas que había adjuntado Ariane. Interpretaba el segundo en el sentido de que el niño hubiera nacido muerto, y el de la «leche derramada» como evidencia de una terrible culpabilidad, por parte de Christabel, respecto de la suerte, cualquiera que fuese, que había corrido el recién nacido.

—La leche duele —dijo—. Una mujer con leche y sin poder amamantar tiene dolores.

En términos de Christabel, ella también debatía la parodia de tramas.

—Christabel escribió mucho sobre el *Fausto* de Goethe por entonces. Es un motivo, el del infanticidio inocente, que se repite en la literatura europea de la época. Gretchen, Hetty Sorrel, la Martha de Wordsworth en «El espino». Mujeres

desesperadas con niños muertos.

—No *sabemos* que muriera.

—Yo no puedo por menos de pensar que, si no estaba destinado a morir, ¿por qué huyó ella? Había venido en busca de asilo. ¿Por qué no se quedó donde estaba a salvo?

—Porque no quería que nadie supiera lo que había pasado.

—Hay un antiguo tabú sobre presenciar el parto. En versiones tempranas del mito de Melusina aparece un parto en lugar del baño.

—Pautas que se repiten. Una vez más.

Debatieron también el futuro del proyecto, es decir, de la investigación, sin saber dónde ir desde allí. Volver a Nantes era un paso obvio, y justificaba el remoloneo. Maud dijo que Christabel había residido en Londres en casa de unas amigas a comienzos de la década de 1860: no estaba enterada de la relación con las Luces Vestales. Roland recordaba una alusión de pasada a la Pointe du Raz en Ash: «*tristis usque ad mortem*», la había llamado, pero eso no era garantía de que hubiera estado allí en persona.

Más allá del futuro del proyecto, a Roland le preocupaba su futuro personal. Le habría aterrado si se hubiera permitido reflexionar, pero los días soñadores, la luz perlada en alternancia con el azul caluroso, y algo más, hacían posible aplazar la reflexión. Las cosas no tenían buena cara. A Blackadder sencillamente le había dejado tirado. Lo mismo había hecho con Val, que en su opinión era rencorosa y dependiente a partes iguales: tendría que volver y aguantar la reprimenda; y después de eso, ¿cómo se iba a marchar, adonde iba a ir, cómo iba a vivir?

De todos modos, las cosas habían cambiado entre ellos. Eran hijos de una época y una cultura que desconfiaban del amor, del enamoramiento, del amor romántico, de lo romántico *in toto*, y que a pesar de ello y a cambio cultivaban abundantemente el lenguaje sexual, la sexualidad lingüística, el análisis, la disección, la desconstrucción, la denuncia. Estaban teóricamente enterados: enterados de la falocracia y la envidia del pene, la puntuación, la punción y la penetración, la perversidad polimorfa y polisémica, la oralidad, los pechos buenos y malos, la tumescencia clitoral, la persecución vesicular, los fluidos, los sólidos, sus metáforas, los sistemas de deseo y daño, la avidez infantil y la opresión y la transgresión, la iconografía del cuello uterino y la imaginería del Cuerpo en expansión y contracción, deseado, atacado, consumido, temido.

Se aficionaron al silencio. Se tocaban sin comentario y sin avance. Una mano sobre una mano, un brazo vestido apoyado en un brazo. Un tobillo sobre otro tobillo,

sentados en la playa, y no apartado.

Una noche se quedaron dormidos, uno al lado del otro, en la cama de Maud, donde habían estado tomándose unas copas de calvados. Él durmió hecho una rosca contra la espalda de ella, una coma oscura contra su frase pálida y elegante.

No hablaron de esto, pero en silencio negociaron otra noche así. Era importante para los dos que el tocarse no llegara a ser ninguna clase de vehemencia ni abrazo deliberado. Sentían como si de algún modo aquella augusta apacibilidad del contacto no reconocido les devolviera su impresión de vidas separadas bajo pieles separadas. Las palabras, el tipo de palabras que conocían, la habrían deshecho. Cuando la bruma del mar los encerraba en un repentino capullo lechoso sin perspectivas, yacían perezosamente juntos todo el día tras los pesados visillos de encaje blanco, en la cama blanca, sin moverse, sin hablar.

Ninguno de los dos estaba del todo seguro de cuánto, ni qué, significaba todo aquello para el otro.

Ninguno de los dos se atrevía a preguntar.

Roland había aprendido a verse, teóricamente, como lugar de cruce de una multiplicidad de sistemas, todos vagamente relacionados. Se le había enseñado a ver su idea de su «yo» como una ilusión, que había que sustituir por una maquinaria discontinua y una red de mensajes eléctricos de distintos deseos, creencias y respuestas ideológicas, formas lingüísticas, hormonas y feromonas. En general le gustaba. No tenía ninguna gana de meterse en arduas autoafirmaciones románticas. Tampoco tenía gana de saber quién era esencialmente Maud. Pero se preguntaba, gran parte del tiempo, a qué podía llevar aquel placer mudo en la compañía del otro, si a algo o a nada, si se iría lo mismo que había venido o si cambiaría, si podía cambiar.

Pensaba en la Princesa en su colina de cristal, en la mirada levemente despectiva de Maud en su primer encuentro. En el mundo real —es decir, puesto que no había que privilegiar un mundo sobre otro, en el mundo social al que los dos tendrían que regresar después de aquellas noches blancas y días soleados— había escasa relación real entre los dos. Maud era una mujer guapa como él no tenía derecho a poseer. Con un trabajo seguro y un prestigio internacional. Además, dentro de algún oscuro y trasnochado sistema de clases inglés, en el que él no creía, pero que sentía actuar oscuramente en él y tenerle preso, Maud era de la clase terrateniente, y él de la clase media baja urbana, en unos sitios más aceptable que Maud y en otros menos, pero en casi todos incompatible.

Todo eso era la trama de un Romance. Roland estaba en un Romance, un Romance vulgar y exaltado a la vez: un Romance era uno de los sistemas que le controlaban, como las expectativas de Romance controlan a casi toda persona del

mundo occidental, para bien o para mal, en un momento u otro.

Él suponía que el Romance debía dar paso al realismo social, aunque el talante estético de la época estuviera en contra.

En cualquier caso, desde la llegada de Blackadder y Leonora y Cropper, había pasado de Búsqueda, una buena forma romántica, a Persecución y Carrera, otras dos igualmente válidas.

Durante aquellos días se había hecho adicto a un postre pálido, frío, ligeramente dulce, llamado Iles Flottantes, que consistía en una isla blanca de espuma flotando en un cremoso lago amarillo de natillas, con un atisbo, no más, de dulzor. Mientras Maud y él hacían las maletas a todo correr y dirigían el coche hacia el Canal, pensaba cómo lo iba a echar de menos, cómo aquel sabor se desvanecería en su memoria.

Blackadder vio el Mercedes cuando Leonora y él volvían al hotel por la tarde. Se sentía muy cansado. Ariane, en efecto, había dado a Leonora una fotocopia del diario de Sabine, y él había intentado traducírselo, con éxito pasable. Se había dejado arrastrar, inicialmente, por la pura fuerza de la presencia de Leonora, y su insistencia en que Roland y Maud se las habían pirado para robarles el tanto a los dos. Blackadder había sugerido, cuando se vieron en posesión del diario, volver a casa, encargar una buena traducción y proseguir sus investigaciones. Leonora, que le había hecho a Ariane un montón de preguntas sobre Roland y Maud, se empeñó en que «se traían algo entre manos» y había que seguirles la pista en Finistère. Con mal tiempo, Blackadder podría haber insistido más en regresar a su agujero, a las herramientas de su oficio, a su máquina de escribir, a su teléfono. Pero lucía un sol tentador; hizo un par de comidas excelentes, y dijo que, ya que estaba allí, le apetecía echar una ojeada a Kernemet y sus alrededores.

Leonora llevó el coche. Conducía con estilo y poderío, pero sin suavidad. Blackadder, a su lado, iba preguntándose cómo se habría dejado embarcar en todo aquello. El perfume de Leonora llenaba el coche, un Renault alquilado. Era un perfume de almizcle, sándalo y algo penetrante que afectaba a Blackadder de maneras contradictorias. Le parecía encontrarlo asfixiante. Por debajo notaba algo más, una promesa de oscuridad, espesor, carne. Un par de veces bajó la vista a Leonora, a su extensión desnuda de hombros y pechos ceñidos. Su piel, vista de cerca, tenía todo su oro oscuro cruzado de arrugas finas, arrugas no de vejez sino de una mezcla de delicadeza anterior y endurecimiento al sol. Le parecieron conmovedoras.

—No entiendo a Maud —iba diciendo Leonora—. No me entra en la cabeza que saliera corriendo sin una palabra *para mí*, porque esa carta al fin y al cabo era mía, si en esto cuenta la propiedad, que yo entre amigas no pensé que contara; y *éramos* amigas, habíamos hecho fondo común de nuestras ideas y habíamos escrito artículos en colaboración y demás. Quizá su Roland Michell sea el prototipo de macho

dominante. Si no no se explica.

—No lo es. No es un hombre enérgico. Es su fallo principal.

—Pues será el amor.

—Eso no explica a Ariane Le Minier.

—Desde luego que no. Vaya sorpresa. No sólo lesbiana, sino Mujer Caída y Madre Soltera. Todos los arquetipos. Éste debe ser el hotel donde al parecer estaban. A lo mejor están ya de vuelta.

Y empezó la maniobra de entrada en el aparcamiento, pero sólo para encontrar cerrado el paso por el Mercedes, que parecía estar reculando torpemente entre los postes.

—Vete a la mierda —dijo Leonora—. Vete a la mierda, mamón.

—¡Válgame! —dijo Blackadder—. Es Cropper.

—Pues que se vaya a la mierda. Está obstruyendo el paso —dijo Leonora en tono magistral, a la vez que tocaba la bocina varias veces con gran vigor. El Mercedes avanzaba y retrocedía, en una serie de ajustes milimétricos para entrar en un espacio donde prácticamente no cabía. Leonora bajó la ventanilla y gritó:

—Oye, hijo de puta, que no me voy a pasar aquí toda la noche. No tardo ni un segundo. ¿Por qué no te echas a un lado?

El Mercedes avanzó y retrocedió.

Leonora enfiló la entrada.

El Mercedes se le cruzó.

—¡Deja paso, coño! —vociferó Leonora.

El Mercedes retrocedió un poco, atravesándose más.

Leonora pisó a fondo el acelerador. Blackadder oyó un reverbero metálico y sintió una sacudida en la espina dorsal. Leonora soltó otro taco y metió la marcha atrás. Hubo el sonido y la sensación del metal que se rompe. Se habían enganchado los parachoques, y los coches, como dos toros con la cornamenta arrugada, no podían separarse. Leonora siguió dando marcha atrás. Blackadder, nervioso, dijo: «No, pare.» El ronroneo iracundo del Mercedes cesó bruscamente. La ventanilla oscura descendió, y Cropper sacó la cabeza, diciendo:

—*Arrêtez s'il vous plaît. Nous nous abîmons. Veuillez croire que je n'ai jamais rencontré de pires façons sur les routes françaises. Une telle manque de politesse...*

Leonora abrió su portezuela y echó fuera una pierna desnuda.

—Hablamos americano —dijo—. Es usted un cerdo insolente. Ya le recuerdo de Lincoln. Estuvo a punto de matarme en Lincoln.

—Hola, Mort —dijo Blackadder.

—Ah —dijo Cropper—. James. Me habéis estropeado el coche.

—Yo se lo he estropeado —dijo Leonora—. Por maleducado y por no usar el intermitente.

—Te presento a la profesora Stern, Mortimer —dijo Blackadder—. De Tallahassee. La editora de Christabel LaMotte.

—En busca de Bailey y Michell.

—Exactamente.

—Se han ido. Hace tres horas que se marcharon. Nadie sabe qué hicieron aquí. Ni adónde han ido.

—Si tú empujas tu parachoques, Mortimer —dijo Blackadder—, y yo me subo al nuestro, podríamos intentar desengancharlos.

—No quedará como antes —dijo Cropper.

—¿Está usted alojado aquí? —dijo Leonora—. Podríamos discutirlo con una copa. Yo no sé qué cubre el seguro del alquiler de este coche.

La cena no fue agradable. Cropper estaba muy malhumorado, como nunca le había visto Blackadder, ya fuera por el estropicio de su coche, por la huida de Roland y Maud o por la presencia de Leonora. Pidió sin tasa: una fuente enorme de marisco para empezar, una montaña de conchas y bigotes y pétreos caparzones rodeada de algas sobre un pie de metal, y seguida de una enorme araña de mar cocida, de un color rojo colérico, llena de protuberancias y excrecencias heráldicas y esgrimiendo una multiplicación de tentáculos. Para tal festín fue provisto de una panoplia de instrumentos que parecían de cámara de tortura medieval: pinzas y tenazas, agujones y pinchos retorcidos.

Blackadder comió una sobria merluza. Leonora tomó langosta y habló de Kernemet.

—Es una pena, pero no quedan más que los cimientos y el muro del huerto. El menhir sigue estando, pero la casa ha desaparecido por completo. ¿Sabe usted qué fue de LaMotte después de su estancia aquí, profesor Cropper?

—No. Hay en América algunas cartas, que están en mi posesión, donde se habla de su paradero en 1861. Pero en la época a que usted se refiere, finales de 1860, no. Pero lo averiguaré.

Blandía unas tenazas y un pincho bífido. El montón de restos de la fuente era más alto, una vez extraído hasta el último blanco bocadito, de lo que fuera con los animales originales.

—Pretendo hacerme con esas cartas si puedo —dijo—. Y pretendo averiguar lo demás.

—¿Qué es lo demás?

—Qué pasó con el hijo. Lo que nos ocultaron. *Pretendo saberlo.*

—Puede estar oculto para siempre en la tumba —dijo Blackadder, alzando su copa hacia el rostro feroz y melancólico que le miraba desde el otro lado de la mesa

—. ¿Puedo proponer un brindis? Por Randolph Henry Ash y Christabel LaMotte. Descansen en paz.

Cropper alzó su copa.

—Brindo por eso. Pero lo averiguaré.

Se despidieron al pie de la escalera. Cropper hizo sendas inclinaciones a Blackadder y Leonora y se largó. Leonora puso una mano sobre un brazo de Blackadder.

—Asusta un poco este hombre. Tan intenso, tomándose todo como cosa personal. Como si lo hubieran hecho para engañarle. A él personalmente.

—Y es probable que así lo hicieran. Entre otros. Shakespeare le presagiaba cuando escribió aquella maldición.^[36]

—Me alegro de haberle rozado esa carroza mortuoria. ¿Quiere usted subir conmigo? Estoy toda mustia, podríamos consolarnos mutuamente. El mar y el sol me ponen sentimental.

—Es usted muy amable, pero no, gracias. Estoy conmovido y agradecido y contento de que me haya traído aquí..., seguramente lo lamentaré toda la vida..., pero es mejor que no. No estoy... —hubiera querido decir «a la altura», o «a su nivel», o simplemente «en condiciones», pero todas esas posibilidades parecían vagamente ofensivas.

—No se preocupe. Sería una pena complicar una buena relación de trabajo, ¿verdad?

Le dio un beso de buenas noches, con considerable ímpetu, y se alejó a paso rápido.

Al día siguiente iban tranquilamente en el coche por una carretera secundaria —habían decidido dar un pequeño rodeo para ver la capilla del Cristo de madera de Gauguin— cuando oyeron detrás de ellos un sonido extraño y pavoroso: una combinación de tos y golpeteo rítmico y repetido, seguido de un hipido chirriante. Era como un animal dolorido, o un carro desvencijado con una rueda desapareja. Era el Mercedes, con un guardabarros aplastado y avería evidente en la correa del ventilador; en el cruce siguiente los adelantó rechinando. Su conductor era una vez más invisible, su herida dolorosamente manifiesta.

—Horrible —dijo Leonora—. Siniestro.

—Cropper es el Ankou —dijo Blackadder con súbito ingenio.

—Desde luego —dijo Leonora—. Deberíamos haberlo sabido.

—No alcanzará a Bailey y Michell a esa velocidad.

—Ni nosotros.

—En realidad yo creo que tampoco tendría mucho sentido alcanzarlos. Podíamos

tomarnos un día de campo.

—Buena idea.

CAPÍTULO XXIV

Sentada a la mesa de su casa de Lincoln, Maud copió un pasaje de Freud útil para su ponencia sobre la metáfora:

Sólo en el estado del pleno enamoramiento el contingente principal de la libido es transferido al objeto, asumiendo éste, en cierta manera, el lugar del yo.

Maud escribió: «Ni que decir tiene que yo, ello y superyó, como la propia libido, son hipostatizaciones metafóricas de lo que hay que ver como».

Tachó «hay que ver como» y escribió «se podría tomar como».

Ambas expresiones eran metáforas. Escribió: «se podría explicar como sucesos dentro de un cuerpo de experiencias indiferenciado».

Cuerpo era una metáfora. Había escrito «experiencias» dos veces, y quedaba feo. «Sucesos» posiblemente fuera otra metáfora.

Era plenamente consciente de la presencia de Roland, que estaba sentado en el suelo a sus espaldas, con una bata de felpa blanca, apoyado en el sofá blanco en el que había dormido durante su primera estancia, y en el que dormía ahora. Maud palpaba la pelusilla de su pelo negro y suave, en su arranque sobre la frente, con dedos imaginarios. Sentía el ceño fruncido de él entre sus propios ojos. Roland se sentía desprovisto de ocupación; Maud sentía lo que sentía Roland. Roland se sentía *acechante*.

Si se iba de la habitación todo sería vacío y gris.

Si *no* se iba, ¿cómo iba ella a concentrarse?

Corría el mes de octubre. Maud había empezado el curso. Roland no había vuelto con Blackadder. No había vuelto a su casa, salvo una vez, después de llamar repetidamente por teléfono sin conseguir respuesta de Val, para cerciorarse de que seguía viva. Había un cartel grande, apoyado en una botella de leche vacía: AUSENTE POR UNOS DÍAS.

Roland escribía listas de palabras. Escribía listas de palabras que se resistían a componer las frases de la crítica o la teoría literarias. Tenía esperanzas —más, corazonadas de inminencia— de escribir poemas, pero de momento no había pasado de las listas. Las listas, sin embargo, eran compulsivas y tremendamente importantes. Roland no sabía si Maud comprendía —*veía*— su importancia, o si le parecían una tontería. Tenía plena consciencia de Maud. Sentía que ella sentía que él se sentía desprovisto de ocupación, y que *acechaba*.

Escribió: sangre, arcilla, terracota, clavel.

Escribió: rubio, zarza ardiente, disperso.

Apostilló: «Disperso como en Donne, “extremas y de claridad dispersa”,^[37] nada que ver con los diagramas de dispersión.»

Escribió: anémona, coral, carbón, cabello, cabellos, uña, uñas, pelo, buho, mica, escarabeo.

Rechazó madera, punto, lazo y otras palabras ambivalentes, así como mancha y vacío, aunque todas se le habían ocurrido (otra palabra que le hizo titubear) por igual. Tenía dudas sobre la posición de los verbos en aquel lenguaje primitivo. Ocurrir, ocurre, ocurrió, ocurrido.

Flecha, tronco (rama no, raíz no), mohó, agua, cielo.

Los vocabularios son círculos y lazadas que se cruzan. Nos definimos por las líneas que decidimos cruzar o dejar que nos circunscriban.

Dijo: «Voy a salir para que puedas pensar.»

—No hace falta.

—Es mejor. ¿Hay que comprar algo?

—No. Hay de todo.

—Podría conseguir un empleo, colocarme en un bar o en un hospital o cualquier cosa.

—Tómate tiempo para pensar.

—No hay mucho tiempo.

—Puede uno dárselo.

—Siento que no hago más que acechar.

—Lo sé. Ya cambiarán las cosas.

—No lo sé.

Sonó el teléfono.

—¿La doctora Bailey?

—Sí, soy yo.

—¿Está ahí Roland Michell?

—Es para ti.

—¿Quién es?

—Joven, varón y educado. ¿De parte de quién, por favor?

—No me conoce usted. Euan MacIntyre, abogado. Quería hablar con usted, no con Roland; pero tendría mucho gusto en hablar con él, también tengo cosas que decirle. Pero tengo algo interesante que comunicarle *a usted*.

Maud tapó el auricular y le comunicó eso a Roland.

—¿Les vendría bien cenar esta noche en el White Hart, pongamos que a las siete y media? Los dos.

—Qué remedio —dijo Roland.

—Gracias, será un placer —dijo Maud.

—No diría yo *tanto* —dijo Roland.

Entraron en el bar del White Hart con cierta aprensión. Era la primera vez que salían en público como pareja, si tal cosa eran. Maud iba de azul claro, con el pelo bien anclado, refulgente. Roland la miraba con amor y desesperación. No tenía otra cosa en el mundo que Maud —ni casa, ni trabajo, ni futuro—; y precisamente por esas negaciones era imposible que Maud siguiera tomándole en serio o deseando su presencia por mucho tiempo.

Había tres personas esperándolos. Euan MacIntyre, traje negro y camisa amarilla; Val, reluciente con un traje de chaqueta beige de brillo y una blusa color ciruela, y un tercero, de tweed y con pelos crespos alrededor de una calva, a quien Euan presentó como «Toby Byng. Propietario conmigo de una pata de caballo. Abogado».

—Ya sé —dijo Maud—. El abogado de sir George.

—No es por eso por lo que está aquí, o no es exactamente por eso.

Roland miró de hito en hito a la pimpante Val, que tenía el lustre de la ropa realmente cara y bien hecha, y, cosa más importante e inequívoca, la complacencia radiante de la felicidad sexual. Se había cambiado de peinado: llevaba el pelo corto, suelto, con un moldeado que se alzaba cuando sacudía la cabeza y volvía a caer a la perfección. Era una suma de colores apagados e irisados, violetas y tórtolas, todo entonado y bonito, las medias, los zapatos de tacón, las hombreras, los labios pintados. Roland dijo, instintivamente:

—Tienes aspecto de estar *feliz*, Val.

—He decidido que podía serlo.

—Te he estado buscando. Te he llamado un montón de veces. Para saber si estabas bien.

—No era necesario. Pensé que si tú podías desaparecer, yo también. Y lo hice.

—Me alegro.

—Me voy a casar con Euan.

—Me alegro.

—Espero que no te alegres *muchísimo*.

—No, claro. Pero se te ve...

—Y tú, ¿estás contento?

—En algunos aspectos. En otros tengo mucho lío.

—El alquiler está pagado hasta la primera semana de octubre. O sea, hasta esta semana.

—No me refería a eso. Por lo menos...

—Euan tiene una idea sobre el lío de verdad, sobre lo de Randolph y Christabel.

Ocuparon una mesa de esquina, con mantel rosa y tiasas servilletas rosas, en un comedor grande, con arañas de cristal rutilantes y paredes empaneladas. En la mesa había un ramillete de flores de otoño: ásteres de un rosa polvoriento, crisantemos color malva, algunas fresias. Euan pidió champán, y acometieron un menú de salmón ahumado, faisán con guarnición, queso de Stilton y suflé de limón. Roland encontró duro el faisán. La salsa de pan le recordó los guisos navideños de su madre. Hablaron del tiempo, a la inglesa, y por la mesa circularon pequeñas corrientes de preocupación sexual, también a la inglesa. Roland vio que Val catalogaba a Maud como guapa y fría; vio que Maud estudiaba a Val, y le juzgaba a él en relación con Val, pero no pudo vislumbrar a qué conclusión llegaba. Vio que las dos mujeres respondían a la cordialidad y el entusiasmo de Euan. Euan los hizo reír a todos, y Val rebotó de orgullo y felicidad, y Maud sonrió relajada. Bebieron un buen borgoña, y la risa se hizo más suelta. Resultó que Maud y Toby Byng tenían amigos de la infancia comunes. Euan y Maud hablaron de caza. Roland se sentía periférico, espectador. Preguntó a Toby Byng cómo estaba Joan Bailey, y supo que había pasado por una larga hospitalización pero ya estaba en casa.

—Mortimer Cropper le ha hecho creer a sir George que con el producto de la venta de las cartas —por lo menos si se las vendieran *a él*— habría para reconstruir Seal Court y rodear a lady Bailey de los últimos adelantos.

—Eso es bueno para alguien —dijo Roland—, por lo menos.

Euan se inclinó sobre la mesa.

—Eso es lo que queríamos discutir. ¿Bueno para quién?

Se volvió a Maud.

—¿De quién son los derechos de los poemas y relatos de Christabel LaMotte?

—Nuestros. De mi familia. Creemos. Los documentos están en depósito en el Centro de Documentación de Estudios sobre la Mujer de Lincoln, donde yo trabajo. Es decir, los manuscritos de la *Melusina*, la *Ciudad de Is*, los dos libros de cuentos y muchas poesías sueltas. Cartas no tenemos muchas; el diario de Blanche Glover lo compramos en una subasta de Sotheby's, con absoluto sigilo, porque nadie se dio cuenta de su importancia. Los estudios sobre la mujer no mueven todavía mucho

dinero. Por supuesto que, una vez que las obras se imprimen, pasan al dominio público a los cincuenta años, como todo.

—¿Se te ha ocurrido pensar que puedes ser la propietaria de los derechos de la mitad de esa correspondencia, de las cartas de Christabel?

—Se me ha ocurrido, pero no lo creo. No creo que hubiera testamento ni nada. Lo que pasó fue que, al morir Christabel en 1890, su hermana Sophia le mandó un paquetón a su hija May, que era mi tatarabuela, y que por entonces debía tener unos treinta años, porque mi bisabuelo nació en 1880 y May se había casado en 1878. Hubo sus más y sus menos, porque al sir George de entonces no le parecían bien los matrimonios entre primos carnales, como fue en este caso. Y las familias no se llevaban bien. Total, que Sophia le mandó los papeles con una carta acompañante; no recuerdo los términos exactos, pero venía a ser algo así como «Queridísima May: Tengo que darte una noticia muy triste, que es que mi queridísima hermana Christabel falleció anoche de repente. A menudo había expresado el deseo de que sus papeles y poemas fueran a parar a tus manos, ya que eres mi única hija, y ella estaba persuadida de la importancia de que las cosas se transmitan por línea materna. Así pues, te envío lo que he podido encontrar; no sé qué valor o interés perdurable podrán tener, pero confío en que los guardes bien, ya que ella al menos creía, y otras autoridades han afirmado, que era mejor poeta de lo que en general se ha reconocido».

»Decía también que si pudiera desplazarse para el entierro, su presencia le daría consuelo; pero sabía, Sophia, que mi tatarabuela había tenido problemas con su último parto y estaba muy agobiada. No hay constancia de que hiciera ese viaje. Conservó las cosas, pero no hay constancia de que le interesaran en especial.

—Para eso tenías que llegar tú —dijo Euan.

—Supongo. Sí. Pero en cuanto a la *propiedad*, cabe incluso la posibilidad de que lo que yo tengo pudiera ser de sir George, si Christabel murió sin testar... No me imagino a Cropper y compañía reconociendo ningún derecho moral por mi parte.

—Eso es más o menos lo que yo había pensado —dijo Euan—. Le pedí a Val que me contara lo que sabía...

—No mucho —dijo Val.

—Lo suficiente, sobre Cropper y compañía. Y le pedí a mi buen amigo Toby que husmeara entre las escrituras viejas que tienen en su bufete. Eso le preocupa, porque es el abogado de confianza de *sir George*. La realidad es que no puede ahondar más en este asunto. Pero ha encontrado, hemos encontrado, una cosa que pensamos que debías ver; tendremos que pensar, bueno, tendrás que pensar tú, pero yo *espero* que me permitas actuar por ti, tendremos que pensar muy detenidamente en el procedimiento a seguir. Pero en cualquier caso, mi opinión como profesional es que no cabe ninguna duda sobre la propiedad de las cartas. Traigo una fotocopia. Es una

bendición de Dios esto de la fotocopidora. He comprobado la firma en tu centro de estudios sobre la mujer mientras tú no estabas. A ver qué te parece.

Maud tomó la fotocopia.

Dictado a mi hermana, Sophia Bailey, el 1 de mayo de 1890, pues la falta de fuerzas me impide escribir con claridad. Es mi voluntad que Sophia herede mi dinero, mis muebles y mis porcelanas. Que Jane Summers, de Richmond, si todavía viviere, reciba alguna cosa como recuerdo mío, y 60 libras. Que todos mis libros y papeles, y mis derechos de autor, sean para Maia Thomasine Bailey, con la esperanza de que andando el tiempo llegue a interesarse por la poesía. Firmado por Christabel LaMotte, en presencia de Lucy Tuck, doncella de servicio, y William Marchmont, jardinero.

Euan dijo: «Estaba doblado en un fajo de cuentas de Sophia. Por las cuentas está claro que localizó a Jane Summers y le abonó la manda. Y conservó el papel. Debí pensar que ya había hecho todo lo que había que hacer, cumplir la voluntad de su hermana, y el papel simplemente lo guardó.»

—¿Significa eso que las cartas son mías? —dijo Maud.

—Los derechos sobre cartas inéditas son propiedad del autor de las cartas. Las cartas, materialmente, son propiedad del destinatario. A menos que sean devueltas, como éstas lo fueron.

—Quieres decir, las cartas de ella a él fueron devueltas.

—Exactamente. Tengo entendido —lo dice Toby— que entre ellas hay una carta de él diciendo que se las devuelve.

—Así que, según eso, *todas* las cartas me pertenecen, y los derechos sobre las de ella son míos.

—Exactamente. No es impepinable; se podría impugnar. Sir George podría reclamar y es probable que lo haga. Ese documento no es un testamento en toda regla, no está registrado en Somerset House, hay toda clase de resquicios y agujeros para impugnarlo. Pero mi opinión es que tú puedes demostrar tus derechos sobre toda la colección, las de él y las de ella. El problema está en cómo podemos actuar y a la vez proteger los intereses de Toby, que está en una posición éticamente muy delicada. ¿Cómo puede salir a la luz este documento sin su intervención?

—Si sir George impugna la demanda, se puede ir todo en gastos legales —dijo

Toby.

—Como en *Casa desolada* —dijo Val.

—Exactamente —dijo Euan—. Sir George *podría* avenirse. Lo que ahora nos hace falta es la manera de que esto salga a la luz sin que Toby lo encuentre deliberadamente. Yo creo que tendré que inventarme una historia que le convierta en mi víctima...: podría convencerle de que me enseñara alguno de los documentos como parte de una búsqueda amañada, y luego pillarle por sorpresa...

—En plan pirata —dijo Val, adorante.

—Si tú estuvieras de acuerdo en poner el caso en mis manos...

—No ibas a sacar mucho dinero —dijo Maud—. Si los papeles son míos, irán a parar al Centro de Documentación de la Mujer.

—Entendido. No me interesa por el dinero. Es el drama, la curiosidad, ¿comprendes? Aunque creo que deberías plantearte la posibilidad de *tener* que venderlos, no a Cropper sino a la Biblioteca Británica o a alguna entidad aceptable, para taponar la boca a sir George.

—Lady Bailey se portó bien con nosotros —dijo Roland—. Le vendría bien la silla de ruedas.

—El Centro de Documentación de la Mujer —dijo Maud— viene padeciendo una falta de fondos *penosa* desde que se fundó...

—Si todos esos papeles pasaran a la Biblioteca Británica, podríais tener los microfilms, los fondos y la silla de ruedas...

Maud le miró con expresión belicosa.

—Si esos papeles estuvieran en el Centro de Documentación, *atraerían* fondos.

—Maud...

—George Bailey ha estado sumamente insolente conmigo..., y con Leonora...

—Quiere a su mujer —dijo Roland—. Y sus bosques.

—Eso es verdad —dijo Toby Byng.

—Yo no creo —dijo Val— que haya que empezar a pelearse por algo que no tenemos, o que no tenéis, todavía. Creo que habría que ir paso a paso. Creo que deberíamos brindar por Euan, que es a quien se le ha ocurrido todo esto, y pensar el paso siguiente.

—Yo tengo algunas ideas más —dijo Euan—. Pero requieren un poco de reflexión y ciertas averiguaciones.

—Te parecerá que estoy siendo codiciosa —dijo Maud, ya de vuelta en casa.

—No, en absoluto. ¿Por qué me lo iba a parecer?

—Noto que no apruebas mi actitud.

—Estás muy equivocada. ¿Qué derecho tengo a desaprobarte?

—Eso demuestra que la desapruebas. ¿Te parece que debería despedir a Euan?

- Eso es cosa tuya.
—¡Roland!
—Yo pinto muy poco en todo esto.

Ése era el problema. Se sentía marginal. Marginal respecto a la familia de Maud, su feminismo, su desenvoltura con la gente de su misma clase social. Había muchos círculos aquí, y él estaba fuera de todos. Él había iniciado aquel, ¿cómo llamarlo?, aquella investigación, y lo había perdido todo, a la vez que ponía en manos de Maud los materiales con los que su situación podía mejorar inconmensurablemente: trabajo, futuro, Christabel, dinero...; detestaba comer comidas que no habría podido pagar. Detestaba vivir a costa de Maud.

- No vamos a pelearnos ahora —dijo Maud—, después de todo lo que hemos...
Él iba a decir que no se estaban peleando cuando sonó el teléfono.
Era una voz de mujer, temblorosa, muy agitada.

- Querría hablar con la doctora Bailey.
—Soy yo, dígame.

—Sí. Bien. Bueno, verá usted. Es que... he estado dándole muchas vueltas a si llamarla o no llamarla, pensará usted que estoy mal de la cabeza, o simplemente que soy una mala persona..., o atrevida, qué sé yo; pero no se me ocurría otra persona más que usted...; y me he pasado dándole vueltas toda la tarde y ahora me doy cuenta de que ya no es *hora* de llamar a nadie, debe ser que he perdido la noción del tiempo; quizá sería mejor que la volviera a llamar mañana, sería mejor pero quizá sería demasiado tarde, en fin, *mañana* mismo quizá no, pero muy pronto, si estoy en lo cierto; el caso es que me dio la impresión de que usted se *preocupaba*, me comprende, me pareció que se tomaba *en serio*...

- Por favor, ¿con quién hablo?

—Ay, sí, perdone. Es que *nunca* llamo por teléfono. Le tengo pánico al teléfono. Soy Beatrice Nest. La llamo por Ellen Ash. No, no exactamente; pero es que sí siento..., sí siento... que es por ella por lo que...

- ¿Qué ha pasado, doctora Nest?

—Discúlpeme, vamos a ver si soy capaz de serenarme y expresarme con claridad. La llamé antes, doctora Bailey, pero no había nadie. La verdad es que tampoco contaba con encontrarla ahora, y por eso estoy tan nerviosa y desprevenida. Así es.

- Comprendo.

—Se trata de Mortimer Cropper. Ha estado aquí...; bueno, aquí no, ahora estoy en casa como es lógico, en Mortlake; ha estado en mi despacho del Museo, ha estado *allí* varias veces, mirando muy en particular *ciertas secciones* del diario...

—¿Sobre la visita de Blanche Glover?

—No, no, sobre el entierro de Randolph Ash. Y hoy fue acompañado por Hildebrand Ash, el joven; bueno, que tampoco es que sea joven, es bastante *mayor*, y está realmente grueso, pero es más joven que lord Ash, naturalmente. Quizá no sepa usted que Hildebrand Ash será quien suceda a lord Ash si se muere, cuando se muera, y *no está bien*, según James Blackadder, es un hecho que no contesta a las cartas; no es que yo le escriba muy a menudo, realmente no hay necesidad, pero cuando le escribo no contesta...

—Doctora Nest...

—Sí, sí. ¿*Seguro* que no es mejor que la vuelva a llamar mañana?

—No. Quiero decir, sí. *Segurísimo*. Me muero de curiosidad.

—Oí lo que se decían. Ellos creían que me había ido..., o sea, que no estaba en el despacho. Doctora Bailey, tengo la *certeza absoluta* de que el profesor Cropper pretende remover..., *desenterrar*... los restos de los Ash. La tumba de Hodershall. Con Hildebrand Ash, mano a mano. Quiere averiguar qué hay en esa caja.

—¿Qué caja? —dijo Maud.

Beatrice Nest, con mucho circunloquio y bisbiseo, explicó de qué caja se trataba.

—Lleva años diciendo que se debería desenterrar. Lord Ash no lo ha consentido, y en cualquier caso ya sabe usted que para abrir una sepultura hay que tener permiso del obispado, y no se lo darían, pero él dice que Hildebrand Ash tiene un *derecho moral* sobre la caja, y que él también tiene... derecho, porque..., por lo..., por lo mucho que él ha hecho por Randolph Ash; dice que..., se lo he oído decir: «¿Por qué no hacer lo que los ladrones que se llevaron la *Impresión al amanecer*, por qué no llevárnoslo y luego ya se vería la manera verosímil de justificar lo que encontremos?» Se lo he oído...

—¿Ha hablado usted con el profesor Blackadder?

—No.

—¿Y no le parece que debería?

—Le caigo mal. Le cae mal todo el mundo, pero yo peor que la mayoría. Diría que estoy loca, o pensaría que ha sido culpa *mía* que a Mortimer Cropper se le ocurriera ese plan horrible: también a Cropper le detesta; no creo que me escuchara. Estoy harta de pequeñas humillaciones. Usted me habló sensatamente, usted *entendía* a Ellen Ash, usted comprenderá que esto hay que impedirlo por respeto a ella. —Y siguió diciendo—: Yo habría querido decírselo a Roland Michell, pero ha desaparecido. ¿Qué cree usted que debo hacer? ¿Qué se puede hacer?

—Roland está aquí, doctora Nest. Quizá deberíamos ir a Londres. La verdad es que a la policía no podemos acudir...

—¿Qué les *íbamos* a decir?

—Exactamente. ¿Conoce usted al párroco de la iglesia donde está la sepultura?

—El señor Drax. No le gustan los investigadores. Ni los estudiantes. Ni el propio Randolph Ash, pienso yo.

—Parece como si todo el mundo relacionado con este asunto fuera intratable.

—Y habiendo sido el propio Ash un hombre tan *generoso* —dijo la doctora Nest, sin refutar esa opinión.

—Confiemos en que largue a Mortimer Cropper con cajas destempladas. A lo mejor deberíamos ir a verle.

—No sé. No sé qué hacer.

—Déjeme consultarlo. Mañana la llamaré.

—Por favor, doctora Bailey..., dése prisa.

Maud se excitó mucho. Le dijo a Roland que tenían que ir a Londres, y sugirió consultar a Euan MacIntyre sobre las acciones que podía emprender Cropper y la manera de impedir las. Roland dijo que era un buen plan, como en sí lo era aunque para él significase reforzar su sensación de aislamiento irreal. Toda la noche estuvo despierto, solo en la cama blanca y preocupado. Algo que antes era secreto había volado. Maud y él se habían sentido obligados a mantener secreta la «investigación», y mientras fue secreta la habían compartido en silencio, y en silencio se habían tenido el uno al otro. Ahora, sacada a la plena luz del día, se le aparecía de algún modo disminuida por la curiosidad excitada de Euan y Toby tanto como por la avidez rabiosa de Cropper y Blackadder. El encanto y el entusiasmo de Euan no sólo habían servido para borrar el resentimiento y la tristeza de la cara de Val, sino también, de algún modo, para infundir un ánimo y una temeridad en la propia Maud. A Roland le parecía haber notado que hablaba más libremente con Euan y con Toby que con él. Le parecía que Val estaba disfrutando de organizar el asunto. Recordaba su primera impresión de Maud: ejecutiva, arrogante, crítica. En tiempos había pertenecido a Fergus. Aquellos juegos extraños y silenciosos de los dos eran producto del azar, de una breve soledad artificial, del secreto. A pleno día no podían sobrevivir. Roland ni siquiera sabía si quería que sobrevivieran. Buscó su propia idea primordial, y se dijo que antes de entrar en escena Maud él había tenido a Randolph Ash y sus palabras, y ahora incluso eso, eso sobre todo, se lo habían cambiado y se lo habían quitado.

De todo esto no dijo nada a Maud, que de nada pareció darse cuenta.

Euan, consultado al día siguiente, también se excitó. Irían a Londres *todos*, dijo, y hablarían con Beatrice Nest, y celebrarían un consejo de guerra. Quizá pudieran seguirle los pasos a Cropper y atraparle *in flagrante delicto*. La ley marcaba sutiles diferencias entre la profanación de tumbas en suelo consagrado y en cementerios públicos. Por el nombre, Hodershall parecía un camposanto anglicano, y por lo tanto

suelo consagrado. Él y Val irían en el Porsche y recogerían a Roland y Maud. ¿Por qué no iban a su casa y llamaban desde allí a la doctora Nest? Tenía un piso en el Barbican, muy cómodo. Toby debía quedarse atendiendo a sus escrituras y a los intereses de sir George.

—Yo puedo ir a casa de mi tía Lettice —dijo Maud—. Es una señora mayor que vive en Cadogan Square. ¿Quieres venirte?

—Yo mejor me voy al piso de Putney.

—¿Quieres que te acompañe?

—No.

No era sitio para ella, con su chintz mugriento y su olor felino. Y estaba cargado de recuerdos de su vida con Val, con la tesis. No quería tener allí a Maud. «Necesito meditar sobre unas cuantas cosas. Sobre el futuro. Qué voy a *hacer*. Sobre el piso, cómo pagar el alquiler, o no pagarlo. Me vendrá bien pasar una noche solo.»

—¿Algo va mal? —dijo Maud.

—*Tengo que meditar sobre mi vida.*

—Perdona. Pero *podrías* venir a casa de mi tía...

—No te preocupes. Quisiera estar solo, sólo esa noche.

CAPÍTULO XXV

Diario de Ellen Ash

25 de noviembre de 1889

Escribo esto sentada en Su escritorio, a las dos de la mañana. No puedo dormir, y él duerme su último sueño en la caja, muy quieto, abandonado de su alma. Estoy entre sus pertenencias —que ahora son mías o de nadie—, pensando que su vida, su presencia, se aparta más despacio de estos seres inanimados que de él, que en otro tiempo fue animado y ahora, no puedo escribirlo, no debería haberme puesto a escribir. Querido, estoy aquí escribiendo, ¿a quién sino a ti? Me encuentro mejor aquí entre tus cosas; la pluma se resiste a formar «a ti», «tus», no hay nadie ahí, y sin embargo aquí sigue habiendo una presencia.

Aquí hay una carta inacabada. Están el microscopio, las placas, un libro con una señal, y —ay, querido— hojas sin abrir. Me da miedo dormir, me dan miedo los sueños que pueda tener, Randolph, y por eso estoy aquí sentada escribiendo.

Estando allí postrado dijo: «Quema lo que no deban ver», y yo le dije que sí, se lo prometí. En momentos así, según parece, entra una especie de energía terrible, de hacer las cosas deprisa, antes de que la acción se torne imposible. Él aborrecía la nueva vulgaridad de la biografía *contemporánea*, ese saqueo del escritorio de Dickens en busca de sus anotaciones más triviales, las incalificables intromisiones de Forster en las penas privadas y las ocultaciones de los Carlyle. Muchas veces me decía, quema lo que está vivo para nosotros con la vida de nuestro recuerdo, no permitas que nadie haga de ello curiosidades frívolas o mentiras. Recuerdo que me llamó mucho la atención que Harriet Martineau, en su autobiografía, dijera que dar a la imprenta cartas privadas era una forma de traición, como contar la conversación íntima de dos amigos al pie de la chimenea en las noches de invierno. Yo he hecho fuego aquí y he quemado algunas cosas. Quemaré más. Los buitres no harán presa en él.

Hay cosas que no puedo quemar. Ni volver a mirar nunca, creo. Hay cosas aquí que no son mías, que no soy quien para quemar. Y están nuestras amadas cartas, de todos aquellos años de necia separación. ¿Qué hacer? No puedo dejarlas para que las entierren conmigo; la confianza puede ser traicionada. Las pondré ahora a reposar con él, a esperar ahí mi llegada. Que la tierra las guarde.

Mortimer Cropper: *El gran ventrílocuo*, 1964, capítulo 26, «Tras la fiebre intermitente de la Vida», págs. 449 y ss.

Rápidamente se constituyó un comité para examinar la posibilidad de dar sepultura al gran hombre en la Abadía de Westminster. Lord Leighton habló con el Deán, quien al parecer abrigaba ciertas dudas acerca de las creencias religiosas de Randolph Ash. La viuda del poeta, que durante su última enfermedad no se había apartado, abnegada e insomne, de su cabecera, escribió a lord Leighton y al Deán diciéndoles que era su deseo, como tenía por seguro que había sido el de su marido, que sus restos reposaran en el tranquilo camposanto rural de la iglesia de Santo Tomás de Hodershall, en el límite de los North Downs, de donde era párroco el esposo de su hermana Faith, y donde ella misma esperaba reposar un día. Así pues, una multitud de personajes del gran mundo y de las letras recorrió los frondosos caminos de Downland en un día lluvioso del mes de noviembre; los cascos de los caballos hundían en el lodo las hojas amarillas, y en el cielo lucía un sol bajo y rojizo.^[22] Portaron el féretro Leighton, Hallam Tennyson, sir Rowland Michaels y el pintor Robert Brunant.^[23] Una vez depositado el ataúd en la tierra, y cubierto de enormes coronas blancas, Ellen puso sobre él una caja que contenía «nuestras cartas y otros recuerdos», «demasiado queridos para quemarlos, demasiado preciosos para ser jamás expuestos a la luz pública».^[24] A continuación se llenó la tumba de flores, y el duelo se retiró, dejando los últimos y tristes menesteres a las palas de los enterradores, que cubrieron la caja de ébano y las frágiles flores con la mezcla local de greda, pedernal y arcilla.^[25] El joven Edmund Meredith, sobrino de Ellen, arrancó del borde de la sepultura un manojo de violetas que prensó y conservó cuidadosamente entre las páginas de su edición de Shakespeare.^[26]

Meses más tarde, Ellen Ash hizo colocar una sencilla lápida negra, con la figura en relieve de un fresno con la copa y las raíces extendidas, como el que él dibujaba a veces, traviesamente, junto a la firma de sus cartas.^[27] Al pie se había tallado la traducción que hiciera el propio Ash del epitafio del cardenal Bembo para Rafael, esculpido en torno a la tumba de Rafael en el Panteón, que aparecía en el poema de Ash sobre la pintura de las Estancias del Vaticano, *Lo sagrado y lo profano*.

Vivo quien yace aquí, la común Madre
temió verse por él ensombrecida;
muerto temió perder con él la vida.^[28]

Más abajo se lee:

Esta piedra dedica a Randolph Henry Ash, gran poeta y esposo fiel y amante, su apenada viuda y esposa durante más de 45 años, Ellen Christiana Ash; con la esperanza de que «pasado un corto sueño, eternamente despertamos»^[29] allí donde no habrá más separación.

Críticos posteriores han comentado con ironía o desprecio la «ridiculez»^[30] de comparar a este prolífico poeta victoriano con el gran Rafael, aunque uno y otro estuvieran caídos en desgracia en la primera parte de este siglo. Acaso más sorprendente sea la ausencia de testimonios contemporáneos de desaprobación por el hecho de que en la lápida no se hiciera mención de la fe cristiana, ni, a la inversa, de admiración por el tacto con que Ellen supo rehuirlo. Lo que hizo al elegir esa cita fue vincular a su marido, a través de su propio poema, Rafael y Bembo, con toda la ambigua tradición del Renacimiento, ejemplificada en el Panteón circular, iglesia cristiana que tuvo originariamente la forma de un templo clásico. No es de suponer que estas ideas estuvieran necesariamente en su ánimo, aunque es posible que los esposos hubieran hablado de esos temas.

No podemos dejar de especular sobre el contenido de la caja que fue inhumada junto con Randolph Ash, y que se vio que permanecía intacta cuando, cuatro años más tarde, se depositó junto a él el féretro de su viuda.^[31] Ellen Ash compartía la gazmoñería y pudibundez de su generación sobre la publicación de documentos privados. Muchos han afirmado —y en primer lugar la propia Ellen—^[32] que también Randolph tenía esos escrúpulos. Afortunadamente para nosotros, no dejó indicaciones testamentarias en ese sentido, y, lo que es todavía mayor fortuna, la ejecución de sus presuntas instrucciones por parte de su viuda fue desordenada y parcial. No sabemos qué evidencia de valor incalculable se habrá perdido para nosotros, pero en estas páginas hemos visto cuan abundantes riquezas permanecen. Con todo y con eso, no podemos por menos de lamentar que quienes turbaron su descanso en 1893 no tuvieran a bien abrir al menos la caja escondida, examinar su contenido y dejar constancia de él para la posteridad. Esas decisiones de destruir, de ocultar, las huellas de una

vida ejemplar se toman en el calor de la existencia, o más a menudo en las garras de la desesperación inmediatamente *post-mortem*, y tienen poco que ver con el juicio mesurado, y el deseo de un conocimiento completo y sereno, que suceden a esas perturbaciones. Incluso Rossetti creyó conveniente enterrar sus poemas junto a su trágica esposa, y tuvo que humillarse y humillarla para desenterrarlos. Yo pienso a menudo en lo que dijo Freud sobre las relaciones de nuestros antepasados primitivos con los muertos, vistos de forma ambivalente, como demonios y espectros o como ancestros venerados:

«El hecho de que los demonios sean concebidos siempre como los espíritus de personas muertas *recientemente* muestra mejor que ninguna otra cosa la influencia ejercida por el duelo en la formación de la creencia en los demonios. El duelo tiene una misión psíquica muy específica, que consiste en desligar de los muertos los recuerdos y esperanzas de los supervivientes. Obtenido ese resultado se atenúa el dolor, y con él el remordimiento y los reproches, y por lo tanto también el temor al demonio. Entonces aquellos mismos espíritus que en un principio fueran temidos como demonios pueden convertirse en objeto de sentimientos más amistosos; son venerados como antepasados y se invoca su socorro.»^[33]

¿No podríamos nosotros aducir, como atenuante de nuestro deseo de contemplar lo oculto, que aquellos cuya desaprobación los convirtió en demonios para sus personas más próximas y queridas, son ahora nuestros amados antepasados, cuyas reliquias querríamos venerar a la luz del día?

27 de noviembre de 1889

La anciana caminaba sin hacer ruido por los corredores oscuros, y subió la escalera, deteniéndose, titubeante, en varios descansillos. De espaldas —en seguida la veremos claramente—, de espaldas y en sombra podía suponersele aún cualquier edad. Llevaba una bata de terciopelo y zapatillas de paño bordadas. Caminaba erguida y sin esfuerzo, a pesar de ser un poco obesa. El pelo, recogido en una larga y pálida trenza, le caía entre los hombros; a la luz de la vela que llevaba podría haber sido del oro más pálido, pero era blanco cremoso; en tiempos había sido castaño claro.

Tendió el oído a la casa. Su hermana Patience dormía en la mejor

habitación de invitados, y en el segundo piso dormía también su sobrino George, ahora un joven abogado prometedor.

En lo que fuera su alcoba, con las manos unidas y los ojos cerrados, yacía inmóvil Randolph Henry Ash, su fino cabello blanco enmarcado por bullones de satén, su cabeza sobre una almohada de seda bordada.

Cuando la anciana vio que no podía dormir, fue a verle; abrió la puerta muy sigilosamente, y de lejos contempló el cambio. Inmediatamente después de morir parecía el mismo de siempre, dulcificado y serenado después de la lucha, descansando. Ahora ya no estaba, ahora allí no había nadie, sólo un simulacro cada vez más recortado y huesudo, tensa la piel amarillenta sobre picos de hueso, hundidos los ojos, la mandíbula afilada.

La anciana miró aquellos cambios, murmuró una oración en el silencio envolvente, y dijo a la cosa del lecho: «¿Dónde estás?»

La casa entera olía, como todas las noches, a fuegos de carbón apagados, chimeneas frías, humo viejo.

La anciana pasó a su pequeño gabinete, donde su escritorio estaba cubierto de cartas de pésame a las que había que contestar, y la lista de los invitados a las exequias del día siguiente, comprobada. Sacó del cajón su diario y un par de papeles; miró indecisa al montón, y volvió a salir, con el oído atento al sueño y a la muerte.

Subió otro tramo de escalera, al piso más alto, donde estaba el cuarto de trabajo de Randolph, de donde había sido la ocupación de su vida cerrar el paso a todos, al mundo entero, a sí misma también. Las cortinas estaban descorridas. Entraba luz de un farol, y luz de la luna llena, acuosa y plateada. Había un resto del olor de su tabaco. Pilas de libros sobre el escritorio, de antes de aquella última enfermedad. La sensación de él escribiendo flotaba aún en la estancia. La anciana se sentó al escritorio, dejando la vela ante sí, y se sintió, no mejor, no era eso, sino menos desolada, como si lo que fuera que allí estaba presente fuera menos lúgubre y terrible que lo que dormía, o yacía inmóvil como una piedra, allá abajo.

Tenía el reloj de él en el bolsillo de la bata, con los pocos papeles que había subido. Lo sacó, lo miró. Las tres. Las tres de la última madrugada que él pasaría en la casa.

La anciana paseó la vista por las librerías acristaladas, que vagamente le devolvían la imagen de la llama multiplicada. Abrió un par de cajones del escritorio, y encontró gavillas de papeles, escritos con su letra, con otras letras: ¿cómo iba ella a juzgar, a decidir la suerte de todo aquello?

A lo largo de una de las paredes estaban sus colecciones botánicas y zoológicas. Microscopios en sus estuches de madera con bisagras y pestillos.

Placas, dibujos, especímenes. Las vitrinas Ward que contenían mundos sellados de vegetación, empañados del propio aliento de las plantas, el acuario marino elegantemente empanelado, con sus algas, sus actinias y sus estrellas, fondo que *monsieur* Manet había empleado para pintar al poeta entre sus helechos, sugiriendo quizá un mundo de pantano o litoral primigenio. Todo eso debía desaparecer. Consultaría a sus amigos del Museo de Ciencias en busca de un destino adecuado. Quizá se debería donar a una institución docente: a un Club de Trabajadores, a alguna escuela. Recordó entonces la caja de recolección especial, hermética, forrada de vidrio y estanca. La encontró en su sitio; había sido un hombre ordenado. Sería idónea para lo que quería hacer.

Había una decisión que tomar, y mañana sería tarde.

Él era un hombre que realmente no había tenido nunca una enfermedad grave, hasta esta última. Y ésta había sido larga: tres meses sin salir de la cama, sabiendo los dos lo que se avecinaba, aunque no cuándo ni con qué celeridad. Los dos, en esos meses, habían vivido en aquella única habitación, en el dormitorio de él. Ella había estado a su lado en todo momento, ajustándole la ventilación o la almohada, ya al final ayudándole a comer, leyéndole en voz alta cuando hasta el libro más ligero se hizo demasiado pesado. Creía sentir sus necesidades y sus incomodidades, sin palabras. El dolor también, había un sentido en el que compartía el dolor. Sentada junto a él sin decir nada, sosteniendo la mano blanca como de papel, había sentido cómo la vida se le iba escapando día tras día. No la inteligencia. Al principio había habido un tiempo febril en el que, por alguna razón, estaba obsesionado con los poemas de John Donne, los recitaba al techo, con una voz a la vez resonante y bella, apartando de su boca con el aliento las frondas de barba. Cuando no daba con un verso clamaba: «Ellen, Ellen, deprisa, estoy perdido», y ella tenía que lanzarse a buscar.

—¿Qué sería de mí sin ti, cariño? Hemos aquí al final, juntos. Eres un gran consuelo. Hemos sido felices.

—Hemos sido felices —decía ella, y así era. Eran felices aun entonces, de la manera en que siempre lo habían sido, sentados el uno cerca del otro, hablando poco, mirando las mismas cosas, juntos.

Ella entraba en el dormitorio y oía la voz:

El torpe amor de amantes sublunares,
que no tiene más alma que el sentido,
presto se torna con la ausencia olvido,
al faltarle lo que eran sus pilares.

Fue un morirse con clase. Ella le veía esforzarse, luchar contra el dolor, la náusea, el miedo, para tener algo que decirle que ella recordase después, con calor, con dignidad. Algunas de las cosas que decía las decía como finales. «Entiendo por qué Swammerdam anhelaba la oscuridad tranquila.» O: «He intentado escribir con honradez, ver lo que pudiera desde donde estaba.» O, para ella: «Cuarenta y cuatro años sin ira. No creo que muchos maridos y mujeres puedan decir lo mismo.»

Ella anotó esas cosas, no por lo que eran, aunque estaban bien dichas, sino porque le recordaban el rostro de él vuelto hacia el suyo, los ojos inteligentes bajo la frente fruncida y húmeda, la presión débil de los dedos que en otro tiempo eran fuertes. «Te acuerdas, cariño..., aquella vez que te sentaste..., como una náyade en aquella piedra..., en aquella piedra entre hierbas de la..., no me viene el nombre..., no me lo digas..., la fuente del poeta..., la fuente..., la Fontaine de Vaucluse. Estabas sentada al sol.»

—Tenía miedo. Corría con mucha fuerza.

—No tenías cara de... tener miedo.

La mayor parte de lo que compartían, al final, al final de todo, era silencio.

—Era todo cuestión de silencio —le dijo ella en voz alta, en su cuarto de trabajo, donde ya no podía esperar respuesta alguna, ni ira ni comprensión.

Sacó los objetos de la decisión que había tomado. Un paquete de cartas atado con cintas color violeta, descoloridas. Una pulsera de pelo hecha por ella, con pelo suyo y de él, en los últimos meses, que ahora quería sepultar con él. Su reloj. Una carta inacabada, sin fecha, de su puño y letra, que había encontrado antes en el escritorio. Una carta dirigida a ella misma, escrita con letra insegura.

Un sobre lacrado.

Cogió, con un ligero temblor, la carta para ella, que había llegado hacía un mes.

Estimada señora Ash:

Creo que mi nombre no le será desconocido; que sabrá usted algo de mí, no puedo imaginar lo contrario; pero si por acaso esta carta fuera para usted una sorpresa absoluta, le pido perdón. Le pido perdón, sea como fuere, por molestarla en estos momentos.

Tengo noticia de que el señor Ash está enfermo. Lo dicen los periódicos, y no ocultan la gravedad de su estado. Me dicen personas dignas de crédito que

quizá no viva mucho más, aunque claro está que vuelvo a pedirle perdón si estoy en un error, como puedo estarlo, como quisiera estarlo.

He puesto por escrito algunas cosas que, pensándolo bien, quiero que él sepa. Estoy en un estado de considerables dudas sobre la oportunidad de solicitar su atención en estos momentos; de si escribo por mi propia absolución o por él: no tengo modo de saberlo. Estoy en las manos de usted, en esta cuestión. Debo confiarme a su buen juicio, a su generosidad, a su buena voluntad.

Somos usted y yo dos ancianas, y mis fuegos, al menos, están apagados ya hace mucho tiempo.

No sé nada de usted, y por la razón más sencilla, porque no se me ha dicho nada, nunca.

He puesto por escrito, sólo para los ojos de él, algunas cosas —la verdad es que no puedo decir qué cosas—, y he lacrado la carta. Si quiere usted leerla, en sus manos está;— aunque yo quiero confiar, si fuera posible, en que él lea la carta y decida.

Y si él no pudiera o no quisiera leerla...; entonces, señora Ash, también estaré en sus manos, haga con mi rehén lo que estime oportuno, es su derecho.

He hecho mucho daño, aunque a usted, pongo a Dios por testigo, nunca quise hacérselo; y espero no habérselo hecho, a usted, ni haber hecho nada irreparable.

La verdad es que le agradecería unas líneas: de perdón; de compasión; de ira, si fuera preciso —¿sería?— llegar a tanto.

Vivo en una torre como una vieja bruja, y hago versos que a nadie le interesan.

Si por la bondad de su corazón quisiera usted decirme qué es de él, alabaré a Dios por usted. Estoy en sus manos.

Suya,

Christabel LaMotte

Así, durante el último mes de vida de él, había llevado esas dos cartas, la suya y la lacrada, en el bolsillo, como un puñal. Cada vez que entraba y salía del dormitorio, cada vez que entraba y salía del tiempo de los dos.

Le llevaba floreros que ella misma componía. Jazmines de San José, rosas de Navidad, violetas de invernadero.

—*Helleborus niger*. ¿Por qué son tan misteriosos los pétalos verdes, Ellen? Te acuerdas... cuando leíamos a Goethe..., las metamorfosis de las plantas...; todo es uno..., las hojas..., los pétalos...

—Fue el año que escribías sobre Lázaro.

—Ah, Lázaro. *Etiam si mortuus fuerit...* ¿Tú crees..., de corazón..., que continuamos... después?

Ella agachó la cabeza y buscó la verdad.

—Se nos ha prometido...; los seres humanos son tan maravillosos, tan singulares...; no podemos perdernos... para nada. No lo sé, Randolph, no lo sé.

—Si no hay nada... no sentiré... el frío. Pero ponme al aire libre, cariño mío, no quiero... que me encierren en la Abadía. En la tierra, al aire. ¿Querrás?

»No llores, Ellen. No se puede evitar. Yo no lo lamento. Algo... he hecho, tú lo sabes. He vivido...

Fuera del dormitorio escribía cartas mentalmente.

«No puedo darle su carta, está tranquilo y casi contento, ¿cómo voy a turbar la paz de su espíritu en estos momentos?»

«Debe usted saber que *siempre supe* de su...» ¿Qué palabra emplear? ¿Relación, idilio, amor?

«Debe usted saber que mi esposo me habló, hace mucho tiempo, libre y sinceramente, de lo que sentía por usted, y que el asunto, una vez aclarado entre nosotros, quedó como cosa pasada y aclarada.»

Demasiada repetición de «aclarar». Pero mejor.

«Le agradezco su palabra de que *no sabe nada de mí*. Podría corresponder sin faltar a la verdad diciéndole que *yo no sé nada esencial de usted* —sólo unos cuantos datos escuetos e inevitables—, y que mi esposo la quería, decía quererla.»

Una anciana a otra. Que se describía como una bruja en una torre.

«¿Cómo puede usted pedirme esto, cómo puede desbaratar este breve tiempo que tengo con él, la vida que *tenemos*, de pequeñas bondades y lazos silenciosos, cómo puede usted amenazar mis últimos días, porque también son los últimos para mí, *él es mi felicidad*, que estoy a punto de perder para siempre, no entiende usted eso, no puedo darle su carta.»

No escribió nada.

Sentada junto a él, entretejía los cabellos de los dos, prendiéndolos a una banda de seda negra. En su cuello, el broche que él le había mandado de Whitby, las rosas blancas de York talladas en negro azabache. Los cabellos blancos, o grises, sobre el fondo oscuro.

—Una pulsera de cabellos claros, sobre el hueso. Cuando vuelvan a abrir mi sepultura..., ¿eh, Ellen? Siempre... ese poema..., siempre he pensado en ese poema... como nuestro, tuyo y mío..., sí.^[38]

Fue uno de sus días malos. Tenía momentos de lucidez, y otros en que se iba, se le iba la cabeza... ¿adónde?

—Qué raro es esto... del sueño. Se va uno... por todas partes. Campos. Jardines. Otros mundos. Se puede estar... en otro estado... en sueños.

—Sí, cariño. La verdad es que no sabemos gran cosa sobre nuestras vidas. Sobre lo que sabemos.

—Un campo en verano..., sólo por un... abrir y cerrar de ojos... la vi. Debería haberla... seguido. ¿Pero cómo? Sólo habría podido... hacerle daño...

»¿Qué estás haciendo?

—Estoy haciendo una pulsera. De pelo tuyo y mío.

—En mi reloj. Pelo de ella. Díselo.

—¿Qué le diga qué?

—No me acuerdo.

Sus ojos se cerraron.

El pelo estaba en el reloj. Una trenza muy larga, muy fina, de pelo rubio muy claro. La tenía delante de sí, en el escritorio. Estaba muy bien atada, con un hilo de algodón azul pálido.

«Debe usted saber que *siempre lo supe*, que mi esposo me habló, hace mucho tiempo, libre y sinceramente, de sus sentimientos hacia usted...»

Y si escribiera aquello, sería ni más ni menos que la verdad, pero no sonaría a auténtico, no transmitiría la verdad de cómo había sido, del silencio al contarlo, los silencios que se extendieron antes y después, siempre los silencios.

Estaban sentados junto a la chimenea de la biblioteca, un día del otoño de 1859. Había crisantemos sobre la mesa, y hojas de haya cobrizas y unos helechos extrañamente cambiantes, pajizos, rojos, dorados. Y era en la época de sus vivarios de cristal, la época de los gusanos de seda, que había que tener calientes, y que por lo tanto estaban en aquella habitación, la más caliente de la casa, las mariposillas pardo-amarillentas, y sus capullitos gruesos y ásperos en las ramitas peladas, su estudio de la metamorfosis. Ella estaba sacando una

copia del *Swammerdam*, y él se paseaba, mirándola, pensando.

—Deja de escribir un momento, Ellen. Hay algo que debo decirte.

Ella recordaba la agitación que sintió. Como seda en la garganta, como clavos en las venas, el deseo de no saber, de no oír.

—No hace falta que...

—Es preciso. Siempre nos hemos dicho la verdad, pasara lo que pasara, Ellen. Eres mi esposa amadísima, y yo te quiero.

—Pero —dijo ella—. Detrás de esas frases siempre hay un pero.

—Hará quizá un año que me enamoré de otra mujer. Podría decir que fue una especie de locura. Una posesión, como las demoníacas. Como una ciega. Al principio fueron sólo cartas..., y luego..., en el Yorkshire..., no estuve solo.

—Lo sé.

Hubo un silencio.

Ella repitió: «Lo sé»

Él dijo: «¿Desde cuándo?», con orgullo herido.

—Desde hace no mucho. No por nada que tú hayas hecho o dicho, ni que yo haya visto. Me lo dijeron. Tuve una visita. Tengo una cosa para devolverte.

Había escondido el primer *Swammerdam* en su costurero, y entonces lo sacó, en su sobre, dirigido a la Señorita LaMotte, Betania, Mount Ararat Road, Richmond.

Dijo: «El pasaje sobre el Huevo del Mundo en esta versión es superior, en mi opinión, a lo que tenemos aquí.»

Más silencio.

—Si yo no te hubiera hablado... de esto..., de Christabel LaMotte..., ¿me lo habrías devuelto?

—No lo sé. Me figuro que no. ¿Cómo te lo iba a devolver? Pero me lo has dicho.

—¿Fue Blanche Glover quien te lo dio?

—Me escribió dos veces, y estuvo aquí.

—¿No te diría nada hiriente para ti, Ellen?

La pobre loca lívida, que no paraba de pasearse, con sus botines limpios y gastados, con todas aquellas faldas que se llevaban entonces, cruzando y descruzando sus manitas de gris tórtola. Tras los cristales en montura de acero tenía unos ojos azules muy claros, de un azul vidrioso. Y el pelo rojizo, y unas cuantas manchas anaranjadas de pecas sobre el cutis gredoso.

—Éramos tan felices, señora Ash, lo éramos todo la una para la otra, éramos inocentes.

—Yo no puedo hacer nada por su felicidad.

—La de usted está deshecha, es una mentira, se lo estoy diciendo.

—Haga el favor de salir de mi casa.

—Podría usted ayudarme si quisiera.

—Haga el favor de salir de mi casa.

—Habló muy poco. Estaba envenenada, desquiciada. Le pedí que se marchara. Me dio el poema —como prueba— y quiso recuperarlo. Yo le dije que debería darle vergüenza robar.

—No sé qué decir, Ellen. No espero volver a verla..., a Christabel LaMotte. Lo habíamos acordado..., que este mismo verano sería el final... de..., el final. Y aunque no fuera así..., se ha esfumado, se ha ido...

Ella había oído el dolor que había en aquello, había tomado nota de él, no había dicho nada.

—No lo puedo explicar, Ellen, pero lo que sí te puedo decir...

—Basta. Basta. No volveremos a hablar de ello.

—Estarás furiosa..., dolida...

—No lo sé. Furiosa no. No quiero saber nada más. No hablemos nunca más de ello. Randolph..., no está *entre nosotros*.

¿Había hecho bien o mal? Había hecho lo que le dictaba su modo de ser, que estaba profundamente imbricado en el no saber, en el silencio, en la evitación, se dijo en momentos más duros.

Nunca había leído el correo de él. Es decir, nunca había examinado sus papeles por curiosidad gratuita o dirigida, nunca los había clasificado ni archivado siquiera. Había contestado cartas por él, cartas de lectores, admiradores, traductores, mujeres amantes que no le habían visto nunca.

Un día, durante aquel último mes, subió al piso de arriba, llevando en el bolsillo las dos cartas, abierta y sin abrir, y repasó el escritorio. Un miedo corporal, supersticioso, se adueñó entonces de ella. El cuarto de trabajo tenía una luz fría, a pleno día, de una claraboya, que ahora de noche dejaba ver tres o cuatro estrellas y una nube veloz, como de humo, pero que en aquel día era un azul claro ininterrumpido.

Tantos retazos de poesía. Tantos montones de papelitos. La anciana apartó de sí la idea de que ella sería responsable de todo aquello. No lo era, entonces. Todavía no.

Cuando encontró la carta inacabada fue como si le hubieran guiado la mano. Estaba escondida, en el fondo de un cajón lleno de facturas e invitaciones, y habrían hecho falta horas para encontrarla, no aquellos pocos minutos.

Querida:

Escribo todos los años por los Santos, porque debo hacerlo, aunque sé, iba a decir aunque sé que no me contestarás, pero eso no lo sé con certeza; debo mantener la esperanza; es posible que recuerdes, o que olvides, es lo mismo, lo bastante para sentirte capaz de escribirme, de iluminarme un poco, de descargarme de un poco del negro peso que me aflige.

Te pido perdón francamente por algunas cosas, de las cuales me acusan tanto tu silencio, tu obstinado silencio, como mi propia conciencia. Te pido perdón por la irreflexión y la precipitación con que me presenté en Kernemet, sobre la mera hipótesis de que pudieras estar allí, y sin antes averiguar si tenía o no tu permiso para ir. Te pido perdón, sobre todo, por el grado de duplicidad con que, a mi regreso, me introduje en la confianza de la señora Lees, y te sorprendí tan desastrosamente. Ya me has castigado; no se te ocultará que sufro el castigo todos los días.

Pero ¿has considerado suficientemente el estado de ánimo que me empujó a esas acciones? Me siento acusado, también, por tus acciones, de haberte amado incluso, como si mi amor fuera un acto de fuerza brutal, como si yo fuera un violador sin alma salido de un Romance despreciable, del cual tuvieras que escapar, expoliada y arruinada. Pero si examinas tus recuerdos sinceramente, si puedes ser sincera, sabrás que no fue así: piensa en las cosas que hicimos juntos y dime, ¿dónde estuvo la crueldad, dónde la coacción, dónde, Christabel, la falta de amor y de respeto hacia ti, como mujer y como ser intelectual? Que no podíamos seguir dignamente como amantes pasado aquel verano era cosa, creo, convenida por los dos; pero ¿era razón para echar de pronto una manta oscura, más que eso, un telón de acero laminado, entre un día y el siguiente? Yo te amaba totalmente entonces; no diré te amo ahora, porque eso sí que sería romance, y en el mejor de los casos cuestión de esperanza —los dos somos psicólogos de no pequeña talla—: el amor se apaga, tú bien lo sabes, como una vela en una campana de Humphry Davy, si no se le alimenta de aire que respirar, si deliberadamente se le mata de hambre y se le ahoga. Y sin embargo,

*Todos le han desahuciado, mas tú compadecida
aún podrías rescatarle de la muerte a la vida.*

Y quizá digo eso sólo por el placer de la cita oportuna. Te habría hecho sonreír. Ay Christabel, Christabel, me fuerzo a escribir estas

frases cuidadosas, solicitando tu consideración, y recuerdo que nos oíamos pensar el uno al otro, tan deprisa, tan deprisa, que no había necesidad de acabar los discursos...

Hay algo que tengo que saber y tú sabes lo que es. Digo «que tengo que saber», y parece autoritario. Pero estoy en tus manos y debo suplicarte que me lo digas. ¿Qué fue de mi hijo? ¿Sobrevivió? ¿Cómo puedo preguntar, si no sé? ¿Cómo puedo no preguntar, si no sé? Hablé largo y tendido con tu prima Sabine, que me contó lo que sabían todos en Kernemet: únicamente el hecho, sin ninguna certidumbre del desenlace...

Y tú debes saber que fui allí, a Bretaña, con amor, y desvelo, y angustia, por ti, por tu salud; que fui deseoso de cuidarte, de atender a todo en la medida de lo posible. ¿Por qué huíste de mí? ¿Por orgullo, por temor, por independencia, por odio repentino ante lo injusto de los diferentes destinos de los hombres y las mujeres?

Pero un hombre que sabe que tiene o tuvo un hijo y no sabe nada más merece un poco de piedad.

¿Cómo decírtelo? Fuera lo que fuese de ese hijo, lo digo antes que nada, sea lo que sea, lo comprenderé, el caso es saberlo, lo peor ya está imaginado y quedó atrás, por decirlo así...

Ya ves, no soy capaz de escribirlo, así que no puedo enviarte estas cartas, acabo escribiendo otras, menos directas, más de soslayo, a las que tú no contestas, mi querido demonio, mi tormento: estoy atado.

¿Cómo olvidar jamás aquella frase terrible que resonó en la siniestra consulta a los espíritus?

«Has hecho de mí una asesina», se dijo, acusándome, y lo dicho dicho queda; todos los días lo oigo.

«No hay ningún niño», fue dicho por la boca de aquella mujer necia, con un gran gemido: una mezcla de astucia, exclamación involuntaria, telepatía auténtica, ¿qué sé yo? Yo te digo, Christabel — a ti que no leerás nunca esta carta, como tantas otras, porque ha traspasado el límite de la comunicación posible—, yo te digo que entre la repugnancia, el terror y la responsabilidad, y los vestigios asfixiantes del amor que me atenazaban el corazón, yo sí que estuve cerca de hacer de mí un asesino en toda regla.

Tomó esta carta delicadamente por una punta, como si fuera un animal aturdido que pudiera picarla, una avispa o un escorpión. Hizo una pequeña fogata en la chimenea de Randolph, y allí la quemó, revolviéndola con el atizador hasta reducirla a copos

negros. Tomó la carta lacrada y le dio vueltas entre las manos, pensando añadirla; pero dejó apagarse las llamas. Tenía la total certeza de que la carta de él, ni él ni ella habrían querido que se conservara; ni Christabel LaMotte, con aquellas acusaciones implícitas... ¿de qué? Mejor no pensarlo.

Encendió un fuego de astillas con un poco de carbón, para calentarse, y junto a él se arrebujó en el camisón, esperando que la lumbre prendiera y calentara.

Mi vida, pensó, se ha construido alrededor de una mentira; una casa para guardar una mentira.

Siempre había creído, tercamente, empecinadamente, que sus evitaciones, sus aproximaciones, toda su *charada*, como a veces se le aparecía, quedaban, si no justificadas, al menos sujetas, neutralizadas, por su exigencia rigurosa de no mentirse a sí misma.

Randolph había sido cómplice. Ella no tenía ni idea de qué juicio le merecía la historia de sus vidas. Era un tema del que nunca se hablaba entre ellos.

Pero aunque ella no *supiera* la verdad, aunque no le echase una ojeada de tanto en tanto, tenía la sensación de pisar una lasca movediza, de ir resbalando hacia una sima.

Pensó en su sensación de las verdades impronunciadas de las cosas en los términos de un pasaje muy bello de los *Principios de geología* de sir Charles Lyell, que una noche le había leído a Randolph. A él le había llamado mucho la atención el pasaje inmediatamente anterior, que hablaba de la teoría plutónica acerca de la formación de las rocas.

Ella lo había copiado.

Es, pues, el hecho de que las formaciones cristalinas tales como el granito, las anfibolitas y otras, sean totalmente distintas de todas las sustancias cuyo origen conocemos, lo que autoriza a considerarlas efectos de causas actualmente operantes en las regiones subterráneas. No pertenecen a un orden desaparecido; no son monumentos de un período primevo que lleven escritas en caracteres obsoletos las palabras y las frases de una lengua muerta, antes bien nos enseñan aquella parte de la lengua viva de la naturaleza que no podríamos aprender de nuestro trato diario con lo que acontece en la

superficie habitable.

A Ellen le gustaba la idea de aquellas cosas duras, cristalinas, formadas en un calor intenso más abajo de la «superficie habitable» de la tierra, que no eran monumentos primigenios sino «parte de la lengua viva de la naturaleza».

Yo no me engaño, no soy una histérica, se decía más o menos a sí misma. Yo creo en el fuego y en los cristales, yo no pienso que la superficie habitable *lo sea todo*, y por lo tanto ni soy un agente de destrucción ni vivo en las tinieblas exteriores.

Unas pocas llamas ascendían sinuosas. Ellen recordó su luna de miel, como solía hacer de tanto en tanto, y deliberadamente.

No la recordaba en palabras. No se le había unido ninguna palabra, eso era parte del horror. Jamás había hablado de ella con nadie, ni siquiera con Randolph, precisamente no con Randolph.

La recordaba en imágenes. Una ventana, en el sur, rodeada de plantas trepadoras, y las últimas luces del caluroso sol de verano.

El camisón bordado para aquellas noches, de batista blanca, todo él salpicado de lacitos y rosas y nomeolvides, en blanco sobre blanco.

Un animal blanco y delgado, ella, temblando.

Una cosa compleja, el varón desnudo, pelos rizados y brillo de humedad, a la vez bovino y delfiniano, con un olor feral y agobiante.

Una mano grande tendida con cariño, no una sino muchas veces, apartada de un cachete y otro y otro.

Un ser en fuga, acurrucado y acorralado en el ángulo de la habitación, con los dientes castañeteando, las venas agarrotadas y espasmódicas, la respiración corta y agitada. Ella.

Una tregua generosamente acordada, copas de vino dorado, unos días de excursiones edénicas, una mujer riente posada sobre una peña con una falda de popelín azul pálido, un hombre apuesto con patillas que la alzaba en volandas, citando a Petrarca.

Un intento. Una mano no apartada. Tendones como acero, dientes doloridos, apretados, apretados.

La aproximación, la puerta cerrada, el pánico, la huida gimoteando.

No una vez, sino una y otra y otra.

¿Cuándo empezó él a saber que por mucha que fuera su delicadeza, por mucha que fuera su paciencia, no servía de nada, nunca serviría de nada?

A ella no le gustaba recordar el rostro de él en aquellos días, pero lo recordaba en aras de la verdad, el gesto extrañado, la mirada tierna interrogante, lo grande que era, convicto de su brutalidad, rechazado en su cercanía.

El ansia, el amor terrible con que ella le había compensado por su abstinencia, con mil pequeñas atenciones, detalles, golosinas. Se había hecho su esclava. Cada palabra de él la hacía temblar. El *había aceptado su amor*.

Ella le había querido por eso.

Él la había querido.

Daba vueltas a la carta de Christabel.

Aulló. «¿Qué voy a ser sin ti?» Se tapó la boca con la mano. Si venían no le quedaría tiempo para reflexionar. También a ellas les había mentado, a sus hermanas, había deslizado una mentira en sus ruborosas afirmaciones de que eran absolutamente felices, únicamente no habían tenido la fortuna de tener hijos...

Aquella otra mujer era, en un sentido, su verdadera esposa. Madre, por poco tiempo al menos, de su hijo, al parecer.

Descubrió que no quería saber qué había en la carta. También eso era mejor evitarlo. No saberlo, no hablar de ello, que no fuera un instrumento de tortura inútil, como lo sería una vez visto, ya fuera su contenido bueno o malo.

Tomó la caja de recolección de charol negro y metió en ella la carta, en la bolsa de seda encerada que había dentro del recipiente interior de vidrio. Puso también la pulsera de pelo —aquí, en la edad encanecida, estaban entrelazados— y enroscó el largo, grueso cabo —no era más— de cabellos rubios de su reloj, dentro de la pulsera. Metió los paquetes atados de sus cartas de amor.

A una muchacha de veinticuatro años no había que tenerla esperando para casarse hasta los treinta y seis, tan pasada ya su flor.

Se acordó de los tiempos del Close, de una vez que se había visto desnuda en un espejo de cuerpo entero. Debía tener dieciocho años todo lo más. Los pechos menudos y altos, con redondeles de un castaño cálido. Una piel como de marfil vivo,

y un pelo largo como de seda. Una princesa.

Queridísima Ellen:

No puedo quitarme de la cabeza —ni, claro está, querría, pues mi deseo más ardiente es estar enteramente poseído por el puro pensamiento de ti—, no puedo quitarme de la cabeza tu entera imagen, sentada con ese vestido blanco entre las tacitas de las rosas, con todas las flores del jardín a tus espaldas, la malva real, el albarraz, la espuela de caballero, como llamaradas de azul y púrpura y carmín que no hacían sino subrayar tu blanca belleza. Con qué dulzura me has sonreído hoy, bajo el blanco sombrero de las palidísimas cintas rosadas. Recuerdo cada grupo de lacitos, cada suave aleteo, y es una vergüenza que no sea pintor, que no sea más que aspirante a poeta, porque entonces verías cómo atesorar hasta el último detalle.

Como atesoraré —hasta la muerte, la de ellas, no la mía, que no ha de ser en varios siglos, porque necesito una vida muy larga para amarte y venerarte, y, ay de mí, he de estar otro tanto prolépticamente, a la espera de tener ese derecho—, como atesorare, digo, las flores que me diste, y que ahora mientras escribo tengo delante, en un jarrón muy fino de cristal azul. Las rosas blancas son las que más quiero: aún no han abierto, tengo décadas de su tiempo, días por lo menos de mi duración, más larga e impacientísima, para disfrutarlas. No son de un color simple, sabes, aunque lo parezcan. Contienen nieve y crema y marfil, todo bien diferenciado. Y su corazón sigue siendo verde: verde de novedad, de esperanza, de esa fina y fresca sangre vegetal que se ruborizará un poco cuando se abran. (¿Tú sabías que los pintores de antes, para dar una claridad marfileña al cutis hermoso, lo pintaban sobre una base verde? Es una paradoja de la óptica, extraña y deliciosa.)

Me las acerco a la cara para admirarlas. Tienen una fragancia suave que promete riquezas. Meto mi nariz curiosa entre ellas, para no hacerles daño ni descomponer sus bellas volutas; puedo ser paciente; cada día se desplegarán un poco, y llegará el día en que pueda meter la cara en su blanca tibieza. ¿Has jugado alguna vez a ese juego de niños que se hace con los grandes capullos de la adormidera? Nosotros sí jugábamos: se iban desdoblado el cáliz y las faldillas de seda apretadas, una por una, todas arrugadas, y el pobre alarde escarlata se ajaba y moría. Esa indiscreción vale más dejársela a la Naturaleza y su cálido sol, que bastante deprisa las

abren.

Hoy he compuesto más de setenta versos, acordándome de tus exhortaciones a trabajar y no distraerme. Estoy escribiendo sobre la pira de Balder, y su esposa, el dolor de Nanna por él, y el valeroso e inútil viaje de Hermodur al mundo subterráneo para pedir su rescate a la diosa Hel. Todo es violentamente interesante, querida Ellen, es un retrato de la mente humana imaginando e inventando una historia humana para explicar los grandes, los hermosos, los terribles hechos limitadores de... la existencia: el orto y el ocaso del Sol de oro, la llegada de los capullos (Nanna) en la primavera, su encogerse en el invierno, la resistencia de la oscuridad (la diosa Thock, que se negó a llorar a Balder, diciendo que a ella de nada le servía, ni vivo ni muerto). Y ¿no son temas para una gran poesía moderna, lo mismo que para las especulaciones míticas de nuestros antepasados?

Pero yo preferiría estar sentado en cierto jardín que se llama Close, entre rosas verdes y blancas, con una cierta, ciertamente cierta, señorita vestida de blanco, que es seria y sonrío de repente como un sol...

Ellen no leyó más. Que se fueran con él. Y la esperasen.

Pensó si poner en la caja el broche de azabache que él le había mandado desde Whitby, pero decidió que no. Lo llevaría colgado al cuello en el viaje a Hodershall.

Puso más carbón y más astillas en el fuego, y levantó una buena fogata, y se sentó al lado a fabricar la verdad cuidadosamente corregida, cuidadosamente *clarificada* (era una metáfora de repostería) de su diario. Más adelante decidiría qué hacer con eso. Era a la vez una defensa y un señuelo para la congregación de vampiros y buitres.

Y las cartas, ¿para qué guardarlas con tanto esmero, en su receptáculo hermético? ¿Iba a poder leerlas ella donde iba a ir, iba a poder leerlas él? Esa última casa no era una casa. ¿Por qué no dejarlas abiertas a las cosas que horadaban la tierra, a los aradores y los gusanos ciegos, cosas que masticaban con bocas invisibles, limpiaban y aniquilaban?

Quiero que tengan *una duración*, se dijo. Una semieternidad. ¿Y si los vampiros las desentierran?

Entonces quizá se le haga justicia a *ella* cuando yo ya no esté aquí para verlo.

Pensó: un día, ahora no, todavía no, cogeré papel y pluma y *le* escribiré para decirle... ¿Para decirle qué?

Para decirle que él murió en paz.

¿Decírselo?

Y en las formas cristalinas, en el granito, la anfibolita, lució oscuramente la idea de que no escribiría, que la carta proteica se haría y reharía en su cabeza, que podría ser demasiado tarde, demasiado tarde para el decoro, demasiado tarde para todo. La otra mujer podía morir, podía morir ella, las dos eran viejas e iban camino.

Por la mañana se pondría los guantes negros, y cogería la caja negra, y un ramillete de aquellas rosas blancas sin olor que había por toda la casa, rosas de invernadero, y emprendería el último viaje a ciegas de su marido.

Estoy en sus manos.

CAPÍTULO XXVI

Ya que esta vida es toda adivinanzas,
ven aquí, amor: voy a decirte una.

Hay un lugar donde sin excepción
acaban yendo todos los Poetas.
Unos llegan a él tras larga búsqueda,
otros sin darse cuenta, otros después
de pelear con monstruos; quién durmiendo
halla la senda en el más denso sueño,
quién extraviado en laberintos míticos;
otros guiado el paso rectamente
por el miedo a la muerte o el anhelo
de vida y pensamiento; otros, en fin,
perdidos cuando estaban en la Arcadia.

Allí están estas cosas: el vergel,
el árbol, la serpiente, la áurea fruta,
la mujer en la sombra de las ramas,
el curso de agua y el espacio herboso.
Allí están y allí estaban. En el huerto
hespérico, confín del viejo mundo,
pendía dorado el fruto en las eternas
frondosidades, y el dragón Ladón,
erizando la enjoyelada cresta,
la áurea garra afilando, descubriendo
el argentado diente, dormitaba
a la espera —toda una eternidad—
de que Heracles, el héroe trapacero,
llegase a desposeerle y expoliarle.

Muy lejos, en el frío septentrión,
se erguía una alta mole entre los hielos:
fortaleza en el yermo desolado,

sus quebradas escarpas cristalinas
celaban a los vientos y a las nieblas
de Freya la arboleda amurallada,
esplendente de frutos su verdura.
Allí las tibias pomas de eternas
vigor y juventud comían los Ases.
Allí cerca creció el Fresno del Mundo
nacido entre tinieblas, arraigando
hasta la cueva en que Nidhogg la oscura,
enroscada, con su bífida lengua
roía las raíces de la vida.
Y allí estaban el agua y las praderas,
y la fuente de Urd, en cuyo espejo
de todos los colores y ninguno,
unas veces sereno y transparente,
otras revuelto, turbio y ominoso,
se unían el pasado y el futuro.

¿Son sombras de un Lugar esos lugares,
de un Árbol esos árboles? La bestia
¿salió de las cavernas tenebrosas
de la mente del hombre, o de aquel tiempo
en que los saurios recorrían la tierra
sobre remos pesados como troncos,
o cruzaban, saltando en sus ribazos,
los primevos marjales cenagosos
que aún no había hollado humana planta?
¿Fue a un Amo oscuro a quien desposeímos?
¿O fue un fantasma urdido en nuestro espíritu
por poner bajo un nombre cosas nuestras:
ferocidad, engaño, gula ciega
de lo que vive y crece, orgullo herido?

Los hombres de la humana edad primera
pusieron nombre a ese lugar y al mundo.
Forjaron las palabras necesarias:
árbol, vergel, dragón, serpiente o bestia,
mujer, hierba, oro, pomas o manzanas.
Con los nombres hicieron la poesía:
las cosas *eran* como las nombraban.

Después hicieron mezclas con los nombres,
y de lo real sacaron la metáfora:
de lo real visible, pomos de oro.
Entonces la palabra fue un torrente:
las aguas argentadas, las horrendas
escamas de la bestia serpentina,
el verdor de las hojas y su brillo
sobre las curvas (serpentina) ramas,
que hacían pensar en la mujer, el gesto
gracioso de sus brazos al curvarse,
sus curvos brazos, brazos serpentinos.
La selva hizo un bardal con su ramaje
para la verde hierba, y un santuario
donde los áureos orbes, como soles
menores, alumbraban sus cavernas
de hojas y sombra. Así fue como todo
se fue haciendo más nítido y distinto,
y todo entrelazado y serpentino,
y vinieron a ser partes de un todo
lo que más tarde vieron otros hombres:
nexos entre las cosas que relucen,
movimientos (asir, robar, herir),
historias consecuentes donde otrora
fueran el Árbol solo y su fulgor.

También nosotros, amor mío, lo vemos
y lo hacemos. Poblamos el lugar
de criaturas nuestras: melusinas,
hamadriades, lamias, basiliscos,
que repten, echen chispas, se retuerzan
para ponerle agitación, misterio,
hambre y sed y tragedia y alegría.
Sumamos y restamos, complicamos,
añadimos más pájaros, más hojas:
en las ramas hay aves del paraíso,
el arroyo ahora es sangre y luego es agua;
le sembramos el lecho de diamantes,
esmeraldas, zafiros; y en seguida
nos lo llevamos todo, y sólo queda
la arena amable, y en su faz la huella

del agua que pasó; como ha ocurrido
desde que el mundo es mundo, comentamos.

Yo veo el Árbol áspero y rugoso,
su base un bulto informe de cortezas.
Tú como enhiesta columna de plata,
con piel que late, con gráciles brazos.
Centro de un laberinto es el lugar
en cuyos pasadizos espinosos
murieron hombres. Lo rodea un desierto
donde los hombres a su vista mueren
de sed, sin percatarse de estar viendo
el lugar verdadero: ciegos, rotos,
en el fulgor de un espejismo y ciento
que se fundieron como nieve al sol,
como espuma en la arena de la playa.

Y todas esas cosas son verdad,
y ninguna. El lugar es y no es
como nosotros lo nombramos. *Es.*

RANDOLPH HENRY ASH,
El jardín de Proserpina

Roland bajaba los escalones de la entrada cuando sobre la barandilla se asomó una mujerona con un delantal.

—Ahí ya no queda nadie, hijo.

—Yo vivo aquí.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde estaba cuando se la llevaron? Dos días que se pasó ahí sufriendo al pie del buzón, que no tenía fuerzas ni para dar una voz. Gracias a que yo vi las botellas de leche y llamé a la asistencia social. Se la llevaron al Queen Mary.

—Yo estaba en casa de unos amigos en Lincoln. ¿Se refiere a la señora Irving?

—Sí, que le dio un derrame y se rompió la cadera. A ver si le han cortado la luz; a veces la cortan.

—Yo sólo vuelvo... —empezó Roland, antes de que se le adelantaran la cautela del londinense y la idea del posible ladrón—. Yo sólo vuelvo mientras encuentre otro piso —dijo prudentemente.

—Tenga cuidado con los gatos.

—¿Qué gatos?

—Cuando vinieron a llevársela salieron todos pitando a la calle. Son una plaga;

andan por ahí ensuciando la entrada, rebuscando en los cubos de la basura. Yo he llamado a la Sociedad Protectora a ver si los recogen, y me dijeron que se harían cargo. No *creo* que quede ninguno encerrado en la casa. Salieron como piojos de una manta, una docena o más.

—Vaya.

—Notará usted el olor.

Sí que lo notaba. Era el olor de antes, a agrio y fracaso, pero con una intensidad nueva.

El interior estaba a oscuras como siempre. Roland encendió la luz del recibidor, que si funcionaba, y vio que estaba pisando un montón de cartas sin abrir, para él, casi todas húmedas y lacias. Las recogió y dio una vuelta por la casa, encendiendo luces. Caía la tarde; por las ventanas se veía un azul oscuro de vincapervinca. Fuera maullaba un gato, y otro más lejos soltó un breve aullido. Roland dijo en voz alta: «Escucha el silencio.» El silencio ahogó tan deprisa su voz, que le entró la duda de si había hablado o no.

En el recibidor, bajo la luz, se le echó encima el retrato de Manet. La cabeza de fuertes sombras, el rostro duro y pensativo que miraba más allá sin verle, con su expresión eternamente curiosa y compuesta. La luz del recibidor de Roland hacía brillar la luz pintada y fotografiada en la reluciente grosura de la bola de cristal. Iluminaba los atisbos y toques de luz refleja en las junglas de helechos y las simas acuosas tras los vidrios, tras la cabeza. Manet debía haberse asomado a ver de cerca la luz que daba vida a aquellos ojos, ya tanto tiempo muertos.

Enfrente, la estampa del Ash de G. F. Watts se alzaba canosa sobre las sombras negras de su tronco, la plegada vaciedad de la levita insinuada, y miraba, profética quizá, hermosa desde luego, fieramente alerta, como un halcón antiguo, al ser sólido y sensual de enfrente.

Eran reconociblemente el mismo hombre, y sin embargo en todo diferentes, a una distancia de años, de visiones. Pero reconociblemente el mismo.

Roland los había visto en otro tiempo como partes de Roland. Hasta qué punto lo habían sido, para él, sólo lo comprendía ahora, al verlos como algo totalmente distante y ajeno, sin un ángulo, sin un hueso, sin una mota blanca de iluminación comprensible para él ni que tuviera que ver con él.

Encendió las estufas del recibidor y del cuarto de estar, y se sentó en la cama a leer las cartas. Una era de Blackadder; la puso inmediatamente en el fondo del montón. Otras eran recibos, y otras postales de amigos en vacaciones. Y había otras que parecían ser respuestas a su última ronda rutinaria de solicitudes de trabajo. Traían sellos del extranjero. Hong Kong, Amsterdam, Barcelona.

Estimado doctor Michell:

Me complace comunicarle que el Departamento de Filología Inglesa ha estimado oportuno ofrecerle una plaza de profesor de Inglés en la Universidad de Hong Kong. El contrato tendría una duración inicial de dos años, renovables...

Las condiciones económicas serían...

Confío en que esté usted en disposición de aceptar nuestra propuesta. Permítame decirle que su artículo sobre R. H. Ash, «Verso a verso», que envió con la solicitud, me ha llenado de admiración. Espero tener la oportunidad de comentarlo con usted.

Nos agradecería recibir pronto su respuesta, dado que han sido numerosas las solicitudes presentadas para esa plaza. Hemos intentado comunicarnos con usted por teléfono, pero nadie respondió a nuestras llamadas.

Estimado doctor Michell:

Nos complace comunicarle que su solicitud de una plaza de profesor ayudante en la Universidad Libre de Amsterdam ha sido aceptada. Su incorporación deberá tener lugar en el mes de octubre de 1988; se entiende que deberá usted aprender el idioma holandés en un plazo de dos años a contar desde su toma de posesión, aunque la mayor parte de su actividad docente se desarrollará en inglés.

Le agradeceríamos una respuesta pronta. El profesor de Groot me pide que le transmita su felicitación por su artículo «Verso a verso», sobre el léxico de R. H. Ash...

Estimado doctor Michell:

Tengo el honor de comunicarle que su solicitud de la plaza de Lector en la Universidad Autónoma de Barcelona ha sido aceptada, y que deberá usted tomar posesión de la misma en enero de 1988. Estamos particularmente interesados en dar mayor amplitud a los estudios del siglo XIX, y su artículo sobre R. H. Ash ha sido muy apreciado...

Roland estaba tan habituado a la sensación de fracaso constante que la embriaguez

del éxito le pilló desprevenido. Respiró de otra manera. El cuartucho giró en su visión brevemente y se asentó a otra distancia, como objeto de interés, no de confinamiento sofocante. Volvió a leer las cartas. El mundo se abría. Imaginó aviones y un camarote en el ferry de Harwich a Hoek, un coche cama de la Gare d'Austerlitz a Madrid. Imaginó canales y Rembrandt, naranjas mediterráneas, Gaudí y Picasso, juncos y rascacielos, un atisbo de la China oculta y del sol del Pacífico. Pensó en «Verso a verso» con una oleada de la emoción primera con que lo había esbozado en un principio. El sombrío desprecio de sí mismo que habían inspirado en él las certezas y agudezas teóricas de Maud se disipó cual humo. Tres catedráticos lo habían considerado fuera de lo común. Qué verdad era que hay que ser visto por otros para estar seguro de la propia existencia. Nada de lo que había escrito había cambiado, y sin embargo había cambiado todo. Rápidamente, antes de perder el ánimo, abrió la carta de Blackadder.

Querido Roland:

Estoy algo preocupado por no saber de usted desde hace algún tiempo. Espero que en su momento se anime usted a hablar conmigo sobre la correspondencia Ash-LaMotte. Quizá incluso le interese saber qué pasos se han dado con miras a conservarla para «la Nación». Quizá no; su comportamiento en este asunto me resulta difícil de entender.

No es por eso, sin embargo, por lo que ahora le escribo, ni por su ausencia inexplicada de la Biblioteca Británica, sino porque he recibido llamadas telefónicas urgentes del profesor de Groot desde Amsterdam, del profesor I.Iu desde Hong Kong y del profesor Valverde desde Barcelona, todos ellos vivamente deseosos de contratarle. Yo no quisiera que perdiera usted esas oportunidades. Les he asegurado que les respondería usted tan pronto como regresara, y que está usted libre. Pero necesito información de sus planes para saber cómo puedo proteger sus intereses.

Espero que no esté usted enfermo.

Cordialmente,

James Blackadder

Tras un momento de irritación profunda, en el que le pareció oír todo este mensaje en el escocés más sarcástico de Blackadder, Roland se dio cuenta de que posiblemente era una carta muy generosa; desde luego más amable de lo que él se merecía. ¿A no ser que encerrase una estratagema maquiavélica para restablecer contacto y luego hacerle picadillo? No parecía probable; bajo aquella nueva luz, el demonio

amenazante y represivo del sótano del Museo parecía, en parte, un invento de su propia imaginación sometida. Cuando Blackadder tenía en las manos su destino no pareció muy preocupado por ayudarlo. Ahora Roland podía liberarse de él, y él estaba ayudando activamente, no entorpeciendo, esa libertad. Repasó mentalmente todo el caso. ¿Por qué había salido corriendo? En parte por Maud: el descubrimiento había sido a medias de ella, ninguno de los dos habría podido compartirlo con nadie más sin traicionar al otro. Decidió no pensar en Maud. Aún no, no allí, no en aquel contexto.

Se puso a pasear nervioso por la casa. Pensó telefonar a Maud para contarle lo de las cartas, y luego decidió que no. Necesitaba estar solo y pensar.

Notó un ruido extraño en la casa: un ruido como si alguien aserrara y raspara fuera intentando entrar. Cesó y volvió a empezar. Roland escuchó. El raspado se acompañaba de un extraño gemido intermitente. Pasados unos instantes de miedo, dedujo que eran los gatos que arañaban el felpudo de la puerta. En el jardín se alzó un estentóreo aullido felino, y fue respondido desde la entrada. Roland se preguntó distraídamente cuántos serían y qué iba a ser de ellos.

Pensó en Randolph Henry Ash. El seguimiento de las cartas le había distanciado de Ash conforme se acercaban a la vida del poeta. En los tiempos de su inocencia, Roland no había sido cazador sino lector, y se había sentido superior a Mortimer Cropper, y en cierto sentido igual a Ash, o en cualquier caso emparentado con Ash, que había escrito para que él leyera inteligentemente, lo mejor que podía. Ash no había escrito las cartas para Roland ni para nadie más que para Christabel LaMotte. Su hallazgo había acabado siendo una especie de pérdida. Sacó los esbozos de carta de su escondite, dentro de un archivo de su escritorio rotulado *Notas sobre Eneida VI*, y los volvió a leer.

«Desde nuestra extraordinaria conversación no he pensado en nada más.»

«Desde nuestra agradable e inesperada conversación apenas he pensado en otra cosa.»

Recordó el día en que aquellas hojas oscuras habían salido volando del Vico de R. H.

Ash. Recordó que buscaba la Proserpina de Vico. Recordó que había estado leyendo las *Manzanas de oro* de Ash y buscaba una relación entre la Proserpina de Vico y la versión que daba de ella Ash en aquel poema. Sacó de la estantería su edición de Ash, se sentó a su mesa y se puso a leer.

Es posible para un escritor hacer, o rehacer al menos, para el lector, los placeres primarios de comer, o beber, o mirar, o del sexo. Las novelas tienen su *tour de force* obligatorio: la tortilla a las finas hierbas, dorada y salpicada de verde, que se licúa en mantecosa infirmitad y sabe a verano, o la cremosa cadera humana, firme y cálida, que se recurva revelando un hueco caliente, unos pelos crespos, el sexo entrevisto. No es corriente que se extiendan sobre el placer igualmente intenso de leer. Hay razones obvias: la más obvia es el carácter regresivo del placer, una *mise en abîme* incluso, donde las palabras llevan la atención hacia el poder y el deleite de las palabras, y así *ad infinitum*, de modo que la imaginación experimenta algo seco y como de papel, narcisista y a la vez desagradablemente distanciado, sin la inmediatez de la humedad sexual o el rojo y aromático fulgor de un buen borgoña. Sin embargo, naturalezas como la de Roland se colocan en su estado de mayor lucidez, y a la vez de mayor arrebató, cuando la lectura es violentamente y constantemente viva.

Piénsese en eso, como pensaba en ello Roland relejendo «El jardín de Proserpina» quizá por duodécima vez, quizá por vigésima vez, un poema que «conocía» en el sentido de haber experimentado ya todas sus palabras, por su orden, y fuera de orden, en la memoria, en cita selectiva o cita errónea; en el sentido, también, de poder predecir, a veces incluso recitar, las palabras que venían a continuación, o que se acercaban desde más lejos, el lugar donde su mente se posaba como se cierran los dedos de un ave sobre la rama. Piénsese en eso: que el escritor escribía solo, y el lector leía solo, y estaban solos el uno con el otro. Es verdad que el escritor pudo estar también solo con las manzanas de oro de Spenser en *La reina de las hadas*; en el jardín de Proserpina, claridad luciente entre las cenizas y pavesas del lugar, pudo ver con los ojos de la mente la fruta de oro de la Primavera, pudo ver el Paraíso Perdido en el jardín donde Eva recordaba a Pomona y Proserpina. Estaba solo cuando escribía y no estaba solo entonces, todas esas voces cantaban, las mismas palabras, manzanas de oro, distintas voces en distintos lugares, un castillo irlandés, una casita escondida, ojos ciegos, redondos, grises, de paredes elásticas.

Hay lecturas —de un mismo texto— obligadas, lecturas de topógrafo y de anatomista, lecturas que oyen un susurro de sonidos no oídos, que cuentan pequeños pronombres grises por placer o por estudio y que durante algún tiempo no oyen oro ni manzanas. Hay lecturas personales, ávidas de sentidos personales, estoy lleno de amor, o de asco, o de miedo, voy buscando el amor, o el asco, o el miedo. Hay —de veras— lecturas impersonales, en las que los ojos de la mente ven avanzar las líneas

y los oídos de la mente las oyen cantar y cantar.

De vez en cuando hay lecturas que ponen de punta los pelos del cuello, la pelleja inexistente, y los hacen temblar, cuando cada palabra arde y reluce dura y clara, infinita y exacta, como piedras de fuego, como puntos de estrellas en la oscuridad: lecturas en las que el conocimiento de que *vamos a conocer* lo escrito de otra manera, o mejor, o satisfactoriamente, se adelanta a toda capacidad de decir qué conocemos ni cómo. En esas lecturas, la sensación de que el texto ha aparecido para ser enteramente nuevo, nunca antes visto, va seguida, casi de inmediato, por la sensación de que *estuvo ahí siempre*, de que nosotros los lectores sabíamos que estaba ahí, y *siempre hemos sabido* que era como era, aunque ahora reconozcamos por primera vez, tomemos plena consciencia de, nuestro conocimiento.

Roland leyó, o releyó, *Las manzanas de oro* como si las palabras fueran seres vivos o piedras de fuego. Vio el árbol, los frutos, la fuente, la mujer, la hierba, la serpiente, únicos y múltiples en la forma. Oyó la voz de Ash, ciertamente su voz, su voz inconfundible, y oyó cómo el lenguaje se movía, tejiendo sus dibujos, más allá del alcance de un ser humano solo, escritor o lector. Oyó a Vico decir que los primeros hombres fueron poetas y que las primeras palabras fueron nombres que eran también cosas, y oyó sus propias *listas* hechas en Lincoln, extrañas, necesarias, carentes de sentido, y vio lo que eran. Y vio también que Christabel era la Musa y Proserpina y que no lo era, y eso le pareció tan interesante y *justo*, una vez entendido, que se echó a reír. Ash le había lanzado a aquella búsqueda, y él había encontrado la clave de la que había partido, y todo se aventaba, la carta, las cartas, Vico, las manzanas, su lista.

«En el jardín aullaban, alzaban sus voces y aullaban de hambre y desolación.»

Sobre la mesa, la pequeña reproducción de la foto de la máscara mortuoria de Randolph Ash era ambigua. Se la podía leer de una manera y de otra: como si se mirase a un molde hueco, como si los planos de las mejillas y la frente, los ojos sin mirada y el ancho arco de las cejas estuvieran esculpidos y sobresalieran. Estabas dentro, detrás de aquellos ojos cerrados, como un actor, enmascarado; o estabas fuera, contemplando una cosa cerrada en sí misma, si no definitiva. El frontispicio de su libro era una fotografía de Ash en su lecho de muerte, con el abundante pelo blanco, la mirada de fatiga capturada en un momento de transición entre la apariencia de la vida y el montaje de la muerte. Aquellos hombres muertos, y el precavido, inteligente sensualista de Manet, y el profeta de Watts, eran todos uno —aunque también eran Manet y Watts—, y también las palabras eran una, el árbol, la mujer, el agua, la

hierba, la serpiente y las manzanas de oro. Él siempre había visto aquellos aspectos como parte de sí mismo, de Roland Michell, había vivido con ellos. Recordó haber hablado con Maud sobre las teorías modernas del yo incoherente, compuesto de sistemas enfrentados de creencias, deseos, lenguajes y moléculas. Todo eso y nada de eso era Ash, y sin embargo él conocía a Ash, aunque no le abarcara. Tocó las cartas que Ash había tocado, sobre las cuales se había movido la mano de Ash, acuciada e indecisa, reformando y rechazando sus propias palabras. Miró los trazos todavía ardientes del poema.

Lo que Ash decía —no a él concretamente, no había una comunicación privilegiada, aunque fuera él quien casualmente estuviera allí, en aquel momento, para entenderlo— era que las listas eran lo importante, las palabras que nombraban cosas, el lenguaje de la poesía.

A él le habían enseñado que el lenguaje era esencialmente inadecuado, que jamás podía hablar de lo que hay, que sólo hablaba de sí mismo.

Pensó en la máscara mortuoria. Podía y no podía decir que la máscara y el hombre estaban muertos. Lo que le había ocurrido era que las maneras en que era *posible* decir eso se le habían hecho más interesantes que la idea de su imposibilidad.

Sintió un hambre atroz. Cuando iba en busca de una lata de maíz oyó otra vez a los gatos, gritar y arañar la puerta. Encontró una pila de latas de sardinas y sardinillas: Val y él habían vivido con frugalidad, y para ellos era un alimento básico. Abrió una, y sobre un plato la puso en el suelo del recibidor y abrió la puerta. Vio unas caras que le miraban, caras negras, triangulares y afiladas con ojos dorados, caras bigotudas y solemnes, atigradas, un gatito gris y un gatito rubio. Dejó el plato en el suelo y llamó como había oído llamar a la vieja. Ellos dudaron un instante, ladeando la cabeza, y él vio que dilataban las narices y olisqueaban el aceite en el aire. Y de pronto se abalanzaron por delante de él, arrastrando la barriga, y la comida desapareció entre dos cabezas voraces y atragantadas, una batalla de patas y cuerpos sinuosos, un largo gemido de decepción. Abrió más latas, puso en el suelo una hilera de platos. Pies silenciosos bajaron precipitadamente los escalones, blancos dientes como agujas desgarraron el pescado, pieles satisfechas se enroscaron y ronronearon en torno a sus tobillos, echando chispitas eléctricas. Los contempló. Quince gatos. Que alzaban a él los ojos de cristal verde claro, castaño, amarillo y ámbar, las pupilas reducidas a ranuras bajo la luz del recibidor.

Pensó que no había razón para no salir al jardín. Volvió a cruzar el sótano, seguido por varios animales de andar silencioso, y venciendo la resistencia de la herrumbre abrió los cerrojos prohibidos. Tuvo que apartar montones de periódicos de delante de

la puerta. (Val había dicho que eran un peligro de incendio.) El cerrojo central era un Yale; lo descorrió y empujó la puerta. Entró el aire de la noche, frío y húmedo y terroso, y los gatos salieron con él, corriendo por delante. Roland subió los escalones de piedra, dobló la esquina del muro, y ya fuera de su panorama cerrado se detuvo en el angosto jardín, bajo los árboles.

Había sido un mes de octubre lluvioso; el césped estaba tapizado de hojas mojadas, aunque algunos árboles seguían estando verdes. Alzaban sus brazos complicados, negros sobre el resplandor rosáceo del alumbrado de la calle, que más que mezclarse con el negro del espacio exterior lo recubría. Su imaginación, mientras no pudo salir al jardín, se lo había representado como un espacio amplio de hojas que respiraban y tierra de verdad. Ahora que estaba en él le parecía más pequeño, pero aun así misterioso, por la tierra, en la que crecían cosas. Vio los albaricoqueros de espaldera sobre el ladrillo rojo del muro serpeante que en otros tiempos limitara la propiedad del general Fairfax en Putney. Fue hasta allá y palpó el muro, los ladrillos cocidos que entonces se habían alzado robustos y seguían firmes. Andrew Marvell había sido secretario de Fairfax y había escrito poemas en los jardines de Fairfax. Roland no sabía bien por qué estaba tan feliz. ¿Eran las cartas, era el poema de Ash, era el ver abierto su futuro, era simplemente el estar solo, algo que necesitaba ferozmente de vez en cuando y que últimamente había echado de menos? Recorrió el sendero que seguía el muro hasta el final del jardín, donde un par de árboles frutales tapaban la vista del jardín siguiente. Desde allí se volvió a mirar la casa lúgubre que se alzaba al otro lado del césped. Los gatos venían tras él. Sus cuerpos serpentinos entraban y salían de las sombras de los árboles sobre la hierba, tan pronto lustrosos bajo la luz como de terciopelo negro en lo oscuro. Sus ojos relampagueaban intermitentemente, rojizos globos huecos con una chispa azulada en el centro, curvas estriadas de verde sobre oscuro, que rielaban y desaparecían. Tanto le gustó verlos que se los quedó mirando inmóvil con una sonrisa boba. Pensó en los años de su olor húmedo, la cueva rezumante donde había vivido, y sintió, ahora que se iba —porque eso era seguro, se iba—, sencillamente afecto hacia ellos. Al día siguiente pensaría qué hacer por su supervivencia. Esa noche empezó a pensar en palabras, palabras que le salían como de un pozo de dentro, listas de palabras que se organizaban en poemas, «La máscara mortuoria», «El muro de Fairfax», «Un número de gatos». Oía, o sentía, o casi veía incluso, las figuras que iba haciendo una voz que todavía no conocía, pero que era la suya. Los poemas no eran observaciones atentas, ni llegaban a ser conjuros, ni llegaban a ser reflexiones sobre la vida y la muerte, aunque de todo eso tenían elementos. Añadió otro, «Cunita»,^[39] porque vio que tenía cosas que decir y que podía decir sobre cómo llegaban y se hacían las formas. Al día siguiente compraría un cuaderno y los pondría por escrito. Esa noche anotaría lo suficiente, la mnemónica.

Tuvo tiempo para sentir la extrañeza del antes y el después; una hora antes los poemas no existían, y ahora llegaban como lluvia y eran reales.

CAPÍTULO XXVII

A veces devorar la propia vida
con ansia acelerada y codiciosa
es lo que nuestro impulso nos ordena.
Necesitamos *más*, aunque sea el resto
de paz y tiempo que nos queda.
El fin nos acucia y apremia como un hambre.
Tenemos que palpar el desenlace,
la forma del conjunto, la cadena
de gruesos o delgados eslabones,
de filigrana o tosca soldadura.
Asimos uno, y otro, y otro más,
y en las lazadas del afán curioso
quedamos presos, y son los grilletes
que nos arrastran por el tiempo: «*Luego,*
y luego, y luego», hasta la figurada
consumación. Y ansiamos el cuchillo,
el nudo, el dardo o el último abrazo,
el anillo en el dedo, la batalla
decisiva, el sudor de la agonía,
aun a sabiendas de que todo es uno,
Finis, El Fin, el solo, único golpe
con que cesan los golpes y cesamos.
Matar el movimiento, esa es la meta
de nuestra agitación, nuestras nerviosas
cavilaciones, llenarnos la boca
de dulce certidumbre, aunque esa dicha
sea nuestro ocaso, como el nupcial vuelo
es raudo gozo al zángano y clausura
de su pequeño tiempo por el aire.

RANDOLPH HENRY ASH

El congreso de Mortlake se desarrolló en una insólita atmósfera de jovialidad y conspiración. Tuvo lugar en casa de Beatrice Nest, por invitación suya. (Los conspiradores convinieron en que Mortlake quedaba fuera del radio de atención de Mortimer Cropper.) Beatrice hizo pasteles de cebolla y crema, ensalada verde y *mousse* de chocolate, como antiguamente para sus alumnos de doctorado. Los pasteles y la *mousse* tenían un aspecto delicioso, y Beatrice estaba feliz. Absorta en el tema del día, que era la amenaza de Mortimer Cropper, no se fijó en las corrientes de tensión que había entre sus invitados, las cosas que no se decían, las cosas dichas en sustitución de las no dichas.

Maud fue la primera en llegar, exteriormente seria y preocupada, con el turbante de seda verde nuevamente liado a la cabeza y prendido con la sirena de azabache. Se quedó en un rincón, estudiando la fotografía de Randolph Henry Ash en marco de plata que estaba colocada, como hubiera podido estar la de un padre o un amante, sobre el pequeño secreter de Beatrice. No era una foto del sabio canoso de los últimos años, sino un retrato juvenil, que le mostraba con una mata de pelo oscuro y un gesto casi de pirata. Maud automáticamente empezó a analizarla en términos semióticos: los arabescos de plata maciza del marco, la imagen escogida, el hecho de que el retratado pareciera mirar a los ojos del contemplador, la mirada fija, pre-instantánea, del siglo XIX. El hecho de que fuera una foto del poeta, no de su mujer.

Detrás de Maud llegaron Val y Euan MacIntyre. Beatrice no acabó de entender la combinación. Había visto a Val de tarde en tarde, espectadora reconcentrada a la orilla del grupo de trabajo de la Factoría Ash. Se fijó en el nuevo aspecto de Val, radiante y levemente jactancioso, pero con su dedicación de erudito al tema único no intentó buscarle explicación. Euan la felicitó por la presencia de ánimo con que había sorprendido y transmitido las intenciones de Mortimer Cropper, y declaró que el asunto era muy emocionante, lo cual, unido al éxito de los pasteles y la *mousse*, contribuyó también a transformar el estado de ánimo de Beatrice, que al principio había sido de inquietud y una sensación opresiva.

Después de Val y Euan llegó Roland, que no dijo nada a Maud y entabló una larga conversación con Val sobre organizar la alimentación de una horda de gatos asilvestrados y llamar por teléfono al Consejo de Protección de Animales. Beatrice no oyó el silencio entre Roland y Maud, ni supo, claro está, que Roland no le decía nada a nadie sobre Hong Kong, Barcelona y Amsterdam.

La propia Beatrice había telefoneado a Blackadder para decirle como si tal cosa que se había puesto en contacto con la doctora Bailey y Roland Michell y querían reunirse para hablar de la correspondencia Ash-LaMotte y de algo que casualmente le había oído ella al profesor Cropper. Cuando abrió la puerta a este último componente del grupo, él le presentó, con un gesto híbrido de azaramiento y regocijo, a la profesora Leonora Stern. Leonora venía resplandeciente, con una capa de lana

morada con capucha, ribeteada de trencilla de seda negra, sobre una especie de túnica rusa roja de seda gruesa y pantalones negros, anchos, de corte chino. Dijo a Beatrice: «Espero que no le moleste que haya venido. Le prometo no atacar a nadie, pero es que a mí también me interesa esto profesionalmente.» Beatrice notó que su cara redonda no acertaba a darle una sonrisa de bienvenida. Leonora dijo: «Se lo ruego. Me estaré muy calladita. Le juro desde ahora que no pretendo hacerme con ningún manuscrito, ni furtivamente ni a cara descubierta. Lo único que quiero es *leer* esos malditos papeles.»

Blackadder dijo: «Yo creo que la profesora Stern puede prestarnos una gran ayuda.»

Beatrice sostuvo la puerta, y ellos subieron por la escalerilla al saloncito del primer piso. Beatrice lógicamente observó un cierto silencio complicado en torno al gesto de saludo que Blackadder dirigió a Roland, pero nada se le alcanzó de las omisiones de información o acusación que hubo en el largo abrazo de Leonora y Maud.

Se sentaron en círculo, en sillones y sillas de cocina, con platos sobre las rodillas. Euan MacIntyre abrió el debate diciendo que le parecía que debía explicar el motivo de su presencia, que era el ser una especie de asesor legal de Maud, quien en su opinión era con seguridad la heredera de la propiedad de las cartas de LaMotte, y casi con seguridad de los manuscritos de las cartas de Ash, aunque no de los derechos de reproducción de éstas, que eran de los herederos de Randolph Ash.

—Las cartas son propiedad del destinatario, en su materialidad; pero el copyright lo conserva el remitente. En el caso de estas cartas, está claro que Christabel LaMotte solicitó que sus cartas le fueran devueltas, y Randolph Ash lo hizo voluntariamente. Esto Roland y Maud, que han visto toda la correspondencia, lo tienen muy claro. Yo dispongo de una prueba legal: un testamento, firmado ante testigos, de Christabel LaMotte, en el que lega *todos* sus manuscritos a Maia Thomasine Bailey, tatarabuela de Maud. El verdadero heredero sería, me figuro, el padre de Maud, que vive todavía, pero él ya ha hecho donación de cuantos manuscritos pertenecieran a su antecesora, en la época de ese legado, a Maud, que los ha depositado en el Centro de Documentación sobre la Mujer de Lincoln. Maud no le ha hablado aún de mi descubrimiento, y no cree que se haya podido interesar por lo que ha salido en la prensa sobre las grandes sumas ofrecidas por el profesor Cropper a sir George Bailey, que cree que las cartas le pertenecen a él. Pero Maud sí piensa que es prácticamente imposible que su padre estuviera dispuesto a vendérselas a la Fundación Stant, sabiendo que a ella le interesa que los documentos no salgan de este país.

»Yo debería quizá añadir, por si alguno de ustedes está pensando en la ley de propiedad intelectual, que la propiedad del copyright está protegida *desde el momento*

de la publicación hasta pasados cincuenta años de la muerte del autor, y, si se trata de una publicación postuma, hasta pasados cincuenta años de la fecha de publicación. Esta correspondencia está inédita, y por lo tanto el copyright pertenece a los herederos de los autores originales de las cartas. Como ya he dicho, los manuscritos son propiedad de los destinatarios, el copyright es de los remitentes de las cartas. No está claro cuáles serían los deseos de lord Ash, pero, por lo que nos ha contado la doctora Nest, parece que Cropper ha conseguido la promesa de Hildebrand tanto de las cartas como del copyright.

—Es una persona insoportable y sin escrúpulos —dijo Blackadder—, pero su edición es exhaustiva y tiene detrás una investigación rigurosa, y a mi juicio sería mezquino no autorizar la publicación de estas cartas en la edición canónica. Yo supongo que si las cartas se conservaran en este país sería teóricamente posible no dejárselas ver, y sería teóricamente posible que Hildebrand Ash se negara a autorizar que las editara nadie más, con lo cual se llegaría a un callejón sin salida. Queda, por supuesto, el propio lord Ash, que podría autorizar una primera edición británica que dejara a salvo el copyright, antes de dejárselas ver a Cropper. ¿Cree usted que la batalla legal con sir George Bailey puede ser larga, señor MacIntyre?

—Dado que está en pie de guerra, y que en estos momentos es quien posee las cartas *de facto*, sí.

—Lord Ash está muy enfermo.

—Eso tengo entendido.

—¿Puedo preguntar, doctora Bailey, si llegara usted a estar en posesión de los manuscritos de la correspondencia completa, qué haría con ellos?

—Yo creo que es pronto para decir dónde deberían estar, y además me da un cierto temor supersticioso: no son mías, y es posible que no lo sean nunca. Si lo fueran, si lo son, yo querría que se conservaran en este país. Lógicamente, las de LaMotte me gustaría que estuvieran en el Centro de Documentación sobre la Mujer, que no es un sitio muy seguro, pero el resto de sus cosas procedentes de mi familia están ya allí. Por otra parte, no quiero...; pienso, después de haberlas leído, que la correspondencia debería estar junta. Sería lo lógico. No es únicamente que haya que leerlas juntas para entenderlas, sino que... forman un todo.

Al decir esto puso los ojos por un instante en Roland y los apartó, fijando la mirada en la foto de Ash, que estaba a espaldas de él, entre él y Val.

—Si las vendiera usted a la Biblioteca Británica —dijo Blackadder— podría beneficiar de otras maneras al Centro de Documentación.

—Lo que beneficiaría al Centro —dijo Leonora— sería que vinieran a consultarlo estudiosos de todo el mundo.

—A mí me gustaría —dijo Roland— que lady Bailey tuviera una silla de ruedas eléctrica.

De pronto todos volvieron la atención hacia él.

—Se portó bien con nosotros. Y está enferma.

Maud se puso colorada hasta la raya del pelo.

—Yo ya lo había pensado —dijo con un toque de ira—. Si las cartas *son* mías, si vendo la mitad o todas a la Biblioteca Británica, se les podría dar una ayuda para la silla de ruedas.

—Y él probablemente te la tiraría a la cara —dijo Roland.

—¿Qué quieres, que le *regale* los manuscritos?

—No. Encontrar la manera...

Blackadder contempló la pelea que se estaba armando entre los dos investigadores originales.

—Yo querría saber —dijo— cómo encontraron ustedes esa correspondencia.

Todo el mundo miró a Maud, y Maud miró a Roland.

Era el momento de la verdad. Y también el momento del desposeimiento, o quizá la palabra fuera exorcismo.

—Yo estaba leyendo a Vico —dijo Roland—. El ejemplar de la traducción de Vico por Michelet que perteneció a Ash. En la Biblioteca Londinense. Y de dentro salieron un montón de papeles: facturas de papelería, notas en latín, cartas, invitaciones. Yo se lo dije al profesor Blackadder, por supuesto. Pero no le dije que había..., que había dos borradores de un comienzo de carta a una mujer, no decía a quién, pero era después de un desayuno en casa de Crabb Robinson; así que hice algunas indagaciones, y di con Christabel LaMotte. Entonces fui a ver a Maud, por indicación, sí, justamente, de Fergus Wolff; sin saber nada de la relación familiar; ella me enseñó el diario de Blanche Glover, y empezamos a pensar si habría algo en Seal Court. Fuimos allí sólo para echar un vistazo, nos encontramos con lady Bailey y nos enseñaron el torreón de Christabel; y Maud se acordó de un poema de muñecas que guardaban un secreto, y buscó en una cuna de muñecas que seguía estando en la habitación de Christabel, y allí era, allí estaban las cartas, escondidas en un hueco debajo del colchón...

—Y lady Bailey le tomó cariño a Roland, que no se ha acordado de decir que le salvó la vida, y le dio permiso para volver y *ver* las cartas y aconsejarles; así que fuimos en Navidad. Primeramente las leímos y tomamos notas. Y Roland descubrió la posibilidad de que LaMotte hubiera ido al Yorkshire con Ash en su expedición zoológica de 1859.

—De modo que fuimos allí y encontramos abundante evidencia *textual*, en los dos poetas, de que quizá estuvieran allí los dos: expresiones y paisajes del Yorkshire en *Melusina*, un mismo verso en los dos poetas; creemos que es cierto que ella estuvo.

—Después averiguamos que LaMotte había estado en Bretaña durante el año

perdido antes del suicidio de Blanche Glover.

—Ya lo creo que lo averiguasteis —dijo Leonora.

—Hice muy mal, Leonora —dijo Maud—. Cogí tu carta de Ariane Le Minier y me fui sin decirte nada, porque el secreto no era mío, era también de Ash, y de Roland, o al menos yo entonces lo sentía así. El caso es que la doctora Le Minier nos dio una copia del diario de Sabine de Kercoz, y estaba claro que allí había nacido un niño..., del cual se pierde la pista.

—Entonces llegaron ustedes y el profesor Cropper, y nosotros nos volvimos —dijo Roland escuetamente.

—Y apareció Euan como por arte de magia con el testamento.

—Yo conozco al abogado de sir George, compartimos un caballo —dijo Euan, con gran asombro de Beatrice.

—Parece estar claro —dijo Blackadder— que *Momia poseída* va dirigido contra la relación de *LaMotte* con Hella Lees, y que *LaMotte* estaba presente en la sesión que Ash interrumpió con escándalo, y yo *conjeturo* que Ash creyó que *LaMotte* intentaba en aquella sesión hablar con su hijo muerto, cosa que, si era hijo *de él*, le habría enfurecido.

—Y yo sé —dijo Leonora—, porque tengo una buena amiga y hermana feminista que trabaja en las oficinas de la Colección Stant, que Cropper ha estado leyendo faxes de cartas que contienen notables confesiones de *LaMotte* a la tatarabuela de Cropper, la espiritista-socialista-feminista-mesmerista Priscilla Penn Cropper.

—Lo cual nos lleva —dijo Blackadder— a dos, no, a tres, preguntas decisivas.

»Una: ¿qué fue del niño, vivo o muerto?

»Dos: ¿qué intenta averiguar Cropper? ¿Partiendo de qué conocimientos?

»Y tres: ¿qué fue de aquellas primeras cartas?

Todos volvieron a mirar a Roland. Él sacó la cartera, y extrayendo las cartas de su escondite las desdobló.

—Yo me las llevé —dijo—. No sé por qué. Nunca fue mi intención... *quedármelas* para siempre. No sé qué fue lo que me empujó a hacerlo; parecía tan fácil, y parecía que el hallazgo era mío; quiero decir, porque no las había tocado nadie más desde que él las metió en el Vico, como señales o lo que fuera. Tendré que devolverlas. ¿De quién son?

Euan dijo: «Si el libro entró en la Londinense como donación o legado, probablemente son de la Biblioteca. El copyright le pertenece a lord Ash.»

—Si me las da usted a mí —dijo Blackadder—, yo le garantizo que vuelvan a la Biblioteca sin que nadie pida explicaciones, a usted, por lo menos.

Roland se levantó, cruzó la habitación y entregó las cartas a Blackadder, que no pudo resistirse a leerlas inmediatamente, examinando el papel con amor, con

posesividad, reconociendo la letra.

—Ha demostrado usted muchos recursos —dijo secamente a Roland.

—Una cosa llevó a la otra.

—Desde luego.

—Y bien está lo que bien acaba —dijo Euan—. Esto es como el final de una comedia de Shakespeare: ¿quién es el mengano que baja en un columpio al final de *Como gustéis*?

—Himeneo —dijo Blackadder, con una leve sonrisa.

—O como el desenmascaramiento final de una novela policiaca. Yo siempre quise ser Albert Campion. Todavía no hemos hablado del malo. Propongo que la doctora Nest nos cuente lo que oyó.

—Pues es que vinieron —dijo Beatrice— a mirar el final del diario de Ellen, es decir, no *el final* sino la descripción que hace del final *de él*, con la mención de esa caja que siempre le ha interesado tanto al profesor Cropper, la que se vio que estaba intacta cuando enterraron a la propia Ellen, ya saben. Yo fui al servicio —era un día que no había nadie más, profesor Blackadder, no había *absolutamente nadie* en su zona de usted—, y como ustedes ya saben hay un camino larguísimo hasta los lavabos y vuelta, así que cuando volví no me esperaban, y oí que el profesor Cropper decía —no son palabras textuales, pero yo tengo buena memoria verbal y me quedé de piedra—, decía: «Podría quedar en absoluto secreto durante varios años, en secreto entre nosotros dos, y después, cuando usted haya heredado, *aparecería*, podríamos dar con ella casualmente, la encontraría *usted*, y yo se la compraría, todo por lo legal.» Y Hildebrand Ash dijo: «Moralmente me pertenece, ¿no?, diga lo que diga el párroco.» Y dijo Cropper: «Sí, pero el párroco es una persona muy obstruktiva, y en Inglaterra hay cantidad de leyes absurdas sobre la profanación de sepulturas, y hace falta una autorización del obispado, y yo creo que no podemos exponernos a todos esos riesgos.» Y Hildebrand Ash volvió a decir: «Es propiedad mía.» Y el profesor Cropper dijo que pertenecía a la vez a Hildebrand y al mundo, y que él sería un «custodio discreto». Y Hildebrand dijo que era una aventura de Halloween, y el profesor Cropper dijo con severidad que tendría que ser una labor muy seria de profesionales, y pronto, porque él tenía que volverse a Nuevo México...

«Entonces yo pensé que debía toser o hacer algo, por que no se dieran cuenta de que estaba parada en la sombra. Así que retrocedí bastantes pasos y *avancé de una manera más ruidosa*, por decirlo así.

—Yo le creo capaz de robo con todas las agravantes —dijo Blackadder, apretando los labios.

—Yo sé que lo es —dijo Leonora Stern—. En los Estados Unidos corren toda clase de rumores. Cosas que han desaparecido de las vitrinas de pequeñas colecciones locales, curiosidades de interés particular, el alfiler de corbata que empeñó Edgar

Allan Poe, una nota de Melville a Hawthorne, cosas así. Una amiga mía tenía casi convencido a un descendiente de un amigo de Margaret Fuller para que le vendiera una carta donde hablaba de su encuentro con escritores ingleses en Florencia, antes de la travesía fatal, *llena* de interés desde un punto de vista feminista, y Cropper se presentó, ofreció un cheque en blanco y se le dijo que no. Al día siguiente van a buscar el manuscrito y había desaparecido. No se ha vuelto a saber de él. *Nosotras* creemos que es como esos multimillonarios míticos que contratan a ladrones para que les consigan la *Mona Lisa* y los *Comedores de Patatas*.

—Quizá piensa que esas cosas *son* tuyas, realmente —dijo Roland—, porque nadie las quiere como él.

—Es una manera benévola de plantearlo —dijo Blackadder, dando vueltas a la carta original de Ash—. Así que hay que imaginarle con un gabinete privado e inaccesible de curiosidades que él soba y acaricia a altas horas de la noche, cosas que no ve nadie jamás...

—Eso dicen —dijo Leonora—. Ya se sabe lo que es un rumor, que va corriendo y se va inflando. Pero yo creo que a éste no le falta fundamento. Yo, desde luego, sé que lo de Fuller es verdad.

—¿Qué podemos hacer para detenerle? —dijo Blackadder—. ¿Avisar a la policía? ¿Quejarnos a la Universidad Robert Dale Owen? ¿Hacerle frente? De esas posibilidades, las dos últimas le dejarían tan fresco, y la primera es un poco ridícula: no tienen gente para montar guardia en una sepultura durante meses. Si le paramos los pies ahora, lo único que hará será dejarlo tranquilamente y volver a intentarlo después. No podemos expulsarle del país.

—Yo he llamado a su hotel —dijo Euan—, y a la casa de campo de Hildebrand, y he averiguado algunas cosas. Me hice pasar por su abogado, diciendo que me urgía darles una información importante, y así me dieron su paradero. Que es el hostel The Old Rowan Tree, en los North Downs, que está cerca, aunque no muy cerca, de Hodershall. Están allí los dos. Eso es muy significativo.

—Deberíamos avisar a Drax, al párroco —dijo Blackadder—. Aunque eso no sirva de mucho, aborrece a *todos* los especialistas en Ash y peregrinos poéticos.

—Yo creo —dijo Euan—. Puede parecer melodramático y *toujours Champion*, pero yo creo realmente que lo que habría que hacer es pillarle con las manos en la masa y *quitarle* lo que sea.

Un rumor de complacencia se extendió por la habitación. Beatrice dijo:

—Podríamos pillarle antes de que profanase la tumba.

—En teoría, en teoría —dijo Euan—. En la práctica, puede ser necesario salvaguardar lo que haya, si es que hay algo.

—¿Pensará —preguntó Val— que el final de la historia está en esa caja? Porque no tiene por qué. En esa caja puede haber cualquier cosa, o nada.

—Eso lo sabemos. Y lo sabe él. Pero estas cartas nos han dejado a todos, en cierto aspecto, un poco en ridículo, en cuanto a nuestros esquemas biográficos sobre los datos que teníamos. No hay ninguno de los poemas de Ash posteriores a 1859 que no esté contaminado por este asunto, vamos a tener que revisarlo *todo*: un ejemplo pueden ser las razones de su animosidad contra el espiritismo.

—Y a LaMotte —dijo Leonora— siempre se la ha citado como poeta feminista-lesbiana. Cosa que fue, pero no exclusivamente, según parece.

—Y *Melusina* —dijo Maud— parece muy diferente si los paisajes del principio se ven como en parte Yorkshire. Lo he estado releendo. Ninguna de las veces en que aparece la palabra «ash» tiene por qué ser inocente.

Euan dijo: «¿Cómo vamos a frustrar a los ladrones de cadáveres, que entiendo que es el objeto principal de esta reunión?»

Blackadder dijo dudoso: «Supongo que podríamos apelar a lord Ash.»

—Tengo una idea mejor. Yo pienso que poniéndole espías y *vigilándole*.

—¿Cómo?

—Yo pienso que tiene razón la doctora Nest, que va a ir a excavar *pronto*. Y pienso que si dos de nosotros nos instaláramos en el mismo hostel, dos que él no conozca, podríamos avisar a los demás, o si hace falta hacerle frente solos, seguirle al cementerio, detener el coche con un papel que parezca legal: habría que improvisar lo que fuera. Podríamos ir Val y yo. Yo tengo unos días de vacaciones. Y usted, profesor Blackadder, tengo entendido que tiene una orden que prohíbe exportar los papeles de Ash hasta que el Consejo Asesor del Patrimonio decida lo que hay que hacer.

—¡Si se pudiera impedir que turbe su descanso! —dijo Beatrice.

—A mí me gustaría saber —dijo Blackadder— qué hay o qué había en esa caja.

—Y para quién fue puesta ahí —dijo Maud.

—Ellen espolea y desconcierta —dijo Beatrice—. Quiere que se sepa y que no se sepa. Se molestó en dejar escrito que la caja estaba ahí. Y la enterró.

Val y Euan se fueron los primeros, cogidos de la mano. Roland miró a Maud, que inmediatamente fue copada por Leonora en una conversación intensa y una serie de abrazos demostrativos de perdón. Él se encontró despidiéndose con Blackadder. Salieron a la calle juntos.

—Me he portado mal. Lo siento.

—Es comprensible, diría yo.

—Me sentía como poseído. Tenía que enterarme.

—¿Ha tenido alguna noticia de los trabajos que le ofrecen?

—No sé qué hacer.

—Tiene usted quizá una semana de plazo. Yo he hablado con todos y les he

cantado sus alabanzas.

—Se lo agradezco.

—Usted trabaja bien. A mí me gustó aquello de «Verso a verso», era un trabajo serio. Me van a financiar una beca de investigación con dedicación exclusiva, sobre Ash. Si le interesa... Fruto de haber salido en la televisión. Es una fundación filantrópica escocesa dirigida por un abogado que resulta ser un fanático de Ash.

—No acabo de decidirme. Ni siquiera sé si quiero seguir en el mundo académico.

—Bueno, ya le digo que tiene usted una semana. Pásese a verme, si le apetece discutir los pros y los contras.

—Gracias. Lo meditaré un poco y luego iré.

CAPÍTULO XXVIII

The Rowan Tree Inn está como a una milla de Hodershall, al abrigo de una curva de los North Downs. Fue edificado en el siglo XVIII, con piedra de pedernal y pizarra; es una construcción baja y larga, con musgos en la pizarra del tejado. Da a una carretera sinuosa, ahora modernizada y ensanchada, que atraviesa tierras baldías en su mayor parte; del otro lado de la carretera, siguiendo otra milla por una pista herbosa, está la iglesia parroquial de Hodershall, construida en el siglo XII, pétreo y rechoncho, también con su tejado de pizarra, un campanario sin pretensiones y una veleta en forma de dragón volante. Ambos edificios se alzan fuera del caserío de Hodershall, pasado el brazo de la loma. El hostel tiene doce habitaciones: cinco que dan a la fachada de la carretera, y otras siete en un anexo moderno, hecho con la misma piedra local, que hay detrás del edificio primitivo. Tiene un jardín con mesas y columpios de madera para uso de los huéspedes en verano. Aparece citado en todas las guías gastronómicas.

El 15 de octubre había pocos clientes. Hacía un tiempo cálido para la fecha —los árboles conservaban la hoja—, pero muy lluvioso. Estaban ocupadas cinco de las habitaciones, dos de ellas por Mortimer Cropper y Hildebrand Ash. Cropper tenía la mejor, la de encima de la imponente puerta principal, con vistas al camino de la iglesia. Hildebrand Ash ocupaba la de al lado. Llevaban allí una semana, y habían dado largas caminatas por los Downs bajo todas las inclemencias del tiempo, bien protegidos con botas altas, chaquetas impermeables y chubasqueros. Mortimer Cropper había dicho un par de veces en el bar, que era sombrío, empanelado de madera, con toques brillantes de latón dorado y pantallas verde oscuro en las discretas luces, que estaba pensando comprarse una casa en la zona, un sitio donde pasar una parte del año escribiendo. Visitó a varios agentes inmobiliarios y fue a ver algunas fincas. Entendía de montes y estaba interesado en los cultivos orgánicos.

El día 14, Ash y Cropper fueron a Leatherhead y visitaron las oficinas de Densher y Winterbourne. A la salida de la ciudad hicieron alto en un vivero y compraron —al contado— varias palas y horquillas fuertes y un zapapico, que guardaron en el maletero del Mercedes. Ese mismo día por la tarde dieron un paseo hasta la iglesia, que estaba, como siempre, cerrada por temor a los gamberros, y anduvieron por el cementerio mirando las lápidas. Había un letrero a la entrada del pequeño cementerio, que estaba rodeado por una verja de hierro desvencijada; el letrero les informó de que esta parroquia, la parroquia de Santo Tomás, formaba parte de un grupo de tres de las cuales era párroco el reverendo Percy Drax. La Eucaristía y las Preces Matutinas se celebraban aquí el primer domingo de cada mes, y el Oficio Vespertino el último domingo.

—No conozco yo a este Drax —dijo Hildebrand Ash.

—Es un hombre muy desagradable —dijo Mortimer Cropper—. El Círculo de Poesía de Schenectady hizo donación a esta iglesia de un tintero que Ash había

utilizado durante su gira por los Estados Unidos, y algunos de los libros que había firmado para admiradores americanos, con su fotografía pegada. Regalaron además una vitrina para exponer los tesoros; el señor Drax la ha puesto en un rincón *oscurísimo*, y cubierta por un paño polvoriento de bayeta sin absolutamente ninguna indicación exterior de lo que es, de modo que el visitante casual ni se entera...

—Visitante que, de cualquier modo, no puede entrar —dijo Hildebrand Ash.

—Exactamente. Y a este Drax le sienta muy mal que le pidan las llaves los especialistas y admiradores de Ash que quieren rendirle homenaje. Dice —me lo ha escrito a mí en cartas— que la iglesia es la casa de Dios, no el mausoleo de Randolph Henry Ash. Yo no veo ninguna contradicción.

—Podría usted comprarle esas cosas.

—Podría. Le he ofrecido donaciones sustanciales incluso por el préstamo de esos objetos. Los libros están ya representados en la Colección Stant, pero el tintero es pieza única. Responde que desdichadamente no consta en el documento de cesión que se puedan enajenar los objetos. Y no le interesa modificar los términos de la donación. Es absolutamente antipático.

—Podríamos llevárnoslos también —dijo Hildebrand—. Ya puestos...

Se echó a reír, y Mortimer Cropper torció el gesto.

—Yo no soy un vulgar ladrón —dijo severamente—. Lo único es que esa caja, sobre cuyo contenido sólo caben hipótesis, la idea de que se esté pudriendo bajo tierra hasta que consigamos el derecho legal de exhumarla, la idea de *quizá no saber nunca...*

—El valor...

—El valor es en parte el valor que yo le doy.

—Que es alto —dijo Hildebrand Ash, interrogante.

—Que es alto, aunque no contenga nada —dijo Cropper—. Para mi tranquilidad. Pero *no* puede ser que no contenga nada.

Dieron un par de vueltas al cementerio. Todo estaba tranquilo, mojado, inglés. Las sepulturas eran en su mayoría del siglo XIX, algunas anteriores y pocas posteriores. La de Randolph y Ellen estaba en un lateral, al abrigo de una especie de montículo o túmulo herboso donde crecían un cedro antiguo y un tejo todavía más antiguo, que ocultaban el tranquilo rincón de los ojos de todo el que fuera por el sendero hacia la puerta de la iglesia. Al lado mismo de la sepultura corría la verja, y más allá se extendía un campo de hierba muy recortada, con unas cuantas ovejas impasibles y un riachuelo que lo dividía en dos. Alguien había estado ya cavando; había tepes ordenadamente apilados contra la verja. Hildebrand contó trece.

—Uno de cabecera y una hilera doble a todo lo largo... Eso lo sé hacer yo. Yo sé cortar tepes, cuido de nuestro césped. ¿Piensa usted tratar de dejarlo como si no hubiera pasado nada?

Cropper reflexionó. «Se podría intentar. Volverlo a poner con cuidado y sembrarlo por encima de hojas muertas y demás, y confiar en que se repueble antes de que se fije alguien que pudiera sospechar. Deberíamos intentarlo.»

—Podríamos crear una diversión. Dejar una serie de pistas falsas para que pareciera obra de satanistas que hubieran hecho una misa negra o algo por el estilo. —Hildebrand soltó otro resoplido, y una larga y aguda risotada solitaria.

Cropper miró aquella cara gruesa y sonrosada y sintió una exquisita repugnancia. Iba a tener que pasar mucho más tiempo de lo deseable en compañía de aquel ser banal.

—Lo que hace falta es que nadie se dé cuenta. Cualquier otra cosa sería *perjudicial*: si alguien se da cuenta de que se ha hurgado en la sepultura, es muy probable que también se fije en que hemos estado aquí y ate cabos. Entonces habría que echarle cara. Si encontramos la caja y la sacamos, nadie podrá *probar* que existió, aunque volvieran a excavar para echar un vistazo. Cosa que no harán. Drax no lo permitiría. Pero lo que hace falta, repito, es no llamar la atención.

Al salir del cementerio se cruzaron con otros dos visitantes, un hombre y una mujer vestidos de verde, protegidos de la lluvia insistente con chaquetones acolchados y botas, que componían con el fondo una estampa típicamente inglesa. Estaban contemplando las cabezas esculpidas de unos angelitos o querubines risueños que coronaban dos altas estelas ladeadas, apoyando sus pies gordezuelos en unas calaveras a modo de escabel. «Buenos días», dijo Hildebrand con su acento de inglés terrateniente, y ellos respondieron: «Buenos días» en el mismo tono. Nadie cruzó la mirada con nadie; todo muy inglés.

El día 15 Cropper y Hildebrand cenaron juntos en el restaurante, que estaba forrado de madera lo mismo que el bar y tenía un alegre fuego de troncos encendido en la chimenea de piedra. Cropper y Hildebrand se sentaron a un lado de la chimenea; al otro había un hombre y una mujer jóvenes que hacían manitas sobre la mesa y sólo tenían ojos el uno para el otro. Desde las paredes los contemplaban gravemente varios retratos al óleo de clérigos y hacendados del siglo XVIII, cuarteados, sombríos y ennegrecidos por el humo de las velas y el barniz espesado. Comieron con velas: brandada de salmón en salsa de langosta, faisán con guarnición, queso de Stilton, sorbete de *cassis maison*. Cropper lo paladeaba todo con pena. No iba a poder volver hasta pasado mucho tiempo, y había disfrutado en sus visitas a esta parte del mundo. Le gustaba aquel hostel; tenía unos suelos románticamente desiguales, enlosados en el piso bajo, arriba rechinantes bajo las alfombras; los pasillos eran tan bajos y estrechos que él tenía que ir por ellos con la cabeza agachada. El agua hacía ruidos extraños, estampidos y gorgoteos que él atesoraba como atesoraba, con el mismo

amor, el plateado flujo interminable de su aerodinámico cuarto de baño de Nuevo México, con sus grifos de oro. Las dos cosas estaban bien, la Inglaterra vetusta, abrigada, atestada, ahumada, y el sol seco, el vidrio, el airoso acero, la expansividad de Nuevo México. Le hervía la sangre, estaba excitado, como siempre que realmente estaba en movimiento, cuando su mente se cernía como la luna sobre su trayectoria de una masa de tierra a otra, cuando no estaba ni aquí ni allá. Pero esta vez más que nunca. Había pasado el rato antes de cenar en su habitación, haciendo sus habituales tablas de ejercicios, calentando y disciplinando los músculos, flexibilizando el cuerpo a base de torsiones, flexiones, lanzamientos y estiramientos. Le gustaba hacerlo. Seguía teniendo buena facha. Se había mirado en el espejo de cuerpo entero, vestido con el atuendo especial de hacer gimnasia, pantalones largos negros y sudadera. Se parecía a sus antepasados piratas, o una versión cinematográfica de los mismos, con el pelo gris románticamente revuelto sobre la frente.

—Y mañana a los Estados Unidos —dijo Hildebrand—. El caso es que yo no he ido nunca. Sólo los conozco por la televisión. Tendrá usted que enseñarme a dar conferencias.

Cropper pensó que quizá habría podido, o habría debido, hacerlo todo él solo. Pero entonces habría sido un robo absoluto, una intrusión absoluta, mientras que de esta manera lo único que hacía era acelerar un proceso natural, comprarle a Hildebrand lo que de todos modos habría sido suyo después, muy poco después, si era verdad lo que decía del estado de salud de lord Ash.

—¿Dónde ha aparcado el Mercedes? —dijo Hildebrand.

—Hábleme de su... —dijo Cropper, buscando un tema de conversación inocuo—. Hábleme de su jardinería, de su césped.

—¿Cómo sabe lo de mi césped?

—Me lo ha nombrado usted. No entremos ahora en el porqué. ¿Qué tipo de jardín tiene?

Hildebrand se embarcó en una larga descripción. Cropper paseó la mirada por el comedor. La pareja en luna de miel juntaba las cabezas sobre la mesa. Él, apuesto y bien vestido, con una chaqueta azul oscura que Cropper reconoció como Christian Dior en lana y cachemir, se llevaba a los labios las manos unidas de los dos y besaba por dentro las muñecas de ella. Ella vestía una blusa de seda cruda, con un collar de amatistas sobre la garganta sin arrugas, y una falda morada. Acariciaba el pelo de su compañero, evidentemente en ese estado obsesivo y compulsivo que excluye, durante breves períodos de las vidas humanas, toda conciencia de otros observadores.

—¿A qué hora tenemos que dejar el hotel? —dijo Hildebrand.

—No es el momento de hablar de eso —dijo Cropper—. Hábleme de..., de...

—¿Ha avisado usted que nos vamos?

—Les he pagado incluida la noche de mañana.

—Hace buena noche. Despejada y serena. Hay una buena luna.

Según subían a sus dormitorios se cruzaron con los dos jóvenes, que salían juntos del locutorio de madera del vestíbulo donde estaba el teléfono. Mortimer Cropper saludó con una inclinación. Hildebrand les dio las buenas noches.

—Buenas noches —dijeron los dos al unísono.

—Nos acostamos pronto —dijo Hildebrand—. Está uno hecho polvo con tanto ejercicio.

La chica sonrió y agarró del brazo a su compañero.

—Nosotros también vamos a acostarnos. Buenas noches, que duerman bien.

Cropper esperó hasta la una para salir. Todo estaba en silencio. El fuego humeaba aún. El aire estaba en calma, pesado. Cropper había dejado el Mercedes junto a la entrada del aparcamiento; no había problema para volver al hostel, porque todas las llaves de las habitaciones tenían además un llavín de la puerta de la calle. El cochazo cruzó suavemente la carretera y enfiló el camino de la iglesia. Cropper lo aparcó al pie de un árbol junto a la verja, y sacó del maletero las lámparas de gas y las herramientas recién compradas. Llovía un poco; al pisar se notaba el suelo húmedo y resbaladizo. Cropper y Hildebrand se dirigieron a oscuras a la sepultura de los Ash. «Mire», dijo Hildebrand, parándose en una mancha de luna entre la iglesia y el montículo del tejo y el cedro. Una enorme lechuza volaba en círculos alrededor del campanario, sin prisas, poderosa, en silencio total, atenta a lo suyo.

—Tétrico —dijo Hildebrand Ash.

—Un hermoso animal —dijo Mortimer Cropper, identificando de algún modo su propia existencia, su sensación de potencia y seguridad en sus músculos y su mente con el mesurado batir de alas, la suavísima flotación. Más arriba de la lechuza, el dragón se movía ligeramente a un lado y otro, chirriando, desistiendo, atrapando las ráfagas de aire.

Tenían que darse prisa. Era mucho trabajo, posiblemente, para dos hombres antes de que amaneciera. Recortaron y levantaron el césped. Hildebrand dijo jadeando: «¿Tiene usted alguna idea de por dónde podría estar?», y Cropper se dio cuenta de que, aunque efectivamente él había ido con una idea *muy precisa* de que la cosa estaba más o menos en el centro de la sepultura, esa idea era producto de su imaginación calenturienta: tantas veces había visto mentalmente la escena de la segunda inhumación de la caja, que se había *inventado* el sitio. Pero no en vano era descendiente de espiritistas y cuáqueros. Creía en la intuición: «Empezaremos por la cabecera», dijo, «cavaremos hasta una profundidad suficiente, y luego iremos avanzando sistemáticamente hacia los pies».

Cavaron. Levantaron un montón cada vez mayor de tierra arcillosa mezclada con pedernales, puntas de raíces, huesecillos de ratón y de pájaro, piedras, guijas sueltas. Hildebrand trabajaba gruñendo, y su cabeza calva relucía a la luz de la luna. Cropper lanzaba la pala con una especie de alegría. Se sentía al borde de lo permisible, y todo iba sobre ruedas. No era un erudito anciano y gris, con olor a lámpara, calentando el trasero. Estaba *actuando*, iba a encontrar, era su destino. Hincaba en la tierra su pala afilada y arremetía con un gozo terrible, tajando, penetrando en lo fangoso y lo resistente. Se quitó la chaqueta, y sintió la lluvia en la espalda con placer, y el sudor que le corría entre los omóplatos y por el pecho con alegría. Cavaba, cavaba, cavaba. «Despacio», dijo Hildebrand, y «Adelante», bisbiseó Cropper, tirando con las manos desnudas de una larga serpiente del sistema de raíces del tejo y sacando su cuchillo de monte para cortarla.

—Está aquí. Sé que está aquí.

—Vaya despacio. No se trata de remover..., remover los..., si se puede evitar.

—No. No hay por qué. Siga.

Se estaba levantando viento. Uno o dos de los árboles del cementerio chirriaron y gimieron. Una ráfaga súbita alzó por un instante la chaqueta que Cropper había dejado colgada en la lápida y la tiró al suelo. Cropper pensó, como hasta entonces no había pensado exactamente, que en el fondo del hoyo que cavaba yacían Randolph Ash y su esposa Ellen, o lo que quedase de ellos. La luz de la lámpara de gas no mostraba otra cosa que los tajos de las palas y tierra desnuda con un olor frío. Cropper olfateó. Le había parecido como si algo se moviera y se cerniera en el aire y estuviera a punto de abofetearle. Por un momento sintió con mucha pureza una *presencia*, no de persona sino de *cosa* móvil, y por un momento descansó ofuscado sobre la pala, intimidado. En ese momento rompió sobre Sussex la gran borrasca. Pasó aullando una larga lengua de viento, y un muro de aire tumbó a Hildebrand, que cayó al suelo sentado. Cropper se puso a cavar otra vez. Empezó una especie de aullido y silbido sordo, y luego un coro de gemidos y suspiros chirriantes de los árboles que protestaban. Del tejado de la iglesia cayó una teja. Cropper abrió la boca y la volvió a cerrar. El viento entraba y salía del cementerio como un ser de otra dimensión que se hubiera quedado atrapado y gritase. Las ramas del tejo y del cedro gesticulaban desesperadamente.

Cropper siguió cavando. «Lo conseguiré», dijo. «*Lo conseguiré.*» Le dijo a Hildebrand que siguiera, pero Hildebrand no le oía ni le miraba; estaba sentado en el barro junto a una lápida, sujetándose las solapas de la chaqueta, luchando con el aire que se le había metido dentro.

Cropper cavaba. Hildebrand empezó a reptar lentamente por el perímetro de la excavación de Cropper. Las bases mismas del tejo y del cedro empezaron a ceder,

moverse lateralmente y quejarse. Hildebrand tiró de la manga de Cropper.

—Pare. Vámonos. Esto... no se puede. Es peligroso. Pongámonos a cubierto. — La lluvia cruzada le azotaba y le acuchillaba las mejillas.

—Ahora no —dijo Cropper, colocando la pala como una vara de zahori y arremetiéndolo otra vez.

Tocó metal. Se tiró al suelo y revolvió con las manos. Salió: una cosa alargada, cubierta de herrumbre, una pepita de forma reconocible. Cropper, aferrado a ella, se sentó en la piedra contigua.

El viento hizo presa en el tejado de la iglesia y le arrancó unas cuantas tejas más. Los árboles sollozaban y oscilaban. Cropper manoseó la caja sin conseguir abrirla, hurgó en un vértice con el cuchillo. El viento le alzaba el pelo y se lo arremolinaba en volutas furiosas alrededor de la cabeza. Hildebrand Ash se tapaba las orejas con las manos. Se acercó más a Cropper y le gritó al oído:

—¿Es eso?

—Por el tamaño; sí; es esto.

—¿Y ahora qué?

Cropper hizo una seña hacia el hoyo.

—Llénelo. Yo me llevo mi caja al maletero...

Y echó a andar por el cementerio. El aire estaba lleno de ruidos. Había uno quejumbroso, desgarrado, que vio que era el que hacían los árboles del camino y del seto al agitarse de lado a lado, sacudiendo sus copas de ramas arrastradas de la tierra al cielo y del cielo a la tierra. Más tejas hendían el aire con un sonido propio, y se estrellaban en el suelo o en las lápidas con agudos estampidos. Cropper aceleró el paso agarrado a su caja; hojas volantes y churretes de savia le ensuciaban la cara. Aun así iba manoseando su hallazgo, buscando y palpando la arista del cierre de la caja. En el momento en que forcejeaba con la verja de paso al cementerio, que tras bailotear a lo loco sobre los goznes cedió bajo su mano y con ello le salvó, oyó el sonido de algo que se alzaba y reventaba en la tierra, como había visto que hacían los surtidores de petróleo en Texas, y mezclado con él otro ruido, un chasquido largo y crujiente de tan horrenda intensidad que cada uno de sus crujidos era un estruendo. Sintió que la tierra temblaba y se movía a sus pies; se sentó; oyó como un desgarrón, y una mole gris cayó ante su vista como un monte desplomado, con el fragor de toda una masa de hojas y ramas finas azotando el aire en movimiento. El sonido final de todo aquello —aparte de la tromba original, que perduró— fue una mezcla de tambores, platillos y la plancha de truenos de un teatro. Los agujeros de la nariz se le llenaron de tierra mojada, savia y emanaciones de gasolina. Había caído un árbol justo encima del Mercedes. El coche estaba destrozado, y bloqueado el camino de vuelta al hostel, por un árbol por lo menos, posiblemente por muchos.

Volvió hacia la sepultura de Ash, empujando contra la tromba de aire aullador,

oyendo caer otros árboles por todas partes. Según llegaba al montículo y dirigía hacia él la lámpara, vio que el tejo alzaba los brazos y que por un instante una enorme boca blanca se le abría en el rojizo tronco, cerca del grueso pie; entonces el árbol se inclinó como mareado y siguió cuarteándose despacio, despacio, descendiendo en una nube de hojas aciculadas, hasta partirse al fin y quedar tendido con un último estremecimiento sobre la sepultura, tapándola por completo. Cropper ya no podía ir ni para delante ni para atrás. Gritó: «¡Hildebrand!», y pareció como si su propia voz se le volviese hacia la cara como un humo inútil. ¿Estaría más seguro junto a la iglesia? ¿Podría llegar hasta allí? ¿Dónde estaba Hildebrand? Hubo una calma momentánea; volvió a llamarle.

Hildebrand gritó. «Socorro. Ayúdeme. ¿Dónde está?»

Otra voz dijo: «Aquí, junto a la iglesia. Aguante.»

Mirando entre las ramas del tejo, Cropper vio que Hildebrand gateaba por la hierba hacia la iglesia, entre las tumbas. Allí le estaba esperando una figura oscura con una linterna, cuyo haz de luz se volvió hacia él.

—¡Profesor Cropper! —dijo aquel ser, con una voz masculina clara e imperiosa—. ¿Está usted bien?

—Parece que estoy atrapado entre los árboles.

—Podremos sacarle, espero. ¿Lleva usted la caja?

—¿Qué caja? —dijo Cropper.

—Sí, la lleva —dijo Hildebrand—. Vámonos, vámonos de aquí; esto es horroroso, yo no aguanto más.

Sonó un chisporroteo, como las fuerzas eléctricas desatadas en las sesiones de Hella Lees. La figura habló al aire.

—Sí, está aquí. Sí, la tiene. Estamos todos bloqueados por los árboles. ¿Estáis bien?

Crac, crac, crac, crac.

Cropper decidió salir por pies. Volvió atrás. Tenía que ser posible sortear el árbol del camino; pero parecía haber otros árboles, un seto, una enorme barrera escamosa donde antes no la había.

—Es inútil —dijo increíblemente la figura—. Está usted rodeado. Y hay un árbol caído sobre su Mercedes.

Cropper dio media vuelta, y la luz de la linterna del otro reveló, asomados entre el ramaje como extrañas flores o frutas húmedas y blancas, a Roland Michell, Maud Bailey, Leonora Stern, James Blackadder, y, con una melena chorreante de lanoso pelo blanco, a manera de bruja o profetisa, una transfigurada Beatrice Nest.

Tardaron hora y media en abrirse camino a pie hasta el Rowan Tree Inn. Los londinenses, que habían salido de Mortlake en dos coches antes de que estallara la

tormenta pero habían empezado a ver sus efectos antes de partir hacia la iglesia, se habían llevado un serrucho del Peugeot de Blackadder, así como el radioteléfono que Euan les había proporcionado. Armados con aquello y con las palas de Cropper, gatearon por encima y por debajo de columnas caídas y vegetación suspirante, tendiendo manos para ayudar, a tirones y empujones, hasta que llegaron a la carretera y vieron festones de cables y ventanas a oscuras. Se había cortado la luz. Cropper les dio entrada a todos en el hostel, todavía agarrado a la caja. Ya en el vestíbulo había un contingente de camioneros que se habían quedado tirados, motociclistas y un par de bomberos. El dueño andaba repartiendo velas metidas en botellas. En el gas de la cocina se hervía agua en grandes cazuelas. En ningún otro momento se habría tomado con tanta indiferencia la incursión de una cuadrilla de eruditos empapados y sucios a altas horas de la madrugada. A la habitación de Cropper, a donde le acompañaron sus capturadores, se subieron jarras de café y de leche caliente, y, por idea de Euan, una botella de coñac. En las maletas de Cropper y el equipaje recién estrenado de Hildebrand se encontraron batines y jerseys para todos. Era todo tan irreal, y la sensación de supervivencia colectiva era tan fuerte, que se sentaron con una apacibilidad entontecida, sonriendo débilmente, húmedos y ateridos. Ni Cropper ni los otros, curiosamente, hallaron fuerzas para encolerizarse, ni para indignarse siquiera. La caja fue depositada entre velas sobre la mesa de la ventana, herrumbrosa, mojada, recubierta de tierra. Las tres mujeres, en pijama las tres —Maud en el de seda negra de Cropper, Leonora en el de algodón rojo, Beatrice en uno de rayas verdes y blancas de Hildebrand— se sentaron juntas sobre la cama. Val y Euan, vestidos con su propia ropa, representaban la normalidad. Blackadder se había puesto un jersey y unos pantalones de algodón de Hildebrand. Euan dijo:

—*Siempre* quise poder decir: «Está usted rodeado.»

—Lo dijo usted muy bien —dijo Cropper—. No sé quién es usted, pero le he visto antes. En el restaurante.

—Y en el vivero, y en Densher y Winterbourne, y ayer en el cementerio, sí. Me llamo Euan MacIntyre. Soy el abogado de la doctora Bailey. Creo que puedo probar que ella es la propietaria legítima de los manuscritos de las cartas —de ambas partes— que ahora tiene en su poder sir George Bailey.

—Pero esa caja no tiene nada que ver con ella.

—Será *mía* —dijo Hildebrand.

—A no ser que tuvieran ustedes licencia del obispo, permiso del señor Drax y permiso de lord Ash, la han obtenido mediante apropiación indebida y profanación de sepultura, y yo se la puedo quitar y entregarles a la policía bajo acusación privada. Además, el profesor Blackadder tiene una carta por la que se prohíbe la exportación de su contenido en tanto no haya un dictamen sobre su posible condición de patrimonio nacional.

—Entendido —dijo Mortimer Cropper—. Podría suceder, por supuesto, que no tuviera nada dentro. O que no tuviera más que polvo. ¿Podríamos examinar —conjuntamente— su contenido? ¿Ya que no podemos salir de aquí ni separarnos?

—No la deberíamos profanar —dijo Beatrice—. Deberíamos volver a ponerla donde estaba.

Paseó la mirada por el grupo y no encontró apoyo. Mortimer Cropper dijo: «Si ésa era su opinión, podían haberme hecho detener antes de que la encontrara.»

Blackadder dijo: «Eso es verdad.»

Leonora dijo: «¿Por qué la dejó ella donde se pudiera encontrar, si no era con esa intención? ¿Por qué no la hizo enterrar junto a ella, ni junto a él?»

Maud dijo: «Necesitamos el final de la historia.»

—Nada nos garantiza que sea *eso* lo que encontremos —dijo Blackadder.

—Pero *hay que mirar* —dijo Maud.

Cropper sacó una lata de aceite y frotó con él el cierre, sacándole con el cuchillo partículas de herrumbre. Al cabo de unos minutos interminables, insertó la punta del cuchillo en la juntura y empujó. La tapa saltó, y dejó al descubierto el recipiente de vidrio de Randolph Ash, empañado y manchado pero intacto. Cropper levantó también su tapa, pasándole alrededor el cuchillo con suma limpieza, y extrajo el contenido. Era una bolsa de seda encerada, de la que salió lo siguiente: una pulsera de pelo, con cierre de plata en forma de dos manos unidas; un sobre azul que guardaba una hebra larga de pelo claro muy finamente trenzado; otro paquete de seda encerada que resultó tener dentro un grueso mazo de cartas atadas con una cinta; y un sobre largo que en sus tiempos fuera blanco, lacrado, y que decía en letras marrones: *Para entregar a Randolph Henry Ash*.

Cropper barajó el nutrido paquete de cartas y dijo: «Sus cartas de amor. Como dejó dicho.» Miró la carta lacrada y se la pasó a Maud. Maud miró la escritura y dijo:

—*Creo...* estoy casi segura...

Euan dijo: «Si está sin abrir, la cuestión de la propiedad resulta muy interesante. ¿Es propiedad del remitente —si no fue recibida—, o propiedad del destinatario, puesto que está sin abrir en su tumba?»

Cropper, antes de que a nadie se le ocurriera alguna razón para no hacerlo, tomó el sobre, pasó el cuchillo por debajo del lacre y lo abrió. Dentro había una carta y una fotografía. La fotografía estaba manchada por los bordes y cubierta de trazos plateados como una lluvia de pedrisco o de capullos blancos, y de marcas oscuras y redondeadas como las que salen en los espejos; pero más allá de todo eso y a su través clareaba la figura fantasmal de una novia, que sosteniendo un ramo de rosas y azucenas asomaba tras una masa de velos y una voluminosa corona de flores.

Leonora dijo: «La señorita Havisham. La Novia de Corinto.»^[40]

Maud dijo lentamente: «No, no, empiezo a ver...»

Euan dijo: «¿Sí? No esperaba menos. Lee la carta. Tú conoces la letra.»

—¿La leo?

Y así, en aquella habitación de hotel, ante aquella extraña reunión de buscadores y cazadores dispares, la carta de Christabel LaMotte a Randolph Ash fue leída en voz alta, a la luz de las velas, mientras afuera aullaba el viento y los cristales de las ventanas retemblaban a los golpecillos de la basura volante que levantaba su paso huracanado por las lomas.

Querido mío, querido mío:

Me dicen que estás muy enfermo. Hago mal en turbar tu paz en este momento con recuerdos intempestivos; pero creo que, a pesar de todo, hay algo que debo decirte. Dirás que te lo debería haber dicho hace veintiocho años, o nunca; y acaso tengas razón; pero no pude o no quise. Y ahora pienso en ti a toda hora, y también rezo por ti, y sé —hace muchos años— que te he tratado mal.

Tienes una hija, que está bien, casada y madre de un hermoso niño. Te envió su retrato. Verás que es hermosa, y yo quiero creer que se parece a su padre y a su madre, de ninguno de los cuales sabe que lo es.

Hasta ahí la cosa, si no fácil de redactar, al menos es sencilla. Pero ¿y la historia? Con semejante verdad, te debo también su historia, o me la debo a mí, tal vez; he pecado contra ti, pero por motivos...

Toda Historia son hechos descarnados, y algo más: la pasión y el color que les prestan los hombres. Voy a contarte, por lo menos, los hechos.

Cuando nos separamos, yo sabía, aunque no con pruebas ciertas, que las consecuencias iban a ser las que fueron. Convinimos tú y yo, aquel último y negro día, irnos, dejarnos y ni por un instante volver nunca la vista atrás. Y yo pretendía cumplir mi parte del acuerdo, por orgullo y por ti, viniera lo que viniese. De modo que arreglé las cosas; no me creerías si te dijera lo que fueron mis cálculos y maquinaciones; encontré un lugar donde ir (que tú descubriste después, lo sé) en el que a nadie más que a mí haría responsable de nuestra suerte, de la suya y la mía. Luego consulté a mi única ayuda posible, mi hermana Sophie, que tramó conmigo una mentira más propia de un romance

que de mi tranquila vida anterior; pero la necesidad aguza el ingenio y fortalece la decisión; y así fue como nuestra hija nació en Bretaña, en el convento, y fue llevada a Inglaterra, donde Sophie la acogió y la crió como suya, según habíamos convenido. Y puedo decir que Sophie la ha querido y cuidado como no habría podido hacerlo nadie más que no fuera su verdadera madre. Ella ha corrido a sus anchas por los campos de Inglaterra, y se ha casado con un primo (que en realidad, claro está, no lo es) de Norfolk, y es la esposa de un squire, y mujer agraciada.

Y yo llegué aquí, no mucho después de que tú y yo nos viéramos por última vez, según quiso la suerte, en la sesión de la señora Lees, en la que tú estuviste tan colérico, tan airado; y yo también, porque arrancaste la venda de las heridas de mi espíritu, y yo pensaba, como pensamos las mujeres, que no era malo dejarte sufrir un poco, porque la mayor parte del sufrimiento que hay en este mundo es nuestro, y nosotras lo soportamos. Cuando te dije que habías hecho de mí una asesina me refería a la pobre Blanche, cuyo terrible fin me atormentaba día tras día. Pero vi que tú creías que hablaba como hubiera podido hablar Gretchen a Fausto. Y me dije, con una cierta malicia fría, nacida de lo que era entonces mi extrema enfermedad de cuerpo y alma: que lo crea, pues, si tan poco me conoce; que se reconcoma creyéndolo. Las mujeres al dar a luz gritan desafortadamente contra el autor, según piensan, de sus desdichas, para quien la pasión de un momento puede no dejar ningún recuerdo permanente, ninguna catástrofe monstruosa del cuerpo ni del alma; así pensaba yo entonces; ahora estoy más serena. Ahora soy vieja.

Querido mío, heme aquí hecha una bruja en su torre, escribiendo mis versos con licencia de mi obtuso cuñado, hecha un parásito, como jamás pretendí serlo, de la buena suerte de mi hermana (en el sentido pecuniario), escribiéndote, como si hubiera sido ayer, de toda aquella rabia que era como un cerco de hierro que me quemaba el pecho, de despechos y de amores (a ti, a mi dulce Maia, a la pobre Blanche también). Pero no fue ayer, y tú estás muy enfermo. Yo deseo que te pongas bien, Randolph, y te envío mi bendición, y te pido la tuya, y tu perdón si pudiera ser. Porque yo sabía y no podía por menos de saber que tienes un corazón generoso y habrías cuidado de nosotras, de mí y de Maia; pero tenía un temor secreto; aquí acaba saliendo todo, al final, pero ahora la Verdad es lo mejor, ¿no es cierto?; pues sí, tuve miedo de que quisierais tomarla, tú y tu esposa, como hija vuestra; y

era mía, yo la había parido, no podía desprenderme de ella, y por eso te la oculté; y te oculté a ti de ella, porque ella te habría querido, hay un espacio en su vida para siempre que te pertenece. ¿Dios mío, qué he hecho?

Y aquí podría terminar, o podría haber terminado unas líneas más atrás, con mi debida petición de perdón. Escribo en sobre dirigido a tu esposa, que podrá leer esto o hacer con ello lo que le plazca, estoy en sus manos; pero es tan dulce el peligro de franquearse, al cabo de tantos años, que me encomiendo a su buena voluntad y a la tuya. Esto es en cierto modo mi Testamento. He tenido pocos amigos en la vida, y de esos amigos sólo dos en quienes confiara, Blanche y tú; a los dos los quise demasiado, y uno murió terriblemente, odiándonos a mí y a ti. Pero ahora que soy vieja lo que recuerdo con más nostalgia no son aquellos pocos días agrisadulces de pasión —que casi podría haber sido la pasión de cualquiera, al parecer, porque todas las pasiones tienen el mismo curso y el mismo fin, o así me lo parece a mí ahora que soy vieja—; lo que recuerdo con nostalgia, diría si no me hubiera vuelto tan locuaz para la digresión, son nuestras viejas cartas de poesía y de otras cosas, aquella confianza con que nuestras mentes se reconocían. ¿Habrás leído alguna vez, me pregunto, uno de los poquitos ejemplares que se vendieron de El hada Melusina, y habrás pensado «Yo la conocí», o, como con todo derecho podrías pensar, «Sin mí este cuento tal vez no se habría contado»? Te las debo las dos, Melusina y Maia, y ninguna deuda he pagado. (Yo espero que no muera, mi Melusina, que algún lector con discernimiento la salve.)

Yo he sido Melusina durante estos treinta años. He estado, por así decirlo, dando vueltas y vueltas a las almenas de esta fortaleza, gritando a los vientos mi necesidad de ver y alimentar y confortar a mi hija, que no me conocía. Ella era un alma feliz: alegre, sencilla en sus afectos y maravillosamente franca en su modo de ser. Amaba tiernamente a sus padres de adopción; también a sir George, que no llevaba ni una gota de su sangre en sus toscas venas, pero estaba chocho con su gracia y su buen carácter, cosa buena para ella y para mí.

A mí no me quería. ¿A quién sino a ti se lo puedo decir? A mí me ve como una sorcière, como una solterona de cuento de hadas que la mirase con ojos brillantes y estuviese esperando que se pinchase el pobre dedito y cayese en el sueño bruto de la verdad adulta. Y si lo

que brillaba en mis ojos eran lágrimas, no las veía. No, aún voy a decir más, le inspiro una especie de miedo, una especie de revulsión; nota, y con razón, que hay una demasía en mi interés por ella; pero eso, que es lo más natural, lo interpreta equivocadamente como algo contranatural.

Pensarás —si la impresión de lo que he tenido que contarte te ha dejado alguna posibilidad de interesarte por mi angosto mundo o pensar en él— que una romancista como yo (o un dramaturgo de verdad como tú) no puede mantener un secreto así durante cerca de treinta años (treinta años, Randolph, date cuenta) sin provocar alguna peripeteia, algún dénouement, alguna insinuación encubierta o escena abierta de revelación. Ah, pero si estuvieras aquí verías por qué no me atrevo. Por ella, porque es muy feliz. Por mí, porque temo..., temo el posible horror en sus ojos claros. ¿Y si al decírselo ella retrocediera? Además, le juré a Sophie como condición de su bondad que fuera absoluto e irrevocable; y sin la buena voluntad de Sophie no habría habido para ella ni hogar ni apoyo.

Ella se reía y jugaba como aquel ágil elfo de Coleridge que «cantaba y danzaba solo»; ¿te acuerdas de nuestras cartas a propósito de Christabel? No le interesaban nada los libros, nada. Yo le escribía cuentecillos, y los hacía imprimir y encuadernar y se los regalaba, y ella me sonreía dulcemente, me daba las gracias y los guardaba. Nunca la vi leerlos por gusto. Le encantaba montar a caballo, tirar con arco y jugar a cosas de chicos con sus (supuestos) hermanos..., y al final se casó con un primo que los visitaba, y con el que se había revolcado en los almiares cuando era una pizca diminuta y vacilante de cinco años. Yo quería para ella una vida sin complicaciones, y así ha sido; pero es una vida que no es mía, ni yo soy parte de ella, yo soy la tía soltera a la que no se quiere...

Así se me castiga, en cierto modo, por haberla tenido apartada de ti.

¿Te acuerdas de aquello que te escribí sobre el enigma del huevo? ¿Como eidolon de mi soledad y mi posesión de mí misma, que tú amenazabas, lo quisieras o no? Y que destruístes, querido, sin pretender otra cosa que hacerme bien, lo creo y lo sé. Me pregunto, si hubiera seguido recluida en mi castillo cerrado, tras mis defensas de motas y murallas^[41] ¿habría sido un gran poeta, como tú eres? Me pregunto, ¿fue mi espíritu cohibido por el tuyo, como lo era el de César por Antonio,^[42] o fui engrandecida por tu generosidad como tú

pretendías? Son cosas todas mezcladas y enredadas; y nos quisimos para nosotros; sólo que al final fue para Maia (que no quiere saber nada de su «nombre extraño» y se hace llamar simplemente May, que le va bien).

He estado tan airada durante tanto tiempo: con todos nosotros, contigo, con Blanche, con mi propia persona. Y ahora, cuando se acerca el fin, «cuando toda pasión se ha consumido», vuelvo a pensar en ti con claro amor. He estado leyendo el Samson agonistes, y he llegado al dragón que siempre te consideré, lo mismo que yo era el «manso volátil de aldea»:

*Bajo cenizas su virtud de fuego
avivó en repentina llamarada
y fue el dragón que de noche se arroja
sobre las quietas, ordenadas filas
de los mansos volátiles de aldea.*

¿Verdad que está bien? ¿Acaso no llameaste tú, y yo no me prendí? ¿Sobreviviremos y nos alzaremos sobre nuestras cenizas, como el Fénix de Milton?

*el ave engendradora de sí misma,
en los bosques de Arabia acorralada:
que sin segunda yace en holocausto,
y de su propio seno hecho cenizas
revive y reflorece, más gallarda
cuando más abatida parecía;
muere el cuerpo y su fama sobrevive
como ave secular, vidas sin cuento.*

Yo habría preferido vivir sola, eso es cierto, si he de decirte la verdad. Pero ya que no pudo ser, y que a casi nadie se le concede, le doy gracias a Dios por ti; por que, si tenía que haber un Dragón, fueras Tú.

Tengo que dejar de escribir. Una cosa más. Tu nieto (y mío, extrañamente). Se llama Walter y dice versos, con gran asombro de sus padres, que sólo viven para la cuadra y el surco. Le he enseñado buena parte del Marinero de antaño: recita el pasaje de la bendición de las serpientes, y la visión del ojo brillante del océano vuelto a la luna, con mucho sentimiento, y al hacerlo se le encienden a él los ojos. Es un niño robusto, y vivirá.

He de acabar. Si puedes y quieres, dame por favor alguna señal de que has leído esto. No me atrevo a preguntar si perdonas.

Christabel LaMotte

Se hizo el silencio. La voz de Maud, que al principio era clara, inexpresiva, como un vidrio deslustrado, había acabado con emoción reprimida.

Leonora dijo: «¡Caray!»

Cropper dijo: «Lo sabía. Sabía que era algo *vasto*...»

Hildebrand dijo: «No entiendo...»

Euan dijo: «Desgraciadamente, los hijos ilegítimos no podían heredar en aquella época. De otro modo tú, Maud, serías la propietaria indiscutible de todo el montón de documentos. Yo *sospechaba* que podía resultar algo así. En la época victoriana era frecuente que las familias atendieran así a los hijos naturales, ocultándolos en familias legítimas para darles una oportunidad decente.»

Blackadder dijo: «Qué extraño que usted, Maud, resulte ser descendiente de los dos; qué extraña coincidencia que durante todo este tiempo haya estado explorando el mito, no, la realidad, de sus propios orígenes.»

Todos miraron a Maud, que miraba la fotografía.

Dijo: «Yo esta foto ya la he visto. Tenemos una en casa. Es mi tatarabuela.»

A Beatrice Nest se le saltaron las lágrimas; le rebosaron en los ojos, centellearon y cayeron. Maud le tendió una mano.

—Beatrice...

—Perdónenme que sea tan tonta. Es que resulta tan terrible pensar que... Porque él no pudo llegar a leerla, ¿verdad? Todo eso escrito para nadie. Ella esperaría respuesta..., y no le llegaría jamás...

—Usted que conoce a Ellen —dijo Maud—, ¿por qué cree que la puso en la caja, con sus propias cartas de amor?

—Y con el pelo de los dos —dijo Leonora—. Y el de Christabel, tiene que ser, el rubio.

—No sabría qué hacer, quizá —dijo Beatrice—. No se la dio a él, ni ella la leyó; yo me imagino que... la guardó sin más.

—Para Maud —dijo Blackadder—. Al final. La conservó para Maud.

Todos miraron a Maud, que estaba pálida, mirando la fotografía, asiendo el manuscrito.

Maud dijo: «No puedo seguir pensando. Tengo que dormir. Estoy agotada. Mañana pensaremos en todo esto. No sé por qué es una impresión tan fuerte. Pero...» Se volvió a Roland. «Ayúdame a encontrar una habitación para dormir. Todos estos papeles debe guardarlos el profesor Blackadder. A mí me gustaría conservar la

fotografía, sólo por esta noche, si se me permite.»

Roland y Maud estaban sentados el uno al lado del otro en el borde de una cama de dosel con colgaduras de las azucenas doradas de William Morris. Miraban la fotografía de boda de Maia, a la luz de una vela puesta en una palmatoria de plata. Como costaba trabajo ver, tenían las cabezas juntas, morena y pálida; podían olerse mutuamente el pelo, impregnado todavía de los olores de la tormenta, a lluvia y tierra removida y hojarasca aplastada y volante. Y por debajo de eso, sus particulares y separadas tibiezas humanas.

Maia Bailey les sonreía serenamente. Ahora leían su rostro a la luz de la carta de Christabel, y lo veían, entre todas las salpicaduras plateadas y el brillo del tiempo, como un rostro feliz y confiado, que llevaba la gruesa corona con cierta naturalidad, sintiendo placer en la ocasión, no dramatismo.

—Se parece a Christabel —dijo Maud—. Se ve.

—Se parece a ti —dijo Roland. Y añadió—: Se parece a Randolph Ash, también. La anchura de la frente. La anchura de la boca. El final de las cejas, así.

—Así que yo me parezco a Randolph Henry Ash.

Roland le tocó la cara. «Jamás me habría dado cuenta, pero sí. Las mismas cosas. Aquí, en el ángulo de la ceja. Ahí, en la comisura de la boca. Ahora que lo he visto, lo veré siempre.»

—No me acaba de gustar. Hay algo en todo esto de una *determinación* que no es natural, algo demoníaco. Siento como si se hubieran apoderado de mí.

—Eso se siente siempre de los antepasados. Hasta de los muy humildes, si se tiene la suerte de conocerlos.

Acariciaba el pelo húmedo de ella, dulcemente, abstraído.

Maud dijo: «¿Y ahora qué?»

—¿Cómo que ahora qué?

—¿Qué va a pasar? Con nosotros.

—Tú tendrás un montón de problemas legales. Y mucho trabajo de edición. Yo..., yo he hecho algunos planes.

—Yo he pensado... que podríamos editar las cartas juntos, tú y yo.

—Eso es generoso, pero no imprescindible. Tú resultas ser la figura central de esta historia. Yo sólo entré en ella robando, desde el primer momento. He aprendido mucho.

—¿Qué has aprendido?

—Ah, cosas encontradas en Ash y en Vico. Sobre el lenguaje poético. Voy a..., tengo..., hay cosas que tengo que escribir.

—Pareces estar enfadado conmigo. No entiendo por qué.

—No, no lo estoy. Es decir, sí, lo he estado. Tú tienes tus certezas. La teoría literaria. El feminismo. Una especie de saber estar, que se nota con Euan, un mundo que es el tuyo. Yo no tengo nada... O no lo tenía. Y me fui... encariñando contigo. Ya sé que el orgullo masculino está pasado de moda y es una tontería, pero eso tenía su importancia.

Maud dijo: «Yo siento que...», y no dijo más.

—¿Qué sientes?

Él la miró. Su rostro, a la luz de las velas, era como de mármol esculpido: gélidamente correcto, espléndidamente vacío, como a menudo se había dicho a sí mismo.

Dijo: «No te he dicho. Tengo tres trabajos. Hong Kong, Barcelona y Amsterdam. El mundo se abre ante mí. Así que no estaré aquí para editar las cartas. No tienen que ver conmigo.»

Maud dijo: «Yo siento que...»

—¿Qué? —dijo Roland.

—Cuando yo siento... algo... me da mucho frío. Me hielo. No me sale... hablar. No se me dan..., no se me dan bien las relaciones.

Estaba tiritando. Seguía pareciendo —era un efecto de sus bellas facciones— fría y un poco desdeñosa. Roland dijo:

—¿Por qué te da frío? —manteniendo la suavidad en la voz.

—Lo he..., lo he *analizado*. Por tener la buena presencia que tengo. Si tienes una cierta presencia, la gente te trata como una especie de *posesión*. No es cuestión de simpatía, sino de rasgos bien marcados y...

—Belleza.

—Sí, por qué no. Puedes convertirte en una propiedad o en un ídolo. Yo no lo quiero. Me ha pasado siempre.

—No tiene por qué.

—Tú también, cuando me conociste, te replegaste. Ahora ya cuento con ello. Lo utilizo.

—Sí. Pero no querrás estar sola siempre, ¿verdad? ¿O sí?

—Yo siento lo mismo que ella. Mantengo la guardia alta porque tengo que seguir *haciendo mi trabajo*. Yo sé lo que ella sentía sobre su huevo sin romper. Su posesión de sí misma, su autonomía. Yo no quiero pensar en perder eso. ¿Me comprendes?

—Sí, cómo no.

—Yo escribo sobre liminalidad. Umbrales. Bastiones. Fortalezas.

—Invasión. Irrupción.

—Claro.

—No es mi panorama. Yo tengo mi soledad particular.

—Ya lo sé. Tú nunca... mezclarías las cosas...

—Yo no superpongo.

—No, por eso es por lo que yo...

—Te sientes a salvo conmigo.

—No. No, no. Te quiero. Creo que preferiría que no fuera así.

—Yo te quiero a ti —dijo Roland—. No es cómodo, ahora que he conseguido un futuro. Pero así es. De la peor manera. Todas esas cosas... en las que nos enseñaron a no creer. Una obsesión total, noche y día. Cuando te veo, tú me pareces *viva* y todo lo demás... se desvanece. Todo eso.

—Gélidamente correcta, espléndidamente vacua.

—¿Cómo sabías que yo he pensado eso?

—Lo piensa todo el mundo. Fergus lo pensaba. Lo sigue pensando.

—Fergus es un devorador. Yo no tengo mucho que ofrecer. Pero podría dejarte ser tú, podría...

—¿En Hong Kong, Barcelona y Amsterdam?

—Eso seguro, si estuviera allí. No pondría en peligro tu autonomía.

—Ni estarías aquí para quererme —dijo Maud—. Ah, el amor es terrible, es *destructor*.

—Puede ser bastante astuto —dijo Roland—. Podríamos pensar alguna manera..., una manera moderna...; Amsterdam no está lejos.

Mano fría se unió a mano fría.

—Vamos a la cama —dijo Roland—. Podemos estudiarlo.

—También eso me da miedo.

—Mira que eres cobarde, en el fondo. Yo te cuidaré, Maud.

De modo que se quitaron la ropa desacostumbrada, los préstamos multicolores de Cropper, y se metieron desnudos tras las cortinas y en las profundidades de la cama de pluma y apagaron la vela. Y muy despacio, con infinitos retrasos amistosos y diversiones delicadas y variantes de ataque indirecto, Roland por fin, por emplear una expresión anticuada, entró y tomó posesión de toda su blanca frialdad, que contra él tomó calor, y fue como si ya no hubiera fronteras, y ya al amanecer oyó, desde muy lejos, alzarse la clara voz de ella sin inhibición, sin vergüenza, en placer y triunfo.

Por la mañana el mundo entero tenía un olor nuevo y extraño. Era el olor del después, un olor a verde, a hojas rotas y resina rezumada, a madera aplastada y salpicaduras de savia, un olor agrio que tenía un cierto parentesco con el olor a manzana mordida. Era el olor de la muerte y la destrucción, y olía a cosa fresca, animosa y esperanzada.

EPÍLOGO: 1868

Hay cosas que pasan sin dejar huella visible, de las que ni se habla ni se escribe, aunque sería muy erróneo decir que los acontecimientos subsiguientes se suceden igual, indiferentemente, como si esas cosas no hubieran acaecido.

Dos personas se encontraron, cierto día caluroso del mes de mayo, y jamás dijeron nada de su encuentro. He aquí cómo fue.

Había un prado lleno de heno nuevo, y todas las flores del verano en gran abundancia. Acianos azules, amapolas rojas, ranúnculos dorados, un velo de verónicas, una intrincada alfombra de margaritas allí donde la hierba era más baja, escabiosas, conejitos amarillos, cenizos, pálidas estrelladas, violetas moradas, murajes rojos y pan y quesillo blanco, y alrededor de ese campo un alto seto circundante de zanahoria silvestre y digital, y más arriba rosas silvestres con su pálido brillo en la mata espinosa, madreselvas cremosas y fragantes, los hilos trepadores de la brionia y las estrellas oscuras de la belladona. Abundancia, un esplendor que se diría perpetuo. Las hierbas tenían un lustre de esmalte y estaban enlazadas por hilos diamantinos de luz. Cantaban las alondras y los zorzales, y los mirlos con dulce nitidez, y por todas partes había mariposas, azules, sulfurosas, cobrizas o blancas y frágiles, aleteando de flor en flor, del trébol a la arveja y de ésta a la espuela de caballero, viendo sus visiones rectoras de violáceos pentagramas invisibles y espirales de luz en los pétalos.

Había una niña que se balanceaba sobre una cancilla, vestida con un vestido azul oscuro y un delantal blanco; canturreaba para sí y estaba haciendo una cadeneta de margaritas.

Había un hombre alto, con barba, sombreado el rostro por un sombrero de ala ancha, un caminante que venía por el sendero, entre los altos setos, con una hierba de san Gerardo^[43] en la mano y mirada de andariego.

Se paró a hablar con la niña, que sonreía y le respondía alegremente, sin cejar en su chirriante balanceo. Él preguntó dónde estaba, y el nombre de la casa del estrecho valle de abajo, nombre que en realidad conocía muy bien, y de ahí pasó a preguntar cómo se llamaba ella, y ella le dijo que May. Tenía otro nombre, dijo, pero no le gustaba. Él dijo que quizá no fuera así siempre, que los nombres crecen y menguan con el paso del tiempo, y que le gustaría conocer su nombre completo. Conque la niña, balanceándose con mayor ahínco, le dijo que su nombre era Maia Thomasine Bailey, y que su padre y su madre vivían en aquella casa de abajo, y que tenía dos hermanos. Él le dijo que Maia era la madre de Hermes, ladrón, artista y psicopompo; y que él conocía una cascada llamada Thomasine. Ella dijo haber conocido un pony llamado Hermes, que corría como el *viento*, de verdad que sí, y no había oído nunca

que una cascada se llamara Thomasine.

—Yo creo que conozco a tu madre —dijo él—. Tú te pareces mucho a tu madre.

—Pues nadie lo dice. *Yo* creo que me parezco a mi padre. Mi padre es fuerte y bueno y me lleva a caballo como el *viento*.

—Y creo que también te pareces a tu padre —dijo él entonces, y le rodeó la cintura con los brazos, con un gesto muy prosaico y breve para no asustarla, y la bajó al suelo junto a sí. Se sentaron en un repecho, y charlaron en medio de una nube de mariposas, según él recordaría con absoluta nitidez, y ella con una vaguedad que iría en aumento conforme avanzase el siglo. A sus pies corrían escarabajos, azabache y esmeralda. Ella le contó cosas de su agradable vida, sus entretenimientos, sus ambiciones. Él dijo: «Pareces ser felicísima», y ella dijo: «Sí que lo soy.» Y tras esto él permaneció callado unos momentos, y ella le preguntó si sabía hacer cadenas de margaritas.

—Te voy a hacer una corona —dijo él—. Una corona para una Reina de Mayo. Pero tú me tienes que dar algo a cambio.

—Yo no tengo nada que dar.

—Mira, basta que me des un rizo de tu pelo, un rizo muy fino, para que tenga un recuerdo de ti.

—Como en los cuentos.

—Exactamente.

Conque él le hizo una corona, sobre una base de ramitas flexibles del seto descopado, entretejida de frondas verdes y tallos de todos los colores, de hiedra y helecho, hierbas plateadas y las hojas estrelladas de la brionia, clemátide silvestre. Y la tachonó de rosas y madreselvas, y le puso un festón de belladona («Pero ya sabes que esto no lo debes *comer* nunca», dijo, y ella replicó con altanería que ya sabía *todo* lo que no tenía que comer, ya se lo habían dicho muchas veces).

—Ya está —dijo él, coronando la pálida cabecita—. Estás guapísima, como un hada pequeña. O como Proserpina. ¿Tú sabes eso de

«el bello campo de Enna,
donde raptando flores Proserpina,
ella por ser la más bella de todas
del tenebroso Dis fue flor raptada,
y Ceres su dolor por todo el mundo
hubo de derramar para buscarla?»

Ella le miró, orgullosa y todavía un poco altanera, con la cabeza muy quieta bajo su carga.

—Tengo una tía que siempre me dice poesías así. Pero a mí no me gusta la poesía.

Él sacó unas tijeritas de bolsillo, y con mucho cuidado cortó un largo rizo de la

seda dorada que le caía en gran nube sobre los hombros.

—Dame —dijo ella—, que te lo voy a trenzar para que no se estropee.

Mientras ella trabajaba con sus deditos y fruncía la cara sobre la labor, él dijo:

—Siento que no te guste la poesía, porque yo soy poeta.

—Pero *tú* sí me gustas —se apresuró a decir ella—. Tú haces cosas bonitas y no regañas.

Y le tendió la trenza acabada; él la recogió en una vuelta fina y la guardó en la caja de su reloj.

—Dile a tu tía —dijo— que has conocido a un poeta, que iba buscando a la Belle Dame Sans Merci, y que en su lugar te encontró a ti, y que le envía recuerdos, y que no quiere molestarla, y se va en busca de otros bosques y nuevos pastos.

—Intentaré acordarme —dijo ella, afianzándose la corona.

Y él le dio un beso, siempre prosaico para no asustarla, y siguió su camino.

Y ella, camino de su casa, se encontró con sus hermanos, y jugaron a lo bruto, y la bonita corona se rompió, y se le olvidó el recado y no lo dio nunca.



De nombre Antonia Susan Duffy, A. S. BYATT nació en Yorkshire en 1936, se educó en una escuela cuáquera, y se formó académicamente en York, Cambridge y Oxford. Tras desarrollar una brillante carrera universitaria, impartió clases en la Universidad de Londres, donde en 1972 se convirtió en lectora de literatura inglesa y americana hasta 1983, año en el que dejó la docencia para dedicarse por completo a la escritura. Sus trabajos como crítica literaria, ensayista y su labor como especialista en literatura decimonónica son unánimemente respetados; un saber que también ha sabido reflejar con maestría en novelas como *Shadow of a Sun* (1964), *The Game* (1967), *The Virgin in the Garden* (1978) y *Still Life*, galardonada con el Silver Pen Award 1985. Pero fue en 1990 con la publicación de *Posesión* cuando A. S. Byatt mereció los más encendidos elogios del público y la crítica, refrendados con la concesión del prestigioso Booker Prize; además, *Posesión* ha sido adaptada a la gran pantalla en la película homónima interpretada por Gwyneth Paltrow y Jeremy Northam. Posteriormente, A. S. Byatt ha publicado *Ángeles e insectos* (1992), *The Matisse Stories* (1994), *Babel Tower* (1996), *La mujer que silba* (2002), *El libro negro de los cuentos* (2007), *La virgen en el jardín* (2008), *Naturaleza muerta* (2010) y *El libro de los niños* (2010).

Notas

[1] Ash significa «ceniza», y también «fresno». The Ash Factory sería literalmente «la fábrica de cenizas»; de ahí que, en el capítulo 12, Fergus Wolff lo llame «el Crematorio». Un ashram es un lugar de retiro o cenobio hinduista. Entre los nombres propios empleados en la novela abundan las resonancias: Maud Bailey recuerda por su nombre a la protagonista del poema homónimo de Tennyson, y su apellido significa la muralla exterior de un castillo; Beatrice Nest se apellida «nido»; Blanche Glover, «guantero», y de ahí las asociaciones del capítulo 13 y el poema de Christabel LaMotte sobre los guantes; el apellido de Mortimer Cropper quiere decir «cosechero». (Nota, como todas las siguientes, de la traductora.)

[2] Coleridge, *The Rime of the Ancient Mariner*, versos 193-194: «*The Nightmare Life-in-Death was she, / Who thicks man's bloods with cold*» («Es el íncubo de la vida en la muerte, que congela la sangre de los hombres»).

[3] Tennyson había nacido en la aldea de Somersby, en los *wolds* del Lincolnshire. Maid Marian es la compañera de Robin Hood, cuyas hazañas se sitúan en el bosque de Sherwood, no muy distante de Lincoln, aunque ya en el condado de Nottingham.

[4] Beula es la tierra de salvación en Isaías 62, 4; John Bunyan, en *The Pilgrim 's Progress*, da ese nombre al lugar donde los peregrinos, una vez dejado atrás el Valle de la Sombra de la Muerte, divisan ya la Ciudad Celestial.

[5] «La Azucena» (*The Lily Maid*) es, como «la Dama de Shalott», uno de los nombres con que aparece, en los *Idylls of the King* de Tennyson, la Hermosa Doncella de Astolat: Elaine, enamorada de Lanzarote del Lago y muerta de pena al verse rechazada por él. Nimue es otro nombre de Vivien, la mujer que hechiza a Merlín.

[6] Dog Tray: «Perro Tray» En el capítulo XIX se explica la significación de este nombre.

[7] El disparate de situar a Cortés en la cumbre de Darién, mudo de emoción a la vista del nuevo océano, está, efectivamente, en el soneto de Keats *On first looking into Chapman's Homer*.

[8] Vidrieras de estilo prerrafaelista tardío y temario medieval, como las ilustraciones de libros de la Kelmscott Press, la editorial fundada por William Morris a finales del siglo XIX.

[9] Té negro de la China, procedente de los montes de Wu-i.

[10] El extraño personaje del poema de Wordsworth *Resolution and independence*, un anciano errabundo que se gana la vida sacando sanguijuelas de las charcas.

[11] El Caballero Blanco del capítulo VIII de *A través del espejo*.

[12] *Werd ich zum Augenblicke sagen: Verweile doch! Du bist so schön!* («Si alguna vez le digo al momento que pasa: “¡Detente, eres tan bello!”»): palabras del Fausto de Goethe en la escena del pacto con Mefistófeles.

[13] Séneca, y Bacon en su ensayo *Sobre la muerte*.

[14] Andrew Marvell (1621-1678). La cita son los dos últimos versos del poema *To his coy mistress*.

[15] *Silt* = limo, *lees* = heces, poso.

[16] *Das Ewig-Weibliche / zieht huns hinan*, «Lo eterno femenino nos eleva». *Fausto*, final de la segunda parte.

[17] Tennyson, *Maud*, primera parte, II.

[18] Personificación de la helada.

[19] «Yo soy el espíritu que siempre niega.» Es la frase con que se define Mefistófeles en su primera aparición ante el Fausto de Goethe.

[20] «Dama Morena»: la *Dark Lady*, misteriosa destinataria de los sonetos CXXVII a CLII de Shakespeare.

[21] *James* = Jacobo. *The Reverberator* es el título de la novela corta de Henry James.

[22] Lo registra Swinburne en carta a Theodore Watts-Dunton. A. C. Swinburne, *Cartas*, vol. V, pág. 280. El poema de Swinburne «El viejo Ygdrasil y el tejo del cementerio» se cree inspirado por sus emociones en la defunción de R. H. Ash.

[23] Según *The Times*, 30 de noviembre de 1889. El informador citaba la presencia de «varias agraciadas jóvenes que no ocultaban sus sollozos, y una nutrida asamblea de respetuosos trabajadores, al lado de las Celebridades de las Letras».

[24] Ellen Ash, en carta a Edith Wharton del 20 de diciembre de 1889, reproducida en *Epistolario de R. H. Ash*, ed. Cropper, vol. 8, pág. 384. Hay una expresión semejante de sus intenciones en un pasaje inédito de su Diario, escrito dos noches después de la muerte del poeta. El Diario se publicará en breve (1967), en edición preparada por la doctora Beatrice Nest, del Prince Albert College de la Universidad de Londres.

[25] Yo he pasado largas horas recorriendo a pie la zona, y he observado que la tierra muestra una característica disposición en estratos, con el oscuro pedernal incrustado en la greda blanca, que reluce como nieve en los campos arados.

[26] Ese volumen de Shakespeare y esas violetas reposan ahora en la Colección Stant de la Universidad Robert Dale Owen, donde se conservan.

[27] Véase, por ejemplo, la carta a Tennyson de la Colección Stant (24 de agosto de 1859), que está enteramente orlada por una serie de esos árboles estilizados, con las raíces y ramas entrecruzadas, un poco a la manera de las pautas repetitivas de William Morris. MS. Stant núm. 146093a.

[28] El texto en latín es: *Ille hic est Raphael timuit quo sospite vinci rerum magna parens et moriente mori.*

[29] John Donne, «Muerte, no te envanezcás», *Poemas sacros*, ed. Helen Gardner, pág. 9.

[30] Un comentario irritable de F. R. Leavis en *Scrutiny*, vol. XIII, págs. 130-131: «Que los victorianos se tomaban en serio a Randolph Ash como poeta está suficientemente atestiguado por la seriedad de sus panegíricos necrológicos, que le ponían, lo mismo que la ridícula lápida que encargó su esposa, a la altura de Shakespeare, Milton, Rembrandt, Rafael y Racine.»

[31] Lo afirma Patience Meredith en una carta a su hermana Faith, ahora en posesión de Marianne Wormald, bisnieta de Edmund Meredith.

[32] Véase supra, nota 24, y en el Diario inédito, entrada del 25 de noviembre de 1889.

[33] Sigmund Freud, *Tótem y tabú*, *Obras* (edición canónica de 1955), vol. 13, págs. 65-66.

[34] Ensalada de arroz con pescado.

[35] F. Scott Fitzgerald, en el final de *El gran Gatsby*.

[36] El epitafio inscrito en la tumba de Shakespeare en Stratford, posiblemente escrito por él mismo, contiene, en dos pareados, una súplica al viandante de no exhumar los restos, una bendición a quien los respete y una maldición al que los remueva.

[37] Inevitablemente la alusión se vacía de sentido al traducirla, porque en ese verso de Donne, «*extreme and scattering bright can love in fiere*», del poema *Air and angels*, *scattering* parece que ha de interpretarse excepcionalmente como un mero refuerzo de la idea de claridad o luminosidad, como «deslumbrante»; pero el sentido propio de *to scatter* era ya entonces el actual de dispersar.

[38] Nuevamente el poema aludido es de John Donne, en este caso *The relic*.

[39] En el original el poema iba a llamarse «Cuna de gato» (*Cat's cradle*), que es como se llama en inglés el juego «de la cunita».

[40] La señorita Havisham es la excéntrica dama de la novela de Dickens *Grandes esperanzas* que, abandonada por su prometido el día de la boda, decide vestir de novia toda su vida. La Novia de Corinto es la doncella espectral del poema homónimo de Goethe.

[41] *My motte-and-bailey defences.*

[42] *Macbeth*, acto tercero, escena primera (donde la relación entre César y Antonio es la contraria).

[43] En inglés *ashplant*.